SHOUT
SHARE
IT

LECTURAS LITERARIAS

Obras de F. Navarro y Ledesma.

Lecciones de Literatura (tercera edición). Dos tomos.
Resumen de Historia literaria (segunda edición). Un tomo.
Temas de literatura clásica antigua y moderna. Un tomo.
Nociones de Gramática práctica de la lengua castellana, con prólogo de D. Eduardo Benot. (Segunda edición). Un tomo.
Programa de Lengua castellana. Un folleto.
Programa de Preceptiva y Composición. Un folleto.
Programa de Historia de la Literatura. Un folleto.
El ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Un tomo.

EN PREPARACIÓN:

Vida de Lope de Vega Carpio.
Los nidos de antaño.

S.C.
N.322k

LECTURAS LITERARIAS

LIBRO DE EJEMPLOS

PARA EL

ESTUDIO DE LA LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS

(GRAMÁTICA, PRECEPTIVA É HISTORIA)

EXPLICADO EN EL INSTITUTO DE SAN ISIDRO

POR

F. NAVARRO Y LEDESMA

Catedrático por oposición en dicho Centro y Profesor de Literatura en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid.

1212.11
8|31

CUARTA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA

MADRID, 1905

PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA, SUCESORES DE HERNANDO

ARENAL, 11.—QUINTANA, 31

Es propiedad.

Queda hecho el depósito legal.

IMPRENTA ALEMANA—Espíritu Santo, 18—MADRID

LECTURAS LITERARIAS

TEMAS DE LITERATURA ESPAÑOLA

ÉPOCA PRIMITIVA

Desde los orígenes hasta el reinado de D. Alfonso X el Sabio.

(Siglo VIII á 1220).

A. FUEROS Y DONACIONES EN QUE APARECEN LAS PRIMERAS PALABRAS Y CONSTRUCCIONES CASTELLANAS

Escritura de donación del monasterio de Santa María de Obona, por Adelgastro, hijo del rey Silo. 17 de Enero de 780.

...Damus et concedimus in ipso Monasterio Sanctæ Mariæ de Obona nostras hæreditates, et criationes, scilicet ipso loco de Obona, per suos terminos antiquos, per illo rio qui vadit inter Sabbadel, et villa Luz, et inde ad illum molem de illa strada de Patrunel et inde per illa via quæ vadit ad illo Castro de Pozo, et per illa via quæ vadit ad Petra tecta.....

Damus siquidem in ipsa domus Dei, viginti vacas, et quinque juga boum, cum omnia instrumenta arandi, et duos carros, et viginti modios de pane, et duas equas, et uno rocino, et una mulla, et tres asinos, et duodecim porcos, et quatuor porcas, et triginta oves, et viginti et due capræ: mantas sex, quinque feltros, et septem lectulos, et tres scanos. Ad ornamentum Eclesiæ, damus octo vestimentis, et tres mantos, et sex stollas, et quinque manipulos, et quatuor corporalia, et quinque pallas, et sex sabanas, duas literatas, et quatuor sine serico; et tres hacelelias, et duas siacatas, et una capa serica, et tres calices, duo de argento, et unum de petra, et unum misale, et una cruce de argento, et duas de ligno, et quatuor frontales de serico, et duas campanas de ferro.

Donaciones hechas por Ordoño I á la Santa Iglesia de Oviedo y previlegios de sus pobladores. 20 de Abril de 857.

...Ego Ordonius Dei gratia Rex Hispaniæ Catholicus, Ranimiri Regis filius ab Abdephonso Regi cognomine Casto princeps Hispaniæ tertius, cum conjuge mea Mummaona.., offero insuper in nomine tuæ prefatæ Eclesiæ (Ovetensi) et concedo ex facultate mea ornamenta aurea, argentea et auro texta, Pallia et Siriga multa. Dono etiam Monasterio et villas legarias et hæ-

reditates multas in quibus est familia multa. In Oveto autem concedo medietatem portatici et medietatem calumniarum mercati.....

Omnis etiam homo habitans in hereditate S. Salvatoris, tam servus quam liber, non faciat aliquod Fiscale servitium Regis, non reddat aliquid pro homicidio quod non fecerit, non fosocaria, non carnicerias, non sigillum positum in haereditate S. Salvatoris, non portaticum in officinis Salinarum, nec in piscationibus fluminum vel maris. Si autem ganatum pro damnum laboris inclusum, de aliquo Palatio abstraxerit, reddat octo solidos sicut est usus terræ, et propter aliquam calumniam non faciat aliud judicium nisi aquam calidam et juramentum seu exquisitionem si ambabus partibus placuerit. .

Fueros de Melgar de Suso. Año 950.

In nominæ Sanctæ et individuæ Trinitatis, videlicet Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen. Ego Ferrant Armentales, de godible corazón, é de mi bona voluntad, é por remedio de mi alma, et de mis parientes, poblé esta villa que dicen Melgar de Suso, et estas mis villas de Villiella et Zorieta... et de aquestas villas prenombradas estos son los fueros:

Et la infurción una fanega de trigo, é otra de cebada, é quatro orzas de vino, é un tocino de 20 dineros.

Todo clérigo destas mismas villas nulla facendera, é non posen en sus casas ningún ome á su pesar.

Ningún ome de estas villas que casa pusiere fasta un año, non fagan facendera con sus vecinos á señor.

Muger que envibdare fasta un año, non pose posadero en su casa á su pesar.

Et si la vibda se casare ante del año, peche dos mrs, en huesas al señor.

Et el home de estas villas si homecillo ficiere entre sí, pechen cient soldos.

Concilio de León. Año 1020.

En na presencia del Rey Don Alfonso ye de su mullier doña Elvira ayuntamonos en León en na seo de Santa María todos los obispos e abades e arçobispos del Rey de yspaña, é pello so encomendamiento establecimos estos degredos é los quales sean firmemientre gardados é firmes en nos tiempos que son é an de ser por siempre. Sub era MLVIII, pridia (10) de agosto.

I. En nas primerias mandamos que en todos los conceyos que furen fechos de aquí endelante; que dos plitos de la yglesia sean vilgados primeramientre, é que haya juizio bono ye sien falsedat.

II. Mandamos á on que qualquier cosa que la yglesia tobier de testamentos en algo tiempo otorgada é rrobrada, que la aya é la posya todo tiempo; é si alguno quisier embargar aquella cosa que ye otorgada en nos testamentos, cualquier que sea el testamento aduganno en conceyo, é sea pesquerido de bonos omes é verdaderos, é se el testamento fur trobado verdadero, non aya nengunt juizio sobre el testamento; mas aquello que ye escripto en no testamento ayalo ela yglesia por siempre; mais si la yglesia tobier dalguna cosa en su iur, é no ovier ende testamento, mandamos que los posesores de la yglesia que tienen el iur que juren, é después que lo firmaren, que la ayan por siempre, é que non paren tresiño ál iur que an ó al testamento ca á Dios faz engaño quien por treziño tueye las cosas de la yglesia.

Carta de behetría. 8 de Abril de 1162.

Sepan quantos esta carta vieren como yo Don Rodrigo de las Fuentes de Pereda estando con todo mio seso y en toda mia memoria con mia muger doña Gerolda en... heredamiento nuestro de bienfetría y porque yo Don Rodrigo sobredicho non teniendo señor salvo en la merced de Dios, aseñoreme con Pedro Moñiz de Arcas é tomelo por señor que me amparase é me defendiesse á mi y á todos aquellos que en aquel heredamiento sobredicho morasen, por tal fuero un par de loubos y una yminna de cebada pta. y medida de Rriaño y seis panes y una canadiella de sidra y yo Pedro Muñiz cavallero de Artaos sobredicho en todo mio seso y en toda mia memoria sin premia alguna me obligo por este fuero que vos me dades de ampararvos y defendervos en todo derecho, yo y aquellos que de mia generacion vinieren... anbos y dos de mancomun otorgamos de estar á todas estas cosas como dichas son y mais ponemos sobre todas las partes aquel que quebrantar de nos é de aquelos que de nos viniesen sean malditos y descomulgados y con Judas en el infierno dañados é pechen en coto mil maravedis y una meaya de oro al Rey é la mitad á los dueños del heredamiento. Hecha esta carta en era de MCC años ocho días de Abril, reinante el Rey Don Fernando, Teniente tierra de León Juan Fernández de Riero.....

(*Textos de Muñoz y Romero*).

B. TEXTOS RIMADOS DE LOS ANTIGUOS CANTARES DE GESTA

Poema de Mio Cid. (1245?)

Despedida del Cid.

.....

Antel Campeador Doña Ximena | fincó los ynoios amos:
Loraua de los oios, | quisol' besar las manos;
merced, Campeador, | en ora buena fuestes nado:
por malos mestureros | de tierra sodes echado:
merced ya, Cid, | barba tan complida:
feme ante vos yo é vuestras fijas | iffantes son é de dias chicas,
con aquestas mis dueñas | de quien so yo servida,
yo lo veo | que estades vos en ida,
e nos de vos | partirnos hemos en vida,
dandnos consejo | por amor de Santa María.
Enclinó las manos | en la su barba velida,
á las sus fijas | en braços las prendía,
lególas al corazon | ca mucho las quería,
lora de los ojos | tan fuerte mientre sospira:
«Ya, Doña Ximena, | la mi mugier tan complida,
como á la mi alma | yo tanto vos quería:
ya lo vedes que partirnos | tenemos en vida:
yo iré é vos | fincaredes remánida:
plega á Dios | é á Sancta María

que aun con mis manos | case estas mis fijas,
ó que de ventura | é algunos dias vida
é vos, mugier ondrada, | de mi seades servida.
Grand yantar le facen | al buen Campeador:
tañen las campanas | en San Pedro á clamor.
Por Castiella oyendo | van los pregones,
como se va de tierra | mio Cid el Campeador.
Unos dexan casas | é otros onores:
en aques' dia | en la puent de Arlanzon
ciento é quince cavalleros | todos juntados son:
todos demandan | por mio Cid el Campeador:
Martin Antolinez | con ellos coió:
vanse pora San Pero | do está el que en buen punto nació.
Quando lo sopo | mio Cid el de Bivar
cal'crece compaña | porque mas valdrá,
apriesa cavalga | recebirlos salie.
Tornos'a sonrisar, leganle todos, | la mano l' van besar,
Fabló mio Cid | de toda voluntad:
yo ruego á Dios | é al Padre Spiritual:
vos que por mi | dexades casas é heredades,
enantes que yo muera | algun bien vos pueda far.
Lo que perdedes | doblado vos lo cobrar.
Plógo á mio Cid. | porque creció en la yantar:
plógo á los otros homes | todos quantos con el están.
Los seis dias de plazo | pasado los han:
tres han por trocir, | sepades, que non mas.
Mandó el Rey | á mio Cid á aguardar,
que si despues del plazo | en su tierral' pudies' tomar,
por oro nin por plata | non podrie escapar.
El dia es exido, | la noch querie entrar:
a sos Cavalleros | mandólos todos iuntar:
oyd, varones, | non vos caya en pesar:
poco aver trayo, | darvos quiero vuestra part:
sed membrados | como lo debedes far.
A la mañana, | cuando los Gallos cantarán,
non vos tardedes, | mandedes ensellar:
en San Pero á matynes | tandrá el buen Abbat:
la Misa nos dirá, | esta será de Sancta Trinidat:
la Misa dicha, | pensemos de cavalgar,
ca el plazo viene acerca, | mucho avemos de andar.
Cuemo lo mandó mío Cid, | asi lo han todos á far.
Pasando va la noch, | viniendo la mañana.
A los mediados gallos | piensan de cavalgar.
Tañen á matynes | á una priesa tan grand.
Mío Cid é su mugier | á la Eglesia van.
Echós'Doña Ximena | en los grados delantel altar,
rogando al Criador | quanto ella mejor sabe,
que á mío Cid el Campeador | que Dios le curias'de mal:
ya señor glorioso, | Padre que en Cielo estás,
fecist'cielo é tierra, | el tercero el mar:

fecist'Estrelas é Luna | é el Sol pora escalentar,
prisist'Encarnacion | en Sancta Madre,
en Belleem aparecist' | como fue tu voluntad,
pastores te glorificaron, | ovieron de alaudare:
tres Reyes de Arabia | te vinieron adorar
Melchor é Gaspar é Baltasar | oro é thus é mirra
te ofrecieron, | como fue tu voluntad:
salvest'a Jonas | quando cayó en la Mar,
salvest'a Daniel con los Leones | en la mala Carcel:
salvest'dentro en Roma | al Señor San Sebastian,
salvest'a Sancta Susana | del falso criminal,
por tierra andidiste treinta é dos años | Señor Spiritual,
monstrando los miraclos, | por en avemos que fablar,
del agua fecist'vino | é de la piedra pan:
resucitest'a Lazaro, | ca fue tu voluntad:
á los Judíos te dexeste prender | do dicen monte Calvari:
pusieronte en Cruz | por nombre en Golgota:
dos ladrones contigo, | estos de señas partes,
el uno es en Parayso, | ca el otro no entró alá:
estando en la cruz | virtud fecist'muy grant:
Longinos era ciego, | que nunqua vió alguandre,
diot con la lanza en el costado | dont yxió la sangre;
corrió la sangre por el astil ayuso, | las manos se ovo de untar,
alzólas arriva, | lególas á la faz:
abrió sus ojos, | cató á todas partes,
en tí crovo alora, | porend'es salvo de mal:
en el monumento resucitest' | é fust'á los infiernos como fue tu voluntad:
quebranteste las puertas | é saqueste los Padres Sanctos.
Tú eres Rey de los Reyes | é de todel mundo Padre;
á ti adoro é creo | de toda voluntad,
é ruego á San Peydro | que me ayude á rogar
por mío Cid el Campeador | que Dios le curie de mal,
quando hoy nos partimos, | en vida nos faz iuntar.
La oracion fecha | la Misa acabada la han:
salieron de la Eglesia, | ya quieren cavalgar.
El Cid á Doña Ximena | ybala abrazar:
doña Ximena al Cid | la manol'va besar,
llorando de los ojos | que non sabe que se far.
E él á las niñas | tornolas á catar,
á Dios vos acomiendo fijas | é á la mugier é al Padre Spiritual.
Agora nos partimos, | Dios sabe el ajuntar:
llorando de los ojos | que non viestes á tal,
asis'parten unos d'otros | como la uña de la carne.
Myo Cid con los sos vasallos | pensó de cavalgar,
á todos esperando | la cabeza tornando va.....

Batalla de Alcocer.

Las aces de los moros | yas mueuen adelant,
pora myo Cid e a los sos | a manos los tomar,
«Quedas sed, mesnadas, | aquí en este logar,
non de ranche ninguno | fata que yo lo mande.»

. . . . . .

Enbraçan los escudos | delant los coraçones,
abaxan las lanzas | a buestas de los pendones,
enclinaron las caras | de suso de los arzones,
y uan los ferir | de fuertes coraçones
«Ferid los, caualleros | por amor de caridad!
Yo so Ruy Díaz, el Cid | Campeador de Biuar!»
Todos fieren en el az | do está Pero Vermúez.
Trezientas lanzas son, | todas tienen pendones;
seños moros mataron, | todos de seños colpes.
A la tornada que fazen | otros tantos son.
Veríedes tantas lanzas | premer e alçar,
tanta adagara | foradar e passar,
tanta loriga | falssa desmanchar,
tantos pendones blancos | salir vermeios en sangre,
tantos buenos cauallos | sin sos dueños andar.
Los moros laman Mafomat | e los christianos santi Yague.
Cayen en un poco de logar | moros muertos mill e CCC ya.
¡Qual lidia bien | sobre exorado arzón
mio Cid Ruy Díaz | el buen lidiador;
Mynaya Albarfañez | que Çorita mandó,
Martin Antolinez, | el Burgales de pro,
Muño Gustioz, | que fue so criado!.....
Desi adelante, | quantos que y son
acorren la seña | e á myo Cid el Campeador.
A Mynaya Albarfañez | matáronle el cauallo
bien lo acorren | mesnadas de christianos.
La lanza a quebrada, | al espada metió mano,
Mager de pie | buenos colpes va dando.
Viólo myo Cid | Ruy Díaz el Castelano,
acostós á un Aguazil | que tenie buen cauallo,
diol tal espadada | con el so diestro brazo,
cortól por la cintura, | el medio echó en campo.
A Mynaya Albarfañez | yual dar el cauallo:
«Caualgad, Mynaya, | vos sodes el myo diestro brazo».....
Myo Cid Ruy Díaz, | el que en buen ora nasco
al Rey Fariz | IIJ colpes le avie dado;
los dos le fallen | e el unol ha tomado,
por la loriga ayuso | la sangre destellando;
boluió la Rienda | por yrsele del campo.
Por aquel colpe | rancado es el fonsado.....
A Mynaya Albarfañez | bien landa el cauallo,

daquestos moros | mató XXXIIIJ;
espada taiador, | sangriento trae el brazo,
por el cobdo ayuso | la sangre destellando....

(*Texto de R. Menéndez Pidal.*)

Rodrigo ó Poema de las mocedades del Cid.

Primera hazaña del Cid

Rodrigo, fijo de Don Diego | e nieto de Layn Calvo
E nieto del conde Nuño Alvares de Amaya | e viznieto del rey de León
dose años avia por cuenta | e aun los trese non son.
Nunca se viera en lit | ya quebrávale el corazón.
Cuéntase en los cien lidiadores | que quiso el padre o que non
E los primeros golpes suyos | e del conde Don Gomes son.
Paradas están las hazes | e comiensa á lidiar.
Rodrigo mató al conde, | ca non lo pudo tardar.
Venidos son los ciento | e pienssan de lidiar.
Enpos ellos salió Rodrigo | que los non da vagar.
Prisso á dos fijos del conde | a todo su mal pesar.
a Hernan Gomes e Alfonso Gomes, | e trájolos á Bivar.
Tres fijas habia el conde, | cada una por cassar
e la una era Elvira Gomes | e la mediana Aldonsa
Gomes e la otra Ximena Gomes la menor
Cuando sopieron que eran presos los hermanos | e que era muerto el padre,
paños visten brunitados | e velos a toda parte
(estonce la avían por duelo; | agora por gozo la traen)
salen de Gorma» | e vanse para Bivar.
Violas venir Don Diego | e a recibirlas sale.
«¿Donde son aquestas freyras | que algo me vienen demandar.»
«Desirvos hemos, señor, | que non avemos por que vos lo negar.»
Ffijas somos del conde don Gormas, | e vos le mandastes matar
Prissístesnos los hermanos, | e tenédeslos acá.
E nos mugieres somos, | que non ay quién nos anpare»
E«sas oras, dixo Don Diego: | «No devédes a mi culpar;
peditlos á Rodrigo, | sy vos los quiere dar.
Prometolo yo a Christus, | a mi non me puede pessar.»
Aquesto oyó Rodrigo, | comenzó de fablar:
«Mal fesistes, señor, | de vos negar la verdat;
que yo seré vuestro fijo, | e seré de mi madre.
Parat mientes al mundo, | señor, por caridat.
Non han culpa las fijas | por lo que fizo el padre.
Datles a sus hermanos, | que muy menester los han.
Contra estas dueñas | mesura devedes catar.»
Ally dixo Don Diego: | «Fijo, mandátgelos dar.»
Sueltan los hermanos: | a las dueñas los dan.
Quando ellos se vieron fuera en salvo, | comenzaron de fablar:
«Quinse dias possieron de plaso | a Rodrigo e a su padre,

que los vengamos quemar | de noche en las casas de Bivar.»
Ffabló Ximena Gomes la menor: | «Mesura», dixo, «hermanos por amor de caridat
Yrme he para Çamora, | al rey Don Fernando querellar,
e mas fincaredes en salvo | e el derecho vos dará.»
Alli cavalgó Ximena Gomes, | tres doncellas con ella van,
e otros escuderos | que la avian de guardar.
Llegaba á Çamora, | do la corte del rey está,
llorando de los ojos | e pediendo piedat.
«Rey, dueña so lasrada | e aveme piedat.
Orphanilla finqué pequeña | de la condesa mi madre
Ffijo de Diego Laynes | fissome mucho mal;
prissome mis hermanos, | é matóme á mi padre.
A vos que sodes rey | vengome a querellar.
Señor, por merced, | derecho me mandat dar.»
Mucho pessó al rey, | e comensó de fablar:
«En grand coyta son mis reynos: | Castilla alçarséme ha;
e si se me alçan Castellanos, | ffaserme han mucho mal.»
Cuando lo oyo Ximena Gomes, | las manos le fué bessar.
Merced, «dixo», señor; | non lo tengades a mal.
Mostrarvos he assosegar a Castilla | e a los reynos otro tal.
Datme a Rodrigo por marido, | aquel que mató a mi padre.»
Quando aquesto oyó el conde don Ossorio, | amo del rey don Fernando,
tommó el rey por las manos, | e aparte yba sacallo
«Señor, ¿qué vos semeja, | que don vos ha demandado?
mucho la devedes agradecer | al padre apoderado.
Señor, enbiat por Rodrigo | e por su padre privado.»
Apriessa fasen las cartas, | que non lo quieren tardar.....

(*Texto de Durán.*)

Los Infantes de Lara.

FRAGMENTOS DEL CANTAR DE GESTA DE LOS INFANTES DE LARA, SACADOS DE LAS REFUNDICIONES DE LA CRÓNICA GENERAL, POR D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

Gonzalo Gustioz contemplando las cabezas de sus hijos.

Tomó primero en sus brazos | la de Don Muño Salido
e razonara con ella | como si fuera vivo:
«Salve vos Dios, Muño Salido, | mi compadre e mi amigo
de qué fué de los míos fijos | que en vuestras manos ove metidos,
porque en Leon e en Castilla | érades vos muy temido,
e de mejores que vos | érades servido.
De Dios seades perdonado,—mi compadre e mi amigo,
si fueste vos en consejo | con su tío Don Rodrigo,
lo que non fariades vos | por lo que en vos no avia visto.
Catariades los agüeros | como amo e padrino;
non vos querría creer | Gonçalo Gonçalez mi hijo,
ca se doldría de mí, | porque yacía en cativo.
E perdonatme, compadre | e mi buen amigo,

que mucha gran falsedat | sobre vos había dicho
La cabeça de Don Muño Salido | tornola en su lugar,
e la de Diego Gonçalez | en los brazos fué a tomar;
e mesando sus cabellos | e las barbas de su faz;
«Señero so e mezquino | para estas bodas bofordar.
Fijo Diago Gonçalez, | a vos amava yo más,
fazialo con derecho, | ca vos naciérades ante,
grant bien vos quería el conde, | ca vos érades su alcalle,
tambien tovistes su seña | en el vado de Cascajar;
a guisa de mucho ardido | muy onrrada la sacastes
fiziestes en este día, | fijo, un ensayo muy grande,
ca vos alzastes la seña | e metístesla en la mayor haz
fué tres vezes abaxada | e tres vezes la alçastes,
e matastes con ella | dos reys e un alcayde.
Desen arriba, los moros | oviéronse de arrancar,
metiense por las tiendas, | que non avien vagar;
muy bien sirviestes al conde, | cayéndoles en alcance.
Bueno fuera Ruy Velázquez | si ese día finase!
Trasnocharon los moros. | fuéronse para Gormaz,
dióvos ese día el conde, | Caraço por heredat,
la media poblada es | e la media por poblar.»
Desque vos moristes, fijo, | lo poblado se despoblará.
La cabeza de Don Diago | entonce fué a besar,
e alimpiándola con lágrimas, | volviérala a su lugar.
Cada uno como nasció | así las yua tomar.
La cabeça de Don Martín Gonçalez | en sus brazos la tomava;
«O, fijo Martín Gonçalez, | persona mucho onrrada.
¡Quién podríe asmar que en vos | avie tanta buena maña!
atal jugador de tablas | non lo avie en toda España,
bien e mesuradamiente | uos fablávades en plaza.
Que yo viva o que muera, | de mi ya non me incala,
mas mucho hé fiero duelo | de vuestra madre Doña Sancha,
sin fijos e sin marido, | fincará tan desconortada.
La cabeça de Martín Gonçalez | luego llorando dexava
e la de Suero Gonçalez | en los brazos la tomava.
«Ya, fijo Suero Gonçalez, | cuerpo tan bueno e leal,
de las vuestras buenas mañas | un rey se devie pagar;
de aves érades maestro, | non avie vuestro par
en caçar muy bien con ellas | e a su tiempo las mudar.
Malas bodas vos guisó | el hermano de vuestra madre,
a mi metió en cativo. | a vos levó á descabeçar;
los que oy son por nascer | traydor le llamarán.

.....

Desi besó la cabeça | e púsola en su lugar:
la de Gonçalo Gonçalez | en brazos la fué tomar,
remesando sus cabellos, | faziendo duelo muy grande:
«Fijo Gonçalo Gonçalez, | á vos amava vuestra madre:
E las vuestras buenas mañas, | ¿quí las podríe contar?
buen amigo para amigos | e para señor leal;

conoscedor de derecho, | amávades lo judgar;
en armas mucho esforçado, | a los vuestros franquear:
alançador de tablado: | nunca ome la vido tal;
en cámara con las dueñas, | mesurado en el fablar
dávadesles vuestras donas | muy de buena voluntad;
menester avia agudeza | quien con vos se razonase,
e mucho seríe agudo | si lo peor non levase.
Los que me temíen por vos | enemigos me serán:
aunque yo torne a Lara, | nunca valdré un pan
non he pariente ni amigo | que me pueda vengar.
Más me valdría la muerte | que veer este pesar.»
La cabeça de las manos | sobre las otras se le cae
e dió en tierra amortecido | que de sí non savie parte:
pesó mucho á Almançor | e comenzó de llorar.

El conde Fernán González.

Fragmento de la Crónica rimada ó Poema de las mocedades en que se refiere cómo el conde Fernán González hizo á Castilla independiente de León.

E non queria obedecer el conde | a moro nin christiano,
e enbió desir al rey de Leon | fijo de don Suer ó de Casso,
(don Alfonso avia por nombre). | El Rey embió al conde enplasarlo,
quel veniesse a vistas | e fué el conde muy pagado.
Caualgó el conde | como ome tan losano,
e a los treinta dias contados | fué el conde al plaso.
El plaso fué en Saldaña | e começóle él a pregunta lo:
—E yo marauillado me fago, | conde, como sodes ossado
de non me venir a mis cortes | nin me bessar la mano,
ca siempre fué Castilla | de Leon tributario,
ca Leon es regno | e Castilla es condado.»
Essas oras dixo el conde: | «Mucho andades en vano;
vos estades sobre buena mula gruessa | e yo sobre buen cauallo
Porque vos yo sofri, | me fago mucho marauillado
en aver señor Castilla | e pedirle vos tributaryo.»
Essas oras dixo el Rey: | —«En las Cortes será jusgado
si obedecerme deuedes, | si non, fincatvos en saluo.»
Essas oras dixo el conde: | «Lleguemos y privado.»
En Leon son las cortes, | llegó el conde losano;
un cauallo lleua preciado | e un asor en la mano,
e comprógelo el Rey | por aver monedado:
en treynta e cinco mill maravedis | fué el cauallo e el asor apreciado,
al gallarin gelo vendió el conde | que gelo pagasse a dia de plazo.
Largos plasos passaron | que no fué el conde pagado,
Nyn quirie ir a las cortes | a menos de entregarlo.
Con fijos e con fijas | e con mugieres castellanos
van a las Cortes de León | .....
El conde Fernán González | dixo al Rey atanto:

«Rey, non verné á vuestras cortes | a menos de ser pagado
del auer que me deuedes | de mi asor e de mi cauallo.»
Cuando contaron el auer, | el Rey non podia pagarlo;
tanto creció el gallaryn | que lo non pagaria el regnado,
Venieron abenencia | el Rey e el conde Losano
que quitasse a Castilla. | El conde fué mucho pagado.
Plógol al conde | quando oyó este mandado.
Assy sacó a Castilla | el buen conde don Fernando.

(*Texto de Durán.*)

C. POEMAS DE IMITACIÓN

Vida de Madona Santa María Egipciaca.

PENITENCIA DE LA SANTA.

Quando houo ffecho su iornada
Sso vn arbol fue albergada.
Alli priso posada,
Hon muchos anyos ffizo morada.
Sus çapatas e todos sus panyos
Bien le duraron ss'ete anyos.
Despues andido quarenta anyos
Desnuda e ssin panyos.
Por grant viento et grant friura
Desnuda va ssin vestidura.
Vn poco come de su pan,
Despues duerme fasta la man.
Nol semeia daquell logar
Para adelante sse quiere mudar.
Manyana sse leuantó María,
Contra oriente prende la via.
Tanto anda noches e dias,
E tanto ffalló dásperas vias,
A tanto entró en la montanya,
Montesa sse fizo e muy estranya;
Mas non oluidó noche e dia
de rogar á Santa María.
Toda hora le miembra lo quel dixiera
E lo que con ella pusiera.
Como la metiera por fiador
Ante la ymágen de su Senyor.
Toda sse mudó dotra ffigura
Qua non ha panyos nin vestidura.
Perdió las carnes e la color
Que eran blancas como la flor.
E lo sus cabellos que eran ruuios
Tornaron blancos e suzios;
Las sus orejas que eran aluas

Mucho eran negras é pegadas.
Entenebridos auie los oios,
Perdidos auie los mencoios.
La boca era enpeleçida,
Derredor la carne muy denegrida.
La faz muy negra e arrugada
De frio viento e elada.
La barbiella e el su grinyon
Ssemeia cabo de tizon.
Tan negra era ssu petrina
Como la pez e la resina.
En ssus pechos non auia tetas
Como yo cuydo eran secas.
Braços luengos e ssecos dedos
Quando los tiende ssemeian espedos
Las vnyas eran conuinientes,
Que las taiaua con los dientes.
El vientre auie sseco mucho
Que non comie nengun conducho.
Los piedes eran quebraçados
En muchos logares eran plagados.
E por nada non se desuiaua
De las espinas on las ffallaua.
Semeiaua cortés
Mas non le fallia hi rés.
Quando huna espina la firia
Vno de sus pecados perdia.
E mucho era ella gozosa
Porque suffrie tan dura cosa.

Libre dels tres Reys d'Orient.

(Leyenda de Dimas el buen ladrón y de la huída á Egipto)

La uéspeda nin come nin posa | siruiendo á la Gloriosa
E ruegal por amor di piedat | .....
que non le caya en pe-ar | e que su fijo le de ha banyar.
La Gloriosa diz: banyatle | .....
e fet lo que quisieredes | que en vuestro poder nos tenedes
va la huéspe a correntera | e puso del agua en la caldera.
De que el agua houo asaz caliente | el ninyo en brazos prende.
Mientre lo banya, ál non faz | sino cayer lágrimas por su faz.
La Gloriosa la cataua, | demandól por que lloraua;
«Huéspeda, ¿por qué llorade»? | Non me lo celedes, si bien ayades».
Ella dixo: «Non lo celaré amiga, | mas queredes que vos diga.
Yo tengo tamanya cueyta | que querría seyer muerta.
Vn fijuelo que hauía | que parí el otro día,
afélo allí don yaz gafo | por mi pecado despugado.»
La Gloriosa diz: «Dátmelo, varona | Yo lo banyaré que no só ascorosa

e podedes dezir que en este annyo | non puede auer meior vannyo.
Ffué la madre e pusolo en los braços, | a la Gloriosa lo puso en las manos.
La Gloriosa lo metió en el agua | do banyado era el Rey del cielo e de la tierra.
La vertud fué fecha man a mano; | metiól gafo e sacól sano.
En el agua fincó todo el mal. | Tal lo sacó com vn cristal.
Quando la madre vió al fijo guarido, | gran alegría a consigo.
«Huéspeda, en buen día á mi casa viniestes | que a mi fijo me diestes.
Et aquell ninyo que allí yaz | que tales miragros faz
A tal es mi esperança | que Dios es sines dubdança...

(*Texto de Janer.*)

Disputa del alma y el cuerpo.

Si queredes oir | lo que vos quiero dezir
dizré uos lo que uí | nol uos í quedo fallir.
Un sábado exient | domingo amanezient,
ui una grant uisión | en mio leio dormient:
eran asemeiant | que so un lenzuelo nueuo
jazía un cuerpo | de uemne muerto;
ell alma era fuera | e fuert mientre que plera
ell alma es ent esida, | desnuda ca non uestida,
e guisa d' un ifant | fazíe duelo tan grant.
Tan grant duelo fazíe | al cuerpo maldizie,
fazi tan grant de duelo | e maldizie al cuerpo:
al cuerpo dixo el alma | ¡de ti lieuo mala fama!
tot siempre t' maldizré | ca por ti penaré
que nunca fecist cosa | que semeiás fermosa,
ni de nog ni de día | de lo que io quería:
nunca fust a altar— por j buena oferda dar
ni diezmo ni primicia | ni buena penitencia;
ni fecist oracion | nunca de corazon
cuando iuas all' elquería | sentábaste a conseia
í fazies tos conseios | e todos tos trebeios;
apostol ni martir | nunca quirist seruir,
iure por la tu tiesta | que no curaríes fiesta;
nunca de ningun santo | no curest so disanto.
mas no t' farais los santos aiuda | más que a una bestia muda;
mezquino mal fadado | ta' mal ora fuest nado!
que tu fueste tan rico | agora eres mesquino
dim ¿o sont tos dineros | que tú misist' en estero?
¿ó los tos marauedís | azarís et melequís
que solies manear | et a menudo contar?
¿ó son los palafrés | que los cuendes ie los rés
te solien dar | por to loseniar?
¿los cauallos corrientes | las espuelas punentes,
las mulas bien andantes, | asuneras trainantes,
los frenos esorados, | los petrales dorados
las copas de oro fino | con que bebies to vino?

¿dó son tos bestimentos | o los tos guarnimentos
que tú solies vestir | e tambien te...

(*Texto de Menéndez Pidal.*)

D. PRIMER POEMA LÍRICO CASTELLANO

Rasón feyta de amor ó Romance de Lope de Moros.

En el mes d' Abril, despues yantar,
Estava so un olivar;
Entre cimas d' un mançanar
Un vaso de plata ví estar;
Pleno era dun claro vino
Que era vermejo é fino,
Cubierto era de tal mesura
No lo toca la calentura.
Una duena lo y ovo puesto
Que era senora del uerto,
Que, cuan su amigo viniese,
Daquel vino á bever le diesse.
Que de tal vino oviesse
En la mana quan comiesse,
E dello oviesse cada dia,
Nunca mas enfermarya.
Arriba del mançanar
Otro vaso ví estar;
Pleno era dun agua fryda
Que en el mançanar se naçia.
Beviera dela de grado,
Mas oví miedo que era encantado.
Sobre un prado pus mi tiesta
Que non fisiese mal la siesta;
Partí de mi las vistiduras
Que nom fisies mal la calentura.
Plegué á una fuente perenal,
Nunca fué omne que viese tall;
Tan grant virtud en si avia,
Que de la frydor que d'i yxia,
.C. pasadas á derredor.
Non sintryades la calor.
Todas yervas que bien olien
La fuent çerca si las tenie;
Y es la saibia, y sson las rosas,
Y el liryo é las violas;
Otras tantas yervas y avia
Que el sol nombrar no las sabría.
Mas ell olor que d'i yxia
A omne muerto rressuçetarya.
Prys del agua un bocado

E fuy todo esfryado;
En mi mano prys una flor.
Sabet, non toda la peyor,
E quis cantar de fin amor;
Mas vi venir una doncela,
Pues nací non vi tan bella
Blanca era é bermeia,
Cabelos cortos sobrell oreia,
Fruente blanca é loçana,
Cara fresca como mançana,
Naryz egual é dereyta,
Nunca viestes tan bien feyta;
Oios negros é rridientes,
Boca á rrason é blancos dientes,
Labros vermeios non muy delgados,
Por verdat bien mesurados;
Por la çentura delgada
Ben estante é mesurada.
El manto é su brial
De xamet era que non d'al;
Un sombrero tien en la tiesta
Que nol fiziesse mal la siesta;
Unas luvas tien en la mano,
Sabet, non ielas dió vilano.
De las flores viene tomando,
En alta voz d'amor cantando,
E decía: «¡Ay, meu amigo,
Si me veré yamás contigo!
¡Aoy et sempre é amaré
Quanto que biva seré!
Porque eres escolar
Quisquiere te devria mas amar.
Nunqua oáí de homne decir
Que tanta bona manera ovo en si;
Mas amaría contigo estar
Que toda España mandar;
Mas duna cosa so cuitada,
E miedo de seder enganada;
Que dizen que otra duena,
Cortesa é bela é bona
Te quiere tan gran ben,
Por ti pierde su sen,
E por eso é pavor
Que á esa quieras maior
Mas s'io te vies una vegada
A plan me queryes por amada»...

(*Texto de Menéndez y Pelayo*).

E. PRIMER POEMA DRAMÁTICO CASTELLANO

Auto de los Reyes Magos.

ESCENA II

GASPAR. Dios uos salve, senior; sodes uos strelero?
dezidme la uertad, de uos sabelo quiro.
Vedes tal marauila?
nacida es una strela.

BALTASAR. Nacido es el Criador,
que de las gentes es senior.
Ire, lo aorare.

GASPAR. Yo otrosi rogar lo e.

MELCHOR. Seniores á qual tirra, o queredes andar?
queredes ir conmigo al Criador rogar?
Auedes lo ueido? io lo uo aorar.

GASPAR. Nos imos otrosi, sil podremos falar.
Andemos tras el strela, ueremos el logar.

MELCHOR. Cumo podremos prouar si es homne mortal
o si es rei de terra o si celestrial?

BALTASAR. Queredes bine saber cumo lo sabremos?
oro, mira y acenso a el ofrecremos:
si fure rei de terra, el oro querá;
si fure omne mortal, la mira tomará;
si rei celes rial estos dos dexará,
tomará el encenso quel perteneccrá.

GASPAR Y MELCHOR. Andemos i asi lo fagamos.

ESCENA III

Gaspar y los otros dos Reyes, á Herodes.

Salue te el Criador, Dios te curie del mal
un poco te dizeremos, non te queremos al,
Dios te de longa uita i te curie de mal;
imos en romeria aquel rei adorar
que es nacido in tirra, nol podemos fallar.

HERODES. Que decides, o ides? á quin ides buscar?
de qual terra uenides, o queredes andar?
Decid me uostros nombres, no m'los querades celar.

GASPAR. A mi dizen Gaspar,
est otro Melchor, ad achest Baltasar.
Rey, un Rey es nacido que es senior de tierra
que mandará el seclo en grant pace siues gerra.

HERODES. ¿Es así, por uertad.

GASPAR. Si, rei, por caridad.

HERODES. ¿Y cumo lo sabedes?
¿ia prouado lo auedes?

GASPAR. Rei, uertad te dizremos
que prouado lo auemos...

(*Texto de Menéndez Pidal.*)

F. POEMAS DEL MESTER DE CLEREZÍA

Poemas del maestro Gonzalo de Berceo (12...-1264?).

VIDA DEL GLORIOSO CONFESOR SANTO DOMINGO DE SILOS

El rey don Fernando, que mandaba Leon,
Burgos con la Castiella, Castro, e Carrion,
Amos eran hermanos, una generaçion,
Era de los sus reinos Monte Doca moion.
Vino a Sant Millán, movióIo el pecado,
Por qual cueta que era vinie desaborgado,
Demandó al conviento quando fué albergado,
Bien gelo entendieron, que non vinie pagado.
Abbat, dixo el rey, quiero que me oyades,
Vos, e vuestro conviento los que aqui morades,
Porque es mi venida quiero que lo sepades,
Qui escusar non vos puedo, quiero que me valades.
Contarvos mi façienda serie luenga tardanza,
Que las razones luengas sempre traen oianza,
Abreviarlo quiero, e non fer alonganza,
Quiero de los thesoros, que me dedes pitanza.
Mis abuelos lo dieron, cosa es verdadera,
Esto, e lo al todo de la sazon primera,
Presten a mi ahora, cosa es derechera,
Aun los pecharémos por alguna manera.
El abbat, e sus fraires fueron mal espantados,
Non recudie ninguno, tant eran desarmados,
El prior entendiólo que eran embargados,
Recudiol, e dixol unos dichos pesados.
Rey, díz, merçed te pido, que sea escuchado,
Lo que deçirte quiero, non te sea pesado,
Pero que so de todos de seso mas menguado,
Cosa desaguisada non dizré de mi grado.
Tus abuelos fiçieron este sancto ospital,
Tu eres padron dende, e sennor natural;
Si esto te negassemos farianioslo muy mal,
Pecariamos en ello pecado criminal.
Los qui lo levantaron a la orden lo dieron,
Metieron heredades, tesoros ofreçieron,
Por dar a Dios servicio por esso lo fiçieron,
Non tornaron por ello desque lo y metieron.
Lo que una vegada a Dios es ofreçido,
Nunca en otros usos debe ser metido,
Qui ende lo camiasse serie loco tollido,

En die de el iudiçio seriele retrahido.
Si esto por ti viene, eres mal acordado,
Si otro lo conseia, eres mal conseiado;
Rey, guarda tu alma, non fagas tal pecado,
Ca serie sacrilegio, un crimen muy vedado.
Sennor bien te conseio que nada emprendas,
Vive de tus tributos de tus derechas rendas,
Por aver que non dura la tu alma non vendas,
Guardate ne ad lapidem pedem tuum offendas.
Monge, dixo el rey, sodes mal ordenado,
De fablar antel rey, qué vos tizo osado?
Paresçe de silençio qui non sodes usado,
Bien creo que seredes en ello mal fallado.
Sodes de mal sentido, commo loco fablades,
Fervos é sin los oios, si mucho papeades,
Mas conseiarvos quiero, que callado seades,
Fablades sin liçençia mucho desordenades.
El prior sóvo firme, non dió por ello nada,
Rey dixo, yo en esto verdad digo probada,
Non serie por decretos, nin por leyes falsada,
Tu en loguer prométesme asaz mala sollada.
Yo non lo mereçiendo, rey, so de ti mal trecho,
Menázasme a tuerto, yo diçiendo derecho,
Non devies por tal cosa dé mi aver despecho:
Rey, Dios te defienda, que non fagas tal fecho.
Monge, dixo el rey, sodes muy razonado,
Legista semeiades, ca non monge travado,
Non me terné de vos, que so bien vendegado,
Fasta que de la lengua vos aya estemado.
Todas estas menazas, quel rey contaba,
El varon beneyto nada non las preçiaba,
Quanto él mas dicia, él mas se esforzaba,
Pesabale sobeio porque el rey peccaba.
Rey, dixo, mal façes, que tanto me denuestas,
Diçes con la grant ira palabras descompuestas,
Grant carga de pecado echas a las tus cuestas,
Que de membres agenos quieres fer tales puestas.
Las erranzas que diçes con la grant follonía,
Et los otros pecados que façes cada dia,
Perdonetelos Christo, el fijo de María:
Mas de quanto te dixe yo non me camiaría.
Fabló el rey, e dixo: don monge denodado,
Fablades commo qui siede en castiello alzado;
Mas si prender vos puedo defuera del sagrado,
Seades bien seguro, que seredes colgado.
Fabló Sancto Domingo, del Criador amigo:
Rey, por Dios que oyas esto que te digo:
En cadena te tiene el mortal enemigo,
Por esso te ençiende que barages conmigo.
La ira, e los dichos adúçente grant danno,

El diablo lo urde, que trahe grant enganno.
Embargado so mucho, rey, del tu sosanno,
Quantos aqui sedemos yaçemos en mal banno.
Puedes matar el cuerpo, la carne mal traer,
Mas non as en la alma, rey, ningun poder:
Dizlo el Evangelio, que es bien de creer,
El que las almas iudga, esse es de temer.
Rey, yo bien te conseio commo a tal sennor,
Non quieras toller nada al sancto confessor,
De lo que ofreçiste non seas robador,
Si non, ver non puedes la faz del Criador.
Pero si tu quisieres los thesoros levar,
Nos non te los daremos, vételos tu tomar,
Si non los amparare el padron del logar,
Nos non podremos, rey, contigo baraiar.

Estoria del sennor San Millán.

Batalla de Simancas.

Movieronse las huestes, tovieron sue carrera,
Por acorrer al rey ca en porfazo era;
Mas quando aplegó la punta delantera,
Ya pisaban los reys el suelo de la era.
Ya eran en el campo entrambas las partidas,
Avian ambos los reys mezcladas las feridas,
Las azes de los moros ya eran embaydas,
Ca la ira de Xpo las avie confondidas.
Sennores e amigos quantos aqui seedes,
Si escuchar quisieredes, entenderlo podedes,
Qual acorro lis trajo el voto que sabedes,
E Dios commo lis fizo por ello sues mercedes.
Quando estaban en campo los reys, azes paradas,
Mezclaban las feridas, las lanzas abaxadas,
Temiense los christianos de las otras mesnadas,
Ca eran ellos pocos, e ellas muy granadas.
Mientre en esta dubda sedien las buenas yentes,
Asuso contral çielo fueron parando mientes:
Vieron dues personas fermosas e luçientes,
Mucho eran mas blancas que las nieves reçientes.
Vinien en dos caballos plus blancos que cristal,
Armas quales non vio nunqua omne mortal.
El uno tenie croza, mitra pontifical,
El otro una cruz, omne non vio tal.
Avien caras angélicas, çelestial figura,
Desçendien por el aer a una grant pressura,
Catando a los moros con turva catadura,
Espadas sobre mano, un signo de pavura.
Los christianos con esto foron mas esforzados,
Fincaron los ynoios en tierra apeados,
Firien todos los pechos con los punnos çerrados,

Prometiendo emienda a Dios de sus peccados.
Quando çerca de tierra fueron los caballeros,
Dieron entre los moros dando golpes çerteros,
Fiçieron tal domage en los mas delanteros,
Que plegó el espanto a los mas postremeros.
A vuelta destos ambos que del çielo vinieron,
Aforzaron christianos, al ferir se metieron,
Iuraban los moriellos por la ley que prisieron,
Que nunqua en sos dias tal priesa non ovieron.
Caien a muy grant priessa los moros descreidos,
Los unos desmembrados, los otros desmedridos,
Repisos eran mucho que hi eran venidos,
Ca entendien del pleyto que serien mal exidos.
Cuntiolis otra cosa que ellos non sonnaban,
Essas saetas mismas que los moros tiraban,
Tornaban contra ellos, en ellos se fincaban,
La fonta que fiçieron cara-ment la compraban.

El Duelo que fizo la Virgen Maria el dia de la Pasión de su fijo.

Ai Fiio querido, sennor de los sennores!
Io ando dolorida, tu pades los dolores;
Dante malos serviçios vasallos traydores:
Tu sufres el laçerio, io los malos sabores.
Fiio el mi querido de piedat granada,
Por qué es la tu Madre de ti desemparada?
Si levarme quisieses seria tu p gada,
Que fincaré sin ti non bien acompannada.
Fiio, çerca de ti querrria io fina,
Non querria al sieglo sin mi Fiio tornar:
Fiio Sennor e Padre, denna a mi catar:
Fiio ruego de Madre nol debe rehusar.
Fiio dulz e sombroso, tiemplo de caridat,
Archa de sapiençia, fuente de piedat,
Non desses a tu Madre en tal soçiedat,
Qua non saben conoçer mesura nin bondat.
Fiio, tu de las cosas eres bien sabidor,
Tu eres de los pleitos sabio avenidor,
Non desses a tu Madre en esti tal pudor
Do los sanctos enforcan e salvan al traydor.
Fiio, siempre oviemos io e tu una vida,
Io a ti quissi mucho, e fui de ti querida:
Io siempre te crey, e fui de ti creyda,
La tu piadat larga ahora me oblida.
Fiio, non me oblides e lievame contigo,
Non me finca en sieglo mas de un buen amigo,
Iuan, quem dist por fiio, aqui plora conmigo:
Ruégote quem condones esto que io te digo.
Ruégote quem dones esto que io te pido,

Assaz es pora Madre esti poco pidido:
Fiio, bien te lo ruego, e io te me convido
Que esta petiçion non caya en oblido.
Recudió el Sennor, dixo palabras tales:
Madre, mucho me duelo de los tus grandes males,
Muevenme tos lágrimas, los tus dichos capdales,
Mas me amarga eso que los colpes morıales.
Madre, bien te lo dixi, mas aslo oblidado,
Tuélletelo el duelo que es grant e pesado.
Porque fui del Padre del çielo enviado
Por reçibir martirio, seer cruçifigado.
Madre, tu bien lo sabes de omnes bien çerteros
De qual guisa pecaron los parientes primeros,
Commo los deçibieron los diablos arteros
Diçiendolis mentiras los malos losengeros.
Perdieron paraiso e perdieron la vida,
Toda su generaçion por ellos fue perdida,
La puerta del buen uerto luego fue concluida,
Nunqua fue mas abierta fasta la mi venida.

Milagros de Nuestra Señora.

Amigos e vasallos de Dios omnipotent,
Si vos me escuchásedes por vuestro consiment,
Querriavos contar un buen aveniment:
Terrédeslo en cabo por bueno verament,
Yo maestro Gonzalvo de Berçeo nomnado
Yendo en romería caeçi en un prado
Verde é sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiçiaduero para omne cansado,
Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en omne las caras e las mientes,
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en yvierno calientes.
Avie hy grant abondo de buenas arboledas,
Milgranos e figueras, peros e mazanedas,
E muchas otras fructas de diversas monedas;
Mas non avie ningunas podridas nin açedas.
La verdura del prado, la olor de las flores,
Las sombras de los arbores de temprados sabores,
Refrescáronme todo, e perdi los sudores:
Podrie vevir el omne con aquellos olores.
Nunqua trobé en sieglo logar tan deleitoso,
Nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso,
Descargué mi ropiella para iaçer mas viçioso,
Poseme á la sombra de un arbor fermoso;
Yaçiendo á la sombra perdí todos cuidados.
Odí sonos de aves dulçes e modulados;
Nunqua udieron omnes organos mas temprados,
Nin que formar pudiessen sones más acordados...

MILAGRO XI

Era en una tierra un omne labrador,
Que usaba la reia mas que otra labor:
Mas amaba la tierra que non al Criador,
Era de muchas guisas omne revolvedor.

Façie una enemiga, façiela por verdat,
Cambiaba los moiones por ganar eredat:
Façie a todas guisas tuerto e falsedat,
Avie mal testimonio entre su veçindat.

Querie, peroque malo, bien a Sancta María,
Udie sus miráculos, dabalis acogía:
Saludábala siempre, diçiela cada dia
Ave graçia plena que parist a Messía.

Finó el rastrapaia de tierra bien cargado,
En soga de diablos fue luego cativado,
Rastrábanlo por tienllas de coçes bien sobado,
Pechábanli á duplo el pan que dio mudado.

Doliéronse los angeles desta alma mesquina,
Por quanto la levarían diablos en rapina;
Quisieron acorrelli, ganarla por veçina,
Mas para fer tal pasta menguábalis farina.

Si lis diçien los angeles de bien una razon,
Çiento diçien los otros, malas qua buenas non:
Los malos á los bonos tenienlos en rencón,
La alma por peccados non issie de preson.

Levantosse un angel, disso: io so testigo,
Verdat est, non mentira, esto que io vos digo:
El cuerpo, el que trasco esta alma consigo,
Fué de Sancta María vassallo e amigo.

Siempre la ementaba a iantar e a çena;
Diçieli tres palabras: Ave graçia plena;
La boca por qui essie tan sancta cantilena,
Non mereçie iaçer en tan mala cadena.

Luego que esti nonme de la sancta reyna
Udieron los diablos, cogieron ssada hina,
Derramaronse todos commo una neblina,
Desampararon todos a la alma mesquina.

Vidieronla los angeles seer desamparada,
De piedes e de manos con sogas bien atada,
Sedie commo oveia que iaçe ensarzada,
Fueron e adussieronla pora la sua maiada.

Nomne tan adonado e de vertut atanta
Que á los enemigos seguda e espanta,
Non nos debe doler nin lengua nin garganta,
Que non digamos todos: Salve Regina Sancta.

(Texto de Janer.)

Libro de Appollonio.

APOLONIO RECONOCE Á SU HIJA LUCIANA.

(*Habla Luciana*).—Por la graçia del çielo que me quiso ualler
non me pudo ninguno fasta aqui uençer,
diéron-me omnes buenos tanto de su auer,
por-que pague mi amo de todo mío loguer.
Entre las otras cuytas esta mes la peyor,
a omne que buscaua seruicio e amor,
ame aontada a tan gran desonor,
deuria tan gran soberuia pesar al Criador.
Ay rey Apolonyo, de ventura pesada,
si ssopiesses de tu fija tan mal es aontada,
pesar auries e duelo, e seria bien vengada;
mas cuydo que non biues, onde non sso yo buscada.
De padre nin de madre por mios graues pecados,
non sabré el çiminterio do fueron ssoterrados;
tráyen-me como a bestia ssiempre por los mercados,
de peyores de mi faziendo sus mandados.
Reuiscó Apolonyo, plogol de coraçon,
entendió las palabas que vinien por razon;
tornóse contra ella, demandol si mintie o non,
preguntol por parauia de grado el uaron.
Duenya, si Dios te dexe al tu padre veyer,
perdóname el fecho, darte de mio auer;
erré con fellonía puedes lo bien creyer,
ca nunqua fiz tal yerro nin lo cuydé fazer.
Demás, si me dixieses qua puede te membrar
el nombre del amo que te ssolie criar,
podriemos nos por ventura amos alegrar,
Io podria la fija, tu el padre cobrar.
Perdonólo la duenya, perdió el mal taliento,
dió á la demanda leyal recudimiento,
la ama, dice, de que siempre menguada me siento,
dixéronle Licórides, sepades que non uos miento.
Vió bien Apolonyo que andaua carrera,
entendió bien sen es falla que la su fija era,
salló fuera del lecho luego de la primera,
diziendo, valme, Dios, que eres vertut uera!
Prísola en sus bracços con muy grant alegría,
diziendo, ay mi fija, que yo por uos muria;
agora he perdido la cuyta que auia,
fija, no amaneçió pora mi tan buen dia.
Nunqua este dia no lo cuydé veyer,
nunqua en los mios braços yo uos cuydé tener,
oue por uos tristiçia, agora he plaçer,
siempre auré por ello a Dios que gradecer.
Començó a llamar, venir los mios vasallos,
sano es Apolonyo, ferit palmas e cantos.

echat las coberteras, corret vuestros cauallos,
alçat tablados muchos, penssat de quebrantar-los.
Penssat como fagades fiesta grant e complida,
cobrada he la fija que hauia perdida,
buena fué la tempestá, de Dios fue permetida,
por onde nos ouiemos a fer esta venida.

Libro de Alexandre.

Descripción de los palacios de Poro.

El lugar era plano rica ment assentado,
auondado de caça se quier e de uenado,
las montañas bien çerca do paçie el ganado,
verano e innuierno era bien temprado.
Furon los palaçios de bon mestre assentados,
furon maestramiente a quadra compassados,
en pena uiua furon los çimientos echados,
per agua nen per fuego non serien desatados.
Eran bien enluziadas e firmes las paredes,
non le fazien mengua sáuanas nen tapedes,
el techo era pintado a laços e a redes,
todo doro fino, como en Dios creedes.
Las portas eran todas de marfil natural,
blancas e reluzientes como fino cristal;
los entaios sotiles, bien alto el real,
casa era de rey, mas bien era real.
Quatroçientas colunpnas auie en essas casas,
todas doro fino capiteles e basas:
non serien más luzientes se fussen biuas brasas
ca eran bien brunidas, bien claras e bien rasas.
Muchas eran las camaras, todas con sus sobrados
de çiprés eran todos los maderos obrados,
eran tan sotil-mientre entressi enlaçados,
que non entenderie omne do furan aiuntados.
Pendien de las colunpnas derredor de la sala
una muy rica uinna, de meior non uos incala:
leuaua foias doro grandes como la palma:
querria de grado auerlas tales, se Dios me uala.
Las vnas eran fechas muy de grant femençia;
piedras son preçiosas todas de grant potencia,
toda la peor era de grant magnificencia:
el que plantó la uinna fu de grant sapiençia.
Como todas las vinnas son de diuersas naturas,
assi las piedras son de diuersas figuras:
las unas eran uerdes e las otras maduras,
nunca les faz mal gielos nen calenturas.
Ally fallaria omne las bonas cardeniellas,
e las otras maores que son mas tempraniellas,
las blancas alfonsinas que tornan amariellas,
las alfonsinas negras que son mas cardeniellas.

Las bonas calagrannas que se quieren alçar,
las otras moleias que fazen las uieias trotar,
la torronts amorosa bona poral lagar,
quanto uos omne non podrie dezir nen cuntar.

Dexemos nos la vinna que era muy loçana:
que leuaua la uendimia tardia é temprana:
digamos del áruol que enna vinna estaua,
que azie hi riqueza flera e adiaua.

En medio del encausto un logar apartado
seye rico áruol en medio leuantado,
nen era muy grueso nen muy delgado,
doro fino era, sotilmientre obrado,

Quantas aues en çielo an uozes acordadas,
que dizen cantos dolçes menudas e granadas,
todas en aquel áruol parecien figuradas,
cada una de su natura en color diuisadas.

Todos los estrumentos que usan los ioglares,
otros de maor preçio que usan escolares,
de todos auia hy tres o IIII pares,
todos bien temprados por formar sus cantares.

A la raiz del áruol bien a XV estados
venien unos canones que abien soterrados
eran de coure duro por en esso laurados,
todos eran en el áruol metidos, ençerrados.

Soprauan cuemo bufetes en aquellos canones.
luego dezien las aues cada uno sus sones,
los gayos, las calandras, tordos e los gauiones,
el rossinol que diç las fremosas canciones.

Luenga serie la cunta de las aues cuntar,
la noche ua ueniendo e quiero destaiar:
ya non se qual quisiesse de las otras echar.
Quando la çigarra non quiso delexar.

Voluia los estrumentos a buelta connas aues,
encordauan açierto las cuerdas connas claues,
alçando e apremiendo fazien cantos suaues,
tales que para Orfeo de formar serien graues.

Ally era la musica cantada per razon,
las dobles que refieren coytas del coraçon,
las dolçes de las baylas, el plorant semiton;
bien podien toller preçio a quantos no mundo son.

Non es en el mundo omne tan sabedor
que decir podiesse qual era el dolçor;
mientre omne uiuisse en aquella sabor
non aurie sede, nen fame, nen dolor.

Podédesuos per otra cosa mucho marauillar,
se quisiesse las medias solas farie cantar,
se quisiesse la terçia, si quisiesse un par,
sotil fu el maestre que lo souo laurar.

Poema de Fernán González.

Batalla de San Pedro de Arlanza.

Fueron a sus posadas, començaron a dormir,
Començaron las alas los gallos a feryr,
Leuantáron-se todos, misa fuero a oyr,
Confesarse á Dios, sus pecados descubryr.
Todos grandes e chycos su oraçion fyçieron,
Del mal que avyan fecho todos se arrepentieron,
La ostya consagrada todos la resçebyeron,
Todos de coraçon a Dios merçed pedieron.
Era en todo esto el dia allegado,
Entraron en las armas todo el pueblo cruçado,
Las façes fueron puestas commo les fue mandado
Byen sabye cada vno su lugar sennallado.
Ffueron todas las gentes en vn punto guarnidas,
Movyeron para ellos todos por sus partydas,
Las açes fueron puestas, mescladas las ferydas,
Ovo y de cada parte muchas gentes caydas.
El conde don Fernando, este leal cabdillo,
Paresçia entrre todos vn fermoso castyllo,
Avya en la fas primera avyerto vn gran portyllo,
Tenya en el escudo fyncado muy mucho cuadrillo.
Rrompya todas las haçes que frronteras estavan,
A la parte quel yva, todos carreras le davan,
Los golpes que façia, byen a lexos sonavan.
. . . . . .
Andava por las açes commo leon fanbryento,
De vençer o de moryr tenia fuerte valiento,
Dexava por do yba todo el campo sangryento,
Dava ay muchas ánimas al vestyon fanbryento.
Vn rey de los de Afryca era y de fuerça grande,
Entre todos los otrros semeiava vn gygante,
Que el conde vuscaua, et asy façia el conde al semeiante,
Et luego quando vyó al conde, fuese lo parar delante.
El conde quando lo vyó tan yrado venir,
Aguisó el cavallo e fuelo a resçebyr,
Avaxaron las lanças et fueronse a feryr,
Que devyeran tales golpes vna torre partyr.
Entramos vno a otrro fueron muy embargados,
Fueron muy mal ferrydos e estavan embaçados,
Fablar non se podian, tanto eran mal golpados,
Eran de fuertes golpes amos y dos llagados.
El conde don Fernando, maguer que mal ferydo,
En antes que el rey entrrase en todo su sentydo,
Del conde fue el rey otra vez mal ferydo,
Fue luego del cavallo a tierra avatydo.
Los vasallos del moro quando aquesto vyeron,
Çercaron al buen conde, muy gran priesa le dieron,
Esa ora castellanos en valde non estubyeron,

Dando grrandes ferydas, su sennor acorrieron.
El conde castellano, con sus gentes non dudadas,
Fueron aquestas oras fuerte-mente esforçadas,
El cavallo del conde, que traya muy grandes lançadas,
Tenie fasta los pyes las entrannas colgadas.
Ovo el su buen caballo al conde de morir.
A mayor fuerte saçon non le podiera fatesçir,
Ca non podia tornarse nin podia foyr,
Las coytas que sofrrya, non las podrya onbre deçir.
Estava apeado en derredor la su buena companna,
Escudo contra pechos, en la mano su espada,
Válasme, dixo, Cristo, la tu virtud sagrada,
Non quede ay Castylla de ty desamparada.
Los moros eran muchos, teniendo byen çercado,
Magüer quel buen conde estava apeado,
Feria á todas las partes á guisa de esforçado,
Los sus buenos vasallos valiéronlo pryado.
Diéron-le vn buen caballo, que él menester avya,
Dava gracias a Dios e façia grande alegria,
Sennor, esta merçed tamanna gradeçer non podrya,
Que tan byen me acorryste a la grran coyta mia.

El Alhadits de Yusuf.

Las dueñas enamoradas

Reutaban a Zalija las duennas del lugar
Porque con su cativo queria voltariar;
Ella de que lo supo arte las fué a buscar
Convidólas a todas e llevólas a yantar.
Diólas ricos comeres e vinos esmerados,
Que iban hí todas agodas de dictados;
Diólas sendas toronjas e cannivetes en las manos,
Tajantes e apuestos e muy bien temperados.
Y fuese Zalija adó Yusuf estaba
De púrpura e de seda muy bien lo aguisaba
E de piedras preçiosas muy lo afeitaba,
Verdugadero en sus manos, a las duennas lo enviaba,
Ellas, de que lo vieron, perdieron su cordura,
Tanto era de apuesto e de buena fegura;
Pensaban que era un angel, e tornaban en locura,
Cortábanse las manos, e non de habian cura,
Que por las toronjas la sangre iba andando;
Zalija, cuando lo vido, toda se fue alegrando,
Díjoles Zalija: «¿Qué façes, locas, de sin cuidado,
Que por vuesas manos la sangre iba andando?»
Ellas, desque lo vieron, sintieron la su locura,
Diçiendoles Zalija: «¿Dó vais, locas sin cordura;
Que por una vista sola tomades tal tristura?
¿Qué deberia yo façer dende el tiempo que me dura?»
Dijieronle las duennas: «A tí non te colpamos;

Nosotras somos las yerradas que dél te razonamos,
Mas antes guisaremos que él venga á tus manos,
De manera que seais avenidos enterambos.»
E fuéronse las duennas á Yusuf a rogar,
Vedéredes cada una como lo queria far;
Pensábase Zalija que por ella iban a rogar
Mas cada una iba para si á recabar.
Yusuf, cuando aquesto vido, reclamóse al Criador,
Diçiendo: «Padre mío, de mi hayades dolor,
Son tornadas de una muchas en mi amor;
Pues mas quiero ser preso que non ser traidor.»
Cuando Zalija vido la cosa mal parada,
Que por ninguna via no pudo aver de entrada,
Dijo al buen rey: «Este me ha difamada,
No teniendo yo culpa, mas a falsía granada.»
Echólo en la prision aquí a que se volviese
E que por aquello á ella obedeçiese,
E entendióIo el rey ante que muriese,
E juró que non salria mientras que el viviese.

G. APARICIÓN DE LA PROSA CASTELLANA

Anales toledanos primeros (12...-13...).

Quando se perdió *Salvatierra* envió el Rey D. Alfonso al Arzobispo D. Rodrigo á Francia é Alemaña, é al Apostóligo de Roma, é dio el Apostóligo á tal soltura por tod el mundo que fuesen todos soltos de sus pecados.—E este perdón fué porque el Rey de Marruecos dixo que lidiaríe con quantos adoraban Cruz en todo el mundo é moviéronse los d'Ultrapuertos, é vinieron á Toledo en día de Cinquesma, é volvieron todo Toledo, é mataron de los Judíos dellos muchos, é armáronse los Caballeros de Toledo, é defendieron á los judíos. E después á VIII días entró el Rey D. Alfonso, é el Rey de Aragón en Toledo, á ayuntáronse grandes gientes de toda España, é de toda ultra puertos, é de Alcardet todo é ficieron mucho mal en Toledo, é duraron y mucho. Después moviéronse los Reyes con las huestes, é prisieron á *Alarcos*, é *Benavet*, é *Piedrabuena*, é *Caracuel*, é pasaron el Puerto de Muradal, é prisieron á *Ferrat*. E vino el Rey de Marruecos con toda su huest, é priso la *Losa*, é non los dejaba pasar, é derrompieron la Sierra, é pasaron, é fueron posar en las *Navas de Tolosa*, é paró el Rey Moro las azes aderredor de los Christianos IV días, é dioles grandes torneos: é Lunes amanecient parósse D. Diego López con todos sus Caballeros, é todos los Reyes de los cinco Regnos á las primeras feridas. E el Rey de Navarra era la costanera diestra, é el Rey de Aragón era la siniestra, é el Rey de Castiella tenía la Zaga con todas las otras gientes del mundo. E paró el Rey Moro sus azes, é ferió la haz de Diego, é de los Reyes, é movieron los Moros á la primera az é ferió el Rey de Navarra sobre ellos, é non los pudo sufrir, é ferió el Rey de Aragón sobre ellos, é non lo pudo sufrir, ni los pudo mover. Después ferió el Rey de Castiella con toda la zaga, é plogo á Dios, que fueron los Moros arrancados, é murieron y todos, si non los que escaparon por pie de caballo, é fugieron los

de Baeza, é de otras Villas muchas para Ubeda. E fueron los Reyes Christianos prender á Ubeda é prisieron muchos cativos é cativas, más de LX mil. Después pobló el Rey á *Bilch*, é *Baños*, é *Tolosa*, é *Ferrat*. E en toda esta facienda non se acercaron y los omes de Ultrapuertos, que se tornaron de Calatrava, é cuidaron prender á Toledo por trayzón. Mas los omes de Toledo cerráronles las puertas, denostándoles é clamándolos desleales é traedores é descomulgados. E después que los Reyes pararon bien lo del Christianismo, tornáronse de esa huest. E esto fué en XVI días de Julio, Lunes. Era MCCL...

Anales toledanos segundos.

...Escureció el sol viernes, hora de VI é duró una pieza entre VI é IX, é perdió toda su fuerza, é fízose como noche, é parecieron estrellas muy á quantas é de sí clareció el sol luego, más á gran pieza no tornó en su fuerza. Después cobró su fuerza como solía aver. Era MCCLXXVII...

(*Texto del P. Flórez*).

ÉPOCA PRECLÁSICA

Desde D. Alfonso X el Sabio (1220) hasta «La Celestina» (1500).

Primer período: desde D. Alfonso X hasta D. Juan II. (1419).

A. DON ALFONSO EL SÁBIO (1220-1284).

Obras legales.

LA SIETE PARTIDAS

Onde fueron tomadas et sacadas estas leyes.

Ius naturale en latín tanto quiere decir en romance como derecho natural que han en sí los homes naturalmente, et aun las otras animalias que han sentidos; ca segunt el mandamiento de este derecho, el maslo se ayunta con la fembra, á que nos llamamos casamiento, et por él crían los homes á sus fijos et todas las animalias. Otrosi: *ius gentium*, en latín, tanto quiere decir como derecho comunal de todas las gentes, el cual conviene á los homes et non á las otras animalias, et este fué fallado con razón, et otrosi por fuerza, porque los homes non podrían vevir entre sí en concordia et en paz, si todos non usasen dél; ca por tal derecho como este cada un home conoce lo suyo apartadamiente, et son departidos los campos et los términos de la villa. Et otrosi son los homes todos tenudos de loar á D os, et obedecer á sus padres et á sus madres, et á su tierra que dicen en latín *patria*. Et otrosi consiente este derecho que cada uno se pueda amparar con aquellos que deshonra ó fuerza le quisieren facer. Et aun más, que toda cosa que faga por amparamiento de fuerza que quieran facer contra su persona, que se entienda que lo face con derecho. Et de los mandamientos destas dos maneras de derecho desuso dichos, et de todos los otros grandes saberes, sacamos et ayuntamos las leyes deste nues ro libro segunt que las fallamos escriptas en los libros de los sabios antiguos, poniendo cada ley en su lugar segunt el ordenamiento porque lo nos fecimos.

Quál debe seer el facedor de las leyes.

El facedor de las leyes debe á Dios amar, et temer et tenerle ante sus oios quando las ficiere, porque las leyes sean cumplidas et derechas; et debe amar iusticia et verdat, et seer sin cobdicia para querer que haya cada uno lo suyo; et debe ser entendido para saber departir el derecho del tuerto, et apercibido de razón para responder ciertamientre á los quel demandaren; et debe seer fuerte á los crueles et á los soberbios, et piadoso para hacer merced á los culpados y á los mesquinos ol conviniere; et debe seer homildoso por non seer soberbio nin crudo á sus pueblos por su poder nin por su riqueza; et

bien razonado porque sepa mostrar cómo se deben entender et guardar las leyes; et debe seer sofrido en oir bien lo quel dixieren, et mesurado en non se rebatar en dicho nin en fecho.

En qué logar deve ser establecido el estudio é cómo deven ser seguros los maestros.

De buen ayre é de fermosas salidas deve ser la villa do quisieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes é los escolares que los aprenden vivan sanos en él, é puedan folgar é recibir plazer en la tarde, quando se levantaren cansados del estudio. Otrosí deve ser abondada de pan é de vino é de buenas posadas en que puedan morar é passar su tiempo sin gran costa. Otrosí decimos que los cibdadanos de aquel lugar do fuere fecho el estudio deven mucho guardar é honrrar é á los maestros, é á los escolares é á todas sus cosas. E los mensajeros que vienen á ellos de sus lugares é non los deve ninguno prender nin embargar por debda que sus padres deviesse, nin los otros de las tierras donde ellos fuesen naturales. E aun decimos que por enemistad nin por mal querencia que algun home oviesse contra los escolares é á sus padres non les debe fazer deshonra, nin tuerto, nin fuerça. E por ende mandamos que los maestros é los escolares é sus mensajeros é todas las sus cosas sean seguras é atreguadas, en viniendo á las escuelas é estando en ellas é yendo á sus tierras. E esta segurança les otorgamos por todos los logares de nuestro sennorío. E qualquier que contra esto fiziere, tomándole por fuerça, ó robándole lo suyo, dévegelo pechar quatro doblado, é si lo fiziere, ó deshonrrare ó matare debe ser escarmentado cruelmente como ome que quebranta nuestra tregua é nuestra segurança...

El Espéculo ó espejo de todos los derechos.

De los consejeros

Verdadera cosa es, é todos los homes sesudos é sabidos se acuerdan en ello que todas las cosas que son fechas con consejo se facen más enderezadamente que las otras, é vienen á mejor acabamiento. E como quier que los omes ayan meester consejo en las otras cosas, mucho tenemos que lo han meester en dar sus juycios aquellos que an poder de juzgar. Ca, pues que juycio tanto quiere decir como mandamiento que da á cada uno su derecho, razon es que sea dado con consejo Onde nos por guardar los judgadores de yerro que tienen nuestro lugar, cuanto en judgar á los que vienen antellos de daño, tenemos por bien que en los grandes pleitos y mayormente en los que han de facer justicia que tomen consigo omes buenos con quien se consejen para librar mejor los pleitos é entender más certamiente aquellos que y fueren de dubda. Et por ende queremos mostrar quales deben seer los consejeros é que pena deben aver si malconsejaren al judgador.

Ley 1.ª Estos consejeros de que dixiemos en esta otra ley decimos que deven seer omes buenos, é de buena fama, é entendudos, é sabidores de fuero é de derecho de estas nuestras leyes, é que non sean sospechosos á ninguna de las partes. E el que fuere consejero non debe tener voz por los unos nin por los otros, mas debe consejar al que á de judgar el pleito, mostrando por razón de leyes, que aquello que él conseja al judgador que judgue, que es derecho, é el que lo deve facer segunt que las voces fueren tenudas é el

pleito fuere probado. E deximos, que pues el judgador los toma que le consejen porque pueda judgar derechamiente, si algunos dellos á sabiendas lo aconsejare mal, deve aver tal pena como el judgador que á sabiendas judga tuerto... E si dixiere é mostrare razon porque semeje que non le dió tal consejo á sabiendas, si no ge lo pudiesen probar, sálvese así como se salvaría el judgador si le pusiesen que judga tuerto.

Obras apológico-morales.
Calila e Dymna, de Abdallah-ben-Almocaffa.

DE LAS DOS PALOMAS, MASLO E FEMBRA.

Dijo Beled: «Dicen que dos palomas, maslo et fembra, trajeron de los campos é de las eras trigo é cebada fasta que fincheron dello su nido: et dijo el maslo á la fembra: «Agora mientra que fallaremos en los campos que comer, no comamos de lo que tenemos en nuestro nido, et cuando veniere el invierno, que non fallaremos cosa en los campos, comer-hemos desto que habemos apañado». E tóvolo la fembra por bien, é otorgóselo é dijo: dices bien, fagámoslo asi. E cuando posieron el trigo en el nido estaba reliento, et el maslo fuese dende un tiempo, que non tornó fasta que era cerca del invierno, et por la sequedat del sol, é por el viento secóse el trigo é menguó. Et cuando el maslo vió que el trigo estaba menguado cuidó que lo comiera la fembra et díjole: «Non sabes que nos aprometimos cuando nos partimos que non comiéremos del trigo deste nido fasta que falleciese lo de los campos et de las eras?» Et dijo ella: «Verdat dices et asi es.» «Pues ¿como veo agora que has comido dello, é non lo puedes negar, que bien menguado está?» Ella dijo et juró que non habia comido dello cosa, salvo que habia menguado con la diversidat del tiempo que era caliente e seco; é el maslo non lo quiso creer, mas comenzóla á picar é á ferir con su pico é con sus alas fasta que la mató. Et despues que vino el invierno é las humidades, el trigo tornó á relentar en tal manera, que creció, é finchóse el nido, como de primero. Et cuando el maslo lo vió, arrepentióse é vió que habia fecho mal en matar á su mujer por tal razon, é echóse á par della, nin comió nin bebió fasta que morió. Et el home sábio non debe ser apresurado en su justicia, cuanto mas el home que sabe que se arrepentirá; et tu, señor, non busques lo que non fallarás, é olvida esto en que estás, et sey pagado de lo que te acaesció, é non seas atal como el ximio de las lentejas.....

(*Texto de Gayangos.*)

Estoria de Espanna o Cronica general.

(TEXTO DE LA REFUNDICIÓN DE 1344.)

EL PALACIO DE TOLEDO

E quantos hy avia todos eran maravillados que le podria aconteçer al rrei don rrodrigo que ansi se le escaesçio el fecho de la casa que le dixeron los de toledo; e fuela a ver e vio a, e vido que estavan en ella muchas estrañas cosas que los guardadores non le dixeron, e mando luego llamar sus privados e por aquellos que eran de su consejo e díxoles que en todas las guisas del mundo que queria ver qué yazia en aquella casa, e todos comu-

nalmente le dixeron que lo non fisiese ca non avia él porqué lo hazer lo que nunca fisieron nenguno. E él dixo: en esta casa non yase si non aver u encantamiento, e si es aver, tomallo hemos e si es encantamento segoro semos que me no pueden nosir pues non he porque lo dexar. E ellos dixeron: señor, vos fazet lo quisierdes, mas esto non es por nuestro consejo ni por nuestro querer. E él sin nenguna detenençia fué a las puertas de la casa e fiso las quebrantar, mas esto fue por muy gran afan, e tantas heran las llaves e los canados que era maravilla. E despues que fue abierta, entro el dentro e pieça de sus privados, e fallaron vn palacio en qvadra tanto de vna parte como de la otra, tan maravilloso que non ha onbre que lo pudiese desir, que la una parte del palaçio era tan blanca como es oy la nieve, que non puede mas ser; e la otra parte del palaçio, derecho ella, era tan negra como la cosa mas negra que en el mundo ha, e de dentro non podia ser mas; e la otra parte del palaçio era tan verde como es el limon o como vna cosa que de su natura fuese muy verde; e de la otra parte era tan bermejo como vna sangre. E todo el palaçio era tan claro como vn cristal, nin viera onbre en el mundo cosa tan clara, e semejaba que en cada vna de aquellas partes del palaçio non avia mas de sendas puertas, e de quantos entraron que lo vieron non ovo ayatal que sopiese desir que piedra con piedra hi avia juntada, nin que lo podiese partir e todos tovieron aquel palaçio por el mas maravilloso que otro nunca vieron. E en el palaçio non avia madero nin clavo nenguno que ansi como en el fondon era todo laño ansi era ençima, e avia hi finestras por do entraba toda la lunbre, por do podian ver quanto hy avia; e despues contaron como el palaçio era fecho, e tovieron mientes, e nunca podieron ver nin asomar sino lo mejor que vieron estar vn esteo non muy grueso, e era todo rredondo, e era tan alto como vn onbre, e avia hy en él vna puerta muy sotilmente fecha e açaz pequeña e ençima della letras gruesas que dezian en esta guisa: quando ercoles fizo esta casa andava la era de Adan en quatro mill e seis años. E despues que la puerta abrieron, fallaron dentro letras abiertas que desian: esta casa es vna de las maravillas de ercoles. E despues que estas letras leyeron, vieron en el esteo vna casa fecha en questaba vna arca de plata, e esta hera muy bien hecha e era labrada de oro e de plata con piedras preciosas e tenia vn canado de aljofar en blanco tan noble que maravilla es, e avia en él letras griegas que desian: o rrei en tu tiempo esta arca fuese abierta non puede ser que non verá maravillas ante que muera. E ese yercoles, el señor de grecia supo alguna cosa do lo que avía de venir. E el rrei don rrodrigo dixo estonçe: en esta arca esta lo que nos buscamos e lo que tanto defendió ercoles. Estonçe quebro el canado con su mano, que non avia ay tal que lo osase abrir, e despues quel arca fue abierta e el canado quebrado, non fallaron en el arca si non vna tela blanca pregrada entre dos tablas, fueron despregadas e abrieron la tela e fallaron en ella aláraves feguradas con sus tocas en sus cabeças e en sus manos lanças con pendones e sus espadas á los cuellos e sus bestias frasi e en los arzones de las sillas sus linganeras, e ençima de las figuras avia letras que dezian: quando este paño fuese estendido e paresçieren estas figuras, omes que andan asi armados tomarán e ganarán a españa e serán della señores. Quando esto vio el rrei don rrodrigo, pesole mucho e todos los de su consejo dixeronle: señor, agora ved lo que vos avino, pues que non quesiste creer e que tan poco preçiastes los que antes fueron que vos. E el díxoles con muy gran pesar: non quiera dios que todo sea verdad quanto los viejos dixeron e como cuydades vos, esto

non era julgado por mi, e de oy mas non avemos que temer pues ya es fecho que non puede ser que ya non sea esto que es; mas de lo que habla de lo que ha de venir poco me da en el coraçon como de cosa de que onbre sea de contar.

(*Texto de Menéndez Pidal*).

B. EL REY DON SANCHO IV EL BRAVO (1259-1295).

Libro de los Castigos e Documentos que daba a su fijo.

CAPITULO XXXIV. QUE FABLA CUÁN NOBLE COSA SEA EN SI LA VERDAT E CUÁNTOS BIENES NASCEN DELLA.

La verdat desface las mentiras, asi como el fuego quema é consume lo que echan en él. El rey que á sus vasallos é á sus gentes mantiene verdat, tiene su reguo firme é asosegado. Asi como el lodo es contrario de la nieve, asi es contraria la mentira de la verdat, e asi la falsedat es contraria de la lealtad. Por la verdat deja home todas las vanaglorias deste mundo, é toma para sí aquellas cosas, porque será salva la su alma. Por la verdat aprueba el rey cuando judga el derecho de lo que es tuerto. Por la verdat se guarda el señor de non errar á su vasallo, nin á su mujer, nin á sus fijos, nin á aquellos en que él ha á guardar verdat. Por la verdat guarda el vasallo a su señor su persona e señorío, é guarda la mujer de su señor, é guarda las mujeres de casa de su señor. Si tú con verdat que haya en ti non sopieres guardar la menor mujer que andoviese en casa de tu señor, non sabrás guardar la su mujer con que él es casado: ca si traición te venciere a la una, asi te vencerá a la otra. E para mientes sobre esto, com dijo Dios en los diez mandamientos: «Del tu amigo non cobdicies el su haber para ti, nin la su mujer, nin las sus fijas, nin los sus siervos, nin las sus siervas de su casa, nin el su buey, nin el su asno; é asi lo guarda como guardarías lo tuyo mismo.»

Otrosí el fuero de Castilla, asi da al home por traidor, si errase con la manceba de casa de su señor, bien como si le conteciese con la mujer de su señor. E este juicio dió el emperador don Alfonso de España por el mal que contesció a don Fernando Roys de Castro, que mató a su mujer por el yerro que facíe una su manceba, cuidando él que era la Condesa su mujer. E si en ti hobiese verdat, sabrás con ella guardar a tu amigo é guardarte-has de facer contra él cosa porque le hayas de perder.

Dijo el sábio: «Gran virtud es ganar home la cosa de nuevo; mas muy mayor virtud es desque la ha bien ganada saberla guardar é mantener, que la non pierda; é si en ti hobiera verdat, guardarás verdat á Dios, é non farás contra él cosa porque lo pierdas, é membrarte-has en cómo te él guardó, cuando quiso tomar muerte por ti, de complir lo que los profetas dijeron é prometieron por él; é si en ti hobiese verdat, guardarás de mal al tu cristiano que te non meresce mal: é si en ti hobiese verdat, non asacarás falsedat nin dirás lo que non debes. Si en ti hobiese verdat, quitarte-has de mala revuelta é vivirás vida asosegada. Si en ti hobiese verdat, lograrás lo que hobieses, é serás señor dello, é ternás que lo tuyo es solamente de ti, é non de otri. E si en ti hobiese verdat, non serán embargadas las tus manos en el logar do te hobieses de ayudar dellas, é con grande esfuerzo é bueno cometerás lo que hobieses á facer. E si en ti hobiese verdat, non tomarás sospecha

mala sobre ti: é si hobieses precio de verdadero, serás loado por do quier que vayas, é fiarán los homes mucho en tu palabra. ¿Que te diré más? Dijo David el profeta: «Fallé la verdat é la justicia que se abrazaban de so uno.» En otro lugar dijo David: «La verdad nasció de la tierra, é la justicia descendió del cielo.» E el rey Salomon dijo: «Verdad é justicia mantienen al rey en su estado.»

(*Texto de Gayangos.*)

La gran conquista de Ultramar.

Leyenda del caballero del Cisne (Capítulo LXVIII).

E estos mozos salieron todos muy buenos caballeros de armas, é conquirió el Conde su padre con ellos muy gran tierra de moros e acrescentó mucho en su condado. Mas como quier que todos los otros eran buenos é muy esforzados en fecho de armas, el mozo que lidió por salvar á su madre fué el mejor dellos, é era el mayor dellos de cuerpo é el mas apuesto, é el que nació primero; ca su madre los mandara señalar cuáles eran los mayores, é cuál el menor de todos. E este cisne, desque vió su madre, fuéle besar las manos con su pico, é comenzó á ferir de las alas é facer gran alegría é subirle en el regazo, é nunca todo el día se quería partir della: é era tan bien acostumbrado, que nunca comía sino cuando ella, é nunca se quitaba de los hombres, é todo el día quería estar con ellos, é no le menguaba otra cosa para ser hombre, ca sinon la palabra é el cuerpo, que no había de hombre, bien tenía entendimiento. E aquel mozo que lidió por su madre hobo esta gracia de nuestro Señor Dios sobre todas las gracias que él le ficiera: que fuese vencedor de todos los pleitos é de todos los rieptos que se ficiesen contra dueña que fuese forzada de lo suyo ó reptada como no debia; é aquel su hermano que quedó hecho cisne, que fuese guiador de le levar á aquellos lugares do tales reptos ó tales fuerzas se facían a las dueñas, en cualquier tierra que acaesciese: é por eso hobo nombre el caballero del Cisne, é así le llamaban por todas las tierras do iba á lidiar, é no le dicían otro nombre sino el caballero del Cisne: pero que hobo otro nombre cuando lo bautizaron, ca le mandara su madre poner Popleo, ca hobo asi nombre su abuelo, padre de su madre. Mas porque le diera Dios esta gracia, é le diera á aquel cisne su hermano por guardador é por guiador, nunca quiso que le llamasen sino el caballero del Cisne: é cuando este cisne lo levaba iban en un batel pequeño, é levábanlo en esta guisa: tomaban aquel batel é levábanlo á la mar, que era muy cerca de aquella tierra do había el condado su padre; é desque era en la mar ataban al batel una cadena de plata muy bien fecha, é demás desto, ponían al cisne un collar de oropel al cuello, e tomaba el caballero su escudo é su fierro de lanza é su espada, é un cuerno de marfil a su cuello, é desta guisa le levaba el cisne por la costera de la mar fasta que llegaban á cualquier de aquellos ríos que corriese por aquellas tierras do él hobiese á lidiar. E desta manera lo levó este cisne fasta la costa de la mar, fasta do caie el río del Rin en ella, e luego fueron por el río arriba fasta que llegaron a una ciudad que es en el imperio de Alemania á que dicen Maenza: é allí lidió este caballero del Cisne con un duque de Sajoña, á que decían Rainer, por un riepto que fuera fecho contra una duquesa, á que dicían Catalina, é era duquesa de Bullon é de Lo-

rena. E este riepto fué fecho por razon que tenía este dūque Rainer forzada á esta duquesa todo su ducado. E esta lid fué cerca de aquella ciudad de Maenza ante el emperador de Alemaña, é venció é mató este caballero á aquel duque Rainer: porque cobró aquella duquesa Catalina toda su tierra, segun lo cuenta adelante en esta hestoria. E por esta razón dió el emperador por mujer á este caballero del Cisne una fija que había esta duquesa, á que decían Beatriz, é era pariente del emperador, é casó con ella con tal condicion que nunca le preguntase cómo había nombre ni del cual tierra era. E este caballero del Cisne hobo en esta Beatriz una fija, á que dijeron Ida. E la duquesa Catalina, desque vió que su fija era casada con aquel caballero que le ficiese cobrar su tierra, dió los ducados á su fija é ella metióse monja.—E este caballero del Cisne fué llamado duque por razon de su mujer la duquesa Beatriz, é vivió con ella en los ducados bien diez y seis años muy vicioso é muy á su placer, fasta que le preguntó su mujer cómo había nombre é de qué tierra era, e por esta razón se hobo de partir della, é el cisne vino por él é levólo de guisa que lo trujiera, é tornólo do lo había traído, é vivió con su padre fasta que murió.

C. EL INFANTE DON JUAN MANUEL (1282-1349)

Libro de los Estados.

DE LA GUERRA.

«Señor infante, segund dicen los sabios todos, et es verdat, en la guerra ha y tantos de males, que non solamente el fecho, mas aun el dicho es muy espantoso, et por palabras non se puede decir cuánto mal della nasce, et por ella viene; ca por la guerra vienen pobreza et laceria et pesar, et nasce della la deshonra, et muerte, et quebranto, et dolor, et deservicio de Dios, et despoblamiento del mundo, et mengua de derecho et de justicia. Et por ende debe home excusar cuanto pudiese de non haber guerra, et todas las otras cosas debe home ante sofrir que comenzar guerra, salvo la deshonra; ca non tan solamente la guerra en que ha tantos males, mas aun la muerte, que es la mas grave cosa que puede seer, debe home ante sofrir que pasar et sofrir deshonra, ca los grandes homes que se mucho prescian et mucho valen son para seer muertos, mas non deshonrados. Mas esta deshonra porque home debe facer todas estas cosas, non entendades que es por un par de lúas, sinon por cosa que se deba facer todo esto. Et dígovos que me dijo D. Johan, aquel mío amigo, que habiendo él guerra muy afincada con el rey de Castiella por muchos tuertos et deshonras que le habia fecho, non se guardando dél, et habiendo el rey dado su ayuda á los reys de Aragón et de Portugal, ca era él casado con su fija del rey de Portugal, et el rey de Aragón con su hermana. et non habiendo don Johan otra ayuda sinon á sí et á sus vasallos, et aun destos sirviéndol' et ayudándol' muchos muy flojamente, porque le facían muchos afincamientos muy sin razon. Et cuando don Johan se quejaba desto, decíanle los que le habían de consejar, que pues le tenían á tan grant p oría et le facían tantos afincamientos los suyos, que ficiese alguna pleitesía porque saliese de aquella guerra, et don Johan decía que fasta que hobiese enmienda del mal que recibiera et fincase con honra, que lo non faría: ca lo que le pasaba con los suyos ó que perdía ó cuanto mal le venía que todo era daño ó pérdida, mas non deshonra, et que ante querría sofrir todo lo ál que

la deshonra, et que el se tenía por uno de los que eran para ser muertos mas non deshonrados. Et lo uno por cuanto fizo por guardar su honra, et lo ál porque se tuvo Dios con él, en quien él había toda su esperanza que le defendería por el derecho que tenía, guisólo así que hobo paz con el rey, la mas honrada que nunca se falla por ninguna fazaña que la hobiese home en España. Et así los emperadores et aun todos los grandes señores la cosa del mundo por que más deben facer es por guardar su honra; et cuando por esto les acaesce de haber guerra, conviene que fagan muchas cosas para se pasar á ella.....

(*Texto de Benavides.*)

Libro del Caballero et del Escudero.

Cómo el caballero anciano responde al escudero cuál es mas honrado estado entre los legos.

A lo que me preguntastes cuál es mas honrado estado entre los legos, sin duda de las preguntas que fasta aquí me feciestes, esta es la que más ligeramente vos puedo responder. Et por ende vos digo que el mayor é mas honrado estado que es entre los legos es la caballeria. Ca como quier que entre los legos hay muchos estados, asi como mercadores, menestrales et labradores, et otras muchas gentes de muchos estados, la caballeria s mas noble et mas honrado estado que todos los otros; ca los caballeros son para defender et defienden a los otros, et los otros deben pechar et mantener a ellos. Et otrosí porque desta orden et deste estado son los reyes et los grandes señores, et este estado non puede haber ninguno por si, si otro non gelo da, et por esto es como manera de Sacramento, ca bien asi como los sacramentos de Santa Iglesia son en si cosas ciertas, sin las cuales el sacramento non puede ser cumplido, otrosí la caballería ha menester cosas ciertas para se facer como debe. Et decirvos-he algunos de los sacramentos, porque se entiendan los otros. En el casamiento, que es uno de los sacramentos, ha mester que sea el home que quiere casar, et la mujer que ha de casar con él, et las palabras del otorgamiento et del recibimiento que ha de facer el uno al otro. Et estas son las cosas que facen el casamiento, ca todas las otras que se facen son bendiciones et aposturas et complimientos. Otrosí el baptismo ha mester el que lo recibe é el que lo batea, é las palabras que dicen cuando meten en la persona l'agua; otrosí el que confiesa et el que da la penitencia et el absolvimiento. Et segunt estos son los otros sacramentos, et sin se facer estas cosas non pueden seer los sacramentos complidos. Et faciéndose estas cosas como deben, complido es el sacramento, aunque se non fagan y otros cumplimientos et noblezas, que se suelen facer cuando estos sacramentos suelen recibir. Otrosí la caballería ha mester que sea y el señor que da la caballeria et el caballero que la recibe, et la espada con que se face. Et asi es la caballeria compl da, ca todas las otras cosas que se y facen son por bendiciones é por aposturas et honras, et por esto semeja mucho á los sacramentos. Et por estas razones todas es el mas honrado et mas noble estado que entre los legos puede ser.

(*Texto de Gayangos.*)

Libro de Patronio o El conde Lucanor.

DE LO QUE CONTESCIO A UN OMNE DOLIENTE CON VN PARDAL E CON VNA GOLONDRINA QUE LE FASIAN RROYDO.

Otra vez fablava el conde Lucanor con Patronio, su consejero, enesta guisa: Patronio, non puedo escusar en ninguna guisa de non aver contienda con vno de dos vezinos que yo he. Et es asi: el que es mas vezino, non es tan poderoso: e el que non es tan vezino, es mas poderoso, e agora rruego vos que me aconsejedes enesto.

Señor conde, dixo Patronio, para que enesto sepades lo que vos mas cumple, seria bien que sopiesdes lo que contesció avn omne con vn pardal e con vna golondrina. El conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dixo Patronio, vn omne era muy flaco que tomaua gran enojo con el rroydo que fasien las aues, e rrogó avn su amigo quel diese consejo, que non podia dormir por el rroydo que fasian los pardales e las golondrinas, e aquel su amigo dixol que de todas aquellas non le podia desembargar, mas quel desembargaria de los vnos o de los otros, o de los pardales ó de las golondrinas, con un escanto que sabia. Et aquel que estaua flaco, respondiol que como quier que la golondrina daua mayores bozes, pero por que la golondrina va e viene e el pardal está siempre en casa, que mas le queria parar al rroydo de la golondrina que del pardal.

Et vos, conde señor, como quier quel menos poderoso está mas cerca e el mas poderoso está lexos, consejo vos yo que primero ayades contienda con el mas çercano.

El conde touo este por buen consejo, e fizo lo asi, e fallose ende bien, e porque Don Iuan se pagó deste enxenplo, fizo lo escreuir eneste libro e fizo ende estos versos que dizen asi:

Si te acaesçiese dos contiendas aver,
Toma la mas çercana, avn que aya mas poder.

(*Texto de D. E. Krapf.*)

D. LOS EJEMPLARIOS

Libro de los Enxemplos, de Clemente Sánchez Vercial.

ENXEMPLO LXXXIX.—FAMILIARITAS PRAVORUM ANIMAM PERDIT ET CORPUS

Qui compania de malos cobdicia haber,
El cuerpo e anima quiere perder.

Dicen que era un obispo que tenía consigo un fisico para la sanidad de su cuerpo, e un legista para los negocios temporales. E en adquirir dineros e echar pechos creíe al legista abogado, e en los manjares delicados e saborosos e deleitosos creíe al fisico, e a la fin este dióle un jarope que le purgó el quinto humor, que es el ánima, onde ya legando á la muerte, el obispo dijo: «Dos muy malos hobe en mi compañia, un abogado que me perdió el anima, e un fisico que me mató el cuerpo».

(*Texto de Gayanyos*).

E. LAS CRÓNICAS

Crónica del Rey Don Alfonso X, atribuída á Fernán Sánchez de Tovar.

CAPÍTULO LXXVII.—CÓMO MURIÓ DON ALFONSO X.

E el rey don Alfonso vínose para Sevilla, e el infante don Sancho vínose para Salamanca, e adolesció y muy mal, en guisa que fué desafuciado de los fisicos. E don Gomez Garcia, abad que era de Valladolid, que era su privado, veyendo commo el infante don Sancho era llegado á muerte, e desafuciado de los fisicos, envió una carta a don Alvaro, que era su amigo, que era con el rey don Alfonso, en que le envió decir como el infante don Sancho era muerto, é quel ganase merced del rey don Alfonso, e que le faría dar a Toledo e otras villas muchas: e luego que la carta llegó á don Alvaro, fuese para el rey don Alfonso e mostrósela. E cuando el rey don Alfonso vió en la carta que dicíe que era muerto el infante don Sancho, su fijo, tomó muy grand pesar; e commo quier que lo non mostrase ante los que estaban ay, apartóse en una cámara solo, asi que ome ninguno non osabe entrar a él, e comenzó a llorar por él muy fuertemente, e tan grande fué el pesar que ende avia, que decia por el muy doloridas palabras, diciendo muchas veces que era muerto el mejor ome que había en su linaje. E cuando los de su casa vieron que asi estava apartado, entendieron que mostraba grand pesar por la muerte de su fijo, e atrevióse uno de los sus privados, que decian maestre Nicolas, e entró a la cámara a el, e dijole estas palabras: «Señor, ¿por qué mostrades tan grand pesar por el infante don Sancho, vuestro fijo, que vos tenía desheredado? Ca si vos lo saben el infante don Juan e estos otros ricos omes que son aqui convusco, perderlos hedes todos, e tomarán alguna carrera contra vos.» E él por mostrar que non lloraba nin avía pesar por el infante don Sancho, e encobrir que le non entendiesen que mostraba pesar por él, dijo estas palabras: «Maestre Nicolas: non lloro yo por el infante don Sancho, mas lloro por mi, mezquino viejo, que pues él muerto es, nunca yo cobraré los mis reinos, ca tamaño es el miedo que tomaron de mí los de las mis villas e todos los ricos omes e las órdenes por el yerro que me ficieron, que non se me querrán dar, e mas aina los cobrara yo del infante don Sancho si viviera, que era uno, que no de tantos.» E con esta razon se encubrió del pesar que tenía por el fijo. E el infante don Sancho seyendo en Salamanca desamparado de los fisicos, quisó Dios que terminó en salud. E cuando lo supo el rey don Alfonso e commo era querido, plúgole ende, commo quier lo non osó dar á entender. E despues que el infante don Sancho fué guarido, fuese para Avila; é en este tiempo adolesció el rey don Alfonso en Sevilla en guisa que llegó á muerte; é veyendo que non podria guarir, el infante don Juan demandóle que le mandase dar el reinado de Sevilla é el de Badajoz con todas las otras villas que tenia: e commo quier que el dió buena respuesta, pero él non lo quiso facer. E cuando fué afincado de la dolencia dijo ante todos que perdonaba al infante don Sancho su fijo heredero, que lo ficiera con mancebía, é que perdonaba á todos los sus naturales de los reinos el yerro que ficieron contra él: é mandó facer luego cartas desto, selladas con sus sellos de oro, porque fuesen ciertos todos los de los reinos que havia perdido querella dellos, é que los perdonaba porque fincasen sin blasmo ninguno. E desque esto ovo acabado e librado, rescibió el cuerpo de Dios muy devotamente, é á poca de ora dió

el alma á Dios. E el infante don Juan é todos los ricos omes, é la reina de Portugal, su fija, é los otros infantes sus fijos ficieron muy grand llanto por él: é despues enterráronlo en Santa María de Sevilla, cerca del rey don Fernando, su padre, é de la reina doña Beatriz, su madre.

F. JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA (12...-1350?)

Libro de Buen Amor.

RETRATO DEL ARCIPRESTE.

Sennora, dis la vieja: yol veo a menudo,
El cuerpo há bien largo, miembros grandes, trefudo,
La cabeza non chica, belloso, pescozudo,
El cuello non muy luengo, cabel prieto, orejudo.
Las çejas apartadas prietas como carbon,
El su andar enfiesto bien como de pavon,
Su paso sosegado, e de buena rason,
La su naris es luenga, esto le descompon.
Las ençías bermejas, et la fabla tumbal,
La boca non pequenna, labros al comunal,
Mas gordos que delgados, bermejos como coral,
Las espaldas bien grandes, las munnecas atal.
Los ojos ha pequennos, es un poquillo bazo,
Los pechos delanteros, bien trefudo el brazo,
Bien complidas las piernas, del pie chico pedazo,
Sennora, dél non vi mas, por su amor vos abrazo.
Es ligero, valiente, bien mançebo de dias,
Sabe los instrumentos e todas juglerias,
Donneador alegre para las zapatas mias,
Tal omen como este non es en todas erias.

CÁNTICA DE SERRANA.

So la casa del Cornejo primer dia de selmana
En comedio del vallejo encontré una serrana
Vestida de buen bermejo, buena çinta de lana;
Dixele yo ansi: Dios te salve, hermana.
Dis: que buscas por esta tierra, como andas descaminado?
Dixe: ando por esta sierra, do querria casar de grado:
Ella dixo: non lo yerra el que aqui es casado,
Busca e faliarás de grado.
Mas, pariente, tu te cata, si sabes de sierra algo;
Yol dixe: bien sé guardar vacas, yegua en çerro cabalgo,
Sé el lobo como se mata, quando yo en pos él salgo,
Antes lo alcanzo que el galgo.
Sé muy bien tornear vacas, et domar bravo novillo,
Sé mazar, et faser natas, et faser el odresillo,
Bien sé guitar las abarcas, et tanner el caramillo,
Et cabalgar blavo potrillo.
Sé faser el altibajo, et sotár a qualquier muedo,

Non fallo alto nin baxo, que me venza segund cuedo,
Quando a la lucha me abaxo, al que una ves trabar puedo,
Derríbol, si me denuedo.
Dis: aqui habrás casamiento qual tu demandudieres,
Casarme he de buen talento contigo, si algo dieres,
Farás buen entendimiento; dixel yo: pide lo que quisieres,
Et darte he lo que pidieres.
Dis: dame un prendero, que sea de bermejo panno,
E dame un bel pandero, et seis anillos de estanno,
Un zamarron de santero, e garnacha para entre anno,
Et non fables en enganno.
Dam zarzillos et hevilla de laton bien relusiente,
Et dame toca amarilla bien listada en la fruente,
Zapatas fasta rodilla, e dirá toda la gente:
Bien casó Menga Lloriente!
Yol dixe: darte he esas cosas e aun mas, si mas comides,
Bien lozanas e fermosas, a tus parientes convides,
Luego fagamos las bodas, e esto non lo olvides,
Que ya vó por lo que pides.

Batalla de las tropas de Don Carnal con las de Doña Quaresma.

Todos amodorrados fueron a la pelea,
Pusieron las sus fases, ninguno non platea,
La companna del mar las sus armas menea,
Vinieronse a ferir desiendo todos: ea!
El primero de todos que ferió a don Carnal,
Fue el puerro cuello albo, e feriólo muy mal,
Físole escupir flema, esta fue grand sennal,
Tovo donna Quaresma, que era suyo el real.
Vino luego en ayuda la salada sardina,
Ferió muy resiamente a la gruesa gallina,
Atravesósele en el pico, afogóla aina,
Despues a don Carnal falsól la capellina.
Vinien las grandes mielgas en esta delantera,
Los berdeles e gibias guardan la costanera:
Vuelta es la pelea de muy mala manera,
Caía de cada cabo mucha buena mollera.
De parte de Valençia venien las anguillas
Salpresas e trechadas a grandes manadillas,
Daban a don Carnal por medio de las costillas,
Las truchas de Alberche dábanle en las mexillas.
Ai andaba el atun como un bravo leon,
Fallóse con don Tosino, dixole mucho baldon,
Si non por donna Çeçina quel desvió el pendon,
Diéranl a don Ladron por medio del corazon.
De parte de Bayona venien muchos cazones,
Mataron las perdiçes, castraron los capones,
Del rio de Enares venian los camarones,

Fasta en Guadalquivil ponian sus tendejones.
Alli con los labancos lidian barbos et peçes,
Dis la pixota al puerco: dó estás, que non paresçes?
Si ante mi te paras, darte hé lo que mereçes,
Encierrate en la mesquita, non vayas a las preses.
Alli vino la lija en aquel desbarato,
Traia muy duro cuero con mucho garabato,
Et a costados e a piernas dábale negro rato,
Ansi trababa dellos como si fuese gato.
Recudieron del mar, de pielagos e charcos
Compannas mucho estrannas e de diversos marcos,
Traían armas muy fuertes, e ballestas, e arcos,
Mas negra fue aquesta que non la de Larcos.
De Sant Ander vinieron las bermejas langostas,
Traían muchas saetas en sus aljabas postas,
Fasian a don Carnal pagar todas las costas,
Las plasas, que eran anchas, fasianle angostas.
Fecho era el pregon del anno jubileo,
Para salvar sus almas habian todos deseo,
Quantos son en la mar vinieron al torneo,
Arenques et besugos vinieron de Berméo.
Andaba y la utra con muchos combatientes,
Feriendo e matando de las carnosas gentes,
A las torcasas matan las sabogas valientes,
El delfin al buey viejo derrivóle los dientes.
Sábalos et albures, et la noble lamplea
De Sevilla et de A cantara venian a levar prea,
Sus armas cada uno en don Carnal emprea,
Non le valia nada de çennir la correa.
Bravo andaba el sollo un duro villanchon,
Tenia en la su mano grand maza de un trechon,
Dió en medio de la fruente al puerco e al lechon,
Mandó que los echasen en sal de Villenchon.
El pulpo a los pabones non les daba vagar,
Nin á los faysanes non dexaba volar,
A cabritos et a gamos querialos afogar.
Como tiene muchas manos, con muchos puede lidiar.
Alli lidian las ostras con todos los conejos,
Con la liebre justaban los ásperos cangrejos,
Della e della parte danse golpes sobejos,
De escamas et de sangre van llenos los vallejos.
Alli lidia el conde de Laredo muy fuerte,
Congrio, çeçial, e fresco mandó mala suerte.
A don Carnal seguiendo, llegandol a la muerte,
Está mucho triste, non falla quel confuerte.
Tomó ya quanto esfuerzo, e tendió su pendon,
Ardis et denodado fuese contra don Salmon.
De Castro de Urdiales llegaba esa sazon,
Atendióle el fidalgo, non le dixo de non.
Porfiaron grand pieza, e pasaron grand pena,

Si a Carnal dexaran, dieral mal estrena,
Mas vino contra él la gigante ballena,
Abrazóse con él, echólo en la arena.
Las mas de sus compannas eran ya fallesçidas,
Muchas dellas murieron, et muchas eran foidas,
Pero ansi apeado fasia grandes acometidas,
Defendióse quanto pudo con manos enfraqueçidas.

ENSIEMPLO DE LAS RANAS, EN COMO DEMANDABAN REY Á DON JÚPITER.

Las ranas en un lago cantaban et jugaban,
Cosa non las nusía, bien solteras andaban,
Creyeron al diablo que dél mal se pagaban,
Pidieron rey á don Júpiter, mucho gelo rogaban.
Embioles don Júpiter una biga de lagar
La mayor quel pudo, cayó en ese lugar,
El gran golpe del fuste fiso las ranas callar,
Mas vieron que non era rey para las castigar.
Suben sobre la biga quantas podian sobir,
Dixieron: non es este rey para lo nos servir;
Pidieron rey á don Júpiter, como lo solían pedir:
Don Júpiter con sanna hóbolas de oir.
Embioles por su rey c'güenna mansillera,
Çercaba todo el lago, ansi fas la ribera,
Andando pico abierta como era ventenera,
De dos en dos las ranas comía bien ligera.
Querellando á don Júpiter, dieron voçes las ranas:
Sennor, sennor, acórrenos, tu que matas et sanas,
El rey, que tu nos diste por nuestras voses vanas,
Danos muy malas tardes, et peores mannanas.
Su vientre nos sotierra, su pico nos estraga,
De dos en dos nos come, nos abarca, et nos astraga;
Sennor, tu nos defiende, sennor, tu ya nos paga,
Danos la tu ayuda, tira de nos tu plaga.
Respondioles don Júpiter: tened lo que pidistes;
El rey tan demandado por quantas voses disteis.
Vengue vuestra locura, ca en poco tovisteis
Ser libres et sin premio: rennid, pues lo quisisteis.
Quien tiene lo quel cumple, con ello sea pagado,
Quien puede ser suyo, non sea enagenado,
El que non premia, non quiera ser apremiado,
Libertad e soltura non es por oro complado.

ENSIEMPLO DE LA PROPIEDAD QUE EL DINERO HÁ

Mucho fas el dinero, et mucho es de amar;
Al torpe fase bueno et omen de prestar,
Fase correr al cojo et al mudo fablar,
El que non tiene manos dineros quiere tomar.

Sea un ome nescio et rudo labrador,
Los dineros le fasen fidalgo et sabidor;
Cuanto más algo tiene, tanto es más de valor;
El que non ha dineros, non es de sí señor...
Daba muchos juisios, mucha mala sentencia,
Con muchos abogados era su mantenencia,
En tener pleitos malos et faser avenencia,
En cabo por dineros había penitencia.
El dinero quebranta las cadenas dañosas,
Tira cepos et grillos et condenas plagosas,
El que non tiene dineros échanle las esposas,
Por todo el mundo fase cosas maravillosas.
Yo vi fer maravilla do él mucho usaba,
Muchos merescían muerte, que la vida les daba,
Otros eran sin culpa et luego los mataba,
Muchas almas perdía, et muchas salvaba.
Fasía perder al pobre su casa é su viña,
Sus muebles é raíces todo lo desaliña.
Por todo el mundo anda su sarna é su tiña,
Do el dinero juego, allí el ojo guiña.
El fase caballeros de necios aldeanos,
Condes é ricos omes de algunos villanos,
Con el dinero andan todos los homes lozanos,
Cuantos son en el mundo le besan hoy las manos...
Toda muger del mundo, et dueña de altesa
Págase del dinero et de mucha riquesa;
Yo nunca vi fermosa que quisiese poblesa.
Do son muchos dineros y es mucha noblesa
El dinero es alcalde et jues mucho loado,
Este es consejero, et sotil abogado,
Alguacil et merino bien ardit esforzado.
De todos los oficios es muy apoderado.
En suma, te lo digo, tómalo tu mejor,
El dinero del mundo es gran revolvedor,
Señor fase del siervo, de señor servidor,
Toda cosa del sigro se fase por su amor.
Por dinero se muda el mundo á su manera,
Toda muger cobdiciosa de algo es falaguera,
Por joyas et dineros salirá de carrera,
El dar quebranta peñas, fiende dura madera.
Derrueca fuerte muro, et derriba grande torre
A coyta, et a grand priesa el mucho dar acorre,
Non há siervo captivo, que el dinero non le aforre,
El que non tiene que dar, su caballo non corre,
Las cosas que son graves, fáselas de ligero.
Por ende á tu talante sé franco e llenero,
Que poco ó que mucho non vaya sin logrero,
Non me pago de juguetes, do non anda el dinero.
Si algo non le dieres, cosa mucha o poca,
Sey franco de palabra, non le digas rasón loca,

Quien no tiene miel en la orza, téngala en la boca,
Mercader que esto fase, bien vende, et bien troca.

(*Texto de Menéndez y Pelayo.*)

El Ave María del Arcipreste

Ave Maria gloriosa,
Virgen Santa preçiosa
como eres piadosa.
todavía.
Graçia plena sin mansilla
abogada,
por la tu merced, sennora,
fas esta maravilla
sennalada.
Por la tu bondad agora
goárdame toda hora
de muerte vergonnosa,
porque loe a ti, fermosa,
noche e día.
Dominus tecum:
estrella resplandeciente,
melesina de coydados,
catadura muy bella,
reliusiente,
sin mansilla de pecados,
por los tus gosos preçiados
te pido virtuosa,
que me guardes, limpia rosa,
de foylia.
Benedicta tu,
honrada sin egualanza,
siendo virgen conçebiste,
de los angeles loada
en altesa;
por el fijo que pariste,
por la graçia que hobiste,
o bendicha fror e rosa!
tu me guarda, piadosa,
et me guia.
In mulieribus
escogida santa Madre,
de christianos amparanza,
de los san os bien servida;
et tu Padre
es tu fijo sin dubdanza;
o virgen mi flanza!
de gente maliçiosa,
cruel, mala, soberbiosa
me desvia.

Et benedictus fructus:
folgura et salvaçion
del linage humanal,
que tiraste la tristura,
e perdimiento,
que por nuestro esquivo mal
el diablo susio tal
con su obla engannosa
en carçel peligrosa
ya ponia.
Ventris tui:
santa flor non tannida,
por la tu grand santidad
tu me guarda de errar,
que en mi vida siempre siga
en bondad,
que meresca egualdad,
con los santos, muy graçiosa,
en dulzor maravillosa,
o María!

G. POEMA DE ALFONSO ONCENO, COMPUESTO POR RODRIGO YANNES (13...)

Coronación del Rey en Burgos.

Yo non podria contar
Del amor la ssu noblesa,
Agora quiero fablar
Del noble Rey ssyn uilesa.
En commo después regnó
Este rrey de grant bondat,
E commo se coronó
En Burgos, noble çiudat.
Por onrra e pres ganar
Ayuntó la su conpanna,
Ssu espada fue tomar
En Ssantiago de Espanna.
En aquel dia ganó
Este rrey muy grant loor,
Para Burgos se tornó
Aqueste noble ssennor.
Las Huelgas encoronaron
De pannos de gran noblesa,
Por las paredes echaron
Pannos de gran riquesa.
El muy noble rrey aquel dia
Su corona fue tomar
La reyna donna Maria,

Y la fiso coronar.
Ricos omnes que llegauan,
E omnes de gran valor,
Caualleros se armauan
Por mano de este ssennor.
E fiso los caualleros,
Puso los en gran altesa,
Dióles plata e dineros,
Que valían gran riquesa.
Nunca fue omne que viese
De tales cauallerias,
Nin lengua que departiesse
De tan nobles cortesías,
Qual sse fiso en uerdat
En junio, mes falaguero,
En Burgos, noble çiudat,
Quando el rrey fue cauallero.
Quien fuera aquel dia
Galeas viera andar
En sseco por maestría,
E caualleros justar.
Viera otros juegos estrannos,
Cantar con alegría,
E vino andar por cannos:
Tomaua lo quien queria.
Vnos andauan dançando
Desde el fondo fasta ençima,
E los otros bofordando,
E otros jogando esgrimma.
Tomauan escudo e lança,
La gineta yuan jogando,
Rricas duennas fasían dança
A muy gran plaser cantando.
E yuan les rrespondiendo
Donsellas de gran altura,
El buen rrey ennobleçiendo,
Sennor de buena ventura.
Çantando á gran sabor,
Desian en ssu cantar,
Loado el gran Ssennor,
Que tan buen rrey nos fue dar!
Rrey alto, de gran nobleza,
Sennor real entendido,
Castilla cobró altesa
El dia que fue nasçido.
Noble escudo syn pauor,
Dios mantenga la ssu vida,
E cassó con reyna mejor
Que en el mundo fue nasçida.
Sennora, non ssaben tal

Onesta, bien pareçiente,
E nasçió en Portogal,
En el cabo del Poniente.
Estas palabras desian
Donsellas en ssus cantares,
Los estormentos tanian
Por las Huelgas los joglares.
El laud yuan tanniendo,
Estormento falaguero,
La viuuela tanniendo,
El rabé con el salterio.
La guitarra sserranista,
Estromento con rrason,
La exabeba morisca,
Allá en medio canon.
La gayta, que es sotil,
Con que todos plaser han,
Otros estromentos mill,
Con la farpa de don Tristan.
Que da los puntos doblados,
Con que falaga el loçano,
E todos los enamorados
En el tienpo del verano.
Allí quando vienen las flores
E los árboles dan fruto,
Los leales amadores
Este tiempo preçian mucho.
Asy commo el mes de mayo
Cuando el ruy-ssennor canta,
Rresponde el papagayo
De la muy fermosa planta.
La calandra del otra parte,
Del muy fermoso rosal,
El tordo que departe
El amor que mucho ual.....

H. EL RABBÍ DON SEM TOB (13... Á 14...)

Consejos y documentos al Rey Don Pedro de Castilla.

Non ha tan buen tesoro
como el bien facer,
nin haber tan seguro
nin con tanto placer...

—

El bien fecho non teme
que lo furten ladrones,

nin que fuego lo queme,
nin otras ocasiones.

—

¿Qué venganza quisiste
haber del envidioso
mayor que estar él triste
cuando tú estás gozoso?

—

Segunt que el raíz tien
el árbol, así cresce:
cuál es el home é quién
en sus obras paresce.

I. EL CANCILLER PERO LÓPEZ DE AYALA (1322-1406)

Oraçion.

Sennor, tú non me oluides, ca paso muy penado
En fierros e cadenas en carçel encerrado.
Sennor muy piadoso, con lágrimas te pido
De aquesta tan grant cuyta que tanto he sofrido,
Sea por tí librado, non me dexes en oluido,
Ca mucho yo fallesco e so atormentado,
Et flaquesa me crese e ménguame el sentido:
Sentido e cuerpo, todo tengo llagado.
El humanal linaje, Sennor, tú redemiste,
Do yasian en tiniebras, allí lunbre les diste,
Sennor, tú que tal graçia e tal merçed feciste,
Libra este tu siervo que yase olvidado,
Pasando penitençia, qual tú, Sennor, quisiste,
Magüer mas meresçia por mi graue pecado.
Sennor, tú que sacaste al pueblo de Isrrael
De tierra de Egipto de poder muy cruel,
Tú me saca de aquí do yago muy lasrado,
Ca biuo vida escura, amarga como fiel,
E non puedo por otro yo ser aconsejado,
E muchas marauillas feçiste tú por él.
Sennor, tú que a Noé del deluuio libraste,
En las graues ondas tu amor le mostraste,
Tú me libra, Sennor, ca tal qual me formaste,
Tu sieruo pobre so, e me ouiste conprado
Por tu preciosa sangre que por mí derramaste
De manos e de piés e del tu santo lado.
Sennor, tú que a Ysaac non dexaste perder
En él tu sacrifiçio que quería faser
Abraham, su padre, por te conplir plaser,
Tú me libra, Sennor, de mal tan alongado,
E muestra tu grandesa e tu real poder,
Como sabes, Sennor, acorrer al cuytado.
Por mas acresçentar en la oraçion mía,

Prometí de tener e yr por mi romería
Por mí á Guadalupe a la Virgen María,
De que luego fisiera vn cantar que así desía:

CANTAR.

Sennora, por quanto supe
Tus acorros, en tí espero,
E a tu casa en Guadalupe
Prometo de ser romero.

Tú muy dulçe melesina fueste sienpre a cuytados,
E acorriste muy ayna á los tus encomendados:
Por ende en mis cuidados e mi prision tan dura,
Vesitar la tu figura fue mi talante primero.
Sennora, por quanto supe, etc.

En mis cuytas todavía sienpre te llamo, Sennora,
O dulçe abogada mía, e por ende te adora
El mi coraçon agora, es esta muy grant tristura,
Por él cuydo auer folgura e conorte verdadero.
Sennora, por quanto supe, etc.

Tú, que eres la estrella que guardas a los errados,
Amansa mi querella e perdon de mis pecados,
Tú me gana, e oluiados sean por la tu mesura,
E me lieua aquel altura do es el plaser entero.
Sennora, por quanto supe, etc.

Deytado. El cisma de Occidente.

Con dolor que oue estoue asás quexado,
pero mi entinçion, a Dios sea loado,
era sinple e llana e lleguéme al letrado,
que esto aconsejaba, e fis este deytado:

La naue de San Pedro pasa grande tormenta,
e non cura ninguno de la ir a acorrer:
de mill e trescientos e ocho con setenta
asy la veo fuerte padeçer:
e quien lo puede non quiere valer,
e asy está en punto de ser anegada,
sy Dios non acorre aquesta vegada,
por su misericordia segunt suele faser.

Veo grandes ondas, e ola espantosa,
el piélago grande, el mástel fendido,
seguro non falla el puerto de posa,
el su gouernalle está enflaqueçido,
de los marineros e puesto en oluido,
las áncoras fuertes no le tienen prouecho,
sus tablas por fuerça quebradas de fecho,
acorro de cabres paresçe perdido.

La naue es la eglesia católica santa
e el su gouernalle es nuestro prelado:

el mástel fendido que a todos espanta,
es el su colegio muy noble e onrrado
de los cardenales, que está deuisado
por muchos pecados en muchos desmanos:
las áncoras son los reyes christianos
que la sostienene la han ya dejado.
Las tablas resias es la unidat
que todos juntos vn cuerpo es nombrado:
los cabres fuertes creo por verdat
que son los prelados que han poco cuydado
de aqueste fecho, que está, mal pecado,
tan luengo, tan malo, esquivo tan fuerte,
do muchos christianos perigran de muerte
en mar de este mundo breue ocasionado.
Quando sant Pedro Apostol cuydó pereçer
en la nauesilla estando en la mar
por el grant viento que vió recresçer,
a grandes voses a Dios fué llamar:
Sennor, peresçemos, non quieras dexar
estos pobres siervos; e su petiçion
fue ayna oyda por su deuoçion,
e la tormenta ovo de çesar.
Çesen los sofismas, la lógica vana
e malas porfias que tienen letrados,
e sea y conçiençia e dotrina sana,
e non sean oydos muchos porfiados.
Prelados e clerigos e otros graduados,
e algunos legos que ynoran el testo,
que por sus amigos porfian en esto:
e los contendientes sean ayuntados.
Soberbia e cobdiçia, entiendo las ondas
que aquesta naue fasen anegar;
e los filosogismos e questiones fondas
son otrosí olas para porfiar,
e por Dios çese este disputar,
e fagant christianos segunt que solian
los santos padres do tal caso veyan,
e pongan remedio sin mas alongar.....
En tanto silençio ayan las questiones,
e los disputadores non fablen mas al,
ca Dios bien vee las sus entinçiones,
que cada vno busca prouecho tal cual:
vno ser obispo, otro cardenal,
otro dinidat auer gruesa espera,
e sy quiera le naue esté en la ribera
quebrada en piezas desto no le ycal.
Quisiese Dios que por su merçed santa
aquesta question fuese fenesçida
a la mejor partida en maliçia tanta
non haya logar ni fuese cabida:

e cualquier letrado que disputando espanta,
Dios le perdone ca tiene fallida
la via derecha; en la buena planta
al comiençó cunple ser bien requerida.
E con grant amor desta conclusion
de buena concordia, tomé grant plaser,
e en gran sennal desta deuoçion
quise por ende enxiemplo poner,
e fise luego como oraçion
rogando a Dios que quisyese faser,
e conplir deseos del pobre varon
que aquestos rimos quiso componer.....

J. LA DANZA GENERAL DE LA MUERTE.

DISE LA MUERTE.

A la dança mortal venit los nasçidos
que en el mundo soes de qualquiera estado,
el que non quisiere a fuerça e amidos
faserle he venir muy toste parado.
Pues que ya el frayre bos ha predicado
que todos bayaes a faser penitençia,
el que non quisiere poner diligençia
por mi non puede ser mas esperado.

PRIMERAMENTE LLAMA A SU DANCA A DOS DONSELLAS.

Esta mi dança traye de presente
estas dos donsellas que bedes fermosas
ellas vinieron de muy mala mente
oyr mis canciones, que son dolorosas.
Mas non les baldrán flores e rosas
nin las conposturas que poner solian,
de mi sy pudiesen partir-se querrian,
mas non puede ser, que son mis esposas.
A estas e a todos por las aposturas
daré fealdad la bida partida,
e desnudedad por las bestiduras,
por syempre jamas muy triste aborrida;
e por los palaçios daré por medida
sepulcros escuros de dentro fedientes,
e por los manjares gusanos rroyentes
que coman de dentro su carne podrida.
E porque el santo padre es muy alto sennor
que en todo el mundo non ay su par,
e desta my dança será guiador,
desnude su capa, comiençe a sotar;
non es ya tiempo de perdones dar,
nin de celebrar en grande aparato,
que yo le daré en breue mal rrato:
dançad, padre santo, syn mas detardar.

DISE EL PADRE SANTO:

Ay de mi, triste, qué cosa tan fuerte,
a yo que tractaua tan grand prelasia,
aber de pasar agora la muerte
e non me baler lo que dar solía.
Beneficios, e honrras e grand sennoria,
toue en el mundo pensando beuir,
pues de ti, muerte, non puedo fuyr,
bal me Ihesucristo e la birgen María.

DISE LA MUERTE:

Non bos enojedes, sennor padre santo,
de andar en mi dança que tengo ordenada,
non vos baldrá el bermejo manto:
de lo que fezistes abredes soldada.
Non vos aprouecha echar la crusada,
proueer de obispados nin dar beneficios,
aqui moriredes sy faser mas bollicios:
dançad imperante con cara pagada.

K. EL CANCIONERO DE BAENA

Poetas trovadorescos.

Alfonso Alvarez de Villasandino (134-142...)

Cantiga á la Virgen.

Generosa, muy fermosa
syn mansilla, Virgen santa,
virtuosa, poderosa,
de quien Lucifer se espanta:
tanta
fué la tu grand omildat,
que toda la Trenidad
en ty se enzierra, se canta.
Plasentero fué el primero
goso, Señora, que oviste;
quando el vero mensajero
te saluó, tu respondiste.
Troxiste
en tu seno vyrginal
al Padre celestial,
al qual syn dolor pariste.
Quien sabrya nin dyria
quanta fué tu omildanza.
O Maria, puerta é vya
de salud é de folganza.
Fyanza
tengo en ty, muy dulce flor,
que por ser tu servidor

avré de Dios perdonanza,
noble rrosa, fija é esposa
de Dios, é su Madre dyna,
amorosa es la tu prosa,
ave, estela matutyna,
Enclyna
tus orejas de dulzor
oyendo á mí pecador,
ad juvandum me festyna.
Quien te apela *maristela,*
flor del angel saludada,
syn cabtella non rrecela
la tenebrosa morada.
Cryada
fuiste limpia, syn error,
porque el alto Emperador
te nos dyó por abogada,
que parryas al Mesías
dixeron gentes discretas,
Geremías é Isaías,
Daniel é otros profetas
Poetas
te loan é loarán
e los santos cantarán
por ti en gloria chanzonetas.
O beata ynmaculada,
syn error desde *abenizio,*
byen barata, quien te cata
mansamente syn bollyzio.
Servicio
fase á Dyos, nuestro Señor,
Quien te syrve por amor,
no dando á sus carnes vizio.

Esta cantiga fizo el dicho Alfonso Alvarez por rruego del Adelantado Pero Manrrique, quando andava enamorado desta su mujer, fija que es del señor duque de Benavente.

Señora, flor de açuçena,
claro visso angelical,
vestro amor me da grant pena.
Muchas en Extremadura
vos han gran envidia pura,
por cuantas han fermosura:
dubdo mucho ssy fue tal
en su tiempo Polyçena.
Fizo vos Dios delycada
onesta, bien ensseñada:
vestra color matyzada
mas que rrosa del rrosal,

me tormenta é desordena.
Donayre, gracioso brío
es todo vestro atavio,
lynda flor, deleyte mio;
yo vos ffuy syenpre leal
mas que fue Parys á Elena.
Vestra vista deleytosa
mas que lirio nin que rrosa
me conquista, pues non osa
mi coraçon desir quál
es quien así lo enagena.
Conplida de noble asseo,
quando vestra ymagen veo
otro plaser non desseo
ssy non sofrir bien ó mal,
andando en vuestra cadena.
Non me basta mas mi seso,
pláseme ser vestro presso;
Sseñora, por ende besso
vestras manos de crystal,
clara luna en Mayo llena.

Este dezir fizo el dicho Alfonso Alvarez de *Villasandino al dicho Condestable (Don Ruy López Dávalos) en la cibdat de Segovia, por quanto no le dieron possada e fuese a una aldea en qual le furtaron una su mula e quéxase aqui dél a él de los servicios que le avya fecho et de los trabajos que padesçia por amor del señor Rey.*

Doled vos de mí, señor Condestable,
Que ya non alcanço solaz é dia evito;
Doled vos de mí, que non sé que fable,
Atanto me syento de todo bien quito:
Doled vos de mí, que bivo maldito
En tribulaçion, pobre syn dinero;
Dolet vos de mí, que ya desespero
Teniendo que ando aqui por precito.

Dolet vos de mí, que yendo al aldea
Perdi una mula de que era pagado;
Dolet vos de mí, sy muy çedo seya
El mundo estroydo é todo asolado:
Doled vos de mí, ¡ay desconsolado!
Que con grant pobreza non sé que me digo:
Doled vos de mí, que non fallo abrygo
En quien me devía tener abrigado.

Dolet vos de mí, que ya desatiento
Con fanbre, con sed, con desesperança;
Doled vos de mí, pues mi libramiento
De oy en esas veo que anda en balança;

Doled vos de mí, que poca fyança
Tengo en el mundo segun que lo veo;
Doled vos de mí, que quanto deseo
Es grant fantassya por ymaginança.

Doled vos de mi por vestra mesura
Pues algunos tiempos os fize serviçio;
Doled vos de mí, que vivo en tristura,
De bien alongado sin plazer é viçio:
Doled vos de mí, que ya non cobdiçio
Trobar nuevas cossas nin oyr cantares:
Doled vos de mí, pues tengo pesares,
Por que nunca pude cobrar un officio.

Doled vos de mí, que fago mis llantos
Assy por plasas como en escondido:
Doled vos de mí, que tales quebrantos
Non sofryeron otros como yo e sofrido:
Dolet vos de mí, sy vos he servido
Tras quanto abasta la mi pobre suerte;
Dolet vos de mí, que pido la muerte
Con pura lazerya é amargo gemido.

Dolet vos de mí, pues tan á menudo
Fortuna me pone en fuertes andanças:
Dolet vos de mí, que ando sañudo
Con Dios, con natura, con todas crianças:
Doled vos de mí, e de mis dos lanças,
Mandat que me paguen el sueldo d'enero;
Doled vos de mí, que, quando el febrero,
A todos vos dexo en vestras privanças.

Dolet vos de mí, pues vedes que muero
Con muchos trabajos é obra desnuda;
Doled vos de mí que non fas aguero,
Segunt verbo antigo, el ave qués muda:
Dolet vos de mí, con algunt ayuda,
Pecunia contada, bien vista palabra;
Doled vos de mí, pues muy razonable
Es mi petiçion é justa syn dubda.

Doled vos de mí, señor, non echedes
En burla ni juego lo por mi propuesto;
Dolet vos de mí mejor que soledes,
Que mucha lazeria se torna en denuesto:
Dolet vos de mí, que non ando presto
Por mengua del Dios que llaman segundo;
Dolet vos de mí, porque en este mundo
Non sea mi estado del todo despuesto.

El Almirante Don Diego Furtado de Mendoza.

A aquel árbol, que mueve la foxa,
algo se le antoxa.
Aquel árbol del bel mirar
façe de manyera, flores quiere dar:
algo se le antoxa.
Aquel árbol del bel veyer
façe de manera, quiere florecer:
algo se le antoxa.
Façe de manyera, flores quiere dar:
ya se demuestra: salidlas mirar:
algo se le antoxa.
Façe de manyera, quiere florecer:
ya se demuestra: salidlas a ver:
algo se le antoxa.
Ya se demuestra: salidlas mirar:
vengan las damas las fructas cortar:
algo se le antoxa.

Garci Ferrandes de Gerena (13...-14...)

Esta cantiga fiso el dicho Garci Ferrandes por manera de desfecha de la otra (556 del Cancionero).

De la montaña, montaña,
De la montaña partía
O amor e su compaña
Mal disiendo todavía:
Ha bondad e cortesya.
De la montaña partía
O amor e su compaña

De la montaña espaciosa,
Al partir de aquesta gente,
Una que chamaban rrosa
Mal disiendo de talente:
«Tal nonbrar non osaría»
De la montaña partía, etc.

Vi faser esquivo plante
E guayas muy dolorosas,
Con dollor fillar quebranto
A las donsellas cuytosas
Disiendo: «¡qué negro dia!»
De la montaña partía, etc.

Dolorosas boses davan
Las que de aqui partían,
Unas donsellas choravan

Otras grand planto fasian,
Chamando «¡qué negro día!»
De la montaña partía, etc.

Esta cantiga fiso el dicho Garci Ferrandes en loores de Sancta María por desfecha.

Vyrgen, flor de espina,
Ssyenpre te serví,
Santa cosa e digna,
Rruega a Dios por mi.

Eres sin dudança
Muy perfeta e santa,
La tu omildança
En el mundo non ha tanta;
De tu alabança
La yglesia canta:
Meu coraçon se levanta
Bendisendo a ty.

Pariste, señora,
Mas sin corrupçion.
Santa eres agora
Do los Santos son:
Vyrgen, a ti adora
El mi coraçon,
Con gran devoción
Te obedesco...

Poetas italianescos ó imitadores de Dante.

Micer Francisco Imperial (13... 14...)

DESIR A LAS SIETE VIRTUDES. APARICIÓN DE DANTE

Desque volviera a mano diestra el rrostro,
vy por la yerva pisadas de ome,
onde alegre fuime por el rastro,
el cual derecho á un rrosal llevóme.
E commo cuando entre árboles asome
alguno que ante los sus ramos mesce,
é poco a poco todo assy paresçe,
tal vyde un omne, muy cortes saluóme.
Era en la vista benigno é suave
é en color era la su vestidura
ceniza ó tierra, que seca se cave;
barba e cabello albo syn mesura.
Traía un libro de poca escriptura,
escripto todo con oro muy fino,
é comensaba: *En medio del camino*
é de laurel corona é centura.

De grant abtoridat avia senblante,
de pöeta de gran excellencia,
onde yo omilde, enclinéme delante,
haciéndole conplida reverençia.
E díxele con toda obedïençia.
—Afectuosamente á vos me ofresco,
e magüer tanto de vos non meresco,
seya mi guya vuestra alta scyencia.
Dióme rrespuesta en muy puro latin:
—«A mi me plase lo que tu deseas.»
Et dessy dixo en lengua florentin:
«E porque cierto tú más de mi sseas,
vuelve conmigo do quiera que veas
las syete estrellas, que en el cielo relumbran,
e los sus rrayos que al mundo alumbran
et esto, fijo, çiertamente creas?»
.....
Fforma de gentil dueña en cada estrella
se demostraua, et otrosy fasían
en cada rayo forma de donsella.
Las tres primeras triángulo seían,
et cuadrángulo, segunt pareçian,
las otras quatro, non mucho distantes:
et omnes auri corona portantes
é las donzellas guirlandas traian.
Las tres avian color de llama viva,
et las quatro eran albas, pero atanto
que la su albura al alba nieve priva.
Las tres cantauan el su cantar santo;
las otras quatro el su moral canto
con gesto manso de grant honestat.
tal que non puedo mostrar ygualdat,
ca el nostro a la su par seria grant planto.
La una en mano un grant çirio tenia
que la pupila al cielo alto llegaua;
en la otra un libro: en lo que paresçia:
Diligite Dominum Deum començava.
E la segunda el árbol abraçaua,
que de una piedra de cristal nasçia,
é en dose ramos, que el arbol tendia,
del Credo doce artículos mostrava.
La tercia, commo nave, está surgida
é con un ancla de oro al par echada,
et otra á pique por respeto erguida,
La quarta estava destas apartada,
blandiendo en la su diestra grant espada,
e en la otra mano un pesso derecho.
Tenía la quinta un escudo antel pecho
e de todas pieças estaua armada.

(*Texto de Menéndez y Pelayo.*)

Ruy Páez de Ribera (13... 14...)

Este decir fiso e ordenó el dicho Ruy Paez de Ribera sobre la fortuna... E despues sigue su proceso contra la pobreza...

El pobre non tiene parientes ni amigos,
Donayre nin seso, esfuerço e sentido
E por la proveza le son enemigos
Los suyos mesmos por verlo caydo:
Todos lo tienen por desconocido
E non se les miembra del tiempo pasado.
Sy algunt beneficio ovieron cobrado
De aquellos de quien él ha descendido
En cosa que diga nin faga por obra
Non tiene graçia, virtud nin aseo,
E porque a todos en pobreza ssobra
Su dicho es tenido por grant devaneo:
E tiene otra tacha peor que le veo,
Que dizen que es loco sy es esforçado
E dizen que es torpe sy es sosegado,
Asy que su vida es siempre en desseo...
Si fuere escaso, con esta pobreza
Anlo por onbre de poco valor,
E sy fuere franco, mostrando nobleza,
Disen que es loco e desgastador:
E si es muy alegre e bien fablador,
Llámanle avanto e loco syn seso,
Asy que en pobresa non syento un peso
De que el pobre alcançe algunt buen onor...

La dolençia

E dixo: por mí se priva salud
E pierde el omne la su fermosura;
Fallesce del cuerpo su propia virtud,
Donayre e seso, ciencia e cordura
E tórnase el gesto de otra figura,
Color demudado e desconosçido
E magro e feo, muy enflaqueçido:
Con cosa que vea non toma folgura.
Por mi todo cuerpo es desnaturado,
Los ojos somidos, naris afilada,
La barvilla aguda, e el cuello delgado,
Angostos los pechos, la cara chupada,
El vientre finchado, la pierna delgada,
Las rodillas gruesas, los muslos delgados,
Los braços muy luengos e descoyuntados,
Costillas salidas, oreja colgada.
Los dientes terrosos, la lengua engordida,
Color amarillo, los ojos jaldados,
Las mexilas altas, la frente salida,

Las yslillas secas, los beços colgados,
Espinazo agudo, los onbros juntados,
Las cuerdas e nervios del cuerpo encogidos,
Perdidos del todo los cino sentidos,
La fuerça perdida, cabellos pelados...

Segundo período: Desde Don Juan II hasta la publicación de "La Celestina" (1500).

I. LA PROSA DIDÁCTICA

A. LA BIBLIA DE MOSÉ ARRAGEL (1423-1433)

Aquí comienzan los lloros de Jeremías.

Cómo está sola la civdat que de gente llena seer solía; fecha es quasy biuda la señora de las gentes; la princesa de las prouincias fecha es pechera.

Beth.—Llorar llora de noche, e la su lágrima sobre la su maxilla: non ay quien la consuele de quantos amigos tener solia, todos los sus amigos la fallaron e enemigos se le fisieron.

Gímal.—Catiuada es uida con afliccion e con mochidunbre de seruidunbre, la qual esta e en las gentes habita et folgura non falla: quantos la persegian la alcançaron entre las angosturas.

Daleth.—Las vías de syon llorosas son porque non ay quien venga a solepnedat; todas las sus puertas derrocadas; los sus sacerdotes son gementes; las sus virgenes son en sospiro, e ella es amarga.

He.—Fechos son cabeçones los angustiadores della e los sus enemigos en pax son; quel señor lo dixo e fabló sobre ella; por la mochidunbre de los sus pecados, los sus niños van en captiuidad delante del tribulador.

Vau.—Sallido es de la fija de syon toda la su gloria: fechos son los sus principes quasy carneros ó cieruos que pasto non fallan e van syn fuerça delante del perseguidor.

Layn.—Recordada es ierusalem de los dias de su afliccion e de las sus preuaricaciones e de todos sus deleytes que en los antiguos días tener solia el su pueblo en mano de angustiador cayendo, e non ay quien a ella ayude: e viéronla los tribuladores, ryeronse de los sus sábados.

(*Texto de Paz y Melia.*)

B. D. ENRIQUE DE VILLENA (1384-1434)

Libro del Aojamiento o Fascinologia.

Muchos filósofos y grandes letrados fablaron del ojo, donde se deriva aojar, que en latín decimos façinare y por aojamiento facinacion y pocos dieron la causa dello y fueron ménos las causas alcanzantes de sus remedios preventivos, cegativos e subsecutivos, si quier, curativos. Los más, empero, concuerdan de aquellos sean algunas ponçoñas tanto venenosas en su complexion y tan apartadas de la ebrasía que por vista emponzoñan el aire y los a quienes aquel aire tañe e lo reciben por atraccion inspirativa. E la tal venenosidad de complexion más por vista obra que por otra vía; por la sotile-

za del pus visivo que su impresion de más lexos en el aire difunde. E tiene distintos grados segun la potencia del catador y la disposicion del catado. E por esto más en los niños pequeños tal acaesce daño mirados de mandada vista por abertura de sus poros y fervor y calidez de su sangre abondosa, dispuesta á rescebir la impresion... E el tal acto o recepcion dicen aojamiento o facinacion; desto mueren asaz personas y otros adolescen de manera que non saben de que les viene y non les prestan las comunes medicinas, sinon aquellas que para esto son especiales y propias, y cuidan muchos que las palabras dañan en esto más que el catar, porque ven que si alguno mira a otro que le bien parezca e lo alaba de fermoso o donoso, luego paresce daño en él de ojo, si quier, de facinacion.

(*Texto de Cotarelo.*)

Glosas á la traducción de la Eneida.

El monte Etna.

Cuenta Eneas las singularidades de aquel monte de Ethna, cerca del cual estaba surgido, diciendo que algunas veces lanza escura nuve fasta el cielo de fumo negro como pez, é otras veces lumbrosas centellas es á saber, ígnidos é aun llamas tan altas subientes que parecen lamer las estrellas, si quier, llegar a ellas... é otras veces los pedaços de la peña ígnidos lanzando con centellas, é algunas de ellas padecieron tanta ignicion, que salen como fondidas é vitrificadas, é face tan esquivos gemidos en la impulsion de ellas que parescen que fierva desde su fondo: y porque los leedores mejor entiendan esto, porné su despuisicion segun hoy está. Es aquel monte de gran altura, é tiene grande circuito el ruedo de su falda: é desde el suelo fasta el tercio del monte es poblado de casas, de heredades é de viñas é de huertas: é el tercio segundo dél, es cubierto de nieve la mayor parte del año, é el tercio postrimero fasta su cima, es cubierto de ceniza, é encima es un gran llano, como piramis truncada la punta. E en aquel llano es una boca redonda como de pozo, pero es tan grande como una gran villa, é entra derecho aquella boca como pozo fasta el abismo, e por mitad de aquella boca sale continuamente fumo espeso é ceniza y cae della en el circuito del monte. E algunas veces cuando face viento meridional, lanza la ceniza fasta en Calabria, y algunas veces lanza fuego con llama é otras se enciende tanto, que fallan las piedras fondidas por la boca como vidrio, y desciende por el monte: é ansi acuerda en tiempo del rey don Fernando que llegó este fuego cerca de Catania: é ovieron de salir allá con las procesiones é reliquias, rogando á Dios que les librara de aquel peligro. E pueden subir por la ceniza poniendo tablas en que pongan los pies e llegar fasta la cima por el gran fedor de zufre que lanza é calor ígnida.

C. DON ALVARO DE LUNA

Libro de las claras et virtuosas mujeres.

De la buena fabla

Muchos sabios assi griegos como latinos e especialmente aquel grande sabio e muy bien fablado romano Tulio Ciçero han compuesto e fecho muchos libros en la eloqüencia, que quiere decir la buena e graciosa e apuesta

manera de fablar ante los emperadores e reyes e principes e ante los otros grandes señores, para mejor e más ayna poder alcançar los onbres aquellas cosas que quieren demandar e suplicar; e generalmente de la manera que a todos pertenesce tener en sus fablas e dichos con todos aquellos con quien han de participar, porque mejor puedan fazer sus fechos... Non hay cosa más loada que la buena fabla si con ella se ayunta tener cerca della aquel modo que para lo tal es complidero; es a saber, considerar quien es aquel que fabla, e a quien, e cómo, e en qué lugar e tiempo, e la materia o cosa de la qual es aquella fabla. Las quales cosas acatadas e guardadas, quando la fabla non pecca en ninguna destas cosas, puédese decir della que non hay cosa más suave, nin más dulce nin que más de buena voluntad los onbres quieran que oyr la tal fabla. Esta es esperança de los que están en necesidad e defensa de los que son en trabajo, ca ¿qual cosa hay más maravillosa nin de mayor precio que la tal eloqüencia o fabla? Pues es poderosa de atraer las voluntades de los onbres e fazer mansos e gratos á los que están sañosos é fuertes, leuantar los aflijidos é caydos, dar salud á los enfermos, librar de los peligros a los que son en persecuçiones, faser de los enemigos amigos, é finalmente aquello que el sabio Salomon dice en los sus proverbios: «La muerte e la vida es en el poderio de la lengua.»

De la cobdicia

Mayor virtud es non cobdiçiar cosa alguna que aver é poseer todas las cosas. Et esto, por ser cosa más çierta é segura non aver muchas cosas, que non averlas et poseerlas; por cuanto el señorio de las cosas se suele perder; mas la virtud siempre queda, la qual non se pierde por ninguna cosa triste de fortuna que acaesca. Et como quier que el acatamiento de las riquezas, quanto á lo de fuera, paresca alegre, pero de dentro es lleno de mucha tristesa é trabajo; porque con trabajo se ganan, é con temor se poseen, é con dolor se pierden. E asi la fas de la riquesa es contraria a la de la pobresa, é la de la pobresa a la de la riquesa; porque la cara de la riquesa es alegre de fuera é de dentro muy aborresçible é espantable: é la cara de la pobresa es triste de fuera, é alegre de dentro; porque los pobres non han de qué se duelan de dentro, ca non tienen que perder, é por ende mayor é mas seguro estado es el de la pobresa que el de la riquesa. El pobre que sea contento ó aya paciençia de su pobresa, es avido por rico, et el rico que non es contento con lo que tiene, es avido por pobre, aunque posea muchas cosas...

D. ALFONSO MARTINEZ DE TOLEDO, ARCIPRESTE DE TALAVERA

El Corvacho o Reprobacion del amor mundano (1438).

De como la muger parlera syempre fabla de fechos agenos

La muger ser mucho parlera, regla general es dello: que non es muger que non quisyese syempre fablar e ser escuchada. E non es de su costumbre dar logar a que otra fable delante della: e, sy el dya vn año durase, nunca se fartaria de fablar e non se enojaria dia nin noche. E por ende verás muchas mugeres que de tener mucha continuaçion de fablar, quando non han con quién fablar, están fablando consygo mesmas entre sy. Por ende verás vna muger que osada de fablar las bocas de diez ombres atapar é vençerlas fablando e maldisiendo. Quando rason non le vale, bya a porfiar, e con esto

nunca los secreetos de otro a otra podria çelar. Antes te dygo que te deues guardar de aver palabras con muger que algund secreto tuyo sepa, como del fuego, que sabe, como suso dixe, non guarda lo que dise con yra la muger aunque el tal secreto de muerte fuese o venial, o lo que mas secreto le encomendares, aquello esta reptando e escaruando por lo desir e publicar, en tanto que todavia fallarás las mugeres por renconçillos, por renconadas e apartados disiendo, fablando de sus vesinas e de sus comadres e de sus fechos, e mayormente de los agenos; syempre están fablando, librando cosas agenas: aquella cómo byue, qué tyene, cómo anda, cómo casó e cómo la quiere su marido mal, cómo ella se lo meresce, cómo en la iglesia oyó dezir tal cosa, e la otra responde otra cosa, e asy pasan su tiempo despendiéndolo en locuras e cosas vanas, que aqui espeçificarlas seria ymposible. Por ende, general regla es que donde quier que ay mugeres ay de muchas nuevas. Alléganse las benditas en vn tropel, muchas matronas, otras moças de mayor ó menor hedad, e comiençan e non acaban, disiendo de fijas agenas, de mugeres estrañas, en el ynuierno al fuego, en el verano a la frescura, dos ó tres horas syn mas estar disiendo: tal, la muger de tal, la fija de tal, a osadas, quién se la vee, quién non la conosçe, ouejuela de Sant Blas, corderuela de Sant Anton, quién en ella se fiase, etc. Responde luego la otra: o byen si lo sopiesedes cómo es de mala lengua, rauia, Señor, alla yra, por Nuestro Señor Dios embaçada estaríades, comadre; quién se la vee symplesilla, etc., todo el dia estarán detrás mal fablando. E sy quieres saber de mugeres nueuas, vete al forno, a las bodas, a la yglesia, que ally nunca veras synon fablar la vna á la oreja de la otra, e reyrse la vna de la otra, e tomar las vnas compañias con las malquerientes de las otras, e afeytarse e arrearse a porfia, aunque sopieren fazer malbarato de su cuerpo por aver joyas, e yr las unas mas arreadas que las otras, diziendo: pues mal goso vean de mi sy el otro domingo que viene tú me pasas el pie delante. Ayuntanse las vnas loçanas de vn barrio con las otras galanas de la otra vezindad. Pues agora veamos a quáles mirarán mas e quáles serán las mas fabladas e presciadas: quiçá sy pyensan que non somos para plaça mejor que non ellas, avnque les pese e mal pese: sí somos, en verdad, ¡yuy, amiga! ¿Non vedes cómo nos miran de desgayre? ¿Quiéres que les demos vna corredura e vna ladradura? Riámonos la vna con la otra e fablémonos asy a la oreja mirando fasia ellas, e vereis como se correrán: o antes que ellas se leuanten pasemos ayne delante dellas, porque los que mirasen a ellas, en pasando nosotras, fagan primero a nosotras reuerençia antes que non a ellas, e esta les daremos en barua avnque les pese, quanto a lo primero. E estas e otras ynfinitas cosas largas de escrivir estudian las mugeres e urden en tanto que nunca donde van e se ayuntan fasen sino fablar e murmurar e de agenos fechos contractar. Do podemos desir: la muger ser muy parlera e de secretos muy mal guardadora. Por ende quien dellas non se fia non sabe qué prenda tyene, e quien de sus fechos se apartare e mas las oluidase, biuirá mas en seguro: desto yo le aseguro.

II. LA PROSA HISTÓRICA

A. EL CANCILLER PERO LOPEZ DE AYALA

Crónica de Don Pedro I de Castilla.

Año IX. Capítulo III. Cómo el Rey Don Pedro fizo matar al maestre de Santiago Don Fadrique en el Alcázar de Sevilla

Estando el Rey Don Pedro en Sevilla en el su Alcazar, martes veinte e nueve días de Mayo deste año (1358) llegó ay Don Fadrique su hermano, Maestre de Santiago, que venía de cobrar la villa e reino de Jumilla... e luego como llegó fué a facer reverencia al Rey e fallóle que jugaba a las tablas en el su Alcázar. E luego que llegó besóle la mano él e muchos caballeros que venían con él. E el Rey le recibió con buena voluntad que le mostró, e preguntóle dónde partiera aquel día, e si tenía buenas posadas. E el Maestre dijo que partiera de Cantillana que es a cinco leguas de Sevilla; e que de las posadas aún non sabía quales las ternía; pero que bién creía que serían buenas. E el Rey díxole que fuese a sosegar las posadas, e que despues se viniese para él; é esto decia el Rey porque entráran con el Maestre muchas compañas en el Alcázar. E el Maestre partió estonces del Rey, e fué ver á doña María de Padilla, e á las fijas del Rey, que estaban en otro apartamiento del Alcázar, que dicen del caracol. E doña María sabia todo lo que estaba acordado contra el Maestre, e quando le vió fizo tan triste cara, que todos lo podrían entender, ca ella era dueña muy buena, e de buen seso, e non se pagaba de las cosas que el Rey facía, e pesábale mucho de la muerte que era ordenada de dar al Maestre. E el Maestre desque vió á doña María, é a las fijas del Rey sus sobrinas, partió de allí e fuese al corral del Alcázar dó tenía las mulas...

E estando en esto llegaron al Maestre dos caballeros hermanos, que decian Ferrand Sanchez de Tovar, é Juan Ferrandez de Tovar, que non sabían nada desto, e por mandado del Rey dixeron al Maestre: «Señor, el Rey vos llama». E el Maestre tornóse para ir al Rey espantado, ca ya se rescelaba del mal; é así como iba entrando por las puertas de los palacios é de las cámaras, iba más sin compaña, ca las que tenían las puertas en guarda lo tenían así mandado á los Porteros que los non acogiesen. E llegó el Maestre dó el Rey estaba, é non entraron en aquel logar sinon el Maestre Don Fadrique, é el Maestre de Calatrava Don Diego García (que ese dia acompañaba al Maestre de Santiago Don Fadrique, é non sabia cosa deste fecho) é otros dos caballeros. E el Rey estaba en un palacio que dicen del fierro, la puerta cerrada; é llegaron los dos Maestres de Santiago é de Calatrava á la puerta del palacio do el Rey estaba, é non les abrieron, é estovieron á la puerta. E Pero Lopez de Padilla que era Ballestero mayor del Rey, estaba con los Maestres de partes de fuera; é en esto abrieron un postigo del palacio do estaba el Rey, é dixo el Rey á Pero Lopez de Padilla su Ballestero mayor: «Pero Lopez, prended al Maestre». E Pero Lopez le dixo: «¿A cuál dellos prenderé?» E el Rey díxole: «Al Maestre de Santiago». E luego Pero Lopez de Padilla travó del Maestre Don Fadrique, é díxole: «Sed preso». E el Maestre estovo qudo muy espantado; é luego dixo el Rey a unos Ballesteros de maza que ay estaban: «Ballesteros, matad al Maestre de Santiago». E aun los Ballesteros non lo osaban facer; e un ome de la cámara del Rey que decian Rui González de Atienza, que sabía el consejo, dixo a grandes voces á los Ballesteros: «Traydores,

¿qué facedes? ¿Non vedes que vos manda el Rey que matedes al Maestre?» E los Ballesteros estonce, quando vieron que el Rey lo mandaba, comenzaron a alzar las mazas para ferir al Maestre Don Fadrique. E eran los Ballesteros uno que decian Nuño Fernandez de Roa, é otro que decian Juan Diente, e otro que avia nombre Garci Diaz de Albarracin, é otro Rodrigo Perez de Castro. E quando esto vió el Maestre de Santiago, desvolvióse luego de Pero Lopez de Padilla, Ballestero mayor del Rey, que le tenia preso e saltó en el corral, é puso mano a la espada e nunca la pudo sacar, ca tenia la espada al cuello deyuso del tabardo que traia, e cuando la quería sacar, travesábase la cruz de la espada en la correa, en manera que non la pudo sacar. E los Ballesteros llegaron a él por le ferir con las mazas, é non se les guisaba, ca el Maestre andaba muy recio de una parte a otra, e non le podian ferir. E Nuño Fernandez de Roa, que le seguia más que otro ninguno, llegó al Maestre e dióle un golpe de la maza en la cabeza, en guisa que cayó en tierra; é estonce llegaron los otros Ballesteros, é firieronle todos. E el Rey, desque vio que el Maestre yacia en tierra, salió por el Alcazar cuidando fallar algunos de los del Maestre para los matar, é non los falló; ca dellos non eran entrados en el palacio quando el Maestre tornó que le mandára llamar el Rey, porque las puertas estaban muy bien guardadas; é dellos eran fuidos é escondidos. E entrara con el Maestre un caballero de la su orden que decian Don Pero Ruiz de Sandoval Rostros de Puerco, que era comendador de Montiel, el que diximos que diera el Castillo de Montiel al Rey por el omenage que le oviera fecho, é se viniera él para su Señor el Maestre, é era agora Comendador de Mérida; é el Rey, quisiérale matar, é non le falló, é así escapó aquel dia quel Rey le andubo buscando para le matar, é non le pudo aver. Empero falló el Rey un Escudero que decian Sancho Ruiz de Villegas, que le decian por sobrenombre Sancho Portni, é era Caballerizo mayor del Maestre, e fallóle en el palacio del caracol, dó estaba doña María de Padilla, é sus fijas del Rey, donde el dicho Sancho Ruiz se acogiera cuando oyó el ruido que mataban al Maestre; é entró en la cámara el Rey, é avia tomado Sancho Ruiz á doña Beatriz, fija del Rey en los brazos, cuidando escapar de la muerte por ella; é el Rey así como le vió, fisole tirar a doña Beatriz su fija de los brazos, é el Rey le firió con una broncha que traia en la cinta, é ayudógele á matar un caballero que decian Juan Ferrandez de Tovar, que era enemigo del dicho Sancho Ruiz. E desque fué muerto Sancho Ruiz de Villegas, tornóse el Rey dó yacía el Maestre, e fallóle que aún non era muerto; é sacó el Rey una broncha que tenia en la cinta, é dióla a un mozo de su cámara, é fizole matar. E desque esto fué fecho, asentóse el Rey a comer donde el Maestre yacía muerto en una quadra que dicen de los Azulejos, que es en el Alcázar.....

B. FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN (14...-1470)

Generaciones, semblanzas e obras de los excelentes reyes de España... y de los venerables prelados y notables caballeros, etc.

De Don Pero López de Ayala, caballero, Canciller mayor de Castilla.

Don Pero López de Ayala, Canciller mayor de Castilla, fué un caballero de gran linaje, ca de parte de su padre venía de los de Haro, de quien los Ayala descienden: de parte de su madre venía de Saballos, que es un gran

solar de caballeros. Algunos del linaje de Ayala dicen que viene del Infante de Aragón, á quien el Rey de Castilla dió el señorío de Ayala: e yo ansi lo hallé escripto por don Fernan Perez de Ayala, padre de este don Pero Lopez, pero no lo leí en historias ni he dello otra certidumbre. Fué este don Pero Lopez de Ayala alto de cuerpo, y delgado, y de buena persona: hombre de gran discrecion y autoridad, y de gran consejo, así de paz como de guerra. Ubo gran lugar cerca de los Reyes en cuyo tiempo fué. Ca seyendo mozo fué bien quisto del Rey don Pedro, y despues del Rey don Enrique el segundo, fue de su consejo muy amado dél: el Rey don Juan y el rey don Enrique su hijo hicieron dél gran mencion y fianza. Pasó por grandes hechos de guerra y de paz: fué preso dos veces, una en la batalla de Nájera y otra en Aljubarrota. Fué de muy dulce condicion, y de buena conversacion, y de gran consciencia, que temía mucho á Dios. Amó mucho las sciencias, diose mucho á los libros e historias, tanto que como él fuese asaz caballero y de gran discrecion en la práctica del mundo; pero naturalmente fué inclinado á las sciencias. Y con esto gran parte del tiempo ocupaba en leer y estudiar, no en obras de derecho, sino en filosofía e historias. Por causa dél son conocidos algunos libros en Castilla, que antes no lo eran, ansi como el Tito Livio, que es la más notable historia Romana; las Caídas de los Príncipes; Los Morales, de San Gregorio; El Isidoro de Summo Casso; el Boecio; la Historia de Troya. El ordenó la Historia de Castilla desde el Rey don Pedro hasta el Rey don Enrique el tercero, é hizo un buen libro de caza, que él fué mucho cazador, y otro libro llamado Rimado de Palacio. Amó mucho mujeres, más que á tan sabio caballero como él convenía. Murió en Calahorra, en edad de setenta y cinco años, año de mil y cuatrocientos y siete. Está sepultado en el monasterio de Quexane, donde están los otros de su linaje.

De Diego López Destúñiga.

Diego Lopez Destúñiga, Justicia mayor del Rey, fué en el tiempo del Rey Don Juan y del Rey Don Enrique el tercero. De parte del padre fué Destúñiga; el solar de este linaje es en Navarra. De parte de su madre venía este Diego Lopez de los de Orozco, un buen linaje de caballeros. Fué hombre de buen gesto e de mediana altura, el rostro y los ojos colorados, y las piernas delgadas; hombre apartado en su conversacion, y de pocas palabras; pero segun dicen los que le platicaron, era hombre de buen seso, é que en pocas palabras hacía grandes conclusiones, é buen amigo á sus amigos. Fué muy acebto é allegado á aquellos dos Reyes en cuyo tiempo fué; alcanzó muy grande estado; vestíase muy bien, é aun en la madura edad amó mucho mugeres, é dióse mucho á ellas con toda soltura. De su esfuerzo no se sabe é creo que fuese porque en su tiempo no ovo guerras ni batallas en que le mostrase; pero de presumir es que un caballero de tal linage e de tanta discrecion, que guardaría su honra é fama é vergüenza, en que va todo el fruto del esfuerzo de las armas. Fallesció en el mes de Noviembre, año de mil é quatrocientos é diez y siete años. Está sepultado en Valladolid en el Monasterio de la Trinidad.

C. GUTIERRE DIEZ DE GAMES

Crónica de D. Pedro Niño, conde de Buelna.

CÓMO ES TÚNEZ VNA MUY BUENA CIBDAD E CÓMO EL CAPITAN SE VINO A CARTAGENA

Túnez es una muy grande e muy fermosa ciudad. Es muy rica. Es asentada en una ladera vertiente contra la mar. Parescen en ella muy fermosas obras de casas e de mezquitas e dentro de ella hay plazas fuertes.

Tiene un muy fermoso alcazar sobre una pequeña mota. Del otro cabo de la cibdad viene un rio, pegado á ella por de fuera, é después entra dentro en la cibdad, é los navíos entran en el río; allí está la tarazana en que hay siempre diez galeras; nunca, en ningun tiempo, está el puerto sin galera armada. La huerta de Túnez non hay otra tal en el mundo que en nuestra memoria sea. Hay en ella treinta mil torres: cada una torre con su heredad ha de dar al rey cada torno de luna una dobla de oro. La tierra y las comarcas de alrededor es la más virtuosa é más abastada del mundo, é cerca de allí es la ciudad de Tafilet, donde es el Azacht. Este es un monte de palmas que dura ocho leguas, tan espeso como un pinar espeso. Allí son los búfalos, é los camellos, é las gacelas, é los leones, é los avestruces é los puercos espines.

Partió de allí el capitan costeando la tierra, é llegaron las galeras á la cibdad de Bona de Buxia. Allí es un monte donde crían muchos gunjos. Non fallando más navíos de moros, dejaron la costa é entraron en el golfo. Vieron las galeras en la mar una goleta, é fueron allá á ella: alcanzáronla: era de Aragón: iban en ella unos frailes de la orden de la Trinidad que pasaban en Berbería: iban á sacar captivos. Desta guisa alcanzaron muchos navíos de Aragón, é de otras partes de cristianos, que le non facían mal ninguno, pasado el trabajo, cuidando que eran de moros, é despues dejábalos ir á salvo. Andando así muchos días calando la mar buscando navíos de enemigos, é non fallando, volvióse á Cartagena. Allí falló sus naos: la quél había ganado, é la otra que él traía armada. É la otra su nao, veniendo por el estrecho, falló un cárabo de moros muy rico, en que tomaron moros, é paños de oro, é seda, muchos alquiceres, é dátiles é tinajas de mantenca, é trigo é cebada, é otras muchas cosas.

D. DIEGO ENRIQUEZ DEL CASTILLO

Crónica del Rey Don Enrique el Quarto.

DE CÓMO TORNÓ EL REY Á MADRID, É LE APRETÓ LA DOLENCIA É MURIÓ.

Tornóse el Rey á Madrid con más placer que salud por la deliberacion del Marqués de Villena, deseando reposar, para remediar su persona que estaba flaca, é muy debilitada de andar por los campos en tiempo de tanta frialdad, en el mes de octubre é noviembre. Donde, creyendo descansar, cargó en él tan apoderadamente el mal de sus cámaras é gomitó, que luego paresció ser mortal sin remedio alguno: en tanto grado, que luego los físicos pronosticaron ser muy cercano su fin. Pero todavía acordaron de lo purgar un domingo, por la mañana, é purgó livianamente, con que paresció en alguna manera sentirse más aliviado, hasta que ovo dormido, é dormió, por

espacio de una hora y media muy sosegadamente. E luego que despertó dióle un tan grande dolor de costado y tan agudo, que ningun reposo ni sosiego le dejaba tener: en tanto grado, que siempre le fué cresciendo é nunca menguando, é duróle aquel dolor por espacio de diez horas. Entonces dijeron los físicos á los señores que allí estaban, que eran el Cardenal y el Condestable, y el Conde de Benavente y el Marqués de Villena con otros del Consejo é muchos criados é servidores suyos, que les suplicaban que le hiciesen luego confesar, é ordenar su ánima, por cuanto no tenía más de tres horas de vida. Oído aquesto, mandaron llamar á Fray Pedro Mazuelo, prior de San Jerónimo del Paso, con quien el Rey se confesó por espacio de una hora grande. E acabada la penitencia el Religioso le dijo que mirase cómo disponía su ánima é donde se mandaba enterrar, y el Rey respondió sosegadamente, que dejaba por sus testamentarios y albaceas al Cardenal de España, y al Duque de Arévalo, y al Marqués de Villena, é al Conde de Benavente, é les encargaba sus conciencias: é mandaba que su cuerpo fuere llevado á Santa María de Guadalupe, é lo enterrasen debajo de la sepultura de la Reyna su madre doña María. E asimesmo mandaba que de sus joyas é tesoros fuesen pagados é satisfechos sus criados é servidores de lo que les era en cargo. Dicho aquesto, con muy poca pena espiró á las dos horas de la noche, que se contaron once días del mes de diciembre, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil é cuatrocientos é setenta é cuatro años. Vivió cuarenta é nueve años, é once meses, é once días, y reinó veinte é dos años, poco más ó menos. Quedó tan deshecho en las carnes, que no fué menester embalsamallo. Fué depositado por entonces en el Monasterio de San Jerónimo del Paso, que él hizo: donde le fueron hechas señaladas obsequias segun que á Rey pertenecían. Dijo la misa el día de su enterramiento el Cardenal de España con algunos prelados que allí estaban, por asistentes con él en el Altar. ¡Oh Reyes poderosos, que sojuzgáis los imperios! ¡Oh príncipes temporales que señoreáis el mundo! Tomad agora enxemplo en la pujanza de este Rey, cuando comenzó á reinar. Sean en vos espejo sus altos triunfos, que le dió la fortuna, su franca liberalidad, sus piadosas obras, su mucha clemencia, con que gobernó sus súbditos. Mirad que ni uno le libró de la persecución de sus traidores criados, ni lo al lo escapó de la muerte, que lo privó de reynos, é le despojó de sus señoríos. Si primero se vió con gloria, los suyos se la robaron. Si fué Señor de grandes tesoros, aquéllos le empobrecieron. Si ganó muchas tierras, é si algunas provincias se alzaron por él, aquéllos como ingratos se las hicieron perder. Ellos recibiendo mercedes, se tornaron peores: él sufriendo sus injurias, se hizo mejor é así feneció su vida con mucha paciencia, é acabáronse sus días con poco descanso, é salieron sus carnes de los trabajos mundanos, é reposó su espíritu de tantos afanes, y duermen sus huesos sin verse corridos. Pues si discrecion é saber alcanzáis, si seso é prudencia tenéis vosotros, los del Cetro Real, contemplad su próspero estado, su graciosa humildad, sus mercedes infinitas, sus grandes persecuciones, sus trabajos é afanes, sus desmedidas fatigas: é veréis que ni la mucha potencia os debe causar soberbia, ni las sobradas riquezas haceros avarientos, ni los casos desastrados privar de la virtud, ni las fuertes adversidades agenar el corazon de la condicion Real, mas con serena cara faced á todo sereno semblante: e de tal guisa sufrirlo, que ni por lo muy próspero se muestre más alegre, ni por las adversidades señalada tristeza.

E. HERNANDO DEL PULGAR

Crónica de los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

La Reina Católica.

Esta Reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporcion de sus miembros, muy blanca é rubia: los ojos entre verdes é azules, el mirar gracioso é honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy fermosa é alegre. Era mesurada en la continencia é movimientos de su persona: no bebía vino; era muy buena mujer é placíale tener cerca de sí mujeres ancianas que fuesen buenas é de linaje... Guardaba tanto la continencia del rostro que aun en los tiempos de sus partos encubría su sentimiento é forzábase á no mostrar ni decir la pena que en aquella hora sienten é muestran las mujeres. Amaba mucho al Rey su marido é celábalo fuera de toda medida. Era mujer muy aguda y discreta, lo qual vemos pocas é raras veces concurrir en una persona; fablaba muy bien y era de tan excelente ingenio que en comun de tantos é tan árduos negocios como tenía en la gobernación de sus Reinos, se dió al trabajo de aprender las letras latinas; é alcanzó en tiempo de un año saber en ellas tanto que entendía qualquier fabla ó escriptura latina. Era católica é devota; facía limosnas secretas en lugares debidos; honraba las casas de oracion: visitaba con voluntad los monesterios é casas de religion... Placíale la conversacion de personas religiosas é de vida honesta, con las cuales había muchas veces sus consejos particulares; é como quier que oía el parecer de aquellos é de los otros letrados que cerca della eran; pero por la mayor parte seguía las cosas por su arbitrio. Pareció ser bien fortunada en las cosas que comenzaba. Era muy inclinada á facer justicia, tanto que le era imputado seguir más la vía del rigor que de la piedad; y esto facía por remediar á la gran corrupcion de crímines que falló en el Reino quando subcedió en él... Era mujer de gran corazón, encubría la ira é disimulábala; é por esto que della se conocía, ansí los Grandes del Reino como todos los otros temían de caer en su indinación. De su natural inclinación era verdadera é quería mantener su palabra... Era muy trabajadora por su persona... Era firme en sus propósitos, de los quales se retraía con gran dificultad... Era mujer cerimoniosa en sus vestidos é arreos é en el servicio de su persona; é quería servirse de homes grandes é nobles, é con grande acatamiento é humillacion. No se lee de ningun Rey de los pasados que tan grandes homes toviese por oficiales como tovo...

F. MOSÉN DIEGO DE VALERA

Memorial de diversas hazañas.

Capítulo LXIII. De la muerte malaventurada del Papa Pablo Segundo.

Conveniente cosa parece escribir aqui la nueva manera de muerte del Papa Pablo segundo, no vista en el mundo semejante fasta entonces, el qual mucho favorecia al Rey Don Enrique y encobria sus errores, la maravillosa muerte del qual dió testimonio de su torpe vida, el qual quando vivió siempre se ejercitó en cosas vanas, y en juegos, y en buscar las figuras de las monedas de los tiempos más antiguos y en mirar sus tesoros é piedras pre-

ciosas en lo qual siempre contemplaba, é procuraba tener cerca de si nigrománticos é fechiceros; el qual, como fuese muy fermoso de gesto, é de cuerpo muy grande é muy sano, sin enfermedad alguna, la noche que murió fue fallado en su cama tan pequeño é tan flaco, como de un moso pequeño de diez ó doce años, todo consumido é ferido el rostro é la cabeza en muchos lugares é los huesos de tal manera como si fuesen quemados en fuego; el qual se afirma tener en un anillo un espíritu familiar, por el qual muchas cosas sabia. E muerto asi el Padre Santo, los suyos dieron muy gran priesa a su enterramiento porque no fuese a todos manifiesta la nueva forma de su muerte, la qual bien conforme fué a su vida, como siempre se diese a deleites é pompas é obras vanas dejando de entende en las cosas á que su divinidad le obligaba. Solo esto fizo bueno en su pontificado, que recobró algunos bienes del patrimonio de la Iglesia, que tiranicamente eran tenidos por algunos; é murió este Padre Santo en el mes de Agosto del año del nascimiento de nuestro Redentor de mil é quatrocientos é sesenta y un años, el qual no contento del excelente palacio edificado por Nicolao quinto cerca de San Pedro, mandó facer otro mucho mayor cerca de San Marco en Roma. Fué enterrado miserablemente en una pobre sepultura, é sucedió en su lugar Sixto quarto, frayle de San Francisco, antes llamado Francisco de Ona, ginovés, maestro de Santa teología, el qual muchos cardenales crió de sus parientes; que en este tiempo nuestro los Padres Santos parece que para sublimar sus deudos son puestos en la silla de San Pedro, siendo en todo contra el orden de la Santa Iglesia.

III. LOS PRIMEROS HUMANISTAS

EL MAESTRO ANTONIO DE NEBRIJA

Gramática castellana.

LIBRO II. CAPÍTULO VI.—DE LOS CONSONANTES QUEAL E QUI COSA ES CONSONANTE EN LA COPLA.

Los que compusieron versos en ebraico, griego e latin hizieronlas por medida de silabas luengas et breves. Mas despues que con todas las buenas artes se perdió la gramática: e non supieron distinguir entre silabas luengas e breves, desatáronse de aquella lei e pusieronse en otra necesidad de cerrar cierto numero de silabas debaxo de consonantes. Tales fueron los que despues de aquellos santos varones que echaron los cimientos de nuestra religion compusieron himnos por consonantes: contando solamente las silabas non curando de la longura o tiempo dellas. El cual ierro con mucha ambicion e gana los nuestros arrebataron. E lo que todos los varones doctos con mucha diligencia avían e rehusavan por cosa viciosa nosotros abrazamos como cosa de mucha elegancia e hermosura. Porque como dice aristóteles por muchas razones avemos de huir los consonantes.

La primera porque las palabras fueron halladas para decir lo que sentimos: e no por el contrario el sentido ha de servir á las palabras. Lo cual hazen los que usan de consonantes en las cláusulas de los versos: e dizen lo que las palabras demandan e no lo que ellos sienten. La segunda porque en habla no ai cosa que mas ofenda las orejas ni que maior hastío nos traiga que la semejanza; la cual traen los consonantes entre si. E aun que tulio pon-

ga entre los colores retoricos las cláusulas que acaban ó caen en semejante manera esto ha de ser pocas vezes: e no de manera que sea mas la salsa quel manjar. La tercera porque las palabras son para traspasar en las orejas del auditor aquello que nosotros sentimos teniendo lo atento en lo que queremos dezir, mas usando de consonantes el que oie no mira lo que se dize: antes está como suspenso esperando el consonante que se sigue. Lo cual conociendo nuestros poetas expienden en los primeros versos lo vano e ocioso: mientras que el auditor está como atónito e guardan lo macizo e bueno para lo último verso de la copla: porque los otros desvanecidos de la memoria, aquel solo quede asentado en las orejas. Mas porque este error e vicio ia está consentido e recibido de todos los nuestros: veamos cual e que cosa es consonante.

IV. LOS GRANDES POETAS

A. DON ÍÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA, MARQUÉS DE SANTILLANA

(1398-1458).

Proverbios de gloriosa dotrina e fructuosa enseñança.

Capítulo I. Del amor e temor

Fijo mio mucho amado
Para mientes
E non contrastes las gentes
Mal su grado:
Ama é serás amado,
E podrás
Facer lo que non farás
Desamado.

¿Quién reservará al temido
De temer,
Si discrepçion é saber
Non ha perdido?...
Si querrás, serás querido,
Ca temor
Es una mortal dolor
Al sentido.

Çésar, segund es leydo
Padesçio,
E de todos se falló
Desçebido:
Quien se piensa tan ardido,
Pueda ser
Que solo baste á façer
Grand sonido.

Quántos vi ser augmentados
Por amor;

E muchos mas por temor
Abaxados!...
Ca los buenos, sojudgados,
Non tardaron
De buscar cómo libraron
Sus estados.

O fijo, sey amoroso,
E non esquivo;
Ca Dios desama al altivo
Desdeñoso
Del iniqúo é malicioso
Non aprehendas;
Ca sus obras son contiendas
Sin reposo.

E sea la tu respuesta
Muy graçiosa:
Non terca nin soberbiosa,
Mas honesta.
O fijo!... quán poco cuesta
Bien fablar!...
E sobrado amenaçar
Poco presta.

La Comedieta de Ponça.

Fabla la señora Infanta doña Catherina, quexándose de la fortuna e loa los oficios baxos e serviles

¡Benditos aquellos que con el açada
Sustentan su vida e viven contentos,
E de quando en quando conoscen morada
E suffren pascientes las lluvias é vientos!...
Ca estos non temen los sus movimientos,
Nin saben las cosas del tiempo passado,
Nin de las pressentes se façen cuydado,
Nin las venideras dó han nascimientos.

Benditos aquellos, que siguen las fieras
Con las gruessas redes é canes ardidos,
E saben las trochas é las delanteras
E fieren del archo en tiempos devidos!
Ca estos por saña non son conmovidos
Nin vana cobdicia los tiene subjetos;
Nin quieren thesoros, nin sienten deffetos,
Nin turban temores sus libres sentidos.

Benditos aquellos que quando las flores
Se muestran al mundo desçiben las aves,
E fuyen las pompas é vanos honores,
E ledos escuchan sus cantos suaves!

¡Benditos aquellos que en pequeñas naves
Siguen los pescados con pobres traynas!
Ca estos non temen las lides marinas,
Nin cierra sobre ellos Fortuna sus llaves.

Sonetos fechos al itálico modo.

XXIX. Otro soneto quel marqués fiço, quexándose de los dapños deste reyno

Oy qué diré de tí, triste emispherio
O patria mía, que veo del todo,
Yr todas cosas ultra el recto modo,
Donde se espera inmenso laçerio?...
¡Tu gloria é laude torno vituperio
E la tu clara fama en escureça!...
Por cierto, España, muerta es tu nobleça,
E tus loores tornados haçerio.
¿Dó es la fée?... ¿dó es la caridat?...
¿Dó la esperança?... Ca por çierto absentes
Son de las tus regiones é partidas.
¿Dó es justiçia, templança, egualdat,
Prudençia é fortaleça... Son presentes?...
Por çierto non: que lexos son fuydas.

Querella de amor

Ya la grand noche passava
E la luna s' escondia
La clara lumbre del dia
Radiante se mostrava:
Al tiempo que reposava
De mis trabajos é pena.
Oy triste cantilena,
Que tal cançion pronunciava:

Amor cruel é bryoso,
Mal aya la tu alteça,
Pues non façes igualeça,
Seyendo tan poderoso.

Desperté como espantado
E miré dónde sonava
El que d'amor se quexaba,
Bien como dapnificado:
Vi un ome seer llagado
De grand golpe de una flecha
E cantava tal endecha
con semblante atribulado.

De ledo que era, triste
¡Ay amor!... tú me tornaste,
La ora que me tiraste,
La señora que me diste

Pregunté: ¿Por qué facedes
Señor tan esquivo duelo,
O si puede aver consuelo
La cuyta que padescedes?...»
Respondióme: «Non curedes
Señor, de me consolar:
Ca mi vida es querellar,
Cantando asi como vedes
Pues me fallesció ventura
En el tiempo del plaçer,
Non espero aver folgura,
Mas por siempre entristeçer.

SERRANILLA IX

Moçuela de Bores
Allá do la Lama
Púsom' en amores.

Cuydé que olvidado
Amor me tenía,
Como quien s'avia
Grand tiempo dexado
De tales dolores,
Que mas que la llama
Queman amadores.

Mas vi la fermosa
De buen continente,
La cara plaçiente,
Fresca como rosa
De tales colores
Qual nunca vi dama
Nin otra, señores.

Por lo qual: «Señora
(le dixe), en verdat
La vuestra beldat
Saldrá desd' agora
Dentre estos alcores
Pues meresçe fama
De grandes loores.»

Dixo: «Cavallero
Tiratvos á fuera

Dexat la vaquera
Passar al otero
Ca dos labradores
Me piden de Frama
Entrambos pastores.»

«Señora, pastor,
Seré si queredes:
Mandarme podedes,
Como á servidor:
Mayores dulçores
Será a mi la brama
Que oyr ruyseñores.»

Asi concluimos
El nuestro proçesso
Sin facer exçeso,
E nos avenimos
E fueron las flores
De cabe Espinama
Los encobridores.

Proemio e carta quel marqués de Santillana envió al Condestable de Portugal con las obras suyas

I. En estos dias pasados Alvar Gonçalez de Alcántara, familiar é servidor de la casa del señor Infante don Pedro, muy ínclito duque de Coymbra, nuestro padre, de parte vuestra, señor, me rogó que los deçires é canciones mias enviasse a la vuesta manifiçençia. En verdad, Señor, en otras fechas de mayor importançia, aunque a mi más trabajosa quisiera yo complaçer á la vuestra nobleça; porque estas obras, o a lo menos las mas dellas, no son de tales materias, nin asy formadas é artiçadas que de memorable registro dinas parescan. Porque, Señor, asy como el Apostol diçe: *cum essem parvulus, cogitabam ut parvulus, loquebam ut parvulus.* Ca estas cosas alegres e goçosas andan é concurren con el tiempo de la nueva edat de juventut: es a saber: con el vestir, con el justar, con el dançar é con otros tales cortesanos exerçiçios. E asy, Señor, muchas cosas plaçen agora a vos que ya no plaçen é no deven plaçer a mi. Pero, muy virtuoso señor, protestando que la voluntad mía sea ó fuesse non otra de la que digo, porque la vuestra sin impedimento aya lugar, é vuestro mandado se faga, de unas é de otras partes, é por los libros é cançioneros fice buscar é escrebir por orden, segun que yo les fiçe, las que en este pequeño volumen os envio.

II. Mas como quiera que de tanta insufiçiençia estas obretas mias que vos Señor, demandades, sean, ó por ventura mas de quanto las yo estimo é reputo, vos quiero çertificar me plaçe mucho que todas cosas que entren ó anden so esta regla de poetal canto, vos plegan; de lo qual me façen çierto asy vuestras graçiosas demandas, como algunas gentiles cosas de tales que yo he visto compuestas de la vuestra prudençia; como es çierto este sea un çelo çeleste, una affection divina, un insaçiable çibo del ánimo: el qual, asy como la materia busca la forma e lo imperffeto la perffection, nunca esta

sciencia de poesía é *gaya scencia* se fallaron si non en los animos gentiles é elevados espiritus.

III. E qué cosa es la poesia (que en nuestro vulgar *gaya sciencia* llamamos), sinon un fingimiento de cosas útiles, cubiertas ó veladas con muy fermosa cobertura, compuestas, distinguidas é scandidas por cierto cuento, pesso é medida? E ciertamente, muy virtuoso Señor, yerran aquellos que penssar quieren ó deçir que solamente las tales cosas consistan ó tiendan á cosas vanas o lascivas; que bien como los fructíferos huertos abundan é dan convinientes frutos para todos los tiempos del año, asy los omes bien nasçidos é dotos, a quien estas sciençias de arriba son infusas, usan d'aquellas é del tal exerçiçio segunt las edades. E si por ventura las sçiençias son desseables, asy como Tulio quiere. ¿Qual de todas es mas prestante, mas noble, o mas dina del hombre? o qual mas extensa a todas especie de humanidat? Ca las escuridades o çerramientos dellas ¿quién las abre, quién las esclaresce, quién las demuestra é face patentes sinon la elocuencia dulce é fermosa fabla, sea metro sea prosa?...

B. JUAN DE MENA (1411-1454).

El Labirynthο.

El Conde de Niebla.

Aquel que en la barca parece sentado
Metido en engaño de las bravas ondas,
En aguas crueles ya más que non hondas
Con mucha grant gente en la mar anegado,
Es el valiente, non bien fortunado,
Muy virtuoso, perínclito conde
De Niebla, que todos sabéis bien adonde
Dió fin al día del curso hadado.....
En la su triste hadada partida
Por muchas señales que los marineros
Han por auspicios y malos agüeros,
Le fué denegado hacer su venida:
Los cuales veyendo con voz dolorida
El cauto maestro de toda su flota,
Al conde amonesta del mal que denota,
Porque la vía fuese resistida.
Ca, he visto, dice, señor, nuevos yerros
La noche pasada hacer los planetas,
Con crines tendidos arder los cometas,
Y dar nueva lumbre las armas y hierros:
Ladrar sin herida los canes y perros,
Triste presagio hacer de peleas
Las aves nocturnas y las funereas
Por las alturas, collados y cerros.
Vi que las gúmenas gruesas quebraban
Cuando las áncoras quis levantar,
Y vi las antenas por medio quebrar,
Aunque los carbasos no desplegaban;

Los mástiles fuertes en calma temblaban,
Los flacos trinquetes con la su mesana
Vi levantarse, no de buena gana,
Cuando los vientos se nos convidaban.....
El conde, que nunca de las abusiones
Creía, ni menos de tales señales,
Dijo: Ni apruebo por muy naturales,
Maestro, ninguna de aquestas razones,
Las que me dices, ni bien perficiones.
Ni veras pronósticas son de verdad
Ni los indicios de la tempestad
No vemos fuera de tus opiniones.....
Ni baten las alas ya los alcïones,
Ni tientan jugando de se rociar,
Los cuales amansan la furia del mar
Con sus cantares y lánguidos sones,
Y dan á sus hijos contrarias sazones
Nido en invierno con nueva pruina,
Do puestos acerca la costa marina
En un semilunio les dan perfecciones.
Ni la corneja non anda señera
Por el arena seca paseando,
Con su cabeza su cuerpo bañando
Por preocupar la lluvia que espera.
Ni vuela la garza por alta manera,
Ni sale la fúlica de la marina
Contra los prados, ni va ni declina
Como en los tiempos adversos hiciera.
Despliega las velas pues, ¿ya que tardamos?
Y los de los barcos levanten los remos
A vueltas del tiempo mejor que perdemos,
No los agüeros, los hechos sigamos:
Y pues una empresa tan santa llevamos,
Cual otra en el mundo podrá ser alguna,
Presuma de vos y de mi la fortuna,
No que nos fuerza, mas que la forzamos.....
El conde y los suyos tomaron la tierra,
Que estaba entre el agua y el borde del muro.
Lugar que en menguante es seco y seguro,
Mas con la cresciente del todo se cierra:
Quien llega más tarde presume que yerra.
La pavesada ya junta á las alas,
Levantan los trozos, crescen las escalas,
Crescen las artes mañosas de guerra.
Los moros veyendo crescer los engaños,
Y viéndose todos cercados por artes,
Y combatidos por tantas de partes,
Allí socorrían do vían mas daños,
Y con necesarios dolores extraños
Resisten sus sañas las fuerzas agenas,

Y lanzan los cantos desde las almenas,
Y botan los otros que no son tamaños.....
Allí disparaban bombardas y truenos,
Y los trabucos tiraban ya luego
Piedras y dardos y hachas de fuego,
Con que los nuestros hacían ser menos:
Algunos de moros tenidos por buenos
Lanzan temblando las sus azagayas,
Pasan las lindes, palenques y rayas,
Doblan sus fuerzas con miedos agenos.
Mientra morían y mientra mataban,
De parte del agua ya crescen las ondas,
Y cobran las mares soberbias y hondas
Los campos que ante los muros estaban:
Tanto, que los que de allí peleaban,
A los navíos si se retraían
Las aguas crescidas les ya defendían
Tornar á las fustas que dentro dejaban.
Con peligrosa y vana fatiga
Pudo una barca tomar á su conde,
La cual le levara seguro, si donde
Estaba bondad no le fuera enemiga:
Padece tardanza, si quier que lo diga,
De los que quedaban y irlo veían,
Y de otros que ir con él no podían,
Presume que voz dolorosa les siga.
Entrando tras él por el agua decían:
—Magnífico conde, ¿y cómo nos dejas?
Nuestras finales y últimas quejas
En tu presencia favor nos serían:
Las aguas las vidas ya nos desafian,
Si tu no nos puedes prestar el vivir,
Danos linaje mejor de morir,
Daremos las manos á más que debían.
O volveremos á ser sometidos
A aquellos Alarbes, magüer no debamos,
Porque los tuyos muriendo podamos,
Ser dichos muertos, más nunca vencidos;
Sólo podemos ser redargüidos.
De temeraria y loca osadía:
Mas tal infamia mejor nos sería
Que no so las aguas morir sepelidos.
Hicieron las voces al conde á deshora
Volver la su barca contra las saetas
Y contra las armas de los mahometas.
Ca fué de temor piedad vencedora:
Había fortuna dispuesto la hora,
Y como los suyos comienzan á entrar,
La barca con todos se ovo de anegar
De peso tamaño no sostenedora.

IV. LOS ROMANCES DE LOS SIGLOS XIV Y XV

A. Romances históricos de los ciclos épicos castellanos.

1.—Romance del Rey Don Rodrigo, cómo perdió á España

Las huestes de Don Rodrigo
desmayaban y huían
cuando en la octava batalla
sus enemigos vencían.
Rodrigo deja sus tiendas
y del real se salía:
solo va el desventurado,
que no lleva compañía.
El caballo, de cansado
ya mudarse no podía:
camina por donde quiere
que no le estorba la vía.
El rey va tan desmayado
que sentido no tenía:
muerto va de sed y hambre
que de velle era mancilla;
iba tan tinto de sangre
que una brasa parecía.
Las armas lleva abolladas
que eran de gran pedrería:
la espada lleva hecha sierra
de los golpes que tenía:
el almete abollado
en la cabeza se le hundía:
la cara lleva hinchada
del trabajo que sufría.
Subióse encima de un cerro
el más alto que veía:
dende allí mira su gente
como iba de vencida.
De allí mira sus banderas
y estandartes que tenía,
cómo están todos pisados
que la tierra los cubría.
Mira por los capitanes
que ninguno parescía:
mira el campo tinto en sangre
la cual arroyos corría.
El triste, de ver aquesto
gran mancilla en sí tenía:
llorando de los sus ojos
desta manera decía:
—Ayer era rey de España,
hoy no lo soy de una villa:
ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía:
ayer tenía criados,
hoy ninguno me servía:
hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía.
¡Desdichada fué la hora,
desdichado fué aquel día
en que nací y heredé
la tan grande señoría,
pues lo había de perder
todo junto y en un día!
¡Oh, muerte! ¿por qué no vienes
y llevas esta alma mía
de aqueste cuerpo mezquino,
pues se te agradecería?

2.—Romance de Bernardo del Carpio

Por las riberas de Arlanza
Bernardo del Carpio cabalga
en un caballo morcillo
enjaezado de grana,
gruesa lanza en la su mano,
armado de todas armas.
Toda la gente de Burgos
le mira como espantada,
porque no se suele armar
sino á cosa señalada.
Tambien lo miraba el Rey,
que fuera vuela una garza;
diciendo estaba á los suyos:
Esta es una buena lanza;
si no es Bernardo del Carpio,
este es Muza el de Granada.
Ellos estando en aquesto,
Bernardo que allí llegaba,
ya sosegado el caballo,
no quiso dejar la lanza;
mas puesta encima del hombro,
al rey de esta suerte hablaba:
—Bastardo me llaman, rey
siendo hijo de tu hermana

y del noble Sancho Diaz,
ese conde de Saldaña:
dicen que ha sido traidor
y mala mujer tu hermana.
Tú y los tuyos lo habéis dicho
que otro ninguno no osara:
mas quien quiera que lo ha dicho,
miente por medio la barba;
mi padre no fué traidor,
ni mi madre mujer mala,
porque cuando fuí engendrado
ya mi madre era casada.
Pusiste á mi padre en hierros,
y á mi madre en orden santa,
y porque no herede yo
quieres dar tu reino á Francia.
Morirán los castellanos
antes de ver tal jornada:
montañeses y leoneses,
y esa gente asturiana,
y ese rey de Zaragoza
me prestará su compaña
para salir contra Francia
y darle cruda batalla;
y si buena me saliere,
será el bien de toda España;
si mala, por la república
moriré yo en tal demanda.
Mi padre mando que sueltes
pues me diste la palabra
si no, en campo, como quiera
te será bien demandada.

3.—Romance de Fernán González

Preso está Fernan Gonzalez,
el buen conde castellano;
prendióle don Sancho Ordoñez
porque no le ha tributado.
En una torre en Leon
lo tienen á buen recaudo.
Rogaban por él al rey
muchas personas de estado,
y tambien por él rogaba
ese monje fray Pelayo;
mas el rey, con gran enojo,
nunca quisiera soltallo.
Sabiéndolo la condesa,
determina ir á sacallo;
cabalgando en una mula,
como siempre lo ha usado,
consigo lleva dos dueñas,
y dos escuderos ancianos.
Lleva en su retaguardia
trescientos hijosdalgo
armados de todas armas,
cado uno con buen caballo.
Todos llevan hecho voto
de morir en demandarlo,
y de no volver á Burgos
hasta morir ó librarlo.
Caminan para Leon
contino por despoblado;
mas cerca de la ciudad
en un monte se han entrado.
La condesa, como es sabia,
mandó ensillar un caballo,
y mandóle á un escudero
que al conde quede aguardando,
y que en siendo salido
se lo dé y le ponga en salvo.
La condesa con las dueñas
en la ciudad se ha entrado:
como viene de camino,
vase derecho al palacio.
Así como el rey la vido,
á ella se ha levantado.
—¿Adónde buena, condesa?
—Señor, voy á Santiago,
y víneme por aquí
para besáros las manos.
Suplícoos me deis licencia
para el conde visitar.
—Que me place, dijo el rey,
pláceme de voluntad.
Llévenla luego á la torre
donde el conde preso está.
Por amor de la condesa
las prisiones quitádole han.
Desde á rato que llegó,
la condesa le fué á hablar:
—Levantáos luego, señor
no es tiempo de echado estar:
y vestiós estas mis ropas
y tocáos vos mis tocados,
y junto con esas dueñas
os salid acompañado,

y en saliendo, que salgais,
hallareis vuestro caballo;
iros héis para el monte
do está la gente aguardando.
Yo me quedaré aquí
hasta ver vuestro mandado.
Al conde le pareció
que era bien aconsejado;
vístese las ropas de ella,
largas tocas se ha tocado.
Las dueñas son avisadas,
á las guardas han llamado;
las guardas estaban prestas,
quitan de presto el candado;
salen las dueñas y el conde;
nadie los habia mirado.
Dijo una dueña á las guardas
que la andaban rodeando:
—Por tener larga jornada
hemos madrugado tanto.—
Luego que fuera salieron
halló el conde su caballo,
el cual tomó su camino
para el monte señalado.
Las dueñas y el escudero
hasta el día han aguardado:
subido se han á la torre
do la condesa ha quedado.
Las guardas, desque las vieron
mucho se han maravillado.
—Decí ¿á que subís señoras,
háseos acá olvidado algo?
—Abrí, veréis lo que queda,
porque llevemos recaudo.—
Como las guardas abrieron
á la condesa han hallado.
Como la condesa vido
que las dueñas han tornado:
—Id, decid al señor rey,
que aquí estoy á su mandado,
que haga en mí la justicia,
que el conde ya está librado.—
Como aquesto supo el rey,
hallóse muy espantado:
tuvo en mucho á la condesa
saber hacer tal engaño.
Luego la manda sacar
y dalle todo recaudo,
y envióla luego al conde:
muchos la han acompañado.
El conde, desque la vido
holgóse en extremo grado,
enviado ha decir al rey,
que pues tambien lo ha mirado,
que le mandase pagar
lo del azor y el caballo,
si no, que lo pediría
con la espada en la mano.
Todo por el rey sabido
su consejo ha tomado;
sumaba tanto la paga
que no pudo numerallo;
así que, todo bien visto
fué por el rey acordado
de le soltar el tributo
que el conde le era obligado.
De esta manera el buen conde
á Castilla ha libertado.

4.—Romance de los siete Infantes de Lara

Muerte de los Infantes.

Saliendo de Canicosa
por el val de Arabiana
donde Don Rodrigo espera
los hijos de la su hermana,
por campo de Palomares
vió venir muy gran compaña,
muchas armas reluciendo,
mucha adarga bien labrada,
mucho caballo ligero,
mucha lanza relumbraba,
mucho estandarte y bandera
por los aires revolaba.
La seña que viene en ellas
es media luna cortada:
Alá traen por apellido,
A Mahoma a voces llaman;
tan altos daban los gritos
por los campos resonaban;
lo que las voces decian
grande mal significaban:
—¡Mueran, mueran—van diciendo
los siete infantes de Lara!
¡Venguemos á Don Rodrigo,
pues que tiene dellos saña!—

Allí está Nuño Salido,
el ayo que los criara:
como ve la gran morisma
desta manera les habla:
—¡Oh, los mis amados hijos,
quien vivo no se hallara,
por no ver tan gran dolor
como agora se esperaba!
Si no os hubiera criado,
no sintiera tanta rabia,
mas quiéroos tanto, mis hijos,
que se me arrancaba el alma;
ciertamente nuestra muerte
está bien aparejada.
No podemos escapar
de tanta gente pagana.
Vendamos bien nuestros cuerpos
y miremos por las almas:
peleemos como buenos:
las muertes queden vengadas:
ya que lleven nueetras vidas,
que las dejen bien pagadas.
No nos pese de la muerte
pues va tan bien empleada,
pues morimos todos juntos,
como buenos, en batalla.
Como los moros se acercan,
a cada uno por si abraza:
cuando llega á Gonzalvico,
en la cara le besara:
—Hijo Gonzalo González,
de lo que más me pesaba
es de lo que sentirá
vuestra madre doña Sancha!
Erades su claro espejo:
más que á todos os amaba.
En esto los moros llegan,
traban con ellos batalla:
los infantes los reciben
con sus adargas y lanzas:
—¡Santiago, Santiago!—
a grandes voces clamaban:
matan infinitos moros,
mas todos alli quedaran.

5.—Romance del Cid, cómo vino a besar las manos al Rey.

Cabalga Diego Layner
al buen rey besar la mano;
consigo se los llevaba
los trescientos hijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo,
el soberbio castellano;
todos cabalgan a mula,
sólo Rodrigo a caballo;
todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado;
todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado:
todos con sendas varicas,
Rodrigo, lanza en la mano;
todos guantes olorosos,
Rodrigo, guante mallado;
todos sombreros muy ricos,
Rodrigo, casco afilado
y encima del casco lleva
un bonete colorado.
Andando por su camino,
unos con otros hablando,
allegados son a Burgos,
con el Rey se han encontrado.
Los que vienen con el Rey,
entre sí van razonando:
unos lo dicen de quedo,
otros lo van preguntando:
—Aqui viene entre esta gente
quien mató al conde Lozano.—
Como lo oyera Rodrigo,
en hito los ha mirado,
con alta y soberbia voz,
de esta manera ha hablado:
—Si hay alguno entre vosotros
su pariente o adeudado
que le pese de su muerte,
salga luego a demandallo;
yo se lo defenderé,
quiera á pie, quiera a caballo.—
Todos responden a uno:
—Demándelo su pecado.—
Todos se apearon juntos
para al Rey besar la mano;
Rodrigo se quedó solo
encima de su caballo.
Entonces habló su padre:
bien oireis lo que ha hablado:
—Apeáos, vos, mi hijo,
besareis al Rey la mano,

porque él es vuestro señor,
vos, hijo, sois su vasallo.—
Desque Rodrigo esto oyó,
sintióse más agraviado:
las palabras que responde
son de hombre muy enojado.
—Si otro me lo dijera,
ya me lo hubiera pagado;
mas por mandarlo vos, padre,
yo lo haré de buen grado.—
Ya se apeaba Rodrigo
para al Rey besar la mano.
Al hincar de la rodilla,
el estoque se ha arrancado.
Espantóse desto el Rey
y dijo como turbado:
—Quítate, Rodrigo, allá,
quítateme allá, diablo,
que tienes el gesto de hombre
y los hechos de león bravo.—
Como Rodrigo esto oyó,
apriesa pide el caballo.
Con una voz alterada,
contra el Rey así ha hablado:
—Por besar mano de Rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre,
me tengo por afrentado.—
En diciendo estas palabras,
salido se ha del palacio.
Consigo se los tornaba
los trescientos hijosdalgo.
Si bien vinieron vestidos,
volvieron mejor armados;
y si vinieron en mulas,
todos vuelven en caballos.

6.—Romance titulado Querellas del Rey Don Alfonso X de Castilla.

Yo salí de la mi tierra
para ir a Dios servir
y perdí lo que había
desde mayo hasta abril,
todo el reyno de Castilla
hasta allá al Guadalquivir.
Los obispos y prelados
cuidé que metían paz
entre mí y el hijo mío,
como en su decreto yaz.
Ellos dejaron aquesto
y metieron mal asaz,
non a excuso, mas a voces,
bien como el añafil faz.
Falleciéronme parientes
y amigos que yo había,
con haberes y con cuerpos
y con su caballería.
Ayúdeme Jesucristo
y su madre Santa María,
que yo a ellos me encomiendo
de noche y tambien de día.
No he más a quien lo decir
ni a quien me querellar,
pues los amigos que había
no me osan ayudar,
que por medio de Don Sancho
desamparado me han:
pues Dios no me desampare,
cuando por mí ha de enviar.
Ya yo oí otras veces
de otro rey asi contar,
que con desamparo que hubo
se metió en el alta mar,
a se morir en las ondas
o las venturas buscar:
Apolonio fué aqueste
e yo haré otro tal.

7.—Romance del Rey Don Pedro I de Castilla. Muerte de la Reina Doña Blanca.

—Doña María de Padilla,
no os mostredes triste, no:
si me descasé dos veces,
hícelo por vuestro amor
y por hacer menosprecio
de Doña Blanca de Borbón:
a Medina Sidonia envío
que me labren un pendón:
será de color de sangre,
de lágrimas su labor:
tal pendón, Doña María,
se hace por vuestro amor.

Llamára a Alonso Ortiz,
que es un honrado varón,
para que fuese a Medina
a dar fin a la labor.
Respondió Alonso Ortiz:
—Eso, señor, no haré yo
que quien mata a su señora
es aleve a su señor.
El rey no le respondiera,
en su cámara se entró:
enviára por dos maceros,
los cuales él escogió.
Estos fueron a la reina,
halláronla en oración.
La reina, como los viera,
casi muerta se cayó,
mas despues que en sí tornara,
esforzada les habló:
—Ya sé a qué venís, amigos,
que mi alma lo sintió:
aqueso que está ordenado,
no se puede excusar, no.
¡Oh, Castilla! ¿qué te hice?
No por cierto traición.
¡Oh, Francia, mi dulce tierra!
¡Oh, mi casa de Borbón!
Hoy cumplo dieciseis años,
a los diecisiete muero yo.
El rey no me ha conocido:
con las vírgenes me yo.
Doña María de Padilla,
esto te perdono yo:
por quitarte de cuidado,
lo hace el rey mi señor.—
Los maceros le dan priesa,
ella pide confesion:
perdonáralos a ellos
y puesta en su oracion,
danle golpes con las mazas
y ansí la triste murió.

8.—Romances fronterizos. Romance antiguo y verdadero de Álora la bien cercada.

Álora, la bien cercada,
tú que estás en par del río,
cercóte el Adelantado
una mañana en domingo,
de peones y hombres de armas
el campo bien guarnecido:
con la gran artillería
hecho se había un portillo.
Viérades moros y moras
todos huir al castillo:
las moras llevaban ropa,
los moros, harina y trigo
y las moras de quince años
llevaban el oro fino
y los moricos pequeños
llevaban la pasa y higo.
Por cima de la muralla
su pendón llevan tendido.
Entre almena y almena,
quedado se había un morico
con una ballesta armada
y en ella puesto un cuadrillo.
En altas voces decía,
que la gente lo había oido:
—¡Treguas, treguas, Adelantado,
por tuyo se dá el castillo!
Alza la visera arriba,
por ver el que tal le dijo.
Asestárale a la frente,
salido le al colodrillo.
Sacólo Pablo de rienda
y de mano Jacobillo,
estos dos que había criado
en su casa desde chicos.
Lleváronle a los maestros
por ver si será guarido.
A las primeras palabras
el testamento les dijo.

B. Romances novelescos y caballerescos.

1.—Romance viejo de Fonte frida.

Fonte frida, Fonte frida,
Fonte frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolacion,
Sino es la tortolica
Qu'está viuda y con dolor.

Por ahí fuera á pasar
El traidor del ruiseñor;
Las palabras que le dice
Llenas son de traición:
—Si tú quisieres, señora,
Yo sería tu servidor.
—Véte de ahí enemigo,
malo, falso, engañador,
Que ni poso en ramo verde,
Ni en prado que tenga flor:
Que si el agua hallo clara,
Turbia la bebia yo;
Que non quiero haber marido,
porque hijos non haya, non:
Non quiero placer con ellos,
Ni menos consolacion.
¡Déjame, triste enemigo,
Malo, falso, mal traidor,
Que non quiero ser tu amiga
Ni casar contigo, non!

2.—Romance viejo de «El Prisionero».

Por el mes era de mayo
Cuando hace la calor,
Cuando canta la calandria,
Y responde el ruiseñor,
Cuando los enamorados
Van á servir al amor,
Sino yo triste, cuitado,
Que vivo en esta prision,
Que ni sé cuando es de día
ni cuándo las noches son,
Sino por una avecilla
Que me cantaba el albor.
Matómela un ballestero,
Déle Dios mal galardon.
Cabellos de mi cabeza
Lléganme al corvejón;
Los cabellos de mi barba
Por manteles tengo yo;
Las uñas de las mis manos
Por cuchillo tajador,
Si lo hacía el buen Rey,
Hácelo como señor;
Si lo hace el carcelero,
Hácelo como traidor.
Mas quien ahora me diese
Un pájaro hablador,
Siquiera fuese calandria,
O tordico ó ruiseñor,
Criado fuese entre damas
Y avezado á la razon,
Que me lleve una embajada
A mi esposa Leonor,
Que me envie una empanada,
No de truchas ni salmón,
Sino de una lima sorda
Y de un pico tajador;
La lima para los hierros
Y el pico para el torreón.
Oídolo había el Rey
Mandóle quitar prision.

3.—Romance viejo caballeresco de la Infantina de Francia.

De Francia partio la niña
de Francia la bien guarnida:
íbase para Paris,
do padre y madre tenía.
Errado lleva el camino,
errada lleva la guía:
arrimárase á un roble
por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
que á Paris lleva la guía.
La niña desque lo vido
de esta suerte le decía:
—Si te place, caballero,
llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora,
pláceme, dijo, mi vida.
Apeóse del caballo
por hacelle cortesía,
puso la niña en las ancas,
y él subiérase en la silla.
En el medio del camino
de amores la requería.
La niña desque le oyera
díjole con osadía:
—Tate, tate, caballero,
no hagais tal villanía
hija soy de un malato
y de una malatía;

el hombre que á mí llegase
malato se tornaría—
El caballero con temor
palabra no respondía.
A la entrada de Paris
la niña se sonreía.
—¿De qué vos reís, señora?
¿de que vos reís, mi vida?
—Riome del caballero
y de su gran cobardía,
¡tener la niña en el campo
y catarle cortesía!
Caballero con vergüenza
estas palabras decía;
—Vuelta, vuelta, mi señora
que una cosa se me olvida.—
La niña como discreta
dijo:—Yo no volvería,
ni persona, aunque volviese,
en mi cuerpo tocaría:
hija soy del rey de Francia
y de la reina Constantina,
el hombre que á mi llegase
muy caro le costaría.

4.—Romance viejo caballeresco del conde Alarcos y de la infanta Solisa, compuesto por Pedro de Riaño.

Retraida está la infanta,
bien así como solía,
viviendo muy descontenta
de la vida que tenía,
viendo que ya se pasaba,
toda la flor de su vida
y que el rey no la casaba,
ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
á quien se descubriría.
acordó llamar al rey
como otras veces solía,
por decirle su secreto
y la intención que tenía.
Vino el rey siendo llamado,
que no tardó su venida:
vídola estar apartada,
sola está sin compañía;
su lindo gesto mostraba
ser mas triste que solía.
Conociera luego el rey
el enojo que tenía.
—¿Qué es aquesto, la infanta?
¿qué es aquesto, hija mía?
Contadme vuestros enojos
no tomeis malenconía,
que sabiendo la verdad
todo se remediaria.
—Menester será, buen rey
remediar la vida mia,
que á vos quedé encomendada
de la madre que tenia.
Déseme, buen rey, marido,
que mi edad ya lo pedia:
con vergüenza os lo demando,
no con gana que tenía,
que aquestos cuidados tales
á vos, rey pertenecian.
Escuchada su demanda,
el buen rey le respondia:
—Esa culpa, la infanta,
vuestra era, que no mia,
que ya fuérades casada
con el príncipe de Hungría.
No quisistes escuchar
la embajada que os venia,
pues acá en las nuestras cortes,
hija, mal recaudo habia,
porque en todos los mis reinos
vuestro par igual no había,
sino era el conde Alarcos;
hijos y mujer tenia.
—Convidaldo vos, el rey,
al conde Alarcos un dia,
y despues que hayais comido
decilde de parte mía
decilde que se acuerde
de la fe que dél tenía,
la cual él me prometió,
que yo no se la pedía,
de ser siempre mi marido,
yo que su mujer sería.
Yo fuí de ello muy contenta
y que no me arrepentía.
Si casó con la condesa
que mirase lo que hacia,
que por él no me casé
con el príncipe de Hungría;

si casó con la condesa,
dél es culpa que no mía.
Perdiera el rey en oirlo
el sentido que tenia,
mas despues en si tornado
con enojo respondía:
—¡No son estos los consejos,
que vuestra madre os decía!
¡Muy mal mirastes, infanta
do estaba la honra mía!
Si verdad es todo eso
vuestra honra ya es perdida:
no podeis vos ser casada
siendo la condesa viva.
Si se hace el casamiento
por razon ó por justicia,
en el decir de las gentes
por mala sereis tenida.
Dadme vos, hija, consejo
que el mío no bastaría,
que ya es muerta vuestra madre
á quien consejo pedia.
—Yo os lo daré, buen rey,
de este poco que tenia:
mate el conde á la condesa,
que nadie no lo sabria,
y eche fama que ella es muerta
de un cierto mal que tenia,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida.
De esta manera, buen rey,
mi honra se guardaria.—
De allí se salía el rey,
no con placer que tenia;
lleno va de pensamientos
con la nueva que sabía;
vido estar al conde Alarcos
entre muchos, que decia:
—¿Qué aprovecha, caballeros,
amar y servir amiga,
que son servicios perdidos
donde firmeza no habia?
No pueden por mí decir
aquesto que yo decia,
que el tiempo que yo serví
una que tanto queria,
si muy bien la quise entonces,
agora mas la queria;
mas por mí pueden decir
quien bien ama tarde olvida.—
Estas palabras diciendo
vido al buen rey que venia,
y hablando con el rey
de entre todos se salia.
Dijo el buen rey al conde
hablando con cortesia:
—Convidaros quiero, conde
por mañana en aquel dia,
que querais comer conmigo
por tenerme compañia.
—Que se haga de buen grado
lo que su Alteza decia;
beso sus reales manos
por la buena cortesia
detenerme he aquí mañana,
aunque estaba de partida
que la condesa me espera
segun la carta me envía.
Otro dia de mañana
el rey de misa salía;
asentóse luego á comer,
no por gana que tenía,
sino por hablar al conde
lo que hablarle queria.
Allí fueron bien servidos
como á rey pertenecía.
Despues que hubieron comido,
toda la gente salida,
quedóse el rey con el conde
en la tabla do comía.
Empezó de hablar el rey
la embajada que traía:
—Unas nuevas traigo, conde,
que de ellas no me placía,
por las cuales yo me quejo
de vuestra descortesía.
Prometistes á la infanta
lo que ella no vos pedía,
de siempre ser su marido,
y á ella que le placía.
si otras cosas pasastes
no entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, conde,
de que mas os pesaría:
que mateis á la condesa
que cumple á la honra mía:
echeis fama que ella es muerta
de cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida,

porque no vea deshonrada
hija que tanto quería.—
Oidas estas razones
el buen conde respondía:
—No puedo negar, el rey,
lo que la infanta decía,
sino que otorgo ser verdad
todo cuanto me pedía.
Por miedo de vos, el rey
no casé con quien debía,
no pensé que vuestra Alteza
en ello consentiría:
de casar con la infanta
yo, señor, bien casaría;
mas matar á la condesa,
señor rey, no lo haría,
porque no debe morir
la que mal no merecía.
—De morir tiene, el buen conde,
por salvar la honra mía,
pues no mirastes primero
lo que mirar se debía.
Si no muere la condesa
á vos costará la vida.
Por la honra de los reyes
muchos sin culpa morían,
pues que muera la condesa
no es mucha maravilla.
—Yo la mataré, buen rey;
mas no será culpa mía:
vos os avendreis con Dios
en fin de la vuestra vida,
y prometo á vuestra Alteza,
á fe de caballería,
que me tengan por traidor
si lo dicho no cumplía
de matar á la condesa,
aunque mal no merecía.
Buen rey, si me dais licencia
yo luego me partiria.
—Vayais con Dios, el buen conde,
ordenad vuestra partida.
Llorando se parte el conde,
llorando sin alegría;
llorando por la condesa,
que mas que a sí la quería.
Lloraba tambien el conde
por tres hijos que tenía,
el uno era de teta,
que la condesa lo cría,
que no queria mamar
de tres amas que tenía
sino era de su madre
porque bien la conocía;
los otros eran pequeños
poco sentido tenían.
Antes que llegase el conde
estas razones decía:
—¡Quién podrá mirar, condesa
vuestra cara de alegría,
que saldréis á recibirme
á la fin de vuestra vida!
Yo soy el triste culpado
esta culpa toda es mía.—
En diciendo estas palabras
la condesa ya salía,
que un paje le habia dicho
como el conde ya venía.
Vido la condesa al conde
la tristeza que tenía,
vióle los ojos llorosos
que hinchados los tenía,
de llorar por el camino
mirando el bien que perdía.
Dijo la condesa al conde:
—¡Bien vengais, bien de mi vida!
¿Qué habeis, el conde Alarcos
¿por qué llorais, vida mía,
que venís tan demudado
que cierto no os conocía?
No parece vuestra cara
ni el gesto que ser solía;
dadme parte del enojo
como dias de la alegría.
¡Decídmelo luego, conde,
no mateis la vida mía!
—Yo vos lo diré, condesa,
cuando la hora sería.
—Si no me lo decís, conde,
cierto yo reventaría.
—No me fatigueis, señora,
que no es la hora venida.
Cenemos luego, condesa
de aquesto que en casa había.
—Aparejado está, conde,
como otras veces solía.
Sentóse el conde á la mesa,
no cenaba ni podía,
con sus hijos al costado,
que muy mucho los quería.

Echóse sobre los hombros;
hizo como que dormía;
de lágrimas de sus ojos,
toda la mesa cubría.
Mirándolo la condesa;
que la causa no sabía;
no le preguntaba nada,
que no osaba ni podía.
Levantóse luego el conde,
dijo que dormir quería;
dijo tambien la condesa
que ella tambien dormiría;
mas entre ellos no habia sueño,
si la verdad se decía.
Vanse el conde y la condesa,
á dormir donde solían;
dejan los niños de fuera
que el conde no los quería:
lleváronse el mas chiquito,
el que la condesa cría:
cierra el conde la puerta,
lo que hacer no solía.
—¡Oh desdichada condesa,
grande fué la tu desdicha!
Sabed que en tiempo pasado
yo amé á quien servía,
la cual era la infanta.
Por desdicha vuestra y mía
prometí casar con ella;
y á ella que le placía,
demándame por marido
por la fe que me tenía.
Puédelo muy bien hacer
de razon y de justicia:
díjomelo el rey su padre,
porque de ella lo sabía.
Otra cosa manda el rey
que toca en el alma mía,
manda que murais, condesa,
y que se os quite la vida,
que no puede tener honra
siendo vos, condesa viva.—
Desque esto oyó la condesa
cayó en tierra amortecida:
mas despues en sí tornada
estas palabras decía:
—¡Pagos son de mis servicios,
conde, con que yo os servía!
si no me matais, el conde,
yo bien os consejaría;
enviédesme á mis tierras
que mi padre me ternía;
yo criaré vuestros hijos
mejor que la que vernía,
yo os mantendré castidad
como siempre os mantenía.
—De morir habeis, condesa,
en antes que venga el día.
—¡Bien parece, el conde Alarcos,
yo ser sola en esta vida;
porque tengo el padre viejo,
mi madre ya es fallecida,
y mataron á mi hermano
el buen conde don García,
que el rey lo mandó matar
por miedo que dél tenía!
No me pesa de mi muerte
porque yo morir tenía,
mas pésame de mis hijos,
que pierden mi compañía:
hacémelos venir, conde,
y verán mi despedida.
—No los veréis mas, condesa,
en dias de vuestra vida:
abrazad este chiquito,
que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, condesa,
cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora,
que mas me va que la vida;
encomendáos á Dios
que esto hacerse tenía.
—Dejéisme decir, buen conde,
una oracion que sabía.
—Decilda presto, condesa,
enantes que venga el día.
—Presto la habré dicho, conde,
no estaré un Ave María.
Hincó las rodillas en tierra
esta oracion decía:
«En las tus manos, Señor,
»encomiendo el alma mía:
»no me juzgues mis pecados
»segun que yo merecía,
»mas segun tu gran piedad
»y la tu gracia infinita.»
—Acabada es ya, buen conde
la oracion que sabía;
encomiéndoos esos hijos
que entre vos y mí había,

y rogad á Dios por mí
mientras tuvieredes vida,
que á ello sois obligado
pues que sin culpa moría.
Dédesme acá ese hijo
mamará por despedida.
—No lo desperteis, condesa,
dejaldo estar, que dormía,
sino que os demando perdon
porque ya viene el día.
—A vos yo perdono, conde
por el amor que os tenía,
mas yo no perdono al rey
ni á la infanta su hija,
sino que quedan citados
delante la alta justicia,
que allá vayan á juicio
dentro de treinta días.—
Estas palabras diciendo
el conde se apercibía:
echóle por la garganta
una toca que tenía,
apretó con las dos manos
con la fuerza que podía:
no le aflojó la garganta
mientras que vida tenía.
Cuando ya la vido el conde
traspasada y fallecida,
desnudóle los vestidos
y las ropas que tenía:
echóla encima la cama,
cubrióla como solía;
levantóse dando voces
á la gente que tenía:
—¡Socorré, mis escuderos,
que la condesa se final—
Hallan la condesa muerta
los que á socorrer venían.
Así murió la condesa,
sin razón y sin justicia;
mas tambien todos murieron
dentro de los treinta días.
Los doce dias pasados
la infanta ya moría;
el rey á los veinte y cinco,
el conde al treinteno día,
allá fueron á dar cuenta
á la justicia divina
Acá nos dé Dios su gracia,
y allá la gloria cumplida.

5.—Romance viejo morisco, de Moriana y Galvan.

—¡Arriba, canes, arriba!
¡Que mala rabia os mate!
En juéves matais el puerco
y en viernes comeis la carne.
Ya hace hoy los siete años
que ando por aqueste valle,
pues traigo los piés descalzos
las uñas corriendo sangre,
pues como las carnes crudas,
y bebo la roja sangre.
Busco triste á Moriana
la hija del Emperante,
pues me la han tomado moros
mañanica de Sant Juane,
cogiendo rosas y flores
en un vergel de su padre.
Oídolo ha Moriana,
que en brazos del moro estae;
las lágrimas de sus ojos
al moro dan en la fase.

V. LOS LIBROS DE CABALLERIAS

Garcia Ordóñez de Montalvo.

AMADÍS DE GAULA

Libro II. Capítulo III. De cómo Gandalin e Durin fueron tras Amadis en rastro del camino que había llevado, é lleváronle las armas que había dejado, e cómo le fallaron e se combatió con un caballero e le venció.

Pues ellos así estando, pasaba por un camino que cerca dellos era un caballero cantando, e cuando cerca de donde estaba Amadis llegó, comensó a decir: «Amor, amor, mucho tengo que vos agradecer por el bien que de vos

me viene, e por la grande alteza en que me habeis puesto, sobre todos los otros caballeros llevándome siempre de bien en mejor; que vos me fecistes amar a la muy hermosa reina Sardamira, creyendo yo tener su corazon extrañamente con la honra que desta tierra llevaré: e agora por me poner en muy mayor bienaventuranza me hecisteis amar la fija del mejor Rey del mundo, y esta es aquella fermosa Oriana que en el mundo par no tiene. Amor, esta me hecisteis vos amar, é daisme esfuerzo para la servir.» Y desque esto hobo dicho, fuese so un arbol grande que cerca del camino estaba, que allí quería él atender hasta la mañana: mas de otra guisa le avino, que Gandalin dijo á Durin: «Quedáos, é yo quiero ir á ver lo que Amadis quería facer.» E yendo donde él estaba, fallóle que se levantara ya é andaba buscando su caballo, que no lo fallaba: é como vió a Gandalin: «Qué hombre eres tú, que ende andas? Por merced que me lo digais.—Señor dijo él, soy Gandalin que os quiero traer vuestro caballo.» El le dijo: «¿Quien te mandó venir á mi sobre mi defendimiente?» Sabete que me has hecho gran pesar, é daca, dame mi caballo, é vete tu via: no te detengas aquí mas, sino harásme que mate a ti é a mi.—Señor, dijo Gandalin, por Dios, dejáos deso, e decidme si oísteis las locuras que dijo un caballero que alli está.» Y esto le decia por le poner en alguna saña que la otra algo ficiese olvidar. Amadís le dijo: «Bien oi cuanto dijo, é por eso quiero yo mi caballo, en que me vaya de aquí; que mucho he tardado.—¡Como! dijo Gandalin, ¿no fareis más contra el caballero?» «¿Y qué tengo yo de facer? dijo Amadís.» «Que vos combatais con él, dijo Gandalín é le hagais conocer su locura.» E Amadis le dijo: «¡Como! ¿eres loco en esto que dices? Sábete que no tengo seso ni corazon ni esfuerzo, que todo es perdido cuando perdí la merced de mi señora: que della, e no de mi, me venia todo, é asi ella lo ha llevado: e sabes que tanto valgo para me combatir, cuanto un caballero muerto; que en toda la Gran Bretaña no hay tan cativo ni tan flaco caballero que ligeramente no me matase si con él me combatiese: que te diré que soy el más vencido y desesperado que todos los que en el mundo son.» Gandalin le dijo: «Señor, mucho me pesa de a tal tiempo fallecer fuestro corason é gran bondad: é por Dios fablad paso; que alli está Durin, que oyó el duelo que fecistes, é todo lo que el caballero dijo.—¡Como! dijo Amadís, ¿Aqui está Durin?—Si, dijo él, que entrambos venimos juntos; é pienso que viene por ver lo que haceis, porque lo sepa contar a quien acá lo envió.» Amadis le dijo: «Pésame de lo que me has dicho.» Pero sabiendo que alli estaba Durin, crescióle el corason y esfuerzo é dijo: «Agora me da el caballo é guíame al caballero.» Gandalin ge lo trajo é las armas, y el cabalgó é tomó las armas, é Gandalin fué á le mostrar el caballero, é no tardó que le vieron estar debajo de un arbol, é tenía el caballo por las riendas, é llegóse cerca dél Amadís e díjole: «Vos caballero, que estáis holgando, conviene que os levanteis y que veamos cómo sabeis mantener amor, de quien vos tanto loais.» El caballero se levantó é dijo: «Quien eres tú, que tal me preguntas? Agora verás cómo manterné amor si conmigo te osares combatir; que te faré poner espanto a ti é a todos los que de amor son desamparados.—Agora lo veremos, dijo Amadis; que yo soy de aquellos desamparados dél, é soy solo el que jamás en él fiara, porque con grandes servicios que le fice me dió mal galardon, no lo mereciendo; á vos, don caballero enamorado, diré más: que nunca en él fallé tanta verdad, que siete tanto de mentira no fallase. Agora venid e mantened su razon, e veamos si ganó mas en vos que perdió en mi.»

E cuando esto decía ensañose como aquel á quien contra toda rason su señora le dejara.

El caballero cabalgó é tomó sus armas é dijo: «Vos caballero desesperado de amor, é despreciador de todo bien, en que fablar no debiades, que si amor os desamparó, fizo ende gran rason que tal como vos no era para le acompañar ni servir: é veyendo él que no lo valiades, vos apartó de sí. E idvos luego, no esteis más aquí: que solamente de vos ver me toma gran enojo, é cualquiera arma que en vos posiese la despreciaria por ello.» E quisose ir, e Amadís le dijo: «Caballero. o vos no quereis defender amor sino en palabras, ó vos is con cobardia. «E ¡como! caballero, dijo él, yo te dejaba por no te preciar nada, ¿é tú cuidas que por temor? gran demandador eres de tu daño; agora te guardas si podieres.» Entonces corrieron los caballos á todo poder uno contra otro lo mas recio que podieron, é firiéronse de las lanzas en los escudos: asi que, los falsaron é detovieron en los arneses, que eran muy fuertes; mas el caballero que era enamorado, fué a tierra sin ningún detenimiento, é al caer llevó las riendas en la mano, é cabalgó luego en su caballo, asi como aquel que era valiente é ligero, é Amadis le dijo: «Si mejor no mantenéis amor de la espada que de la lanza, mal empleado es en vos el buen galardon que os ha dado.» El caballero no respondió ninguna cosa, mas metió mano á la espada muy sañudo e fuése para él: é Amadis que ya la espada en la mano tenía, movió contra êl, é firiêronse ambos, y el caballero lo firió en el brocal del escudo: asi que, el golpe fué en soslayo, é metió por él un palmo de la espada, é cuando la quiso sacar no pudo, é Amadis apretó la espada en la mano é alzóse sobre los estribos, é dióle un gran golpe por encima del yelmo; así que, tajó cuanto alcanzó del almofar del arnés, é cortole, de la cabeza fasta el casco, é la espada abajó, é dió en el cuello del caballo, é cortó la metad dél: asi que, entrambos fueron al suelo, y el caballo murió luego, y el caballero quedó tan desacordado, que no sabia de si. Amadis, que lo vió estar, atendió un poco por ver si acordaria, que pensaba que muerto era, é cuando algo más acordado lo vió díjole: «Caballero, cuanto en vos ganó amor, é vos con él, sea vuestro é suyo; que yo irme quiero.» E partiéndose dél llamó á Gandalin, é vió a Durin que con él estaba que todo lo pasado había visto, e dijole: «Amigo Durin, el mi desamperamiento no ha par, ni la mi cuita e soledad no es de sofrir: e convieneme que muera, é a Dios plega que cedo sea, é la muerte me seria ya folganza, segun deste tan esquivo é cruel dolor soy atormentado, agora vete en buena ventura, é saludame mucho a Mabilia, mi buena prima, é a la buena doncella de Denamarca, tu hermana, é diles que se duelan de mi, que vo a morir á la mayor sinrazon que nunca en el mundo caballero murió; é diles que gran cuita llevo en el mi corazón por ellas. que tanto me amaban é tanto por mi hicieron, sin que de ningun galardon hobiese.» Esto decia él llorando muy fieramente a maravilla, é Durin estaba delante dél llorando: asi que, no le podia responder.

VI. LA POESÍA LÍRICA EN LOS CANCIONEROS

A. Los poetas de la corte de Alfonso V en Nápoles.

1.—Carvajal ó Carvajales.

ACERCA ROMA

Veniendo de la Campanna,
Ya que el sol se retraia
Vi pastora muy loçana
Que el ganado recogia.
Cabellos rubios pintados,
Los beços gordos bermeios,
Oios verdes e resgados,
Dientes blancos et pareios;
Guirlanda traya de rama,
Cantando alegre venia,
E sy bien era villana
Fija de algo parescia.
El arreo de su persona
Saya negra de sayal,
De yedra tray una sona
Sin pintura artificial,
Libre, suelta, sufragana,
Padre et madre obedescia,
E sy bien era villana,
Fija dalgo parescia.
De seda rica nin grana
Nin he deseo nin cura,
Vestida de gruesa lana,
Ornada de fermosura;
Cuando llueve en su calanna,
Çamarra et fuego tenia,
E sy bien era villana,
Fija dalgo parescia.
Entre io e mi carillo
Ganamos buena soldada,
Sonando mi caramillo
Vivo yo mucho pagada;
Leche, queso et cuaiada
Iamás non me fallescia,
E si bien era villana,
Fija dalgo parescia.
De triumphos et grands honores
Y non curo en nengund tiempo,
Fortuna nin sus errores
Non le daba pe-amiento;
De toda pompa mundana
Muy poca estima fasia,
E sy bien era villana,
Fija dalgo parescia.

2.—Lope de Estúñiga.

COPLAS ESFORÇANDO A SSÍ MISMO ESTANDO PRESO

Pues vuestra desaventura
Os ha puesto por el suelo,
Aqui do mora tristura,
En esta tiniebra escura
Conuiene tomar consuelo:
Que los discretos varones
Ni por mucha malandança,
Ni por mas graues prisiones,
En sus nobles coraçones
Nunca reciben mudança.
Que con este seria cierto
Este mundo peligroso,
Que quien tiene mas concierto,
Lo que a la mañana es cierto
A la noche es mentiroso.
Pues firmeza no hay ninguna,
No s' espera auer buen fruto,
Sino dañozo y corrupto,
Porque a nadie la fortuna
Nunca dio saluo condupto.
Y quien es mas ensalçado,
Esse está ménos quieto,
Que por nuestro malpecado,
Pocas veces gran estado
Viene a manos de visnieto:
Y con este sobresalto
De trabajo descendida,
¿Quién sossegará su vida
Pues de quien sube mas alto
S' espera mayor cayda?
Es de muy buena ventura
Aquel que nunca subió;
Pues que con ella assegura
De se sentir la tristura
Del triste que descendió.
. . . . . .

Que los muy grandes señores
Que son en rica morada,
Son assi como las flores,
Que sus mayores fauores
Son quemados de la elada.
.....
Que los bienes que tenemos,
D'emprestado los tomamos,
Porque de continuo vemos
Que vnas veces los perdemos
Y otras veces los ganamos.
Qu' es juycio muy prouado,
Y por cierto verdadero,
Qu' en el mundo baratero,
De quien soys encarcelado
Soys despues el carcelero.

3.—Juan de Dueñas.

LA NAO DE AMOR

En altas ondas del mar
Navegando con fortuna,
Al tiempo vela ninguna
Non podiendo comportar,
Contrarios vientos a par
Sacudiendo las entenas,
Esforçé con velas buenas,
Mas non pude contrastar
Al grand poder de mis penas.
Nave de grande humildança
Fis por compas e velando,
En amor fortificando
Su camino de esperança,
Las tablas de lealtança
Iunctadas con discrecion,
Empegadas de rason:
En la casa de temprança
Servando iusto el timón,
Yo fise de fortalesa
El mástel e la mesana,
Las entenas de muy sana
Fusta nueva syn corteza;
E las xarcias de firmeza,
Las velas otro que tal,
La sorra puse de sal,
Pistada, con grand destresa,
Con obediencia coral...

B. La poesia satírica.

1.—Antón de Montoro, el Ropero de Còrdoba (1404-1480).

«SOLA» DEL ROPERO Á MIGUEL DURÁN

Enfermó Miguel Durán
de beuer tinajas llenas,
sin potajes ni sin pan:
por el baruero le van
que le sangre de las venas.
Con sus malos apetitos,
hállanle las venas duras.
Cuexcos de uvas y mosquitos
salen por las sangraduras.

OTRA SUYA A UN PORTUGUÉS QUE VIDO VESTIDO DE MUCHAS COLORES

Dezid, amigo, ¿sois flor
o obra morisca d'esparto
o carlanco o ruyseñor
o soys Martín pescador
o mariposa o lagarto?
¿O menestril o farante
o tamborino o trompeta
o tañedor de burleta
o cantador de corsante?

Coplas que hizo el Ropero a un aparato de guerra

¡O qué pompa! ¡O qué arreo!
¡O qué aparato de guerra!
Tres blancas tengo de tierra,
pagadas por jubileo:
no tengo de comprar nada,
que no me falta heuilla;
si la guerra es pregonada,
cauallo tengo en Granada,
En egipto está la silla.

Las cinchas tengo en Bictoria,
los látigos en Plasencia,
las aciones tengo en Soria,
estriberas en Florencia;
el caparzon en Guinea,
(ved si la guerra s'enciende,)
el petral en Çalamea,
el freno en Basilea,
las cabeçadas allende.

Las riendas en Almería,
los alacranes en Ronda,
cordones en Lombardía,
el frontal en Trapesonda;
arreos de mi persona,
como guarnido galan,
las coraças en Carmona,
la bauera en Pamplona,
el capacete en Milán.

Las greuas tengo en Merida,
los gocetes en Madrid,
los quixotes en Lerida,
la falda en Valladolid;
el gorial tengo en Ocaña,
los musequis en Requena,
los cañones en Saldaña,
las guardas en Alemaña,
las manoplas en Ximena.

La darga tengo en Maqueda,
la lança dentro en Vizcaya,
y el freno en Barrameda,
porqu' el cuento no se caya:
el puñal tengo en Pastrana,
la vayna en Gibraltar,
la contera en Triana,
el esquero en Viana,
el cinto he de comprar.

El espada tengo en Pisa,
las correas en Gaeta;
vn espuela de la guisa
y otra de la gineta;
y más vnos borceguís,
(amos son del pié derecho,)
el vno tengo en Paris,
el otro en Alcañis,
vno ancho y otro estrecho.

Las agujetas d' armar
y el tahelí amarillo
ha de venir sobre mar,
a descargar en Portillo:
y tengo el herramental
en la Cibdad de Çamora;
el martillo en Portogal,
tenazas en Madrigal,
y el puxauante en Lora.

El herraje en la Fuenfría,
el cabestro en Villafranca,
y la xáquima en Gandía,
las sueltas en Salamanca;
la manta tengo á texer,
ell almohaça en Miranda,
el mandil en Almoguer,
la reata en Peñaluer
las alforjas en Aranda.

FIN

De caualgar muy extraño
para hazer ginetadas,
he quebrado en aqueste año
dose sillas aculadas.

2.—Coplas del Provincial (1465-1474).

.....

A vos, fray conde real,
gran señor de Benavente,
en venir secretamente
nos hiciste mucho mal.
Difamais a la Abadesa,
deshonrais a Benavides
y a Doña Aldonza de Mesa,
porque sin verla os ides,
De Rivadeo fray Conde,
que de Villandrando quedas,
paga, paga las monedas,
que verdad nunca se esconde,
y aun me dijo una tu tía
que lo diga y no lo calle
que estando en Fuenterrabía
hiciste bodas con Valle.
El de Rojas, cuya es Cabia,
¿conocéisle? Decí, hermanos;
hombre de muy buena labia,
mas no tiene pies ni manos.
De Treviño fraile y Conde
Manrique de Sandoval,
la verdad nunca se esconde:
bien la sabe el Provincial,
que de hoy más el escote
podeis poner por reseña:
Hijo de una casta dueña
no os podrán poner por mote...

3.—Coplas de Mingo Revulgo.

Gil.

¡Ah Mingo Revulgo, Mingo,
Ah, Mingo Revulgo, ahao!
¿Qués de tu sayo de blao?
¿Non lo vistes en domingo?
¿Qués de tu jubón bermejo?
¿Porqué traes tal sobrecejo?
Andas esta trasnochada
La cabeça desgrañada
¿Non te llotras de buen rejo?

La color tienes marrida
Y el corpancho rechinado,
Andas de valle en collado
Como res que anda perdida.
Y no miras sy te vas
Adelante o cara tras,
Zanqueando con los pies,
Dando trancos al través,
Que non sabes dó te estás.

Mingo.

A la hé, Gil Arribato
Sé que en fuerte hora allá echamos,
Quando a Candaulo cobramos
Por pastor de nuestro hato.
Ándase tras los zagales
Por estos andurriales
Todo el dia embevecido,
Holgazando sin sentido,
Que non mira nuestros males...
¡O, mate mala ponçoña
A pastor de tal manera
Que tiene cuerno con miera
Y no les vnta la roña:
Vee los lobos entrar
Y los ganados balar
Y él, risadas en oyllo:
Nin por eso el caramillo
Nunca cesa de tocar.

¿Sabes, sabes, el modorro
Allá dónde anda, a grillos?
Búrlanle los moçaluillos
Que andan con él en el corro.
Armanle mil guadramañas:
Uno l' saca las pestañas,
Otro l' pela los cabellos.
Asy se pierde tras ellos
Metido por las cabañas.

Vno le quiebra el cayado,
Otro le toma el çurrón,
Otro l' quita el çamarrón
Y él tras ellos desuabado:
Y aun al torpe majadero

Que se precia de certero,
Fasta aquella zagaleja,
La de Naua Luz y Teja
Lo ha traydo al retortero...

La soldada que le damos
Y avn el pan de los mastines
Cómelo con los roynes.
¡Guay de nos que lo pagamos!
Y no l' veo que ha medrado
De todo quanto ha llenado
Otros hatos nin jubones,
Si no un cinto con chatones
De que anda rodeado.

Apacienta el holgazan
Las ouejas por do quieren,
Comen yerua conque mueren,
Mas cuidado no le dan.
Non vi tal desque ombre so,
Y avn más te digo yo
Que avnque tu eres envisado
Que no atinas el ganado
Cúyo es, nin cúyo no...

Vienen los lobos finchados
Y las bocas relamiendo,
Los lomos traen ardiendo,
Los ojos encarniçados:
Los pechos tienen somidos,
Los yjares regordidos,
Que non se pueden mover;
Mas despues de los balidos
Ligero saben correr.

Abren las bocas rauiando
De la sangre que han beuido:
Los colmillos regañando
Paresçe que no han comido.
Por lo que queda en el hato
Cada vez en grand rebato
Nos ponen con sus bramidos:
Desque hartos, más transidos
Parescen quando me cato...

C. La poesía didáctica, moral y religiosa.

1.—Don Gómez Manrique (1412-1490).

Inscripción en la escalera del Ayuntamiento de Toledo

Nobles discretos varones
que gobernais á Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aficiones,
codicias, amor y miedo.

Por los comunes provechos
dejad los particulares:
pues vos fizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.

Exclamacion e querella de la Gobernacion

En un pueblo donde moro
Al nescio fazen alcallde;
Hierro precian más que oro,
La plata danla de balde.
La paja guardan los tochos
E dexan perder los panes,
Cazan con los aguilochos,
Cómense los gauilanes.
Queman los nuevos olivos,
Guardan los espinos tuertos,
Condenan á munchos biuos,
Quieren saluar a los muertos.
Los mejores valen ménos.
¡Mirad qué gouernaçion
Ser gouernados los buenos
Por los que tales no son!
La fruta, por el sabor
Se conoce su natío
E por el gouernador
El gouernado navío
Los cuerdos fuir devrían
De do locos mandan más,
Que quando los ciegos guían,
¡Guay de los que van detrás!.....

COPLAS A DIEGO ARIAS DE AVILA, CONTADOR MAYOR DEL REY

En esta mar alterada
Por do todos nauegamos
Los deportes que pasamos,
Si bien lo consideramos
No duran más que rociada.
¡Oh, pues, tú ombre mortal,
Mira, mira
La rueda quán presto gira
Mundanal!
Si desto quieres enxiemplos,
Mira la grand Bauilonia,
Tebas y Lacedemonia,
El gran pueblo de Sidonia,
Cuyas murallas y templos
Son en grand's valladares
Transformados
E sus trihunfos tornados
En solares...
Si quieres que más acerca
Fable de nuestras rigiones,
Mira las persecuciones
Que fizieron a montones
En la su fermosa cerca,
En la qual aún fallarás
Grandes mellas.
¡Quiera Dios, cerrando aquellas,
No dar más!

Que tú mismo viste muchos
En estos tiempos pasados
De grandísimos estados
Fácilmente derrocados
Con pequeños aguaduchos;
Qu' el ventoso poderío
Temporal
Es un muy feble metal
De vedrío.....
El barco que munchos reman
A munchos ha de traer;
Así bien ha de temer
El que con su grand poder
Faze que munchos le teman,
Pues procura ser querido
De los buenos
O por no ser, a lo ménos,
Aborrido.
Para lo qual los mayores
Han de ser muy acatados,
Los medianos bien tratados,
De los pobres, escuchados
Con paciencia sus clamores;
Que si fatigas te siguen
Del oficio
Los librantes no con vicio
Te persiguen.....

2.—D. Jorge Manrique (1440-1473).

COPLAS A LA MUERTE DEL MAESTRE DE SANTIAGO D. RODRIGO MANRIQUE, SU PADRE

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando:
quán presto se va el plazer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Y pues vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos á se acabar
y consumir;

allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos;
allegados, son iguales,
los que viven por sus manos
y los ricos...

Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar,
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
assí que cuando morimos
descansamos...

Los placeres y dulzores
d'esta vida trabajada
que tenemos,
¿que son sino corredores,
y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando á nuestro daño
corremos á rienda suelta
sin parar;
des que vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar...

Dejemos á los Troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dejemos á los Romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias.
No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fué d'ello;
vengamos á lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán
qué fué de tanta invención
como trujeron?
Las justas é los torneos,
paramentos, bordaduras
é cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trobar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar
y aquellas ropas chapadas
que traían?...

Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes
y banderas,
los castillos impunables,
los muros é baluartes
y barreras,
la caba honda chapada,
ó cualquier otro reparo
¿qué aprovecha?
Cuando tu vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el Maestre Don Rodrigo
Manrique, tan famoso
y tan valiente,
sus grandes hechos y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros,
pues el mundo todo sabe
cuáles fueron.

¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para criados

y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué Maestre de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Cuán benigno á los subjectos,
y á los bravos y dañosos
un león!...

No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó muchas riquezas
ni vajillas,
mas hizo guerra á los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció,
caballeros y caballos
se prendieron,
y en este oficio ganó
las rentas é los vasallos
que le dieron.

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su Rey
verdadero;
después de tanta hazaña
á que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte á llamar
á su puerta...

3.—Fray Ambrosio Montesino.

Coplas a reverencia de San Juan Baptista y del Misterio de la Santa Visitación que la Reina del Cielo hizo a Santa Isabel, las cuales compuso por mandado del Rey D. Fernando (el Católico) nuestro Señor.

Comienza la materia del propósito.

Ofreciendo Zacarías
Encienso, segun costumbre,
Vino a él por altas vias
De las claras jerarquias
Un angel de mansedumbre,
Con alas de mil colores,
De tan linda hermosura
Y de tales resplandores,
Que a todos daba temores
Su figura.

Sus plumas eran distintas,
Azules, moradas y verdes,
Tocadas de verdes pintas,
Como rosicler de cintas,
Porque dél mejor te acuerdes;
Otras eran plateadas,
Con matiz de resplandor;
Otras como pavonadas,
E no bien determinadas
En color.

La beldad de su melena
Si con discrecion se aprecia
Era madeja tan buena,
Como dorada en la vena
Del oro fino de Grecia.
Fué su voz tan pavorida,
Que turbaba los oidos;
Tan delgada y recogida,
Cual no oyeron en su vida
Los nascidos.

¡Oh, qué gala fué de galas
Ver al angel sostenido
En el aire de sus alas,
No por invenciones malas
Illusoras del sentido!
El cual venia de donde
No viene cosa con mengua,
Con tal gesto, que responde
Al secreto que se esconde
En su lengua.

Del temor del Santo Zacarías.

E luego cayó el perlado,
De miedo en el pavimento,
Y de muy desatinado,
Le vieras allí trabado
Del arca del Testamento.

Allí vieras su tiara
De la cabeza caida,
Y tan de mortal su cara,
Que ninguno lo juzgara
Ser con vida.

D. Los poetas del cancionero general de Hernando del Castillo.

1.—Juan Alvarez Gato. (1433-1496)

Letra al Amor.

Que en tí so yo vivo,
Sin tí so cativo;
Si m' eres esquivo
Perdido seré.
Si mal no me viene,
Por si se detiene.
En tí me sostiene
Tu gracia y tu fé,
Qu' el qu' en tí se ceba,
Que truene, que llueva,
No espera ya nueva
Que pena le dé.
Que aquel que tú tienes
Los males son bienes,
A él vas y vienes,
Muy cierto lo sé.
Amor, no me dejes,
que me moriré.

2. Garci Sanchez de Badajoz

RECONTANDO A SU AMIGA UN SUEÑO QUE SOÑÓ

Yo soñaba que me yua
Desesperado d'amor
Por una montaña esquiua
Donde si no un ruyseñor,
No halle otra cosa biua;
Y del dolor que leuaua
Soñaba que me finaua,
Y el amor que lo sabia,
Y que a buscarme venia
Y al ruiseñor preguntaua:
«Dime, lindo ruyseñor,
¿Viste por aqui perdido
Vn muy leal amador
Que de mi viene herido?»
—«¿Cómo? ¿Soys vos el amor?»
—«Si, yo soy a quien seguis,
Y por quien dulces venis
Todos los que bien amais.»
—«Ya se por quién preguntays,
Por Garci Sanchez desis.
Muy poco ha que passó
Solo por esta ribera,
Y como le vi y me vió
Yo quise saber quién era
Y él luego me lo contó
Diciendo: «Yo soy aquel
A quien más fué amor cruel.
Cruel que causó el dolor
C'a mi no me mató amor
Sino la tristeza d' el.»
Yo le dixe: «¿Si podré
A tu mal dar un remedio?»
Dixome: «No, y el por qué
Es porque aborrí el remedio
Quando de él desesperé.»
Y estas palabras disiendo
Y las lagrimas corriendo
Se fue con dolores graues:
Yo con otras muchas aues
Fuemos empos d' él siguiendo,
Hasta que muerto cayó
Allí entre unas açequias,
Y aquellas aues y yo
Le cantamos las obsequias
Porque d' amores murió;
Y aun no medio fallecido,
La tristeza y el oluido
Le enterraron de crueles,

Y en estos verdes laureles
Fue su cuerpo conuertido.
D'alli nos quedó costumbre
Las aues enamoradas
De cantar sobre su cumbre
Las tardes, las aluoradas,
Cantares de dulcedumbre;
«Pues yo's otorgo indulgencia
De las penas que el ausencia
Os dará amor y tristura
A quien más su sepoltura
Servirá con reuerencia.»

FIN

Vime alegre, vime vfano
D'estar con tan dulce gente:
Vime con bien soberano
Enterrado honradamente,
Y muerto de vuestra mano:
Alli estando en tal concierto
Creyendo que era muy cierto
Que veia lo que'scriuo,
Recordé y halleme biuo
De la cual causa soy muerto.

3.—Rodrigo de Cota de Maguaque.

DIÁLOGO ENTRE EL AMOR Y UN VIEJO.

Viejo.

Cerrada estaba mi puerta.
¿A que vienes? ¿Por dó entraste?
Di, ladron, ¿por que saltaste
Las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
Ya de ti m'an libertado:
Dexa el pobre coraçon
Retraydo en su rincon
Contemplar cual l'as parado.

Quanto más qu'este vergel
No produse locas flores
Ni los frutos y dulçores
Que solies hallar en él.
Sus verduras y hollajes
Y delicados frutales,
Hechos son todos saluajes,
Convertidos en linajes
De natios de eriales.

La beldad de este jardin
Ya no temo que la halles,
Ni las ordenadas calles,
Ni los muros de jazmin;
Ni los arroyos corrientes
De biuas aguas potables,
Ni las aluercas ni fuentes,
Ni las aves produzientes
Los cantos tan consolables.

Ya la casa se deshizo,
De sotil lauor estraña
Y tornose esta cabaña
De cañuelas de carrizo.
De los frutos hize truecos
Por escaparme de ti,
Por aquellos troncos secos,
Carcomidos todos huecos,
Que parescen cerca mi.

Sal del huerto miserable:
Ve buscar dulçe floresta;
Que tú no puedes en esta
Hazer vida deleytable.
Ni tu ni tus seruidores
Podés bien estar conmigo;
Que aún qu'esten llenos de flores,
Yo sé bien cuantos dolores
Ellos traen siempre consigo.

ÉPOCA CLÁSICA

Desde "La Celestina" (1500) hasta la muerte de Calderón (1681).
Primer período: desde "La Celestina" (1500), hasta el "Quijote" (1605).

I. LA PROSA DIDÁCTICA

A. Los filósofos y moralistas.

1.—Juan López de Vivero Palacios Rubios.

TRATADO DEL ESFUERZO BÉLICO-HEROICO (1524)

EL HOMBRE ESFORZADO

Las cosas en que el hombre esforzado ha de mostrar su esfuerzo han de ser grandes, graves, difíciles, terribles y peligrosas, en que se tema ó espere de presente peligro de muerte, en batalla general ó particular. Al cual peligro se ponen los hombres por ganar honra ó gloria, ó por no incurrir en infamia ó deshonra: queriendo más morir honradamente haciendo lo que deben que vivir en mengua no lo haciendo; ansi que la propia materia del esfuerzo son peligros y trabajos. Estos peligros y trabajos son como campo donde se siembra el esfuerzo para coger el fruto que dél procede: por ello los hombres nacidos para trabajar son habidos y reputados por virtuosos y esforzados. Por tanto, estos trabajos y peligros no deben ser menospreciados por los hombres, pues con ellos todas las cosas vencen: e sin ellos ninguna cosa buena puede ser alcanzada ni largo tiempo poseida. Por esto los varones excelentes y animosos desearon los trabajos é peligros é alegremente se pusieron en ellos é los sufrieron: creyendo que por ellos se hacian virtuosos y perpetuaban su fama y memoria, que es el premio de la virtud del esfuerzo, pues ningun caballero puede ni debe ser coronado, salvo el que legítimamente y como debia peleó.

Considerando esto Hércules el grande, pasados ya algunos trabajos y peligros en su niñez, puericia y juventud: seyendo ya mancebo, deliberando sobre la via que debia tomar en su vida y manera de vivir; estando en vigilia, le aparecieron dos doncellas muy hermosas é apuestas allende la humana natura. Una era la Milicia, que le prometió placeres e deleites si la siguiere; otra la Virtud, que le prometía trabajos y peligros. A ésta siguió sabiendo que después de los trabajos se da el premio ó retribucion de ellos: este se puso en ellos, é le dió el galardon que merecia en tanto grado, que por su gran excelencia fué contado entre los héroes, habido é reputado por Dios, y como tal le hicieron sacrificios y le dieron diezmos, e juraron por su nombre é los poetas dijeron que era una de las columnas que sostenian el cielo. De aquí procedió que todas las cosas grandes, famosas é peligrosas que en el mundo se hicieron y parecian maravillosas, á él las refirieron. Ansi que

los varones virtuosos y esforzados deben desear é amar los trabajos y buscarlos; y menospreciar los deleites, que mucho dañan al poseedor dellos. Los trabajos sostienen e ayudan en gran manera a los que más trabajan.

Por esta causa movido Pitágoras, justamente aconsejaba que los hombres al principio escogiesen buena vida, llena é muy ejercitada de trabajos: que la costumbre poco a poco de áspera la hacia ser dulce, porque el placer y holganza siempre van tras los trabajos. Si es mala la holganza, ella precede, é los trabajos la siguen; que ninguno puede sentir las cosas dulces, si primero no gustó la amargura.»

2.—Fray Antonio de Guevara (14...-1545).

Marco Aurelio y Faustina.

Sobre el matrimonio

Quiero, pues, ya relatar las reglas con las cuales vivirán en paz los maridos con sus mujeres propias, y son éstas:

Lo primero, debe el marido sufrir y tener paciencia cuando la mujer esté en ojada: porque no hay serpiente que tenga tanta ponzoña como es la mujer cuando está airada.

Lo segundo, debe el marido trabajar en que provea a su mujer, segun la posibilidad, de todo lo necesario, asi para su persona, como para su casa: porque acontece muchas veces que andando las mujeres a buscar las cosas necesarias, tropiezan con las superfluas y no muy honestas.

Lo tercero, debe el marido trabajar que su mujer trate con buenas personas: porque muchas veces riñen y dan voces las mujeres, no tanto por la ocasion que les dan sus maridos, cuanto por lo que las dicen é imponen sus malos vecinos.

Lo cuarto, debe el marido trabajar que su mujer en ninguna cosa sea extremada, conviene a saber, que ni del todo esté siempre encerrada en casa, ni tampoco muy amenudo la deje andar fuera: porque la mujer muy andariega pone en peligro la fama y pone en condicion la hacienda.

Lo quinto, debe el marido guardarse que no se ponga con su mujer en porfia, a causa de que no le pierda la vergüenza: porque la mujer que una vez a su marido se descara, no hay vileza que dende en adelante contra él no cometa.

Lo sexto, debe el marido hacer entender a su mujer que no tiene della confianza: porque es de tal calidad la mujer, que aquello de que no tenian della confianza, aquello cometerá ella mas ahina.

Lo séptimo, debe el marido ser cauto en que de su mujer, ni del todo fie la hacienda, ni del todo la excluya della: porque si es a cargo de la mujer toda la hacienda, auméntala poco, y si no le dá parte y tiene sospecha della, hurta mucho.

Lo octavo, debe el marido á su mujer mostrar alguna vez la cara alegre y otra mostrársela triste: porque son de tal condición las mujeres, que cuando sus maridos les muestran las caras alegres, ámanlos y cuando se las muestran tristes, témenlos.

Lo nono, debe el marido, si es cuerdo, tener en esto muy sobrado aviso en que su mujer no tome enojos ni pendencias con vecino ni con extraño: porque muchas veces hemos visto en Roma solo por reñir una mujer con su

vecina, que el marido pierda la vida y ella pierda la hacienda, y se levante gran escándalo en la república.

Lo décimo, debe el marido ser tan sufrido, que si viese a su mujer cometer algun delito, por ninguna manera lo corrija sino en secreto: porque no es otra cosa castigar el marido a su mujer delante de testigos, sino escupir a los cielos, y lo que escupe caerle sobre los ojos.

Lo undécimo, debe el marido tener en esto mucha templanza, en que no ponga las manos en su mujer para castigarla: porque a la verdad la mujer que no se enmienda diciéndole palabras recias y lastimosas, menos se enmendará aunque la maten a palos ni puñaladas.

Lo duodécimo, debe el marido, guardarse de loar a otra mujer extraña delante de su mujer propia; porque son de tal calidad las mujeres, que el día que el marido toma en la boca a una mujer extraña, aquel dia le cae del corazon su mujer propia, pensando que a la otra ama y a ella aborrece.

Lo terciodécimo, debe el marido, si quiere tener paz con su mujer, loarla mucho delante de los vecinos y los extraños; porque entre las otras cosas, este bien tienen todas las mujeres, que quieren ser de todos loadas, y de ninguno permiten ser reprehendidas.

Lo cuarto décimo, debe el marido estar mucho sobre aviso que aunque sea su mujer fea, le diga y haga encreyente que es muy hermosa; porque no hay cosa que entre ellos levante mayor rencilla que pensar ella que la desecha el marido porque es fea.

Lo quintodécimo, debe el marido traer a su mujer a la memoria la infamia y lo que mal se habla de las que son malas en la república; porque las mujeres, como son vanagloriosas porque no digan dellas lo que dicen de las otras, por ventura no harán ellas lo que hacen las otras.

Lo sextodécimo, debe el marido excusar a su mujer que no tome muchas amistades; porque muchas veces, de tomar las mujeres unas amistades excusadas, nacen entre los dos muy peligrosas rencillas.

Lo decimoséptimo, debe el marido fingir y hacer creyente a su mujer que quiere mal a todos los que ella quiere mal; porque son de tal calidad las mujeres, que si el marido ama lo que ella aborrece, luego ella aborrece todo lo que él ama.

Lo decimooctavo, debe el marido en lo que no va nada condescender y otorgar con lo que su mujer porfía; porque más precia una mujer salir con su porfía, aunque sea mentira, que si la diesen seis mil sextercios de renta.

3.—Juan Luis Vives, traducido por Francisco Cervantes de Salazar.

INTRODUCCIÓN Y CAMINO PARA LA SABIDURÍA (1546)

La naturaleza y precios de las cosas

Los que primero hablaron de los bienes y les pusieron este nombre no sintieron de ellos como agora el vulgo, el cual, corrompiendo los verdaderos y naturales significados, ha vuelto la estima de las cosas al revés.

Y ansí las riquezas, piedras preciosas, metales y grandes edificios, aunque tengan nombre de bienes, no lo son, pues consigo traen tanto cuidado.

Bienes verdaderamente son no carecer de lo que es menester para pasar la vida.

Gloria no es otra cosa sino tener buena fama de virtuoso.

Honra es la veneración y acatamiento que tenemos á alguno porque es es muy virtuoso.

Favor es el ser honrado y estimado por virtuoso y no el privar con los príncipes por otras cosas.

Dignidad es la buena opinión que se tiene de alguno, por lo cual en todo lo que dice tiene crédito.

Potencia ó señorío no es tener muchos á quien mandar, sino tener muchos á quien hagas bien.

Nobleza es ser conocido cada uno por la excelencia de sus hechos: ó siendo hijo de buenos, hacerse semejante á sus padres.

Generoso es el que, de su natural, está aparejado para obrar siempre virtud.

Sanidad es gobernar de tal manera el cuerpo que el seso no enferme.

Hermosura es tener las figuras del cuerpo tales que muestren claramente ser más hermosa el ánima que está dentro.

Fuerzas y valentía son estar tan fuerte y habituado en los ejercicios de virtud, que bastes á no te cansar fácilmente.

Deleite es una pura, entera y continua delectación cual se recibe de las cosas que solamente pertenecen al ánima, como es el contemplar en Dios y en sus maravillas.

Si alguno considerare y examinase estos bienes de otra manera, conviene á saber, como los entiende el pueblo, el cual los entiende al revés, hallará que son vanos y dañosos.

4.—El maestro Fernán Pérez de Oliva (1492-1530).

DIÁLOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE (1546)

Del entendimiento humano

Tiempo es ya que entremos dentro á mirar el alma, que mora en este templo corporal, la cual, como Dios, que aunque en todo el mundo mora, escogió la parte del cielo para manifestar su gloria y le señaló como lugar propio, según que nos mostró en la oración que hacemos al Padre, y de allí envía los ángeles y gobierna al mundo; así el ánima nuestra, que en todo le imita, aunque está en todo el cuerpo y todo lo rige y mantiene, en la cabeza tiene su asiento principal, donde hace sus más excelentes obras; desde allí ve y entiende y allí manda; desde allí envía al cuerpo licores sutiles que le den sentido y movimiento, y allí tienen los nervios su principio, que son como las riendas con que el alma guía los miembros del cuerpo. Bien conozco que así el cerebro como las otras partes, do principalmente el alma está, son corruptibles y reciben ofensas, como tú, Aurelio, nos mostrabas: pero esto no es por mal del alma, antes es por bien suyo, porque con tales causas de corrupción es disoluble de estos miembros para volar al cielo, do es, como ya he dicho, el lugar suyo natural. Por eso, hablemos ahora del entendimiento, que tú tanto condenas, el cual, para mí, es cosa admirable cuando considero que, aunque estamos aquí, como tú dijiste, en la hez del mundo, andamos con él por todas las partes, rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan encubierta, ninguna hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas, do no en-

tre la vista del entendimiento humano. Para ir á todos los secretos del mundo, hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pureza del cuerpo á la gran ligereza de nuestro entendimiento, ni es menester andar con los pies lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella y en todas miramos y no hay cosa más extendida que es el hombre, que, aunque parece encogido, su entendimiento lo engrandece; éste es el que lo iguala á las cosas mayores, éste es el que rige las manos con sus obras excelentes, éste halló la habla con que se entienden los hombres; éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes y de escuchar agora á los sabios antepasados las cosas que dijeron; las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias y, lo que es más admirable, nos extienden la vida á luengos siglos: pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados, los cuales vivir no es sino sentillos. Pues ¿qué mal puede haber, decidme agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? Que si parece turbia, como dijo Aurelio, esto es en las cosas que no son necesarias, en que por ambición se ocupan algunos hombres que en las cosas que son menester, lumbre tiene natural con que acertar en ellas, y en las divinas secretas, Dios fué su maestro; así que Dios hizo al hombre recto, mas él, como dice Salomón, *se mezcló en vanas cuestiones*.

5.—Pedro Simón Abril.

PRIMERA PARTE DE LA FILOSOFÍA; LÓGICA Ó PARTE RACIONAL (1587)

Del origen y antigüedad de la Filosofía

La Filosofía no fué invención de hombres, ni trazada por ellos, que es cosa que se muda y trueca de ordinario, como la voluntad de los mismos hombres, como se ve cada día en los trajes, edificios, estima y valor de las cosas, lo cual procede de la voluntad y arbitrio de los hombres, sino que fué (como dijo sabiamente Marco Tulio), ó dádiva y merced de Dios ó invención y traza suya. Y así tiene sus verdades duraderas con eternidad pareciendo á su autor de la manera que ella puede, y no anda bamboleando á uso de los hombres. Porque aunque es verdad que muchos de los que se han dado al conocimiento de la Filosofía dijeron grandes errores, y dieron en muy grandes disparates, como fué un Epicuro, que puso la suma felicidad del hombre en los deleites sensuales, que le son comunes con las bestias, y como los Estoicos, que todos los pecados hicieron iguales y pusieron hado en las cosas dependientes de la voluntad y albedrío de los hombres, y como Aristóteles, que puso eternal duración en las cosas y en sus movimientos, y como Platón, que fundó una manera de república muy errada en la comunidad de las mujeres, y como Demócrito, que dijo que todo cuanto se hacía en la naturaleza de las cosas se hacia acaso y por fortuito ayuntamiento de los átomos, que son unos corpezuelos muy pequeños que se muestran en los rayos del sol, y como otros que dijeron otros disparates semejantes: con todo eso no tiene la culpa de ello la Filosofía, sino su tonto entendimiento de ellos, que no supo filosofar bien y perfectamente, sino siguiendo su parecer y sus errores; lo cual no perjudica á la bondad, perfección y firmeza de la Filosofía, de la misma manera que el haberse apartado algunos hombres, por su tontedad y malos juicios, de verdadera religión, no deroga nada á la firme-

za y rectitud de la misma religión. Porque el vicio de cada uno ofende al que le tiene, pero no descantilla nada del valor de su contraria, que es la virtud y perfección.

6.—El Doctor Juan Huarte de San Juan.

EXAMEN DE INGENIOS (1575)

CAPÍTULO V. DONDE SE DECLARA LO MUCHO QUE PUEDE EL TEMPERAMENTO PARA HACER AL HOMBRE PRUDENTE Y DE BUENAS COSTUMBRES

Considerando Hipócrates la buena naturaleza de nuestra alma racional, y el ser tan alterable y caduco el cuerpo humano donde está, dijo una sentencia digna de tan grave autor...: Nuestra alma racional siempre es la misma por todo el discurso de su vida, en la vejez y niñez y siendo grandes y pequeños: el cuerpo, por el contrario, jamás está quedo en sér ni hay manera para conservarlo; y aunque algunos médicos han trabajado en hacer arte para ello, ninguno ha podido excusar, con sus preceptos y reglas, las alteraciones de las edades. La puericia, caliente y húmeda; la adolescencia, templada; la juventud, caliente y seca; la consistencia, templada en calor y frialdad y destemplada por sequedad; la vejez fria y seca.

No se puede impedir que los cielos no muden el aire cada momento ni que este haga en nuestros cuerpos tan varias impresiones, por donde tuvo entendido que para hacer un hombre prudentísimo, no siéndolo. que no era menester alterar el alma racional, ni mejorarle su naturaleza, porque fuera de que es imposible, ninguna cosa le faltó en su creación para que por falta suya no pudiese hacer el hombre muy bien las obras de su especie. Y así dijo: Cuando los cuatro elementos, agua y fuego especialmente, entran en la composición del cuerpo humano en igual peso y medida, se hace el alma prudentísima y de muy gran memoria, pero si el agua vence al fuego, queda tarda y estulta, y no por culpa suya, sino porque el instrumento con que ella había de obrar estaba depravado. Lo cual visto por Galeno, sacó por última conclusion que todas las costumbres y habilidades del alma racional sin falta seguían al temperamento del cuerpo donde está, y de camino reprende á los filósofos morales porque no se dan á la medicina, siendo verdad que no solamente la prudencia, que es el fundamento de todas las virtudes, pero la justicia, fortaleza y templanza, y sus vicios contrarios, dependen del temperamento del cuerpo...

B. Estéticos y preceptistas.

El Doctor Alonso López Pinciano.

PHILOSOPHIA ANTIGUA POÉTICA (1596)

EPÍSTOLA VIII.—DE LA TRAGEDIA Y SUS DIFERENCIAS

Digo pues, dijo Hugo, que ansi la simple como la compuesta tragedia puede ser ó patética ó morata; patética es aquella que está llena de miedos y miserias, como es la Hécuba de Euripides, y como se entiende que fué el Ayax de Esquilo: en las cuales con tristeza y llanto era la oración toda, y en todo el pueblo causaron llanto y tristeza. Morata se dice la que contiene y enseña costumbres, como aquella que de Peleo fué dicha; este fué un varon

de mucha virtud. O cual la de Séneca, llamada Hipólito, el cual fué insigne en la castidad. Será mejor la tragedia que, siendo compuesta de agniciones y peripecias, fuese patética, porque el deleite viene á la tragedia de la compasión del oyente, y no se podrá tener, si el oyente no parece estar muy apasionado: por la cual causa deben las tragedias mudarse de felicidad en infelicidad, que el fin de la soltura de la fábula es el que más mueve. La segunda especie, dicha morata o bien acostumbrada, aunque es de más utilidad, no de tanto deleite trágico: porque la persona que tiene la acción en las partes principales, ó es buena ó mala: si es buena la persona para ser morata la acción y que enseñe buenas costumbres, ha de pasar de infelicidad a felicidad, y pasando así, carece la accion del fin espantoso y misericordioso, carece al fin de la compasion: la cual es tan importante a la trágica como ocurre en su definicion: y si es la persona mala, para ser morata y bien acostumbrada la fábula, al contrario, pasará de felicidad en infelicidad, la cual accion traerá deleite con la venganza y con la justicia, mas con la miseracion tan necesaria a la patética.

El Pinciano dijo entonces: ¿Pues si no ha de ser buena ni mala la persona de la tragedia, cómo ha de ser?

Hugo dijo: Aristóteles dice que ni buena ni mala por las razones que él enseña, y yo he dicho; Que sea quiere una persona que no sea buena, porque ser un bueno perseguido hasta el fin enoja al oyente; y aguada la conmiseración con el enojo, queda aguado el deleite de la accion: fuera de que es hacer a la fábula mal acostumbrada,—que no sea quiere la persona buena ni mala, por la dicha razon, sino que sea de tal condicion que por algun error haya caido en alguna desventura y miseria especial; y ya que no sea caida por error, a lo menos cuanto a sus costumbres no merezca la muerte. Es, pues, la mejor tragedia la patética, porque mas cumple con la obligación del mover conmiseración: y si tiene el fin desastrado y miserable, es la mejor. Será en el segundo lugar de bondad la tragedia cuya persona, ó ni buena ni mala ó buena, pasando por muchas miserias, despues venga a tener un fin alegre y placentero: mas esta tal terná un poco de olor de comedia cuanto al fin: tal fué la una y la otra Iphigenia, en la una de las cuales estaba Iphigenia para ser sacrificada y Diana la arrebató del altar y en su lugar puso una cierva: y en la otra, ya que tenía a su hermano Orestes puesto para le sacrificar, le reconoce y libra del sacrificio y de la muerte. Destas significa Aristóteles lo que yo he dicho, que no son puras tragedias, como no lo son las patéticas dichas, mezcladas con la cómica. Y más dice que los poetas se dan la mano a esta especie de tragedias de industria por deleitar mas a los oyentes.

C. Naturalistas, matemáticos y médicos.

1.—El bachiller Juan Pérez de Moya (15...-159...).

Antímaco.—Pues, señor, ¿en qué se entiende?

Sofronio.—En leer este libro de Aritmética, que tiene muchas sutilezas, y muy buenas, y huélgome con él algunos ratos.

Antímaco.—¡Oh pecador de mí! ¿Y con cuentas andáis envuelto?

Sofronio.—Pues qué, señor Antímaco, ¿no os parece bien?

Antímaco.—Sí, por cierto, cuando hay muchos dineros que contar; mas por vida que entre estudiantes es menester tan poca Aritmética, que por mi fe, si todos son como yo, que hasta diez que sepan contar les basta.

SOFRONIO.—Buen disimular es ese: ¿os queréis hacer pobre entre manos?

ANTÍMACO.—Por cierto no pretendo tal, porque sería perder el casamiento. Mas por vuestra vida, que me digáis qué gusto ó qué fruto halláis en esta Aritmética que tanto os ocupáis en ella. Porque ya otras tres ó cuatro veces os he hallado estudiando en ella. ¿Por dicha pretendéis asentar por criado de tienda de algún genovés rico?

SOFRONIO.—No, en verdad, porque soy muy harón para servir; pero las ciencias (como dice el filósofo) no se han de aprender por el interés que de ellas se espera, sino por la perfección que traen al hombre.

ANTÍMACO.—Yo concedo ser así, mas habíame de constar ser la Aritmética ciencia para que diese por bueno el tiempo que en ella se gastase.

SOFRONIO.—Bueno está eso, señor Antímaco, decir que no es la Aritmética ciencia, pues nos consta estar puesta en el número de las Artes liberales y no como la menos perfecta, sino como una de las más excelentes y necesarias.

ANTÍMACO.—Por cierto que para tenerla en tanta honra, que me parece faltarle muchas partes. Mas sepamos: ¿qué cosa es Aritmética, que la ponéis en el número de las Artes liberales?

SOFRONIO.—Por mi fe, que me huelgo de que hayamos caído en esta disputa, porque ya con otros muchos la he tratado, y nunca hemos llegado al fin.

ANTÍMACO.—Para ello estamos aquí los dos solos, y bien despacio, y si vuestra indisposición no os estorba, podréis muy bien cumplir vuestro deseo.

SOFRONIO.—Mi mal no es tanto que estorbe á mi deseo, y, por tanto, os quiero decir qué cosa sea Aritmética, dejando aparte que me negásteis no ser Arte liberal, lo cual creo que más fué por gana de disputar que por ignorar la verdad. Aritmética comúnmente se define que es un Arte que trata de números y de sus pasiones, por la cual Arte procuraban alcanzar aquellos filósofos pitagóricos todas las cosas que querían; y á mi parecer no iban muy engañados, según aquella sentencia que dice: debajo de tres cosas haber Dios dispuesto todo lo creado; conviene á saber: número, peso y medida. Y de aquí viene, si bien me acuerdo, que dice Macrobio que por el número aritmético vino á alcanzar Pitágoras los movimientos de los Cielos, y las concordancias y revoluciones que entre ellos había: cosa, cierto, que aunque no tuviera otro argumento sino éste, bastaba para conocer de cuántos quilates sea esta Arte y cuánto es lo que por ella se puede alcanzar. Porque dejando aparte el testimonio de tantos varones que la aprobaron, como fueron Pitágoras, Platón, Aristóteles, Sócrates y otros muchos, vemos ser tan necesaria á la vida humana, que me atrevo á decir ser una de las principales partes que se requieren para la conservación de la República. Porque si por ésta no fuese, ¿cuántas cuestiones, cuántas revueltas y disensiones habría sobre el repartir de las herencias y tributos públicos, en las convenciones y contratos comunes y particulares, así de mucha como de poca importancia? Finalmente, todo andaría tan confuso sin ella, que imagino que todas las cosas estarían en perpetua confusión. Veamos: el Hacedor de todas las cosas cuando creó esta máquina universal, ¿no la dispuso por sus números y cuentas? Dió al hombre cierto número de tiempo, y por consiguiente, á todos los demás animales. De donde vinieron algunos á decir que todo animal tenía su cierto número de vida determinado. Determinó el curso del Sol por nú-

mero de tantos días y el de la Luna por el consiguiente; determinó el de los demás planetas en el número de tantos años. Y generalmente todas las cosas criadas parece que están trabadas entre sí y se conservan con el número. Y aún más digo, que es causa no solamente de evitar mal; mas aun de hacer mucho bien. Y no solamente aprovecha á las cosas del cuerpo, sino que es muy útil á las del ánima. ¿Quién quita que entre los tratantes de ruin conciencia, si el uno al otro se pudiese engañar, no habiendo cuentas y razón, fácilmente se engañarían con apetito dañado de llevar el uno al otro lo suyo, si no fuese por la Aritmética, que no lo consiente, por ser, como es, como un cartabón con que se mide la verdad y la mentira? Donde vemos muchas veces que si alguno carece de este Arte, fácilmente le engaña quien quiere; y por esto, de mi consejo, no solamente no la desecharía nadie por menos necesaria; mas aún, la procurarían todos como más útil.

ANTÍMACO.—Por mi fe, que vistas las razones que contra mi opinión habéis traído, yo no me atrevo á responderlas, considerando la fuerza que, miradas de improviso, parecen tener.

2.—El Doctor Nicolás Monardes.

DIÁLOGO DE LAS GRANDEZAS DEL HIERRO Y DE SUS VIRTUDES MEDICINALES (1571)

DOCTOR.—Ya que estamos aquí quiero mostrar al Sr. Burgos el metal que le prometí, que es más rico que el oro y plata y esmeraldas, que iba á ver.

BURGOS.—Holgaré de verlo cual es.

D.—Esas planchas de hierro que ve arrimadas por esas paredes; ese es el verdadero metal preciosísimo que sirve al mundo, de que se aprovechan los hombres en sus usos y necesidades, este es el verdadero oro y plata, sin el cual no podríamos vivir, ni los hombres podrían ejercitar sus artes y oficios: con él se adquieren las verdaderas riquezas, y todos los frutos y bienes temporales, y con este metal se sacan y benefician todos los demás.

B.—Bien es que el hierro es muy necesario, pero el oro y plata, clara cosa es que son más excelentes que él, y que son criados de mejor origen y de mayores principios, como se parece en la hermosura y lindeza que tienen más que todos los demás metales.

D.—Sepa señor Burgos, que los metales todos proceden y son engendrados de un mismo origen y principio. Verdad es que ha habido grandes opiniones y pareceres sobre qué cosa sea este principio y origen de do se engendran, entre los filósofos y sabios antiguos, porque unos dicen que humidad cuajada en cierta forma sea la materia de todos los metales. Aristóteles dice que se engendran de un vapor metido en las entrañas de la tierra. Demócrito que se hace de cierta manera de cal y lejía. Gil, moro español, que se hace de ceniza, otros que de todos los elementos. Unos que la causa es frialdad que los congela, otros que calor que los condensa. Los astrólogos atribuyeron este negocio á las causas superiores y á las estrellas erráticas; dando á cada planeta su metal. Platón, queriendo eludir á los unos y á los otros, quiso que la virtud celeste con la terrestre fuesen la causa de su principio y origen. Trismegisto dijo que la tierra e a madre de los metales y el cielo padre. Y así Plinio dice estas palabras: lo interior de la tierra preciosísima cosa es, porque en ella van á dar y herir todas las influencias del cielo,

engendrando en ella cosas de gran precio, como piedras y metales, y esto se hace como Calcidonio platónico dice, por el mucho calor que hay en lo interior della. Hay otra opinion, que es la común, la cual es la que tenemos por más cierta, que seguimos todos, la cual pone Avicena en los libros de los Meteoros, y en los libros que hizo de Alquimia, que lo confirmaron Geber y Raimundo Lulio, y Arnaldo de Villanova y todos los demás que deste negocio tratan hasta nuestros tiempos: los cuales dicen que la materia verdadera de que se engendran todos los metales es piedrazufre y azogue: el azufre como padre y el azogue como madre, y que con el calor del azufre se fermenta y cuaja el azogue, de modo que de estas dos cosas se hacen los metales en las entrañas de la tierra, y de la variación de estos dos principios vienen á diferir unos de otros, y que de la pureza destos dos principios vienen á ser unos más excelentes que otros; y que por esto el oro es más perfecto y más hermoso que todos los otros, por ser formado de sus principios limpios y puros que fué la causa y origen de su perfección, y hubo filósofos que dijeron que todos los metales habían de ser oro; si no fuera por la imperfección del sulfuro y del azogue, y así á todos los demás metales, fuera del oro, llaman minerales imperfectos, porque no tuvieron aquella fuerza y coción que el oro tuvo, con aquel maravilloso ligamen que le dió naturaleza.

3.—El P. José de Acosta (1539-1600).

HISTORIA NATURAL Y MORAL DE LAS INDIAS

De las vicuñas del Perú

No sé que en otra parte del mundo haya este género de animales, sino en el Perú y Chile, que se continúa con él. Son las vicuñas mayores que cabras, y menores que becerros: tienen la color que tira á leonado, algo más clara; no tienen cuernos, como los tienen ciervos y capreas; apaciéntanse y viven, en sierras altísimas, en las partes más frías y despobladas, que allá llaman punas. Las nieves y el hielo no les ofende, antes parece que las recrea: andan á manadas y corren ligerísimamente; cuando encuentran caminantes ó bestias, luego huyen, como muy tímidas; al huir echan delante de sí sus hijuelos. No se entiende, que multipliquen mucho, por donde los Reyes Incas, tenían prohibida la caza de vicuñas, si no eran para fiestas con orden suya.

Algunos se quejan, que después que entraron españoles se ha concedido demasiada licencia á los chacos ó cazas de vicuñas, y que se han disminuído. La manera de cazar de los indios es chaco, que es juntarse muchos de ellos, que á veces son mil, y tres mil y más, y cercan un gran espacio de monte, y ir ojeando la caza, hasta juntarse por todas partes, donde se toman trescientas y cuatrocientas y más y menos, como ellos quieren, y dejan ir las demás, especialmente las hembras, para multiplico. Suelen trasquilar estos animales, y de la lana de ellos hacen cubiertas ó frazadas de mucha estima, porque la lana es como una seda blanda y duran mucho; y como el color es natural y no de tinte, es perpetuo. Son frescas y muy buenas en tiempo de calores; para inflamaciones de riñones y otras partes las tienen por muy sanas, y que templan el calor demasiado; y lo mismo hace la lana en los colchones, que algunos usan por salud, por la experiencia que de ello tienen. Para otras indisposiciones, como gota, dicen también, que es buena esta lana ó frazadas hechas de ella: no sé en ésto experiencia cierta. La carne de las vicuñas no es

buena, aunque los indios la comen, y hacen cusharqui ó cecina de ella. Para medicina podré yo contar lo que ví. Caminando por la sierra del Perú, llegué á un tambo ó venta una tarde con tan terrible dolor de ojos, que me parecía se me querían saltar; el cual accidente, suele acaecer de pasar por mucha nieve y mirarla. Estando echado con tanto dolor, que casi perdía la paciencia, llegó una india y me dijo:—Ponte, padre, esto en los ojos y estarás bueno.— Era una poca de carne de vicuña recién muerta y corriendo sangre. En poniéndome aquélla medicina se aplacó el dolor, y dentro de muy breve tiempo se me quitó del todo, que no le sentí más. Fuera de los chacos que he dicho, que son cazas generales, usan los indios particularmente para coger estas vicuñas, cuando llegan á tiro, arrójanle unos cordelejos con ciertos plomos, que se les traban y envuelven entre los pies, y embarazan para que no puedan correr; y así llegan y toman la vicuña.

4.—El Doctor Francisco López de Villalobos (1473-154...)

TRACTADO DE LAS TRES GRANDES, CONVIENE A SABER, DE LA GRAN PARLERÍA, DE LA GRAN PORFÍA Y DE LA GRAN RISA

Capítulo VII.—De la definicion de la risa y de su division

La risa se divide en dos partes, porque hay risa verdadera et risa falsa. La verdadera es una propiedad que tiene el hombre en cuanto es hombre, diferente de todos los otros animales, que ninguno de ellos es risible sino el hombre; aunque a mi parecer mas cierta propiedad del hombre es el llorar que el reir, porque lloran en nasciendo, y algunas veces dentro del vientre, y la risa comunmente no viene hasta los cuarenta dias despues del parto. En las causas naturales desta risa no me entrometo agora, porque sería menester declarar la hechura del corazon, y de las telas y cortinas de que está cercado, y declarar la substancia del espíritu vital que está aposentado en el seno izquierdo del corazon, y declarar la impresion que este hace en los miembros espirituales cuando con el súbito gozo sale a hacer cosquillas en ellos. Y como la materia destas cosas es muy larga, y ha menester muchos principios y fundamentos para entendellas no es lugar este para tratar della; en otra parte tengo escripto lo que yo desto alcanzo, protestando que no he visto sobre ello en escripto cosa que me satisfaga. La risa falsa es una simulacion de risa y de gozo que fingen unos hombres para engañar á otros y para darles a entender lo que no es, y desta se hablará en el presente tractado.

Capítulo VIII.—De la falsa risa

Esta risa es pasion y propiedad de una alimaña que se llama la corte. Este es un animal que siempre se anda riendo, sin haber gana de reir; tiene dos ó tres mil bocas, todas muertas de risa, unas desdentadas como bocas de máscaras, otras colmilludas como de perros, otras grandes calaveras, que descubren de oreja a oido, otras fruncidas como ojales de botones, otras barbudas y otras rasas, otras masculinas y otras femininas, otras vocingleras y otras roncas, otras gruñidoras y otras gomitonas, otras á boca cerrada y otras regañosas, otras enrubiadas y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres, sino muchos miembros de un animal.

Capítulo IX.—De las causas desta pasion

No tiene causas naturales ni procede de humor ninguno, antes es permanente pasion moral. Porque los hombres de corte, como son mas convenables y mas ociosos que la otra gente, tienen en gran precio ser donosos, y es lisonja entre ellos reirse los unos de lo que dicen los otros, con condicion que se lo paguen en lo mismo. Y algunos hay que cuando no hallan quien acuda con la risa en lo que ellos dijeron, riénselo ellos. Otros hay que antes que comiencen a contar el donaire se rien antemano, y otros que en tanto que lo dicen se caen de risa. Esto es convidar a risa a los oyentes, como si dijesen yo bebo a vos, y para que sepan que es cosa de reir y que no sean necios. Y estos por la mayor parte quedan despues del donaire tristes y frios, salvo si son príncipes ó grandes privados; porque estos en comenzando á reir, hacen á todos los otros caerse de risa, unos sobre las arcas y otros sobre los bancos, otros sobre los hombros de sus compañeros, otros llorando de risa que sus ojos se tornan fuentes perenales, otros juran que les duelen las arcas, otros se le desencajan las quijadas. Y creólo, porque las baten por fuerza, contra su voluntad. Otros hay que rien y paran, y despues tornan a rehacer la risa con otro reventón, para dar a entender que la detuvieran por fuerza, y que se les tornó a soltar. Porque se veá cuántos brinquillos y cuántos joguezuelos tiene madama Lisonja.

D. Enciclopédicos.

Juan de Valdés (1501-1541).

Diálogo de la lengua

Valdés.—Lo que demás os puedo decir es que, mirando en ello, hallo que por la mayor parte los vocablos que la lengua castellana tiene de la latina, son de las cosas mas usadas entre los hombres, y más anejas á la vida humana; y que los que tiene de la lengua arábiga son de cosas extraordinarias, ó á lo menos no tan necesarias, y de cosas viles y plebeyas; los cuales vocablos tomamos de los moros con las mesmas cosas que nombramos con ellos; y que los que tenemos de la lengua griega, casi todos son pertenecientes ó á la religion ó á doctrina; y si miráis bien en esto, creo lo hallaréis casi siempre verdadero.

Marcio.—Bástanos para creerlo que vos lo digáis; porque, como sabéis, buena parte del saber bien hablar y escribir consiste en la gentileza y propiedad de los vocablos de que usamos, y porque también, según entiendo, en la lengua castellana hay muchos vocablos, de los cuales algunos no usan, porque con el tiempo se han envejecido.

Coriolano.—¿Qué decís? ¿Los vocablos se envejecen?

Marcio.—Sí que envejecen; y si no me creéis á mí, preguntadlo á Horacio en su *Arte Poética*.

Coriolano.—Tenéis razon.

Marcio.—Y porque otros vocablos no se usan por ser algo feos, en lugar de los cuales los hombres bien hablados han introducido otros, muy encargadamente os rogamos nos déis algunos avisos con que no erremos en esta parte.

VALDÉS.—En eso tampoco pienso obedeceros, pues sabéis que no me obligué sino á daros cuenta de mis cartas.

MARCIO.—Tambien os obligastes á satisfacernos en nuestras preguntas, y esto no os lo pedimos por obligacion, sino por gentileza.

VALDÉS.—Vuestra cortesía me obliga más que mi promesa; por tanto, habéis de saber que cuando yo hablo ó escribo, llevo cuidado de usar los mejores vocablos que hallo, dejando siempre los que no son tales, y así no digo *acucia*, sino *diligencia*; no digo *ál* adonde tengo de decir *otra cosa*, aunque se dice: *So el sayal, hay ál*, y *En ál va el engaño;* no *asaz*, sino *harto;* no *adufe*, sino *pandero;* no *abonda*, sino *abasta;* no *ayuso*, sino *abajo*. Ni tampoco digo, como algunos, *ambos* y *ambas*, por *entrambos, entrambas;* porque aunque al parecer se conforman más con el latín aquéllos que éstos, son éstos más usados y han adquirido opinion de mejores vocablos; *haya* y *hayas*, por *tenga* y *tengas*, se decía antiguamente, y aún lo dicen ahora algunos, pero en muy pocas partes cuadra; úsase bien en dos refranes, de los cuales el uno dice: *Bien haya quien á los suyos se parece;* y el otro: *Adonde quiera que vayas, de los tuyos hayas*. *Arriscar*, por *aventurar*, tengo por buen vocablo, aunque no lo usamos mucho; y así *arriscar* como *apriscar*, que tambien me contenta, creo habemos desechado, porque tienen del pastoril. A mí bien me contenta, y bien los usa el refran pastoril, que dice: *Quien no arrisca, no aprisca. Ahe*, que quiere decir *cécé*, ya no se usa; no sé por qué lo habemos dejado, especialmente no teniendo otro que signifique lo que él. De *ventura* habemos hecho un muy galan vocablo, del que yo, por buen respeto, estoy muy enamorado, y es *aventura*, del cual usa el refran que dice: *Quien no se aventura, no gana*. De *aventura* decimos tambien *aventurero*, al que va buscando la ventura; del cual vocablo estan muy bien llenos nuestros libros mintirosos escritos en romance. Pésame que no se use *artero*, porque, como veis, es buen vocablo, y está usado entre los refranes. Uno dice: *A escaso señor, artero servidor;* y otro: *De los escarmentados, se levantan los arteros*. Pésame tambien de que hayamos dejado éste, *arregostar*, pues un refran dice: *Arregostóse la vieja á los bledos, ni dejó verdes ni secos. Aleve, alevoso*, y *alevosía* me parecen gentiles vocablos y me maravillo que agora ya los usemos poco.

MARCIO.—¿Usábanse antiguamente?

VALDÉS.—Sí, mucho; y si os acordáis, los habréis leído en algunos libros, y un refran dice: *A un traidor dos alevosos*.

MARCIO.—¿Qué significa *alevoso?*

VALDÉS.—Pienso sea lo mesmo que *traidor*. *Atender*, por *esperar*, ya no se dice; decíase bien en tiempo pasado, como parece por este refran: *Quien tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente:* en metro se usa bien *atiende* y *atender*, y no parece mal; en prosa yo no lo usaría.

MARCIO.—Y esos vocablos que vos no queréis usar, ¿úsanlos otros?

VALDÉS.—Sí usan; pero no personas cortesanas ni hombres bien hablados. Podéislos leer en muchas farsas y comedias pastoriles que andan en metro castellano, y en algunos libros antiguos, pero no en los modernos.

DIÁLOGO DE MERCURIO Y CARON

Consejos á los Príncipes.

Mala señal es cuando el pastor quiere mas ovejas de las que el señor le quiere encomendar. Señal es que se quiere aprovechar d'ellas; y que las quiere, no para gobernarlas sino para ordeñarlas. Desecha, pues, de ti esta dañosa opinion. Veamos, ¿si pudieses conquistar todo el mundo, con otro tanto daño como de doze años a esta parte la republica ha padezido, no escogerias ser antes un hombre pobre que causa de tanto mal? ¿No te acuerdas que hai infierno y paraiso: i un Dios a quien has de dar muy estrecha cuenta de cómo hobieres en este mundo vivido? ¿Parézete, que si agora te llamase, darias buena cuenta de ti: i que dejarias mui jentil fama en este mundo; habiéndolo, como has, maltratado tu reino, con tu gobernacion? Tomástelo rico i próspero, ¿i dejarlo ias pobre i destruido? ¿Esta es la gloria y fama que los buenos Principes suelen alcanzar? ¿Es razon que por ti solo padezca tanta jente? ¿Es justicia, que por mandar tú, á una ó a dos provincias de mas, se destruigan asi, tantas y tantas tierras? ¿En qué andas? ¿Qué es lo que buscas? Qué es, lo que con tanta aflizion i trabajo deseas: sino eterna infamia en este mundo, i perpetuos tormentos en el otro..... la mayor falta que tienen los Principes es de quien les diga la verdad. Dá tú, pues, libertad a todos que te amonesten y reprehendan: y a los que esto libremente hizieren, tenlos por verdaderos amigos...

Acuérdate que no se hizo la república por el Rey, mas el Rey por la República. Muchas Repúblicas hemos visto florecer sin Príncipe, mas no Principe sin República.

Procura ser antes amado que temido: porque con miedo nunca se sostuvo mucho tiempo el señorio. Mientra fueses solamente temido, tantos enemigos como súbditos tendrás; si amado, ninguna necesidad tienes de guarda, pues cada vasallo te será un alabardero.

Si quisieres ser amado, ama; que el amor no se gana sino con amor.

COMENTARIO DE LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS ROMANOS

«Ya pasó la noche, ya el día se ha acercado. Desechemos, pues, las obras de la obscuridad, y vistamos las armas de la luz. Como de día, conversemos honestamente: no en comidas y embriagueces; no en camas y en lascivias; no en contención y envidia; pero vestíos del Señor Jesucristo, y no tengáis cuidado de la carne para concupiscencias.»

Prosiguiendo San Pablo en sus amonestaciones al vivir según el deber de cristianos, y á mostrar en qué manera han de ser transformados los cuerpos según la renovación de los ánimos, entiendo que dice, que así como los que están de noche ocupados en cosas vergonzosas y deshonestas, cuando sienten que la noche se va pasando y que el día se va acercando, dejan las ocupaciones de la noche, y se aplican á las cosas que son propias del día, así también los cristianos que sienten que la noche de esta vida se va pasando, y que el día de la vida eterna se va acercando, deben dejar las ocupaciones que son propias de la vida presente y aplicarse á las que son propias de la vida eterna.

De manera que, por *noche* entiende San Pablo la vida presente, y por *día* la vida eterna. Las ocupaciones y las otras obras de la noche ó de la obscuri-

dad de la presente vida, dice que son las comidas y las embriagueces; y las ocupaciones y las armas del día, ó de la luz de la vida eterna, dice que son vestirse el hombre á Cristo, y así no atender á lo que la carne quiere. Y á Cristo entiendo que se viste el hombre, recobrando en sí la imagen y semejanza de Dios, que perdió Adán. Y entiendo que del vestirse el hombre á Cristo resulta el no tener cuenta con lo que quiere su carne, como de entrar el sol en una cámara obscura resulta que las tinieblas salen fuera de ella. A donde se ha de entender que al cristiano pertenece vivir en la presente vida, no según se acostumbra vivir en ella, sino según que se vivirá en la eterna; viviendo siempre tan avisado, y teniendo tanta cuenta consigo mismo (para que el día de la vida eterna le halle vestido de la librea con que conviene que estén vestidos los que han de entrar en ella), como están avisados y advertidos los que en la noche, viendo que se acerca el día, se componen y se atavían de la manera que conviene... En Adán, después que hubo pecado, y en todos los descendientes de Adán, considero la librea de la vida presente. Y en Cristo antes que resucitase, y en los que son miembros de Cristo considero en lo interior la librea de la vida eterna, considerando en él, y en ellos por él, piedad, justicia y santidad... De manera que, estando el hombre vestido de piedad, justicia y santidad, está vestido de Cristo.

II. MÍSTICOS Y ASCÉTICOS

1.—El beato Juan de Avila.

LIBRO ESPIRITUAL DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Tratado del amor de Dios para con los hombres

La causa que más mueve al corazón con el amor de Dios, es considerar profundamente el amor que nos tiene este Señor, y con él su benditísimo Hijo Jesu-Christo nuestro Señor. Mas mueve al corazón el amor que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, dale algo de lo que tiene; mas el que ama da á sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar. Pues veamos, Señor, ahora si tú nos amas: y si es así que nos amas, ¿qué tanto es el amor? Mucho aman los padres á los hijos, ¿por ventura ámasnos como Padre? No hemos entrado en el seno de tu corazón para ver esto: mas el Unigénito Hijo tuyo, que descendió de ese seno, él nos traxo señas de ello, y nos mandó que te llamásemos Padre, por la grandeza del amor que nos tienes: y sobre todo esto nos dixo, que no llamásemos a otro padre sobre la tierra: porque tu solo eres nuestro padre: porque así como tú solo eres bueno por la eminencia de tu Soberana bondad, así tú solo eres Padre, y de tal manera eres Padre, y tales obras nos haces, que en comparación de tus entrañas paternales, no hay ninguno que así pueda llamarse.

. . . . . .

Si todavía eres incrédulo a ese amor, mira todos los beneficios que Dios tiene hechos a ti, porque todos ellos son prenda y testimonio de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuantos son, y hallarás, que todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira tambien cuantas inspiraciones has recibido buenas

y cuantos bienes en esta vida has tenido; de quantos pecados te ha librado, y en cuantas enfermedades y desastres pudieras haber caido si él no te hubiera librado, que todas estas cosas son señales y muestras de amor: hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envía, son argumentos de amor, porque son muestras del corazon de aquel Padre, que castiga todo hijo que recibe, para enmendarlo, y para despertarlo, y para purgarlo, y para conservarlo en todo bien. Finalmente, pon los ojos en todo este mundo, que todo él se hizo por amor para ti, y todo él y quantas cosas hay en él predican amor y demandan amor y significan amor.

Si a todas estas cosas estás sordo, no es razon que lo estés a las voces que el Salvador te da en el Evangelio. *En tanta manera amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito Hijo, para que todo el que creyese en él no perezca, sino alcance vida eterna.* Todas estas cosas son señales de amor, y esta más que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios, su Evangelista San Juan, diciendo: *En esto conocemos el amor que Dios nos tiene, que nos dió a su Hijo, para que vivamos por él.* Y este beneficio con los demás, son señales del amor que Dios nos tiene, y como centellas que saltan acá fuera de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto mayor debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas de él son tan grandes? ¡O amor grande! ¡O amor gracioso! ¡O amor digno de ser gratificado con amor! Danos, Señor, á sentir con todos los santos la alteza y profundidad, la groseza y largura de ese amor, para que por todas partes sea nuestro corazon herido y conquistado de tu amor. Pero veamos ahora, ¿qué tan grande es ese amor, que nos tuvo ese Hijo que nos diste? No hay lengua que lo pueda explicar: porque como San Pablo dice, la caridad de Christo excede a todo conocimiento y sentido, aunque sea el de los Angeles; porque todos no lo alcanzarán a conocer.

Cartas espirituales.

Que todo se ha de hacer por el amor de Dios y nada por amor propio

La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios; y así como el que á Dios ama no halla qué sufrir, porque no busca sino el querer de él, y en éste se deleita, así el que se ama halla todas las cosas ásperas y contrarias, y es atormentado con fatigas y diversidades de acaecimientos. No está el descanso sino en desear poco ó nada por amor de Dios, y contentarse con ello por él, al cual tanto ofrecemos y damos, cuanto por él dejamos de desear; y si Dios abre nuestros ojos para que consideremos con David las maravillas de su ley, hallaremos que, no sólo hay peligro acerca de este mal amor propio en lo exterior y visible, más aún en lo que á muchos parece que es santidad desear más y más; y si pregunta Um. qué es aquesto, digo que las virtudes y paz del ánimo, y el paraíso y el Señor de él, para que así veamos cuánto es nuestro peligro, pues en lo que es seguridad lo hay, y cuánta la maldad del propio y desordenado amor, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad; no porque las haga él malas á ellas, que no puede; mas porque, deseando las cosas buenas por nuestro fin y amor último, nos hacemos malos nosotros tomando al revés el orden que el amor de Dios da, que es querer todo lo bueno, y á nosotros con ello por Dios y para Dios, y de la manera y con la medida que quiere Dios.

No consiste el amor de Dios, por más que la boca lo diga, en desear mu-

chas virtudes y al mismo Dios desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia como otras cosas se suelen desear; porque si yo me muevo por Dios, no será mi principal deseo tener aquello; mas tenerlo, si Dios quiere que lo tenga, y cuándo y cómo y cuanto quisiere, y no ser codicioso de ello por mi bien, mas en que la voluntad de Dios sea cumplida, aunque fuese estar yo sin virtudes y cielo. Digo aunque fuese, porque no lo es; mas á lo menos ha de estar nuestra voluntad tan puesta en las manos de Dios, que esté aparejada á querer todo lo que Dios quiere que queramos, sin sacar alguna excepción; porque si nuestro amor está vivo, tanto es más peor y encubierto su mal, cuanto lo que deseamos parece mejor; porque en aquello, como en cosa segura, se suele él más descuidadamente extender; y diciendo que deseamos amor de Dios, estamos llenos del nuestro, que nos hace desear á Dios para nosotros sin orden ni ley, habiendo de ser al contrario.

Acuérdome que me dicen algunos doctores que esta maldad cayó primero en Lucifer, el cual deseó cosa buena, que era la bienaventuranza; mas no la deseó como ni cuando ni en quien ni por quien era razón desearla; mas con una desenfrenada codicia, que mira al bien propio, como puede un avariento codiciar tener mucha hacienda, ó un soberbio la honra. Por cierto, si la raíz y fin es uno, no hace la cosa deseada toda la diferencia; antes, como he dicho, es peor, cuanto lo deseado es mejor; porque no hay peor mal que desear uno para sí como para último fin; el último fin es sumo bien de los bienes, que es Dios, el cual debe ser el fin y el paradero de todos nuestros deseos. Y si alguno dijere, por no entender bien lo que digo, que parezco decir que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos, mas que lo dejemos á Dios, así lo del ánima como lo del cuerpo, digo que, así como en las cosas exteriores hemos de ser más diligentes y no congojosos ni codiciosos, mas ponerlo en manos de Dios y tomar con paciencia lo que nos viniese, así en lo del ánima debemos ser diligentes, mas con condición que, si con todo ello viésemos que no tenemos cuanto queremos, no hemos de dejarnos caer en una impaciencia que sea peor que la principal falta por que nos da la pena; mas conformarnos en todo con la voluntad de Dios, al cual agrada más la humildad y paciencia en las flaquezas que la soberbia, devoción y contentamiento en la fortaleza.

2. Fray Luis de Granada (1504-1586).

De la introducción del símbolo de la fe

¡Oh, altísimo y clementísimo Dios, Rey de los Reyes y Señor de los señores! ¡Oh, eterna sabiduría del Padre que, asentada sobre los serafines, penetráis con la claridad de vuestra vista los abismos y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso y tan grande amador de todo lo que criastes y mucho más del hombre que redimistes, al cual hicistes señor de todo, inclinad agora esos clementísimos ojos y abrid esos divinos oídos para oir los clamores de este pobre y vilísimo pecador.

Señor Dios mío, ninguna cosa más desea mi ánima que amaros, porque ninguna cosa hay á vos más debida ni á mí más necesaria que este amor. Criásteme para que os amase; enseñásteme que aquí estaba el merecimiento y la honestidad y la virtud y la suavidad y la libertad y la paz y la felicidad, y finalmente, todos los bienes: porque este amor es un breve sumario en que

se encierra todo lo bueno que hay en la tierra y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñásteme también, Salvador mío, que no os podía amar si no os conocía. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura; amamos á nuestros padres y bienhechores; amamos á nuestros amigos y á aquellos con quien tenemos semejanza; y finalmente, toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone para que de él nazca el amor. Pues ¿quién me dará que yo así os conozca y entienda cómo en vos sólo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién más bueno que vos? ¿Quién más hermoso? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más padre y más amigo y más largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida y nuestra última felicidad, sino vos?

¿Pues qué haré, Dios mio, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos, siendo vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor; y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma para que pueda volar á vos? Pues ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros, y no puede amaros sin conoceros? Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito: no podeis entrar por estos postigos tan estrechos; ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente: pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh, altísima substancia! ¡Oh, nobilísima esencia! ¡Oh, incomprensible majestad! ¿Quién os conocerá?

Todas las criaturas tienen finitas y limitadas naturalezas y virtudes, porque todas las criaste en número, peso y medida, y les hicistes sus rayas y señalastes los límites de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo, comprenderlas, porque todas ellas están encerradas, cada una dentro de su jurisdicción. Mas vos, Señor, sois infinito: no hay cerco que os comprenda: no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los teneis. Sois sobre todo género y sobre toda especie y sobre toda naturaleza criada: porque así como no reconoceis superior, así no teneis jurisdicción determinada. A todo el mundo, que criastes en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar océano un hombre mortal: porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar océano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo; sois ante todo tiempo y mandais en el mundo y fuera del mundo: porque llamais las cosas que no son como á las que son.....

.....

Pues, según esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones, así de Griegos como de Bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quién vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas deste mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadores de

su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadores de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así, á pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo dellas. Desta manera, las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad y las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia. ¡Oh, testificado con tantos y tan fáciles testigos! ¡Oh, abonado con tantos abonadores! ¡Oh, aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?...

De las arañas.

En esta misma cuenta y para este mismo fin, que dijimos, sirven las arañas; pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Criador les dió para mantenerse. Su mantenimiento es la sangre de las moscas y para prenderlas hacen una tela más sutil que cuantas se tejen en el reino de Cambaya, sin otra materia más que la que sacan de su mismo vientre, el cual, con ser tan pequeño, basta para dar hilaza á tan grande tela, como á veces hacen. Pues con esta tela cerca la araña el agujero donde está escondida como espía ó salteador de caminos, que espera el lance para saltear y robar. Y cuando la mosca, inocente de tales artes, se asienta en aquella tela, y embaraza los piececillos en ella, acude el ladrón á gran priesa y enlázala por todas partes para tenerla más segura. Y esto hecho, salta sobre ella y chúpale la sangre, de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre que la han de fundar en las ramas de algún árbol, y sobre éstos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador ó cazador, y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza y corren por aquellos hilos tan delgados como si corriesen por alguna maroma, y así prenden la caza. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto ó centro de aquella circunferencia, á donde van á fenecer y juntarse todas las líneas que ella tiene echadas al derredor. De donde viene á ser, que en ninguna de ellas puede tocar la mosca que ella en ese punto no lo sienta, y corriendo por la misma línea, no la prenda. ¡Cuántas cosas hay aquí que considerar y en qué ver el artificio de la divina Providencia! ¡Qué red tan perfecta! ¡Qué hilos tan delicados! ¡Qué cerco tan proporcionado! ¡Qué puesto tan bien escogido para la caza! Mas todo esto á mí se dice, conmigo habla, porque lo demás, poco caso había de hacer el Criador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra, el cual emparamentan al derredor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podría desmoronar no ciegue su casa y las entierre vivas. Pero otra cosa hay en ellas más para notar, y es, que hacen un tapadero con que cubren la boca deste nido, que será de la hechura de un medio bodoque y hácenlo de un poquito de tierra, vistiéndole de tantas telas ó camisas alderredor, que viene á

ajustar con la boca dél tan perfectamente, que apenas se diferencia de la otra tierra vecina. Y (lo que es de más admiración y artificio), estas camisas se prenden y continúan por una parte con las otras telas de que todo el nido está vestido. De suerte, que sirve este prendedero como de un gonce, para que esté continuada la tela desta compuerta por una parte con las de dentro. Pues ¿quién pudo enseñar á este animalejo á guarnecerse y entapizar su casa y ponerle sus puertas con tan gran primor, sino quien lo pudo criar? Dirá alguno: muy menudas son estas cosas que tratáis, habiendo tomado á cargo tratar de la criación del mundo. A eso responde Aristóteles en su libro de los animales, diciendo que en los más pequeños detalles resplandece más una semejanza de entendimiento que en los otros. De modo que cuanto ellos son menores y más viles, tanto más declaran la omnipotencia y sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños cuerpezuelos puso tan extrañas habilidades; y tanto más declaran las riquezas de su providencia, pues no falta á tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservación. Por donde entenderemos cuánto mayor cuidado tendrá de proveer á las cosas mayores quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores.

Y no es menos de notar de la manera que unas arañuelas tamañas como unas moscas, cazan las mismas moscas, sin tener alas como ellas. Porque cuando ellas están paradas, acométenlas á traición, llegándose á ellas poco á poco por las espaldas; mas con tal aviso, que cuando la mosca se menea, ella le hurta la vista con gran ligereza; y cuantas veces se menea, tantas hace lo mismo; pero de tal manera, que hace de una vía dos mandados; porque húrtale la vista, y siempre acercándose á ella, hasta que finalmente llega á estar tan cerca, que de un salto da con ella y la prende y come. Cosa es esta que muchos la están mirando, no sin gusto y admiración de la industria y arte del cazador; y hasta Sant Agustin cuenta esto de sí en sus confesiones.

Sermón en la fiesta de la Resurrección del Señor. (Sobre el Evangelio de San Juan.)

Este es el dia que hizo el Señor, gocémonos y alegrémonos en él. Todos los dias hizo el Señor que hizo el tiempo; mas este se dice particularmente ser obra del Señor, porque en él acabó la mas excelente de todas sus obras, que fué la obra de nuestra redempcion. Pues así como esta se llama por excelencia obra de Dios, por la ventaja que hace á todas las obras, así también este se llama dia de Dios, porque en él se acabó esta mas excelente obra de Dios.

También se dice que este dia hizo el Señor, porque todo lo que se celebra en este dia es obra suya. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se mezclan cosas que nosotros hicimos; siempre hay en ellas alguna cosa de pena, y la pena es hija de la culpa, obra nuestra; mas en este misterio no hay cosa de pena, sino destierro de toda pena, y cumplimiento de toda gloria, todo puramente de Dios.

En tal dia como este ¿quién no se alegrará? En este se alegró toda la humanidad de Cristo, alegráronse los discípulos de Cristo, alegróse el cielo, alegróse la tierra, hasta al mismo infierno cupo parte desta general alegría.

Más claro se mostró el sol en este dia que en todos los otros; razon fué que sirviese al Señor con su luz en el dia de su alegría, como le sirvió escondien-

do sus rayos en el dia de su pasion. Los cielos, que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este dia con doblada claridad resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Alégrese pues el cielo, y tú, tierra, toma parte desta alegría; porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro, que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo, que todos los domingos cuando se levantaba á los maitines, era tanta la alegría que recibía con la memoria del gozo deste dia, que le parecía que oia una música general de todas las criaturas del cielo y de la tierra, que decían: En tu resurrección, Cristo, *Alleluia*, los cielos y la tierra se alegren, *Alleluia*.

Pues para sentir alguna cosa del misterio deste dia, considera primeramente como el Salvador acaba ya la jornada de su pasion; con aquella caridad que subió por nosotros en la cruz, con esa misma descendió de la cruz á los infiernos, para dar cabo á la obra de nuestra redempcion; porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así el descender á los infiernos para sacar de allí á los suyos.

Descendió, pues, el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada escribe un santo doctor por estas palabras: ¡Oh luz hermosa, que resplandeciendo de lo alto vestiste de súbita claridad á los que estaban en las tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los príncipes de Edón, y temblaron los poderes de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaan.

Y todos en medio de sus tinieblas comenzaron entre sí á murmurar y decir: ¿Quién es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? ¡Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno! ¡Nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo, nuestro tributario! Acreedor es este, no deudor; quebrantador nuestro, no pecador; juez parece, no culpado; á pelear viene, y no á penar. Decid: ¿adónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será este que tanto puede? Si este fuera culpado, no sería tan osado. Si tuviera alguna escuridad de pecado, no resplandecerían nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? Si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo despoja nuestro limbo? ¡Oh cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas, y causada nuestra perdición! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas, y agora en el de la cruz las perdimos.

Tales cosas decían y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquel día habían salido desta vida. Allí estaba un profeta aserrado, otro apedreado, otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fe y esperanza. Allí estaba aquel sancto viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó los que después volvieron á poblar el mundo acabadas las aguas del Diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el Tes-

tamento de Dios, y en su carne la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac que llevando sobre sus hombros la leña en que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el sancto padre de las doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnación del Verbo divino. Allí estaba también como huésped y nuevo morador de aquella tierra el sancto Bautista; y el bienaventurado Simeón, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio dél, y recibirlo en sus brazos, y cantar antes que muriese suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenía también su lugar el pobrecillo lastimado Lázaro, del Evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de almas sanctas estaba allí gimiendo y suspirando por este dia; y en medio de todos ellos (como maestro de aquella capilla) aquel sancto rey y profeta David repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo: Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche, mientras dicen á mi alma: ¿Adónde está tu Dios? O sancto rey, si esa es la causa de tu lamentación, cese ya ese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda ya ese cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste cuando escribiste: Bendijiste, Señor, tu tierra, sacaste de cautiverio á Jacob, perdonaste la maldad de tu pueblo, disimulaste la muchedumbre de sus culpas. Y tú sancto Hieremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destrucción de tu ciudad y templo porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra más hermosa Hierusalem por todo el mundo renovada.

Pues como aquellas dichosas almas vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintieron? ¡Cuán de veras, viéndose ya fuera del cautiverio de Egipto, y anegados sus enemigos en el mar Bermejo, cantarían todos diciendo: Cantemos al Señor que gloriosamente triunfó, pues al caballo y al caballero arrojó en la mar! ¡Con qué razón aquel primero padre del género humano, derribado ante los pies de su Hijo y Señor, diría: Venistes ya, muy amado y deseado Señor, tan esperado, á remediar mi culpa; venistes á cumplir vuestra palabra, y no olvidastes á los que en vos esperaban! Vuestra grande piedad venció á la dificultad del camino, y la grandeza del amor á la de los trabajos y dolores de la cruz.

No se puede con palabras declarar el alegría destos sanctos padres; mas sin comparación era mayor la del Salvador, viendo tan grande número de almas remediadas por su pasión. ¡Oh cuán por bien empleados dió entonces todos los trabajos de su vida, y los dolores de su muerte, cuando vió el fructo que comenzaba á dar aquel sagrado árbol de su cruz! Con dos hijos que nacieron al sancto patriarca Josef en Egipto, olvidó todos sus trabajos: y para significar esto llamó al primero Manasés, diciendo: Hízome el Señor olvidar todos mis trabajos, y la casa de mi padre. Pues ¿qué sentiria el Salvador cuando se viese cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz? ¿Cuando aquella preciosa oliva se viese rodeada de tantos y tan hermosos pimpollos?

Mas ¡oh, Salvador mío! ¿Qué hacéis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo santísimo que está aguardándoos en el sepulcro? Acordaos Se-

ñor, que la ley del repartimiento de los despojos dice que quepa igual parte al que quedó guardando el bagaje como al que entró en la batalla. Vuestro sanctísimo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra alma sanctísima entró á despojar el infierno; repartid, Señor, con él de vuestra gloria, pues habeis vencido la batalla.

Estaba el sancto cuerpo en el sepulcro con aquella lastimosa figura con que lo había dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fría, amortajado y cubierto su rostro con un sudario, descoyuntados todos sus miembros. Era ya más de la media noche y quiso el sol de justicia anticipar al de la mañana y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo sanctísimo y ¿qué tal (si piensas) le volvió? No puede esto explicarse; mas algo se puede entender por un ejemplo. Acontece estar una nube escura en la parte del poniente al tiempo que el sol se va á poner, el cual tomándola delante é hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada, que compite con él en hermosura. Pues así, después que aquella ánima gloriosa se envistió dentro en aquel sancto cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz y toda su fealdad en hermosura, y del más afeado de todos los cuerpos hizo el más claro y hermoso. Desta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos, dechado de nuestra resurrección. Esta salida figuró el sancto patriarca Josef cuando salió de la cárcel y le tresquilaron sus cabellos y vistieron de ropas reales y le pregonaron gobernador de toda la tierra de Egipto. Aquí sale el Señor tresquilados los cabellos de su inmortalidad, vestido de ropas de gloria, Señor en todo lo criado. Este es el sancto Moisés sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos que despues vino á destruir todo el poder de Faraon. Este es el sancto Mardoqueo, despojado ya de su saco y cilicio, vestido de ropas reales, el cual, vencido ya de su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel sancto Daniel, salido de entre los leones sin haber recibido daño de las bestias hambrientas, y fué vengado de su enemigos. Este es aquel valeroso Sanson que estando encerrado en la ciudad, se levantó á media noche y se llevó consigo las puertas, dejando burlados todos sus adversarios. Este es aquel sancto Jonás, entregado á la muerte por librar della á sus compañeros, el cual, entrando en el vientre de aquella grande bestia, al tercero dia salió en la playa de Nínive, con cuya predicacion escaparon de las divinas amenazas. ¿Quién es este que entre las quijadas de la bestia carnicera no pudo ser mordido della? ¿Y engolfado en los abismos de las aguas gozó de los aires de vida? ¿El que sumido en el profundo la misma muerte le sirvió? Este es nuestro glorioso Salvador, á quien arrebató aquella cruel bestia insaciable, que es la muerte; la cual, después que le tuvo en la boca, conociendo la presa, no la pudo tener; porque aunque la tierra despues de muerto le tuvo, hallándolo ajeno de culpa no pudo tenerlo; porque no la pena, sino la culpa, hace al hombre infame.

Ya, Señor, habeis glorificado esa carne santísima que con vos padeció en la cruz; acordaos que tambien vuestra sanctísima Madre es vuestra carne y que también padeció ella viéndoos padecer en la cruz. Sentencia es de vuestro Apostol que los que fueron compañeros de vuestras penas tambien lo serán de vuestra gloria; y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todos vuestros trabajos, justo es que tambien agora lo sea de vuestra gloria. Serenad, Señor, aquel cielo escurecido, descubrid

aquella luna eclipsada, deshaced aquellas espesas nieblas de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, mandad que vuelva el verano florido despues del tempestuoso invierno.

Estaría la santísima Virgen en aquella hora esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazon, y como piadosa leona, daba voces al Hijo muerto, diciendo: Levantáos, gloria mía; levantáos, salterio y vihuela; volved triunfador al mundo; recoged, buen pastor, vuestro ganado; oid los clamores de vuestra afligida madre; y pues estos fueron parte para os hacer bajar del cielo á la tierra, estos os hagan agora subir del infierno al mundo. En el medio destas lágrimas y clamores, resplandeció súbitamente el aposento con la luz gloriosa, y pónese el Hijo delante de su Madre, vivo y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, ni resplandece tan claro el sol de mediodía como resplandeció en los ojos de la Madre aquel rostro lleno de gracias y aquel claro espejo de la gloria divina. Vió aquel sacratísimo cuerpo resucitado y glorioso, despedidas todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos divinos ojos, restituida y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas que á la Madre habían sido espadas de dolor, ya le son fuentes de amor. Al que había visto penar entre ladrones, ya ve glorioso entre las almas sanctas y ángeles. Al que la encomendó desde la cruz al discípulo, ve cómo agora extiende sus brazos, y la regala con dulce paz en su rostro. Al que de la cruz recibió muerto en sus brazos, ve agora resucitado ante sus ojos. Tiénelo y no lo deja; abrázalo y pídele que no se le vaya. La que al pie de la cruz enmudecida de dolor no sabía qué decirle, agora enmudecida de alegría no le puede hablar.

¿Qué lengua podrá decir, ó qué entendimiento comprehender adónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras más bajas, haciendo como escalera de lo bajo á lo alto, y conjecturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa desta alegría, considera la que recibió el sancto patriarca Jacob, cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á Josef su amado hijo, le dijeron que era vivo y gobernador de toda la tierra de Egipto. Dice la divina Escriptura que cuando le dieron estas nuevas fué tan grande su espanto y alegría, que como quien despierta de un profundo sueño, así no acababa de entrar en sí, ni creer que estaba despierto, y que no soñaba, y que era verdad lo que sus hijos le afirmaban. Y cuando ya lo creyó, dice la Escriptura que su espíritu volvió á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Si Josef mi hijo es vivo, solo este bien me basta: iré y verle he antes que me muera. Decidme pues agora, si el que tenía consigo otros once hijos, tanta alegría recibió de saber que uno solo que él tenía por muerto, y de cuya muerte ya estaba consolado, era vivo, ¿cual fué la alegría de la sacratísima Virgen, que no tenía más que uno, y este tal y tan querido, cuando después de verle muerto tan cruelmente, y ella tan lastimada, y su dolor tan reciente, le viese súbitamente delante de sí resucitado y tan glorioso, y Señor de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que pueda entender esto? Verdaderamente fué tan grande este gozo, que no lo pudiera su corazon sufrir, si con particular milagro no fuera confortado por Dios. ¡Oh Virgen bienaventurada! Básteos, Señora, solo este bien; básteos que vuestro Hijo sea vivo, y que le tengais delante, y le veais antes que salgais desta vida, para que no os quede más que desear. ¡Oh Señor, y cómo sabeis consolar á los desconsolados por vuestra causa! Ya no le parece grande aquella pena en comparación desta alegría. Si así consolais á los que por

vos padecen, bienaventuradas y dichosas todas sus pasiones; pues así por vos han de ser remuneradas.

3.—Santa Teresa de Jesús (1515-1582)

CAMINO DE PERFECCIÓN.

Trata desta palabra: "dimitte nobis debita nostra".

Pues viendo nuestro precioso Maestro, que con este mantenimiento, si no es por nuestra culpa, todo nos es fácil, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre, de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora que nos perdone, pues perdonamos. Y perdonamos á nuestros deudores. Y mirar, hermanas, que no dice cómo perdonaremos; porque entendáis, que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho. Y ansí, dice, como nosotros las perdonamos. Ansí que quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, *fiat voluntas tua*, todo lo ha de tener hecho con la determinación al menos. Veis aquí cómo los Santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué harán las pecadoras como yo, que tanto tienen que perdonarme?

Cosa por cierto, hermanas, es ésta, para que miremos mucho en ella; que una cosa tan grave y de tanta importancia, como que nos perdone el Señor nuestras culpas, que merecían fuego eterno, se nos perdonen con tan baja cosa, como es que perdonemos nosotras cosas que ni son agravios, ni son nada; porque, ¿qué se puede decir, ni qué injuria se puede hacer á una como yo, que merecía que los demonios siempre me maltratasen, en que me traten mal en este mundo, que es cosa justa? En fin, Señor mío, que por esta causa no tengo que os dar para pediros perdonéis mis deudas. Perdóneme vuestro Hijo, que nada me ha hecho sin justicia, y ansí no he tenido que perdonar por Vos, si no tomáis, Señor, mi deseo, que me parece cualquier cosa perdonara yo porque Vos me perdonárades á mi, ú por cumplir vuestra voluntad sin condición. Mas no sé qué hiciera venida á la obra, si me condenaran sin culpa, que ahora véome tan culpada delante de vuestros ojos, que todos quedan cortos, aunque los que no saben la que soy como Vos lo sabéis, piensan que me agravian. Ansí, Padre mío, que de balde me habéis de perdonar. Aquí cabe bien vuestra misericordia. Bendito seáis Vos, que tan pobre me sufrís, que lo que vuestro Sacratísimo Hijo dice en nombre de todos, ¿por ser yo tal me he de salir de la cuenta?

Mas, Señor, ¿si habrá algunas almas que me tengan compañía y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo que se les acuerde de esto, y no hagan caso de unos agravuelos, que no parece sino que hacen casas de pajitas como los niños, con estos puntos de honra. ¡Oh, válame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con vosotras, que harto mal sería no tener entendido esto, sino conmigo, el tiempo que me precié de honra, sin entender qué cosa era. Ibame al hilo de la gente, por lo que oía. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba!, que yo tengo vergüenza, y no era, pues, de las que mucho miran en estos puntos; mas erraba como todas en el punto principal, porque no miraba yo, ni hacía caso de la honra, que tiene algún provecho, porque

esta es la que hace provecho al alma, y bien dijo quien dijo que honra y provecho no podían estar juntas, aunque no sé si lo dijo á este propósito. Y es al pie de la letra, porque provecho del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca puede estar junto. ¡Oh, válame Dios, qué al revés anda el mundo! Bendito sea el Señor, que nos sacó de él. Plega su Majestad que esté siempre tan fuera de esta casa como está ahora, porque Dios nos libre de monesterios donde hay puntos de honra; nunca en ellos se honra mucho Dios.

Libro de su vida, escrito por ella misma.

Capítulo V.

Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexion: a los dos meses, a poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón de que me fui á curar era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer si no era bebida de gran hastío, calentura muy contina y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día), estaba tan abrasada que se me comenzaron a encoger los niervos con dolores tan incomportables que día ni noche ningun sosiego podía tener y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, a donde tornaron a verme médicos: todos me deshauciaron, que decían sobre todo este mal, estaba hética. Desto se me daba a mi poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser, desde los pies hasta la cabeza; porque de niervos son intolerables, segun decían los médicos, y como todos se encogían, cierto, si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dió, que se veia claro venir dél. Mucho me aprovechó para tenerla haber leido la historia de Job en los *Morales* de San Gregorio, que parece previno el Señor con celo y con haber comenzado a tener oracion, para que yo lo pudiese llevar con tanta enfermedad. Todas mis pláticas eran con Él, traia muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento y decíalas: *Pues recibimos los bienes de la mano del Señor ¿por qué no sufriremos los males?* Esto parece me ponía esfuerzo. Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde Abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di priesa a confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo. Pensaron que era miedo de morirme y por no me dar pena, mi padre no me dejó: ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado (que lo era harto, que no fué inorancia), me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parajismo que me duró estar sin sentido cuatro días, poco ménos: en esto me dieron el sacramento de la Uncion y cada hora y momento pensaban espiraba y no hacían sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones a Dios, muchas; bendito sea Él que quiso oirlas, que tiniendo día y medio abierta la sepoltura en mi monesterio, esperando el cuerpo allá y hechas las honras

en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí; luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas mas a mi parecer que no eran con el sentimiento y pena de solo haber ofendido a Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traia de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto despues lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables, con que quedé el sentido poco, aunque la confesion entera a mi parecer, de todo lo que entendí, había ofendido a Dios; que esta merced me hizo Su Majestad entre otras, que nunca, despues que comencé a comulgar, dejé cosa por confesar que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar: mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvacion si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte y por otra, ser yo tan ruin y por muchas. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto, llegando aquí y viendo como parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí: Paréceme fuera bien ¡oh, anima mia! que miraras del peligro que el Señor te había librado y que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte, en estado más peligroso. Creo no añido muchas de decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados van. Por amor de Dios le pido de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la manificencia de Dios y lo que sufre a un alma. Sea bendito para siempre. Plegue a Su Majestad que antes me consuma a que le deje yo mas de querer.

A la madre María de San José, priora de Sevilla.

Sobre asuntos particulares del convento de Sevilla.

JESÚS.

Sea con vuestra reverencia: Siempre me envie en un papelillo á decir á lo que la hubiera de responder; porque como las cartas son largas (aunque no se me hacen ansí para darme contento), mas para tornarlas á leer todas, cuando vengo á escribir de prisa, sonlo. Con el correo la escribí dos ú tres ú cuatro días ha, que pornía dos cruces en las cartas de nuestro padre, y á vuestra reverencia el sobreescrito. Avíseme cuando ha visto este aviso, porque no lo haré hasta entonces. Yo le digo que me da gran pena esa su calentura. ¿Para qué me dice que está buena? que de eso me enojo. Mas mírese si es de algunas opilaciones, y hágase algo, no la deje arraigar. Harta sospecha tengo que alguna vez se le quita, que esto me consuela. Digo que algunas unturas ú cosas para templar ese calor, que no lo dejen de decir al médico. Ella se suele sangrar cada año, me parece: quizá le haría provecho, como dice la superiora. Digo que no se esté ansí, que cuando queramos no haya remedio. Mejor lo haga Dios. Días ha que no sé de Malagón. Con cuidado estoy, y bien sin esperanza de la salud de la priora me tienen estos médicos; porque todas las cosas y señales que tiene son de tísica. Dios es vida, y se la puede dar. Siempre se lo supliquen, y por una persona que debo mucho, y dígalo á todas, y déles mis encomiendas, que harto me huelgo con sus cartas: no sé si terné lugar de escribirlas. Yo les digo, que las he harta envidia la buena y descansada manera con que gozan de nuestro padre: no merezco yo tanto descanso, y ansí no tengo por qué me quejar. Harto me huelgo que

tenga ese alivio; que si no, no sé cómo lo pudiera sufrir. Con todo, le digo, que de mi parte mande á la superiora, que todo el gasto vaya contando á cuenta de los cuarenta ducados de San Josef, y no hagan otra cosa, que tanto ternán perdido, que por acá délo por remediado, y descuiden desa deuda todo lo que gastaron con él. Riéndome estoy cómo ha de contar hasta el agua la buena superiora, y hará bien, que ansí lo quiero, salvo lo que les dieren de regalillos, de limosna. Enojarme he si hacen otra cosa. Nunca me dicen quien es el compañero, que sóla esa pena tengo ahora que estoy muy contenta se haga también sin entenderse. Quería no se supiese en los Remedios á donde come; porque esa puerta abierta no se sufre con ningún otro perlado. Créame que es menester mirar lo porvenir, para que no tengamos que dar cuenta á Dios, los que lo hemos comenzado. Con cuidado estoy de ver, como esas monjas que toman no las remedian en nada. Ya habrá recibido la carta el padre Garcí-Alvarez, adonde digo se tomen sus parientas y á vuestra reverencia he escrito, que procuren lleven algún dinero para ayudar á pagar los réditos (que esa heredad no debe valer nada); porque no querría que esperase hasta no se poder valer, sino que lo vaya mirando antes que es vea ahogada. Yo recibí una monja, que me dijeron traía consigo el dote, en Salamanca, para enviarlas trescientos ducados de la que allí deben en Malagón, y pagar los ciento de Asensio Galiano, y no ha venido: rueguen á Dios que lo traya. Yo le digo que me debe harto, de lo que deseo verla libre de cuidado. ¿Por qué no procuran dar luego esos dineros de Juana de la Cruz, para no estar tan cargadas? Mire que no es cosa de descuidarse en eso; y de procurar que siquiera traya esas Anegas para pagar á Alonso Ruiz, que como la he dicho es conciencia no se lo dar luego, que ya ve su necesidad.

En lo de Pablo ya lo he tornado á leer: no creo que quieren su hija, sino que renuncie. Y sepa que es mejor por muchas cosas: que estos que tratan, en un día tienen mucho y en otro lo pierden todo; cuanti más que tiniendo padres, mejoran los que allá tienen, y cabe poco. En lo que más conviene, es que pague lo que fia en la casa, si llega á mil y quinientos ducados, y ni tomen heredad ni se sufre concertar menos: si más pudieran sacar, sáquenlo. Procuren que haya quien le diga, que ¿para qué quiere dejar sus hijos revueltos en heredar por el monasterio? Aunque diera dos mil ducados no era mucho. Esotra portuguesa dicen que su madre podría dar el dote: esa creo era mejor que esotras. En fin, no ha de faltar; que cuando no se caten les dará Dios una que traya más que quieran. Si tomase la capilla mayor ese capitán, no sería malo. No dejen de enviarle algunos recaudos, que parezcan agradecidas, aunque no haya de qué.

Antes que se me olvide, sepa que he sabido aquí de unas mortificaciones que se hacen en Malagón, de mandar la priora, que á deshora den á alguna algún bofetón, y que se le dé otra, y esta invención fué deprendida de acá. El demonio parece enseña, en achaque de perfección, poner en peligro las almas de que ofendan á Dios. En ninguna manera mande, ni consienta que se dé una á otra (que también diz pellizcos), ni lleve en el rigor las monjas que vió en Malagón, que no son esclavas, ni la mortificación ha de ser sino para aprovechar. Yo le digo, mi hija, que es menester mirar mucho esto que las prioritas hacen de sus cabezas, que cosas vienen ahora á descubrirme, que me hace harta lástima. Hágamela Dios santa, amén. Mi hermano está bueno, y Teresa. La carta que escribió adonde decía de los cuatro reales, no

fué á su poder, las otras sí: harto se huelgan con ellas, y las quiere más que á las de por acá. Soy hoy XI de noviembre.

Yo de vuestra reverencia.—TERESA DE JESÚS.

Procure vuestra reverencia que me responda nuestro padre á los negocios que le escribo en esa carta. Digo que se lo acuerde mucho, porque no lo olvide.

4.—San Juan de la Cruz (1542-1591).

LLAMA DE AMOR VIVA

¡Oh, llama de amor viva,
que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela deste dulce encuentro.

¡Oh, cauterio süave!
¡Oh, regalada llaga!
¡Oh, mano blanda! ¡Oh, toque delicado
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh, lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido
que estaba escuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdan en mi seno
donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

EXPLICACIÓN DEL VERSO SEGUNDO *Que tiernamente hieres.*

Esto es, con tu amor tiernamente me tocas. Porque cuando esta llama de vida divina hiere al alma con ternura de vida de Dios, tan entrañablemente la hiere y enternece, que la derrite en amor, porque se cumpla en ella lo que en la Esposa de los Cantares, que se enterneció tanto, que se derritió; y así dice ella allí: *Anima mea liquefacta est, ut locutus est:* Luego que el esposo halló se derritió mi alma. Porque la habla de Dios ese es el efecto que hace en el alma.

Mas ¿cómo se puede decir que la hiere, pues en el alma no hay cosa por herir, estando ya toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa que, como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, está

siempre echando llamaradas acá y allá; y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estála arrojando sus heridas como llamaradas tiernísimas de delicado amor, ejercitando fecunda y festivalmente las artes y trazas del amor, como en el palacio de sus bodas; como Asuero con la hermosa Ester, mostrando allí sus riquezas y la gloria de su grandeza, para que se cumpla en esta alma lo que él dijo en los Proverbios: *Et delectabar per singulos dies... ludes in orbe terrarum; deliticæ meæ esse cum filiis hominum:* Deleitábame que por todos los días, jugando en la redondez de la tierra, y mi deleite es estar con los hijos de los hombres, es á saber, dándoselos á ellos. Por lo cual estas heridas, que con los fuegos del divino saber, son llamaradas de tiernos toques, que el alma tocan por momentos, de parte del fuego de amor que no está ocioso; los cuales dice acaecen y hieren «de su alma en el más profundo centro».

5.—Fray Luis de León (1527-1591).

Nombres de Cristo.

Por qué Cristo es llamado brazo de Dios.

Gran donaire, ó por mejor decir, ceguedad lastimera, es creer que los encarecimientos y amores de Dios habían de parar en armas y banderas, en el estruendo de los tambores y en castillos cercados y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre, y en el asalto, y en el captiverio de inocentes, y creer que el brazo de Dios, extendido y cercado de fortaleza invencible, que Dios promete en sus letras, y de quien él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitán esforzado, que rodeado de hierro y esgrimiendo la espada y llevando consigo innumerables soldados, había de meter á cuchillo las gentes y desplegar por todas las tierras sus victoriosas banderas. Mesías fué de esta manera, Ciro y Nabucodonosor y Artagerjes; ó ¿qué les faltó para serlo? Mesías fué, si ser Mesías es eso, César el dictador y el grande Pompeyo; y Alejandro en esa manera fué más que todos Mesías. ¿Tan gran valentía es dar muerte á los mortales y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea á Dios ó conveniente ó glorioso hacer para ello brazo tan fuerte que por este hecho le llame su *fortaleza?* ¡Oh, cómo es verdad aquello que en persona de Dios les dijo Isaías: «Cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros!»

Otros vencimientos, gente ciega y miserable, y otros triunfos y libertad y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios nos promete. Otro es su brazo y otra su fortaleza, muy diferente y muy más aventajada de lo que piensas. Vosotros esperáis tierra, que se consume y perece, y la escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amais y pedís libertad del cuerpo y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compadece servir el ánima al pecado y al vicio; y de estos males, que son mortales, os prometía Dios libertad. Vosotros esperábades ser señores de otros; Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Vosotros os teneis por satisfechos con un sucesor de David que os reduzca á vuestra primera tierra y os mantenga en justicia y defienda y ampare de vuestros contrarios; mas Dios, que es sin comparación muy más liberal y más largo, os prometía no hijo de David sólo, sino hijo suyo y de David hijo también, que enriquecido de

todo el bien que Dios tiene, os sacase del poder del demonio y de las manos de la muerte sin fin, y que os sujetase debajo de vuestros pies todo lo que de veras os daña, y os llevase santos, inmortales, gloriosos á la tierra de vida y de paz que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios y semejantes dádivas, y no otras, hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

Y á la verdad, entre los demás inconvenientes que tiene este error, es uno grandísimo, que los que se persuaden de él, juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazón como los hombres tenemos; y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos y que están fuera del hombre; y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y dañan. Y así, ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento de ellos, y las más veces los envía á quien no los merece por los fines que él sabe.

Mas dirán: «Esperamos lo que las sagradas letras nos dicen, y con lo que Dios promete nos contentamos y eso tenemos por mucho. Leemos capitán: oímos guerras y caballos y saetas y espadas: vemos victorias y triunfos: prometemos libertad y venganza dícennos que nuestra ciudad y nuestro templo será reparado, que las gentes nos servirán y que seremos señores de todos. Lo que oímos, eso esperamos, y con la esperanza de ello vivimos contentos.»

Siempre fué flaca defensa asirse á la letra, cuando la razón evidente descubre el verdadero sentido; mas aunque flaca, tuviera aquí y en este propósito algún color, si las mismas divinas letras no descubrieran en otros lugares su verdadera intención. Porque Isaías, cuando habla sin rodeos y sin figuras de Cristo, le pinta en persona de Dios de aquesta manera: «Veis á mi siervo en quien descanso, aquel en quien se contenta y satisface mi ánima. Puse sobre él mi espíritu; él hará justicia á las gentes; no voceará ni será aceptador de personas, ni será oída en las plazas su voz; la caña quebrantada no quebrará, y la estopa, que humea, no la apagará; no será áspero ni bullicioso.» Pues manifiestamente se muestra que este brazo y fortaleza de Dios, que es Jesucristo, no es fortaleza militar ni coraje de soldados, y que los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso, como es el que en en este lugar Isaías pinta, no son hechos de esta guerra que vemos, adonde la soberbia se enseñorea y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y la rabia y el furor menean las manos. No tendrá, dice, cólera para hacer mal ni á una caña quebrada, y antojársele al error vano de aquestos mezquinos que tiene de trastornar el mundo.

Y no es menos claro lo que el mismo profeta dice en el capítulo XI: *Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios quitará la vida al malvado*. Porque si las armas con que hiere la tierra y con que quita la vida al malo, son vivas y ardientes palabras, claro es que su obra de aqueste brazo no es pelear con armas carnales contra los cuerpos, sino contra los vicios con armas de espíritu. Y así conforme á esto le arma de punta en blanco con todas sus piezas, en otro lugar: *Vistióse por loriga justicia y salud por yelmo de su cabeza; vistióse por vestiduras venganza y el celo le cubrió como capa*. Por manera que las saetas, que antes decía que enviadas con el vigor del brazo traspasaban los cuerpos, son palabras agudas y enerboladas con gracia, que pasan el corazón de claro en claro; y su espada famosa no se templó con

acero en las fraguas de Vulcano para derramar la sangre cortando, ni es hierro visible, sino rayo de virtud invisible, que pone á cuchillo todo lo que en nuestras almas es enemigo de Dios. Y sus lorigas y sus petos y sus arneses, por el consiguiente son virtudes heroicas del cielo, en quien todos los golpes enemigos se embotan. Piden á Dios la palabra y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió.

Mas, ¿en qué me detengo? El mismo profeta, ¿no pone abiertamente y sin rodeo ni velo el oficio de Cristo y su valentía: y la cualidad de sus guerras en el capítulo LXI, adonde introduce á Cristo, que dice: *El espíritu del Señor está sobre mí; á dar buena nueva á los mansos me envió?* ¿No veis lo que dice? Que buena nueva á los mansos no asaltó á los muros más. *A curar los de corazón quebrantado.* Y dice el error: «A pasar por los filos de su espada á las gentes: *á predicar á los captivos perdón*: á predicar, que no á guerrear: no á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia: á publicar el año en que se aplaca el Señor y el día en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira: á consolar á los que lloran y dar fortaleza á los que se lamentan: á darles guirnalda en lugar de la ceniza y unión de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza del espíritu. Y para que no quedase duda ninguna concluye: *Y serán llamados fuertes en justicia.*

LA PERFECTA CASADA

Capítulo XII. De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razón

«Hizo para sí aderezos de cama, holanda y púrpura es su vestido.»

Porque había hablado de la piedad que deben las buenas casadas al pobre, y del cuidado que deben á la buena provisión de su gente, trata ahora del tratamiento y buen aderezo de sus mismas personas. Y llega hasta aquí la elocuencia de Dios y la dulce manera de su providencia y gobierno, que desciende á tratar de su vestido de la casada y cómo ha de aderezar y asear su persona, y condescendiendo en algo con su natural, aunque no le place el exceso, tampoco se agrada del desaliño y mal aseo, y asi dice: «Púrpura y holanda es su vestido.» Que es decir que desta casada perfecta es parte también no ser en el tratamiento de su persona alguna desaliñada y remendada, sino que, como ha de ser en la administración de la hacienda granjera, y con los pobres piadosa, y con su gente no escasa, así por la misma forma á su persona la ha de traer limpia y bien tratada, aderezándola honestamente en la manera que su estado lo pide, y trayéndose conforme á su cualidad, así en lo ordinario como en lo extraordinario también. Por que la que con su buen concierto y gobierno, da luz y resplandor a los demás de su casa, que ella ande deslucida en sí, ninguna razon lo permite. Pero es de saber porqué la vistió Salomon de holanda y de púrpura que son las cosas de que en la ley vieja se hacia la vestidura del gran sacerdote: porque sin duda tiene en si algun grande misterio. Pues digo que quiere Dios declarar en esto á las buenas mujeres que no pongan en su persona sino lo que se puede poner en el altar, esto es, que todo su vestido y aderezo sea santo, asi en la intención con que se pone como en la templanza conque se hace. Y diceles que quien les ha de vestir el cuerpo no ha de ser el pensamiento liviano sino el buen concierto de la razon: y de la compostura secreta del ánimo ha de nascer el buen traje exterior, y que este traje no se ha de cortar a la medida

del antojo ó del uso vituperable y mundano, sino conforme á lo que pide la honestidad y la vergüenza. Así que señala aquí Dios vestido santo para condenar lo profano. Dice púrpura y holanda, mas no dice los bordados que se usan ahora, ni los recamados, ni el oro tirado en hilos delgados. Dice vestidos, mas no dice diamantes ni rubies. Pone lo que se puede tejer y labrar en casa, pero no las perlas que se esconden en el abismo del mar. Concede ropas, pero no permite rizos ni encrespos ni afeites. El cuerpo se vista, pero la cabeza no se despeine ni se encrespe en pronóstico de su grande miseria. Y porque en esto, y señaladamente en los afeites del rostro, hay grande exceso aun en las mujeres, que en lo demás son honestas y porque es aqueste su propio lugar, bien será que digamos algo dellos aquí. Aunque, si va a decir la verdad, yo confieso á vuestra merced que lo que me convida a tratar desto, que es el exceso, eso mismo me pone miedo. Porque, ¿quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida? O ¿quién tendrá ánimo para osar persuadir á las mujeres a que quieran parecer lo que son? O ¿que razon sanará la ponzoña del soliman? Y no solo es dificultoso este tratado, pero es peligroso también; porque luego aborrecen a quien esto les quita. Y asi querer ahora quitárselo yo, será despertar contra mí un escuadron de enemigos. Mas ¿qué les va en que yo las condene, pues tienen tantos otros que las absuelvan? Y si aman aquellos que, condescendiendo con un gusto dellas, las dejan asquerosas y feas, muy más justo es que siquiera no me aborrezcan a mi, sino que me oigan con igualdad y atención: que cuanto ahora está en esto les quiero decir, será solamente enseñarles que sean hermosas, que es lo que principalmente desean.

6.—Fray Juan de los Angeles (15...-16...)

DIÁLOGOS DE LA CONQUISTA DEL ESPIRITUAL Y SECRETO REYNO DE DIOS

Diálogo primero.—De la harmonía del hombre.

Maestro.—Por principio desta doctrina, nota que en el hombre se consideran tres diferencias de hombres: animal, racional, deiforme o divino; cada uno de estos hombres tiene una fuerza o potencia con que conoce o entiende y otra con que se inclina a huir o desear aquello que ya conoció, en cuanto le es dañoso o provechoso. El hombre animal obra y conoce por los cinco sentidos exteriores: vista, oido, olfato, gusto y tacto; y todo lo que por estos sentidos percibe envia al cerebro, y por ciertas imágenes y fantasías mira allí las cosas y las compone y retiene en la memoria. A esta sensitiva potencia corresponde otra natural apetitiva conque apetece estas cosas exteriores, riquezas, amigos, manjares y otros deleites de este metal y huye las cosas adversas y que le son contrarias. Este apetito se llama animal o sensual, que es fuerza efectiva que se mueve únicamente de la opresion de los sentidos. Cualquiera que segun este hombre vive, vive segun la sensualidad, no de otra manera que viven los brutos: y por esta parte somos sin ninguna nobleza y estamos sujetos a corrupcion y muerte. El segundo hombre, que se dice racional, tiene una cierta potencia que se llama inteligencia o razon, cuyo oficio es pesar todas las cosas y mirar cuál es lo bueno cuál lo malo, cuál lo verdadero y cuál lo falso. Esta saca conclusiones de las personas y de las cosas que siente, las insensibles, y es potencia que en su operación no usa de órgano corporal como la pasada; pero corresponde al libre albedrio,

que se mueve a abrazar y hacer todo lo que la razón le dicta y enseña. Otros la llaman afecto racional o apetito de razon. El que en esta potencia se ejercita, hácese rico de sabiduría y de virtud, las cuales tanto más crecen en él, cuanto el más las desea: y cuanto mas alcanza de ellas, tanto el deseo de su cumplida posesion es mayor. Esta vida en sí misma es imperfecta, porque siempre le falta algo que es sobre la razón humana: es, al fin, defectuosa, porque fuera de Dios no puede cosa alguna hartar la hambre del ánima racional. El tercer hombre se llama suprema y simple inteligencia ó mente, y es fuerza cognitiva del ánima, que recibe inmediatamente cierta lumbre natural de Dios: por lo cual se conoce la verdad de los primeros principios, conocidos los términos. A esta simple inteligencia corresponde un suave, agradable y puro amor del ánima, que inmediatamente recibe inclinacion al sumo bien, así representado por la simple inteligencia, y naturalmente se mueve a lo bueno. Los que en esta amorosa potencia se ejercitan y tienen familiaridad con Dios, tan alto se levantan algunas veces, que callando por poco tiempo su entendimiento, de si y de todas las cosas juntamente se olvidan, y son todos tragados de Dios y trasformados en él. Rusbrochio llamó vida divina la de este tercer hombre: porque en ella se contempla atentamente Dios y se une á Él el alma por desnudo amor, y le goza y gusta cuánta sea su dulcedumbre, derrítese y renuévase de continuo en él: y este es el camino del rapto y elevacion sobre todas nuestras fuerzas, a un estado donde el mismo Dios nos rige, y el alma sufre su operacion y es ilustrada con claridad divina, no de otra manera que estos aires con los rayos del sol, el hierro con el calor y virtud del fuego. Tambien quiero que sepas, que el ánima del hombre se llama principalmente así, porque vivifica y anima al cuerpo, y en las fuerzas o virtudes de ella, dichas racionales, conviene á saber, Razón, Voluntad y Memoria, resplandece la imagen de la Santísima Trinidad. Pero segun el hombre superior, ó simple inteligencia, es el ánima dicha espíritu, o íntimo, o mente, u hondón, como ya has oido, la cual es dotada de tanta nobleza, que no hay palabras con que esto se pueda declarar. Este íntimo retraimiento de la mente ninguna cosa criada le puede henchir, ni dar hartura, sino solo el criador con toda su inmensidad y grandeza: y aquí tiene Él su pacífica mirada como en el mismo cielo: ni es necesario que le vayamos a buscar fuera de nosotros cuando quisiésemos hablar con Él: porque en cuanto no le desterramos por el pecado, inseparablemente asiste en este su retraimiento, aparejado para oirnos y para hacernos merced: aunque algunas veces tan disimulado como si no estuviese. Por lo cual debemos convertir aquí a Él todas las fuerzas de nuestra ánima con singular atención y reverencia. De este espíritu, o íntimo, o centro, o ápice del ánima, proceden todas las fuerzas de ella, no de otra manera que los rayos proceden del sol y a él vuelven como a su original principio, y esto mediante la obradora caridad y verdadera intención a Dios. Bienaventurado el hombre que supo convertirse a este centro con perfecta resignacion, porque vale mas una hora de este ejercicio para alcanzar perdón de pecados y montones de gracias, que muchos años de otros, por muy altos y aprobados que sean. Tales cosas obra Dios en el alma, así convertida, que ella misma no las comprende.

7.—Fray Pedro Malón de Chaide (1530-1590).

LA CONVERSIÓN DE LA MADALENA

De cómo se viene el amor con las criaturas racionales, que son los hombres

La raíz de todas nuestras afecciones es el amor, porque todo lo que tenemos, aborrecemos ó deseamos es por la conveniencia ó desconveniencia que tiene con nosotros. Y tanto es el temor que tenéis de perder alguna cosa, cuanto es el amor que la tenéis. De aquí es que el gobierno de nuestra vida, los jefes en que se resuelve es el amor. Por eso decía el gran padre San Agustín: «Todas las cosas tienen su peso y gravedad que las lleva tras sí; pues mi peso es mi amor: éste me lleva doquiera que voy.»

Hieroteo y el gran Dionisio Areopagita, en aquel himno divino que cantaron del amor, dicen: «Es el amor un círculo bueno que perpetuamente se revuelve del bien al bien.» Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues naciendo del bien vuelve otra vez á parar en el mismo bien donde nació; porque el mismo Dios es aquel cuya hermosura desean todas las criaturas y en cuya posesión hallan su descanso. La razón desto es porque lo que nace de la hermosura de Dios se dice *amor*, que imposible es que aquella infinita belleza no cause amor. Cuando viene á nosotros enciende el *apetito* y llámase *deseo*. Cuando sacando el alma de sí, la arrebata y la lleva y une con Dios, se llama *deleite*; de suerte que todo el círculo consta de amor en la hermosura de Dios, de deseo en nuestro apetito, de deleite en la unión divina. Y cuando decimos *amor*, todas estas tres cosas encerramos en su nombre. Por esto se llama perfectísimo, porque por sí sólo encierra los efectos de todas las virtudes y los frutos de ellas, y sin él ninguna merece el nombre de virtud; si no, pregúntaselo á aquel gran amador San Pablo, que dice: «Quiero enseñaros un camino más cierto y un atajo más alto por donde podáis llegar más presto á la cumbre de la perfección cristiana. ¿Cuál es? Es el atajo del amor (dice San Pablo); porque si yo tuviese más suelta la lengua que los ángeles del cielo y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la torre de Babilonia, y fuese más mi facundia y destreza en el hablallos que la de Tulio en latín y Platón y Demóstenes en griego; si con esto me falta amor, seré un bacín de barbero ó campana que retiñe en el aire.» Más os digo, que si me diera Dios cuanto espíritu de profeta dió á Moysen y á David y á todos los santos y profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad y toda la ciencia que saben los querubines y tuviera tanta fe que mandara arrancar los montes de su asiento y lo hiciese así: si con todas estas grandezas me falta el amor, no soy nada. Poco digo: si fuese más rico que Creso y más liberal que Alejandro y en hacer hospitales y edificar iglesias y en casar huérfanas y mantener pobres gastase toda mi riqueza y cuanta tienen y han tenido los emperadores de Roma y los reyes del Perú y de toda la India y más, que es poco esto: si me hiciesen más martirios que á todos los mártires juntos, que me apedreasen como á San Esteban, me asasen como á San Lorenzo, me aspasen como á San Andrés, y me desollaran como á San Bartolomé: si me falta el amor, nada me aprovecha.

8.—El P. Pedro de Ribadeneyra (1527-1611).

TRATADO DE LA TRIBULACIÓN

Capítulo V.—Por qué causas envía Dios las tribulaciones

Siendo nuestro Señor tan dulce y piadoso padre para con nosotros como es, y habiendo muerto en una cruz por darnos vida, parece cosa digna de admiración que aflija y atribule á sus hijos con tantas y tan varias y extrañas maneras de penas como vemos cada día en el mundo. Pues de lo que acabamos de decir se saca que El es el autor de todas nuestras penas, y que sin El no sería parte para fatigarnos ninguna de sus criaturas. Pues si me consta que Dios es padre, y padre amorosísimo y suavísimo, y que nos castiga y azota ásperamente, bien será que rastreemos las causas por qué nos trata desta manera. Si nuestros primeros padres no pecaran, no tuviéramos tropiezos ni dificultades en esta nuestra jornada; todo el camino nos fuera llano, derecho y apacible, sin cansancio, sin torcimientos ni desvios. No tuviéramos necesidad de medicina, porque no hubiera enfermedad que curar. Pero como todos caímos en nuestros padres y quedamos lisiados y dolientes, no se pudo curar tan grande y universal dolencia, sino con purgas amargas y desabridas. Y por esto dijo el Santo rey David: «Yo pequé antes que fuese humilde y afligido». Y en el libro de la sabiduría se dice: «Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdición de los vivos, porque El crió é hizo todas las cosas; mas los impíos con sus propias manos y con sus palabras se la buscaron». Y así, propiamente hablando, el pecado es la original causa y manantial de todos nuestros males y penas. Porque, como dice el Apóstol, por el pecado entró la muerte, y se extendió y comprehendió á todos los hombres. Pero supuesto el pecado, fué necesario que hubiese justicia y castigo y horca para el ladrón, y que con el órden de la justicia se ordenase y reparase el desórden de la culpa, como vemos que se hace en las cosas humanas. Porque así como cuando un hombre mata á otro hombre se descompone y desordena, y para concertar y componer aquel desórden la justicia lo mata á él, así con la pena, que es órden admirable de la divina justicia, ordena Dios y concierta el desórden del pecado, el cual si faltara, no hubiera necesidad de pena y castigo.

Las purgas amargas que tomamos en nuestras enfermedades turban el estómago y nos debilitan; pero así evacuan los humores desordenados y malignos, y limpian y sosiegan el cuerpo; y si no hubiese desórden y desproporción de humores, no habría necesidad de componerlos con otro desórden y turbación.

. . . . . .

Cuando vemos que algunos muchachos están jugando y traveseando, y que llega un hombre y ase de las orejas á uno dellos y lo castiga, luégo entendemos que aquél es su padre, y que no lo es de los otros que deja sin castigo. Lo mismo habemos de entender de nuestro grande y benignísimo Padre, el cual á los que tiene por hijos los azota y castiga, y deja sin castigo á los que no tiene por tales.

Esta es tan cierta verdad, que cuando Dios quiere dar á entender que está muy enojado contra alguno, dice que no le castigará. Y así dice por el profeta Ecequiel: «Yo dejaré el celo que tengo de tí, y alzaré la mano y no me enojaré más, porque me has provocado á esto con todas estas maldades».

9.—Fray Melchor Cano (1509-1560).

TRATADO DE LA VICTORIA DE SÍ MISMO

Capítulo VII.—De los remedios contra la ira.

Algunos en el remedio deste vicio son tan bestiales, que no pueden quietarse si con el mucho gritar y reñir algún rato no desfleman, echando de sí el fuego de que están abrasados, los cuales verdaderamente son incurables; porque con la risa piensan aplacar la ira, como si algún ignorante con ejecutar el apetito de la gula ó de la lujuria pensase apagarla, como á la realidad de la verdad, antes se enciende más. Algunos otros, porque tan fácilmente se desenojan cuanto más fácilmente se enojan, no les paresce muy grave este defecto; y ansí, como la cura no les es de importancia, todavía perseveran en el mal, los cuales debían pensar que muchas heridas, aunque no mortales, alguna vez serán causa de muerte, ni más ni menos que una sola mortal. Otros hay que reservan la ira en el corazón, y allá se la cuecen en su pecho; y aquestos, aunque no hacen mal á los otros, hácenlo á sí tanto más peligrosamente, cuanto la llaga es menos infame por ser más encubierta. Y aun hay personas afables con los de fuera de casa, que á los suyos son intolerables, como quiera que habrían de ser al contrario; porque la paciencia, aunque sea necesaria para con todos, mucho más para con los domésticos. La cura deste vicio es una perseverante oración en la presencia de Dios. Digo perseverante, porque la ira humana provoca la divina, por lo cual el iracundo no merece así presto ser oído, pero debe tanto llamar á la puerta hasta que le cumplan su deseo. Ayudará también á la oración que hiciese con buenas consideraciones, como será pensar en la brutalidad de aqueste vicio, el cual de hombre transforma en bestia, y agora le enciende en llamas y le turba todo el rostro, agora le torna amarillo como cera, que es la peor ira; á tiempos le hace mudo, á tiempos le saca la lengua de todo tino. En suma, corazón, ojos, labios, manos y piés, y todo el buche conturba de tal modo, que á mirarse á aquella sazón en un espejo, no sería otro medio para aborrecer este vicio y trabajar por enmendaros dél, siquiera por salir de la servidumbre de un furioso tirano, que nos despoja del sosiego y paz del alma: nos priva de la razón en que somos semejantes á Dios: de la mansedumbre por la cual especialmente somos sus hijos: de la benignidad y blandura exterior del gesto, por la cual somos hombres, y de hombres nos vuelve en fieras con la braveza, así exterior como interior en que nos pone.

Carta á un maestro de Alcalá

La carta de Vm. me vino á deseo, y así convino que fuera larga, porque á tanta hambre poco manjar, antes hiciera daño que provecho. La mía será breve, porque se conforme con mi vida, la cual no puede durar mucho según anda cargada. Y si la conversación de Vm. y de personas á mi gusto yo la tuviese continua, habría harto aliviado la carga. Mas si por allá hay ídolos de necios, acá hay necios al vivo, que no pueden dar contentamiento á nadie, porque todo se lo toman dentro de sí para sí mismos. Y á tener lugar, no me faltarían á mí cuentos de otros semejantes, como el que pone el préstamo de vuestra merced en ellos. Deseo saber la sentencia que se dió y la determinación del Conde en la estada de Vm. en Alcalá. Que la vida de los se

ñores poco va que la sepamos. Yo mucho me temo que á esos, que parecen estar más edificados, les falta el fundamento. Oído he decir que el turco y su hijo tratan ahora de religión y recogimiento. Yo digo que todo es ensayo de el Ante-Cristo, que só color de Religión, ha de aguzar el poder para cortar más delicadamente. Y á esto llamó San Pablo, 2 ad Thesal, 2: *Misterium iniquitatis*. Y así dijo él: *Cujus est adventus secundum operationen Sathanæ*. Esto se me representa cuando oigo decir que los señores de este tiempo son unos santos y tratan de virtud y cristiandad; y sospecho que son ídolos de los cristianos y que les falta la vida. *Sunt enim se ipsos amantes*, y véolo porque son tan amigos de frailes y clérigos lisonjeros, que el que les dice las verdades no para mucho en su casa. Mas como tienen fe, no querrían desvergozadamente despedirse de Dios; y del mundo no lo pueden acabar consigo. Y de aquí, es que si alguno les concierta á Dios con el mundo y les da forma, como, sin dejar mundo, se entretengan con Dios, á este tal le allegan á sí y estos son sus confesores y consejeros. Todos los demás son escrupulosos y terribles. No será mucho Vm. se mancille de palabras, al parecer tan sin propósito. Mas algun propósito sería, si el Conde tomó á Vm. por médico, habiendo experimentado que es de los que curan con unciones. Y si esto fuese sería sobresanar y no sanar. Y no se engaña Vm. con pensar que son accidentes de viejas inclinaciones: que á las veces es como perejil repelado, que torna á nacer porque se quedó la raiz. Ni menos se engaña con decirle algunas verdades; pues habrá ya leído en Plutarco que el fino lisonjero es como el buen maestro de cocina, que echa en el manjar sus ciertos puntos de acedo, con que le hace más sabroso. En verdad á este punto me cayó muy en gran donaire todo lo que he dicho sobre haber prometido carta breve. Y cierto, es cosa bien de reir, haber gastado tanto papel en lo que menos iba...

III.—LA PROSA HISTÓRICA

A. Historiadores clásicos.

1.—Don Diégo Hurtado de Mendoza (1503-1575).

HISTORIA DE LA GUERRA DE GRANADA

La toma de Galera.

Salió don Juan de Austria de Baza con su campo para Galera, adonde puso su cerco, enviando á reconocella; y considerando primero el daño que de un castillo que estaba en la parte alta les podía venir, se trató de minalla; y habiendo hecho algunas minas, les pusieron fuego, con que cayó un gran pedazo del muro con muerte de algunos de los moros cercados. Algunos soldados de los nuestros, de ánimos alborotados, arremetieron luego por medio del humo y confusión, sin aguardar tiempo ni orden conveniente, á los cuales siguieron otros muchos y al fin gran parte del ejército, procurando embestir la fortaleza por el destrozo que las minas habían hecho, todo sin hacer efecto, por estar un peñón delante. Los enemigos estaban puestos en armas y haciendo á su salvo mucho daño en los cristianos con muchas rociadas de arcabuces y flechas, sin ser necesaria la puntería, porque no echaban arma que diese en vacío, sin que esto fuese parte para hacer retirar los ánimos obstinados en los soldados, ni ninguna prevención ni diligencia de oficiales y capitanes; tanto, que necesitó don Juan de Austria á ponerse con su per-

sona al remedio del daño, y no con poco peligro de la vida; porque andando con suma diligencia y valor persuadiendo á los soldados que se retirasen, sin olvidarse de las armas, fué herido en el peto con un balazo, que aunque no hizo daño en su persona, escandalizó mucho á todo el campo, particularmente á su ayo Luis Quijada, que nunca le desamparaba, cuyas persuasiones obligaron á don Juan á retirarse, por el inconveniente que se sigue en un ejército del peligro de su general. Mas ordenó al capitan don Pedro de Ríos y Sotomayor que con diligencia hiciese retirar la gente porque no se recibiese más daño; el cual entró por medio de los nuestros con una espada y rodela, á tiempo que se conocía alguna mejoría de nuestra parte diciendo: «Afuera, soldados, retirarse afuera; que así lo manda nuestro príncipe.» Había ya cesado algún tanto el alarido y voces, de suerte que se oían claro las cajas á recoger, y todo junto fué parte para que tuviese fin este asalto tan inadvertido. Aquí se mostró buen caballero don Gaspar de Sámano y Quiñones, porque habiendo con grande esfuerzo y valentía subido de los primeros en el lugar más alto del muro y sustentado con la mano el cuerpo para hacer un salto dentro, le fueron cortados los dedos por un turco que se halló cerca dél: sin que esto le perturbase nada de su valor, echó la otra mano y porfió á salir con su intento y saltar del muro adentro; mas no dándole lugar los enemigos, le fué resistido de manera que dieron con él del muro abajo. No fué parte este daño para que á los nuestros les faltase voluntad de continuarle segunda vez otro día, y así lo pidieron á don Juan; el cual, pareciéndole no ser bien poner su gente en más riesgo con tan poco fruto, y tratádose en consejo, mandó que hiciesen un par de minas para que en este tiempo se entretuviesen y descansasen los soldados. Los enemigos, considerando su peligro cercano y la tardanza de socorro, despacharon á Abenabó pidiéndole favor, á lo cual Abenabó cumplió con solas esperanzas, porque la diligencia del Duque en lo del Alpujarra le traía sobre aviso, temeroso y puesto en arma. Acabadas las minas, mandó don Juan que se encendiesen la una una hora antes que la otra. Hízose, y la primera rompió catorce brazas de muralla, aunque con poco daño de los cercados, por estar prevenidos en el hecho; así, seguros de más ofensa, se opusieron á la defensa de lo que estaba abierto, unos trayendo tierra, madera y fagina para remediarlo, y otros procurando ofender con mucha priesa de tiros continuos; y estando en esto sucedió luego la otra mina, que derribando todo lo de aquella parte, hizo gran estrago en los enemigos, y tras esto, cargando la artillería de nuestra parte se comenzó el asalto muy riguroso; porque no teniendo los moros defensa que los encubriese y amparase, eran forzados á dejar el muro con pérdida de muchas vidas; adonde se mostró buen caballero por su persona don Sancho de Avellaneda, herido del día antes, haciendo muchas muestras de gran valor entre los enemigos, hasta que de un flechazo y una bala todo junto murió. Siguióse la victoria por nuestra parte hasta que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase, que todo no lo pasasen á cuchillo. Repartióse el despojo y presa que en ella había, y púsose el lugar á fuego, así por no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrupción; lo cual, todo acabado, ordenó don Juan que el ejército marchase para Baza, adonde fué recibido con mucho regocijo.

2.—El Doctor Gonzalo de Illescas (15...-1580?)

Jornada de Carlos V a Túnez

Episodios de la toma de Túnez.

Diéronse los capitanes, por orden de su majestad, toda la priesa posible por ir ganando tierra hacia la ciudad, llevando sus trincheas adelante, según orden militar, por ir más al seguro, con intención de allegarse á tiro de culebrina, para poder batir el muro y dar los asaltos necesarios. Entre tanto no dejaba cada día de ofrecerse ocasión de escaramuzar, y aun alguna vez se encendió el negocio tan de veras, que por poco se peleara de poder á poder. Aquel día fué mal herido Garcilaso de la Vega, elegante poeta español, y aun matáranle si no le socorriera Frederico Carrafa, napolitano, y fué menester que su majestad en persona saliese con sus hombres de armas al socorro; y aun es averiguado que peleando el mesmo César valentísimamente, sacó de entre los pies de los moros á un Andrés Ponce, caballero andaluz, que le habían muerto el caballo, y él estaba caído en tierra. Salieron de ahí á dos ó tres días hasta treinta mil moros á tomar una torre que tenían ganada los nuestros en un cerro alto, donde antiguamente fué la famosa ciudad de Cartago. Llevaban los moros delante de sí un sacerdote ó alfaquí, el cual iba derramando muchas cedulillas de conjuros y maldiciones contra los nuestros, pensando dañarlos con aquello. Acudió su majestad con algunas banderas de caballos en socorro de los de la torre; dió en los moros con grandísima furia, matando muy muchos, y entre los primeros murió el hechicero alfaquí que los guiaba; puso los demás en huída, y aun afirmaba después su majestad que si llevara consigo una sola banda de ballesteros á caballo, que hiciera aquel día una jornada importantísima; y propuso de hacer de manera que de allí adelante se usasen en la guerra estos ballesteros, porque para muchas cosas vienen á ser menester. Eran tan diestros, los alárabes y moros en el pelear á caballo, y tenían á los nuestros tan conocida ventaja en el saberse menear, y en sufrir el calor y los otros trabajos de aquella calurosísima tierra, que se conocía bien que viniendo á batalla campal, se había de tener harto trabajo en la vitoria; y tan de veras se oprimió en algunos esta imaginación, que no faltó quien pusiese en plática que sería bien dar la vuelta para España, sin proceder más adelante en la guerra, diciendo que su majestad se podía contentar con lo hecho, y cumplir con su reputación con haber ganado la Goleta y las galeras del enemigo, pues aquella era su principal fuerza y las armas con que solía castigar el mundo, dejando aparte que cada día se morían en nuestro campo muchos de flujo de vientre. Vino esto á oídos del César, y sintió dello gran desabrimiento, pesándole mucho de que hubiese en el campo gente de tan poco ánimo. Para sacarlos de la duda que tenían de la vitoria, hízoles á todos un grande razonamiento, reprehendiendo á los que tal plática como ésta osaban mover, porque en ella mostraban tener harto más cuidado de la vida que no del honor. Díjoles que si algunos inconvenientes hallaban en la empresa, los debieran advertir en España, antes que se pusieran á lo que se habían puesto, y no cuando ya no se podía dejar sin gran vergüenza; que bien veían todos cuán á su gusto pudiera él estarse en su casa con su mujer y con sus dulcísimos hijos, si hubiera querido pasar en disimulación, como otros reyes, las injurias de toda la cristiandad; y que pues todos sabían cuán urgentes eran las causas que allí le habían llevado, no

tratase nadie de pensar que había de alzar la mano de aquel negocio hasta poner en él el fin deseado, ó á lo menos morir honradamente, como cualquier hombre valeroso lo debe procurar; finalmente, vino á decir que se aparejasen para la batalla, que luego la quería dar si se topase con el enemigo, ó si no, batir el muro y darle el asalto dentro de la ciudad. Con esta plática quedaron en resolución de que se había de llevar al cabo el intento de la empresa que tenían comenzada, y sin otra dilación luego se comenzó á poner á punto la partida para la ciudad de Túnez en orden de batalla formada. Púsose en el castillo de la Goleta el recaudo conveniente, aderezóse la artillería en sus carros y de la manera que con más facilidad se pudiese llevar. El Marqués del Vasto quiso su majestad el Emperador que aquel día hiciese el oficio de capitán general; y ansí acetó el cargo que el César le dió, tomando para sí la avanguardia con los italianos á la mano izquierda y con los españoles á la derecha. En medio iban los tudescos, adonde iba también el duque de Alba, don Hernando de Toledo. Su majestad andaba sobresaliente, animando á todos, aunque su propio lugar era la batalla, adonde iba el estandarte imperial con el infante don Luis, su cuñado. El principal coronel de los italianos era el príncipe de Salerno, el de los españoles el señor Alarcón, y de los tudescos Maximiliano Ebentenio. Poníales el Emperador delante á todos el premio de la vitoria, que habían de ser los despojos de aquella riquísima ciudad; traíales á la memoria sus muchas hazañas y lo que en su servicio habían hecho en las guerras de Italia; prometíales el descanso tras aquellos trabajos, y todo esto con tan alegre rostro y tan lleno de confianza, que todos á una voz le prometieron de darle en las manos la vitoria, y aun de seguirle, si les quería llevar, hasta la Casa Santa. Barbarroja, que supo de sus corredores cómo nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleáses tenía ya dicho que haría. Salió al campo y púsose en orden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia. Cuando los nuestros llegaron á las cisternas, como el calor era ardentísimo, y la sed tanta, que no bastaba el agua que se llevaba en botas, tanto, que alguno hubo que dió por un jarro della dos escudos, acudieron tantos y tan desvalidos al agua, que se desordenaron algunos escuadrones con harto peligro; y si los enemigos acudieran entonces, se pudiera recibir algún notable daño; pero ellos no vinieron, y su majestad y los otros capitanes acudieron á echar á palos la gente de sobre el agua; y así, se volvió todo á su orden. Tenía Barbarroja bien cien mil hombres, y cuando los nuestros llegaron á vista de su campo, comenzó á disparar de su artillería, pero sin fruto ninguno. Venía más atrás la nuestra, y por eso no se pudo jugar; y porque el camino era arenoso, y la llevaban en carro ó en hombros de esclavos, no se podía mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos, que cada momento de dilación se les hacía un año. A esta causa le pareció al Marqués que no debía dilatar más el rompimiento, ni servirse aquel día de las culebrinas, sino arremeter luego, porque los suyos no se enfriasen, ó los turcos cobrasen ánimo con pensar que los nuestros se detenían de miedo. Con esta determinación acudió el Marqués á su majestad, que andaba entre los delanteros, discurriendo de una parte á otra, exhortando y animando á todos, y díjole estas palabras: «Si á vuestra majestad le pareciese, yo no esperaría hoy artillería, sino tocaría luego arma.» Respondió entonces el César: «También me parece á mí eso, mas yo no lo puedo mandar; vos que podéis, hacedlo, pues es hoy vuestro día.» Respondió el Marqués

con rostro alegre: «Bien me parece, Señor, que haya vuestra majestad querido echarme á cuestas esta carga. Y pues ansí es, yo quiero usar mi oficio; y ante todas cosas mando á vuestra majestad que luego se vaya á su puesto, y se ponga en su batalla con el estandarte, no sea nuestra mala suerte que se desmande algún arcabuz, y peligre vuestra persona para total perdición del mundo.» Hinchóse el César de alegría cuando oyó tan cortesanas palabras, y volvió luego las riendas al caballo, diciendo: «Pláceme por cierto de obedecer lo que mandais, aunque no había de qué temer; que pues nunca Emperador murió de tal muerte, como esa, no es de creer que la moriré yo.» No hubo bien su majestad llegado á su puesto, cuando luego sin más detenimiento se dió señal de arremeter...

3.—Luis del Marmol Carvajal.

Historia del rebellón y castigo de los moriscos del Reino de Granada.

Libro IV. Capítulo VIII. Que trata del levantamiento general de los moriscos del Alpujarra.

Congoja pone verdaderamente pensar, cuanto mas haber de escrebir, las abominaciones y maldades conque hicieron este levantamiento los moriscos y monfís de la Alpujarra y de los otros lugares del reino de Granada. Lo primero que hicieron fué apellidar el nombre y seta de Mahoma, declarando ser moros ajenos de la santa fé católica, que tantos años había que profesaban ellos y sus padres y abuelos. Era cosa de maravilla ver cuán enseñados estaban todos, chicos y grandes, en la maldita seta: decían las oraciones a Mahoma, hacían sus procesiones y plegarias, descubriendo las mujeres casadas los pechos, las doncellas las cabezas: y teniendo los cabellos esparcidos por los hombros, bailaban publicamente en las calles, abrazaban a los hombres, yendo los moros gandules delante haciendoles aire con los pañuelos, y diciendo en alta voz que ya era llegado el tiempo del estado de la inocencia, y que mirando en la libertad de su ley, se iban derechos al cielo, llamándola ley de suavidad, que daba todo contento y deleite. Y a un mesmo tiempo, sin respetar a cosa divina ni humana, como enemigos de toda religion y caridad, llenos de rabia cruel y diabolica ira, robaron, quemaron y destruyeron las iglesias, despedazaron las venerables imágenes, deshicieron los altares, y poniendo manos violentas en los sacerdotes de Jesucristo, que les enseñaban las cosas de la fé y administraban los sacramentos, los llevaron por las calles y plazas desnudos y descalzos, en público escarnio y afrenta. A unos asaetaron a otros quemaron vivos y a muchos hicieron padecer diversos generos de martirios. La mesma crueldad usaron con los cristianos legos que moraban en aquellos lugares, sin respetar vecino a vecino, compadre a compadre, ni amigo a amigo; y$_t$ aunque algunos lo quisieron hacer, no fueron parte para ello, porque era tan a la ira de los malos, que matando cuantos les venían a las manos, tampoco daban vida a quien se lo impedía. Robáronles las casas, y a los que se recogían en las torres y lugares fuertes los cercaron y rodearon con llamas de fuego, y quemando muchos dellos, a todos los que se les rindieron a partido dieron igualmente la muerte, no queriendo que quedase hombre cristiano vivo en toda la tierra que pasase de diez años arriba. Esta pestilencia comenzó en Lanjarón, y pasó a Orgiba el jueves en la tarde en la taa de Poqueira, y de allí se fué extendiendo el humo de la sedicion y mal-

dad en tanta manera, que un improviso cubrió toda la faz de aquella tierra, como se irá diciendo por su orden.

. . . . . .

Luego como en Lanjarón, lugar del valle de Lecrín, se extendió el desasosiego de los moriscos, el licenciado Espinosa y el bachiller Juan Bautista, beneficiados de aquella iglesia, y Miguel de Morales, su sacristan, y hasta diez y seis cristianos, se metieron en la iglesia, y llegando Abenfarax, les mandó poner fuego, y el beneficiado Juan Bautista se descolgó por una pleita de esparto y se entregó luego al tirano, el cual le hizo matar a cuchilladas, y prosiguiendo en el fuego de la iglesia, la quemó y se hundió sobre los que estaban dentro. Y haciendoles sacar de debajo de las ruinas, los hizo llevar al campo, y allí no se hartaban de dar cuchilladas en los cuerpos muertos: tanta era la ira que tenían contra el nombre cristiano. Luego pasaron a la taa de Orgiba, llevando consigo a los mancebos del lugar.

4.—Don Bernardino de Mendoza.

Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Paises Bajos desde el año de 1567 hasta el de 1577.

Libro III. Capítulo IV. Muerte de los condes de Egmont y de Horn

En este tiempo que sucedió la rota y muerte del conde de Aremberghe se habían concluido y sentenciado los procesos de los condes de Egmont y Horn: y así ordenó el Duque se hiciese justicia dellos, cosa impensada y fuera de la opinion de algunos de los Estados, por juzgar que con la muerte del conde de Aremberghe y pérdida de aquella gente, creciendo cada día más el número de los rebeldes, esperándose la venida de los demas de Alemania a entrar por la otra parte en los Estados, era fuerza verse el Duque tan apretado, que viniese a concertarse en nombre de su majestad con ellos, pues tan dificilmente se les podía quitar el pié que habían tomado en esta provincia ni echarlos fuera della, no siendo posible juntarse fuerzas bastantes para estorbarles por las dos partes la entrada de los Estados. Por lo cual puso grande espanto a los que eran deste parecer, y juzgaban convenir pensar en acuerdo la justicia de los condes, que se hizo en esta razon, trayendoles del castillo de Gante a Bruselas, y en la plaza de la misma villa les cortaron las cabezas: que fué un espectáculo bien triste y doloroso para todos los que a ello se hallaron y de mucha consideracion, viendo dos personas de semejante calidad y prendas correr suerte tan miserable y acabar desastradamente, y en particular Lamoral de Egmont, que había tan bien servido a su majestad en muchas partes y en la jornada de Gravelingues, que importó tanto, haciendo un particular servicio con el ganar aquella vitoria, aunque el buen suceso, como cosa muy señalada, se puede sospechar haber sido mucha ocasion de su yerro, envaneciéndole demasiadamente, por serlo tanta parte las prosperidades y buenas fortunas de las vitorias mas que otra cosa alguna para ensoberbecer los ánimos de los hombres, haciéndoles emprender mayores cosas, cuando el temor de Dios y su mucha prudencia no lo resiste y enfrena.

5.—Jerónimo de Zurita (1512-1580).

ANALES DE ARAGÓN

DEL REBATO QUE SE DIO EL AL REY DON IAYME EL CONQUISTADOR Y COMO SE PUSO EN ORDEN PARA PELEAR CON ZAEN REY DE VALENCIA.

El Rey salió del Puch para boluer a su frontera, y apenas auia llegado a Burriana que llegó á el don Guillen de Aguilon, que fué por mar con gran diligencia, para dar auiso, que el Rey de Valencia auia ajuntado toda la caualleria que estaua desta parte de Castilla, y de Cocentayna, y venia para combatir el castillo de Santa Maria, despues que supo que el Rey era partido: y embiaua don Bernaldo Guillen a pedir a Don Pedro Cornel, que le fuesse a valer, diciendo, que el assi lo hiciera, si le viera en tal necessidad: pero el Rey no quiso confiar el socorro a ninguno, y el se puso en orden para hallarse con los moros en la batalla, por no desamparar a los suyos, estando tan cerca. Con esta nueva salió el Rey de Burriana, con los ricos hombres, y gente que alli tuuo, de media noche abaxo, y tomó el camino de la marina: y auiendo passado de Almenara, yua el Rey tan determinado, y con tanto animo de combatirse con el Rey de Valencia, que llegando a el un cauallero Aragones, que se dezia Fortuño Lopez de Sadaua, y era muy buen cauallero, a preguntarle: Que pensaua que seria dellos aquel dia, le respondió: Por mi fé Fortuño, que oy se cernerá la harina del saluado: y llegando junto al rio de Moruiedro, embio a Martin Perez de Artassona, que despues fué Iusticia de Aragon, con otro cauallero, para tomar lengua, si tenian cercado el castillo: y estando el Rey a media legua del Puch, supo que no hacian ningun mouimiento los de Valencia. De alli dio la buelta para Burriana y passando el rio de Moruiedro, con solos diez y siete caualleros entre los quales yua don Pedro Cornel, don Ximeno de Foces, don Fernan Perez de Piña, y Fortuño Lopez, y Miguel Garces, que era Navarro y viuia en Sariñena, descubrieron algunos moros, y con ellos iua don Artal de Alagon, hijo de don Blasco, que por esta sazón andaua desterrado del Reyno, con gente de su compañia, y podian ser todos hasta ciento y treinta de a cauallo: y Miguel Garces con los que yuan delante dieron al arma: y don Pedro Cornel yua a arremeter contra ellos, sino le detuuiera el Rey por las riendas: y entonces fué preso Miguel Garces. No quedaua otro remedio, que corregir con esfuerço y costancia lo que el Rey auia emprendido tan atreuidamente, lo cual con el sucesso parece prudencia: y asi Fortuño Lopez de Sadana, hiso passara vn cavallero, que lleuaua el pendón de don Pedro Cornel adelante, porque estaua a las espaldas del Rey; y entonces don Fernan Perez de Piña dixo al Rey: Señor los enemigos son muchos y vos teneis aqui muy poca gente, no resta otro consejo, sino que os recojais al Puch: y de los que aqui quédásemos, muera el que no pudiera escapar. Mas el Rey le respodio: Don Fernan Perez, no lo haré, porque ni huy ni sé huyr: antes os digo, que ordene nuestro Señor lo que fuere servido, que aqui lo tengo de auer con ellos. Entoces los caualleros, por su mandado hizieron una muela para esperarlos, y dieron auiso a don Bernardo Guillen, para que embiasse socorro al Rey. Los moros por dos vezes dieron buelta con semblante de acometerlos: pero passaron de largo sin ninguna escaramuza, porque vieron venir a Don Berenguer de Entença, que venia en socorro del Rey.

B. CRONISTAS É HISTORIADORES DE INDIAS

1.—Don Hernando Cortés (1485-1554).

CARTAS DE RELACIÓN SOBRE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

Carta primera, enviada á la reina doña Juana y al emperador Carlos V su hijo, á 10 de julio de 1519

La gente de esta tierra, que habita desde la isla de Cozumel y punta de Yucatán hasta donde nosotros estamos, es una gente de mediana estatura, de cuerpos y gestos bien proporcionada, excepto que en cada provincia se diferencian ellos mismos los gestos, unos horadándose las orejas y poniéndose en ellas muy grandes y feas cosas, y otros horadándose las ternillas de las narices hasta la boca, y poniéndose en ellas unas ruedas de piedras muy grandes que parecen espejos, y otros se horadan los bezos de la parte de abajo hasta los dientes, y cuelgan dellos unas grandes ruedas de piedra o de oro, tan pesadas que les traen los bezos caidos y parecen muy diformes, y los vestidos que traen es como de almaizares muy pintados, y los hombres traen tapadas sus vergüenzas, y encima del cuerpo unas mantas muy delgadas y pintadas á manera de alquizales moriscos, y las mujeres y de la gente comun traen unas mantas muy pintadas desde la cintura hasta los pies y otras que les cubren el pecho, y todo lo demás traen en descubierto; y las mujeres principales andan vestidas de unas muy delgadas camisas de algodon muy grandes, labradas y hechas á manera de roquetes: y los mantenimientos que tienen es maiz y algunos cuyes, como los de las otras islas, y posu yuca asi como la que comen en la isla de Cuba, y cómenla asada, porque no hacen pan della: y tienen sus pesquerías y cazas, crian muchas gallinas como las de Tierra Firme, que son tan grandes como pavos Hay algunos pueblos grandes y bien concertados, las casas en las partes que alcanzan piedra son de cal y canto, y los aposentos dellas pequeños y bajos muy amoriscados; y en las partes adonde no alcanzan piedra hácenlas de adobes y encálanlas por encima, y las coberturas de encima son de paja. Hay casas de algunos principales muy frescas y de muchos aposentos, porque nosotros habemos visto más de cinco patios dentro de unas solas casas, y sus aposentos muy acon certados, cada principal servicio que ha de ser por si, y tienen dentro sus pozos y albercas de agua, y aposentos para esclavos y gente de servicio, que tienen mucha; y cada uno de estos principales tienen á la entrada de sus casas, fuera della, un patio muy grande y algunas dos y tres y cuatro muy altos con sus gradas para subir á ellos, y son muy bien hechas, y con estas tienen sus mezquitas y adoratorios y sus andenes, todo á la redonda muy ancho, y allí tienen sus ídolos que adoran, dellos de piedra, y dellos de barro, y dellos de palo; a los cuales honran y sirven de tanta manera y con tantas ceremonias, que en mucho no se podría hacer de todo ello a vuestras reales altezas entera y particular relación; y estas casas y mezquitas donde las tienen son las mayores y menores bien obradas y que en los pueblos hay, y tienenlas muy atumadas, con plumajes y paños muy labrados y con toda gentileza: y todos los días antes que obra alguna comienzan, queman en las dichas mezquitas encienso, y algunas veces sacrifican sus mismas personas,

cortándose unos las lenguas y otros las orejas, y otros acuchillándose el cuerpo con unas navajas, y toda la sangre que dellos corre la ofrecen a aquellos ídolos, echándola por todas las partes de aquellas mezquitas y otras veces echándola hacia el cielo y haciendo otras muchas maneras de ceremonias: por manera que ninguna obra comienzan sin que primero hagan allí sacrificio. Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida, que hasta hoy he visto en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir á sus ídolos, para que más aceptación tenga su petición toman muchos niños y niñas, y aun hombres y mujeres de mas de mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos, ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. Esto habemos visto algunos de nosotros, y los que han visto dicen que es la mas terrible cosa de ver que jamas han visto. Hacen estos indios tan frecuentemente y tan a menudo, que segun somos informados, y en parte hemos visto por experiencia en lo poco que ha que en esta tierra estamos, no hay año en que no maten y sacrifiquen cincuenta ánimas en cada mezquita, y esto se usa y tienen por costumbre desde la isla de Cozumel hasta esta tierra adonde estamos poblados; y tengan vuestras majestades por muy cierto que, segun la cantidad de la tierra nos parece ser grande y las muchas mezquitas que tienen, no hay año que en lo que hasta ahora hemos descubierto y visto, no maten y sacrifiquen desta manera tres ó cuatro mil ánimas. Vean vuestras reales majestades si deben evitar tan gran mal y daño, y cierto Dios nuestro Señor será servido si por mano de vuestras reales altezas estas gentes fuesen introducidas y instruidas en nuestra muy santa fe católica, y comutada la devoción, fe y esperanza que en estos sus ídolos tienen, en la divina potencia de Dios: porque es cierto que si con tanta fe y fervor y diligencia á Dios sirviesen, ellos harían muchos milagros.

2.—El capitán Bernal Díaz del Castillo.

VERDADERA HISTORIA DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA (1568)

Batalla de Tabasco.

Yo dije al capitan Diego de Ordás: «Paréceme que debemos cerrar y apechugar con ellos, porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvían algo de nosotros por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas, y tanta piedra como granizo.» Respondió el de Ordás que no era buen acuerdo, porque había para cada uno de nosotros trescientos indios, y que no nos podíamos sostener con tanta multitud, é así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar cuanto pudiésemos á ellos, como se lo había dicho el Ordás, por dalles mal año de estocadas; y bien lo sintieron, y se pasaron luego de la parte de una ciénaga; y en todo este tiempo Cortés con los de á caballo no venía; aunque deseábamos en gran manera su ayuda, y temíamos que por ventura no le hubiese acaecido algún desastre. Acuérdome que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos é gritos, y echaban tierra y pajas en lo alto porque no viésemos el daño que les hacíamos, é tañían entonces trompetas é trompetillas, silbos y voces, y decían *Alalala*.

Estando en esto, vimos asomar los de á caballo, é como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto de los de á caballo cómo venían por las espaldas; y como el campo era llano, é los caballeros buenos jinetes, é algunos de los caballos muy revueltos y corredores, dándoles tan buena mano, é alanceando á su placer, como convenía en aquel tiempo; pues los que estábamos peleando, como los vimos, dimos tanta priesa en ellos, los de á caballo por una parte é nosotros por otra, que de presto volvieron las espaldas. Aquí creyeron los indios que el caballo é caballero era todo un cuerpo, como jamás habían visto caballos hasta entonces; iban aquellas habanas é campos llenos dellos, y se acogieron á unos montes que allí había. Y despues que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó cómo no habían podido venir más presto por causa de una ciénaga, y que estuvo peleando con otros escuadrones de guerreros antes que á nosotros llegasen, y traía heridos cinco caballeros y ocho caballos. Y después de apeados debajo de unos árboles que allí estaban, dimos muchas gracias y loores á Dios y á Nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos había dado aquella vitoria tan cumplida, y, como era día de Nuestra Señora de Marzo, llamóse una villa que se pobló, el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser día de Nuestra Señora, como por la gran vitoria que tuvimos. Aquesta fué, pues, la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España. Y esto pasado, apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de indio de muertos, que abrimos para sacalles el unto, é fuimos á ver los muertos que había por el campo, y eran más de ochocientos, é todos los más de estocadas, y otros de tiros y escopetas y ballestas, é muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduvieron los de á caballo había buen recaudo dellos muertos é otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de á caballo como he dicho, y prendimos cinco indios, é los dos dellos capitanes; y como era tarde, y hartos de pelear, é no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por las gargantas é por el oído, y quemamos las heridas á los demás é á los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos. Aquí es donde dice Francisco López de Gomera que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de á caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios, que á puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba.

3.—Francisco de Xerez.

VERDADERA RELACION DE LA CONQUISTA DEL PERÚ (1534).

Otro día por la mañana caminó el Gobernador con su gente, subiendo todavía la sierra, y paró en lo alto della en un llano cerca de unos arroyos de agua, para esperar á los que atrás venían.

Los españoles se aposentaron en sus toldos de algodón que traían, haciendo fuego por defenderse del gran frío que en la sierra hacía; que en

Castilla en tierra de Campos no hace mayor frío que en esta sierra, la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frías, que no se pueden beber sin calentarse.

Dende á poco rato que el Gobernador había reposado llegó la retaguarda, y por otra parte los mensajeros que Atabalipa enviaba, los cuales traían diez ovejas.

Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabalipa enviaba aquellas ovejas para los cristianos y para saber el día que llgarían á Caxamalca, para les enviar comida al camino.

El Gobernador los recibió bien, y les dijo que se holgaba con su venida, por enviarlos su hermano Atabalipa; que él iría lo más presto que pudiese.

Despues que hovieron comido y reposado, el Gobernador les preguntó de las cosas de la tierra y de las guerras que tenía Atabalipa. El uno dellos respondió que cinco días había que Atabalipa estaba en Caxamalca para esperar allí al Gobernador, y que no tenía consigo sino poca gente; que la había enviado á dar guerra al Cuzco, su hermano.

Preguntóle el Gobernador en particular lo que había pasado en todas aquellas guerras y cómo comenzó á conquistar; el indio dijo:

—«Mi señor Atabalipa es hijo de Cuzco viejo, que es ya fallecido, el cual señorea todas estas tierras; y á éste su hijo Atabalipa dejó por señor de una gran provincia que está adelante del Tomipunxa, la cual dice Guito, y á otro su hijo mayor dejó las otras tierras y señorío principal; y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre. Y no contento con el señorío que tenía vino á dar guerra á su hermano Atabalipa, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le había dejado por herencia; y no lo queriendo hacer el Cuzco, mató á sus herederos y á un hermano de los dos que fué con la embajada. Visto esto por Atabalipa, salió á él con mucha gente de guerra hasta llegar á la provincia de Tumepomba, que era del señorío de su hermano; y por defenderse de la gente, quemó el pueblo principal de aquella provincia y mató toda la gente. E allí le vinieron nuevas que su hermano había estado en su tierra haciendo guerra, y fué sobre él; y como el Cuzco supo su venida, fuése huyendo á su tierra. Atabalipa fué conquistando las tierras del Cuzco, sin que algun pueblo se le defendiese, porque sabían el castigo que en Tumepomba hizo, y de todas las tierras que señoreaba se rehacía de gente de guerra. Y como llegó a Caxamalca parecióle la tierra buena y abundante, y asentó allí para acabar de conquistar toda la otra tierra de su hermano, y envió con un capitan dos mil hombres de guerra sobre la ciudad donde su hermano reside; y como su hermano tenía mucho número de gente, matóle estos dos mil hombres; y Atabalipa tornó á enviar más gente con dos capitanes, seis meses ha, y de pocos días acá le han venido nuevas destos dos capitanes que han ganado toda la tierra del Cuzco hasta llegar á su pueblo, y han desbaratado á él y á su gente, y traen presa su persona, y le tomaron mucho oro y mucha plata».

El Gobernador dijo al mensajero:

«Mucho he holgado de lo que me has dicho, por saber de la victoria de tu Señor; porque, no contento el hermano con lo que tenía, quería abajar á tu Señor del estado en que su padre le había dejado. A los soberbios les acaece como al Cuzco; que no solamente no alcanzan lo que malamente desean, pero aun ellos quedan perdidos en bienes y personas».

4.—Gonzalo Hernández de Oviedo (1478-1557).

SUMARIO DE LA NATURAL HISTORIA DE LAS INDIAS

Del palo santo, al cual los indios llaman guayacán.

Así en las Indias como en estos reinos de España y fuera de ellos es muy notorio el palo santo, que los indios llaman guayacán, y por esto diré de él alguna cosa con brevedad; este es un árbol poco menos que nogal, y hay muchos de estos árboles, y muchos bosques llenos de ellos, así en la isla Española como en otras islas de aquellos mares; pero en Tierra-Firme yo no le he visto ni he oído decir que haya estos árboles. Este árbol tiene la corteza toda manchada de verde, y más verde y pardillo, como suele estar un caballo muy overo ó muy manchado; la hoja de él es como de madroño, pero es algo menor y más verde, y echa unas cosas amarillas pequeñas por fruto, que parecen dos altramuces, junto el uno al otro por los cantos. Es madero muy fortísimo y pesado, y tiene el corazon casi negro, sobre pardo; y porque la principal virtud de este madero es sanar el mal de las buas, y es cosa tan notoria, no me detengo mucho en ello, salvo que del palo de él toman astillas delgadas, y algunos lo hacen limar, y aquellas limaduras cuécenlas en cierta cantidad de agua, y según el peso ó parte que echan de este leño á cocer; y desque ha desmenguado el agua con el cocimiento las dos partes ó más, quítanla del fuego y repósase, y bébenla los dolientes ciertos días por las mañanas en ayunas, y guardan mucha dieta, y entre día han de beber de otra agua, cocida con el dicho guayacán; y sanan sin ninguna duda muchos enfermos de aqueste mal; pero porque yo no digo aquí tan particularmente esta manera de cómo se toma este palo ó agua de él, sino cómo se hace en la India, donde es más fresco, el que tuviere necesidad de este remedio, no se cure por lo que yo aquí escribo, porque aquí es otra tierra y temple de aires y es más fría region, y conviene guardarse los dolientes más y usar de otros términos; pero es tan usado, y saben ya muchos como acá se ha de hacer, y de aquellos tales se informe quien tuviere necesidad de curarse; solamente sabré yo aprovechar en aconsejar al que quisiere escoger el mejor guayacán que lo procure de la isla Beata.

5.—El Inca Garcilaso de la Vega (1540-1616).

COMENTARIOS REALES QUE TRATAN DE LOS INCAS, REYES QUE FUERON DEL PERÚ

El oro y plata y otras cosas de estima, no eran de tributo, sino presentadas

El oro y plata y las piedras preciosas que los reyes Incas tuvieron en tanta cantidad como es notorio, no era de tributo obligatorio que fuesen los indios obligados á darlo, ni los reyes lo pedían porque no lo tuvieron por cosa necesaria para la guerra ni para la paz, y todo esto no estimaron por hacienda ni tesoro, porque como se sabe no vendían ni compraban cosa alguna por plata ni por oro, ni con ello pagaban la gente de guerra, ni lo gastaban en socorro de alguna necesidad que se les ofreciese; y por tanto lo tenían por cosa superflua, porque no era de comer ni para comprar de comer: Solamente lo estimaban por su hermosura y resplandor para ornato

y servicio de las Casas Reales y templos del Sol y casas de las Vírgenes, como en sus lugares hemos visto y veremos adelante. Alcanzaron los incas el azogue, mas no usaron de él, porque no le hallaron de ningún provecho, antes sintiéndole dañoso prohibieron el sacarlo, y adelante en su lugar daremos más larga cuenta de él.

Decimos, pues, que el oro y plata que daban al Rey era presentado y no de tributo forzoso, porque aquellos indios (como hoy lo usan) no supieron jamás visitar al superior sin llevar algun presente; y cuando no tenían otra cosa llevaban una cestica de fruta verde ó seca. Pues como los curacas, señores de vasallos, visitasen al Inca en las fiestas principales del año, particularmente en la principalísima que hacían al Sol, llamada Raymi, y en los triunfos que se celebraban por sus grandes victorias y en el tresquilar y poner nombre al Príncipe heredero y en otras muchas ocasiones que entre año se ofrecían, cuando hablaban al Rey en sus negocios particulares ó en los de sus tierras, ó cuando los Reyes visitaban el Reino, en todas estas visitas jamás le besaban las manos sin llevarle todo el oro y plata y piedras preciosas que sus indios sacaban cuando estaban ociosos, porque como no era cosa necesaria para la vida humana no los ocupaban en sacarlo cuando había otra cosa en qué entender. Empero como veían que lo empleaban en adornar las Casas Reales y los Templos (cosas que ellos tanto estimaban), gastaban el tiempo que los sobraba buscando oro y plata y piedras preciosas para tener que presentar al Inca y al Sol, que eran sus dioses.

Sin estas riquezas presentaban los Curacas al Rey madera preciada de muchas maneras para los edificios de sus casas. Presentábanle, también, los hombres que en cualquiera oficio salían excelentes oficiales, como plateros, pintores, canteros, carpinteros y albañiles, que de todos estos oficios tenían los Incas grandes maestros, que por ser dignos de su servicio se los presentaban los Curacas. La gente común no los había menester, porque cada uno sabía lo necesario para su casa, como hacer de vestir y de calzar y una pobre choza en que vivir, aunque entonces se las daba hechas el Concejo, y ahora la hace cada uno para sí con ayuda de sus parientes ó amigos; y así los oficiales de cualquier oficio eran impertinentes para los pobres, porque nó pretendían más que pasar y sustentar la vida natural, sin la superfluidad de tantas cosas como son menester para los poderosos.

Demás desto los grandes oficiales presentaban al Inca animales fieros: tigres, leones y osos, y otros no fieros: micos, monos, gatos cervales, papagayos y guacamayos y otras aves mayores, que son avestruces y el ave que llaman cuntur, grandísima sobre todas las aves que hay allá ni acá. También le presentaban culebras grandes y chicas de las que se crían en los Andes: las mayores que llaman Amaru, son de á veinticinco y de á treinta pies y más de largo; llévanle grandes sapos, y escuerzos y lagartos fieros. Los de la costa le presentaban lobos marinos y los lagartos que llaman caimanes, que también los hay de á veinticinco y de á treinta pies de largo. En suma, no hallaban cosa notable en ferocidad ó en grandeza ó en lindeza que no se la llevasen á presentar, juntamente con el oro y la plata, para decirle que era Señor de todas aquellas cosas y de los que se las llevaban y para mostrarle el amor con que le servían.

IV. POESÍA ÉPICA

A. Los poetas cultos.

1.—Don Alonso de Ercilla (1533-1594).

La Araucana.

Muerte de Caupolicán.

Descalzo, destocado, á pie desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás, mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba
Que visto por los ojos aún dudaba,
Desta manera, pues, llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.
Puesto ya en lo más alto, revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente
Que el increíble caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.
Llegose él mismo al palo donde había
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecía
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mía
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningún mal hay grande si es postrero.»
Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás había sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz de esta manera:
«¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,

Que á un hombre como yo, tan señalado,
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al más culpado;
Que al fin todo se paga con la vida;
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza, y no castigo.
»¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mía?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá, que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»
Esto dicho, y alzando el pie derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido.
Reprehendido el impaciente hecho,
Y él del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.
No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
A que el dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.
En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y despacio le tiraban:
Y aunque en toda maldad ejercitados,
A despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.
Mas fortuna cruel, que ya tenía
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salía,
Forzando el curso le traía derecho;
Y en breve sin dejar parte vacía
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.
Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle:
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle.

Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle;
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

2.—El Capitán Cristobal de Virués (1550-1607).

Historia del Monserrate.

La Virgen de Monserrat.

Un divino tesoro que enriquece
devotas almas, de inmortal riqueza,
á la vista al Obispo se le ofrece
en aquella dulcísima aspereza;
una imagen hermosa que parece
obra divina de sublime alteza,
mira el Prelado en la alta cueva, atento,
lleno de celestial gozo y contento.

Es cual de venerable dama anciana
la sacra imagen que el Prelado mira,
cuya santa belleza soberana,
dando consuelo celestial, admira:
su perfección ser más que de obra humana,
con señales altísimas inspira,
pues junto con beldad suave, espanta
su gravedad y reverencia santa.

Es el color de su divina cara
moreno, mas hermoso á maravilla,
tanto, que ante él la luz del sol más clara
es oscura, turbada y amarilla;
y al fin, su perfición y forma rara
no es posible en su punto describilla,
sino diciendo que es conforme cuanto
ser puede á la del Hijo sacrosanto.

Del cual en las rodillas santas tiene,
con maternal afecto acariciado,
el hermoso retrato, que conviene
en todo con su imagen, cotejado:
con la siniestra mano le sostiene,
puesta en el hombro izquierdo del amado,
y al diestro lado la derecha asoma,
como que alguna cosa en ella toma.

. . . . . .

3.—El racionero Pablo de Céspedes (1538-1608).

POEMA DE LA PINTURA.

El caballo.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
Por estudio más alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera:
Sólo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.

Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas: ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva;
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas, sin derramarlas y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos;
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos.
Llena la anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos:
Ancho el grueso del brazo y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el escuadrón siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarse á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte;
Crece el resuello, y recogido el viento

Por la abierta nariz, ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.
Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendidas
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas más cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della.

B. Los Romanceros del siglo XVI.

1.—Lorenzo de Sepúlveda. Romances nuevamente sacados de historias antiguas (1551).

El caballo del Cid

Ya se parte de Toledo
Ese buen Cid afamado,
Y acabáronse las Cortes
Que allí se habían celebrado,
Aquese buen rey Alfonso,
Muy gran derecho le ha dado
De los Infantes, los condes
De Carrion el condado.
Don Rodrigo vá a Valencia,
Que a los moros la ha ganado:
Novecientos caballeros
Lleva todos fijosdalgo,
Que de la rienda le llevan
A Babieca, el buen caballo.
Despidiose el Rey del Cid,
Que le había acompañado:
Lejos van uno de otro,
El Cid envió un recaudo
Pidiendo merced al Rey
Le aguarde para hablallo.
El Rey aguardara al Cid,
Como bueno y leal vasallo,
Y el Cid le dijo:—Buen Rey
Yo he sido muy mal mirado
En llevarme yo a Babieca,
Caballo tan afamado,
Que a vos, señor, pertenece
Como mas aventajado.
Non le merece ninguno
Vos sí solo a vueso cabo:
Y porque veais cuál es
Y si es bien el estimallo,
Quiero facer ante vos
Lo que no he acostumbrado,
Si non es cuando hubo lides
Con enemigos en campo.—
Cabalgó el buen Cid en él,
De piel de armiño arreado,
Firióle de las espuelas,
El Rey se quedó espantado:
En mirar cuan bien lo face,
A ambos está alabando;
Alababa a quien lo rige,
De valiente y esforzado,
Y al caballo por mejor,
Que otro no es visto ni hallado.
Con la furia de Babieca,
Una rienda se ha quebrado
Paróse con una sola
Como si estuviera en Prado.
El Rey y sus ricos homes
De verlo se han espantado,
Diciendo que nunca oyeron
Fablar de tan buen caballo.
El Cid le dijo:—Buen Rey,
Suplicoos querais tomarlo.
—Non le tomaré yo, el Cid
El Rey por respuesta ha dado:
Si fuera, buen Cid, el mio
Yo vos lo diera de grado,
Que en vos mejor que en ninguno
El caballo está empleado.

Con el honrades a vos,
Y a nos en extremo grado,
Y a todos los de mis tierras,
Por vuestros fechos granados;
Mas yo lo tomo por mio
Aunque vos querais llevarlo,
Que cuando yo lo quisiere
Por mi vos será tomado.—
Despidióse el Cid del Rey,
Las manos le habia besado,
Y fuése para Valencia,
Donde le están aguardando.

2.—Juan de Timoneda. Rosa gentil (1573).

La Infanta Sevilla y Peranzules.

Sevilla está en una torre
La más alta de Toledo;
Hermosa es a maravilla,
Que el amor por ella es ciego.
Púsose entre las almenas
Por ver riberas del Tejo,
Y el campo todo enramado
Como está de flores lleno,
Por un camino espacioso
Vió venir un caballero
Armado de todas armas,
Encima un caballo overo.
Presos siete moros traio
Aherrojados con fierro:
En alcance d'este viene,
Un perro moro moreno,
Armado de piezas dobles
En un caballo lijero.
El continente que trae,
A guisa es de buen guerrero;
Blasfemando de Mahoma,
De sobrada furia lleno.
Grandes voces viene dando:
—Espera, cristiano perro,
Que d'esos presos que llevas
Mi padre es el delantero.
Los otros son mis hermanos,
Y amigos que yo bien quiero;
Si me los das a rescate,
Pagártelos he en dinero,
Y si hacerlo no quisieres
Quedarás hoy muerto, o preso.—
En oirlo Peranzules
El caballo volvió luego:
La lanza puso en el ristre;
Para el moro se va recio
Con tal furia y lijereza
Cual suele llevar un trueno.
En el suelo le derriba,
Y a los primeros encuentros
Apeárase del caballo;
El pie le puso en el cuello;
Cortárale la cabeza:
Ya despues que hizo esto
Recogió su cabalgada
Metióse luego en Toledo.

3.—Lucas Rodríguez. Romancero historiado (1579).

Muerte y entierro de Durandarte.

Echado está Montesinos
Al pie de una verde haya:
Llorando esta Durandarte
Su primo que tanto amaba.
No le duelen las heridas,
Que sacó de la batalla,
Ni le duele ver perdida
La honra toda de Francia;
Ni se acuerda del rey Carlos,
Que huye por la montaña,
Ni tampoco se le acuerda
Del fuerte señor de Brava,
De Oliveros ni de Astolfo,
Ni de los que allí quedaban,
Solo llora por la muerte
Del primo, que muerto estaba.
Con la gran pena que siente
De sospirar no cesaba:
Las heridas corren sangre,
Los ojos destilan agua.
Metido está Montesinos
Con una congoja extraña;
Sacó fuerzas de flaqueza
Y echó mano de una daga:
Mide una parte de tierra,
Que con la punta señala

A la medida del cuerpo
Del primo que ya espiraba,
Y habiéndola señalado
A puros golpes la cava.
Los golpes que da en el suelo
Los da primero en su alma;
Como la tierra está dura
Con lágrimas la ablandaba.
Fuese a su querido primo,
Y abrióle un poco la llaga;
Saca el corazon sangriento
Mas el suyo le dejaba.
Dióle al cuerpo sepultura
Y al camino se tornaba,
Por llevar el corazon
Adonde Belerma estaba,
Porque él antes de su muerte
Así se lo encomendaba,
Y d'esto estaba tan triste,
Que de si no se acordaba.
Si daba un paso la yegua
Con sospiros la alcanzaba:
Al tiempo que amanecia
A la ciudad allegaba.

C. NOVELAS

a. Novela histórica. Ginés Pérez de Hita.

GUERRAS CIVILES DE GRANADA (1595)

MUERTE DE DON ALONSO DE AGUILAR.

Los moros, así que supieron la venida de los cristianos, con presteza se apercebieron para defenderse y tomaron todos los pasos mas estrechos y angostos del camino, para empedir a los cristianos la subida: despues marchando don Alonso con su escuadron y metidos por los caminos mas estrechos, los moros con grandes alaridos acometieron a los cristianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos las cuestas abajo, con lo que hacían muy notable daño en la cristiana gente, y tanto, que mataban a muchos. La gente de a caballo fué desbaratada de todo punto, y se hubo de retirar atrás por no poder hacer ningun efecto, y allí murieron muchos dellos. Visto por don Alonso el poco provecho de sus caballos, y la destruccion total de los infantes, a grandes voces animaba su gente subiendo todavía; pero ningun provecho se les seguía de to porque sin pelear los moros mataban muchos soldados con las peñas que arrojaban. Fué tal la matanza que cuando don Alonso llegó a lo alto no tenía quien le ayudase, porque los que subieron con el eran pocos y mal heridos: y en la cumbre de la sierra, en un llano que había, determinó de pelear con los moros, y cargaron tantos que en breve tiempo mataron a los cansados cristianos: y el último fué don Alonso habiendo mostrado el valor de su animoso corazon, pues cuando el murió había muerto mas de treinta moros. Algunos se escaparon y dieron la nueva al rey Don Fernando de la perdida de don Alonso de Aguilar y su gente: lo cual fué muy sentido en toda la corte, y por este suceso se hizo el siguiente romance:

Estando el rey don Fernando
En conquista de Granada
Donde estan duques y condes,
Y otros señores de salva,
Con valientes capitanes
De la nobleza de España
Despues de haberla ganado,
A sus capitanes llama:
De que los tuviera juntos
Desta manera los habla:
«¿Cual de vosotros amigos
Ira a la sierra mañana
A poner el mi pendon
Encima del Alpujarra?»
Miranse unos a otros,
Y el sí ninguno le daba;

Que la ida es peligrosa,
Y dudosa la tornada.
Y con el temor que tienen,
A todos tiembla la barba,
Sino fuera a don Alonso
Que de Aguilar se llamaba.
Levantóse en pie ante el rey:
Desta manera le habla:
«Aquesta empresa, señor,
Para mi estaba guardada;
Que mi señora la reina
Ya me la tiene mandada.»
Alegróse mucho el rey
Por la oferta que le daba.
Aun no era amanecido,
Don Alonso ya cabalga
Con quinientos de a caballo,
Y mil infantes llevaba.
Comenzó a subir la sierra
Que llamaban la nevada;
Los moros cuando los vieron
Ordenaron gran batalla,
Y entre ramblas y mil cuestas
Se pusieron en parada,
La batalla se comienza
Muy cruel y ensangrentada,
Porque los moros son muchos,
Tienen la cuesta ganada;
Aquí la caballería
No podía pelear nada;
Y así con grandes peñascos
Fue en un punto destrozada:
Los que escaparon de aquí
Vuelven huyendo a Granada.
Don Alonso y sus infantes
Subieron una llanada,
Aunque quedan muchos muertos,
En una rambla y cañada,
Tantos cargan de los moros,
Que a los cristianos mataban:
Solo queda don Alonso,
Su compaña es acabada.
Pelea como un leon
Pero no le aprovechaba,
Porque los moros son muchos,
Y ningun vagar le daban.
En mil partes está herido,
No puede mover la espada:
Por la sangre que ha perdido
Don Alonso se desmaya;
Al fin cayó muerto en tierra
A Dios rindiendo su alma.
No se tiene por buen moro
El que no le dió lanzada,
Le llevaron a un lugar
Que es Oxijeran nombrada.
Allí lo vienen a ver
Como a cosa señalada:
Míranle moros y moras,
Y de su muerte se holgaban.
Llorábale una cautiva,
Una cautiva cristiana,
Que de chiquito en la cuna
A sus pechos le criara.
A las palabras que dice
Cualquiera moro lloraba:
«Don Alonso, don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
Pues te mataron los moros
Los moros del Alpujarra.»

Este fin lastimoso tuvo don Alonso de Aguilar: ahora sobre su muerte hay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances, porque uno dice que esta batalla y otra de cristianos fué en la Sierra Nevada: otro poeta que hizo el romance de río Verde, dice que fué la batalla en Sierra-Bermeja: No sé cual elija: el lector puede hacer esta elección, pues importa poco que muriera en una parte ó en otra, que todo se llama Alpujarra: aunque me parece que la batalla dicha pasó en Sierra-Bermeja, y así lo declara un romance que dice así:

Río Verde, río Verde,
Tinto vas en sangre viva:
Entre ti y Sierra-Bermeja
Murió gran caballería.
Murieron duques y condes
Señores de gran valía:
Allí muriera Urdiales
Hombre de valor y estima.
Huyendo va Sayavedra
Por una ladera arriba:

Tras él iba un renegado
Que muy bien le conocía.
Con algazara muy grande
Desta manera decía:
«Date, date, Sayavedra,
Que muy bien te conocía.
Bien te vide jugar cañas
En la plaza de Sevilla,
Y bien conocí á tus padres,
Y á tu mujer doña Elvira.
Siete años fuí tu cautivo,
Y me diste mala vida:
Ahora lo serás mío,
O me he de costar la vida».
Sayavedra que lo oyera,
Como un leon revolvía:
Tiróle el moro un cuadrillo,
Y por alto hizo la vía.
Sayavedra con su espada
Duramente le hería:
Cayó muerto el renegado
De aquella grande herida.
Cercaron á Sayavedra
más de mil moros que había;
Hiciéronle mil pedazos
Con saña que dél tenían.

Don Alonso en este tiempo
Muy gran batalla le hacían;
El caballo le habían muerto:
Por muralla le tenía.
Y arrimado á un gran peñon
Con valor se defendía.
Muchos moros tiene muertos;
Mas muy poco le valía.
Porque sobre él cargan muchos,
Y le dan grandes heridas:
Tantas que allí cayó muerto
Entre la gente enemiga.
También el conde de Ureña
Mal herido en demasía
Se sale de la batalla
Llevado por una guía,
Que sabía bien la senda
Que de la tierra salía:
Muchos moros deja muertos
Por su grande valentía.
Tambien algunos se escapan,
Que al buen conde le seguían;
Don Alonso quedó muerto,
Recobrando nueva vida
Con una fama inmortal
De su esfuerzo y valentía.

b. Novela pastoril.

1.—Jorge de Montemayor (15..-1561).

La Diana. (Libro V.)

Cuando Polidora se partió de Arsileo, no muy lejos de allí topó a la pastora Belisa que en compañia de las dos ninfas Cintia y Dorida se andaba recreando por el espeso bosque, y como ellas la viesen venir con tan grande priesa, no dejaron de alborotarse, pareciéndoles que venía huyendo de alguna cosa que a ellas también les cumpliese huir. Ya que hubo llegado un poco más cerca, la alegría que en su hermoso rostro vieron las aseguró, y llegando a ellas se fué derecha a la pastora Belisa y abrazándola con grandísimo gozo y contentamiento, le dijo: Este abrazo, hermosa pastora, si vos supiéredes de qué parte viene, con mayor contento le recibiríades del que ahora teneis. Belisa respondió: De ninguna parte, hermosa ninfa, él puede venir que yo en tanto le tenga como es de la vuestra: que la parte de que yo le pudiera tener en más ya no es en el mundo, ni aun yo debiera querer vivir, faltándome todo el contento que la vida me podía dar.—Esa vida espero yo en Dios, dijo Polidora, que vos de aquí adelante terneis con más alegría de la que podeis pensar. Y sentémonos a la sombra de este verde aliso, que grandes cosas traigo que deciros. Belisa y las ninfas se asentaron, tomando en medio a Polidora, la cual dijo a Belisa: ¿Dime, hermosa pastora, tienes tu por cierta la muerte de Arsenio y Arsileo? Belisa le respondió sin poder te-

ner las lágrimas: Téngola por tan cierta, como quien con sus mismos ojos vió al uno atravesado con una saeta y al otro matarse con su misma espada. ¿Y qué dirás, dijo Polidora, a quien te dijere que esos dos que tú viste muertos, son vivos y sanos como tú lo eres? Respondiera yo a quien eso me dijere, dijo Belisa, que tenía deseo de renovar mis lágrimas, trayéndomelos á la memoria, o que gustaba de burlarse de mis trabajos. Bien segura estoy, dijo Polidora, que tu eso pienses de mi, pues sabes que me han dolido más que a ninguna persona que tu los hayas contado. Mas dime ¿quién es un pastor de tu tierra que se llama Alfeo? Belisa respondió: El mayor hechicero y encantador que tiene nuestra Europa, y algun tiempo se preciaba él de servirme. Es hombre, hermosa ninfa, que todo su trato y conversacion es con los demonios, a los cuales él hace tomar la forma que quiere, de tal manera, que muchas veces pensais que con una persona a quien conoceis estais hablando, y diciéndole así, vos hablais con el demonio a quien él hace tomar aquella figura. Pues has de saber, hermosa pastora, dijo Polidora, que ese mismo Alfeo con sus hechicerias ha dado causa al engaño en que hasta ahora has vivido, y a las infinitas lágrimas que por esta causa has llorado, porque sabiendo él que Arsileo te había de hablar aquella noche que entre vosotros estaba concertado, hizo que dos espíritus tomasen las figuras de Arsileo y de su padre y pasase delante de ti lo que viste, porque pareciéndote que eran muertos, desesperares o a lo menos hicieres lo que hiciste. Cuando Belisa oyó lo que la hermosa Polidora le había dicho quedó tan fuera de si que por un rato no supo responderle, pero volviendo en si le dijo: Grandes cosas me has contado, si mi tristeza no estorbase creellas. Por lo que dices que quieres, te suplico que me digas de quién has sabido que los dos que yo vi delante de mis ojos muertos no eran Arsenio y Arsileo. ¿De quién? dijo Polidora, del mismo Arsileo. ¡Cómo Arsileo! respendió Belisa, ¿que es posible que el mismo Arsileo está vivo y en parte que te lo pudiera contar? Yo te diré cuan posible es, dijo Polidora, que si vienes conmigo, antes que lleguemos a aquellas tres hayas que delante de los ojos tienes, te lo mostraré. ¡Ay Dios! dijo Belisa, ¿que es esto que oigo? ¿que es verdad que está allí todo mi bien? ¿pues qué haces, hermosa ninfa, que no me llevas a verle? no cumples con el amor que dices que siempre me has tenido. Esto decía la hermosa pastora con una mal segura alegría, con una dudosa esperanza de lo que tanto deseaba: mas levantándose Polidora y tomándola por la mano juntamente con las ninfas Cintia y Dorida, que de placer no cabían en ver el buen suceso de Belisa, se fueron hacia el arroyo adonde Arsileo estaba, y antes que allá llegasen un templado aire que de la parte donde estaba Arsileo venía le hirió con la dulce voz del enamorado pastor en los oidos, el cual aún a este tiempo no había dejado la música: mas antes comenzó de nuevo a cantar este mote antiguo con la glosa que él mismo allí a su propósito hizo.

¡Qué tiempos, qué movimientos
qué caminos tan extraños,
qué engaños, qué desengaños,
qué grandes contentamientos
nacieron de tantos daños!
Todo lo sufre una fe,
y un buen amor le asegura;
y pues que mi desventura
ya de enfadada se fué,
ven ventura, ven y tura.
Sueles, ventura, moverte
con ligero movimiento,
y si en darme este contento
no imaginas tener suerte,
mas me vale mi tormento.
Que si te vas, al partir

falta el seso y la cordura:
mas si para estar segura
te determinas venir,
ven ventura, ven y tura.
Si es en vano mi venida,
si acaso vine engañado
que todo teme un cuitado,
¿no fuera perder la vida
consejo mas acertado?
¡Oh temor! eres extraño
siempre el mal se te figura;
mas ya que en tal hermosura
no puede caber engaño,
ven ventura, ven y tura.

2.—Gaspar Gil Polo.

La Diana enamorada (1564)

En acabando los pastores de cantar, comenzaron a recoger su ganado, que por el bosque derramado andaba. Y viniendo hacia donde Marcelio y Diana estaban, fué forzado de habellos ver, porque no tuvieron forma de esconderse, aunque mucho lo trabajaron. Gran contento recibieron de tan alegre y no pensada vista. Y aunque Berardo quedó con ella atemorizado, el ardiente Tauriso con ver la causa de su pena, encendió más su deseo. Saludaron cortésmente los pastores, rogándoles que pues la fortuna allí los había encaminado, se fuesen todos de compañía hacia la aldea. Diana no quiso ser descortés, porque no lo acostumbraba, mas fué contenta de hacello ansi. De modo que Tauriso y Berardo encargaron á otros pastores que con ellos estaban, que los recogidos ganados hacia la aldea poco á poco llevasen, y ellos en compañía de Marcelio y Diana adelantándose, tomaron el camino. Rogóle Tauriso a Diana que a la canción que él diría, respondiese; ella dijo que era contenta, y ansi cantaron esta canción:

Tauriso. Zagala, ¿porque razón
no me miras, di, enemiga?
Diana. Porque los ojos fatiga
lo que ofende al corazón.
Tauriso. ¿Que pastora hay en la vida
que se ofenda de mirar?
Diana. La que pretende pasar
sin querer, ni ser querida.
Tauriso. No hay tan duro corazón
que un alma tanto persiga.
Diana. Ni hay pastor que contradiga
tan adrede a la razón.
Tauriso. ¿Como es esto que no tuerza
el amor tu crueldad?
Diana. Porque amor es voluntad
y en la voluntad no hay fuerza.
Tauriso. Mira que tienes razón
de remediar mi fatiga.
Diana. Esa mesma a mi me obliga
a guardar mi corazón.
Tauriso. ¿Porqué me dás tal tormento
y qué guardas tu hermosura?
Diana. Porque tú el seso y cordura
llamas aborrecimiento.

TAURISO. Será porque sin razón
tu braveza me castiga.
DIANA. Antes porque de fatiga
defiendo mi corazon.
TAURISO. Cata que no soy tan feo
como te cuidas, pastora.
DIANA. Conténtate por agora
conque digo que te creo.
TAURISO. ¿Después de darme pasión
me escarneces, di, enemiga?
DIANA. Si otro quieres que te diga
pides más de la razón.

En extremo contentó la cancion de Tauriso y Diana, y aunque Tauriso por ella sintió las crudas respuestas de su pastora, y con ellas la grande pena, quedó tan alegre con que ella le había respondido, que olvidó el dolor que de la crueldad de sus palabras pudiera recebir. A este tiempo el temeroso Berardo esforzando el corazon, hincando sus ojos en los de Diana a guisa de congojado cisne, que cercano a su postrimería, junto a las claras fuentes va suavemente cantando, levantó la debil y medrosa voz, que con gran pena del sobresaltado corazón le salía, y al son de su zampoña cantó ansi:

Tenga fin mi triste vida,
pues por mucho que lloré,
no es mi pena agradecida,
ni dan credito a mi fé.
Estoy en tan triste estado
que tomara por partido
de ser mal galardonado
sólo que fuera creido.
Mas aunque pene mi vida
y en mi mal constante esté,
no es mi pena agradecida,
ni dan credito á mi fé.

Despues de haber dicho Berardo su cancion, pusieron los dos pastores los ojos en Marcelio y como era hombre no conoscido, no osaban decille que cantase. Pero en fin, el atrevido Tauriso le rogó les dijese su nombre, y si era posible, dijese alguna cancion, porque lo uno y lo otro les sería muy agradable. Y él sin dalles otra respuesta, volviéndose a Diana, y señalándole que su zampoña tocase, quiso con una cancion contentalles de entrambas las osas. Y despues de dado un suspiro dijo ansí:

Tal estoy después que vi
la crueldad de mi pastora,
que ni sé quién soy agora,
ni lo que será de mi.
Sé muy bien, que si hombre fuera.
el dolor me hubiera muerto.
y si piedra, ésta muy cierto
que el llorar me deshiciera.
Llámanme Marcelio a mi,
pero soy de una pastora,
que ni sé quién soy agora,
ni lo que será de mi.

Ya la luz del sol comenzaba a dar lugar a las tinieblas, y estaban las aldeas con los domésticos fuegos humeando, cuando los pastores y pastoras estando muy cerca de su lugar dieron fin a sus cantares...

c. Novela picaresca.

1.—La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades (1553).

Asiento de Lázaro con un ciego.

.....

Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo: Lázaro, llega el oido á este toro, y oirás gran ruido dentro dél. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres dias me duró el dolor de la cornada, y díjome: Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber mas que el diablo, y rió mucho la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba, y dije entre mí: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues soy solo, y pensar como me sepa valer.

.....

Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave, y el meter de las cosas y sacarlas era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja; mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual, en menos de dos bocados, era despachada. Despues que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendido en otras cosas: por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosia y tornaba á coser, sangraba el avariento fardel, sacando, no por tasa, pan, mas buenos pedazos, torreznos, longaniza, y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta, que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podia sisar y hurtar traia en medias blancas, y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenia lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego la conocia y sentia que no era blanca entera, y decia: ¿qué diablos es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedi hartas veces me pagaban? En ti debe de estar esta desdicha. Tambien él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado que en yéndose el que le mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo asi lo hacia. Luego él tornaba á dar voces, diciendo:—Manden rezar tal y tal oracion—como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comiamos; yo Muy de presto le asia, y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta, y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, antes lo tenia por el asa asido, mas no habia piedra imán que trajese á si el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenia hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches.

Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y atapábale con la mano, y asi bebia seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moria por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla, y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teniamos, y al calor della luego era derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponia, que maldita la gota se perdia. Cuando el pobrete iba á beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podia ser. No direis, tio, que os lo bebo yo, decia; pues no lo quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas asi lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y luego otro dia, teniendo yo rezumado mi jarro como solia, no pensando en el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenia tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose (como digo) con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me habia caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande; que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé.

Desde aquella hora quise mal al ciego: y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose decia: ¿qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran.

. . . . . .

Acaeció que llegando á un lugar que llaman Almoróx, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo dellas en limosna, y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano, para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que á él se llegaba, acordó de hacerse un banquete así por no poderlo llevar, como por contentarme, que aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes; sentámonos en un valladar, y dijo: ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hagas dél tanta parte como yo; partillo hemos desta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas de una uva, yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño: hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debia hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él; mas aun pasaba adelante dos á dos, y tres á tres, y como podia las comia. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro,

engañado me has: juraré yo que has tú comido las uvas tres á tres. No comí, dije yo; mas ¿por qué sospechais eso? Respondió el graciosísimo ciego: ¿sabe- en qué veo que las comistes tres á tres? en que comia yo dos á dos y callabas.

2.—Mateo Alemán (15...-1620).

Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana. (Capítulo X)

Entré á servir al embajador de Francia con quien monseñor (que esté en gloria) tuvo estrechas amistades, y en su tiempo gustaba de mis niñerías.

Mucho se deseaba servir de mí; no se atrevio á recibirme por el amistad que estaba de por medio. En resolucion, allá me fuí; hacíame buen tratamiento, pero con diferente fin, que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el embajador al gusto de la suya; porque lo recibía de donaires que le decía, cuentos que le contaba y á veces de recaudos que le llevaba de algunas damas á quien servía. No me señaló plaza ni oficio, generalmente le servía, y generalmente me pagaba; porque él me lo daba ó en su presencia yo me lo tomaba con buen donaire; y hablando claro, yo era su gracioso. aunque otros me llamaban truhán, chocarrero. Cuando teníamos convidados (que nunca faltaba) á los de cumplimiento servíamos con gran puntualidad, desvelando los ojos en los suyos; mas á otros importunos, necios, enfadosos que sin ser llamados venían, á los tales hacíamos mil burlas; á unos dejándolos sin beber que parecía que los criábamos como melones de secano; á otros dándoles á beber poco y con tazas penadas, á otros muy aguado, á otros caliente. Los manjares que gustaban, alzábamos el plato, servíamosles con salado, acedo y mal sazonado; buscábamos invención para que les hiciese mal provecho por aventarlos de casa.

Una vez aconteció que como un inglés hubiese dicho ser pariente del embajador, y tuviese costumbre de venírsenos á casa cada día, mi amo se enfadaba, porque demás de no ser su deudo, no tenía cualidades ni sangre noble y sobre todo era en su conversación impertinente y cansado. Hombres hay que aporrean un alma con solo mirarlos, y otros que se meten en ella dejándose querer sin ser en las manos del uno ni en el poder del otro el odio ni el amor; pero este parecía todo de plomo, mazo sordo. Una noche al principio de cena comenzó á desvanecerse con mil mentiras de que el embajador se enfadó mucho, y no pudiendo sufrir, me dijo en español, que el otro no entendía: «Mucho me cansa este loco». No lo dijo á tonto ni sordo, luego lo tomé á destajo: fuíle sirviendo con picantes que llamaban á gran priesa; era el vino suavísimo, la copa grande iba menudeando; de polvillo en polvillo, se levantó una polvareda de la maldicion: cuando lo ví rendido y á treinta con rey, quitéme una liga, y púsele una lazada floja en la garganta del pie, atando el cabo con el de la silla y levantados los manteles, cuando se quiso ir á su posada, no tan pronto se alzó de su asiento, como estaba en el suelo, hechas las muelas y los dientes, y aun deshechas las narices; de manera, que vuelto en sí, otro día, y viendo su mal recaudo, de corrido no volvió más á casa.

Bien me fué con este, porque sucedió como deseaba; mas no todos los lances salen ciertos; algunos hay que pican y se llevan el cebo, dejando burlado

al pescador, y el anzuelo vacío, como me acontesció con un soldado español de más de la marca. ¡Oh, villano, traidor, y qué madrigado y redomado era!

Oye lo que con él nos pasó: entrósenos en casa á mediodía, cuando el embajador quería comer, y llegándose á él, dijo ser un soldado natural de Córdoba, caballero principal della, y que tenía necesidad, y así le suplicaba se la favoreciese haciéndole merced. El embajador sacó un bolsico donde tenía unos escudos, y sin abrirlo se lo dió, por parecerle sería lo que significaba; no contento con esto deteníase contándole quién era, y las ocasiones en que se había hallado de lance en lance. Como el embajador se fué á sentar á la mesa, él hizo lo mismo: llegando una silla se puso á su lado; yo iba por la vianda, y veo que otros dos gerifaltes como él, entraban por el corredor, y como lo vieron comiendo, dijo el uno al otro: «voto á tal, que parece que el pecado nos ata los pies, que siembre este chocarrero nos gana por la mano, que su padre no se hartó de calzarme borceguíes, en Cordoba, donde tiene su ejecutoria en el techo de la iglesia mayor: esta es la desventura nuestra; que si pasamos veinte caballeros á Italia, vienen cien infames cual éste, á quererse igualar, haciéndose de los godos; como entienden que no los conocen, piensan que engomándose el bigote y arrojando cuatro plumas, han alcanzado la nobleza y valentía, siendo unos infames gallinas, pues no pelean plumas ni bigotes, sino corazones y hombres; vámonos que yo le haré al tal que desocupe nuestros cuarteles y busque rancho». Fuéronse y quedé considerando cuáles eran todos tres y como se honraban. Con los dos me indigné pareciéndome fanfarrones, y por su mal término en hablar, insultando al que se deseaba honrar, sin ajena costa ni pe juicio, y con el huésped cobré gran ira, por su demasiado atrevimiento: debiérase contentar con lo que le habían dado, sin ser desvergonzado, poniéndose á la tabla con semejante desenvoltura; dióme deseo de burlarlo, y aprovechóme poco, pues pensando ir por lana, volví trasquilado, no saliendo con mi intento. Pidióme de beber, hice que no lo entendía, señalóme con la mano, acerquéme junto á él, volvió tercera vez con una seña, volví los ojos á otra parte, mesurando el rostro, y viendo que ó lo hacía de tonto ó de bellaco, no me lo volvió á pedir, antes dijo al embajador:

«No le parezca á vuestra señoría ser atrevimiento el haberme sentado á su tabla, sin ser convidado, por las muchas excusas que tengo para ello. Lo primero, la calidad de mi linaje y noble persona merece toda merced y cortesía. Lo segundo, ser soldado me hace digno de cualquier tabla de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesion. Lo último, que se junta con lo dicho mi mucha necesidad, á quien todo es comun; la mesa de vuestra señoría se pone para remediar á semejantes; con que no es necesario esperar á ser convidados los que fueron soldados de mis prendas. Suplico á vuestra señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que como soy español no me han entendido, aunque la he pedido». Mi amo nos mandó darle de beber, y así no pudo excusarse; pero jurésela, que me lo había de pagar; trújele la bebida en un vaso muy pequeño y penado, y el vino aguado, de manera que lo dejé casi con la misma sed. Mas como á los españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo, con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida; habiéndonos todos los pajes conjurado de no mirarlo á la cara en cuanto comiese, porque no volviese con señas á pedirlo y nos obligase á darle; mas él supo mucho; que cuando satisfizo el estómago de viandas, y servían los postres, volvió á decir: «con licencia de vuestra se-

ñoría voy á beber»; y levantándose de la silla fuese al aparador, y en el vaso mayor que halló echó agua y vino lo que le pareció; y satisfecha la sed, quitándose la gorra y haciendo una reverencia, salió de la sala y se fué sin hablar otra palabra. Quedó el embajador tan risueño de mis trazas y admirado de la resolucion del hombre, que me dijo: «Guzmanillo, este soldado se parece á tí y á tu tierra, donde todo se lleva con fieros y poca vergüenza».

d. Cuentos.

Juan de Timoneda. El Patrañuelo (1566).

PATRAÑA CATORCENA.

A un muy honrado abad
sin doblez, sabio, sincero,
le sacó su cocinero
de una gran necesidad.

Queriendo cierto rey quitar el abadía á un muy honrado abad y darla á otro, por ciertos revolvedores, llamóle y díjole: «reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conviene y el estado vuestro requiere, por pacificacion de mi reino y descargo de mi conciencia, os quiero preguntar tres preguntas, las cuales, si por vos me son declaradas, hareis dos cosas: la una, que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra, que os confirmaré para toda vuestra vida el abadia, y si no, habreis de perdonar.» A lo cual respondió el abad: «diga vuestra alteza, que yo haré toda mi posibilidad de habellas de declarar.—Pues, sus, dijo el rey. La primera que quiero que me declareis es que me digais, yo cuánto valgo; y la segunda, que adónde está el medio del mundo; y la tercera, qué es lo que yo pienso. Y porque no penseis que os quiero apremiar que me las declareis de improviso, andad, que un mes os doy de tiempo para pensar en ello.»

Vuelto el abad á su monasterio, por más que miró sus libros y diversos autores, por jamás halló para las tres preguntas respuesta ninguna que suficiente fuese. Con esta imaginacion, como fuese por el monasterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un dia su cocinero: «¿que es lo que tiene su paternidad?» Celándoselo el abad, tornó á replicar el cocinero diciendo: «no deje de decírmelo, señor, porque á veces debajo de ruin capa yace buen bebedor, y las piedras chicas suelen mover las grandes carretas.» Tanto se lo importunó, que se lo hubo de decir. Dicho, dijo el cocinero: «vuestra paternidad haga una cosa, y es, que me preste sus ropas y raparéme esta barba, y como le parezco algun tanto y vaya de par de noche en la presencia del rey, no se dará á cato del engaño; así que, teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacarle deste trabajo, á fe de quien soy.»

Concediéndoselo el abad, vistió el cocinero de sus ropas, y con su criado detrás, con toda aquella cerimonia que convenia, vino en presencia del rey. El rey, como lo vido, hízole sentar cabe de sí diciendo: «Pues ¿qué hay de nuevo, abad?» Respondió el cocinero: «Vengo delante de vuestra alteza para satisfacer por mi honra.—¿Así? dijo el rey: veamos qué respuesta traeis á mis tres preguntas.» Respondió el cocinero: «primeramente á lo que me preguntó vuestra alteza, que cuánto valia, digo que vale veinte y nueve dineros,

porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio mundo, es á do tiene su alteza los piés; la causa que, como sea redondo como bola, adonde pusieren el pié es el medio dél; y esto no se puede negar. Lo tercero, que dice vuestra alteza, que diga qué es lo que piensa, es que cree hablar con el abad y está hablando con su cocinero.» Admirado el rey dello dijo: «¿Qué eso pasa en verdad?» Respondió: «Sí señor, que yo soy su cocinero que para semejantes preguntas era yo suficiente y no mi señor el abad.» Viendo el rey la osadia y viveza del cocinero, no sólo le confirmó la abadia para todos los dias de su vida, pero hizole infinitas mercedes al cocinero.

V. POESÍA LÍRICA

A. La escuela italiana.

1.—Juan Boscán de Almogaver (1490-1542.)

SONETOS.

Bueno es amar. Pues ¿cómo daña tanto?
Gran gusto es querer bien. ¿Por qué entristece?
Placer es desear. ¿Cómo aborrece?
Amor es nuestro bien. ¿Cómo da llanto?
Da esfuerzo amor. Pues ¿cómo causa espanto?
Por el amor el bien del alma crece,
Pues ¿cómo así por él ella padece?
¿Cómo tantos contrarios cubre un manto?
¿No es el amar el que dolor nos trae?
La compañía que a su pesar él tiene
También a su pesar nos hiere y mata.
El mal en él de nuestra parte cae;
Él solo en nuestro bando nos sostiene
Y nuestra paz continuamente trata.

***

Dulce soñar y dulce congojarme
Cuando estaba soñando que soñaba;
Dulce gozar con lo que me engañaba,
Si un poco más durara el engañarme.
Dulce no estar en mí, que figurarme
Podía cuanto bien yo deseaba;
Dulce placer, aunque me importunaba
Las veces que llegaba á despertarme.
¡Oh sueño! cuanto más leve y sabroso
Me fueras si vinieras tan pesado
Que asentaras en mí con más reposo!
Durmiendo, en fin, fuí bienaventurado
Y es justo en la mentira ser dichoso
Quien siempre en la verdad fué desdichado.

2.—Garcilaso de la Vega (1503-1536).

Egloga primera.

. . . . . .

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de una alta haya, en la verdura,
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él con canto acordado
al rumor que sonaba,
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella le decia.

Salicio.

¡Oh mas dura que mármol á mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
mas helada que nieve, Galatea!
estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas;
que no hay, sin tí, el vivir para que sea.
Vergüenza hé que me vea
ninguno en tal estado,
de tí desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle ó alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio
do su natura ó menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo
ó la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por tí Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente solo á mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
por tí la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por tí la verde yerba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu pecho falso se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
á beber en el Tajo mi ganado;
y despues de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo ya con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cúya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿do la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
de tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,

viendo mi amada hiedra
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo...
Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan,
los árboles parece que se inclinan,
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
á lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste;
que bien podrás venir de mi segura;
y dejaré el lugar do me dejaste;
ven, si por solo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí una espesura,
ves aquí una agua clara,
en otro tiempo cara,
á quien de tí con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
al que todo mi bien quitarme puede;
que pues el bien le dejo,
no es mucho que lugar también le quede.
Aquí dió fin á su cantar Salicio...

Nemoroso.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembrais vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me ví tan ajeno
del grande mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
ó con el pensamiento discurría
por donde no hallaba,

sino memorias llenas de alegría;
Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
que despertando, á Elisa ví á mi lado.
¡Oh miserable hado!
Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
á los agudos filos de la muerte!
Más convenible fuera aquesta suerte
á los cansados años de mi vida,
que es mas que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi ánima do quier que se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio al oro,
como á menor tesoro,
¿adónde está? ¿Adonde el blanco pecho?
¿Dó la coluna que el dorado techo
con presuncion graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fria, desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que habia de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario dia
que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que á sempiterno llanto
y á triste soledad me ha condenado;
y lo que siento mas es verme atado
á la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa...
Como al partir del sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta
la negra escuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquello que la noche nos encubre,

hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa:
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que á ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y á su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas;
Desta manera suelto yo la rienda
á mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda;
que aquel era su nido y su morada.
Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo;
tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido...

Canción III.

Con un manso ruido
De agua corriente y clara,
Cerca el Danubio, una isla que pudiera
Ser lugar escogido
Para que descansara
Quien como yo estó agora, no estuviera;
Do siempre primavera
Parece en la verdura
Sembrada de las flores;
Hacen los ruiseñores
Renovar el placer ó la tristura

Con sus blandas querellas,
Que nunca día y noche cesan dellas.
  Aquí estuve yo puesto,
O por mejor decillo,
Preso, forzado y solo en tierra ajena;
Bien pueden hacer esto
En quien puede sufrillo
Y en quien él a si mismo se condena.
Tengo solo una pena,
Si muero desterrado
Y en tanta desventura,
Que piensen por ventura
Que juntos tantos males me han llevado
Y sé yo bien que muero
Por solo aquello que morir espero.
  El cuerpo está en poder
Y en manos de quien puede
Hacer a su placer lo que quisiere,
Mas no podrá hacer
Que mal librado quede,
Mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
Y la postrera suerte
Aquí me ha de hallar,
En el mismo lugar;
Que otra cosa más dura que la muerte
Me halla y ha hallado;
Y esto sabe muy bien quien lo ha probado.
  No es necesario agora
Hablar más sin provecho,
Que es mi necesidad muy apretada:
Pues ha sido en un hora
Todo aquello deshecho
En que toda mi vida fué gastada.
¿Y al fin de tal jornada
Presumen espantarme?
Sepan que ya no puedo
Morir sino sin miedo:
Que aun nunca qué temer quiso dejarme
La desventura mía,
Que el bien y el miedo me quitó en un día.
  Danubio, río divino,
Que por fieras naciones
Vas con tus claras ondas discurriendo,
Pues no hay otro camino
Por donde mis razones
Vayan fuera de aquí, sino corriendo
Por tus aguas y siendo
En ellas anegadas;
Si en tierra tan ajena

En la desierta arena
Fueren de alguno acaso en fin halladas
Entiérrelas, siquiera
Porque su error se acabe en tu ribera.
Aunque en el agua mueras,
Canción, no has de quejarte;
Que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras
Si hubieras de igualarte
Con otras que se me han muerto en la boca.
Quien tiene culpa desto,
Allá lo entenderás de mí muy presto.

Sonetos.

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi mente conjuradas.
¿Quién me dijera cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía
Que me habíais de ser en algun día
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes.
Si no, sospecharé que me pusistes
En tantos bienes porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

***

Pensando que el camino iba derecho,
Vine á parar en tanta desventura,
Que imaginar no puedo, aun con locura,
Algo de que esté un rato satisfecho.
El ancho campo me parece estrecho,
La noche clara para mí es escura,
La dulce compañía amarga y dura,
Y duro campo de batalla el lecho.
Del sueño, si hay alguno, aquella parte
Sola que es ser imagen de la muerte
Se aviene con el alma fatigada.
En fin, que como quiera estoy de arte,
Que juzgo ya por hora menos fuerte,
Aunque en ella me ví, la que es pasada.

B. La escuela española.

1.—Cristóbal de Castillejo (1490-1556).

DIÁLOGO QUE HABLA DE LAS CONDICIONES DE LAS MUJERES.

. . . . . .
No se puede tomar tino
A la hembra, ni le tiene,
Porque nunca va ni viene
Sino fuera de camino;
Desviada
De los medios, y allegada
Siempre más a los extraños;
De do viene que la vemos
Por antojos gobernada,
En el viento
Volando su pensamiento,
Ora acá, ora acullá:
Nunca por el medio va,
Mas siempre fuera de tiento
Y mesura;
O como una peña dura
Se queda estando parada,
O corre desenfrenada
Tras el fin de su locura,
Que la guía;
Una vez helada y fria
Muy mas que el invierno frio,
Otra como el mismo estío
Inflamada en demasía,
Nunca alcanza
La hembra cierta templanza
De guiar tras la verdad
Ni tener en igualdad
Puesta jamas la balanza
Del querer:
O vos ama, sin poder
Encubrir lo que padece,
O sin causa os aborrece
Hasta no poderos ver,
Y vengarse.
Si grave quiere mostrarse,
Parece triste, pesada,
Rostrituerta, encapotada,
Que apenas deja mirarse;
Y si acuesta
A ser cortés y modesta,
Dejando la gravedad,
Da muestras de liviandad
Con risa menos honesta.
Y muy presto
Aquella gracia del gesto
Con que se muestra amigable,
Se hace vituperable
En su hocico compuesto.
En un hora
Canta y gruñe, rie y llora,
Es sabia y loca en un panto,
Osa y teme todo junto,
Y niega al mismo que adora,
Y le vende;
Quiere y no quiere, ni entiende
Lo que quiere ni desea;
Consigo mismo pelea,
Contraria de si, se ofende
Y destruye:
Sigue lo mismo que huye,
Lo que sabe no lo sabe,
Concierto ninguno cabe
En lo que ordena y concluye
Con razones.
Porque contrarias pasiones
Le perturban la razon,
Y en una misma opinion
Tiene muchas opiniones.
Una dama,
De mejor gesto que fama,
Me acuerdo que vi en Toledo,
Con tanta saña y denuedo
Como un toro de Jarama
Carnicero.
Que en brazos de un caballero
Casi bramando, decía:
«¡Que desventura la mía,
Que no sé lo que me quiero!»
Y de aquí
Nace, como siempre oí
No poder en esta vida
La mujer ser entendida,
Porque no se entiende a sí,
De mudable,
Inconstante, variable,
Vaga, vana, charladora,
Deslenguada, mordedora,
Mentirosa, intolerable,

Maliciosa,
Arrogante, imperiosa,
Mandona, descomedida,
Temeraria de atrevida,
Impaciente, querellosa.
Robadora,
Pesada, revolvedora,
Ambiciosa y avarienta,
Vindicativa, sangrienta,
Sañuda, amenazadora,
Envidiosa,
Descomunal, desdeñosa,
Creedora de ligero,
Idólatra de dinero,
Por quien hace toda cosa
Lisonjera:
Por una parte santera
Y por otra muy profana,
Supersticiosa, liviana,
Adevina, hechicera,
Perezosa,
Deshonesta y lujuriosa
Cuando el tiempo da lugar,
Doctora del paladar
Y tragadora golosa
Regalada;
Por la mayor parte dada
A toda delicadeza,
Y a ser de su gentileza
Curiosa y apasionada,
Y a locuras
Y deleites y blanduras,
Y a caricias y halagos,
Y a revueltas y trafagos
Y secretas travesuras,
Guardadora
Del odio que en ella mora,
Hasta que halla sazon
De vengar su corazon,
Del cual es ejecutora
Muy airada:
Malina, desvergonzada
Y terrible, impetuosa,
Corajuda y furiosa,
Súpita y acelerada
Y guerrera;
Indomable, dura y fiera
Ingrata, falsa, traidora,
Rebelde, pleiteadora,
Achacosa, insufridera...

ROMANCE IMITACIÓN DE UNO VIEJO.

Tiempo es ya, Castillejo,
Tiempo es de andar aquí,
Que me crecen los dolores
Y se me acorta el dormir;
Que me nacen muchas canas
Y arrugas otro que sí;
Ya no puedo estar en pie
Ni al Rey mi señor servir;
Tengo vergüenza de aquellos
Qu'en juventud conocí;
Viéndolos ricos y sanos.
Y ellos lo contrario en mí
Tiempo es ya de retirarse
Lo que resta de vivir;
Pues se me aleja esperanza,
Cuando se acerca el morir;
Y el medrar que nunca vino,
No ha ya para qué venir.
¡Adiós, adiós, vanidades,
Que no os quiero más seguir!
Dadme licencia, el buen Rey,
Porque me es fuerza el partir.

CANTO DE POLIFEMO.—(TRADUCCIÓN DE OVIDIO.)

Hola, gentil Galatea,
Más alba, linda, aguileña
Que la hoja del alheña,
Que como nieve blanquea;
Más florida
Que el prado, verde y crecida
Mucho más, y bien dispuesta
Que el olmo de la floresta
De la más alta medida;
Más fulgente
Que el vidrio resplandeciente,
Más lozana que el cabrito
Delicado, ternecito,
Retozador, diligente;
Más polida
Lampiña, limpia, bruñida
Que conchas de la marina
Fregadas de la contina
Marea, nunca rendida;
Gracia y brío

Agradable al gusto mío
Y del sabor dulce y tierno,
Más que soles del invierno
Y que sombras del estío;
En color,
Muy más noble, y en olor
Que manzanas del labrado;
Más vistosa que el preciado
Alto plátano mayor;
En blancura
Más reluciente y más pura
Que el hielo claro, y lustrosa
Más dulce que la sabrosa
Moscatel uva madura.
Delicada
Y blanda, siendo tocada
Más que la pluma sutil
Del blanco cisne gentil
Y que la leche cuajada
Y aun diría
Si no huyeses á porfía
Como sueles, desdeñosa,
Que eres más fresca y hermosa
Que la huerta regadía
Sus, pues ea,
Tú, la misma Galatea
Más feroz que los novillos
No domados y bravillos,
Que nunca vieron aldea
Par á par;
Muy más dura de domar
Que la encina envejecida,
Más falaz y retorcida
Que las ondas de la mar,
Más doblada,
Con el salce comparada,
Que sus varas delicadas
Y que las vides delgadas,
No sufridoras de nada;
Y á mi ver,
Muy más dura de mover
Que estas peñas do me crío,
Y furiosa más que río
A todo todo correr,
Más señora
Soberbia, desdeñadora,
Que el pavo siendo alabado,
Más fuerte que el fuego airado,
En que me quemas agora,
Desmedida,
Más áspera y desabrida
Que los abrojos do quiera,
Más cruel que la muy fiera
Osa terrible parida;
Más callada
Y sorda, siendo llamada,
Que este mar de soledad;
Muy más falta de piedad
Que la serpiente pisada
De accidente...

2.—Gregorio Silvestre (1520-1569).

Glosa sobre las coplas de Don Jorge Manrique.

Por su culpa y mal gobierno
Está el hombre tan dormido,
Que enciende con el ronquido
Las llamas del fuego eterno,
Y no alcanza, de perdido,
Que hay Dios, y Dios ofendido;
Que hay justicia y que hay infierno;
Que es un paso aquesta vida
Y el punto della es la muerte,
Sin el cuando;
Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando.
Siempre se ha de contemplar
Cuán presto pasa el pecado,
Y la pena del culpado
Para siempre ha de durar,
Y el siempre desventurado
Ha de ser atormentado
Siempre, siempre, sin cesar.
Notemos esta partida
Pensando en el caso fuerte,
Meditando
Como se pasa la vida
Como se viene la muerte
Tan callando.
. . . . . .
Ahora, que Dios la da,
Enmendémonos con hora,
Porque no falte a deshora,
La muerte a ninguno ya;
Esperarla á cualquier hora,

Ahora, ahora, verná;
Que el vivir no es mas de ahora,
Pues que Dios no limitó
Hora, tiempo ni lugar
Ni manera,
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera.
No entendemos ni miramos
Lo que Dios tiene ordenado,
Ni la pena del pecado
Ni la muerte que heredamos,
Y como su brazo airado
Da siempre al más descuidado,
Y es porque todos lo estamos,
Y ninguno ignora, no,
Que es imposible alargar
La carrera.
Mas que duró lo que vió,
Pues que todo ha de pasar
Por tal manera.
Las corrientes de aguas vivas
Por mineros celestiales
Se hacen rios caudales
Para las almas cautivas,
Do se lavan, y son tales,
Que buscan manantiales
De nuestras aguas lascivas.
Por fuentes de desvaríos,
Por arroyos de pecar
Y mal vivir
Nuestras vidas son los rios,
Que van a dar en la mar
Que es el morir.
¿En que paramos ahora?
¿Hay cosa que desconcierte
Aquella furiosa suerte,
Que el que ríe y el que llora,
El mas flaco y el mas fuerte
Han de pasar por la muerte
Cuando llegare su hora?
No valen allí desvíos,
Las riquezas ni el mandar
Ni el presumir;
Allá van los señorios
Derechos a se acabar
Y consumir.
Marmol frio, dura nieve,
Centella viva en pecar,
Deja tu alma bañar
Del bien que del cielo llueve,
Porque triunfes al pasar
Por la muerte, que es la mar
Que todas las aguas bebe.
Allá tienen sus finales
Fuentes, lagos y pantanos
Y arroyicos,
Alli los rios caudales,
Y los otros más medianos
Y los chicos.
Grande, rico, flaco y fuerte,
Desnudos de una manera,
Comienzan esta carrera,
Ya que varíen la suerte;
Se vuelven a la primera
En llegando á su ribera
Al piélago de la muerte.
Los cetros imperiales,
Montes, sierras, riscos, llanos
Vallecicos,
En llegando son iguales
Los que viven por sus manos
Y los ricos.

Visita de amor.—Coplas contra Boscán y Garcilaso.

Unas coplas muy cansadas,
Con muchos piés arrastrando,
A lo toscano imitadas
Entró un amor cantando
Enojosas y pesadas.
Cada pié con dos corcovas
Y de peso doce arrobas,
Trovadas al tiempo viejo,
Dios perdone a Castillejo
Que bien habló de estas trovas.
Dijo Amor: «¿Donde se aprende
Este metro tan prolijo,
Que las orejas ofende?
Por estas coplas se dijo
Algarabía de allende.
El sugeto frio y duro,
Y el estilo tan oscuro,
Que la dama en quien se emplea
Duda, por sabia que sea,
Si es requiebro o si es conjuro.

»Ved si la invencion es basta,
Pues Garcilaso y Boscán,
Las plumas puestas por asta,
Cada uno es un Roldán,
Y con todo no le basta.
Yo no alcanzo cuál engaño
Te hizo, para tu daño
Con locura y desvario
Meter en mi señorio
Moneda de reino extraño.»

Con dueñas y con doncellas
Dijo Vénus: «¿Qué pretende
Quien les dice con querellas
En lenguaje que no entiende
El ni yo, ni vos ni ellas?
Sentencio al que tal hiciere
Que la dama por quien muere
Lo tenga por cascabel,
Y que haga burla de él
Y de cuanto le escribiere.»

C. Poetas independientes.

1.—Don Diego Hurtado de Mendoza (1504-1575).

Carta II.—A Boscán.

El no maravillarse hombre de nada,
Me parece, Boscan, ser una cosa
Que basta a darnos vida descansada.
Esta órden del cielo presurosa,
El tiempo que nos huye por momentos
Las estrellas y el sol, que no reposa,
Tales hay que los miran muy exentos,
Y el miedo no les trae falsas visiones
Ni piensan en contrarios movimientos.
¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
Del espacioso mar, que asi enriquece
Los apartados indios con sus dones?
¿Qué dices del que por subir padece
La ira del soberbio cortesano
Y el desden del privado cuando crece?
¿Qué del gallardo mozo que, liviano,
Piensa sabello todo, y entender
Lo que tu dejarías por temprano?
. . . . . .
Si te puede sacar de esa contienda
La virtud, como viene simple y pura
Al resto del deleite ten la rienda.
Por los desiertos montes va segura,
No teme las saetas venenosas,
No el fuego, que no pasa en armadura;
No entrar en las batallas peligrosas,
No la cruda importuna y larga guerra,
No el loco mar con ondas furiosas;
No la ira del cielo, que a la tierra
Hace temer con terrible sonido,
Cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.
El hombre justo y bueno no es movido
Por ninguna destreza de ejercicios,
Por oro ni metal bien esculpido.

No por las pesadumbres de edificios,
Adonde la grandeza vence el arte,
Y es natura sacada de sus quicios
No por el que procura vana parte,
Y con el ojo gobernar el mundo,
Forzando a la fortuna, aunque le aparte.
No por la pena eterna del profundo,
No por la vida larga o presta muerte,
No por ser uno solo, sin segundo.
Siempre vive contento con su suerte,
Buena o mediana, como se la hace,
Y nunca estará más ni ménos fuerte.
Cualquier tiempo que llegue, aquel le place,
Si no puede huir la triste vez
Y búrlase de aquel a quien desplace.
Todo se mide, a sí mismo es juez,
Reposado en su vida está y seguro,
Uno en la juventud y en la vejez.
Es por de dentro y por de fuera puro,
Piensa en sí lo que dice, y lo que ha hecho,
Duro en temer, y en esperar mas duro.
En cualquier medio vive satisfecho,
Procura de ordenar, en cuanto puede,
Que en todo la razon venza al provecho.
Esto no sigue tanto, que él no quede
Dulce en humano trato y conversable,
Ni dé a entender al mundo que le hiede...

Quejas.

Cuidados, que me traeis
Convencido al retortero,
Acabad, que acabar quiero
Porque vos os acabeis.
El ave que el pecho hiere,
Y tanto a sus hijos ama,
Con la sangre que derrama
Les da vida, aunque ella muere.
Los pesares me maltratan,
Dentro en el alma los tengo,
Y con ella los mantengo,
Y ellos consigo me matan.
No es cuidado el que me manda
Ni quien me hace la guerra,
Mas pesar, que me destierra
Y placer, que en otros anda.
Siempre doblada la pena,
Siempre muerte ante los ojos
Por mis pesares y enojos
Y por la holganza ajena.

2.—Don Gutierre de Cetina (1520-1560)

Sonetos

Ojos ¿ojos sois vos?... No sois vos ojos,
Antes ira del cielo extraña y fiera.
Mas, ojos, si lo sois ¿de que manera
Roban vuestra beldad vuestros antojos?
Ojos ¿ojos sois vos? Tristes enojos,
Que no sois ojos ya, sois fin postrera.
Mas, ojos, si lo sois, antes que muera

Mostradme os agradais de mis despojos.
Ojos, no os pido yo que el ceño airado
Lo levanteis á mi, mas limitada
Hace mi petición mi mala suerte.
Mas, ojos, pues tan claro habeis mostrado
Que mi vivir os cansa y desagrada,
Mostrad ora agradaros de mi muerte.

***

Horas alegres que pasais volando
Porque a vueltas del bien mayor mal sienta;
Sabrosa noche que en tan dulce afrenta
El triste despedir me vas mostrando:
Importuno reloj que apresurando
Tu curso mi dolor me representa:
Estrella con quien nunca tuve cuenta,
Que mi partida vais acelerando;
Gallo que mi pesar has denunciado
Lucero que mi luz va obscureciendo,
Y tú, mal sosegada y moza aurora,
Si en vos cabe dolor de mi cuidado,
Id poco a poco el paso deteniendo,
Si no puede ser mas, siquier un hora.

Madrigal.

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
más bellos parecéis á aquel que os mira,
no me miréis con ira;
porque no parezcais menos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!,
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.
(*Texto de Castro.*)

3.—Fernando de Herrera (1534-1597).

ELEGÍA XI.—AL DESENGAÑO.

Estoy pensando en medio de mi engaño
el error de mi tiempo mal perdido,
y cuán poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos, que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último occidente,
Llegar al fin desta mortal contienda.

Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con su bien presente;
Tal, de mi afrenta y mi dolor cargado,
En la seguridad nunca sosiego
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego
Que enciende mis entrañas me levanta
De la obscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.
¡Oh cierto desengaño vergonzoso!
¡Oh grave confesion de nuestro yerro
Claro enemigo, amigo sospechoso!
Tú me pusistes solo en un destierro
De cuanto me podía dar tormento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.
¿Cuántas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria si yo osara
Valerme del honor de tu tormento?
Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz más clara.
Ninguna, en tantas penas que sostuve,
Puso merecimiento al amor mío
Cuando de merecer más ce ca estuve
Acabe ya este grande desvarío
O, pues no acaba, estas razones vanas,
Que sin provecho á quien no escucha envío.
Tus mudanzas ¡oh tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,
Me arrebatan el ánimo y levantan
Deste cansado peso, que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía,
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
¿Cuántas cosas mostró el sereno día
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fría?

. . . . . .

Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas, y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro á mi despecho,
Librarme de ellos, y á mal grado mío
Voy con ellos á donde el mal me han hecho.
Oso temiendo, y con el mal porfío

Y á la vez la razón lugar me deja
Contra mi obstinacion y desvarío;
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.
¡Quién pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida
Sin que temiera su ímpetu liviano!
Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo
Dejadme ya curar esta herida;
Que todo cuanto pienso y cuanto veo
Es dar aliento á la amorosa llama
Dar vigor sin provecho al devaneo.
Dichoso aquel á quien jamás inflama
Vano amor, ambicion y lo que adora,
Y teme el vulgo incierto siempre y ama,
Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á cualquier hora
Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, paciente
En todos los peligros no turbado;
Y no sufre en su pecho ni consiente
Que algun liviano afecto, le de asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente
Antes mayor, más glorioso y alto
Que lo que alcanza fortaleza alguna
Se ve, y de ricos bienes menos falto.
Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va con tino.
Y cualquier ocasion le es importuna.
No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas al día extremo, pero
Dispuesto sí á seguille en su camino
Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero
En mil casos presentes peligramos,
Y pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.
Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre
Y alzarnos casi nunca nos sucede
El mirar de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.
Soplo airado no bate al yerto asiento
Del elevado Olimpo, si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento

Quien tan rastrera trae la esperanza
Desespere llegar á tal estado,
Que aunque tenga de sí más confianza
Al fin verá que en vano se ha cansado.

A doña Leonor de Milan, condesa de Gelves.

(Libro II.—Cancion 2.ª)

Esparza en estas flores
Pura nieve y rocio
Blanca y serena luz de nueva aurora
Y con varios colores
Estrene el bosque frio
Los esmaltes de Céfiro y de Flora,
Pues la excelsa Eliodora
Descubre su belleza
Do con ledo semblante
Betis corre pujante
Y del Ponto acrecienta la grandeza;
Y vos, astros hermosos,
Mirad la última Hesperia venturosos.
Rojo sol, que el luciente
Cerco de tu corona
Sacas del hondo piélago mirando
Del Ganges la corriente
El Darien, la Sona
Y del divino Nilo el fértil bando,
Si tú llegases cuando
Esta cándida Estrella
Alza el celesto velo
Dando alegria al suelo
De los floridos ojos la luz bella,
De aquellos rayos ciego,
Arderás en tus llamas hecho fuego.
Luna que resplandeces
Sola, fria, argentada
En el callado cielo tenebroso,
Y tu sombra enriqueces
En la hacha inflamada
De Titan con vigor maravilloso;
Si el lucero hermoso
Do el tierno amor se apura
Mirases encendida
En su virtud crecida,
Con mas claro esplendor y hermosura
Volarás por la cumbre,
Y la tierra ornarás de eterna lumbre.

Soneto por la vitoria de Lepanto.

Hondo Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno

Saca el rostro, de torpe miedo lleno;
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando el impio quebrantado.
Con profundo murmurio la vitoria
Mayor celebra que jamás vió el cielo,
Y más dudosa y singular hazaña;
Y di que solo mereció la gloria
Que tanto nombre dá á tu sacro suelo
El joven de Austria y el valor de España.

4.—Baltasar del Alcázar (1530-1606).

Vida del aldea en el siglo XVI

Oir misa cada dia
Cuenta gruesa sonadora,
Tener una esclava mora,
Que os hable en algarabía,
Y que sea paridora.
Potro en prado de concejo,
Vendello en siendo domado;
Y para andar descansado
Tener un caballo viejo,
Para padre señalado.
Mula para albarda y silla,
Grande cuenta con cebón,
Porque, en fin, y en conclusion,
Gran persona es la morcilla
Comida en vuestro rincón.
Coselete para espanto
Colgado con la celada:
Que es cosa muy señalada
Para armado en Jueves Santo
Tener la palabra dada.
Saya de seda en el arca,
Vestirlo de mes a mes:
Hablar un poco francés,
Y declarar a Petrarca,
Cual nunca lo declareis.
Buena leña en chimenea,
Cama cerca en que dormir,
Mujer que sea de sufrir.
Y que no sea mucho fea,
Ni curiosa en su vestir.
Algo baja de chapin,
Muy poquito habladora:
No amistad con Fray Martin
Ni a ventana asomadora,
Y que no pegue en latín.
Del linaje qu' ella fuere
No curemos de saber,
Sino traiga que comer,
Y sea de do quisiere:
Qu' esto solo es menester.
Suegro rico mi señor
Que tenga falla de dientes,
Y muy poquitos parientes
Que le anden alrededor,
Por quitar inconvenientes.
Sentallo á la cabecera,
Echalle sal en el plato,
Dalle la pierna del pato,
Y comerse la cadera,
Bebelle de rato en rato.
Decir que en Francia es costumbre,
Beber al que yo quisiere
Y si el viejo se arriciere,
Llegarlo cerca la lumbre,
Daros ha cuanto tuviere.
Palomar es bien tener
Con mucho del palomino:
Que aunque no quiera el vecino
Le tiene de mantener
De lo que siembra el mezquino.
Jarro de plata con pico
Que lleve el mozo colgado:
Tratar un poco en ganado:
Y si quisieres ser rico,
No te cojan en fiado.
Hijo rubio alcoholado,

Muy querido de su madre;
Darle el abuelo por padre,
Y no tener mas cuidado
Aunque todo el mundo ladre.
Galga prieta corredora,
Perro que mate conejo,
Tenaja de vino añejo,
Dormir las siestas un hora,
Y no se tornará viejo.
Dejate de el gorrear
Y la reverencia vana:
Toma licencia temprana:
Da órden como casar
Antes que salga la cana.

Modo de vivir en la vejez.

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos a tantos daños,
Cómo me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y a quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso,
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave
Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar hesperio
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar a comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen a su ser.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido, soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido;
Y así, de nuevo les pido
Que me dén néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo;
Voile puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

Epigramas.

Un socarron mesonero
dijo á un jibado al revés:
—No me negueis esta vez
que cargásteis delantero.—
El jibado a estas razones
replicó: Es muy importante
llevar la carga delante
quien se halla entre ladrones.

Bellos ojos tienes, Ana,
mas porque a mi parecer
se inclina el mundo a tener
por tan bellos los de Juana,
haz que te preste los suyos
y álzate después con ellos,
que no es bien que ojos tan bellos
se diga que no son tuyos.

Madrigal.

Decidme, fuente clara,
Hermoso y verde prado
De varias flores lleno y adornado:
Decidme, alegres árboles, heridos

Del fresco y manso viento,
Calandrias, ruiseñores
En las quejas de amor entretenidos,
Sombra do yo gocé de algún contento.
¿Dónde está agora aquella que solia
Pisar las flores tiernas y süaves,
Gustar el agua fría?
(Murió ¡dolor cruel, amarga hora!)
Arboles, fuente, prado, sombra y aves,
No es tiempo de vivir; quedá en buen hora,
Qu'el alma ha de ir buscando á su pastora.

5.—El Capitán Francisco de Aldana.

La centinela (*Versos libres*).

¿Vistes alguna vez en la campaña
Ejército español, fiero y lozano,
Cuando la noche con sus alas negras
Esparce por el aire tenebroso
Silencio, sueño, miedo y sobresalto?
¿Vístele estar durmiendo y reposando
Debajo la despierta vigilancia
De la real nocturna centinela
Que está con recatado azoramiento
Mirando alrededor por sí y por otros?
La cual echando el ojo atento y firme
Retificando con la oreja atenta,
Descubre, o le parece que columbra
Confusamente umbroso y bajo bulto
De algún acechador cauto enemigo?
Mira y torna a mirar, se abaja y alza,
Echa adelante un paso y vuelve al puesto,
Se impone, se apercibe, se apareja,
Se empina, pára, parte, prueba y pasa
Su paso a paso de una en otra parte,
Y requiere así mismo no despacio.
Tiene continuado el rostro siempre
Al bulto, y duda, y no se determina;
Quiere gritar: «¡Arma, arma!» y se detiene
Por no causar comun desasosiego;
Que si no fuese el bulto cierta cosa,
Viene a disminuir de aquel concepto
Y estimacion debida a buen soldado
Mas héte de improviso que descarga
El contrario furor sobre su pecho.
«¡Arma, arma; Santiago; arma, arma!» grita.
Luego vereis la voz multiplicada,
Difusa y repetida en toda boca.

6.—Micer Andres Rey de Artieda (1549-1613).

Epístola al Marqués de Cuéllar, sobre la comedia

Es la comedia espejo de la vida,
Su fin mostrar los vicios y virtudes
Para vivir con orden y medida.
Remedio eficacísimo (no dudes)
Para animar los varoniles pechos,
Y enfrenar las ardientes juventudes.
Materia y forma son diversos hechos,
Que guian a felices casamientos
Por caminos difíciles y estrechos;
O al contrario, placeres y contentos,
Que pasan como rápido torrente,
Y rematan con trágicos portentos.
La causa que llamamos eficiente
No es menos que un filósofo poeta
Lagar de ingenio, claro y elocuente.
El que no fuese tal no se entremeta
En lo que es apurar moralidades,
Porque requiere habilidad perfeta;
Para pintar conforme las edades,
El vicio y la virtud que predomina,
Y engerir las mentiras con verdades.
Esto nos muestra al ojo Celestina,
Digo el autor, que supo darle el punto
Con tan suave espíritu y doctrina.
A Horacio en la Poética pregunto:
Si el artífice llega a lo que puede,
Cuando lo dulce y util nos da junto?
Averiguado pues de esta vez quede
Que es la comedia por extremo buena,
Y el autor a quien Dios tal don concede.
El que las abomina y las condena,
Habla de algunos tristes comediantes,
Que hacen mil libertades en la escena;
Y que diga mal dellos no te espantes;
Que tantas zarabandas, tantos mimos,
Chaconas y otras cosas semejantes,
Puesto caso que dellas nos reimos,
Las lloramos después con los hijuelos,
Del gusto sensual que concebimos.

. . . . . .

Jamas me aventuré a llamar poeta,
Ni entiendo con qué espíritu se atreven
A pensar que lo son niños de teta.
Como las gotas que en verano llueven
Con el ardiente sol, dando en el suelo,
Se transforman en ranas y se mueven;

Así al calor del gran señor de Delo
Se levantan del polvo poetillas
Con tanta habilidad que es un consuelo
Y es una de sus grandes maravillas
El ver que una comedia escriba un triste,
Que ayer sacó Minerva de mantillas
Y como en viento su invencion consiste
En ocho días, y en menor espacio,
Conforme su caudal le adorna y viste.
¡Oh, cuan al vivo nos compara Horacio
A los sueños freneticos de enfermo
Lo que escribe en su triste cartapacio!
Galeras vi una vez ir por el yermo,
Y correr seis caballos por la posta
De la isla del Gozo hasta Palermo
Poner dentro Vizcaya Famagosta,
Y junto de los Alpes Persia y Media,
Y Alemania pintar larga y angosta.
Como estas cosas representa Heredia,
A pedimento de un amigo suyo,
Que en seis horas compone una comedia...

El centinela.

SONETO.

Como á su parecer la bruja vuela,
Y untada se encarama y precipita,
Asi un soldado, dentro una garita,
Esto pensaba, haciendo centinela:
«No me falta manopla ni escarcela
Mañana soy alférez, ¿quién lo quita?
Y sirviendo á Felipe y Margarita
Embrazo, y tengo paje de rodela:
»Vengo á ser general, corro la costa,
A Chipre gano, príncipe me nombro,
Y por rey me corono en Famagosta:
»Reconozco al de España, al turco asombro»
Con esto se acabó de hacer la posta,
Y hallóse en cuerpo, con la pica al hombro.

Francisco de la Torre (1534-1594).

LA CIERVA.

Doliente cierva que, el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno,
Buscas el agua de la fuente pura
Con el cansado aliento, y con el seno
Bello, de la corriente sangre hinchado,
Débil y decaida tu hermosura:
¡Ay, que la mano dura

Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando,
Cierva mortal, viviendo estás penando,
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero!
Vuelve, cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados a tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad que la linda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro y fuerte,
Y forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le excusen los cielos, permitiendo
Crudos astros que mueras padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido y maltratado:
Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente
En la corriente deste valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida
No fué tampoco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De cuidar llagas y memorias fieras.
Cuando por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes;
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno encanto, y como amado,
Vuestras frentes bellísimas ceñistes;
Cuando las horas tristes,
Amantes y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordeciste la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida,
Cuya muerte penosa
No deja rastro de contenta vida.
Agora el uno cuerpo muerto lleno

De desdén y de espauto, qnien solía
Ser ornamento de la selva umbrosa;
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa,
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos,
Cuyos despojos bellos
Son vitorias del crudo amor furioso,
Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia dos amantes,
Que del siempre rabioso
Trance mortal salieron muy triunfantes.
Canción, fábula un tiempo y caso agora
De una cierva doliente, que la dura
Flecha del cazador dejó sin vida,
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

D. Poetas místicos.

1. San Juan de la Cruz (1542-1591).

NOCHE ESCURA DEL ALMA.

En una noche escura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
A escuras y segura
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A escuras, encelada,
Estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía
Sino la que en el corazón ardía.
Aquesta me guiaba
Mas cierto que la luz de mediodía,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía
En parte donde nadie parecía.
¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable mas que la alborada,
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado trasformada!

En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
El aire del almena,
Cuando yo sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.
Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

2 —Fray Luis de León.

Noche serena. A Don Oloarte.

Cuando contemplo el cielo,
De innumerables luces adornado,
Y miro hacia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
«Morada de grandeza
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?
»¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que, de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño;
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales;
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella;
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.
¿Quién es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra?
Aquí vive el contento
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece.
¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos.
Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
Repuestos valles, de mil bienes llenos!

La música.—A Francisco de Salinas.

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada:
A cuyo son divino
El alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.
Y como se conoce,
En suerte y pensamiento se mejora;
El oro desconoce
Que el vulgo vil adora,
La belleza caduca engañadora.
Traspasa el aire todo
Hasta llegar a la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es la fuente y la primera...
Y como está compuesta
De números concordes, luego envía
Consonante respuesta,
Y entre ambos a porfía
Se mezcla una dulcísima armonía.
Aquí la alma navega
Por un mal de dulzura, y finalmente
En él ansí se anega,
Que ningun accidente
Extraño y peregrino oye ni siente.
¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido,
Durare en tu reposo,
Sin ser restituído
Jamás aqueste bajo y vil sentido.
A este bien os llamo,
Gloria del apolíneo sacro coro,
Amigo á quien amo
Sobre todo tesoro:
Que todo lo visible es triste lloro.
¡Oh! suene de contino,
Salinas, vuestro són en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando á lo demás adormecidos.

VI. POESÍA DRAMÁTICA

A. Fernando de Rojas (14..-15..)

La Celestina, Tragicomedia de Calisto y Melibea.

Acto X.—*Celestina, Melibea, Lucrecia.*

Celestina.—Señora, no tengas por nuevo ser más fuerte de sufrir al herido la ardiente trementina y los ásperos puntos que lastiman lo llagado y doblan la pasion, que no la primera lision, que dió sobre sano. Pues si tu quieres ser sana y que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, has para tus manos y pies una ligadura de soslego, para tus ojos una cobertera de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oidos unos algodones de sufrimiento y paciencia y verás obrar la antigua maestra destas llagas.

Melibea. ¡Oh, cómo me muero con tu dilatar! Di por Dios lo que quieres; haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que iguale con mi pena y tormento. Agora toque en mi honra, agora dañe mi fama, agora lastime mi cuerpo; aunque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido corazon, te doy mi fe ser segura, y si siento alivio bien galardonada.

Lucrecia. (El seso tiene perdido mi señora; gran mal hay: captivado la ha esta hechicera.)

Celes. (Nunca me ha de faltar un diablo acá y allá: escapóme Dios de Parmeno, tópome con Lucrecia.)

Meli. ¿Qué dices, madre? ¿Qué te habla esta moza?

Celes. No le oí nada; pero diga lo que dijere, sabe que no hay cosa mas contraria en las grandes curas delante los animosos cirujanos que los flacos corazones, los cuales con su gran lástima, con sus dolorosas hablas, con sus sensibles meneos ponen temor al enfermo, hacen que desconfian de la salud, y al médico enojan y turban, y la turbación altera la mano y rige sin orden la aguja. Por donde se puede conoscer claro, que es muy necesario para tu salud que no esté persona delante; así que, la debes mandar salir; y tú, hija Lucrecia, perdona.

Meli. Salte fuera presto.

Lucre. Ya, ya, todo es perdido; ya me salgo, señora.

Celes. Tambien me da osadia tu gran pena, ver cómo con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura; pero todavia es necesario traer más clara melecina y más saludable descanso de casa de aquel caballero Calisto.

Meli. Calla, por Dios, madre; no traigas de su casa cosa para mi provecho, ni le nombres aquí.

Celes. Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal; no se quiebre, si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura, y lo duro con duro se ablanda mas eficazmente. Y dicen los sabios, que la cura del lastimero médico deja mayor señal, y que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro se espele, y un dolor con otro.

No concibas odio ni desamor, ni consientas á tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conoscido fuese...

MELI. ¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho que no me alabes á este hombre, ni me lo nombres en bueno ni en malo?

CELES. Señora, este es otro y segundo punto, el cual si tú con tu mal sufrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida; y si como prometistes lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin queja y pagado. Primero te avisé de mi cura y desta invisible aguja, que sin llegar á ti sientes en solo mentarlo en mi boca.

MELI. Tantas veces me nombras ese caballero, que ni mi promesa basta, ni la fe que te dí á sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo á él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué necesario es él aquí para el propósito de mi mal? Mas agradable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazon, que no traer esas palabras aquí.

CELES. Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor, no rasgaré yo tus carnes para lo curar.

MELI. ¿Cómo decís que llaman á este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CELES. Amor dulce.

MELI. Eso me declara lo que es, que en solo oirlo me alegra.

CELES. Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELI. ¡Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relacion, dudosa será mi salud; porque, según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, arrancará al otro mas pasion.

CELES. No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud. Cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envia el remedio; mayormente que sé yo en el mundo nascida una flor, que de todo esto te dé libre.

MELI. ¿Cómo se llama?

CELES. No te lo oso decir.

MELI. Di, no temas.

CELES. Calisto. ¡Oh, por Dios, señora Melibea! ¿Qué poco esfuerzo es este? ¿Qué descaescimiento? ¡Oh mezquina yo! Alza la cabeza. ¡Oh malaventurada vieja! ¡En esto han de parar mis pasos! Si muere, matarme han; aunque viva, seré sentida; que ya no podrá sufrir de no publicar su mal y cura. Señora mia Melibea, ángel mio, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. Lucrecia, Lucrecia, entra presto; verás amortecida á tu señora entre mis manos; baja presto por jarro de agua.

MELI. Paso, paso, que yo me esforzaré; no escandalices la casa.

CELES. ¡Oh cuitada de mí! No te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELI. Y muy mejor, calla, no me fatigues.

CELES. ¿Pues qué me mandas que haga, perla preciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELI. Quebróse mi honestidad, quebróse mi empacho, aflojó mi mucha vergüenza; y como muy naturales, como muy domésticas, no pudieron tan livianamente despedirse de mi cara, que no llevasen consigo su color por algun poco de espacio, mi fuerza y mi lengua, y gran parte de mi sentido. ¡Oh, pues ya, mi buena maestra, mi fiel secretaria! lo que tú tan abiertamente conosces, en vano trabajo por te lo encubrir. Muchos y muchos días son pasados que ese noble caballero me habló en amor; tanto me fué su habla enojosa, cuanto despues que tú me lo tornastes á nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mis llagas, venida soy en tu querer. En mi cordon le llevaste envuelta la posesion de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento; su pena era la mayor mía. Alabo y loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles pasos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solicitud, tu provechosa importunidad. Mucho te debe ese señor, y más yo, que jamás pudieron aplacar tu esfuerzo y perseverancia, confiado en tu mucha astucia. Antes, como fiel servidora, cuando mas denostada, mas diligente; cuando mas disfavor, más esfuerzo; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo mas airada, tú mas humilde. Propuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás á ti ni á otro pensé descubrir.

CELES. Amiga y señora mía, no te maravilles, porque estos fines con efecto me dan osadía á sufrir los ásperos y escrupulosos desvios de las encerradas doncellas como tú. Verdad es que antes que me determinase, asi por el camino como en tu casa, estuve en grandes dudas si te descubria mi peticion. Visto el gran poder de tu padre, temía; mirando la gentileza de Calisto, osaba; vista tu discrecion, me recelaba; mirando tu virtud y humanidad, me esforzaba. En lo uno hablaba el miedo, en lo otro la seguridad. Y pues asi, señora, has querido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regazo, pon en mis manos el concierto deste concierto; yo daré forma como tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELI. ¡Oh, mi Calisto y mi señor! ¡Mi dulce y suave alegría! si tu corazon siente lo que ahora el mío, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente a vivir. ¡Oh, mi madre y mi señora! haz de manera como luego le pueda ver si mi vida quieres.

CELES. Ver y hablar.

MELI. Hablar es imposible.

CELES. Ninguna cosa á los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELI. Dime cómo.

CELES. Yo lo tengo pensado, yo te lo diré: por entre las puertas de tu casa.

MELI. ¿Cuándo?

CELES. Esta noche...

B. Teatro pastoril.

1.—Juan del Encina (1468-1534).

EGLOGA DE FILENO, ZAMBARDO E CARDONIO.

FILENO. ¡Oh, montes, oh valles, oh sierras, oh llanos,
oh bosques, oh prados, oh fuentes, oh ríos
oh yerbas, oh flores, oh frescos rocíos
oh casas, oh cuevas, oh ninfas, oh faunos,
oh fieras rabiosas, oh cuerpos humanos
oh moradores del cielo superno,
oh ánimas tristes qu'estais nel infierno,
oid mis dolores si son soberanos!
Estad ahora atentos, si en vosotros mora
alguna piedad del mísero amante.
ZAMBARDO. Comienza, Fileno, prosigue adelante,
que por invocar tu mal no mejora.
FILENO. Fortuna mudable gobernadora,
y amor de quien es piedad enemiga,
hambrientos de darme perpetua fatiga
me dieron por vida morir cada hora.
Mandáronme amar, y amando, seguir
una figura formada en el viento;
que cuando á los ojos más cerca la siento,
mis propios sospiros la hacen huir.
Y como en beldad excede al decir,
así de crüesa ninguna la iguala.
ZAMBARDO. Topaste con ella mucho en hora mala;
si tal es cual dices, despide el vivir.
.....
FILENO. Sin alma la sigo, que habrás maravilla:
sin verla me hielo, y en viéndola ardo.
¡Oh Dios te duela! Zambardo, Zambardo,
despierta, despierta, y habe mancilla.
ZAMBARDO. A fe que soñaba que allá en Compasquilla
con otros pastores jugaba al cayado,
y mientras que estaba así trasportado
pasé por las mientes esta tu hablilla.
FILENO. ¡Oh, pese, mal grado! y estoite contando
de aquella hambrienta que mis años traga
y ¿duérmeste tú?—*Zam.* ¿Que quieres que haga?
FILENO. Que me oyas.—*Zam.* El sueño no está á nuestro mando.
Los ojos me está tan hueste cerrando,
que de la luz del todo me priva.
FILENO. ¡Oh bobo! ¿y no sabes con la saliva
fregallos, é irás la vista cobrando?
ZAMBARDO. Prosigue, prosigue, que ya estoy despierto.
FILENO. Pues guarda, no duermas al tiempo mejor,
que no menos cresce tu sueño el dolor
que mal que te quiero hacer descubierto.

Con falsa esperanza me muestran el puerto
do pienso valerme; mas luego al entrar,
fortuna m'arroja tan dentro en el mar,
que pierde el piloto del todo el concierto.
¡Zambardo!—*Zam.* ¿Qué quieres?—*Fil.* Que me oyas.—*Zam-*
[bardo. Bien te oyo.

FILENO. ¿Qué digo?—*Zam.* Que vino tan fuerte ventisco
que cabras, ovejas y burra y aprisco
llevó hasta dar con ello en un hoyo.

FILENO. No hablo en ganado, ni casa ó percoyo,
mas solo te cuento mis ásperos daños.

ZAMBARDO. Podrán sin contarse entrambos rebaños
Pacer todo el día ribera el arroyo...

Ç. Imitación de la comedia italiana.

Bartolomé de Torres Naharro.

COMEDIA HIMENEA

JORNADA V.—ESCENA I

Marqués, Febea, Doresta.

Marqués.

¿Oh, mala mujer, traidora!
¿Dónde vais?

Turpedio.

Paso, señor.

Febea.

¡Ay de mí, desventurada!

Marqués.

¿Pues, qué os parece, señora?
¿Para tan gran deshonor
Habéis sido tan guardada?
Confesar con este paje,
Que conviene que murais;
Pues con la vida escusais
Un tan antiguo linaje,
Quiero daros,
Que os doy la vida en mataros.

Febea.

Vos me sois señor y hermano
(Maldigo mi mala suerte
Y el día en que fuí nascida),
Yo me pongo en vuestra mano,
Y antes os pido la muerte
Que no que me deis la vida.
Quiero morir, pues que veo
Que nascí tan sin ventura;
Gozaré la sepultura
Lo que no pudo Himeneo.

Marqués.

Fué herido

Turpedio.

No que los pies le han valido

Febea.

Señor, después de rogaros
Que en la muerte que me dais
No os mostreis todo crüel,
Quiero también suplicaros
Que, pues a mí me matais,
Que dejeis vivir a él,
Porque segun lo atribuyo,
Si sé que muere de esta arte,
Dejaré mi mal aparte
Por mejor llorar el suyo.

Marqués.

Toca á vos
Poner vuestra alma con Dios.

Febea.

No me querais congojar

Con pasion sobre pasion
En mis razones finales;
Dejadme, señor, llorar,
Que descansa el corazon
Cuando revela sus males.

Marqués.

Pues contadme en que manera
Pasa todo vuestro afán.

Febea.

Pláceme porque sabrán
Como muero, sin que muera,
Por amores
De todos merecedores.
Doresta.

Doresta.

Ya voy, señora.

Febea

Ven acá, serás testigo
De mi bien y de mi mal.

Turpedio.

Señor, es una traidora.

Doresta.

Tú de bondad enemigo.

Marqués.

Callad, hablemos en al.

Febea.

Hablemos cómo la suerte
Me ha traído en este punto,
Do yo y mi bien todo junto
Moriremos de una muerte,
Mas primero
Quiero contar como muero.
Yo muero por un amor,
Que por su mucho querer
Fué mi querido y amado,
Gentil y noble señor,
Tal que por su merescer
Es mi mal bien empleado,
No me queda otro pesar,
De la triste vida mía,
Sino que cuando podía
Nunca fuí para gozar
Ni gocé
Lo que tanto deseé
Muero con este deseo,
Y el corazón me revienta
Con el dolor amoroso;
Mas si creyera á Himeneo,
No moriera descontenta
Ni le dejara quejoso.
Bien haya quien me maldice,
Pues lo que él mas me rogaba
Yo mas que él lo deseaba,
No sé por que no lo hice,
¡Guay de mí!
Que muero así como así.

D. Teatro popular.

1.—El Códice de Autos viejos de la Biblioteca Nacional.

Auto del sacrificio de Abraham.

ABRAHAM

Hijo, ya llegado avemos
donde avemos de parar;
la leña y fuego dejemos
y un altar aderecemos
do se a de sacrificar.
Hijo mio, ten de ay;
vaya aqueste altar bien hecho,
porque a de ser hecho aqui
un sacrifiçio por mi,
qual nunca jamas fue hecho.
Sabrás que aqueste lugar
me fue por Dios enseñado,
adonde, no sin llorar,
te quiero, hijo, declarar
lo que por el fue mandado.
Mandome Dios que viniese
a un lugar do el me mostrase,
y a ti conmigo trajese,
y aqui te sacrificase
y tu vida le ofreçiese.

Es á mi cosa tan cara
tu muerte, y tan lastimera,
que, si Dios no lo mandara,
mi propia vida ofreciera
porque la tuya quedara.

ISAAC

Gracias do yo desde aqui
a aquel gran Dios soberano
que a querido tan temprano,
padre, apartarme de ti,
y que sea por tu mano.
Padre mio, considera
que el morir es cosa fuerte,
y si esto posible fuera,
o padre, quanto quisiera
que se escusara mi muerte!
Mas si no, sea cumplida
la voluntad que teneis,
pues claramente sabeis
que mas que mi propia vida
quiero lo que vos quereis.

ABRAHAM

No muestres, hijo, dolor
en tal caso, ni mal gesto,
que, si miras, es favor
que quiera un tan gran Señor
servirse de ti tan presto.

ISAAC

Pues Dios lo quiso hordenar
y es asina su serviçio
padre mio, deja el llorar,
y ponme en aqueste altar,
y haz de mi sacrifiçio.
Y as mis ojos de cubrir
porque a vezes se levanta
yra al tiempo del morir
y por no ver deçendir
el cuchillo á la garganta.
Sea la voluntad cumplida
del Señor que lo ordenó.

ABRAHAM

O hijo, y que siento yo
que te a de quitar la vida
el padre que te engendró!
Alça los ojos al çielo,
hijo, con gran devocion,
pidiendole a Dios consuelo
mientras yo hago oraçion
de rrodillas por el suelo.
—Resçibe, gran Majestad,
de Abraham este serviçio
hecho con gran voluntad;
açepta mi sacrificio
por tu divina bondad.
Resçibe, sumo Dador,
el hijo que me avies dado,
que aunque le tomes, Señor,
siempre te quedo deudor
del tiempo que le e goçado.
Es merced tan singular,
dado que yo lo merezca,
quererme a Isaac demandar!
Pudiendomelo quitar,
me mandas que te lo ofrezca.
Procurarme consolar,
gran Dios, en estas montañas,
donde quisiste ordenar
que viniese a derramar
la sangre de mis entrañas.
Cumpla el braço sin rrezelo
lo que tu gran Magestad
a ordenado desde el cielo,
porque deprenda en el suelo
á cumplir tu voluntad.
(*Entra el Angel y tienele el braco*).

ANGEL

Tate, Abraham: ya no mas,
y no estiendas el cuchillo
sobr' el niño; dejalle as
libre y sano, y sin herillo,
pues con Dios cumplido as.
Porque Dios a rrecibido
la voluntad del mandado,
y es contento y muy servido
que sea sacrificado
el cordero sin sentido.

ABRAHAM

Seas, gran Dios, alabado,
pues ansi te as satisfecho;
aunque estoy maravillado
como, Señor, as tomado
el sacrificio no hecho.

(*Colección de autos, farsas y coloquios del siglo XVI publiée par Léo Rouanet.*)

2.—Lope de Rueda.

Paso de las aceitunas.

.....

AGUEDA. Mirá, marido, ¿sabéis que he pensado? Que yo cogeré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las dés menos el celemín de á dos reales castellanos.

TORUBIO. ¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No veis qu' es cargo de consciencia, y nos llevará el almotacen cad' al dia la pena? Que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemín.

AGUE. Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORU. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUE. Hora no me quebreis la cabeza; mira mochacha, que te mando que no las dés menos el celemín de á dos reales castellanos.

TORU. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCIGÜELA A como quisiéredes, padre.

TORU. A catorce ó quince dineros.

MENCI. Así lo haré, padre.

AGUE. ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCI. A como mandáredes, madre.

AGUE. A dos reales castellanos.

TORU. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y' os prometo que si no haceis lo que y' os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCI. A como decís vos padre.

TORU. A catorce ó quince dineros.

MENCI. Así lo haré, padre.

AGUE. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y' os mando.

TORU. Dejad la mochacha.

MENCI. ¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

ALOJA. ¿Qu' es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis ansí la mochacha?

AGUE. ¡Ay, señor, este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa, unas aceitunas que son como nueces.

TORU. Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

AGUE. Sí son.

TORU. No son.

ALO. Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUE. Averigüe, ó póngase todo del quebranto.

ALO. Señor vecino, ¿que son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORU. Qué, no señor, que no es d' esa manera que vuesa merced se

piense que no están las aceitunas aquí en casa; sino en la heredad.

ALO. Pues traedlas aquí, que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCI. A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.

ALO. Cara cosa es esa.

TORU. ¿No le parece á vuesa merced?

MENCI. Y mi padre á quince dineros.

ALO. Tenga yo una muestra dellas.

TORU. Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y q'ella la cogería y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de derecho había de pedir á dos reales por cada celemín, yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

ALO. ¡Oh qué graciosa quistión! Nunca tal se ha visto; las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENCI. ¿Que le paresce, señor?

TORU. No llores, rapaza; la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALO. Hora andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz, con vuestra mujer.

TORU. Adios señor.

ALO. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas.

Segundo periodo de la Epoca clásica: desde el Quijote (1605) hasta la muerte de Calderón (1681).

I. LA PROSA DIDÁCTICA

A. Humanistas y preceptistas.

1. El doctor Don Bernardo Aldrete (1565-1645). Vocablos arábigos que ai en el romance.

La pérdida general de España fuéralo tambien de la lengua si aquellos pocos christianos que por gran misericordia de Dios se escaparon de las manos de los moros y fueron los que con gran valor acometieron tan gloriosa empresa como tornar a echarlos de donde se habían hecho tan poderosos, no la hubieran conservado. Grande fué su quiebra en aquel tan copioso número que rendido vivió entre esta gente bárbara y se acomodó a su lenguaje, como dejamos dicho, de que alcanzó alguna parte al Castellano porque con el trato y comunicacion se le pegaron muchos vocablos arábigos, bien conocidos hoy por tales, por serlo su principio, que por hallarnos tan cerca dél son a todos notorios, si bien algunos tengo que se les atribuyen, que llana-

mente siento que son Latinos y porque los hallan usados por los Moros los tienen por Arábigos y no lo son, sino aprendidos de los Romanos o de los nuestros, ora en España, ora en Africa, donde, como hemos visto fué el Latín vulgar, cuyo curso ordinario es que pasen y peguen los vocablos de una nacion a otra; y si los Romanos se valían de los nombres Griegos, no menos los Griegos se aprovechaban de los Latinos. Hoy admitimos en el uso común vocablos Italianos: los Italianos reciben los de Castilla. Si antes que la Lengua Arábiga fuese conocida en España, lo eran estos vocablos y hallamos que los usaban los nuestros, señal parece muy cierta que los aprendieron de nosotros y no al contrario. Si por autoridad de San Isidoro sabemos que este nombre *camisa* era vulgarmente usado y en Arábigo la llaman *camija*, mal diría si afirmase que es vocablo Arábigo y lo mismo en otros que conocidamente son latinos.

Don Josepe Antonio González de Salas.

La descripción del sitio de la tierra escrita por Pomponio Mela.

Traducción y comentarios (1644).

Explicación del Diluvio.

Fenezco, pues, esta nuestra disertacion facilitando de nuevo lo extraño y difícil de la sentencia por dos medios. El uno es advertir al mas protervo que esta obra de inundarse la tierra primera, y en su lugar descubrirse otra, que en su concepto tan aspera y extravagante se la representa, es una de las mas familiares en la Naturaleza.

Alternacion es ordinaria, y siempre lo ha sido, la permutacion de la Agua y de la Tierra. Cada día le usurpa el mar porciones de su superficie habitable, dejandolas para siempre cubiertas de sus ondas: y en vez de ellas se restituye él propio retirándose adentro, otras que puedan habitarse seguramente.

Lugar es este tan comun de los Filósofos Naturales, que fuera ofensa al crédito de cualquiera Erudito detenerse en comprobaciones.

Todos tratan los Autores Antiguos que de esto hacen frecuente memoria: y a Stralm entre los Griegos, y a Plinio entre los Romanos que largamente lo prosiguen y disputan.

Pero el que a otros atendiere de condicion mas exquisita, hallará en los *Fragmentos que hoy viven* de Eratóstenes, de Hiparco y de Posidonio, al Mar Exterior y al Interior mezclados y uno mismo: como al Interior tambien con el Sino Arabigo. Y en otra edad, que habitacion era de Tierra continua lo que ahora es el mar nuestro, sin que hubierase introducido por el Estrecho Gaditano: y en su correspondencia, a Egipto toda haber sido primero Mar navegable, y ansí mismo plazas spaciosisimas de la Libia, mediterraneas aun mucho mas que el Templo de Jupiter Ammonio, omitiendo aqui el multiplicar tantos otros ejemplos (pues el lugar no lo permite) que de ellos constará manifiestamente que lo que entendemos probar, se da por sucedido: pues cuanta Tierra se habita hoy continuamente parece haber sido Mar y Tierra cuanto casi cubren sus piélagos, ansí son con frecuencia repetidas las alternadas veces de estos dos elementos. ¿Porque pues ha de ser mas dificil esta propia mudanza en el Diluvio?

2. El licenciado Juan de Robles (1564-1649).

EL CULTO SEVILLANO

De varios linajes de críticos.

D. Juan de Guzmán.—Y ¿qué ciencia profesan los críticos?

Licenciado Sotomayor.—Haga V. m. cuenta que las han de profesar todas, ó por mejor decir, un compuesto de todas; porque, como dice Paulo Merula en la prefacion de su *Ennio*, discurre generalmente por ella, y las tratan; de forma que de ordinario son eminentes juristas, y muchas veces excelentes historiadores, y algunos filósofos, y no se excusan de saber los profundos misterios de la sagrada Teología, ni quieren ignorar los útiles preceptos de la Medicina, aunque en los grados de la noticia de cada una destas ciencias y de las demás tienen más ó menos obligaciones por diversos respetos de que no es tiempo de tratar agora.

D. Juan.—Bien concedo yo que los críticos merecerán por su ciencia esa judicatura; mas usan tan mal della, que los veo aborrecidos de todos, y yo (si va á decir verdad) no los quiero muy bien.

Licenc.—Eso (señor mío) no está en culpa de la profesion crítica, sino de sus profesores, que riguran sus malas intenciones ó condiciones; por los cuales no la hemos de condenar á ella, como no condenaría ningun cuerdo la judicatura del gobierno por haber algunos jueces que convierten la administracion de la justicia en públicos agravios y en daño comun: y el modo de censurar riguroso é injurioso siempre ha sido condenado, y contra él escribió Alciato aquel ingenioso Emblema de una golondrina que llevaba una cigarra para manjar de sus polluelos, á quien reprendió con estos versos:

¡Ay, Progne rigorosa!
¿Por qué tan inhumanamente prendes
A la cigarra dulce y sonorosa,
Con que á tus prendas caras
Manjares llenos de crueldad preparas?
¿Así, cantora, á la cantora ofendes,
Y del verano singular amiga
A la que alivia toda su fatiga?
¿Huéspeda tú á la huéspeda maltratas
Y ave hija del viento al ave matas?
Deja esa empresa ya no convenible
Ques delito..... insufrible
Que con impío rigor así ensangriente
Una música en otra el crudo diente.

Este modo de censura nace de soberbia: porque como la ciencia sola sin caridad hincha los ánimos, segun el Apóstol, luego pretende el ser preferida á todos, y consecuentemente derribar á cualquiera que le pudiere hacer competencia. Y así, dice Suetonio que mandó matar Heron á Páris, un famoso representante, teniéndolo por peligroso competidor en aquella arte, que él también ejercitaba, y que en otras semejantes tenía cuidado de informar á los demás opositores en los certámenes, por llevarse él todos los premios. Son los que hacen estas diligencias, como el gran turco, que dicen que el día que ciñe la corona del imperio manda matar á todos los hermanos que

tiene, por asegurar la perpetuidad de sus estados con la diligencia de tan inhumana crueldad. Fueron tocados de esta lepra antiguamente los griegos, y siempre dieron en menospreciar á las demás naciones, teniéndolas por bárbaras en comparacion á la suya. Un ejemplo del cual pone Aulo Gelio, de lo que sucedió en un convite de un caballero mancebo, de Asia, en que los huéspedes griegos motejaron de ignorante á nuestro español Antonio Julián, maestro de Retórica en Roma, y juntamente fueron poniendo diversos defectos á las obras de Nevio, Hortensio, Cinna y Mensio, y minorando la bondad de las de Cátulo y Calvo, poetas latinos, por hacer único en el mundo á su Anacreonte; aunque no se fueron sin satisfaccion ó respuesta del agudo español. En otros nace el ánimo de censurar de interés; porque son de casta de linajudos, que quieren que les paguen el decir bien de las obras ajenas, y sinó dicen mal.

. . . . . .

Son los deste género, leones de la sierra de Azahon en Fez, espantosos solo con el nombre y la figura, pero desnudos de fuerzas y ferocidad. Y así, cuenta el secretario Mármol que vió en la ciudad de Aguila á una muchacha de doce años quitarle á palos á un leon destos un niño que se llevaba. La naturaleza de la censura de todos los que hemos dicho se descubre y conoce fácilmente en lo mordaz y amargo del estilo, con que tratan más de vituperar y deslustrar por mayor las cosas, que de dar luz dellas ni probar, como es razon, lo que dicen.

Hay fuera destos otros censores que no son ni pueden ser críticos, sino impertinentes; porque solo pretenden dar á entender que saben, y no se extiende su jurisdiccion á más que notar un vocablillo impropio, ó un modo de hablar no muy usado, cosas que se deslizan de los labios ó penetrar por entre los puntos de la pluma al más cuidadoso y diligente. Son éstas las moscas que dice Alciato en su Emblema... 163, que fatigan con su importunidad, sin haber remedio suficiente contra ellos; y así aconseja á todos que no hagan caso dello, y persuade mejor con el Emblema próximo siguiente, en que pinta un perro ladrando á la luna clara y llena, y pone al pie estos versos:

Cuando la luna en su estrellado coche
Corre argentando el velo de la noche,
El can, que en su bruñida plata mira
Como en su espejo su figura, piensa
Ser otro can autor de alguna ofensa
Que solicita. Y encendido en ira
Ladra, mas en vano; que los vientos
Esparcen sus inútiles acentos,
Y la sorda Diana más ligera
Va rematando su veloz carrera.

Calificó este pensamiento nuestro sevillano Francisco de Rioja en un soneto con la gravedad de su estilo, que dice así:

¡Cómo á ser inmortal, Manlio, caminas!
Pues cuando el orbe en piezas dividido
Cae con ímpetu horrendo y con ruido,
Impávido te hieren sus ruinas.

Emulas, Manlio, son de las divinas
Tus acciones: del número embestido,
Ni paras á sus voces advertido,
Ni á sus injurias aún la frente inclinas.
Así al luciente cerco de la luna,
Rayando en muda noche el Oriente;
Furioso can latiendo va erizado,
Y ella igual, y segura, refulgente,
Sube mal advertida á la importuna
Voz del can simple en daño suyo airado.

D. Juan.—Conocido remedio suele ser el de simular en muchas cosas, y de la misma forma lo será en éstas: mas habrá alguno de esos impertinentes que atribuya el silencio á temor y no cordura, y se vuelva más insolente y ufano.

Licenc.—Contra eso suelen aprovechar algunas respuestas agudas, que satisfacen ó concluyen en cierto modo agraciado: como el filósofo Epicteto, que, culpándole un hombre soltero de que no se casaba, le dijo: «Pues dame una de tus hijas»; con que le mostró prestamente su dislate, que no queriendo el estado de matrimonio para sí, se lo aconsejaba á él. No fué menos donairoso el predicador que comía á la mesa del excelentísimo de Guevara, mi señor, habiendo predicado un gran sermon; y alabándole todos la exposicion de un lugar de Escritura, dijo un bachiller: «Esa no es de V. P., sino de San Agustín»; á lo cual respondió el predicador muy sereno: «Ahí verá vuestra merced cómo nunca pongo nada de mi cabeza»; y con esto sólo, y el modo de decirlo, dejó muy desairado al bachiller y á todos muy gustosos. Por manera, concluyendo el punto, que el verdadero crítico será el que tuviere una noticia general de ciencias y cosas diversas, con que discurra fundadamente por ellas, enseñándolas ó explicándolas, y notando lo bueno y malo que hay en cualquiera obra, alabando aquéllo y enmendando ésto, pero con estilo cristiano y cuerdo, de forma que en ninguna contradiccion ni oposicion toque en materia de linaje ni costumbres, con que pueda injuriar á la persona á quien contradice y se opone, sino sólo toque en la ciencia ó ignorancia, ya con advertencias bien fundadas, ya con donaires traidos á propósito; que saboreen la lectura de modo que diga mal bien; cosa que dice una persona bien conocida y nombrada de esta ciudad que invidia en un amigo mío. Porque es menester particular destreza en el esgrima para señalar la herida tanto que se eche de ver, sin que se asiente pesada la mano. La censura que fuere tal como he dicho será á todos agradable y menos molesta á los censurados

3.—Fray Jerónimo de San José.

Genio de la Historia (1651).

CUÁL SEA EL ESTILO PROPIO DE LA HISTORIA.

Tres maneras de estilo se pueden considerar y distinguir en los autores uno supremo, otro medio, y otro, finalmente, ínfimo. El supremo es aquel que, con alteza y majestad de voces exquisita y gravemente ordenadas, compone los períodos, llena y encumbra la oracion. A éste pertenece el apartarse del ordinario y comun lenguaje del vulgo, pesar sentencias, celar mis-

terios y con énfasi y señorío de palabras levantar la mente del lector y representarle una como deidad y soberanía en lo que escribe. De este estilo se usa en los asuntos heroicos y divinos, prosa ó verso, cuando se refieren ó celebran misterios sacrosantos, acciones de Reyes, hechos y proezas de singular admiracion. El ínfimo estilo es opuesto á éste, que sólo usa de voces, modos y frases ordinarias y vulgares; y es á propósito para tratados y discursos de prosa ó verso familar, en que se habla sin cuidado ni artificio, lo primero que se ofrece y viene (como dicen) á la boca; y tambien para aquella parte de poesía que pertenece á lo cómico y jocoso. El medio estilo es el que, participando de ambos extremos, guarda una mediocridad en el decir. Tiene mezclada la grandeza del primero y la llaneza del último y es como un compuesto de ambos.

Pero esta mezcla puede ser de muchas maneras y principalmente de dos. Porque, ó participa más del estilo supremo y menos del ínfimo, ó al revés, más del ínfimo y menos del supremo.

De estos tres genéricos estilos, el medio, con la segunda mezcla, en que tenga más llaneza que celsitud, pertenece á la Historia, como quiera que el supremo convenga más á la Poética; y el medio con la primera mezcla, es á saber, teniendo más de celsitud que de llaneza, á la Oratoria. Pero la afinidad que este medio estilo tiene con los otros dos, le hace sumamente dificultoso, por haber de participar del uno y del otro y distinguirse igualmente de ambos: primor y cuidado con razon temido en el que anda por la senda media; de la cual, si algun tanto declina, aunque sea hacia la mano derecha, pierde el camino. Siempre han sido más fáciles en cualquiera cosa indiferente los extremos. Y digo en cualquiera cosa indiferente, porque en las que son de suyo buenas, ó no hay extremos ó no son fáciles si los hay: porque lo bueno fué siempre árduo y pide trabajo y sudor al que lo ha de conseguir. Conviene, pues, á la Historia, dejando sendas que tuercen á uno y otro lado, por muy altas ó muy bajas, andar llano, derecho y seguro por el camino medio, procurando no perderle jamás...

B. Místicos y ascéticos.

1.—El P. Luis de la Puente.

Sentimientos y Avisos espirituales.

De la abnegacion y mortificacion.

La perfecta abnegacion consiste en una vigilancia grande para sentir los movimientos desconcertados del ánima, y luego reprimirlos y castigarla por ellos, como un fuerte soldado que está en frontera, que viendo venir al enemigo, sale á él, le quita la vida, y trata tan cruelmente, que pone espanto á los demás para que no se atrevan. En esta materia la crueldad es piedad. O como dice San Juan Clímaco, que como el gato acecha vigilantemente al raton, para en saliendo del agujero cojerle, así acecha á sus movimientos malos, para que en asomando les coja y deshaga. Cuidado no te acaezca lo que al gato, que por holgarse y juguetear con el raton, se le escapa, y queda con la vida.

Estos desórdenes en mis movimientos se reducen á cuatro. Primer desorden es en pensamientos é imaginaciones, las cuales son desordenadas, ó

por ser de cosas dañosas y escusadas, ó vanas, ó impertinentes, ó con demasiado ahinco. Segundo desorden es en las aficiones y quereres, ó por ser de cosas prohibidas, como el afecto de soberbia, de envidia, de ira, ó por ser con modos prohibidos, como la turbacion y congojosa aficion al estudio para predicar ó saber, ó cuidados congojosos en su oficio. Tercer desorden es repugnancias á obras de virtud, con la tibieza aneja á ellas. El cuarto desorden es libertad de sentidos en ver, oir, hablar, andar, saliendo á estas cosas movido de curiosidad, ó de ímpetu, ó de liviandad, etc. Si en estos cuatro géneros de desórdenes me mortificare y negare, habré quitado los impedimentos y estorbos de alcanzar la union con Dios y perfecta familiaridad con él, y podré decir: «Introdújome en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.» Esto sentía en unos ejercicios, y andando con vigilancia conocí varios movimientos desordenados, y por experiencia conocí lo que dice Cristo nuestro Señor: «Velad y orad, para no caer en tentacion.»

Tambien entendí cómo el amor de Dios pone esta vigilancia y grande deseo de la mortificacion, por servirse de ella para ejecutar sus inclinaciones. Imaginaba el amor de Dios como un rio que se reparte por siete brazos, y que con el ímpetu de su corriente él mismo va haciendo la madre y cavando la canal por donde ha de correr, rompiendo lo que le impide: así el amor, mediante la mortificacion rompe las dificultades para seguir el corriente de sus inclinaciones.

La primera inclinacion del amor, es á destruir los mayores enemigos que tiene, que son los pecados, y satisfacer á Dios por ellos, castigando su voluntad, sentidos y carne, como autores de tanto mal, dignísimos de todo castigo, y porque no se atrevan á otro tanto en adelante, por esto se sirve de la mortificacion para este fin. Segunda inclinacion del amor de Dios es á crecer *in infinitum*, deseando mas y mas conocer y amar á su Dios, y para esto inclínase á romper las dificultades que le estorban el conocer y estenderse, que son las aficiones terrenas. La diminucion de apetitos es aumento de la caridad, y perfeccion la carencia de deseos desordenados; y esto hace por medio de la mortificacion. Tercera inclinacion es á reconocer con debido agradecimiento el autor de su sér, que es Dios, el cual le engendró *gratis*, y le va nutriendo, aumentando y perficionando con el cebo de infinitos beneficios: para esto desea hacerle servicios que le duelan hasta derramar su sangre, y esto se hace con la abnegacion de sí. Cuarta inclinacion es hacerse semejante á su Amado, porque con esto será mas amado y mas uno con él, porque la semejanza es causa de amor: y como la vida de su amado, Cristo, fue toda mortificacion en pobreza, desprecio, dolor y trabajo, por tanto ama la mortificacion. Quinta es á hacer bien á los queridos de su amado, que son los prójimos, procurando ganar sus almas para aumentar el patrimonio de su Amado, y servirles corporalmente, porque en ellos está su Amado; y esto no lo puede hacer sin perder mucho de sus intereses y comodidades temporales, para lo cual toma la mortificacion. Sexta inclinacion del amor, cuando es perfecto, es ir á verse con su Amado y gozarse de su presencia: y como presume que dos cosas le pueden detener; primero, no haber cumplido la tasa de méritos que Dios quiere que tenga; segundo, así despues de cumplida, no haber pagado todas las penas que debe por sus pecados, para lo cual se ha de detener en el purgatorio. Para apresurar, pues, lo primero y quitar lo segundo, usa de la abnegacion y mortificacion, porque sabe que quien vive y muere en cruz, corre mucho, y vuela sin estorbo al gozo, pues aun el buen

ladron oyó en la Cruz: «Hoy irás conmigo al Paraiso». Séptima inclinacion y sobre todas, es cumplir en todo la voluntad de Dios su Amado, por su mayor gloria, anteponiendo esta á todo su interese y comodidad, aun el de ver á Dios: y para esto gusta de mortificar la propia voluntad, y acepta toda la abnegacion, porque así lo quiere su Amado. Y finalmente, como un hombre harto de un manjar precioso tiene hastío de otros, así el amor halla tanta hartura en solo Dios, que no hace caso de todo lo criado, y así le es facilísimo el mortificarse en no verlo, ni gustarlo, ni poseerlo.

2. El P. Juan Eusebio de Nieremberg (1590-1658).

DIFERENCIA ENTRE LO TEMPORAL Y LO ETERNO Y CRISOL DE DESENGAÑOS

De la eternidad

En todas nuestras obras habiamos de tener en el pensamiento: *Para siempre, para siempre* me han de premiar lo que hiciere bueno, ó me castigarán si pecare gravemente. Con esto se animará el cristiano a obrar siempre buenas obras, y obrarlas bien. Eliano escribe de Ismenias, embajador de los Tebanos para con el rey de Persia, estas palabras: Que habiendo de dar su embajada le advirtieron que antes de hablar palabra le había de adorar; pero pareciéndole a Ismenias que era esta honra demasiada para un rey bárbaro, mas que no la podía excusar, usó de esta traza; tomó el anillo, que antiguamente era de grande estimacion y significacion de autoridad propia, el cual llevaba en un dedo, y echóle secretamente junto a los pies del rey, diciendo entre sí mientras allí estaba postrado: No a tí, sino al anillo. Si tambien en todas nuestras acciones pusiéremos la mira y tuviésemos el respeto a la eternidad, no hallaríamos dificultad en alguna obra buena; y así en todas fijemos los ojos en la eternidad que se ha de dar por la obra que se hace en un momento. Bendito sea Dios por todas las eternidades, que nos dará un premio sin fin por trabajos tan breves que apenas tienen principio.

Quejóse una vez Eurípides, insigne poeta de los griegos, que en tres días enteros no pudo hacer sino con gran trabajo solos tres versos. Estaba presente otro poeta llamado Alcestides, y dijo: Pues yo para hacer cien versos bástame un día, y los haré con gran facilidad. Replicle entonces Eurípides: No os espantes, porque vuestros versos no son más que para tres día; mas los míos son para una eternidad. De la misma manera Zeuxis, excelentísimo pintor, pero espaciero sobre manera, preguntado por qué era tan prolijo en su pintura, deteniéndose tanto en ella, respondió: Pinto despacio, porque pinto para la eternidad. Engañóse por cierto porque ya no hay pintura suya, y de Eurípides se han perdido muchas obras, mas ninguna obra buena del justo perecerá; y no hemos menester gastar un día para ganar una eternidad, porque en el acto de contricion que se hace en un momento ganamos el gozo que ha de durar sin fin; pero debemos aprovechar de la consideración de Eurípides y Zeuxis para hacer, no solo las obras buenas, sino muy bien hechas; pues no obramos para solo esta vida, sino para la eternidad, que siempre debe estar en nuestra memoria.

3.—Sor María de Jesús de Agreda (1602-1665).

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.—VIDA DE LA VIRGEN, MADRE DE DIOS REYNA Y SEÑORA NUESTRA

DOCTRINA QUE ME DIÓ LA REYNA DE EL CIELO.

María Santísima. (Fin del libro VI).

Hija mía, a esta Segunda Parte de mi Vida darás dichoso fin con quedar muy advertida, y enseñada de la suavidad eficacísima del Divino amor, y de su liberalidad inmensa con las almas, que no le impiden por si mismas. Conforme es a la inclinacion del Sumo Bien, y a su voluntad perfecta y santa regalar á las criaturas mas, que afligirlas; darles consuelos mas, que aflicciones; premiarlas mas, que castigarlas; dilatarlas mas, que contristarlas. Mas los mortales ignoran esta ciencia Divina, porque desean que de la mano de el Sumo Bien les vengan las consolaciones, deleytes, y premios terrenos, y peligrosos; y los anteponen a los verdaderos y seguros. Este pernicioso error enmienda el amor Divino, quando los corrige con tribulaciones. los aflige con adversidades, los enseña con castigos; porque la naturaleza humana es tarda, grossera, y rústica; y si no se cultiva, y rompe su dulzura, no da fruto sazonado, ni con sus inclinaciones está bien dispuesta para el trato amabilísimo y dulce de el Sumo bien. Y assi es necessario exercitarla y pulirla con el martillo de los trabajos, y renovarla en el crisol de la tribulacion, con que se haga idonea, y capaz de los dones y favores Divinos, enseñándose a no amar los objetos terrenos, y falaces, donde está escondida la muerte.

Poco me pareció lo que yo trabajé, cuando conocí el premio, que la Bondad Eterna me tenia prevenido; y por esto dispuso con admirable presidencia, que bolviesse a la Iglesia Militante por mi propia voluntad, y eleccion, porque venia a ser este orden de mayor gloria para mi, y de exaltacion al Santo Nombre del Altissimo, y se conseguia el socorro de la Iglesia y de sus hijos, por el modo mas admirable, y Santo. A mi me pareció muy debido carecer aquellos años, que viví en el Mundo, de la felicidad que tenia en el Cielo, y bolver a granjear en el Mundo nuevos frutos de obras, y agrado de el Altissimo; porque todo lo debia a la Bondad Divina, que me levantó de el polvo.

Carta de la Venerable Sor María de Agreda al rey D. Felipe IV.

Señor: Si fuera posible ajustar á mi deseo las conveniencias de mi correspondencia, no dudara yo de que V. M. consiguiera de ella todo lo que la piedad de V. M. se promete; pero caminan mucho más mis afectos que pueden manifestar mis razones, que siempre las hallo coartadas y limitadas para dar el aliento y alivio que deseo á V. M.; y el verme sujeto tan improporcionado y desvalido me acobarda, y nunca me reconozco una misma en las obras y en la voluntad para con V. M.: ellas son de sierva pobre y la voluntad fina y verdadera, sin aquietarse en su operacion y anhelo sino es cuando me veo en la presencia del Señor, que con todas veras le suplico conceda á V. M. muchas bendiciones de su diestra divina, su gracia y amistad. Siempre se encaminan mis ansias al mayor bien, más cierto, seguro y estable, que es el eterno, á que de la navegacion del mar tempestuoso y peligroso de este valle de

lágrimas llegue V. M. á puerto seguro de la proteccion del Altísimo, donde habitan los justos en paz y tranquilidad y de donde (como dijo San Pablo) ni lo alto ni lo profundo, el ángel ni la potestad, la muerte ni la espada, ni todas las tribulaciones, no les apartará; esta es la habitacion alta y encumbrada que poseen los santos y amigos de Dios, donde se ven patrocinados de su paternal amor y, como dijo David, amparados de su sombra, guarnecidos y defendidos con el escudo de su verdad...

Lastímanme mucho las tribulaciones que V. M. padece, la falta de caudal para las disposiciones de las campañas, los malos términos de los franceses: siempre temí de ellos nos habían de dar dejos amargos, pero fío del Todopoderoso que los ha de humillar y dar en qué entender, con que se apuren más de lo que están. Nunca se lograron triunfos injustos ni se hicieron reinos ni tesoros usurpados y tiranizados: es Dios justo y procede con equidad y rectitud; si por nuestros pecados los ha prosperado y hecho nuestro azote, en dejándonos de castigar como Juez, nos favorecerá como padre y purgará en ellos las injusticias que nos han hecho, y los desacatos y la irreverencia al culto divino. V. M. se anime y dilate hasta que llegue el tiempo oportuno por el Señor, defienda V. M. sus reinos hasta lo que alcanzare el corto caudal; al Señor, no está oculto que V. M. desea y procura las paces y los franceses las resisten; esto á mi ver, pesa grandemente en el tribunal de Dios y alega mucho á nuestro favor.

Consuélanme los esforzados alientos del Señor Archiduque para infestar á los franceses por Flandes; dele el Altísimo grandes victorias por su bondad.

Las disposiciones de Cataluña deseo se abrevien, que por esta tierra hay alguna caballería detenida y los generales creo no han llegado á Zaragoza: importaría mucho adelantarnos antes que los franceses pudiesen salir en campaña.

Gozosas nuevas son para mí las que V. M. me da de la salud de la Reina Nuestra Señora; con grande afecto la pido y presento al Todopoderoso los piadosos deseos de V. M., para que se encamine este matrimonio á su mayor gloria y honra, salvación de V. M. y bien de sus Reinos. En esta empresa trabajo fielmente y en aclamar á Su Majestad que nos libre del contagio y peste de la Andalucía y Sevilla y la modere por su gran bondad y dé dilatacion al Real corazón de V. M., larga vida y prósperos sucesos. En la Concepción Descalza de Agreda á 19 de Mayo de 1649.—B. L. M. de V. M. su menor sierva.

Sor María de Jesús.

C. Políticos.

1. El secretario Antonio Pérez (1540-1611).

Las relaciones.

Antonio Pérez á los curiosos

..... Debia de pensar que no habia de saber la pluma escribir segunda vez lo que la primera. Pero engañóse, que no es todo recitar textos y como ciegos lo decorado de los libros. Así lo decía y conoscia Julio Claso, de su misma profesion, uno de los más doctos y de más lucido y claro entendimiento de su tiempo: consejero que fué (que llaman regente), en el consejo de Italia, cerca del rey de España, amigo familiar mío. Este era llamado al consejo de

estado en mi tiempo a muchos negocios en que era menester su profesion. Digo que conoscia, y me lo dijo, que el cuerpo de todo cuanto había aprendido de libros habia recebido alma con la comunicacion de aquel consejo, y con lo que allí había oído de esperiencias de la esperiencia de aquellos grandes hombres. Que cuerpo sin alma llamaba él, lo que un gravisimo consejero de los mayores de nuestros siglos, agua de lagunas llovediza, lo que se sabía de libros: y agua manantial lo que se aprendia de esperiencia de comunicacion con príncipes, de trato con consejeros grandes, de asistencia en consejos y juntas graves, y escuelas para aprender verdaderas y sobre todas: y alegaba el mismo personaje á este propósito que de aquí venía, que nunca acostumbraban los reyes escoger para los gobiernos de reinos personas sacadas de otras escuelas que de la escuela de la experiencia y de sus cortes. No solo por la grandeza de los ánimos y estómagos que en ellas se iban criando: calidad necesaria para ocupar lugares mayores, no ser criados á porcion miserable de mantenimiento, porque cría también los ánimos aquello a su medida: sino porque de la ciencia verdadera para grandes gobiernos era aquella escuela. Y añadía, óiganlo sin enfado y resérvenlo de quien les ha querido privar deste poco de entretenimiento a los que esperan tanto ha, no por culpa mia, y a los que piden cada dia de acá y de allá estos borrones (que no pueden ser sino esto los escritos de un corazon perseguido, que aun el aire que respira recibe con miedo), dije que añadía en comprobacion desta su razon que Homero, a quien los más graves hombres de muchos siglos y profesiones han reconocido tanto de doctrina y prudencia humana, cuando quiso debujar una persona muy sabida y prudente, no entró diciendo, con hablar con las musas, que el tal habia estudiado ni en Bástules, ni en Baldos, ni en Atenas, ni en París, ni en Boloña, sino dijo:

Dime de aquel varon, suave musa,
Que por diversas tierras y naciones
Anduvo peregrino, conosciendo
Sus vidas y costumbres.....
Pasando mil trabajos y fortunas,
¿Pues qué, si añadiera como pudo?
Tratando reyes grandes, confiriendo
Con graves personajes consejeros
De casos y negocios muy diversos.

Que estos son los que al fin enseñan, como la práctica en la medicina, que lo demás seria curas de boticarios, por receptas de otros ensartadas. Pero al que tuviese lo uno y lo otro, cedérselo puede. Pocos destos; porque la vida es corta, el arte larga, la esperiencia difícil de adquirir, como dijo el otro.

2. Don Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648).

Razón de estado dey Rey Don Fernando el Católico.

Algunas naciones celan la majestad real entre velos y sacramentos, sin que se manifieste al pueblo. Severa ley en los reyes, inhumano estilo en los vasallos, que en la presencia y rostro de su príncipe, cuando no en sus manos, hallan el consuelo de sus necesidades. Bien puede ser que tal recato

haga más temido, pero no más amado el respeto. Por la vista y por los oidos entra el amor; lo que ni se ve ni se oye no se deja amar. Son los ojos y la lengua intérpretes del corazón. Por aquéllos manifiesta ésta su necesidad; por ésta declara su remedio. Si el príncipe se niega á los ojos y á la lengua, se niega tambien á la necesidad y al remedio; y si bien en el retiramiento le pueden hallar las quejas, explicadas en memoriales, como á éstos no los acompaña el suspiro ni la accion, y llegan en ellos ya secas las lágrimas con que los bañó el afligido, queda desadvertida la piedad y sin esperanza el socorro. Si el príncipe que oye responde ásperamente, más cruel es que el que no escucha; porque lo uno se atribuye á desamor y lo otro á desprecio; con lo cual, desobligada la lealtad, busca motivos para negarle la obediencia. Su condicion áspera y cruel del rey don Pedro le despojó de la corona y la puso en la frente del rey don Enrique, su hermano, con cuya afabilidad quedó la bastardía y la usurpacion del reino legitimada. La cortedad del rey don Juan el primero le hizo tan odioso á los portugueses, que levantaron por rey al maestro de Avis, en quien reconocieron un natural cortés y agradable. La dificultad de las audiencias y la mala condicion del rey don Ramiro III de Leon le turbaron el reino con guerras civiles. Los aragoneses admitieron á la corona al infante don Fernando, sobrino del rey don Martin, llevados de su apacibilidad y blandura de su trato. La facilidad en las audiencias y la virtud en la modestia que, entre otras, resplandecía en el rey don Fernando el Santo, le granjearon la voluntad de sus vasallos. Con estas mismas artes procuró la de los napolitanos el rey don Alfonso de Aragon, como quien sabía que en la benevolencia de los vasallos consiste la seguridad de los reyes, en el miedo el peligro y en el odio su perdicion.

La casa de Austria, por este servicio de la modestia, nació dignamente para reinar. ¿Qué servicios no salen premiados de la apacible presencia de vuestra majestad? La afabilidad en los grandes es gloriosa, así como en los menores odiosa la jactancia y soberbia. Mucho se preció del agrado el emperador Carlos V. Gran ornamento es el del cetro; pero de tal suerte, que ni la severidad disminuya el amor, ni la facilidad el respeto.

De la tiranía.

De dos artes se vale para su conservación el tirano: del rigor y de la simulacion. Cuando ejercita el rigor, oprime, ó con muerte ó con destierro, los hombres de valor, virtud, letras y nobleza.

Prohibe las juntas y congregaciones donde pueda el pueblo conferir su servidumbre y unirse para su libertad.

Destierra las buenas artes y estudios, porque engendran ánimos generosos, que aspiran á la libertad.

Carga con tributos al pueblo, y le da ocasiones de gastos en juegos y ostentaciones vanas, para que, oprimiendo, no pueda oponerse á su tiranía.

Siembra disensiones, discordias y pleitos entre los vasallos, con que se consuman, y no flándose unos de otros, no puedan unirse contra él.

Esparce espías por el reino, que descubran los ánimos y conjuras.

Hace odioso el pueblo á la nobleza, para que le acompañe la multitud contra el poder de los nobles.

Vive entre miedos y recelos, siempre armado, siempre con guardas de extranjeros, á los cuales tiene por confidentes, y por sospechosos y enemigos á los naturales.

Constituye en honras y dignidades á los avarientos, ambiciosos y crueles para que enriquecidos, pueda después, con aplauso del pueblo, despojallos, de las haciendas y vidas.

Aboca á sí toda la autoridad de la república.

Cuando el tirano usa de la simulacion, se vale de artes opuestas á las del rigor...

3.—El licenciado Pedro Fernández de Navarrete (1647-1711).

CONSERVACIÓN DE MONARQUÍAS.

De la muchedumbre de fiestas.

Auméntase también en Castilla la holgazanería con la muchedumbre de fiestas de guardar que se han introducido; siendo cierto que en muchos obispados pasan de la tercera parte del año, sin los días de toros y otros regocijos públicos. Y si se repara en ello, se hallará que el mes de Agosto, que es el más ocupado de todo el año con la cosecha de los labradores, tiene tantas fiestas como días feriados; y si en este mes, el de Septiembre y Octubre, por ser en los que se recoge el pan y vino y se dispone la tierra para la nueva sementera, está prohibido por las leyes imperiales, renovadas en el código Teodosiano, el traer á los labradores á los tribunales de justicia, y ellos están excusados si en éstos no responden á las demandas; *Ne quis messium vindemiarumque tempore adversarium cogat ad judicium venire;* tambien parece justo se repare en que con tanta infinidad de fiestas se impide al labrador su trabajo, y en los tribunales de justicia y gracia se retarda el despacho, con daño de los que esperan, á que se junta que los oficiales y labradores se habitúan á ser holgazanes, y el pobre jornalero que tiene librado el sustento de su miserable familia en el trabajo de sus manos, se pone á riesgo de padecer necesidad ó quebrantar las fiestas; y así se resuelve en buscar el remedio de no guardarlas; daño que le ponderó con sentimiento el cardenal Paleoto en sus *Constituciones sinodales.* Y no es el mayor inconveniente que haga esto el miserable jornalero, á quien la necesidad aligera la culpa, pero es lo que haciendo tan grande instancia en añadir fiestas no necesarias, se quebranten con tanta facilidad y sin necesidad precisa las más solemnes que la Iglesia con particular atencion tiene instituídas; y que esto se haga ó por hacer una gala ó una joya que sirve solo al deleite, es cosa digna de remedio. Tambien se origina de la muchedumbre de fiestas el haber subido todo lo vendible á precios excesivos, pues por cesar tantos días las labores es forzoso crezcan los jornales de los laborantes; con que se ha abierto puerta á que de provincias y reinos extraños, donde por haber más oficiales mecánicos y menos fiestas son más bajos los precios de las labores, se traigan á España infinitas mercaderías, necesarias y no necesarias, sacando con lo industrial de la manufactura la riqueza de oro y plata, que son los principales frutos que tiene esta monarquía. Y si con tanta razon se quejan los que conocen los daños de sacarse á beneficiar á otras provincias de lanas y sedas de estos reinos, y este inconveniente se origina de haber en España pocos laborantes que puedan beneficiarlas, justo será que estas labores no se debiliten y enflaquezcan más con dar lugar á que los oficiales que quieren trabajar tengan tantos impedimentos para no poderlo hacer, y que los que aman la holgazanería hallen caminos de justificarla, y juntamente de consumir (como lo hacen), en un día de

fiesta lo que ganaron en seis de labor; siendo cierto que han de subir en los precios lo que les faltó de tiempo. Y asimismo se debe ponderar que, no solo recibe daño el labrador con cesar su trabajo personal, sino que los criados y mozos de campo, las mulas y los bueyes le hacen costa y gasto todo el año, sin servirle más que dos tercias partes dél.

De la despoblación por haber tantos vagamundos.

Despuéblase asimismo Castilla por el poco cuidado y vigilancia que se tiene en castigar vagamundos y holgazanes, de que es infinito el número en estos reinos, siendo esta la causa de haber tantos pobres; porque, como dijo el sabio, la mano perezosa y holgazana dió principio á la pobreza. Y el mismo dijo que el que labrare la tierra tendrá abundancia de pan y el que siguiere el ocio será ignorantísimo. Y el Eclesiástico dice que el que cultivare sus heredades verá colmadas parvas de trigo porque lo cierto es que los que trabajan no conocen la pobreza, y el perezoso y holgazan siempre vive en pobreza. Y en los Proverbios se dice lo que los extranjeros que vienen á España pueden decir de nosotros: que pasan por los campos fértiles y los ven cubiertos de ortigas y espinas por no haber quien los cultive, habiéndose los más de los españoles reducido á holgazanes, unos á título de nobles, otros con capa de mendigos. Y es cosa digna de reparar el ver que todas las calles de Madrid están llenas de holgazanes y vagamundos, jugando todo el día á los naipes, aguardando la hora de ir á comer á los conventos y las de salir á robar á las casas y, lo que peor es, el ver que, no solo siguen esta holgazana vida los pobres, sino que están llenas las plazas de pícaras holgazanas, que con sus vicios infeccionan la corte y con su contagio llenan los hospitales. Los Indios del Perú, á quien juzgábamos por bárbaros, tuvieron grandísima vigilancia en no consentir holgazanes, haciendo que aun los viejos, los mancos, los cojos y los ciegos trabajen en algunos ministerios en que no les estorbase su enfermedad. Así lo escriben el padre Acosta, Valera y Garcilaso. Y el haber en España muchos holgazanes, y por consiguiente muchos pobres, nace de diferentes causas.

D. Moralistas y Filósofos.

El P. Baltasar Gracián (1601-1658).

El Criticón. El palacio sin puertas

Varias y grandes son las monstruosidades que se van descubriendo de nuevo cada día en la arriesgada peregrinacion de la vida humana: entre todas, la más portentosa es el estar el engaño á la entrada del mundo y el desengaño á la salida. Inconveniente tan perjudicial, que basta á echar á perder todo el vivir, porque son fatales los yerros en los principios de las empresas, por ir creciendo siempre, y aumentándose cuanto más va, hasta llegar en el fin á un exorbitante exceso de perdicion. Errar, pues, los principios de la vida, ¿qué será sino un irse despeñando con mayor precipitacion de cada día, hasta venir á dar al cabo en un irremediable abismo de perdicion y desdicha? ¿Quién tal dispuso y de tal suerte? ¿Quién así lo ordenó? Ahora me conformo en que todo el mundo anda al revés y todo cuanto hay en él es á la trocada. El desengaño, para bien ir, había de estar en la misma entrada del mundo, en el umbral de la vida, para que al mismo punto que el hombre

metiera el pie en ella, se le pusiera al lado y le guiara, librándole de tanto lazo y peligro como le está armado; fuera un ayo puntual que siempre le asistiera sin perderle ni un solo instante de vista, fuera el númen vial que le encaminara por las sendas de la virtud al centro de su felicidad destinada. Pero como, al contrario, topa luego con el engaño, el primero que le informa de todo al revés, hácele desatinar y le conduce por el camino de la mano izquierda al paradero de su perdicion. Así se lamentaba Critilo, mirando á una y á otra parte en busca de su descifrador, que en aquella confusión universal de humo y de ignorancia le habían perdido; mas fuese su suerte que otro que les estaba oyendo y percibió los extremos de su sentimiento, se fué llegando á ellos y les dijo:—Razon tenéis de quejaros del concierto del mundo, mas no habéis de preguntar quién en sí lo ordenó, sino quién lo ha desordenado: no quien lo ha dispuesto, sino quien lo ha descompuesto; porque habéis de saber que el Artífice Supremo muy al contrario lo trazó de como hoy está, pues colocó el desengaño en el mismo umbral del mundo, y echó el engaño acullá, lejos, donde nunca fuera visto ni oido, donde jamás los hombres le contrataran. ¿Pues quién los ha barajado de este modo? ¿Quién fué aquel tan atrevido hijo de Jafet que así los ha trastocado? ¿Quién? Los mismos hombres que no han dejado cosa en su lugar, todo lo han revuelto, de alto á bajo, con el desconcierto que hoy le vemos y lamentamos. Digo, pues, que estaba el bueno del Desengaño en la primera grada de la vida, en el zaguan de esta casa comun del orbe, con tal atencion, que en entrando alguno, al punto se le ponia al lado, y comenzaba á hablarle claro y desengañarle:—Mira,—le decía—que no naciste para el mundo, sino para el cielo: los halagos de los vicios matan y los rigores de las virtudes dan vida; no te fíes en la mocedad, que es de vidrio. No tienes de qué desvanecerte—le decía el presumido—por tus presentes, vuelve los ojos á tus pasados, reconócelos bien á ellos para que no te desconozcas á tí. Advierte—le decía al tahur—que pierdes tres cosas: el precioso tiempo, la hacienda y la conciencia. Avisábala de su fealdad á la realidad y de su necesidad á la bella; á los varones de prendas, de su corta ventura; y á los venturosos, de sus pocos méritos; al sabio, de su desestimacion, y de su incapacidad al poderoso; al pavón le acordaba el potro de sus piés, y al mismo sol sus eclipses; á unos su principio; á otros su paradero; á los empinados su caida y á los caidos su merecido; andábase de unos en otros estrellando verdades. Deciale al viejo que tenía todos los sentidos consentidos, y al mozo que sin sentir; al español, que no fuese tan tardo; y al francés, que no se moviese tan de ligero; al villano, que no fuese malicioso; y al cortesano adulador; no se ahorraba con ninguno, pues aunque fuese un gran señor, le avisaba que no le caía bien el vos con todos, que podría tal vez descuidarse con su príncipe, y hablarle del mismo modo ó tan sin él; y á otro, que siempre estaba de chanza, le advirtió que podría ser le llamasen el duque de Bernardina: traía el espejo cristalino del propio conocimiento muy á mano, y plantábasele delante á todos; no gustaba de esto el malcarado, y menos el mascarado, ni el tuerto, ni el boquituerto, el cano, el calvo. Decíale á uno que le bobeaba el gesto y al otro que tenía ruin fachada; las feas le hacían malísima cara y las viejas le paraban arrugado ceño; hízose con esto malquisto en cuatro días y á cuatro verdades tan aborrecible, que no le podían ver.

El discreto.

Del señorío en el decir y en el hacer.

No hablo aquí de aquella natural superioridad, que señalamos por singular realce al héroe; sino de una cuerda intrepidez, contraria al deslucido encogimiento, fundada, ó en la comprension de las materias, ó en la autoridad de los años, ó en la calificacion de las dignidades, que en fe de cualquiera de ellas puede uno hacer y decir con señorío.

Hasta las riquezas dan autoridad. Dona las más veces el oro las necias razones de sus dueños, comunica la plata su argentado sonido á las palabras, de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas.

Pero la más ventajosa superioridad es la que se apoya en la adecuada noticia de las cosas, del continuo manejo de los empleos. Hácese uno primero señor de las materias y despues entra y sale con despejo; puede hablar con magistral potestad y decir como superior á los que atienden, que es fácil señorearse de los ánimos despues de los puntos primeros.

No basta la mayor especulacion para dar este señorío; requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señoril.

Comienza por la naturaleza y acaba de perfeccionarse con el arte. Todos los que lo consiguen se hallan las cosas hechas; la superioridad misma les da facilidad, que nada les embaraza; de todo salen con lucimiento. Campean al doble sus hechos y sus dichos: cualquiera medianía socorrida del señorío, pareció eminencia, y todo se logra con ostentacion.

Los que no tienen esta superioridad, entran con recelo en las ocasiones, que quita mucho del lucimiento, y más si se diere á conocer; del recelo nace luego el temor, que destierra criminalmente la intrepidez, con que se deslucen y aun se pierde la accion y la razon. Ocupa el ánimo de suerte que le priva de su noble libertad, y sin ella se ataja el discurrir, se hiela el decir y se impide el hacer, sin poder obrar con desahogo, de que pende la perfeccion.

El señorío en el que dice, concilia luego respeto en el que oy : hácese lugar en la atencion del más crítico, y apodérase de la aceptacion de todos. Ministra palabras y aun sentencias al que dice, asi como el temor las ahuyenta, que un encogimiento basta á helar el discurso y aunque sea un raudal de elocuencia, lo embarga la frialdad de un temor.

El que entra con señorío, ya en la conversacion, ya en el razonamiento, hácese mucho lugar y gana de antemano el respeto; pero el que llega con temor, él mismo se condena de desconfiado y se confiesa vencido; con su desconfianza da pie al desprecio de los otros, por lo menos á la poca estimacion.

Bien es verdad que el varon sabio ha de ir deteniéndose, y más donde no conoce; entra con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad, como lo encargaremos en nuestros *Avisos al varon atento*.

Con los príncipes, con los superiores y con toda gente de autoridad, aunque conviene y es preciso reformar esta señoril audacia, pero no de modo que dé en el otro extremo de encogimiento. Aquí importa mucho la templanza, atendiendo á no enfadar por lo atrevido, ni deslucirse por lo desani-

mado; no ocupe el temor de modo que no acierte á parecer, ni la audacia se haga sobresalir.

E. El P. Juan de Mariana (1536-1623).

TRATADO Y DISCURSO SOBRE LA MONEDA DE VELLON

De los valores que tiene la moneda

Dos valores tiene la moneda: el uno intrínseco natural, que será segun la calidad del metal y segun el peso que tiene, á que se llegará el cuño, que todavía vale alguna cosa el trabajo que se pone en forjarla; el segundo valor se puede llamar legal y extrínseco, que es el que el príncipe le pone por su ley, que puede tasar el de la moneda como el de las demás mercadurías. El verdadero uso de la moneda y lo que es en las repúblicas bien ordenadas, se ha siempre pretendido y practicado á que estos valores vayan ajustados, porque como será injusto en las demás mercadurías que lo que vale ciento se tase por diez, así es la moneda. Trata este punto Budelio, lib. I, núm. *De monet.*, capítulo 67 y otros, que todos llaman la contraria opinion irrazonable, ridícula y pueril; que si es lícito aportar estos valores, lábrenla de cuero, lábrenla de cartones ó de plomo, como en ocasiones se hizo, que todo se saldrá á una cuenta y será de menos coste que de cobre. Yo no soy de parecer que el príncipe esté obligado á acuñar el metal á su costa, antes siento, y está muy puesto en razon, que por el cuño se añada algun poco el valor natural y toda la costa que tiene el acuñar, y no sería muy injusto que por el señoraje quedase algun poquito de ganancia al príncipe, como lo dispone la ley que en esta razon se hizo en Madrid, año 1556, acerca de acuñar los cuartillos, y aun Inocencio sobre el cap. 4.° *De jur. jur.* lo da á entender, si no lo dice claramente. Pero digo, y me afirmo en esto, que estos valores deben ir muy ajustados. Esto se saca de Aristóteles, lib. I *De los políticos*, cap. 6.°, donde se dice que al principio los hombres trocaban unas cosas por otras; despues, de comun consentimiento, se convinieron en que el trueque sería á propósito si se hiciere con estos metales de hierro y oro, en que excusaban los portes de las mercadurías pesadas y de lejanas tierras. Así trocaban una oveja por tantas libras de cobre, un caballo por tantas de plata. Hallábase dificultad de pesar cada vez el metal, é introdújose que con autoridad pública se señalase, para que, conforme á la señal, se entendiese qué peso tenía cada pedazo. Este fué el primer uso y más legítimo de la moneda; todas las demás invenciones y trazas salen de lo que conviene y de lo antiguo. Así se verá, por nuestras leyes, por dejar los antiguos, y que siempre se tuvo respeto á ajustar estos valores de plata y oro, no hay duda, porque de un marco de plata se acuñan por ley del reino sesenta y siete reales, y el marco mismo, sin labrar, vale por las mismas leyes sesenta y cinco reales; de suerte que por el cuño y señoreaje sólo se le añaden dos reales, por donde cada real tiene de plata casi treinta y tres maravedises. De un marco de oro se acuñan sesenta y ocho coronas; poco menos vale el oro en pasta y por él le labran.

Si el rey es señor de los bienes particulares de sus vasallos.

Muchos extienden el poder de los reyes y le suben más de lo que la razon y el derecho pide; unos por ganar por este camino su gracia, y por la misma razon, mejorar sus haciendas; ralea de gentes las más perjudiciales que hay

en el mundo, pero muy ordinaria en los palacios y cortes; otros por tener entendido que por este camino la grandeza real y su majestad se aumentan, en qué consiste la salud pública y particular de los pueblos, en lo cual se engañan grandemente, porque, como la virtud, así tambien el poderío tiene su medida y sus términos, y si los pasa, no sólo no se fortifica, sino que se enflaquece y mengua; que, segun dicen graves autores, el poder no es como el dinero, que cuanto uno más tiene, tanto es más rico, sino como el manjar comparado con el estómago, que si le falta y si se le carga mucho se enflaquece; y es averiguado que el poder de estos reyes cuanto se extiende fuera de sus términos, tanto degenera en tiranía, que es género de gobierno, no sólo malo, sino flaco y poco duradero, por tener por enemigos á sus vasallos mismos, contra cuya indignacion no hay fuerza ni arma bastante. A la verdad, que el rey no sea señor de los bienes de cada cual, ni pueda, quiere que á la oreja le barboteen sus palaciegos, entrar por las casas y heredamientos de sus ciudadanos, y tomar y dejar lo que su voluntad fuere; la misma naturaleza del poder real y origen lo muestran. La república, de quien los reyes, si lo son legítimos, tienen su poder cuando los nombró por tales, lo primero y principal, como lo dice Aristóteles, fué para que las acaudillasen y defendiesen en tiempo de guerra; de aquí se pasó á entregarles el gobierno en lo civil y criminal, y para ejercer estos cargos con la autoridad y fuerzas convenientes, les señaló sus rentas ciertas y la manera como se debían recoger. Todo esto da señorío sobre las rentas que les señalaron y sobre otros heredamientos que ó él cuando era particular poseía ó de nuevo le señalaron y consignaron del comun para su sustento, mas no sobre lo demás del público; pues ni el que es caudillo en la guerra y general de las armadas ni el que gobierna los pueblos puede por esta razon disponer de las haciendas de particulares ni apoderarse de ellas.

Historia general de España.

Cómo se ganó la ciudad de Toledo

Las continuas correrías y entradas que los fieles hacían por las tierras de Toledo, las talas, las quemas, los robos, traían cansados á los moros de aquella ciudad, que no sabían qué partido tomar ni dónde acudir. Los cristianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad, no cesaban de solicitar al Rey Don Alonso para que juntadas todas sus fuerzas, se pusiese sobre aquella ciudad. Prometían si lo hiciere, de abrille luego las puertas y entregársela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas, los ánimos cansados de guerra tan larga; estas dificultades y otras muchas que se representaban, grandes trabajos y peligros, venció y allanó la constancia del Rey, y el deseo que todos tenían de llevar al cabo aquella conquista; hiciéronse nuevas y grandes levas de gente, juntaron los pertrechos y municiones necesarias con determinacion de no desistir ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y aspereza es de tal suerte, que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el ejército en diversas escuadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido.

Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los Príncipes comarcanos: grandes efectos se hacen cuando se ligan entre sí y se ayudan, cosas que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demás de los

Castellanos, Leoneses, Vizcaínos, Gallegos, Asturianos, todos vasallos del Rey Don Alonso, acudieron en primer lugar el Rey Don Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente; asimismo socorros de Italia y Alemania, movidos de la fama desta empresa que volaba por todo el mundo. De los Franceses, por estar más cerca, vino mayor número: gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufrida de trabajos; mas porque en estas y otras guerras contra los moros sirvieron muy bien, á los que dellos se quedaron en España para avecindarse y poblar en ella, los Reyes les otorgaron muchas exempciones y franquezas; ocasion segun yo pienso de que procedió llamar en la lengua Castellana comúnmente Francés así á los hombres generosos, como á los hidalgos y que no pagan pechos; lo cual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concedieron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilacion marchó la vía de Toledo muy alegre y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda.

El Rey moro, avisado del intento de los enemigos, de sus apercibimientos y aparato y movido del peligro que le amenazaba, se aprestaba para hacer resistencia. Tenía soldados, vituallas y municiones: faltábale el más fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenía confianza de poderse defender por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasía alto y enriscado. De todas partes le cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las cuales, con grande maravilla de la Naturaleza, rompe el río Tajo y da vuelta á toda la ciudad, de tal suerte, que por tierra deja una sola entrada para ella á la parte del Septentrion y del Norte, de subida empinada y agria, y que está fortificada con dos murallas, una por lo alto y otra tirada por lo más bajo. Para cercar la ciudad por todas partes fué necesario dividir la gente en siete escuadrones con otras tantas estancias, que fortificaron á ciertos espacios á propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni les entrasen de fuera socorros ni vituallas. El Rey con la mayor parte de la gente asentó sus reales, y los fortificó y barreó por todas partes en la vega que se tiende á las haldas del monte sobre que está asentada la ciudad.

Todos, así moros como cristianos, mostraban grande ánimo y deseo de venir á las manos; cerca de los muros se trabaron algunas escaramuzas, en que no sucedió cosa señalada que sea de contar; sólo se echaba de ver que los moros, en la pelea de á pie no igualaban á los cristianos en la ligereza, fuerza y ánimo; mas en las escaramuzas á caballo les hacían ventaja en la destreza que tenían por larga costumbre de acometer y retirarse, volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantaron los nuestros torres de madera, hicieron trabucos, otras máquinas é ingenios para batir y arrimarse á la muralla, y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios, dado que ponían espanto y hacían maravillar á los moros que no estaban acostumbrados á ver semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribaron alguna parte del muro, la subida era muy agria, las calles estrechas, los edificios altos y muchos que la defendían. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacía se cansaban los cristianos; de suerte que deseaban tomar algun asiento para levantar el cerco sin perder reputacion. Apretábales la falta que padecían de todo, que por estar la tierra talada y alzados los mantenimientos eran forzados proveerse de muy lejos de vituallas para los hombres y forraje

para los caballos. Los calores del verano comenzaban: por esto y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades de que moría mucha gente...

Finalmente, los moros vinieron en rendir la ciudad con las condiciones siguientes: El Alcázar, las puertas de la ciudad, los puentes, la huerta del Rey (heredad muy fresca á la ribera del río Tajo), se entreguen al Rey Don Alonso; el Rey moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él más quisiere; la misma libertad tengan los moros que le quisiesen acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menage; á los que se quedaren en la ciudad no les quiten sus haciendas y heredades; y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias; no les puedan poner más tributos de los que pagaban antes á sus reyes; los jueces, para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nacion y no de otra. Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra, como se acostumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales, moros y cristianos.

Hecho esto y tomado este asiento en la forma susodicha, el Rey Don Alonso, alegre cuanto se puede pensar, por ver concluída aquella empresa y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos, á manera de triunfador, hizo su entrada y se fué á apear al Alcázar, á veinticinco de Mayo, día de San Urban, Papa y mártir, el año que se contaba de nuestra salvacion, de mil ochenta y cinco.

F. Otros historiadores.

1.—Fray José de Sigüenza (1545-1606).

HISTORIA DE LA ORDEN DE SAN JERÓNIMO.

La historia profana y la historia religiosa.—Historia es humilde de humildes; contra la primera ley de historias, que pide siempre cosas grandes. No se ven pensamientos ni discursos largos de príncipes para conquistar nuevos reinos, ó mudar de sus asientos grandes estados, descubrir nuevas provincias, trastornar repúblicas, consejos profundos de paz y guerra, trocar la faz y deshacer las partes de todo esto temporal y visible: cosas que se huelgan todos de leellas; y con tanto gusto (ojalá con tanto fruto), que se olvidan de la comida y aun del sueño.

A mí no me dieron á escoger, que no es pequeña disculpa: abracé mi suerte, que á muchos parecía desgraciada, estéril y pobre; y en lo que hasta aquí ha salido á luz, se han desengañado buena parte de ellos, y mudado de parecer. Certifican personas de buen juicio, que se han hecho evidencia, no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata de casos raros y empresas grandes, y todo eso que llaman hazañoso; sino tambien la que se humilla al yermo, al claustro, al silencio y al cilicio, y á cuanto tiene nombre de mortificacion, que suena siempre tan mal á orejas del mundo.

Vése en esta historia trocado todo: y en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de estado; de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército ó animar los soldados á la batalla; de aquellas promesas de la victoria ó presagios de la suerte adversa; de las conjeturas de lo que pretende el enemigo; la loa del soldado valiente; la diligencia, destreza y ánimo del capitan; los varios trances de la fortuna; la alegría del buen su-

ceso; la riqueza del despojo y de la presa; el número de los muertos y cautivos; los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro ó derribaron las banderas enemigas, y otros cien particulares con que se enriquecen las historias profanas: en vez, digo, de todo esto, entran las amonestaciones santas, los consejos de una celestial prudencia, donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo, la perseverancia en el ejercicio santo, la fortaleza en el rigor de la penitencia, el fruto de la oracion continua, la sumision del cuerpo, el desprecio de sí mesmo, el desengaño de las cosas visibles, la victoria contra nuestras pasiones, la lucha porfiada contra nuestros apetitos, la esperanza del premio, y ¡tal premio!, los anuncios de la salud del alma, los recatos aun en el estado más seguro, el celo de la ceremonia, aunque sea pequeña, para que no se toque al muro de lo esencial; las prevenciones antes de llegar á las cosas sagradas; apoyar lo que se desmorona del rigor primero, y esforzar lo que parece va enflaqueciendo en la virtud; muertes venturosas, suficiente para encender en santa envidia los más tibios rigorosos á culpas casi sin nombre, mejores para labrar coronas que para enmienda de los delincuentes, y otro alarde de cosas semejantes: menudencias para los ojos del siglo, y de santa estima en los de Dios que no las remunera menos que con un reino eterno.

2.—Bartolomé L. de Argensola (1562-1631).

Conquista de las islas Molucas.

Los habitantes.

La gente se diferencia entre sí, al parecer, por milagrosa benignidad de la naturaleza. Las mugeres formó blancas y hermosas, y los hombres de color algo más ofuscado que membrillo. El cabello llano, y muchos lo ungen con aceites olorosos. Tienen ojos grandes, largas pestañas, las cuales y las cejas traen alcoholadas. Cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y para cualquier otro ejercicio perezosos. Viven mucho tiempo, encanecen temprano, y siempre ligeros por mar, no menos que en la tierra. Oficiosos y benignos con los huéspedes, y entrando en familiaridad importunos y pesados en sus ruegos. Su trato, interesal, hierve de recelos, fraudes y mentiras. Son pobres, y por esto soberbios; y por juntar muchos vicios en solo uno, ingratos. Ocuparon estas islas los chinos cuando sojuzgaron todo aquel Oriente; despues los yaos y malayos; últimamente los persas y árabes, los cuales por medio del comercio introdujeron la supersticion de Mahoma entre la adoracion de sus dioses. De los cuales se preciaron algunas familias como de progenitores. Sus leyes son bárbaras. No ponen número á los matrimonios. La esposa superior del rey, llamada *Putriz* en su lengua, da nobleza y derecho á la sucesion. En ella son preferidos sus hijos, aunque de menor edad que los de otras madres. El hurto, no por mínimo se perdona. El adulterio fácilmente.

Arenga del rey Tidore.

No puedo sin tiernas lágrimas hablar de la causa que nos obligó á esta concordia, porque la alegría del suceso, ya como presente, hace los efectos que pudiera, si nos viéramos victoriosos. Nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del yugo español, castigando, con riesgo de nuestra ruina

general, unos hombres á quien ni obligaron nuestros beneficios ni enmendaron nuestras amenazas. Los ladrones del Orbe, que le tienen usurpado, cubrieron su codicia con títulos magníficos y piadosos. En vano habemos probado siempre á aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia. Si hay enemigos ricos, el español se muestra avaro: si pobres, ambicioso: sola esta nacion es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias agenas. Roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio. Y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece que tienen introducida en ellas la paz.

Nosotros nos hallamos poseedores de las mas fértiles islas de Asia solo para que con los frutos de ellas compremos servidumbre y vasallaje infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos de la ambicion de tiranos advenedizos. Experiencia tenemos de cuan odioso ha sido siempre nuestro valor á los capitanes cristianos, los cuales, por esto mismo, no debemos esperar ni mas modestos ni menos enemigos. Tened, pues, en memoria, asi los reyes como los súbditos, asi los que os prometeis gloria como los que salud, que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni esta sin guerra, ni la guerra sin bríos y sin conformidad. Las fuerzas de los españoles han crecido y en ellas estriba su gloria. Luego, descubierto una vez el misterio y causa de esta tirania, ¿quién no se dispone á probar la última fortuna por conseguir el último de los bienes humanos, la libertad? Las otras gentes, que cuando sepan nuestra determinacion la llamaran desesperacion y ferocidad, si la compararen con la causa de ella, alabanzas nos atribuirán, y no perdon. Demas que cada cual sabe lo que conviene á su religion, á su honra y á su patria mejor que los que juzgan estas cosas de lejos; y finalmente, sin libertad ¿para qué es la vida?

3.—Don Antonio de Solis y Rivadeneyra (1610-1686).

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

PELEAN LOS ESPAÑOLES CON UN EJÉRCITO PODEROSO DE LOS INDIOS DE TABASCO Y SU COMARCA.

Luego que amaneció dispuso que oyese Misa toda la gente y, encargando el Gobierno de la Infant ría á Diego de Ordáz, montaron á caballo él y los demás Capitanes y empezaron su marcha al paso de la Artilleria, que caminaba con dificultad, por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al parage donde (segun las noticias de los Prisioneros) se habia de juntar la gente del Enemigo, y no hallaron persona de quien poder informarse, hasta que llegando cerca de un Lugar, que llamaban Cinthla, poco menos de una legua del Cuartel, descubrieron, á larga distancia, un Ejército de Indios, tan numeroso, y tan dilatado, que no se le hallaba el termino con lo que alcanzaba la vista.

Describirémos como venian, y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demás ocasiones de esta Conquista, por ser uno en casi todas las Naciones de Nueva España el Arte de la Guerra. Eran Arcos, y Flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, ó correas torcidas de piel de venado, y en las flechas suplian la falta del hierro con puntas de hueso, y espinas de Pescado. Usaban tambien un genero de Dárdos, que jugaban, ó despedian segun la necesidad, y unas Espadas largas,

que esgrimian á dos manos (al modo que se manejan nuestros Montantes) hechas de madera, en que ingerian, para formar el corte, agudo, pedernales. Servíanse de algunas Mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, que encargaban á los más robustos: y habia Indios pedreros, que revolvían, y disparaban sus ondas con igual pujanza, que destreza. Las armas defensivas (de que usaban solamente los Capitanes y personas de cuenta) eran Colchados de algodon, mal aplicados al pecho, Petos y Rodelas de Tablas ó conchas de Tortugas, guarnecidas con láminas de metal, que alcanzaban; y en algunos era el oro, lo que en nosotros el hierro. Los demás venian desnudos, y todos afeados con varias tintas, y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de que usaban, creyendo que se hacian horribles á sus enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germania; por cuya costumbre, semejante á la de estos Indios, dice Tacito, que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Ceñian las cabezas con unas como coronas hechas de diversas plumas levantadas en alto, persuadidos tambien á que el penacho los hacía mayores, y daba cuerpo á sus Ejercitos.

Tenían sus instrumentos, y toques de guerra, con que entendian y animaban en las ocasiones: Flautas de gruesas cañas: Caracoles maritimos, y un genero de Cajas, que labraban de troncos huecos, y adelgazados por el cóncabo, hasta que respondiese á la baqueta con el sonido, desapacible Musica, que debia de ajustarse con la desproporcion en sus ánimas.

Formaban sus Escuadrones amontonando, mas que distribuyendo la gente, y dejaban algunas Tropas de reten, que socorriesen á los que peligraban. Embestian con ferocidad, espantosos en estruendo con que peleaban, porque daban grandes alharidos, y voces para amedrentar al enemigo, costumbres que refieren algunos entre las barbaridades, y rudezas de aquellos Indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes Naciones de la Antigüedad, y no la despreciaron los Romanos; pues Julio Cesar alaba á los clamores de sus Soldados, culpando el silencio en los de Pompeyo: y Caton el Mayor solia decir, que debia mas victorias á las voces, que á las espadas, creyendo unos, y otros, que se formaba el grito del Soldado en el aliento del corazon. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre, solo decimos que no era tan bárbara en los Indios, que no tuviese algunos ejemplares. Componíanse aquellos Ejercitos de la gente natural, y diferentes Tropas auxiliares de las Provincias comarcanas, que acudian á sus confederados, conducidas por sus Caciques, ó por algun Indio principal de su parentela, y se dividian en Compañías, cuyos Capitanes guiaban, pero apenas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasion, mandaba la ira, y á veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento, que á la fuga.

De este género era la milicia de los Indios y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros Españoles aquel Ejercito, ó aquella inundacion de gente, que venia al parecer, anegando la Campaña. Reconoció Hernan Cortés la dificultad en que se hallaba, pero no desconfió del suceso, antes animó con alegre semblante á sus soldados; y poniéndoles al abrigo de una eminencia, que les guardaba las espaldas, y la Artilleria en sitio que pudiese hacer operacion, se emboscó con sus quince Caballos, alargándose entre la maleza, para salir de través, cuando lo dictase la ocasion. Llegó el Ejercito de los Indios á distancia proporcionada: y dando primero la carga

de sus flechas, embistieron con el Escuadron de los Españoles, tan impetuosamente, y tan de tropel, que no bastando los Arcabuces y las Ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el estrago que se hacía en ellos; y la Artilleria, como venían tan cerrados, derribaba Tropas enteras; pero estaban tan obstinados, y tan en sí, que en pasando la bala, se volvían á cerrar, y encubrían á su modo el daño que padecían, levantando el grito y arrojando al aire puñados de tierra, para que no se viesen los que caían, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudía Diego de Ordáz á todas partes haciendo el oficio de Capitan, sin olvidar el del Soldado; pero como eran tantos los enemigos, no se hacía poco con resistir; y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando Hernan Cortés (que no pudo acudir antes al socorro de los suyos, por haber dado en unas Acequias) salió á la Campaña, y embistió con todo aquel Ejercito, rompiendo por lo más denso de los Escuadrones, y haciéndose tanto lugar con sus Caballos, que los Indios, heridos y atropellados, cuidaban solo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza.

Conoció Diego de Ordáz, que habia llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la Vanguardia Enemiga, que empezó á remolinar con la turbacion que tenía á las espaldas; y sin perder tiempo avanzó con su Infantería, cargando á los que le oprimian con tanta resolucion, que los obligó á ceder, y fué ganando la tierra que perdian, hasta que llegó al parage, que tenian despejado Hernan Cortés y sus Capitanes. Uniéronse todos, para hacer el último esfuerzo, y fué necesario alargar el paso, porque los Indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear á lo largo con las armas arrojadizas; en cuya forma de apartarse y escusar concertadamente el combate, perseveraron, hasta que estrechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

4.—Don Francisco de Moncada conde de Osona (1580-1630).

Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confesar, ha sido el origen de los almugávares: pero segun lo que yo he podido averiguar, fué de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España, y fundaron el suyo, que largo tiempo conservaron con esplendor y gloria de gran majestad, hasta que los sarracenos, en menos de dos años le oprimieron, y forzaron á las reliquias deste universal incendio, que entre lo más áspero de los montes buscasen su defensa, donde las fieras muertas por su mano les dieron comida y vestido. Pero luego su antiguo valor y esfuerzo, que el regalo y delicias tenían sepultado, con el trabajo y fatiga se restauró, y les hizo dejar las selvas y bosques, y convertir sus armas contra moros, ocupadas antes en dar muerte á fieras.

Con la larga costumbre de ir divagando, nunca edificaron casas ni fundaron posesiones; en la campaña y en la frontera de enemigos tenían su habitacion y el sustento de sus personas y familias; despojos de sarracenos, en cuyo daño perpetuamente sacrificaban las vidas, sin otro arte ni oficio más que servir pagados en la guerra, y cuando faltaban las que sus reyes hacían,

con cabezas y caudillos particulares corrían las fronteras, de donde vinieron á llamar los antiguos el ir á correrías, *ir en almugavería*. Llevaban consigo hijos y mujeres, testigos de su gloria ó afrenta; y como los alemanes en todos tiempos lo han usado, el vestido de pieles de fieras, abarcas y antiparas de lo mismo. Las armas, una red de hierro en la cabeza á modo de casco, una espada y un chuzo algo menos de lo que se usa hoy en las compañías de arcabuceros, pero la mayor parte llevaban tres ó cuatro dardos arrojadizos. Era tanta la presteza y violencia con que los despedían de sus manos, que atravesaban hombres y caballos armados, cosa al parecer dudosa, si Desclot y Montaner no lo refirieran, autores graves de nuestras historias, adonde largamente se trata de sus hechos, que pueden igualar con los muy celebrados de romanos y griegos.

5.—Don Francisco Manuel de Melo (1611-1667).

Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña.

Los Segadores.

Había entrado el mes de Junio, en el cual, por uso antiguo de la provincia, acostumbran bajar de toda la montaña hacia Barcelona muchos segadores, la mayor parte hombres disolutos y atrevidos que lo más del año viven desordenadamente, sin casa, oficio ó habitacion cierta; causan de ordinario movimientos é inquietud en los lugares donde los reciben; pero la necesidad precisa de su trato parece no consiente que se les prohiba: temían las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrían dar ocasión á su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

Entraban comúnmente los segadores en vísperas del Corpus, y se habían anticipado aquel año algunos: tambien su multitud, superior á los pasados, daba más que pensar á los cuerdos, y con mayor cuidado por las observaciones que se hacía de sus ruines pensamientos.

El de Santa Coloma, avisado de esta novedad, procuró, previniéndola, estorbar el daño que ya antevía; comunicólo á la ciudad, diciendo le parecía conveniente á su devocion y festividad que los segadores fuesen detenidos, porque con su número no tomase algún mal proposito el pueblo, que ya andaba inquieto; pero los conselleres de Barcelona (así llaman los ministros de su magistrado; consta de cinco personas), que casi se lisonjeaban de la libertad del pueblo, juzgando de su estruendo habría de ser la voz que más constante votase el remedio de su república, se excusaron con que los segadores eran hombres llanos y necesarios al manejo de las cosechas; que el cerrar las puertas de la ciudad causaría mayor turbación y tristeza: que quizá su multitud no se acomodaría á obedecer la simple orden de un pregon. Intentaban con esto poner espanto al virrey para que se templase en la dureza con que procedía; por otra parte, deseaban justificar su intencion para cualquier suceso.

Pero el Santa Coloma ya imperiosamente les mostró con claridad la peligrosa confusión que los aguardaba en recibir tales hombres; empero volvió el magistrado por segunda respuesta que ellos no se atrevían á mostrar á sus naturales tal desconfianza; que reconocían parte de los efectos de aquel recelo; que mandaban armar algunas compañías de la ciudad para tenerla sosegada; que donde su flaqueza no alcanzase, supliese la gran autoridad de

su oficio; pues á su poder tocaba hacer ejecutar los remedios que ellos solo podían pensar y ofrecer. Estas razones detuvieron al Conde, no juzgando por conveniente rogarles con lo que no podía hacerles obedecer, ó también porque ellos no entendiesen eran tan poderosos, que su peligro ó su remedio podía estar en sus manos.

Amaneció el día en que la Iglesia católica celebra la institucion del Santísimo Sacramento del altar; fué aquel año el 7 de Junio; continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores. Afirman que hasta dos mil, que, con los anticipados, hacían más de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo; dícese que muchos, á la prevencion y armas ordinarias, añadieron aquella vez otras, como que advertidamente fuesen venidos para algún hecho grande.

Entraban y discurrían por la ciudad; no había por todas sus calles y plazas sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores: en todos se discurría sobre los negocios entre el Rey y la provincia, sobre la violencia del virey, sobre la prision del diputado y concejeros, sobre los intentos de Castilla, y, últimamente, sobre la libertad de los soldados; después, ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor, oprimido de la duda, forcejeaba por salir asomándose á los efectos, que todos se reconocían rabiosos é impacientes; si topaban algún castellano, sin respetar su hábito ó puesto, lo miraban con mofa y descortesía deseando incitarlos al ruido; no había demostración que no prometiese un miserable suceso.

Asistían á este tiempo en Barcelona, esperando la nueva campaña, muchos capitanes y oficiales del ejército, y otros ministros del Rey Católico, que la guerra de Francia había llamado á Cataluña; era comun el desplacer con que los naturales los trataban. Los que eran más servidores del Rey, atentos á los sucesos antecedentes, medían sus pasos y divertimientos, y entre todos se hallaba como ociosa la libertad de la soldadesca. Habían sucedido algunos casos de escándalo y afrenta contra personas de gran puesto y calidad, que la sombra de la noche ó el temor había cubierto; eran, en fin, frecuentísimas las señales de su rompimiento. Algunos patrones hubo que, compadecidos de la inocencia de los huéspedes, los aconsejaban mucho de antes se retirasen á Castilla; tal hubo tambien que, rabioso con pequeña ocasión, amenazaba á otro con el esperado día del desagravio público.

Este conocimiento incitó á muchos, bien que su calidad y oficio les obligase á la compañía del Conde, á que se fingiesen enfermos é imposibilitados de seguirles; algunos, despreciando ó ignorando el riesgo, le buscaron.

Era ya constante en todas partes el alboroto; los naturales y forasteros corrían desordenadamente; los castellanos, amedrentados del furor público, se escondían en lugares olvidados y torpes; otros se confiaban á la fidelidad, pocas veces incorrupta, de algunos moradores; tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, procurando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto; esta diligencia, á pocos agradable, irritó y dió nuevo aliento á su furor, como acontece que el rocío de poca agua enciende más la llama en la hornaza.

Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual, queriendo prender, por haberle conocido un ministro inferior de justicia, hechura y oficial del Monredón (de quien hemos dicho), resultó desta contienda ruido entre los dos; quedó herido el segador,

á quien ya socorría gran parte de los suyos. Esforzábase más y más uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces, algunos soldados de milicia, que guardaban el palacio del Virey, tiraron hacia el tumulto, dando á todos más ocasión que remedio. A este tiempo rompían furiosamente en gritos; unos pedían venganzas; otros, más ambiciosos, apellidaban la libertad de la patria; aquí se oía: «¡Viva Cataluña y los catalanes.» Allí otros clamaban: «¡Muera el mal gobierno de Felipe!» Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oídos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oían con temor, y los más no quisieran haberlas oído. La duda, el espanto, el peligro, la confusión, todo era uno; para todo había su acción, y en cada cual cabían tan diferentes efectos; solo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre); muchos, sin contener su enojo, servían de pregón al furor de otros; éste gritaba cuando aquél hería, y éste, con las voces de aquél, se enfurecía de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres; buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubría y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso.

6.—El Maestro Fray Prudencio de Sandoval, Obispo de Pamplona. Historia del Emperador Carlos V.

Lo que sucedió en las Cortes de Valladolid en 1518

Pasado, pues, el año de 1517, á 4 de enero del año siguiente, de 1518, habían llegado á Valladolid todos los procuradores de Córtes. Juntáronse en el monasterio de San Pablo. Lo que principalmente quería el reino eran dos cosas: que se mirase bien si convenía que jurasen por rey al príncipe, siendo viva la reina doña Juana, señora propietaria de estos reinos: y dado que se recibiese y alzase por el rey, y que se debiese hacer, que no hiciesen el juramento hasta tanto que el rey jurase los capítulos que en las cortes pasadas, que el rey Católico tuvo en Burgos, en el año de 1511, se hicieron y ordenaron por todo el reino. Uno era, que el reino estuviese encabezado por cierto precio y tiempo, hasta que se pudiese admitir puja.

El primer día que se juntaron los procuradores en Cortes, asistieron en ellas, por Su Alteza, el gran Chanciller flamenco por presidente, Don García de Padilla, del consejo, y otro doctor flamenco, por letrados: y el obispo de Badajoz, Mota, que después fué de Palencia, por prelado. Los procuradores del reino llevaron á mal que extranjeros entrasen en cortes; y juntáronse á tratar de ello, y acordaron hablar á Don García y á Mota, diciéndoles que no era justo que asistiesen en las cortes extranjeros. Hizo la plática el doctor Zumel, procurador de Burgos, sobre lo cual pasaron muchas palabras y alteraciones, puesto que no se pudo tomar resolucion.

Cuando los procuradores se volvieron á juntar, el mismo doctor Zumel, en nombre de todos, requirió que no estuviesen en las cortes aquellos señores que no eran naturales: y que, si lo contrario hiciesen, lo recibía por agravio: así lo pidió por testimonio ante el secretario Castañeda.

Presentaron los poderes, juraron el secreto, é hicieron todo lo demás que se acostumbra.

Otro día de mañana, vino un portero á llamar á los procuradores de Bur-

gos, de parte del gran Chanciller, y fueron, en unión de los procuradores de Sevilla y Valladolid. Estaban con el Chanciller el obispo Mota y Don García de Padilla: éstos hablaron al doctor Zumel, diciéndole muchas palabras feas y amenazándole, por el requerimiento que había hecho en cortes, y que se había hecho información contra él, sobre que andaba induciendo á los procuradores del reino que no jurasen á su Alteza, hasta que él jurase al reino guardar sus libertades, privilegios, usos y buenas costumbres: los capítulos que el rey Católico había concedido en Burgos antes que muriese, y las leyes y pragmáticas, especialmente que no daría oficios ni dignidades á ningun extranjero, ni les daría carta de naturaleza. El doctor Zumel, con mucha entereza, dijo que era verdad que él había aconsejado á los procuradores del reino todo lo sobredicho y que era de este parecer. Los señores le respondieron con mucha cólera que había incurrido en pena de muerte y perdimiento de bienes. El doctor respondió que lo que él había hecho no era cosa de qué poder temer, usándose con él justicia: que estuviesen ciertos que el reino no juraría á Su Alteza hasta que él jurase lo susodicho: que el reino no había de permitir que Monsieur de Jévres y otros extranjeros se llevasen la moneda que había en el reino.....

.....

.....

El rey vino aquella tarde y con él muchos grandes y todos los procuradores y algunos prelados. El obispo Mota hizo un razonamiento harto largo. En él dió cuenta de lo que había sucedido al rey en toda su vida hasta entonces, y de las amistades y alianzas que tenía con todos los reyes cristianos.

En fin, concluyó diciendo que luego jurasen á Su Alteza los procuradores del reino.

El doctor Zumel, con acuerdo de todos los procuradores, respondió besando las manos á Su Alteza, por su bienaventurada venida en estos sus reinos y la merced que con ella les había hecho; y por la que de presente les hacía en mandarles saber hacer todas aquellas cosas; que ellos estaban prestos á jurarle con tal de que Su Alteza asimismo jurase al reino de guardarles todo lo que se le había suplicado.

Incontinenti, sin más responder, llevaron el juramento y fueron á jurar parte de los procuradores del reino.....

Hecho el juramento, besaron las manos del rey.

Entonces el obispo Mota dijo que Su Alteza juraba los privilegios de las ciudades, los buenos usos, costumbres y leyes: y que guardaría y cumpliría lo contenido en el capítulo que los procuradores de las ciudades habían dado. Y así lo juró Su Alteza, salvo que no expresó los oficios, no haberse de dar á extranjeros, aunque había jurado guardar las leyes generalmente donde se incluía este capítulo. Como este capítulo no se especificó señaladamente, el doctor Zumel tornó á decir que el reino suplicaba á Su Alteza que especialmente jurase esto que tocaba á los extranjeros. Y esto dijo muchas veces el doctor, porfiando que jurase. El rey respondió: *Esto juro*. Algunos dijeron que Su Alteza había dicho solamente *Esto juro*; que se entendía especialmente lo que antes había jurado: y así quedó esta materia indecisa.

II. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1547-1616)

A. Poesía lírica y épica.

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS.

Redondilla, en la cual se representa la velocidad y presteza con que la muerte arrebató á Su Majestad.

Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fué trasplantada en el cielo.
Y al cortarla de su rama,
El mortífero accidente
Fué tan oculta á la gente,
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar se siente.

Epístola que escribió, hallándose cautivo en Argel, al secretario Mateo Vázquez de Leca.

...En la esquiva prision amarga y dura
A donde agora quedo, estoy llorando
Mi corta infelicísima ventura,
Con quexas tierra y cielo importunando,
Con suspiros al aire escureciendo,
Con lágrimas el mar acrescentando.
Vida es esta, señor, do estoy muriendo,
Entre bárbara gente descreida
La mal lograda juventud perdiendo.
No fué la causa aquí de mi venida
Andar vagando por el mundo acaso
Con la vergüenza y la razon perdida.
Diez años há que tiendo y mudo el paso
En servicio del gran Filipo nuestro,
Ya con descanso, ya cansado y laso;
Y en el dichoso día que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.
Ví el formado escuadron roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho,
La muerte airada con su furia insana
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose á quien tarda, á quien temprana,
El són confuso, el espantable estruendo,

Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo,
Los profundos sospiros lamentables,
Que los heridos pechos despedían,
Maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían,
Cuando en el són de la trompeta nuestra,
Su daño y nuestra gloria conocían,
Con alta voz de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el sol mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce razon, yo, triste estaba
Con la una mano de la espada asida
Y sangre de la otra derramaba,
El pecho mío de profunda herida
Sentía llagado y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano,
Que á mi alma llegó viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido.
Y en mi propia cabeza el escarmiento
No me pudo estorbar que el segundo año
No me pusiese á discrecion del viento.

Canción segunda de la pérdida de la armada Invencible.

Madre de los valientes de la guerra
archivo de católicos soldados
crisol donde el amor de Dios se apura
tierra donde se vee que el cielo entierra
los que han de ser al cielo trasladados
por defensores de la fee más pura:
no te parezca acaso desventura
¡o España, madre nuestra!
ver que tus hijos vuelven á tu seno
dejando el mar de sus desgracias lleno
pues no los vuelve la contraria diestra
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar, y el cielo que consiente
que se alce un poco la enemiga frente,
odiosa al cielo, al suelo detestable,
porque entonces es cierta la caída
cuando es soberbia y vana la subida.

Abre tus brazos y recoge en ellos
los que vuelven confusos, no rendidos,
pues no se excusa lo que el cielo ordena

ni puede en ningún tiempo los cabellos
tener alguno con la mano asidos
de la calva ocasión en suerte buena,
ni es de acero ó diamante la cadena
con que se enlaza y tiene
el buen suceso en los marciales casos
y los más fuertes bríos quedan lasos
del que á los brazos con el viento viene;
y esta vuelta que vees desordenada
sin duda entiendo que ha de ser la vuelta
del toro, para dar mortal revuelta
á la gente con cuerpo desalmada
que el cielo aunque se tarda no es amigo,
de dejar las maldades sin castigo.

A tu león pisado le han la cola;
las vedijas sacude, ya revuelve
á la justa venganza de su ofensa
no solo suya, que si fuera sola
quizá la perdonara: solo vuelve
por la de Dios y en restaurarla piensa;
único es su valor su fuerza inmensa,
claro su entendimiento,
indignado con causa, y tal que á un pecho
cristiano, aunque de mármol fuese hecho
moviera á justo y vengativo intento,
y más que el Gallo, el turco, el moro, mira
con vista aguda y ánimos perplejos
cuales son los comienzos y los dejos
y donde pone este león la mira
porque entonces su suerte está lozana
en cuanto tiene este león cuartana.

Ea, pues (o Felipe) señor nuestro
segundo en nombre y hombre sin segundo
columna de la fee segura y fuerte
vuelve en suceso mas felice y diestro
este designio que fabrica el mundo
que piensa manso y sin coraje verte
como si no bastasen á moverte
tus puertos salteados
en las remotas Indias apartadas
y en tus casas tus naves abrasadas
y en la ajena los templos profanados;
tus mares llenos de piratas fier s
por ellos tus armadas encogidas
y en ellos mil haciendas y mil vidas
sujetos á mil bárbaros aceros
cosas que cada cual por sí es posible
á hacer que se intente aun lo imposible.

.....

Vosotros, que llevados de un deseo
justo y honroso, al mar os entregastes
y el ocio blando y el regalo huistes
puesto que os imagino ahora y veo
entre el viento y el mar que contrastastes
y los mortales daños que sufristes
dentre Scilo y Caribdis, no tan tristes
salís, que no se vea
en vuestro bravo varonil semblante
que romperéis por monte de diamante
hasta igualar la desigual pelea;
que los bríos y brazos españoles
quilatan su valor, su fuerza y brío
con la hambre, la sed, calor y frío
cual se quilata el oro en los crisoles
y apurados así, son cual la planta
que al cielo con la carga se levanta.

El diestro esgrimidor, cuando le toca
quien sabe menos que él, se enciende en ira
y con facilidad se desagravia;
y en la orilla del mar la fuerte roca
mientras su furia á deshacerla aspira
muy poco ó nada su rigor la agravia;
y es comun opinión de gente sabia
que cuanto más ofende
el malo al bueno, tanto más aumenta
el temor del alcance de la cuenta,
que siempre es malo del que mal expende.
Triunfe el pirata pues ahora y haga
júbilo y fiestas porque el mar y el viento
han respondido al justo de su intento,
sin acordarse si el que debe, paga,
que al sumar de la cuenta, en el remate
se hará un alcance que le alcance y mate.

O España, o Rey, o mílites famosos,
ofrece, manda, obedeced, que el cielo
en fin ha de ayudar al justo celo
puesto que los principios sean dudosos,
y en la justa ocasion y en la porfía
encierra la victoria su alegría.

Viaje del Parnaso.

Capítulo IV

Suele la indignación componer versos;
Pero si el indignado es algún tonto,
Ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé más sino que pronto

Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.
Y así le dije á Delio:—No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al arbol sacro del laurel se arrima.
La envidia y la ignorancia le persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido,
El bien que espera por jamás consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien la *Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto á su fama es justo se le crea.
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invencion excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poësía,
Y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mía
Por la region satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guía.
Yo el soneto compuse que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
Voto á Dios, que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto *Romances* infinitos,
Y el de los *Celos* es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.
Por esto me congojo y me lastimo
De verme solo en pié, sin que se aplique
Arbol que me conceda algun arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa el gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique
Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en sonetos de á docena,
He honrado tres sugetos fregoniles.
Tambien al par de *Filis* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantilena.

Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los lijeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.
Nunca pongo los piés por do camina
La mentira la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
Mucho.—A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo:
—Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de léjos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.
El bien les viene á algunos de repente,
A otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.
El bien que está adquirido, conservallo
Con maña, diligencia y con cordura,
Es no menor virtud que el granjeallo.
Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.
Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre y no confuso y consolado,
Dobla tu capa, y siéntate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar mas merecido, que alcanzado.
—Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa.—
Él dijo:—Aunque sea así, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la envidia escapa.—
Incliné al gran consejo la cabeza,
Quedéme en pié; que no hay asien o bueno,
Si el favor no le labra ó la riqueza.

Sonetos

Al túmulo del Rey Felipe II en Sevilla.

Voto á Dios, que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblon por describilla;
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza
Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.
Esto oyó un valenton y dijo: es cierto
Cuanto dice voacé, señor soldado,
Y el que dijese lo contrario, miente.
Y luego, in continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

A un valenton metido á pordiosero.

Un valentón de espátula y gregüesco,
que á la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica
mas no del ejercicio picaresco;
retorciendo el mostacho soldadesco,
por ver que ya su bolsa le repica,
á un corrillo llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió refresco.
Den voacedes, por Dios, á mi pobreza,
les dice: donde no, por ocho santos
que haré lo que hacer suelo sin tardanza.
Mas uno que á sacar la espada empieza,
—¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos?
Si limosna no alcanza,
qué es lo que suele hacer en tal querella?—
Respondió el bravonel: Irme sin ella.

Á LA ENTRADA DEL DUQUE DE MEDINA EN CÁDIZ, *en julio de 1596 con socorro de tropas enseñadas en Sevilla por el capitan Becerra despues de haber evacuado aquella ciudad las tropas inglesas y saqueádola por espacio de veinte y cuatro días al mando del conde de Essex.*

SONETO

Vimos en julio otra semana santa
Atestada de ciertas cofradías
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta
Que en menos de catorce ó quince días
Volaron sus pigmeos y Golías,
Y cayó su edificio por la planta.
Bramó el Becerro, y púsoles en sarta,
Tronó la tierra, oscurecióse el cielo,
Amenazando una total ruina;

Y al cabo en Cádiz, con mesura harta,
Ido ya el conde sin ningun recelo
Triunfando entró el gran Duque de Medina.

B. Poesía dramática.

Numancia, tragedia.

(Jornada III, Escena 1.ª)

Corabino. —Escucha el resto:
Dice Numancia, general prudente,
Que consideres bien que ha muchos años
Que entre la nuestra y la romana gente
Duran los males de la guerra extraños;
Y que por evitar que no se aumente
La dura pestilencia de estos daños,
Quiere, si tú quisieres, acaballa,
Con una breve y singular batalla.
Un soldado se ofrece de los nuestros
A combatir, cerrado en estacada,
Con cualquier esforzado de los vuestros,
Por acabar contienda tan pesada;
Y si los hados fueren tan siniestros
Que el uno quede sin la vida amada,
Si fuere el nuestro, darse ha la tierra,
Si el tuyo fuere, acábese la guerra...
Daremos á tu gusto los rehenes.
Bien sé que, en él vendrás, porque estás cierto
De los soldados que á tu cargo tienes...

Cipion. La fiera que en la jaula está encerrada,
Por su selvatiquez y fuerza dura,
Si puede allí con maña ser domada,
Y con el tiempo y medios de cordura,
Quien la dejase ir libre y desatada
Daría grandes muestras de locura.
Fieras sois y por tales encerrados
Os tengo donde habéis de ser domados.
Mía será Numancia, á pesar vuestro,
Sin que me cueste un mínimo soldado:
Y el que tengáis vosotros por más diestro
Rompa por ese foso trincherado;
Y si en esto os parece que yo muestro
Un poco mi valor acobardado,
El viento lleve agora esta vergüenza,
Y vuélvale la fama cuando os venza. *(Vanse Cipion y los suyos.)*

Corabino. ¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?
¿Enfádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes,
Mal podrás deste modo sustentalla;
En fin, como cobarde me respondes.

Cobardes sois, romanos, vil canalla,
En vuestra muchedumbre confiados
Y no en los diestros brazos levantados,
Pérfidos, desleales, fementidos,
Crueles, revoltosos y tiranos,
Ingratos, codiciosos, mal nacidos,
Pertinaces, feroces y villanos,
Adúlteros, infames conocidos,
Por de industriosas, más cobardes manos.
¿Qué gloria alcanzaréis en darnos muerte
Teniéndonos atados de esta suerte?
En cerrado escuadron ó manga suelta
En la campaña rasa, do no pueda
Estorbar la mortal fiera revuelta
El ancho foso y muro que la veda,
Fuera bien que si dar el pie la vuelta
Y sin tener jamás la espada queda,
Ese ejército mucho bravo vuestro
Se viera con el poco flaco nuestro.
Mas como siempre estáis acostumbrados
A vencer con ventajas y con mañas,
Estos conciertos, en valor fundados,
No los admiten bien vuestras marañas.
Liebres en piel de fiera disfrazados,
Load y engrandeced vuestras hazañas,
Que espero en el gran Júpiter de veros
Sujetos á Numancia y á sus fueros...

CORABINO. Con ese parecer yo me acomodo;
Morir quiero rompiendo el fuerte muro,
Y deshacelle por mi mano todo;
Mas tiéneme una cosa mal seguro,
Que si nuestras mujeres saben esto,
De que no haremos nada os aseguro...

MORANDRO. Nuestro designio á todas es patente,
Todas lo saben, ya no queda alguna
Que no se queje de ello amargamente;
Y dicen que en la buena ó ruin fortuna,
Quieren en vida y muerte acompañarnos,
Aunque su compañía es importuna.

(*Aquí salen cuatro ó más mujeres casadas de Numancia con unas figuras de niños en los brazos, y otros de las manos.*)

UNA MUJER. ¿Qué pensáis, varones claros?
¿Revolvéis aún todavía
En la triste fantasía
De dejarnos y ausentaros?
¿Queréis dejar, por ventura,
A la romana arrogancia
Las vírgenes de Numancia,

Para mayor desventura?
¿Y á los libres hijos nuestros
Queréis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?
¿Queréis hartar el deseo
De la romana codicia,
Y que triunfe su injusticia
De nuestro justo trofeo?
¿Serán por ajenas manos
Nuestras casas derribadas?
¿Y las bodas esperadas,
Hánlas de gozar romanos?
En salir haréis error,
Que acarrea otros mil yerros,
Pues dejaréis sin los perros
El ganado, y sin señor.
Si al foso queréis salir
Llevadnos en tal salida,
Porque tendremos por vida
A vuestros lados morir.

OTRA. Hijos destas tristes madres,
¿Qué es esto? ¿Cómo no habláis,
Y con lágrimas rogáis
Que no os dejen vuestros padres?
Baste que la hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar el rigor
De la aspereza romana.
Decidles que os engendraron
Libres, y libres nacísteis,
Y que vuestras madres tristes
Libres tambien os criaron.
Decidles que pues la suerte
Nuestra va tan de caida,
Que como os dieron la vida
Asimismo os den la muerte.
¡Oh, muros de esta ciudad!
Si podéis hablar, decid,
Y mil veces repetid,
¡Numantinos, libertad!

LA GUARDA CUIDADOSA, *entremés.*

Cristina dentro. Un soldado á lo pícaro en la calle.

(Suenan dentro platos, como que friegan, y cantan):

Sacristan de mi vida tenme por tuya
y fiado en mi fé canta *alleluya.*

EL SOLDADO.—¡Oídos que tal oyen! sin duda el sacristan debe ser el brinco de su alma. ¡Oh platera la mas limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calenda-

rio de las fregonas! ¿Por qué, así como limpias esa loza talaveril que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

(Entra el *amo* de Cristina.)

AMO.—Galan, ¿que quiere ó que busca á esta puerta?

SOLD.—Quiero mas de lo que seria bueno, y busco lo que no hallo: pero ¿quien es vuesa merced que me lo pregunta?

AMO.—Soy el dueño de esta casa.

SOLD.—¿El amo de Cristinica?

AMO.—El mismo.

SOLD.—Pues lléguese vuesa merced á esta parte y tome este envoltorio de papeles: y advierta que ahi dentro van las informaciones de mis servicios, con veintidos fees de veintidos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amen de otras treinta y cuatro de otros tantos maestres de campo, que se han dignado de honrarme con ellos.

AMO.—Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestres de campo de infantería española de cien años a esta parte.

SOLD.—Vuesa merced es hombre pacífico, y no está obligado á entendérsele mucho de las cosas de la guerra: pase los ojos por esos papeles y verá en ellos unos sobre otros, todos los generales y maestres de campo que he dicho.

AMO.—Yo los doy por pasados y vistos: pero ¿de que sirve darme cuenta de esto?

SOLD.—De que hallará vuesa merced por ellos posible ser verdad una que agora diré, y es, que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas que estan vacas en el reino de Nápoles: conviene á saber: Gaeta, Barleta y Rijobes.

AMO.—Hasta agora ninguna cosa me importan a mi estas relaciones que vuesa merced me da.

SOLD.—Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

AMO.—¿En que manera?

SOLD.—En que por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir provecho en una destas plazas, y quiero casarme agora con Cristina: y siendo yo su marido, puede vuesa merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda como de cosa propia: que no tengo de mostrarme desagradecido á la crianza que vuesa merced ha hecho á mi querida y amada consorte.

AMO.—Vuesa merced lo ha de los cascos, más que de otra parte.

SOLD.—Pues ¿sabe cuanto le va, señor dulce? que me la ha de entregar luego, luego, ó no ha de atravesar los umbrales de su casa.

AMO.—¡Hay tal disparate! ¿Y quien ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

(*Vuelve el Sota Sacristán Pasillas, armado con un tapador de tinaja y una espada muy mohosa: viene con él otro sacristán, con un morrion y una vara ó palo, atado á él un rabo de zorra*).

SACRISTAN.—Ea, amigo Grajales, que éste es el turtador de mi sosiego.

GRAJALES.—No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas: que ya le hubiera despachado al otro mundo á toda diligencia.

AMO.—Ténganse, gentiles hombres: ¿que desman y que acecinamiento es este?

SOLD.—Ladrones, ¿á traicion y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto á tal

que os tengo de horadar, aunque tengáis mas órdenes que un ceremonial. Cobarde, ¿á mi con rabo de zorra? ¿Es notarme de borracho, ó piensas que estas quitando el polvo á alguna imagen de bulto?

GRAJ.—No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

(A LA VENTANA CRISTINA Y SU AMA).

CRIST.—¡Señora, señora, que matan á mi señor! Más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista.

ELLA.—Dices verdad, hija mia, Dios sea con él; Santa Ursula, con las once mil virgenes, sea en su guarda. Ven, Cristina, y vajemos á socorrerle como mejor pudiéremos.

AMO.—Por vida de vuesas mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de supercheria con nadie.

SOLD.—Tente, rabo, y tente, tapadorcillo; no acabeis de despertar mi cólera, que si la acabo de despertar, os mataré, y os comeré y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno.

AMO.—Ténganse, digo; sino, por Dios que me descomponga de modo que pese á alguno.

SOLD.—Por mi, tenido, soy; que te tengo respeto, por la imagen que tienes en tu casa.

LAC.—Pues, aunque esa imagen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLD.—¿Han visto la desvergüenza deste bellaco, que me viene á hacer cocos con un rabo de zorra, no habiendome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa?

(SALEN CRISTINA Y SU SEÑORA).

ELLA.—¡Ay, marido mio! ¿Estais por desgracia herido, bien de mi alma?

CRIST.—¡Ay desdichada de mi! Por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristán y mi soldado.

SOLD.—Aunque bien que voy á la parte con el sacristan; que tambien dijo «mi soldado».

AMO.—No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

.....

C. Novelas.

La Galatea.

LAS RIBERAS DEL TAJO.

Admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio que al lado le venía, le dijo: «No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas; y no sin razon, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten y adornan al famoso Ebro y al conocido Pisuerga: y en las apartadas tierras, ha paseado las del santo Tiber y las amenas del Pó, celebrado por la caida del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescu-

ras del apacible Sibeto, grande ocasion habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas.» «No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer, que la amenidad y frescura de las riberas de este rio hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrasen en ellos las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo: porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida á regocijo y gusto al corazon que de él está más ageno. Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las de este rio sean en gran parte ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la misma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitacion. La tierra que lo abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer un don tan raro y agradable, y el dorado rio como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretejiéndose, forma como de industria, mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso; de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que le causen nuevo placer, y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricos caseríos, que por ella se ven fundadas. Aquí se ven en cualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus, en hábito sucinto: y al amoroso zéfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artífice connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tercia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre; de sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcino pueden callar: de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos: de sus abundantes pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los Campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en esta.»

La gitanilla.

Costumbres de los gitanos.

Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro: libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio, y cuando le hay en la muger propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo, nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas, y con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya hemos dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes, excepto

la muger ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte.

Con estas y con las otras leyes y estatutos, nos conservamos y vivimos alegres. Somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes, de los rios: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles fruta, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza; sombra las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros la inclemencia del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de blandas plumas: el cuero curtido de nuestro cuerpo nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barreras, ni la contrastan paredes...

No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña, que más presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interés nos señalen: y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen, porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurtamos, ó por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion de acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y paises de Flandes, los que nos dá la naturaleza en estos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y extensos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran.

Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del dia y las que son de la noche. Vemos como arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y como ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) y rizando montes. Ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al yelo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusion, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico; y sin entremeternos con el antiguo refran *iglesia ó mar ó casa real* tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.

Rinconete y Cortadillo.

El Patio de Monipodio

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zara-

güelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda. Atravesábale un tahalí por espalda y pecho, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándole de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

—Estos son las dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos y luego volvieron á su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincon respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recibir algun hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: «Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ó le azotaron, ú otra cosa semejante, que por lo menos suena mal á los buenos oídos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y solo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincon dijo el suyo, y Cortado tambien.

Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llaméis *Rinconete*, y vos Cortado, *Cortadillo*, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades; porque tenemos costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por vía de naufragio, y caen debajo de nuestros bienhechores, el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: *al ladron, al ladron, deténganle, deténganle,* se pone en medio y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: «Déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva; allá se lo haya, castíguele su pecado.» Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en las trenas como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo, y el escribano, que si andan de buena, no hay delito que no sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; por todos

estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, Sr. Monipodio, tiene; pero nuestros padres aun gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace con popa y soledad, como tambien apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, ó no quedará de mí pedazo, replicó Monipodio.

Y llamando á la guía le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo, ¿están puestas las postas?

—Sí, dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre; tres centinelas quedan avisando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, á nuestro propósito, dijo Monipodio, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad.

—Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villano; entiéndeseme el reten, tengo buena vista para el humillo, juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho, no se me va por pies el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y solo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de lecciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, aun quizá maestro.

—Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores cofrades, respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? preguntó Monipodio.

—Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera, con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabéis más? dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo, replicó Monipodio; que á puerto y á escuela habéis llegado, donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? Animo tenemos para acometer cualquier empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio.

—Está bien, replicó Monipodio, pero querría yo que tambien le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

—Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimo; porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja; harta merced le hace

el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida y su muerte, como si tuviese más letras un no que un sí.

—Alto, no es menester más, dijo á esta sazon Monipodio; digo que esta razon sola me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luego, asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año de noviciado.

Trabajos de Pérsiles y Sigismunda.

La tempestad.

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos, dando por mensageros á los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que nó pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un mismo tiempo los cogió la turbacion y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si nó para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Tránsila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religion, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo, ó por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitan, y finalmente la esperanza de remedio en todos; ya no se oian voces que mandaban, sino gritos de plegaria y votos que hacian y á los cielos se enviaban. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las más altas gávias, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia al que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracan furioso, como si se volviera con algun artificio, puso la gávia mayor en la

hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban (1).

III. DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS (1580-1645)

A. Obras políticas.

POLÍTICA DE DIOS, GOBIERNO DE CRISTO, TIRANÍA DE SATANÁS

EL BUEN REY

El buen rey, señor, ha de cuidar, no sólo de su reino y de su familia, más de su vestido y de su sombra; y no ha de contentarse con tener este cuidado; ha de hacer que los que le sirven y están á su lado, y sus amigos, vean que le tiene. Semejante atención reprime atrevimientos que ocasiona el divertimiento del príncipe en las personas que le asisten y acobarda las insidias de los enemigos que, desvelados, le espían. El ocio y la inclinacion no ha de dar parte á otro en sus cuidados; porque el logro de los ambiciosos y su peligro y desprecio, está disimulado en lo que deja de lo que le toca. Quien divierte al rey, le depone, no le sirve. A esta causa, los que por tal camino pueden con los reyes, se van fulminando el proceso con sus méritos; su buena dicha es su acusación, y hallan testigos contra sí los medios que eligieron, y se ven con tanta culpa como autoridad; y al que puede, en lo que había de respetar y obedecer de lejos, nadie le aconseja por bueno sino aquello que después le sea fácil acusárselo por malo; y en la adversidad, la calumnia, que es de bajo linaje y siempre ruines sus pensamientos, califica por fiscales los cómplices y los partícipes. Así lo enseñan siempre á todos, no escarmentando alguno, las historias y los sucesos. Es el caso de este Evangelio tal, que rey ó monarca que no abriere los ojos en él y no despertase, da señas de difunto, que tiene la reputacion en poder de la muerte...

Tocó la pobre mujer la vestidura de Cristo. El llegar á los reyes y á su ropa basta á hacer dichosos y bienaventurados. Volvió Cristo, yendo en medio de gran concurso de gentes que le llevaban en peso, y con novedad dijo: —¿Quién me tocó?—Dice el texto que los que le brumaban dijeron que ellos no eran. Esta respuesta siempre la oigo; y aquellos que aprietan á los reyes y los ponen en aprieto, dicen que no tocan á ellos. San Pedro, que no sufría desenvoltura, los desmintió y respondió á Cristo:—Maestro, estánte apretanto tantos hombres, que no hay alguno que no te toque y te moleste, y preguntas ¿quién me tocó?—Desmintió el buen ministro á aquellos que le seguían con ruído y alboroto, y decían que no le tocaban.—Alguno me tocó—dijo Cristo—, que yo he sentido salir virtud de mí.—¡Oh, buen rey, que sientes te toquen en el pelo de la ropa! (como dicen).—Y así fué. Ha de ser sensitiva la majestad aun en los vestidos. Nadie le ha de tocar que no lo sienta, que no sepa que le toca, que no dé á entender que lo sabe. No ha de ser lícito tomar nadie del rey cosa que él no lo sepa ni lo sienta. ¿Qué será que haya quien tome dél para echar á mal sin que lo eche de ver el rey y lo diga?

---

(1) NOTA IMPORTANTE. No se incluye en esta colección ningún ejemplo del *Quijote*, por ser su lectura obligatoria en las Escuelas de primera enseñanza, y preceptuada para el ingreso en los Institutos.

B. Obras ascéticas.

La cuna y la sepultura, para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas.

La vida y la muerte

Es la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que poner al jornalero: que no tiene descanso desde que empieza, sino es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir, y no es en tu mano detener las horas; y si fueras cuerdo, no lo habías de desear. Si fueras bueno, no lo habías de temer. Antes empiezas á morir que sepas que cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razon. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas há menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, ó de tu sustento, abrigo, reposo ú hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y miseria, la que con muertes de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que á tu parecer sustentas el cuerpo, en su decoccion por otra parte gastan el calor natural, que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto más aprisa arde, más aprisa te acabarás.

Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado, un jarro de agua, si sudas; el baño, la comida, si es demasiada; el vino; el movimiento, si te cansas; el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necedad buscarla; pues no puede dejar de estar enfermo quien siempre, en su misma vida, tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives y de él mueres. Dejo de contar los venenos y cosas que la naturaleza creó contra tu vida. Y estas cosas que no están en tu mano, no las debías sentir ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es sino que, entre todos los animales, tú sólo naciste contra tí mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda despacio, te enfadas; si habla mucho te enojas; si le suceden desdichas, te deshaces en lástima; si tiene prosperidad, te carcomes con envidia; si te dicen una mala palabra, ó te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar te mueres de coraje; y toda la vida te mueres de miedo de morirte, ó vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo, como si no fueras mortal y esta vida perecedera.

Ordena el tribunal de las potencias del alma.

Vives pobre casa, sea cabaña; ¿vés al poderoso (á lo menos al que nos pretende hacer creer que lo es) en grandes palacios? ¡Cosa es digna de risa! ¿Qué te falta á tí en la cabaña, que te abriga y cubre todo? ¿Puede el rico ocupar del palacio con su cuerpo más que tu con el tuyo? No, por cierto. ¿Pues de

qué le sirve lo que le sobra ó lo que no le sirve, ó lo que le sirve á otros? Sin razón te quejas de la casilla, que te dá todo lo que tiene y lo que hás menester, y te basta. Si tuvieras muchos cuerpos, y tu grandeza necesitara de mayores espacios, perdonárate los sentimientos; mas siendo uno solo, tal que no hay aposento tan estrecho adonde no sobre habitación, ¿qué envidias y qué lamentas? Dígote de verdad, que ni el fuego tiene hambre de las cabañas, chozas y alquerías, ni las hacen sospechosas los ladrones, ni las amenazan las guerras; porque los que no las perdonan, las desprecian: y en cierto modo vá el cuerdo ensayando el cuerpo para la sepultura, que, hecho á tales habitaciones, no se le hará angosto el ataúd, ni le espantará el forzoso hospedaje de la muerte.

Pobre estás, y seguro de lo que no están los ricos: váyase lo uno por lo otro. Ves largas rentas en tu vecino, gran cantidad de hacienda y posesiones, copia innumerable de oro y joyas; dime ¿qué otra cosa es eso que desigual carga al que aun desnudo camina cargado de sí propio? Sin duda irá con poca comodidad, ajeno de descanso y temeroso. Veamos: este que lo tiene, ¿há de pasarlo de esta vida? No. ¿Puede gozarlo en ésta? Tampoco, si no lo dá á los que lo hán menester, pues para eso lo tiene en depósito y administracion.

¿Puede gastarlo en su sustento y abrigo? No, que es mucho menos lo que há menester. ¿Qué será, pues, de esto que forzosamente há de dejar? Gran locura es, siendo esto así, gastar la vida toda en juntar cosas, para dejarlas con ella. ¿Crees que aprovecha al difunto algo lo que dejó al otro que lo gasta, ó desperdicia? No serás tan necio que lo creas. Pues si esto es así, ¿por qué no tasas tus deseos, y los vas á la mano y tomas, pues es lícito, lo que hás menester, que es con lo que te está rogando la naturaleza francamente, que lo que te esconde y dificulta es lo superfluo? Injusto eres, pues quieres que á tí te sobre lo que á otros falta; y quieres más tener ociosos lo dineros en tu cofre, que alimentar al necesitado.

¿Dejáronte tus padres hacienda? No te dejaron rico por eso: dejáronte con que lo puedas gastar, gastándola bien. Si la tienes y no la gastas, es como si no la tuvieres, pues no tienes provecho de ella. Si la gastas, no la tienes; luego forzosamente se colige que es bueno tenerla para no tenerla. Dirás que tienes hijos, y que los quieres aventajar. Doy que te afanas por dejarlos más ricos, éstos á tus nietos, y tus nietos á los suyos: ¿dónde ha de parar esto? Que todos dejan unos á otros, y todos lo dejan acá. Los bienes y posesiones no son firmes, y particularmente de nadie: son de la sucesion y la suerte. Aunque tienes tú hoy tal hacienda y tales posesiones, ellas no te conocen por dueño, ni te tratan como á tal: saben que has de pasar por ellas, y siempre aguardan la mano del tiempo, nuevo señor. Bajo y vil eres, pues amas tanto á quien te desprecia, y tienes fe con quien ninguna ley te guarda.

¿Hállaste pobre? No te aflijas, que todos lo son, por más que tengan: y solo se diferencian de tí, en que no lo quieren parecer; y así les llevas de ventaja el no tener el trabajo de fingir lo que es imposible disimular. ¿Con qué agradecerás á la pobreza el hacerte exento de aduladores que, alzándose con tus oídos, te trajeran ignorante de la verdad, y te los escondieran á la reprehension y advertencia? Las artes que la pobreza enseña, más las debe al miedo con que vive y al cuidado con que habla, cierta de que no la guardarán respeto, que al estudio continuo. Y lo que en los poderosos parece privilegio que no se les atreva nadie, ni los contradiga, es desdicha, pues eso les causa

ignorancia; y quien los hace libre de reprehension, los niega poder saber. Y la verdadera doctrina, en el temor de Dios (dice el Espíritu Santo) empieza y la sabiduría del alma: y en el temor de las gentes la de las cosas de esta inferior república. Así que en temor empieza toda la sabiduría: y quien no teme no puede saber. ¿Sabes los privilegios de la pobreza? Pues yo te los diré: nadie sino ella los ha merecido. Todas las cosas están sujetas á las leyes; solo la necesidad libre carece de ley: así lo dice el Proverbio.

Estás pobre, pero seguro de que la honra que se te hiciere, se hace á tu persona, y tienes consuelo en la que no te hacen, pues es cierto te la quita la falta de oro, de quien se dejan comprar, y á quien cautelosamente se venden los falsos amigos. Tan seguro estarás de ladrones, que antes te temerán por testigo, y huirán de tí por estorbo, que te acecharán por el provecho.

Esto tiene malo la pobreza, (dijo el Sabio) que hace ridículos á los hombres. Engañóse, que la pobreza no los hace ridículos, sino la opinion que de ella (ciegamente) tienen los que los desprecian.

Pero hagámosle esta lisonja: concedámosle que los hace ridículos, que es decir, que se rien todos de ellos. ¿Qué culpa tiene la pobreza santa, agradecida y segura, de que el otro sea necio, y de que no tenga entendimiento para conocerla como es, persuadido del oro? De verdad, dice el pobre, ridículo me hace la pobreza, mas á tí te hace lamentable el dinero, que, desde que le tienes, andas inquieto con el pleito eterno sobre quién ha de ser dueño de quién; y al cabo por tener al oro le vienes á tener por Señor. Tu le sirves, tu le desentierras, tu le guardas, y él aun no te halla digno de ningun agradecimiento, pues se apodera de las noches con el cuidado, y del día con la solicitud. Y si mueres, él es el primero que le pesa de que te lloren, pues luego enjuga las lágrimas á quien te hereda. ¡Y que viendo esto haya heredero que se alegre con posesion que es tirana de la vida y de la muerte del que la tiene ó la sirve!

Fuerza de hechizo tiene tu precio, oro, pues con malas obras y mal tratamiento grangeas sin ningun provecho voluntad tan enamorada. Considerado hé, que donde te crías haces inútiles los montes, intratables al ganado, ásperos, desnudos, sin yerba y estériles á todas las sazones del año: que en tí gastas todo el caudal de la naturaleza: de costumbre lo tienes: no olvidas esa condicion aun fuera de las entrañas de los montes, pues lo mismo haces con el hombre que te busca y te posee! ¡Qué estéril es de buenas obras el rico avariento! No dá fruto: ménos provechoso es que el monte donde estabas; propiedad tuya es la esterilidad.

C. Obras satírico-morales.

Los sueños.

EL MUNDO POR DENTRO

El Desengaño.

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas de esta vida, y así con una solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Alimentase de la variedad y diviértese con ella. Tiene por ejercicio el apetito, y éste nace de la ignorancia de las cosas; pues, si las conociera cuando codicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia: y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y per-

suade tanta hermosura en los deleites y gustos; lo cual dura sólo en la pretension de ellos, porque en llegando cualquiera á ser poseedor, es justamente descontento. El mundo, que, á nuestro deseo, sabe la condicion para lisonjearla, pónese delante mudable y vario, porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae. Con esto acaricia nuestros deseos; llévalos tras sí y ellos á nosotros; sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuando más apurado me había de tener en el conocimiento de estas cosas, me hallé todo en poder de la confusion, poseído de la vanidad de tal manera que, en la gran poblacion del mundo, perdido ya, corría donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y donde tras la conversacion los amigos de una calle en otra, hecho fábula de todos: y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la Ira, descompuesto, seguía las pendencias pisando sangre y heridas; ya por la de la Gula veía responder á los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) y de tal manera confuso, que la admiracion aún no dejaba sentido para el cansancio, cuando llamado de voces descompuestas, y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, maltratado, roto por mil partes el vestido y pisado; no por eso ridículo, antes severo y digno de respeto. ¿Quién eres, dije, que así te conflesas envidioso de mi gusto? Déjame, que siempre los ancianos aborreceis en los mozos los placeres y deleites: no los que dejais de vuestra voluntad, sino los que por fuerza os quita el tiempo; tú vas, yo vengo; déjame gozar el mundo. Desmintiendo sus sentimientos riéndose, dijo: «Ni te estorbo, ni te envidio lo que deseas, ántes te tengo lástima. ¿Tú, por ventura, sabes lo que vale un día? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así, alegre, le dejas pasar, hurtado de la hora que fugitiva y secreta lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué, volverá cuando lo hayas menester, si lo llamares? Dime, ¿has visto algunas pisadas de los días? No por cierto, que ellos solos vuelven la cabeza á reirse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábete que la muerte y ellos estan eslabonados y en una cadena; y que cuándo más caminan los días que van delante de tí, tiran hácia tí y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y segun vives, ántes será pasada que creida. Por nécio tengo al que toda la vida se muere de miedo de que se ha de morir, y por malo al que vive tan sin miedo de ella como si no la hubiese, que éste lo viene á temer cuando lo padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida, ni consuelo á su fin. Cuerdo es sólo el que vive cada día, como quien cada día y cada hora puede morir». «Eficaces palabras tienes, buen viejo; traido me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres? ¿De dónde, y qué haces por aquí?» «Mi hábito y traje dicen que soy hombre de bien y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado, y lo peor que tu vida tiene, es no haber visto mi cara hasta ahora: yo soy el Desengaño; estos rasgones de la ropa, son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren. Y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando, porque vine y porque me vaya: que en el mundo todos decís que quereis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperais, otros maldecis á quien os le dió, y los mas corteses no lo creeis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo, que yo te llevaré á la calle Mayor, que es á donde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte: yo te enseñaré el mundo como es,

que tú no alcanzas á ver sino lo que parece». «¿Y cómo se llama, dije yo, la calle Mayor del mundo donde hemos de ir?» «Llámase, respondió, Hipocresía; calle que empieza con el mundo y se acabará con él. Y no hay nadie, casi, que no tenga, si no una casa, un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos y otros paseantes, que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí, lo son».

D. Novelas.

Historia del Buscón llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños.

Capítulo III. El licenciado Cabra.

Determinó, pues, Don Alonso de poner a su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que habia en Segovia un licenciado Cabra, que tenia por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer Domingo despues de cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay mas que decir para quien sabe el refran que dice: ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecinados en el cogote, que parecia que miraba por cuévanos; tan hundidos y escuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le habia comido de unas buas de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecia que amenazaba a comérselas; los dientes le faltaban no sé cuantos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habian desterrado; el gaznate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecia se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecia tenedor, ó compás, con dos piernas largas y flacas; su andar muy de espacio; si se descompasia algo, se sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla ética; la barba grande, por nunca se la cortar, por no gastar; y el decia que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaria matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un birrete los dias de sol, valoñado con mil goteras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, segun decian algunos, era milagrosa, porque no se sabia de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenian por de cuero de rana; otros decian que era ilusion; desde cerca parecia negra y desde lejos entre azul: llevábala sin ciñidor; no traia cuello ni puños, parecia, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser tumba de un filisteo.

Pues, ¿su aposento? Aun arañas no había en él: conjuraba los ratones, de miedo que le royeren algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria. A poder pues, deste vine, y en su poder estuve con don Diego: y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo

una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer; estuvimos ocupados en eso hasta la hora de comer: fuimos allá: comían los amos primero, y serviamos los criados. El refetorio era un aposento como un medio celemin; sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos: y como no los ví, pregunté que cómo no los había á un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse y dijo: «¿Cómo gatos? Pues, ¿quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo.» Yo con esto me comencé á afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como lesnas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilon. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendicion; comieron una comida eterna sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra á cada sorbo: «Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren: todo lo demás es vicio y gula.» Acabando de decillo, echóse su escudilla á pechos diciendo: «Todo esto es salud y otro tanto ingenio».» ¡Mal ingenio te acabe! decía yo entre mí, cuando ví un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas y dijo el maestro: «¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale: coman, que me huelgo de vellos comer.» Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba y decía: «Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas.» (Mire vuesa merced que buen aliño para los que bostezaban de hambre). Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero: «Quede esto para los criados, que tambien han de comer; no lo queramos todo.» «¡Tal te haga Dios y lo que has comido lacerado, decía yo; que tal amenaza has hecho á mis tripas!»

E. Obras poéticas.

Epístola satírica al conde duque de Olivares en su valimiento.

. . . . . .

. . . . . .

Yace aquella virtud desaliñada
Que fué, si rica menos, más temida,
En vanidad y en sueño sepultada;
Y aquella libertad esclarecida
Que en donde supo hallar honrada muerte
Nunca quiso tener más larga vida.

. . . . . .

Y pródiga del alma, nacion fuerte,
Contaba por afrentas de los años
Envejecer en brazos de la suerte.
Del tiempo el ocio torpe y los engaños,
Del paso de las horas y del día,

Reputaban los nuestros por extraños.
Nadie contaba cuánta edad vivía,
Sino de qué manera: ni aun un hora
Lograba sin afan su valentía.
La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo:
Edad, si mal hablada, vencedora.
El temor de la mano daba escudo
Al corazon, que en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.
Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De sola honesta obligacion armado.
Y debajo del cielo aquella gente
Si no á mayor descanso, á más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.
Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galan que peligroso.
Acompañaba el lado del marido
Más veces en la hueste que en la cama:
Sano le aventuró, vengóle herido.
Todas matronas y ninguna dama;
Que nombres del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.
Derramado y sonoro el Oceano
Era divorcio de las rubias minas,
Que usurparon la paz del pecho humano.
Ni los trujo costumbres peregrinas
El áspero dinero, ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.
Joya fué la virtud pura y ardiente:
Gala el merecimiento y alabanza:
Solo se codiciaba lo decente...
Caducaban las aves en los vientos.
Y espiraba decrépito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.
Que el vientre entonces bien disciplinado
Buscó satisfaccion y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.
Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.
No había venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulacion fragante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo;
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tan bien como el señor comió el esclavo.
Bebió la sed los arroyuelos puros:

Despues mostraron del carquesio á Baco
El camino los brindis mal seguros.
  El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso;
Y honra y provecho andaban en un saco.
  Pudo sin miedo un español velloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandés hereje y alevoso...
  Vino el vetún precioso que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor nos acredita:
  Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.

Sátira contra el matrimonio.

¿Por qué mi Musa descompuesta y bronca
despiertas, Polo, del antiguo sueño
en cuyos brazos descuidada ronca?
¿No ves que el lauro le trocó en beleño,
y que deja el velar para las grullas,
y ya es letargo el que antes era ceño?
Díme, ¿por qué con modo tan extraño
procuras mi deshonra y desventura,
tratando fiero de casarme ogaño?
Antes para mi entierro venga el cura,
que para desposarme; antes me velen
por vecino á la muerte y sepultura.
Antes con mil esposas me encarcelen,
que aquesa tome; y antes que *sí* diga,
la lengua y las palabras se me hielen.
Antes que yo le dé mi mano amiga,
me pase el pecho una enemiga mano;
y antes que el yugo, que las almas liga,
mi cuello abrace, el bárbaro otomano
me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
y no consienta el himeneo tirano.
Eso de casamientos á los bobos,
y á los que en tí no están escarmentados,
simples corderos que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados,
cásalos en lugar de darlos sogas,
morirán poco menos que ahorcados.
No quieras que en el remo donde bogas
haya, por consolarte, otro remero,
y que se ahogue donde tú te ahogas...
Pues si aquesto sucede en los casados,
¿por qué han de procurar hembras crueles,
ni yo, ni los que están escarmentados?

¿Si me quiero ahorcar, no habrá cordeles?
¿Faltarán que me acaben desventuras?
¿Tósigo no hallaré, veneno y hieles?
Si quiero desterrarme habrá espesuras;
y si desesperado, despeñarme,
montes altos tendré con peñas duras.
Bien, pues, si con intento de acabarme,
me aliñas de mujer la amarga suerte,
no la he yo menester para matarme.
En cuantas cosas hay hallo la muerte:
en la mujer la muerte y el infierno,
y fin más duro y triste si se advierte...
Qué á propósito viene la conseja,
que del canino Diógenes famoso
quiero contarte aunque parezca vieja.
Yendo camino un día presuroso
vió una mujer bellísima ahorcada
de las ramas de un álamo pomposo:
Y después que la tuvo bien mirada,
con lengua, como siempre, disoluta,
dijo digna razon de ser contada:
Si llevaran de aquesta misma fruta
cuantos árboles hay, más estimadas
fueran sus ramas de la gente astuta.
¡Qué razones tan bien consideradas!
Al ser como él y yo toda la gente,
ya estuvieran las tristes ahorcadas.
Viviera el hombre más seguramente,
sin tener enemigos tan mortales:
volviera el siglo de oro á nuestro oriente...
Ya me falta el aliento presuroso,
y ya mi lengua de ladrar cansada,
se duerme entre los dientes con reposo.
Mas porque no la llames mal criada,
quiere aunque disgustada, responderte
á tu carta satírica y pesada.
Ya empiezas á temer el trance fuerte,
y tiemblas más mi lengua y sus razones,
que la corva guadaña de la muerte.
Con una cruz empiezan tus renglones,
y pienso que la envías por retrato
de la fiera mujer que me dispones.
Luego, tras uno y otro garabato,
me llamas libre, porque no te escribo,
áspero, duro, zahareño, ingrato.
Dices que te responda, si estoy vivo.
Sí lo debo de estar, pues tanto siento
la amarga hiel, que en tu papel recibo.
Ofrécesme un soberbio casamiento,
sin ver que el ser soberbio es gran pecado,

y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que por verme sosegado,
y fuera de este mundo, quieres darme
una mujer de prendas y de estado.
Bien haces, pues que sabes que el matarme,
para sacarme de este mundo importa;
y el morir se asegura con casarme.
Dícesme que la vida es leve y corta,
y que es la sucesion dulce y süave;
y al matrimonio Cristo nos exhorta.
Que no ha de ser el hombre cual la nave
que pasa sin dejar rastro ni seña:
ó como en el ligero viento la ave.
¡Oh sí, aunque yo pagase el fuego y leña,
te viese arder, infame, en mi presencia,
y en la de tu mujer, que te desdeña!
Yo confieso que Cristo da excelencia
al matrimonio santo, y que le aprueba;
que Dios siempre aprobó la penitencia.
Confieso que en los hijos se renueva
el cano padre para nueva historia,
y que memoria deja de sí nueva.
Pero para dejar esta memoria,
le dejan voluntad y entendimiento,
y verdadera por soñada gloria...

SONETOS

A un amigo que retirado de la corte pasó su edad.

Dichoso tú que alegre en tu cabaña
Mozo y viejo espiraste la aura pura,
Y te sirven de cuna y sepoltura,
De paja el techo, el suelo de espadaña.
En esa soledad, que libre baña
Callado sol con lumbre más segura,
La vida al día más espacio dura,
Y la hora sin voz te desengaña.
No cuentas por los cónsules los años,
Hacen tu calendario tus cosechas,
Pisas todo tu mundo sin engaños,
De todo lo que ignoras te aprovechas
Ni anhelas premios, ni padeces daños,
Y te dilatas cuanto más te estrechas.

Brevedad de la vida.

¡Fué sueño ayer, mañana será tierra;
Poco ántes nada, y poco despues humo,
Y destino ambiciones, y presumo
Apénas punto al cerco que me cierra!
Breve combate de importuna guerra,

En mi defensa soy peligro sumo,
Y mientras con mis armas me consumo,
Menos me hospeda el cuerpo, que me encierra.
Ya no es ayer, mañana no ha llegado,
Hoy pasa, y es, y fué con movimiento,
Que á la muerte me lleva despeñado.
Azadas son la hora y el momento,
Que á jornal de mi pena y mi cuidado,
Cavan en mi vivir mi monumento.

Felicidad barata y artificiosa del pobre.

Con testa gacha toda charla escucho,
Dejo la chanza y sigo mi provecho;
Para vivir, escóndome y acecho,
Y visto de paloma lo avechucho.
Para tener doy poco y pido mucho;
Si tengo pleito arrímome al cohecho;
Ni sorbo angosto, ni me calzo estrecho,
Y cátame que soy mucho machucho.
Niego el antaño, píntome el mostacho,
Pago á Silvia el pecado, no el capricho;
Prometo y niego, y cátame muchacho.
Vivo pajizo, no visito nicho,
En lo que ahorro, está mi buen despacho;
Y cátame dichoso, hecho y dicho.

Trastos y miserias de la vida.

La vida empieza en lágrimas y caca
Luégo viene la mu, con mama y coco,
Síguense las viruelas, baba y moco
Y luego llega el trompo y la matraca.
En creciendo, la amiga y la sonsaca,
Con ella embiste el apetito loco;
En subiendo á mancebo, todo es poco,
Y despues la intencion peca en bellaca.
Llega á ser hombre y todo lo trabuca,
Soltero sigue toda perendeca,
Casado se convierte en mala cuca.
Viejo encanece, arrúgase y se seca;
Llega la muerte, y todo lo bazuca,
Y lo que deja paga, y lo que peca.

El tiempo, Romance de burlas, por D. Francisco de Quevedo.

¡Lindo gusto tiene el tiempo,
Notable humorazo gasta!
El es socarron muchacho,
El es figuron de chapa:
Parece que no se mueve,
Y ni un momento se para;
Su oficio es maese Coral
Y juego de pasapasa.
¡Quien le ve, calla callando
Andarse tras las quijadas;
Sacando muelas y dientes
Con tardes y con mañanas,

Y sin decir, allá voy,
Saltando de barba en barba,
Enharinando bigotes
Y ventiscando de canas!
¿Pues á quién no hará reir
Verle mondar una calva
Para que puedan las moscas
Con más descanso picarla,
Y muy falsito ponerse
Como que juega á las damas,
Unas sopla y otras come,
Negras unas, otras blancas?
A los más hermosos ojos
Se las pega de lagañas;
La boca masculla que antes
De perlas mordió con sartas.
¿Qué es el mirar escondida
Entre la nariz y barba
La que fué del alba risa,
Y está cocando de Marta?
Pues ¿qué es verle fabricar
Del cuerpo de una muchacha
Hija de padres honrados,
Una dueña? ¡Arriedro vaya!
Descalzándose de risa
Tras los espejos se planta,
Viendo cómo el soliman
Muy de pinta-monas campa.
Con los picos de narices
Es con quien usa más chanzas,
Pues unos llueven moquitas
Cuando otros se empapagayan.
Engúllese potentados
Como si engullera pasas;
Y como si fueran nabos,
Planta en la tierra monarcas.
Cansóse de ver en Roma
Su grandeza y elegancia.
Y cuantas provincias tuvo
Tantas le rapó á navaja.
El metió en España moros,
¡Mirad si tiene buen alma!
Y luego, por no estar quedo,
Tambien los sacó de España.
De pastillas le sirvieron
Ardiendo, Troya y Numancia:
Sepan si es caro el perfume
Que con sus narices gasta.

No deja cosa con cosa,
Ni deja casa con casa,
Y como juega á los cientos,
Idas y venidas gana;
Hoy y mañana y ayer
Son las redes con que caza,
Devanaderas de vivos
De los difuntos tarascas;
Y tiene por pasatiempo,
Al más preciado de gambas
Calzarle sobre juanetes
La lapidosa podagra.
Va prestando navidades
Como quien no dice nada;
Y porque nunca se olviden,
Con las arrugas las tarja.
Quien ayer fué Fulanillo,
Hoy el Don Fulano arrastra,
Y quien era Don Fulano
A los voses se arremanga.
Antes contaba sus penas
El que nació entre las malvas,
Y ya apenas tiene manos
Para contar lo que guarda,
A mí, porque no lo entienda
Me intenta mil garambainas;
Si digo que le he perdido,
Me responde que él me gana.
¡Miren cuál me tiene el rostro
Con brújulas de fantasma.
La una pata ya en la huesa,
Y la huesa en la otra pata!
Por qué se está yendo siempre
No le digo que se vaya.
Y aunque tramposo de vidas,
Nunca vuelve las que engaita.
El hace burla de todo,
Vive de tracamundanas,
Dando que hacer á relojes
Y á las fechas de las cartas.
Las galas de los antiguos
Ha convertido en botargas,
Y las marimantas viejas
Las ha introducido en galas.
Las fiestas y los saraos
Nos las trueca á mojigangas,
Y lo que entonces fué culpa,
Hoy nos lo vende por gracia...

IV. DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE (1561-1627).

Canción á una dama, presentándole unas flores.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnaldas
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tus sienes y á tu boca olores.
Guarda destos jazmines
De abejas esa un escuadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y más besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado;
Lisonjas son iguales,
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

Fábula de Polifemo y Galatea.

Dedicatoria al Conde de Niebla.

Estas que me dictó rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica Talía,
¡Oh, excelso Conde! en las purpúreas horas
Que es rosa la alba y rosicler el dia,
Agora, que de luz tu niebla doras,
Escucha al son de la zampoña mia,
Si ya en los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento ó fatigar la selva.
Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma,
O tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presuma;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrel en el cordon de seda,
Y al cuerno, en fin, la cítara suceda.
Treguas al ejercicio sean robusto
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosel augusto
Del músico jayan el fiero canto;
Alterna con las musas hoy el gusto;
Que si la mia puede ofrecer tanto
Clarin, y de la fama no segundo,
Tu nombre oirán los términos del mundo.

Sonetos.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora.
Suelta las riendas á Favonio y Flora
Y usando al esparcir tu nueva lumbre
Tu generoso oficio, y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora.
Para que desta vega el campo raso
Bordes, saliendo Flérida, de flores
Mas si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes, ni colores,
Ni sigas del aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

***

Hermoso dueño de la vida mía
Mientras se dejan ver á cualquier hora
En tus mejillas la dorada aurora
Febo en tus ojos y en tu frente el día:
Mientras que con gentil descortesía
Mueve el viento la hebra voladora,
Que el Arabia en sus venas atesora,
Y el rico Tajo en sus arenas cría:
Antes que de la edad Febo eclipsado,
Y el claro día vuelto en noche oscura,
Huya el aurora de inmortal cuidado;
Y antes que lo que hoy es rubio tesoro,
Venza la blanca nieve en su blancura,
Goza, goza el color, la luz el oro.

Un caballero en plaza.

Sea bien matizada la librea,
Las plumas de un color, negro el bonete,
La manga blanca, no muy de roquete,
Y atada al brazo prenda de Niquea;
Cifra que hable, mote que se lea,
Bien guarnecida espada de ginete,
Borceguí nuevo, plata y tafilete,
Jaez propio, bozal nó de Guinea,
Caballo valenzuela bien tratado
Lanza que junte encuentro con el hierro,
Y mi veleta el Amadis que espera
Entrar cuidosamente descuidado,
Firme en la fila, atento en la carrera,
Y quiera Dios no se atraviese un perro.

Vida del muchacho.

Hermana Marica
Mañana que es fiesta,
No irás tú á la amiga
Ni yo iré á la escuela.
Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y alba negra;
Y á mi me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla
Media de estameña;
Y si hace bueno
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora agüela
Y el estadal rojo
Con lo que le cuelga,
Que trujo el vecino
Cuando fué á la feria.
Iremos á misa
Veremos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tia la ollera.
Compraremos dél,
Que nadie lo sepa
Chochos y garbanzos
Para la merienda;
Y en la tardecita,
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena
Y las dos primillas,
Marica y la tuerta;
Y si quiere madre,
Dar las castañetas,
Podrás tanto dello
Bailar en la puerta;
Y al son del adufe
Cantará Andregüela:
«No me aprovecharon,
Madre, las yerbas:»
Y yo de papel
Haré una librea,
Teñida con moras
Porque bien parezca,
Y una caperuza
Con muchas almenas:
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que acullá en la huerta
Anaranjeamos
Las carnestolendas;
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus trenzaderas;
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí
Dos hilos por riendas;
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas
Yo y otros del barrio
Que son mas de treinta
Jugaremos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea;
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca,
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detrás de la puerta.

Romance de cautivos y forzados

Según vuelan por el agua
tres galeotas de Argel,
un aquilon africano
las engendró á todas tres.
Y segun los vientos pisa
un bergantín ginovés,
si no viste el temor alas,
de plumas tiene los piés.
Mortal caza vienen dando
al fugitivo bajel
en que á Nápoles pasaba
en conserva del Virey,

un español con dos hijas,
una sol y otra clavel,
que tuvieron á Leon
por oriente y por vergel.
Derrotóla un temporal,
y ya que no dió al través,
á vista dió de Morato,
renegado calabrés.
El Tagarote africano,
que la español garza ve,
en su noble sangre piensa
esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas;
mas el viento burla dél,
interpuesto entre las alas
y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
ya sus altas torres ven,
grandeza de un duque agora,
título ya del Marqués.
De sus torres los descubren,
y en distinguiendo despues
la cruz en el tafetan,
la luna en el alquicel,
ocho ó diez piezas disparan,
que en ocho globos ó diez
envuelven de negro humo
al corsario su interés.
Los brazos del cuerpo ocupa
con fatiga y con placer
el bergantin destrozado
desde la quilla al garcés.
El leonés, agradecido
al cielo de tanto bien,
de libertad coronado,
dice, si no de laurel:
«¡Oh, puerto, templo del mar,
cuya húmeda pared
antes faltará que tablas
señas de naufragios dén,
fortaleza imperiosa,
terror de Africa y desden,
yugo fuerte y real espada,
que reprime y que da ley,
defensa os debo y abrigo;
mi libertad vuestra es,
y mi lengua desatada
en alabanzas tambien.
Con tus altos muros viva
tu ínclito dueño, á quien,
como á tí el Mediterráneo,
la envidia le bese el pié.
Inmortal sea su memoria
en la gracia de su rey,
por galardon proseguida,
si comenzó por merced;
que servicios tan honrados,
y de Acátes tan fiel,
inmortalidad merecen,
si no de vida, de fe».

Letrillas satíricas

Poderoso caballero
es don Dinero.

Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado,
De continuo anda amarillo;
Que, pues doblon ó sencillo
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero, etc.

Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña;
Viene á morir en España
Y es en Génova enterrado;
Y, pues quien te trae al lado
Es hermoso, aunque sea fiero,
Poderoso caballero, etc.

Es galan, y es como un oro;
Tiene quebrado el color;
Presume de gran valor,
Tan cristiano como moro;
Pues que da y quita el decoro,
Y quebranta cualquier fuero
Poderoso caballero, etc.

Son sus padres principales,
Es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales;
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero
Poderoso caballero, etc.

Mas, ¿á quien no maravilla
Ver en sus glorias sin tasa
Que es lo menos de su casa

Doña Blanca de Castilla?
Pero, pues da al bajo silla
Y al cobarde hace guerrero
Poderoso caballero, etc.
Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles;
Y, pues á los mismos robles
Dá codicia su minero
Poderoso caballero, etc.
Por imputar en los tratos
Y dar tan buenos consejos
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos
Y, pues él rompe recatos
Y ablanda al juez más severo
Poderoso caballero, etc.
Y tanta su majestad
(Aunque son sus duelos hartos),
Que con haberle hecho cuartos,
No pierde su autoridad,
Pero, pues da calidad,
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero, etc.
Nunca vi damas ingratas
A su gusto y aficion
Que á las caras de un doblon
Hacen sus caras baratas.
Y, pues las hace brabatas
Desde una bolsa de cuero
Poderoso caballero, etc.
Más valen en cualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodeles en la guerra,
Y, pues al pobre lo entierra,
Y hace propio al forastero
Poderoso caballero, etc.

Ande yo caliente
Y ríase la gente.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis días
Mantequillas y pan tierno,
Y en las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente,
Y ríase la gente.
Coma en dorada vajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados;
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero más una morcilla
Que en el asador reviente,
Y ríase la gente.
Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el enero
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles;
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y ríase la gente.
Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo más quiero pasar
De Yepes á Madrigar
La regalada corriente,
Y ríase la gente.
Pues amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se juntan ella y él,
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y ríase la gente.

V. LOPE DE VEGA CARPIO (1562-1635).

A. Cartas.

CARTA DEDICATORIA DE LA COMEDIA «EL VERDADERO AMANTE», DE LOPE DE VEGA Á SU HIJO LOPE.

Mirando un dia el retrato de vuestro hermano Carlos Félix, que de edad de cuatro años, está en mi estudio, me preguntastes qué significaba una celada que, puesta sobre un libro en una mesa, tenia por alma del cuerpo esta empresa: *Fata sciunt:* y no os respondí entonces porque me pareció que no érades capaz de la respuesta. Ya que teneis edad, y comenzais á entender los principios de la lengua latina, sabed que tienen los hombres para vivir en el mundo, cuando no pueden heredar á sus padres mas que un limitado descanso, dos inclinaciones: una á las armas, y otra á las letras, que son las que aquella celada y libro significan con la letra, que en aquellos tiernos años dice que el cielo sabe cuál de aquellas dos inclinaciones tuviera Carlos si no le hubiera, como salteador, la muerte arrebatado á mis brazos y robado á mis ojos, puesto que á mejor vida, dolorosamente, por las partes que concurrian en él de hermosura y entendimiento, con esperanzas de que habia de mejorar mi memoria sobreviviendo á mis años, por la razon del curso de la naturaleza, orden sujeta á los accidentes de la vida. Vos quedastes en su lugar, no sé con cuál genio; cuya definicion os darán Pausánias y Plutarco cuando sepais entenderlos, el uno en los *Acaicos*, y el otro en la *Vida de Bruto*. Ni aun conozco la calidad de vuestro ingenio; que san Agustín tuvo por felicísimo al que nacia con él, como en el libro cuarto de *La Ciudad de Dios* lo siente el Santo; y fué opinion de Ciceron y de Aristóteles la ventaja que hace al arte la naturaleza, á quien afrenta Plinio pensando que la cultura de las artes se debe á la avaricia; bien que casi siempre es verdad cuando no las estudia el gran señor y príncipe, y aun entonces puede ser vanidad, y no virtud, como se ha visto en muchos. Mas ¿para qué os persuado con autores, cuando aun estais en los primeros rudimentos de la lengua latina? Cosa que no podeis excusar, aunque si hubiera quien os enseñara bien la castellana, me contentara mas de que la supiérades; porque he visto muchos que, ignorando su lengua, se precian soberbios de la latina, y todo lo que está en la vulgar desprecian, sin acordarse que los griegos no escribieron en latín, ni los latinos en griego: y os confieso que me causa risa ver algunos hombres preciarse de poetas latinos, y en escribiendo en su lengua parecen bárbaros; de donde conocereis que no nacieron poetas, porque el verdadero, de quien se dice que ha de tener uno cada siglo, en su lengua escribe y en ella es excelente, como el Petrarca en Italia, el Ronsardo en Francia y Garcilaso en España; á quien tambien deben sus patrias esta honra; y lo sintió el celestial ingenio de fray Luis de Leon, que pretendió siempre honrarla, escribiendo en ella, como tambien le sucedió á fray Luis de Granada, despues de muchos sermones que hay suyos en la lengua latina; y en ella escribieron fray Fernando del Castillo, fray Agustín de Avila, el padre Ribadeneyra, el doctor Mariana, y otros excelentes ingenios, sus historias.

No os desanimo para que con menos cuidado estudieis esta reina de las lenguas, tercera en orden á las del mundo, aunque más comun que todas; procuralda saber, y por ningun caso os acontezca aprender la griega, porque

desvanecido, no digais lo que algunos que saben poco della y de otras, por vendernos á gran precio la arrogancia de que la entienden; y porque no sepais lengua tan engendradora de soberbios, y que tan pocos pueden saber que la sabeis, que un catedrático de griego, natural de Guipúzcoa, hallándose en su escuela de Alcalá asaltado de improviso de muchos señores de la corte, oró en vizcaino delante dellos, y fué tenido por hombre insigne, hasta que un secretario de un príncipe, que era de la misma patria, deshizo el atrevido engaño, diciendo que le habia entendido. En una de aquellas famosas librerias de Sevilla pidió el padre fray Luis de Leon una Biblia, si acaso la tenian, hebrea. Diósela el dueño, admirado de que la pidiese, y mucho más de vérsela leer en alta voz; pero llevando consigo un sobrino suyo, ingenio singular y del mismo hábito, pidió otro cualquiera libro, si acaso le tenian en la lengua hebrea: dióle el librero los salmos de David, de maravillosos caracteres y impresion del excelente Plantino; y comenzando á leer disparates, porque ignoraba la lengua entonces, volvió fray Luis á reprehenderle airado; á quien el sobrino dijo: «Déjeme vuesa paternidad; que para el señor librero tan hebreo es esto como esotro.» Vos me habreis entendido; y en razon de la inclinacion, que fué el principio de esta carta, no tengo mas que os advertir, si no os inclinásedes á las letras humanas, de que tengais pocos libros, y esos selectos, y que les saqueis las sentencias, sin dejar pasar cosa que leais notable, sin linea y margen; y si por vuestra desdicha vuestra sangre os inclinare á hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepais versos de memoria, ni los digais á nadie; que mientras menos tuviéredes desto, tendreis mas de opinion y de juicio; y en esta materia, y lo que os importa seguir vuestros estudios sin esta rémora, no busqueis, Lope, ejemplo mas que el mio, pues aunque vivais muchos años no llegareis á hacer á los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir más premio, y tengo, como sabeis, pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo cuyas flores me divierten cuidados y me dan concetos. Librariéisos con esto de que os conozcan: que por la opinion de muchos es gran desdicha, y asi tenia por jeroglífico un hombre docto de este tiempo un espejo en un árbol, á quien unos muchachos tiraban piedras, con esta letra: *Periculosus splendor*. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sujetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sujetos, que no llegará jamás lo impreso á lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprehensiones y cuidados; perdido el tiempo preciosísimo, y llegada la *non intellecta senectus*, que dijo Ausonio, sin dejaros más que estos inútiles consejos. Esta comedia, llamada *El verdadero amante*, quise dedicaros, por haberla escrito de los años que vos teneis; que aunque entonces se celebraba, conocereis por ella mis rudos principios; con pacto y condicion que no la tomeis por ejemplar, para que no os veais escuchado de muchos y estimado de pocos. Dios os guarde. Vuestro Padre.

LOPE DE VEGA CARPIO.

B. Epitafios fúnebres á diversos sepulcros.

De Don Juan de Austria.

—Tú, que, con tan alta gloria yaces tan humilde aquí,

¿qué templo, qué estátua, dí,
se levanta en tu memoria?
¿Qué aroma en humo derrama
España al nombre que cobras?
—Mi templo fueron mis obras;
mi estátua ha sido mi fama.

Del duque de Alba Fernando.

A este guion hacen salva
todas aquestas banderas
nubes del sol extranjeras
que rompe saliendo el alba.
Mas puestos en otro oriente
de su luz los rayos grandes,
Francia, Italia, Africa y Flandes
volvieron á alzar la frente.

De Don Alvaro de Bazán.

El fiero turco en Lepanto,
en la Tercera el francés
y en todo el mar el inglés
tuvieron de verme espanto.
Rey servido y patria honrada
dirán mejor quién he sido
por la cruz de mi apellido
y con la cruz de mi espada.

C. La gatomaquia.

POEMA ÉPICO BURLESCO.

Marramaquiz.

.....

Era el gatazo de gentil persona,
y no menos galan que enamorado,
bigote blanco y rostro despejado,
ojos alegres, niñas mesuradas
de color de esmeraldas diamantadas,
y á caballo en la mona parecia
el paladin Orlando, que venia
á visitar á Angélica la bella.
La recatada ninfa, la doncella,
en viendo el gato, se mirló de forma,
que en una grave dama se transforma,
lamiéndose á manera de manteca,
la superficie de los labios seca,
y con temor de alguna carambola,
tapó las indecencias con la cola;
y bajando los ojos hasta el sue o,
su mirlo propio le sirvió de velo;
que ha de ser la doncella virtuosa
mas recatada mientras mas hermosa.

.....

El amor de Zapaquilda.

¡Oh cuánto puede un gato forastero,
y mas siendo galan y bien hablado,
de pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas;
no hay que fiar de gatas melindrosas.

¿Quién pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel y inexorable,
y que al galan Marramaquiz dejara
por un gato que vió de buena cara,
despues de haberle dado
un pié de puerco hurtado,
pedazos de tocino y de salchichas?
¡Oh cuán poco en las dichas
está firme el amor y la fortuna!
¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
si quien dijo mujer dijo mudanza?

El sabio Garfiñanto.

. . . . . .

Este gatazo y sabio Garfiñanto,
cano de barba y de mostachos yerto,
de un ojo resmellado y de otro tuerto,
bien que de ilustre cola venerable,
y que sabia con rigor notable
natural y moral filosofía,
por los montes vivía
en una cueva oculta,
cuya entrada á las fieras dificulta,
como el de Polifemo, un alto risco.
No se le daba un prisco
de riquezas del mundo, que estimaba
solo el sol que Alejandro le quitaba,
á aquel que, de los hombres puesto en fuga,
metido en un tonel era tortuga.
¡Bien haya quien desprecia
esta fábula necia
de honores, pretensiones y lugares,
por estudios ó acciones militares!
Sabía Garfiñanto astrología,
mas no pronosticaba:
que decia que el cielo gobernaba
una sola virtud que le movía,
á cuya voluntad está sujeto
cuanto crió, que todo fué perfeto;
no sacaba almanaques,
ni decia que en Troya y los Alfaques
verían abundancia
de pepinos y brevas,
muchas lentejas en Paris y en Tebas,
y que cierta cabeza de importancia,
sin decirnos adónde, faltaría;
que por mujeres Vénus prometía
pendencias y disgustos,

como si por sus celos ó sus gustos
fuese en el mundo nuevo.

. . . . . .

D. Sonetos.

A Camila Lucinda.

Yo no quiero mas bien que solo amaros,
Ni mas vida, Lucinda, que ofreceros
La que me dais cuando merezco veros,
Ni ver mas luz que vuestros ojos claros.
Para vivir me basta desearos,
Para ser venturoso conoceros,
Para admirar el mundo engrandeceros,
Y para ser Eróstrato abrazaros.
La pluma y lengua respondiendo á coros,
Quieren al cielo espléndido subiros,
Donde están los espíritus mas puros;
Que entre tales riquezas y tesoros
Mis lágrimas, mis versos, mis suspiros,
De olvido y tiempo vivirán seguros.

*
* *

Papeles rotos de las propias manos
Que os estimaron por reliquia santa,
Bien muestra ahora el viento que os levanta
Que cuando mas pesados sois livianos.
Si de mi libertad fuisteis tiranos
Por la sirena que escribiendo encanta,
Ya no tendrán conmigo fuerza tanta
Palabras locas y conceptos vanos.
Sosiéguense celosos alborotos,
Sin tener en suspenso mi osadía,
Torpes las manos y los dientes botos.
Venid ansi: mas ¡ay mortal porfia!
Que pues os vuelvo á mis entrañas rotos,
Hijos debeis de ser del alma mia.

*
* *

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesus mio,
Que á mi puerta, cubierto de rocio,
Pasas las noches, del invierno escuras?
¡Oh cuanto fueron mis entrañas duras,
Pues no te abri! ¡Que extraño desvarío,
Si de mi ingratitud el hielo frío
Secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuantas veces el angel me decia:
«Alma, asómate agora á la ventana,
Verás con cuanto amor llamar porfia»!
Y ¡cuantas, hermosura soberana,

«Mañana le abriremos», respondía,
Para lo mismo responder mañana!

TEMORES EN EL FAVOR.

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
Y la cándida víctima levanto,
De mi atrevida indignidad me espanto,
Y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez el alma con temor retiro,
Tal vez la doy al amoroso llanto;
Que, arrepentido de ofenderos tanto,
Con ansias temo y con dolor suspiro.
Volved los ojos á mirarme humanos,
Que por las sendas de mi error siniestras
Me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras,
Que á quien os tuvo en sus indignas manos
Vos le dejeis de las divinas vuestras.

E. Elegías.

A la muerte de Carlos Félix, su hijo.

Este de mis entrañas dulce fruto
con vuestra bendicion, oh Rey eterno,
ofrezco humildemente á vuestras aras;
que si es de todos el mejor tributo
un puro corazon humilde y tierno,
y el mas precioso de las prendas caras,
no las aromas raras
entre olores fenicios,
y licores sabeos
os rinden mis deseos
por menos olorosos sacrificios,
sino mi corazon, que Carlos era;
que en el que me quedó menos os diera.
Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro
ninguna cosa os doy, y que querría
hacer virtud necesidad tan fuerte,
y que no es lo que siento lo que muestro,
pues anima su cuerpo el alma mía,
y se divide entre los dos la muerte.
Confieso que de suerte
vive á la suya asida,
que cuanto á la vil tierra,
que el ser mortal encierra,
tuviera más contento de su vida;
mas cuanto al alma, ¿qué mayor consuelo
que lo que pierdo yo me gane el cielo?
Póstrese nuestra vil naturaleza

á vuestra voluntad, imperio sumo,
autor de nuestro límite, Dios santo;
no repugne jamás nuestra bajeza,
sueño de sombra, polvo, viento y humo,
á lo que vos queréis, que podéis tanto;
afréntese del llanto
injusto, aunque forzoso,
aquella inferior parte
que á la sangre reparte
materia de dolor tan lastimoso,
porque donde es inmensa la distancia,
como no hay proporcion, no hay repugnancia...
Amábaos, yo, Señor, luego que abristes
mi ojos á la luz de conoceros,
y regalóme el resplandor suave.
Carlos fué tierra; eclipse padecistes,
divino Sol, pues me quitaba el veros,
opuesto como nube densa y grave.
Gobernaba la nave
de mi vida aquel viento
de vuestro auxilio santo
por el mar de mi llanto
al puerto del eterno salvamento,
y cosa indigna, navegando fuera
que rémora tan vil me detuviera...
¡Oh quién como aquel padre de las gentes,
el hijo solo en sacrificio os diera,
y los filos al cielo levantara!
No para que con alas diligentes
ministro celestial los detuviera,
y el golpe al corderillo trasladara,
mas porque calentara
de rojo humor la peña,
y en vez de aquel cordero,
por quien corrió el acero,
y cuya sangre humedeció la leña,
muriera el ángel, y trocando estilo,
en mis entrañas comenzara el filo.
Y vos, dichoso niño, que en siete años
que tuvistes de vida, no tuvistes
con vuestro padre inobediencia alguna,
corred con vuestro ejemplo mis engaños,
serenad mis paternos ojos tristes,
pues ya sois sol, donde pisais la luna;
de la primera cuna
á la postrera cama
no distes sola un hora
de disgusto, y agora
parece que le dais, si así se llama
lo que es pena y dolor de parte nuestra,

pues no es la culpa, aunque es la causa vuestra...
Yo para vos los pajarillos nuevos,
diversos en el canto y las colores,
encerraba, gozoso de alegraros,
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes, yo las flores
en quien mejor pudiera contemplaros,
pues á los aires claros
del alba hermosa apenas
salistes, Carlos mío,
bañado de rocío,
cuando, marchitas las doradas venas,
el blanco lirio convertido en hielo,
cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.
¡Oh qué divinos pájaros agora,
Carlos, gozáis, que con pintadas alas
discurren por los campos celestiales
en el jardín eterno que atesora
por cuadros ricos de doradas alas
más hermosos jacintos orientales,
adonde á los mortales
ojos la luz excede!
¡Dichoso yo, que os veo
donde está mi deseo
y donde no tocó pesar, ni puede;
que solo con el bien de tal memoria
toda la pena me trocais en gloria!...
Hijo, pues, de mis ojos, en buen hora
vais á vivir con Dios eternamente
y á gozar de la patria soberana.
¡Cuán lejos, Carlos venturoso, agora
de la impiedad de la ignorante gente
y los sucesos de la vida humana,
sin noche, sin mañana,
sin vejez, siempre enferma,
que hasta el sueño fastidia,
sin que la fiera envidia
de la virtud á los umbrales duerma
del tiempo triunfaréis, porque no alcanza
donde cierran la puerta á la esperanza!
La inteligencia que los orbes mueve
á la celeste máquina divina
dará mil tornos con su hermosa mano,
fuego el León, el Sagitario nieve;
y vos, mirando aquella esencia trina,
ni pasaréis invierno ni verano,
y desde el soberano
lugar que os ha cabido,
los bellísimos ojos,
paces de mis enojos,

humillaréis á vuestro patrio nido;
y si mi llanto vuestra luz divisa,
los dos claveles bañaréis en risa.
Yo os dí la mejor patria que yo pude
para nacer, y agora en vuestra muerte
entre santos dichosa sepultura;
resta que vos roguéis á Dios que mude
mi sentimiento en gozo de tal suerte,
que, á pesar de la sangre que procura
cubrir de noche escura
la luz desta memoria,
vivais vos en la mía;
que espero que algun día
la que me da dolor me dará gloria,
viendo al partir de aquesta tierra ajena,
que no quedais adonde todo es pena.

Stabat Mater dolorosa.

La Madre piadosa estaba
Junto á la cruz, y lloraba
Mientras el Hijo pendía;
Cuya alma triste y llorosa,
Traspasada y dolorosa
Fiero cuchillo tenía.
¡Oh cuán triste, oh cuán aflita
Se vió la Madre bendita,
De tantos tormentos llena,
Cuando triste contemplaba
Y dolorosa miraba
Del Hijo amado la pena!
Y ¿cuál hombre no llorara
Si la Madre contemplara
De Cristo en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Piadosa Madre, si os viera
Sujeta á tanto rigor?
Por los pecados del mundo
Vió á Jesús en tan profundo
Tormento la dulce Madre,
Y muriendo el Hijo amado,
Que rindió desamparado
El espíritu á su padre.
¡Oh Madre, fuente de amor,
Hazme sentir tu dolor
Para que llore contigo!
Y que por mi Cristo amado
Mi corazon abrasado,
Más viva en él que conmigo;
Y porque á amarle me anime,
En mi corazon imprime
Las llagas que tuvo en sí;
Y de tu hijo, Señora,
Divide conmigo ahora
Las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar,
Y de veras lastimar
De sus penas mientras vivo;
Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazon compasivo.
Virgen de vírgenes santas,
Llore yo con ansias tantas,
Que el llanto dulce me sea;
Porque su pasion y muerte
Tenga en mi alma de suerte,
Que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio;
Porque me inflame y me encienda,
Y contigo me defienda
En el día del jüicio,
Haz que me ampare la muerte
De Cristo cuando en tan fuerte
Trance vida y alma estén;
Porque cuando queda en calma
El cuerpo, vaya mi alma
A su eterna gloria. *Amén.*

F. Romances.

Romance «La Soledad».

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
¡No sé qué tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir más lejos!
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento:
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo
Su locura, en su arrogancia;
Mi humildad, en su desprecio.
O sabe naturaleza
Más que supo en otro tiempo,
O tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.
Sólo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad
Adonde lo más es menos,
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de más,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
¡Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto!
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos:
La de plata, los extraños;
y la de cobre, los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios, que comería
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento;
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento;
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces,
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua,
Que no lo fueran sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hizo,
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia;
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared por medio.

Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos:
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos,
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño;
Nunca, como yo, firmaron
Parabién, ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

El nido de tórtolas.

(*Romance de Lope alusivo á sus amores con Elena Velázquez.*)

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos;
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos.
Al son del agua y las ramas
Hería el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, puntas, vides, árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo;
Porque fué un tiempo su gloria
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas dellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el aire claro
Ramos, tórtolas y nido
Diciendo alegre y ufano:

Redondillas.

Dejad la dulce acogida,
Que la que el amor me dió
Envidia me la quitó
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mía;
Que no ha de haber compañía
Donde esté mi soledad.
Tan solo pena me dá,
Tórtola, el esposo tuyo;
Que tú presto hallarás cuyo,
Pues Filis le tiene ya.

Sigue el romance.

Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
A dónde irán a parar
Los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto.

Redondillas del fin.

Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte,
¿Quién habrá que las aparte?
Que apartallas es juntallas.
Pues que del nido os echó
Y ya tenéis compañía,
Quiero esperar que algun día
Con Filis me juntaré.

El Moro Zaide.

(Otro romance relacionado con los mismos amores y con el destierro de Lope)

Háganme vuestras mercedes
Merced de desengañarme,
Si hay entre todos alguno
Que conozca al moro Zaide;
Y díganme por su vida
Qué rostro tiene y qué talle,
Que tengo mucho deseo
De conocelle y hablalle.
Y díganme qué es la causa
Que no hay pequeño ni grande
Que mil veces no le avise
«Que no pase por su calle».
Apenas ha amanecido
Cuando ya haciendo jarabes
El boticario le avisa
«Que no pase por su calle».
El tundidor, mientras tunde
Sus paños y cordellates,
Como los demás le avisa
«Que no pase por su calle».
Va el piloto ó marinero
Engolfado con su nave
Y en medio del mar le avisa
«Que no pase por su calle».
Va cien leguas de su casa
A veces el caminante
y en el camino le avisa
«Que no pase por su calle».
Allá dentro en su bodega
Está picando la carne
El pastelero y le avisa
«Que no pase por su calle».
Y los propios buñoleros,
Aunque son de su linaje,
Entre el aceite le avisan
«Que no pase por su calle».
Y las fregonas fregando
Sus platos y sus vasares
Le avisan en voz y en grito
«Que no pase por su calle».
¿Qué tiene este triste moro?
¿Está tocado de landre,
Que así desterralle quieren
De todas las vecindades?
¡Con haber dado respuesta
Que pudiera disculparle
De la trenza de cabellos
Que se puso en el turbante
Y del alarde que hizo
En los jardines de Tarfe,
No aprovecha con el vulgo
Que deje de amenazalle!
¿Adonde ha de ir el cuitado
Pues en el mundo no cabe?
Que tengo sospecha y miedo
No vaya á desesperarse.
Merezca el humilde moro
Que su destierro se acabe,
Que quien de humildes se venga
Humilde venganza hace.

C. Obras dramáticas.

Al pasar del arroyo.

(Acto II. — Escena V.)

Benito.—Pascual.

Pasc. ¿Qué tenemos de amor? (Ben.) Pierdo el sentido.
Pasc. Pues, ¿qué hay de tu esperanza? (Ben.) Que es ya muerta.
Pasc. ¿No queda alguna luz? (Ben.) Cerró la puerta.
Pasc. Quien vive, espere bien. (Ben.) Ya el bien es ido.
Pasc. ¿Qué puedes tu perder? (Ben.) Lo que he sufrido.
Pasc. ¿Qué puedes tu ganar? (Ben.) Pena tan cierta.
Pasc. ¿Nunca tuviste alguna gloria? (Ben.) Incierta.

PASC. Alienta el corazon. (BEN.) Estoy perdido.
PASC. El sufrir es valor. (BEN.) No hay resistirme.
PASC. Los males tienen fin. (BEN.) Son inmortales.
PASC. Con ellos has de amar. (BEN.) Soy roca firme.
PASC. Pretende, pues. (BEN.) No hay méritos iguales.
PASC. Pues, ¿qué piensas hacer? (BEN.) Pascual, morirme.
PASC. Pues, ¿qué cura el morir? (BEN.) Todos los males.

(LOPE DE VEGA.)

Peribáñez y el comendador de Ocaña.

ACTO 1.º—ESCENA I.

Peribáñez y Casilda, de novios.

CASILDA.

Si con amor pagar puedo,
Esposo, la aficion tuya,
De lo que debiendo quedas
Me estás en obligacion.

PERIBÁÑEZ.

Casilda, mientras no puedas
Excederme en aficion,
No con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña
Poner quisiera á tus pies.
Y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,
Entrando en el mar de España.
El olivar más cargado
De aceitunas me parece
Menos hermoso, y el prado
Que por el mayo florece
Solo del alba pisado.
No hay camuesa que se afeite
Que no te rinda ventaja,
Ni rubio y dorado aceite
Conservado en la tinaja,
Que me causa más deleite,
Ni el vino blanco imagino
De cuarenta años tan fino
Como tu boca olorosa;
Que como al señor la rosa,
Le huele al villano el vino.
Cepas que en diciembre arranco
Y en otubre dulce mosto,
Ni mayo de lluvias franco,
Ni por los fines de agosto
La parva de trigo blanco,
Igualan á ver presente
En mi casa un bien, que ha sido
Prevencion más excelente
Para el invierno aterido
Y para el verano ardiente.
Contigo, Casilda, tengo
Cuanto puedo desear,
Y solo el pecho prevengo;
En él te he dado lugar,
Ya que á merecerte vengo,
Vive en él; que si un villano
Por la paz del alma es rey,
Que tú eres reina está llano,
Ya porque es divina ley,
Y ya por derecho humano.
Reina, pues que tan dichosa
Te hará el cielo, dulce esposa,
Que te diga quien te vea:
La ventura de la fea
Pasóse á Casilda hermosa.

CASILDA.

Pues yo, ¿cómo te diré
Lo menos que miro en tí
Que lo más del alma fué?
Jamás en el baile oí
Son que me bullese el pie,
Que tal placer me causase
Cuando el tamboril sonase,
Por más que el tamborilero
Chillase con el garguero
Y con el palo tocase.
En mañana de San Juan
Nunca más placer me hicieron
La verbena y arrayan,
Ni los relinchos me dieron

El que tus voces me dan.
¿Cuál adufe bien templado
Cuál salterio te ha igualado?
¿Cuál pendon de procesion
Con sus borlas y cordon,
A tu sombrero chapado?
No hay pies con zapatos nuevos
Como agradan tus amores;
Eres entre mil mancebos
Hornazo en pascua de Flores
Con sus picos y sus huevos.
Pareces en verde prado
Toro bravo y rojo echado,
Pareces camisa nueva,
Que entre jazmines se lleva
En azafate dorado,
Pareces cirio pascual
Y mazapan de bautismo
Con capillo de cendal,
Y paréceste á tí mismo
Porque no tienes igual.

(LOPE DE VEGA.)

Los Tellos de Meneses (1.ª parte.)

(ACTO 2.º ESCENA VI.)

Tello el Viejo.

¡Cuán bienaventurado
puede llamarse el hombre
que con escuro nombre
vive en su casa, honrado
de su familia, atenta
á lo que más le agrada y le contenta!
Sus deseos no buscan
la corte de los reyes,
adonde tantas leyes
la ley primera ofuscan,
y por el nuevo traje
la simple antigüedad padece ultraje...
Yo salgo con la aurora
por estos verdes prados,
aun antes de pisados
del blando pie de Flora,
quebrando algunos hielos
tal vez de los cuajados arroyuelos.
Miro con el cuidado
que salen mis pastores;
los ganados mayores
ir retozando al prado,
y humildes á sus leyes,
á los barbechos conducir los bueyes.
Aquí las yeguas blancas
entre las rubias reses,
las emes de Meneses
impresas en las ancas,
relinchan por los potros,
viéndolos retozar unos con otros.
Vuelvo, y al medio día
la comida abundante
no me pone arrogante;

que no pienso que es mía,
porque, mirando al cielo,
el dueño adoro con humilde celo.
Todos los años miro
la limosna que he dado
y lo que me ha quedado,
y diciendo suspiro,
viendo lo que se aumenta:
«siempre me alcanza Dios en esta cuenta».
Ya cuando el sol se humilla,
por esta verde orilla,
el esmaltado alarde
de tantas arboledas,
locos pavones de sus verdes ruedas;
y, como en ellas ojos,
frutas entre sus hojas,
blancas, pálidas, rojas,
del verano despojos,
y én sus ramas süaves
canciones cultas componer las aves.
Cuando la noche baja,
y al claro sol se atreve,
cena me aguarda breve,
de la salud ventaja;
que, aunque con menos sueño,
más alentado se levanta el dueño.
De todo lo que digo
le doy gracias al cielo,
que fertiliza el suelo,
tan liberal conmigo;
porque quien no agradece
la deuda al cielo, ni aun vivir merece.

(Lope de Vega.)

La Estrella de Sevilla.

(Acto II.—Escenas V y VI.)

El Rey.—Busto Tavera.

Busto.
¿Quién es?

Rey.
Un hombre.

Busto.
¡A estas horas hombre
en mi casa! Diga el nombre.

Rey.
Aparta.

Busto.
No sois cortés;
y si pasa, ha de pasar
por la punta desta espada,
que aunque esta casa es sagrada,
la tengo de profanar.

Rey.
Ten la espada.

Busto.
¿Que es tener,

cuando el cuarto de mi hermana,
desta suerte se profana?
Quien sois tengo de saber,
ó aquí os tengo de matar.

REY.

Hombre de importancia soy,
déjame.

BUSTO.

En mi casa estoy,
y en ella yo he de mandar.

REY.

Déjame pasar: advierte
que soy hombre bien nacido,
y aunque á tu casa he venido,
no es mi intencion ofenderte,
sino aumentar más tu honor.

BUSTO.

¡El honor así se aumenta!

REY.

Corre tu honor por mi cuenta.

BUSTO.

Por esta espada es mejor.
Y si mi honor procurais,
¿cómo embozado venís?
Honrándome, ¿os encubrís?
Dándome honor, ¿os tapais?
Vuestro temor os convenza,
como averiguado está,
que ninguno que honra dá
tiene de dalla vergüenza.
Meted mano, ó ¡vive Dios,
que os mate!

REY.

¡Necio apurar!

BUSTO.

Aquí os tengo de matar,
ó me habéis de matar vos. (*Mete mano.*)

REY.

(*Ap.* Direle quien soy.) Detente;
que soy el Rey.

BUSTO.

Es engaño.
¡El Rey procurar mi daño,
solo, embozado y sin gente!
No puede ser; y á su alteza
aquí, villano, ofendeis,
pues defecto en él poneis,
que es una extraña bajeza.
¡El Rey había de estar
sus vasallos ofendiendo!
De nuevo en esto me ofendo;
por esto os he de matar,
aunque mas me porfieis
y ya que á mí me ofendais,
no en su grandeza pongais
tal defecto, pues sabeis
que sacras y humanas leyes
condenan á culpa estrecha
al que imagina ó sospecha
cosa indigna de los reyes.

REY.

(*Aparte.*
¡Qué notable apurar de hombre!)
Hombre, digo que el Rey soy.

BUSTO.

Menos crédito te doy;
porque aquí no viene el nombre
de Rey con las obras, pues
es el Rey el que da honor;
tú buscas mi deshonor.

REY.

(*Ap.* Este es necio y descortés;
¿Qué he de hacer?

BUSTO.

(*Ap.* El embozado
es el Rey, no hay que dudar.
Quiérole dejar pasar,
y saber si me ha afrentado
luego; que el alma me incita
la cólera y el furor;
que es como censo el honor
que aquel que le da le quita.)
Pasa, cualquiera que seas,
y otra vez al Rey no infames,
ni el Rey, villano, te llames,
cuando haces hazañas feas.
Mira que el Rey, mi señor,
del Africa horror y espanto,
es cristianísimo y santo,
y ofendes tanto valor.
La llave me ha confiado
de su casa, y no podía

venir sin llave á la mía
cuando la suya me ha dado.
Y no atropelleis la ley;
mirad que es hombre en efeto;
esto os digo, y os respeto
porque os fingisteis el Rey.
Y de verme no os asombre
fiel, aunque quedo afrentado;
que un vasallo está obligado
á tener respeto al nombre.
Y sin más atropellallos
contra Dios y contra ley,
así aprenderá á ser rey
del honor de sus vasallos.

REY.

Ya no lo puedo sufrir;
que estoy confuso y corrido.
¡Necio! Porque me he fingido
ser el Rey, me dejas ir?
Pues advierte que yo quiero,
porque dije que lo era,
salir de aquesta manera; (*Mete mano.*)
que si libertad adquiero
porque aquí Rey me llamé,
y en mí respetas el nombre,
porque te admire y te asombre,
en las obras lo seré.
Muere, villano, que aquí
aliento el nombre me da
de Rey, y él te matará.

BUSTO.

Solo mi honor reina en mí.

La Dorotea.

ACTO V.—DON BELA, LAURENCIO.—DESPUÉS GERARDA

Laurencio.—Estos son los papeles. Mucho has borrado.

Don Bela.—Yo conocí un poeta de maravilloso natural, y borraba tanto que solo él entendía sus escritos y era imposible copiarlos: y ríete, Laurencio, de poeta que no borra. El epígrama dice:

Miré, señora, la ideal belleza,
Guiándome el amor por vagarosas
Sendas de nueve cielos,
Y absorto en su grandeza
Las ejemplares formas de las cosas
Bajé a mirar en los humanos velos;
Y en la vuestra sensible
Contemplé la divina inteligible;
Y viendo que conforma
Tanto el retrato a su primera forma,
Amé vuestra hermosura,
Imágen de su luz divina y pura,
Haciendo cuando os veo,
Que pueda la razon mas que el deseo;
Que si por ella sola me gobierno
Amor que todo es alma será eterno.

Laurencio.—Está muy bien escrito; pero yo te confieso que no le entiendo, y aun lo dudo del sútil ingenio de Dorotea.

Don Bela.—Mira, Laurencio, lo que ha de entender Dorotea de mi pluma son las libranzas de los mercaderes para sus galas. Esto, basta que yo lo entienda.

Laurencio.—Y yo querría.

Don Bela.—Así como la divina belleza, que con eterna é incomprehensible luz resplandece en aquel soberano Artífice, esparce sus rayos que descendiendo por todos los cuerpos, ilustra las mentes angélicas, hermosea el alma

del universo y finalmente, desciende á la materia de los cuerpos, donde se revuelven con suave armonía los cielos, resplandece el sol, centellean las estrellas, consérvase puro el fuego, alégrase el aire sereno, gozan su perpétuo curso las instables corrientes de las aguas, la tierra se adorna de diversas flores, árboles y plantas y últimamente el hombre se admira en los rayos desta divina belleza, que en la hermosura de las mujeres sobre todas las inferiores criaturas resplandece; así el amor enseña de grado en grado (cuanto es capaz nuestro entendimiento aspirando á tan alta contemplacion), á formar una idea particular que ama sin divertir el pensamiento fuera de los límites de la razon.

Laurencio.—¿Qué tienes por idea?

Don Bela.—La noticia ejemplar de las cosas.

Laurencio.—De manera que tu me das á entender que amas á Dorotea tan platónicamente que de la belleza ideal suprema has sacado la contemplacion de su hermosura.

Don Bela.—Querría á lo menos quererla con este propósito; que no sé si he leído en el filósofo que amor puede ser de entrambas maneras; y quererla con sola el alma es el más verdadero y para ella lo más seguro.

Laurencio.—No sé que traes de ocho días á esta parte, que no pareces el que solías. ¡Tú devoto! ¡Tú contrito! ¡Tú meláncolico! Si es divino impulso (quiéralo el cielo), daré de albricias cuanto me ha valido el ir y venir en casa de Dorotea; sies melancolía forzosa, guárdate de dar en hipocondriaco, que perderás el seso y los amigos.

Don Bela.—¡Ay, Laurencio! ¿Quién hay que tenga entendimiento que no conozca que es mortal? Traen consigo los deleites por sombra la conciencia, como suelen decir los que han muerto algun hombre á sangre fría, que le traen siempre á cuestas. Dorotea es hermosa únicamente, entendida y con tantas gracias que si el hilo de oro de la razon no me saca de este laberinto, creo que habremos de decir al fin de la vida como aquel rey de la Gran Bretaña: «Todo lo perdimos».....

.....

Don Bela.—¿Está triste Dorotea y no ir á los toros? Algo tiene en el campo que te duele.

Gerarda.—¿Qué ha de tener sino los celos que le das, Miralo-todo? ¿Piensas que no te vió mirar á las escultoras en la Merced? ¡Por cierto que son muy lindas! No diera yo por ellas para mi traer, si fuera persona de calzas atacadas, una cinta de seda: afeitadillas, bachillerillas, bailadorcillas.....

Don Bela.—¿Aquellas se afeitan, madre?

Gerarda.—No, sino el alba. Ninguna lo deja en el arca: las blancas para serlo mas; que las negras ya está dicho.

Don Bela.—Versan mucho, porque mas vale ser moza mucho tiempo que hermosa poco: efecto del solimán, que les quita los dientes y les arruga la tez del rostro: sino que el afeite es como el tiempo, que, como quita cada día tan poco, no se siente. Y á la cuenta tambien se lo pondrá Dorotea.

Gerarda.—No hay regla sin excepcion, don Bela: que no se entiende que generalmente se le ponen todas, y no es el afeite cosa que se puede encubrir: que si se acuesta una mujer y amanece otra, ¿cómo lo puede ignorar el que la tiene al lado? Pero volviendo a las ninfas que mirabas, ¡que mujeres para competir con el reposo de Dorotea! ¡Con aquella gravedad patricia, que parece un clarísimo veneciano: aquella honra del estrado, aquella honesti-

dad por la calle, aquella devocion en la iglesia, aquella libertad en el campo, y á su tiempo nabos en adviento! Si la vieras ahora de sirena con el arpa, trayendo aquellos dedos de cuerda, que parece que se reían, como que les hacía cosquillas, los cabellos sueltos, que á veces sobre el arpa, envidiosos de las cuerdas, querían serlo, porque les tocase tambien á ellos; y aun pienso que las cuerdas decían, en lo que sonaban, que les dejasen hacer su oficio, pues ellas no los iban á estorbar cuando se tocaba Dorotea.

Don Bela.—Madre, muy poética vienes esta mañana.

Gerarda.—Pues en verdad que no me he desayunado, sino es de mis devociones.

. . . . . .

Don Bela.—¿Que cantaba Dorotea?

Gerarda.—«Velador que el castillo velas,
Vélale bien, y mira por tí:
Que velando en él me perdí.»

¿Que te parece como alude á tu nombre? Pues ella ha hecho las coplas, mira lo que canta, mira lo que entiende, mira lo que le debes.

Don Bela.—Dale otros cuatro reales.

Gerarda.—¡Ay amigo! sois galan viejo. El mozo y el gallo un año; todos sois liberales á los principios: despues quereis comer sobre taya.

Don Bela.—Gerarda, Gerarda, si hablamos de veras, no soy tan simple que no me haya reportado la mala correspondencia de Dorotea.

Gerarda.—¿Hate traido Laurencio esos chismes? ¡Pobre Dorotea! todo el día atada á la labor para hacerte camisas. Ella se lo merece.

Don Bela.—Perdona: que no lo digo porque te enternezcas. Dale otros cuatro reales.

Gerarda.—Ya son doce: ¡que lindo número! Soy yo devotísima de los doce apóstoles.

Laurencio.—Pensé que de los doce pares.

Gerarda.—Llégamelos á los veinte y cuatro, asi lo seas de Sevilla: que tengo empeñada una saya en diez y seis reales.

Don Bela.—Dáselos, Laurencio, si me dice quién de los galanes que pasean á Dorotea, es el mas favorecido.

Gerarda.—Tú, bobillo.

Don Bela.—¿En que lo ves madre?

Gerarda.—En que ese es de la boda, que duerme con la novia.

Don Bela.—Advierte que no le digas nada á Dorotea.

Gerarda.—Pues dame otros seis reales.

Don Bela.—Dáselos, y adios: que me voy á misa.—(*Váse.*)

Laurencio.—Veinte y seis llevas, madre.

Gerarda.—Pues algo has de hacer tú: llégamelos á los treinta, y te daré diez y siete años sin afeite, sin pedir, sin malicia, y con una cara como una manzana de Nájera.

Laurencio.—Bien dices, tía: que la mujer ha de ser como la muleta, la boca sangrineta.

Gerarda.—Tu verás que yo soy agradecida.

Laurencio.—Y ¿como sabes que ha de querer esa moza que dices?

Gerarda.—Porque es de las que tengo en administracion, y ¿no reparas en que me ha menester?

Laurencio.—Y ¿es sin duda de diez y siete años?

Gerarda.—Extraño eres: ¿tengo de traerte fe del bautismo? Todas son de la edad que parecen: que á fe que andan por ahí mujeres en zapatos, haciendo melindres con el manto, que há mas de cuarenta que dijeron taita: pero aquel círculo de una toca bien puesta, encubridora de ladrones pliegues, y los cabellos de la que tuvo tabardillo, pollera en arco y lo resplandeciente del Gran Turco, las hacen niñas y pasan plaza de novedad á fuerza del desenfado y en gracia de la bachillería.

VI. POESIA EPICA

1.—El P. Maestro Diego de Hojeda.

La Cristiada (1611)

Cristo atado á la columna.

Mas ¡ay, que baja por el aire apriesa
sobre el cuerpo de Cristo el fiero azote!
¡Ay Dios, que llueven, cual de nube espesa,
golpes en el supremo Sacerdote!
¡Ay Dios, que de sacar sangre no cesa,
para que toda en el dolor se agote
la cruel disciplina! ¡Ay Dios amado!
¡Ay Jesús, por mis culpas azotado!
Yo pequé, mi Señor, y tú padeces;
yo los delitos hice, y tú los pagas;
si yo los cometí, tú ¿qué mereces,
que así te ofenden con sangrientas llagas?
Mas voluntario, tú, mi Dios, te ofreces;
tú del amor del hombre te embriagas;
y así, porque le sirva de disculpa,
quieres llevar la pena de su culpa.
Pues en los miembros del Señor desnudos
y ceñidos de gruesos cardenales,
se descargan de nuevo golpes crudos,
y heridas de nuevo desiguales:
multiplícanse látigos agudos
y de puntas armados naturales,
que rasgan y penetran vivamente
la carne hasta el hueso transparente.
Hierve la sangre y corre apresurada,
baña el cuerpo de Dios y tiñe el suelo,
y la tierra con ella consagrada
competir osa con el mismo cielo:
parte líquida está, parte cuajada,
y todo causa horror y da consuelo:
horror, viendo que sale desta suerte;
consuelo, porque Dios por mí la vierte.
Añádense heridas á heridas,
y llagas sobre llagas se renuevan,
y las espaldas, con rigor molidas,
más golpes sufren, más tormentos prueban:

las fuerzas de los fieros desmedidas
más se desmandan cuanto más se ceban;
y ni sangre de Dios les satisface,
ni ver á Dios callar miedo les hace.
Alzan los duros brazos incansables,
y el fuerte azote por el aire esgrimen,
y osados, más y más inexorables,
braman con furia, con braveza gimen:
rompen de Dios los miembros inculpables,
y en sus carnes los látigos imprimen,
y su sangre derraman, sangre dina
de ilustre honor y adoracion divina.

. . . . . .

Llegan pues, y del mármol le desatan,
que estaba el rostro á la columna vuelto,
y con dichos y hechos le maltratan
y burlan dél mientras le tienen suelto;
y al revés luego y de otra suerte le atan,
con ánimo en matalle ya resuelto,
el pecho descubriéndole florido,
sano de azotes, mas de amor herido.
De nuevo aprietan las hidalgas manos
y para enriquecernos liberales,
y de nuevo los dedos más que humanos
sienten más duros y violentos males.
Alzó Cristo los ojos soberanos
y atravesó los coros celestiales,
y á su Padre pidió suavemente
perdon para la inicua y fiera gente.
«Por esta noble sangre, ¡oh Padre mío!
con mi persona y su valor unida;
por esta voz cansada que te envío
apenas de los labios despedida;
por este de mi rostro sudor frío,
y por mi caridad jamás vencida
te suplico, buen Dios, que los perdones,
y ablandes con amor sus corazones».
Dijo; mas los verdugos carniceros
los látigos con ímpetu vibraron,
y cerca dél los estallidos fieros,
crujiendo, el aire cóncavo atronaron;
y aquí los brazos y ánimos severos
su fortaleza y su crueldad mostraron,
uno hiriendo el pecho casto y bello,
y otro el hombro de Dios y el santo cuello.
Saltó la sangre, y cual collar precioso
de encendidos rubíes adornado,
el cuello y pecho blanco y amoroso
vino del Rey de reyes adorado;
ni el tuson de Borgoña generoso

ni la cruz del Apóstol esforzado
honró cuello real y pecho ilustre,
cuanto su sangre á Cristo le dió lustre.
Levantan otra vez las duras manos,
y los azotes otra vez sacuden,
y á los lugares que descubren sanos
del noble cuerpo, con rigor acuden;
porque los golpes no les salgan vanos,
ni ya verdugos nuevos les ayuden,
los pies afirman y los brazos cargan:
¡ay qué heridas sin temor descargan!
. . . . . .

2.—El Dr. D. Bernardo de Valbuena (1568-1627).

El Bernardo y Victoria de Roncesvalles

Ferragut.

Fué Ferragut un bárbaro briöso
De fornida estatura de gigante,
Miembros doblados, ánimo orgulloso
Colérico en sus gustos y arrogante;
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso
Velloso rostro y áspero semblante
Y en el llegar con su opinion á cabo
Entre los valerosos el más bravo.
A insignes triunfos de armas inclinado
Y á desvolver del mundo las regiones
Y dejar fama en él, que es un cuidado
Que no cabe en estrechos corazones:
Todo hasta el marcial pecho era encantado
Y éste, lleno de honradas pretensiones
A sembrar sale belicosa saña
De Zaragoza á lo mejor de España.
Del Ebro claro á la corriente fría
Alterando llegó en rumor la tierra
Con rayos de orgullosa valentía;
Que es la paz de su espíritu la guerra;
Y del florido salto que hacía
La preñada cuchillla de una sierra
Como en grillos de plata, vió ceñido
Del humilde collado el tumbo erguido.
Así enfrenada la corriente brava,
De arboledas vestido y de frescura,
Que el sosegado curso que llevaba
A la vista engañara más segura,
El bosque en sus cristales se miraba.
Y dando y recibiendo hermosura
De Flora, á vueltas vía el brazo tierno
Rosas sembrando del florido cuerno.

La fresca vid al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba
Y á costa del humor del manso río
De una inmortal frescura le adornaba;
Donde al ardiente sol el blando frío
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo y otro mundo.
En este alegre soto entretenido
Sus flores Ferragut pisa contento,
Y del lugar y del calor movido,
Un nuevo busca y apacible asiento:
Este halla fresco, el otro más florido
Aquí hay más verde juncia, allí más viento
Hasta que de uno en otro remolino
De un raudal espumoso al salto vino.
Al sordo murmurar que se despeña
El hondo valle suena comarcano
Y de una peña dando en otra peña
De aljófar lleno salta al verde llano:
Aquí una cueva está que, aunque pequeña
Hecha parece por divina mano,
En cuyo húmedo seno y hueco frío
Las deidades habitan de aquel río.
Donde en tiernos cuidados ocupadas,
En grutas de cristal y ondas ceñidas,
Las ninfas sobre telas delicadas
Sus amores dibujan y sus vidas:
Las rubias hebras de oro marañadas,
Entre la blanda lana retorcidas,
A vueltas muestran de sus lazos bellos
Mil lances de primor dellas y dellos.
Aquí entre olores que tributa el prado,
Al ronco estruendo del cristal rompido,
El moro, en graves trazas ocupado,
Sin saber como se quedo dormido:
Débil Morfeo en paso sosegado
El sentir le robó sin ser sentido
Al blando entrar de una quietud suave
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.
Y á penas de la vista en las ventanas
El sentido comun fijó dos sellos,
Y de las cosas las figuras vanas
Hechas aire sutil voló por ellos;
Cuando con luces no del todo vanas
El sueño le mostró, en retratos bellos,
Un alarde á quien dan rayos adustos
Los malogrados fines de sus gustos...

3.—El P. Maestro José de Valdivielso.

ROMANCERO ESPIRITUAL (1612).

Romance del entierro de Nuestro Señor Jesucristo.

En el doloroso entierro
de aquel Justo ajusticiado,
que por culpas, y no suyas,
quiso morir en un palo,
las campanas clamorean
de los sensibles peñascos;
que es bien que las piedras hablen
en tan lastimoso caso.
Llevan al difunto Dios
en los dolorosos brazos,
con lamentables suspiros,
tristes responsos cantando.
Llegan al sepulcro ajeno,
y fué pensamiento sabio,
pues para solos tres días
bastó un sepulcro prestado.
Abrió la boca el sepulcro
y recibió á Dios temblando,
que aun las piedras, si comulgan,
han de temblar comulgando.
Alma, ven á las exequias
de Jesús tu enamorado,
que yace por tus amores
en su sangre revolcado.
Mira sin luz á la Luz,
sin vida al que te la ha dado,
condenado al Salvador
por salvar al condenado.
Mira por ti á Jesús muerto,
y que, muerto y enterrado,
te dice: «¡Ay, ingrata mía;
aunque me has muerto, te amo!
Llega á aquestos rotos pies,
á aquestas abiertas manos,
á aqueste rostro escupido,
á este cabello mesado.
Mira cárdena esta boca,
aqueste cuerpo azotado,
esta cabeza sangrienta.
este pecho alanceado.
Alma, llega á mis heridas;
mas ¡ay! que sangre han brotado,
cierta señal, alma mía,
que eres quien me las ha dado.
Yo te perdono mi muerte
como llores tus pecados,
que estoy para perdonarte,
aunque muerto, no cansado.
Cesen ya tus sinrazones,
alma, baste lo pasado,
que será hacer de tus yerros
otra lanza y otros clavos.
Acábense con mi muerte
tus culpas y mis agravios,
porque es ofender á un muerto
de corazones villanos.
De tus culpas y mis llagas
los dos quedaremos sanos,
si sobre ellas descansares
mirra de dolor amargo
en el plato de tus ojos
me da el manjar de tu llanto,
y podrás decir que á un muerto,
le dió la vida este plato.
Si me amases como debes,
viviríamos entrambos,
tú enterrándote conmigo,
y yo en ti resucitando».

4.—D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache (1578-1658).

ROMANCES

Llamaban los pajarillos
con dulces voces al sol
que por ver á quien le llama
maldormido recordó.
Escuchaba entre las aves
de un arroyuelo la voz
que agradecido á su lumbre
la bienvenida le dió.
Entre las ramas de un olmo
le acompaña un ruiseñor,
enamorado testigo
de cuantas veces salió.
Yo sola triste al son
de todos, lloro soledad y amor.

En el valle de mi aldea
celosa aguardando estoy
que salga un sol á mis ojos
que en otros brazos durmió.
Montes, decidle que siento
de los males el mayor
si como al padre del día
le veis primero que yo.
Aquí de la noche al alba
llorando memorias, soy
de mis esperanzas sombra
á que nunca amaneció.
Yo sola triste al son
de todos, lloro soledad y amor.
¡Cuántas veces con suspiros
durmiendo, el sol me llamó,
con más lisonjas que al día
el pajarillo cantor!
Desveladas noches tristes,
celoso, al hielo pasó
y agora seguro duerme
lo que rogando veló.
Por estos campos del Tajo
ausente, perdida voy
á buscar ajenos bienes
que mi desdicha perdió.
Yo sola t iste al son
de todos, lloro soledad y amor.
Así Amarilis se queja
al primero resplandor
que del prado de su aldea
la muda sombra vistió.
Mirando está la cabaña
que de su ausente pastor
fué lisonja, casa y sombra
que sus engaños cubrió.
Y viendo en las verdes ramas
que repiten la cancion
de los arroyos las aves,
así dijo y suspiró:
Yo sola triste al son
de todos, lloro soledad y amor.

5.—Anónimo.—El entierro de Aliatar.

ROMANCE

No con azules tahalies
corvos alfanges dorados
ni guarnecidos de plumas
los bonetes africanos
sino de luto vestidos,
entraron de cuatro en cuatro,
del mal logrado Aliatar
los afligidos soldados:
tristes marchando,
las trompas roncas,
los tambores destemplados.
La gran empresa del Fénix
que en la bandera volando
apenas la trató el viento
temiendo el fuego tan alto,
ya por señas de dolor
barre el suelo y deja el campo,
arrastrada entre la seda
que el Alférez va arrastrando:
tristes marchando, etc.
Salió el gallardo Aliatar
con cien moriscos gallardos
en defensa de Motril
y en socorro de su hermano.
A caballo salió el moro
y otro día desdichado
en negras andas le vuelven
por donde salió á caballo:
tristes marchando, etc.
Caballeros del Maestre
que en el camino encontraron,
encubiertos de unas cañas,
furiosos le saltearon:
hiriéronle malamente,
murió Aliatar mal logrado,
y los suyos, aunque rotos,
no vencidos se tornaron:
tristes marchando, etc.
¡Oh, cómo lo siente Zaida!
¡y cómo vierten llorando
más que las heridas sangre,
sus ojos aljófar blanco!
Dilo tú, Amor, si lo viste:
mas ¡ay! que de lastimado
diste otro nudo á la venda,
por no ver lo que ha pasado:
tristes marchando, etc.
No sólo le lloró Zaida:
pero acompáñanla cuantos
del Albaicín á la Alhambra

beben de Genil y Darro;
las damas como á galán,
lo valientes como á bravo,
los alcaides como á igual,
los plebeyos como á amparo:
tristes marchando,
las trompas roncas,
los tambores destemplados.

VII. NOVELA

1.—El maestro Vicente Espinel (1544-1634).

VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGÓN.

Descanso VI.

Al tiempo que me iba hallando mejor con el doctor Sagredo, y mi señora doña Mergelina de Aybar, por el amor que mé tenían, como mi suerte ha sido siempre variable, hecha y acostumbrada á mudanzas de fortuna, y ejercitada en ellas toda mi vida, vinieron á llamar de un pueblo de Castilla la Vieja al doctor Sagredo con un gran salario, el cual no pudo rehusar por haberlo menester y para ejercitar lo que había estudiado, que ni la grandeza del ingenio, ni el continuo estudio hacen á un hombre docto, si le falta experiencia, que es la que sazona los documentos de las escuelas y sosiega las bachillerías que hacen al ingenio confiado por las filaterías de la dialéctica, que realmente no podemos decir que tenemos entero conocimiento de la ciencia hasta que conocemos los efectos de las causas que enseña la experiencia, que con ella se comienza á saber la verdad. Más sabe un experimentado sin letras, que un letrado sin experiencia, la cual faltaba al doctor Sagredo, y así le estuvo bien aceptar aquel partido por esto y por repararse de las cosas necesarias para la conservacion de la vida humana. Aceptado el partido, pidiéronme con toda la fuerza posible que me fuese con ellos, lo cual yo hiciera, si no fuera que no me atreví á los fríos de Castilla la Vieja, que estando un hombre en los postreros tercios de la vida, no se ha de atrever á hacer lo que hace en la mocedad. El frío es enemigo de la naturaleza, y aunque uno muera de ardientísimas fiebres, al fin queda frío. Las acciones del viejo son tardas por la falta de calor; como la mocedad es cálida y húmeda la vejez es fría y seca; por falta de calor viene la vejez, y por esto han de huir los viejos de regiones frías, como yo lo hice, que me quedé desacomodado por no ir á donde me acabase el frío en breve tiempo. Fuéronse y quedéme solo y sin arrimo que me pudiese valer; que los que dejan pasar los verdes años sin acordarse de la vejez, han de sufrir estos y mayores daños y trabajos. Nadie se prometa esperanzas de vidas, ni piense que sin diligencia puede asegurarla, que hay tan poco de la mocedad á la vejez, como de la vejez á la muerte; no puede creerlo sino quien ha entregado sus años á la dilacion de las esperanzas. Cada día que se pasa en ociosidad, es uno menos en la vida, y muchos en las costumbres que se van haciendo. Siendo estudiante en Salamanca el Licenciado Alonso Rodríguez Navarro, varon de singular prudencia é ingenio, le hallé una noche durmiendo sobre un libro, y diciéndole que mirase lo que hacía, que se quemaba las pestañas, respondió, que apelaría para el tiempo que le diese otras; pero que si perdía el tiempo, no tenía para quien apelar sino para el arrepentimiento. Al mismo, preguntándole por qué camino había venido á ser tan bien quisto en su ciudad, que es Murcia, respondió que haciendo placer y disimulando desagra-

decimientos, pero que nunca llegaron á engendrar en su pecho arrepentimientos de haber hecho el bien; que los hombres de bien no han de hacer cosas de que se deban arrepentir, y si el arrepentimiento viene tarde y es bien recibido, aprovecha para el reparo de la vida, que como el arrepentimiento sigue á los daños sucedidos por propia culpa, viene acompañado con asomos de virtud, nacida del escarmiento y ayudada de la prudencia. Mas no hay arrepentimiento que venga tarde como sea bien recibido.

Cuatro efectos suelen resultar del tiempo mal gastado y peor pasado: dejamiento de si propio, desesperacion de cobrar lo perdido, confusion vergonzosa, y arrepentimiento voluntario; estos dos postreros arguyen buen ánimo, y estar cercanos á la enmienda; pero entiéndase, que como el yerro fué con tiempo, el arrepentimiento no ha de ser sin tiempo; que si el mucho tiempo se pasó presto, el poco se pasará volando, y llegará tarde el arrepentimiento, como el tiempo que se pasa al descuido con gusto no se cuenta por horas, como el que se pasa trabajando no se echa de ver hasta que es pasado.

2.—Luis Vélez de Guevara (1570-1643).

El Diablo Cojuelo

Tranco III.

Ya comenzaban en el puchero humano de la corte, á hervir hombres y mujeres, unos hacia arriba y otros hacia abajo y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma confusion, y el piélago racional de Madrid á sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del día, cada uno con su designio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos á los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubría una brizna de verdad por un ojo de la cara; y don Cleofás iba siguiendo á su camarada, que le había metido por una calle algo angosta, llena de espejos por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos, mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, manos y brazos, haciéndose cocos, ellos mismos. Preguntóle don Cleofás qué calle era aquélla, que le parecía que no la había visto en Madrid. Es, respondió el Cojuelo, que esta se llama la calle de los Gestos, que solamente salen á ella estas figuras de barajas de la corte, que vienen aquí á tomar el gesto con que han de andar aquel día, y salen con perlesía de lindeza, unos con boquita de raton, otros con ojitos dormidos, roncando hermosura, y todas con los dos dedos de las manos, índice y meñique, levantados, y esotros de *Gloria Patri*. Pero salgamos muy de priesa de aquí, que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy.

Con esto se salieron de esta calle á una plazuela, donde había gran concurso de viejas, que habían sido damas cortesanas, y mozas, que entraban á ser lo que ellas habían sido en grande contratacion unas con otras. Preguntó el estudiante á su camarada qué sitio era aquel que tampoco le había visto. Y él le respondió: Este es el baratillo de los apellidos, que aquellas damas pasas truecan con estas mozas albillas por medias traídas, por zapatos viejos, valonas, tocas y ligas, como ya las han menester, que el Guzman, el Mendoza, el Enriquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Giron, el To-

ledo, el Pacheco, el Córdoba, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragon, el Guevara y otros generosos apellidos los ceden á quien los ha menester ahora para el oficio que comienza y se quedan con sus patronímicos primeros de Hernandez, Martinez, Lopez, Rodriguez, Perez, Gonzalez, etc.; porque al fin de los años mil vuelven los nombres por donde solían ir. Cada día, dijo el estudiante, hay cosas nuevas en la corte.

Y á mano izquierda, entraron en otra plazuela al modo de la de Herradores, donde se alquilaban tías, hermanos, primos y maridos como lacayos y escuderos, para damas de achaque que quieren pasar en la corte con buen nombre y encarecer su mercancía. A la mano derecha de este seminario andante, estaba un grande edificio, á manera de templo sin altar, y en medio de él una pila grande de piedra, llena de libros de caballerías y novelas, y alrededor muchos muchachos desde diez á diecisiete años y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada una y cada uno con su padrino al lado, y don Cleofás le preguntó á su compañero que le dijese que era aquello, que le parecía que lo había soñado. El Cojuelo le dijo: Algo tiene de eso este fantástico aparato; pero ésta es, don Cleofás, en efecto, la pila de los dones y aquí se bautizan los que vienen á la corte sin él. Todos aquellos muchachos son pajes para señores, y aquellas muchachas, doncellas para señoras de media talla, que han menester el don para la autoridad de la casa que entran á servir, y ahora les acaban de bautizar el don. Por allí entra ahora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama á sacar de don, como de pila, para darle el tuson de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el criarla y aun ella parece que se quiere volver al paño, segun viene bruñida de esmeril.

3.—Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo (1580-1635).

El curioso y sabio Alejandro.

VIDA DEL MALVADO VARÓN Á QUIEN EL VULGO DIÓ EL NOMBRE DE PANZA DICHOSA.

Este que ves ¡oh! lector curioso, fué un bárbaro idólatra de su vientre, vivió para comer, no comio para vivir; en él hallarás el archigloton de España y una langosta racional y discursiva; este hizo que los años más fecundos y pródigos pareciesen estériles y mezquinos. Su patria ó madre fué la que hoy lo es de todo el orbe; Madrid, aquella tan portentosa, tan singular que ya sean en buena y en mala parte, no se contenta con menos que con ser madre de monstruos y de prodigios. Este, pues, que ahora embaraza nuestra narracion, fué opuesto exdiámetro al calvo, al cano, al flamático, al frion planeta Saturno, porque aquel se comió no pocas veces sus carísimos hijos y éste muchas más á su venerada madre. Aquel, provocado del miedo ambicioso de no perder el reino, se cebó tirano en la sangre inocente de los que engendraba; éste, por el contrario, entorpecido de una gula vilísima y carnicera, no perdonó á las entrañas de madre tan generosa y aun repitió la culpa como el ave infernal de Ticio, pues tantas veces se las royó cuantas le volvieron á renacer, dejando sus plazas, que amanecían abundantísimas y copiosas, con solo dar una vuelta por ellas, desiertas y mendigas. Consumió en este grasiento y sucio desperdicio un riquísimo patrimonio, de quien solo quiso que

fuese el heredero su vientre, dejando á todos los demás miembros huérfanos y desheredados. Apenas la cabeza conoció sombrero, guantes las manos, zapatos los pies. Siempre tuvo su carne muchas ventanas por donde asomarse y aun su juicio andaba no pocas veces asomado. ¡Oh, cuántas se vió aquella carne tragona azotada del aire, tostada del sol, humedecida del agua y polvoreada de la tierra! Si creyeses que le bastaban las plazas públicas y comunes, engañáraste mucho, porque solía meter á saco las más célebres y festejadas despensas de corte. Jamás permitió que ni los príncipes más poderosos ni los ministros más reverenciados extrañasen nada nuevo de aquellas cosas que sirven de mantenimiento y deleite; sus dientes desfloraron, conforme á los tiempos, toda fruta verderona, toda cristalina pesca, toda caza fugitiva, porque era su apetito tan prevenido, tan anterior, que á las frutas vírgenes las acometía en aquella primera rústica aspereza, aun antes de estar maduras, y á la caza y pesca aun antes que tuviese la sazon y disposicion conveniente, segun las leyes de su naturaleza particular. A sus dientes solos se les reconoció la primacía en poner en lo sumo de la desnudez á un hueso; extrañísimo despojo, porque lo último del rigor con que á uno se desnuda hasta dejarle en carnes, y éste apurando más la maldad, no se contentó con menos que con dejar á los huesos en lo último de huesos; los de las frutas todos se los tragaba y engullía; por esta causa le podían haber nacido en el vientre los árboles guindos, cerezos, albaricoques y duraznos, porque más parecía que sembraba en él frutales, que no comía frutas; mas pasemos á otras: el melon, la pera, la camuesa y hasta las simplonas habas siempre entraron bien vestidas y arropadas en su estómago, sin quitarle la cáscara ni aun quitarles el vello porque no se dijese que lo desnudaba todo. No se libró de su gula voraz y tragona aquel reino ventoso, vocingloso y cristalino: todos sus ciudadanos la experimentaron y temieron, como si dijésemos: el atún grasiento; tocino goloso del mar Océano, tan solemnizado cuando lo pescan de los protopícaros de las Almadrabas; y aquel nobilísimo hidalgo montañés, con quien se multiplican muchos retratos á la Fortuna cuando la dividen en diferentes ruedas y todas sangrientas, salmon en nombre, que, puesto en el gaznate de los golosos, será un Salomon para ellos, porque como es la cosa que más bien les sabe, les parece que es la que mas sabe; tambien coronó su mesa el otro, tan defendido de sus espinas como si fuera rosa, sin que la imite ni en lo lucido de la belleza, ni en lo suave del aliento; comida en Madrid en todos tiempos discreta, porque siempre tiene más de salado que de sábalo. Mas ¿qué más podré decir que lo que afirman muchos virtuosos, y aun dicho por muchos y tales parece imposible? Dicen, pues, que fué un comedor tan infatigable y perseverante, que no conocieron sus dientes más ocio que el del sueño, sus despensas portátiles eran las faltriqueras, por eso las traía de cuero. con que venían á ser de cuero dos veces, por el dueño y por la materia. Las calles más públicas y principales fueron para él tan familiares y domésticas como su propia casa, pues en todas igualmente comía y tragaba sin femenino melindre, sin varonil recato. Cercábale la pueril inocencia, con quien usaba entretenidas liberalidades, siendo mayores las burlas que las dádivas.

4.—Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor (1646).

De un chiste donoso que le sucedió con un valiente.

Por cuya causa mi padre, despues de haberme zurrado muy bien la badana, me llevó á casa de un amigo suyo, llamado Bernardo Vadía, que era barbero del duque de Alburquerque, embajador ordinario de España, con el cual me acomodó por su aprendiz, y despues de haber hecho el entrego de la buena prenda, se volvió á casa sin hijo, y yo quedé sin padre y con amo. El cual me dijo que me quitase el sombrero y la capa y entrase á ver á mi ama, lo cual hice al instante, y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de Lara. Dióme una rueda de naranja para cortar la cólera, y un mendrugo de pan, abizcochado de puro duro, para secar los malos humores; y despues del breve desayuno y despues de haber lavado cuatro docenas de platos, escudillas y pucheros y ollas, y puesto la ordinaria con poca carne y mucha muestra, me dió una canasta de mantillas, pañales, sabanillas y baberos de los niños, y abriendo la puerta del patio y dándome dos dedos de jaboncillo de barba me enseñó un pozo y una pila y me dijo: Estebanillo, manos á la labor, que este oficio toca á los aprendices, y por aquí van allá que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca. Bajé la cabeza, y orejeando como pollino sardesco, desembanasté los pañizuelos de narices del puerto del muladar, henchí la pila de sus menudencias, y después de haber sacado más de cien cubos de agua y dádolos con cincuenta manos, y no de jabon, jamás salió más limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos y supe hacer muy bien los míos, pues me eximí con brevedad de tal oficio, que á estar mucho con él, no hubiera Estebanillo para quince días. Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de menos en la lavadura de los pañales hubo de más en los mandados de casa y fuera de ella, y al tercero, al tiempo que me había dado mi amo una libranza para ir á cobrar seis ducados á la Judería, entró en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas veces le servían de daga de ganchos, y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de vino. Díjole á mi amo que se quería alzar los bigotes; y por ser tan de mañana que aún no habían venido los oficiales que tenía, trató de alzárselos él. Mandóme á mí, aunque ya tenía el ferreruelo puesto para ir á ver los hidalgos del prendimiento de Cristo, que encendiese unos carbones y calentase los hierros. Ejecutóse su precepto, y habiéndole alzado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, á cuyo ruido de espadas se asomó mi maestro á la puerta y viendo que en ella había algunos criados del Duque, su amo, se arrojó á la calle á ver si la podía apaciguar, quedando el bravo con un pilar que anhelaba á remontacion, y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia y hacer tardanza mi amo, no cesaba el matasiete de echar tacos y porvidas. Preguntóme muy á lo crudo si era oficial; y yo, pareciéndome cosa de menos valor decirle que no lo era, le respondí que sí: Díjome: Pues vuesa merced, señor chulo, me alce este bigote, porque donde no, saldré como estoy á la calle y le quitaré á su amo los suyos á coces y á bofetadas. Yo, por no alcanzar algo de barato de aquel repartimiento y porque no me cogiera en mentira y parecerme cosa fácil levantar un bigote, sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios, sin quitarme el ferreruelo ni dar muestras de turbacion, saqué un hierro de los que estaban al fuego,

que se había estado escaldando desde el principio del rebato y escaramuza; y por no tener en qué probarlo y parecer diligente, tomé un peine, encajéselo en aquella selva de clines, arriméle el hierro, y levantándose una humareda horrenda al son de un sonoro chirrear y de un olor de pie de puerco churruscado, le hice chicharron todo el pelámen. Alzó el grito diciéndome: Hijo de cien tales y de cien mil cuales, ¿piensas que soy San Lorenzo, que me quieres quemar vivo? Tiróme una manotada con tal fuerza, que haciéndome caer el peine de la mano, me fué fuerza con la turbacion arrimarle el molde á todo el carrillo y darle un cauterio de una cuarta de largo, y dando un ay que estremeció las ruinas del anfiteatro ó coliseo romano, fué á sacar la daga para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechándome del refran que á un diestro un presto, me puse con tal presteza en la calle y tal velocidad me alejé del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté cuando me hallé en menos de un minuto á la puerta de la Judería, habiendo salido de junto á la Trinidad del Monte; pero una cosa es correr y otra huir y ésto sin dejar el hierro de la mano; y al tiempo que lo fuí á meter en la faltriquera hallé pegado á él todo el bigote del tal hidalgo, que era descomunal, que podía servir de cerdamen á un hisopo y anegar con él una iglesia al primer *asperges*.

5.—Vida del Capitan Alonso de Contreras (1582-1633).

Capítulo XII

Llegué á Sanlúcar, mandóme el Duque embarcar la infantería en los galeones, hícelo metiendo en cada uno ciento, que se vieron como asaltados, sin saber lo que les había sucedido.

Llegó el otro capitan de la Corte para el otro galeon y embarcámonos para hacer nuestro viaje que era ir á socorrer á Puerto Rico en las Indias, que se decía estaba sitiado de holandeses. Estuve aguardando el tiempo en los Pozuelos que llaman junto á la Barra, y los soldados, como todos eran forzados y dejaban las amigas de tantos años y eran los oficiales de la muerte de la Andalucía, casi hacían burla de mí porque diciendo: ea, señores, abajo que es ya noche, respondían; ¿somos gallinas que nos hemos de acostar con día? Aquiétese su animo. Yo me veía atribulado y no dormía pensando como se había de hacer este viaje, porque sino eran quince marineros y seis artilleros no tenía de mi parte otra gente, que todos los cien soldados eran enemigos, y así me valí de la industria, y poniendo los ojos en uno de los que me parecía más valiente y á quien ellos tenían respeto que tambien entre ellos hay á quien obedezcan los valientes, y llamándole dije: ah, señor Juan Gomez, venga acá, y metile en la cámara de popa y dije: ¿cuánto ha que sirve al Rey? Dijo, habrá cinco años en Cádiz y en Larache, de donde me fuí, y un viaje de flota. Respondí: cierto que le he cobrado aficion, y que me pesa no tener una bandera que le dar: quedó muy pagado de esto y dijo: otros lo hicieran peor que no yo. Yo le dije: pues si quiere ser sargento de esta compañía váyase á tierra y siente la plaza, y sino tiene dinero para comprar una alabarda, yo se lo daré. Dijo aún tengo cincuenta pesos ya que vmd. me honra; es á saber que había hombre que porque le dejasen ir á tierra daba doscientos reales de á ocho. Dile un papel para el contador y dije: vaya vmd., que escalon es para ser alférez, y mire que me fío de vmd. Embarcóse en la barca y fué á tierra y sentó la plaza y volvió al punto con su alabarda. Cuando

los valientes le vieron sargento dieron su negocio por acabado, y ejecutando lo que tenían determinado y llamando al sargento en la cámara le dije: ya vmd. es otro de lo que era, porque siendo oficial cualquier delito es traicion lo que no es en el soldado. Dígame por vida del sargento quien de éstos son los más perniciosos y valientes. Dijo, calle vmd., que son unos pobretes: sólo Calderon y Montañés son casi hombres de bien. Dije, pues á la noche, cuando los mandemos recoger, hállese ahí con su espada desnuda. ¿Para qué, Señor? qué, ¡voto á Cristo! con un garrote basta. No, dije yo, que á los soldados no se les castigan con palo sino con espada cuando son desvergonzados. Vino la noche y dije como era solito: ea, señores, abajo que ya es hora. Respondieron con la insolencia ordinaria: Aquiétese su ánimo. Yo que estaba cerca de Calderon alcé y dile tan gran cuchillada que se veían los sesos y dije: ¡Ah, pícaros insolentes! ¡Abajo! En un punto estaba cada uno en su rancho como unas ovejas. Decíanme, señor capitan, que se muere Calderon; confiésenlo, y échenlo á la mar decía yo, y por otra parte, que le curaren. Hice al punto echar en el cepo al Montañés, con que quedó esta gente tan sujeta que aun echar ¡voto á cristo! no se echó en todo el viaje, porque el que se echaba, le hacía estar en pie una hora con un morrion fuerte que pesaba treinta libras, en la cabeza, y con un peto que pesaba treinta.

VIII. POESÍA LÍRICA

A. Los aragoneses.

1.—Bartolomé Leonardo de Argensola (1562-1631).

EPÍSTOLA II.—A DON FERNANDO DE BORJA, VIRREY DE ARAGÓN.

Para ver acosar toros valientes
(Fiesta africana un tiempo y despues goda,
Que hoy les irrita las soberbias frentes).
Corre agora la gente al coso, y toda
O sube á las ventanas y balcones
O abajo en rudas tablas se acomoda.
Así miraron étnicas naciones
Míseros reos en teatro impío
Expuestos al furor de sus leones;
Que tanto importa el ver, Fernando mío,
De nuestra plebe un número liviano
Que entra á pie con un toro en desafío,
Que ardiendo en la canícula el verano,
Ni edad ni sexo en todo el pueblo habita
Que falte al espectáculo inhumano.
Yo no concurriré por mi exquisita
Austeridad, aunque el benigno indulto
Ver fatigar las fieras me permita.
Y así te escribo mientras que el tumulto
Vulgar nuestro cuartel desembaraza
Y en grata soledad me deja oculto.
Allá brame alterada la gran plaza,
Si el toro descompone algun ginete

O á algun pedestre incauto despedaza.
Y obre mi pluma aquí lo que promete
Siquiera por hallarse libre agora
De plebeyo clamor que la inquiete.
Quien, como yo, tu candidez no ignora
Y la capacidad que la acompaña
O, por mejor decir, que la mejora,
Bien ve que ni se engaña, si me engaña
En persuadirme que á la corte vuelva,
Donde premia los méritos España.
Mas, aunque me condene esa gran selva
De la virtud, escúchame primero,
Antes que á ser su huesped me resuelva.
Muéveme tu opinión; mas considero
Que es tiempo ya de consagrar al ocio
De una pared mi veterano acero;
Y á Esculapio, que asiste al sacerdocio
De la medicinal sapiencia, un gallo,
Lejos de todo extrínseco negocio.
No dirás que jubilo un fiel caballo
Cuando le veo caduco, y las costillas
Sobre el pelo decrépito las hallo.
Con fuertes brazos y ágiles rodillas
Me deja discurrir Cesaraugusta,
Bien que desengañando mis mejillas.
Segun lo cual, ¿será obediencia justa
Que yo trastorne agora la vivienda
Menospreciando mi salud robusta?...

. . . . . .

SONETO.

Engáñaste, Galeno, si barruntas
Que alguna vez me pareciste sabio;
Que tu fisonomía es astrolabio,
Por donde yo averiguo mis preguntas.
Tu frente es breve, á quien las cejas juntas,
Y la roma nariz hacen agravio
Los dos bigotes sobre el grueso labio,
Que se miran recíprocas las puntas.
Dirásme que desmiente á las facciones
Espíritu gentil algunas veces,
Y así, no puede haber certeza en esto.
Pero si no eres tú lo que pareces,
Sino que hay discrecion tras ese gesto,
En las encinas nacerán melones.

2.—Lupercio Leonardo de Argensola (1563-1613).

Aranjuez.

Hay un lugar en la mitad de España
donde Tajo á Jarama el nombre quita,
y con sus ondas de cristal lo baña:
que nunca en él la yerba vió marchita
el sol, por más que al Etiópe encienda,
ó con su ausencia hiele al duro Scita;
ó que naturaleza condescienda,
ó que vencida deje obrar al arte,
y serle en vano superior pretenda:
al fin, jamás se ha visto en esta parte
objeto triste, ni desnudo el suelo,
ó cosa que de límite se aparte.
Contrarias aves en conforme vuelo
los ayres cortan; y en iguales puntas
las plantas subeñ alabando al cielo.
Las fieras enemigas aquí juntas
forman una república quieta,
mezclándose en sus pastos y en sus juntas;
sin temer que el lebrel las acometa,
ó hiera el plomo con terrible estruendo,
ó con mortal silencio la saeta.
Las fuentes cristalinas, que subiendo
contra su curso y natural costumbre,
están los claros aires dividiendo,
rocían de los árboles la cumbre,
y bajan, á las nubes imitando,
forzadas de su misma pesadumbre,
sobre las bellas flores, que adornando
el suelo como alfombras africanas,
las están con mil lazos esperando.
Las calles largas de álamos y llanas,
envidia pueden dar á las ciudades
que están hoy de las suyas más ufanas.
¿Pues quién podrá contar las amistades
con que las plantas fértiles se prestan,
y templan sus contrarias calidades?...
Comunica el gran Tajo el humor suyo
á cualquier de los árboles do llega,
sin atender si es hijo propio, ó cuyo:
al huésped no sus alimentos niega,
ni al natural desecha, y así hace
corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota va que aplace
alguna planta suya en esta, luego
la envía, y á su dueño satisface.
Y así la que se jacta de que al fuego

de los templos da olores, no es más rica,
ni la fingió ningún Latino ó Griego.
Cualquiera aquí su condicion aplica,
aunque su origen traiga de otra parte
do el sol menos ó más se comunica.
Suple la falta de la tierra el arte,
y del calor con límite y del hielo
aquello que conviene les reparte...
Aquí redes y engaños se prohiben,
y así discurren sin temor las fieras,
y á los hombres pacíficos reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
las hace parecer á las que han sido
en ver pecar al hombre las primeras.

Canción II. A la esperanza.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del agosto abrasado
Y en los lagares ricos del otubre;
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de sueño duro
Sus miembros, y se obliga
El joven al trabajo de la guerra.
Huye el ocio seguro,
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confía,
Y á dos tablas delgadas,
El otro, que del oro está sediento,
Escóndesele el día,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento;
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto.
Sufre el cierzo inclemente
La nieve endurecida,
Y tiene de su afan por premio justo

Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.
Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo avive al otro de templanza
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Que le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y ¿del fin natural, Flérida, huyes?
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Que premio piensas dar á los cuidados?
Amar, en diferentes
Géneros dividido,
El publica su fin, y quien le admite.
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Niéguelo ó disimúlelo) permite.
Limite pues, limite
La vana resistencia;
Que, dada la ocasion, todo es licencia.

SONETO.

Mirando Cloris una fuente clara,
Donde otras veces afilar solia
Las armas desdeñosas, con que heria,
Y en vano agora contra mi prepara,
Vió como el tiempo sus mejillas ara,
En señal de castigo y rebeldia,
Sembrando sal donde el amor tenia,
Para sacrificar las almas, ara.
Viendose tal, con lágrimas y tierra
Enturbiaba la fuente por vengarse,
Como si ella la causa hubiera sido.
Al fin sacó este fruto de su guerra:
Que vió poder las aguas aclararse,
Mas no cobrarse el tiempo ya perdido.

3.—Don Esteban Manuel de Villegas (1595-1669).

ANACREÓNTICA.

Lleguen esos rubíes
con que graciosa ríes,
bella Lidia, á mi boca.
pues amor los provoca,
y espárzanse sus mieles
como esparcirlas sueles.
Lleguen: que amor lo quiere;
amor que sana y hiere;
amor, hijo de Marte,
que reina en toda parte;
amor que si atosiga,
luego cura y mitiga;
amor niño y gracioso,
que con fuego amoroso
nos hizo en todo iguales.
Lleguen, pues, tus corales,
Lidia, ¿quien te acobarda?
¿No ves que si se tarda
un punto, un solo instante
tu regalado beso,
perderás un amante,
y yo perderé el seso?
Agora que süave
Nace la primavera
¡No ves como las Gracias
De rosas mil se llenan!
¡No ves como las ondas
Del ancho mar quietas
Aflojan los furores
Y amigas se serenan!
¡No ves como ya nada
El ánade, y empieza
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen y ya medran,
La vega pare gramas,
La oliva flores echa,
Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas.

DE UN PAJARILLO

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento;
Ya con triste armonía
Esforzando el intento
Mil quejas repetía,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía,
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama
Parece que decía:
—Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía—
Y que le respondía
El rústico:
—No quiero.

B. Los castellanos.

1.—Don Antonio Mira de Mescua (1578-1640).

A LA INSTABILIDAD DE LAS COSAS DE LA VIDA.

Canción real.

Ufano, altivo, alegre, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,

Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo verde y amarillo
La pluma concertó pajiza y gaya,
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo, su apoyo, y á las flores
Libre y gozoso cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto entre su sangre lo derriba.
¡Simple avecilla errada,
Imagen de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores.
Y por la libertad, del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el nevado vellocino.
¡Oh, inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca, con ligero vuelo,
Se remonta la garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas:
Y por ser ella de ellas
La que más altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince más atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
Mas ¡ay! que en la alta nube
El águila la vió, y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra

Del bello avion, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay, pájaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!
Al son de las belísonas trompetas
Y al retumbar del sonoroso parche,
Formó escuadron el capitan gallardo;
Con relinchos, bufidos y corvetas
Pidió el caballo que la gente marche
Trocando en paso presuroso el tardo:
Sonó el clarín bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
Mas ¡ay! que el desconcierto
Del capitan bisoño y poco experto,
Por no observar el orden.
Causó en su gente general desorden;
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay fortuna, voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!
Al cristalino arroyo lisonjero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Vénus de la tierra,
Y al más rebelde corazon de acero
Con su vista enternece y alboroza
Y es de las libertades dulce guerra;
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana
Mas ¡ay! que un accidente,
Apenas puso el pulso intercadente,
Cuando cubrió de manchas,
Cárdenas ronchas y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Trocándole en horrible y asqueroso.
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas;
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas;
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes;

Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto;
Mas ¡ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió al fondo, hecho mil piezas
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bajel, figura
Del que anegó mi próspera ventura!
Mi pensamiento con ligero vuelo,
Ufano, altivo, alegre, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, Señora, hasta tu cielo,
Y contrastando tu desden airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma;
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda ropa.
Mas ¡ay! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo exento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitan que la victoria espera.
Fué la Vénus del mundo,
Fué la nave del piélago profundo,
Pues de diversos modos
Todos los males padecí de todos.
Cancion, ve á la coluna
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás que si entonces
Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es mujer; y en suma
Breve bien, fácil viento, leve espuma.

2.—Don Antonio Hurtado de Mendoza (1590-1644).

COPLAS.

Niña hermosa y celestial,
ni ofendiendo tratas mal.

Niña colérica y leve
De amor lisonja cruel
Toda chispa de clavel
Toda pólvora de nieve:
En cuya hermosura bebe
Milagros la se sedienta,
Dulzuras toda en pimienta,
Toda almíbares en sal,
Niña hermosa y celestial,
Ni ofendiendo tratas mal.
Enojada, como bella,
O cual será la enojada
En cuya luciente espada
Cada filo es una estrella!

De jazmin pura centella,
Rayo invencible de amores,
Veneno hermoso de flores,
Escándalo de cristal,
Ni ofendiendo tratas mal.
Guerra de una, y otra vida,
Que en paz deja, cuando mata,
Perdonadome ingrata,
Dulcemente agradecida;
Del morir más bella herida,
Del alma estrago más justo,
Mejor batalla del gusto,
De amor más vivo puñal,
Ni ofendiendo tratas mal.
Milagro basilisqueño,
Aspid dos veces rosado,
Crueldad vestida de agrado,
Y gloria embaijuada en ceño,
Del sentir mayor empeño,
Del cielo más nueva parte
Mas alta línea del arte,
Belleza más natural,
Ni ofendiendo tratas mal.
Hermosura soberana,
Que en perfeccion peregrina
El aplaudirte divina
No ha dejado queja humana,
Aurora de luz temprana.
Sobre lo imposible hermosa,
A los cielos ventajosa,
A las deidades igual,
Ni ofendiendo tratas mal.
Labyrinto de hermosura,
Que entre tantas perfecciones
Nuestras imaginaciones
No hallan salida segura,
Que ciegas en luz tan pura
Pierden entre el tino el tiento,
Que en tí hasta el entendimiento
Es bellí-imo animal,
Ni ofendiendo tratas mal.
Injuria más disculpada,
Desdicha más venturosa,
Que en eleccion tan hermosa
No puede ser desdichada,
Perdicion aprovechada,
Que hasta el daño hace dichoso,
Hasta el penar glorioso,
Hasta el morir inmortal,
Ni ofendiendo tratas mal.
Epitome soberano
Que llamamos de beldades,
Golfo de divinidades,
Dulce serafin Hircano,
Gloriosa duda á lo humano,
Crédito á lo blanco, y rubio
De perfecciones diluvio,
Y desdén universal
Niña hermosa, y celestial,
Ni ofendiendo tratas mal.

Soneto

Amable soledad, muda alegría
Que ni escarmiento ves, ni ofensas lloras,
Segunda habitacion de las auroras,
De la verdad primera compañía,
Tarde buscada paz del alma mía,
Que la vana inquietud del mundo ignoras,
Donde no la ambicion hurta las horas,
Y entero nace para un hombre el día,
Dichosa tú que nunca das venganza,
Ni de palacio ves con propio daño
La ofendida verdad de la mudanza,
La sabrosa mentira del engaño,
La dulce enfermedad de la esperanza,
La pesada salud del desengaño.

C.—Los sevillanos.

1.—Don Juan de Jáuregui (1583-1641).

CANCION.—A UNA DAMA ANTIGUA, FLACA Y FEA

Cuando tus huesos miro
De piel tan flaca armados y cubiertos,
Señora, no me admiro
Desa tu liviandad y desconciertos;
Que es fuerza ser liviana
Quien es en todo la flaqueza humana.
Cúlpote en una cosa,
Y es que adornarte quieres y pulirte,
Creyendo ser hermosa;
Y tan difícil hallo el persuadirte
Para que no lo creas,
Como el hacer en algo que lo seas.
Pero quizá no en vano
Mi lengua te amonesta y aconseja,
Aunque el consejo sano
Tú debas darle, como anciana y vieja;
Pues, por no parecerlo,
Pienso le has de tomar y obedecerlo.
¿Para qué persuades
Al mundo que há treinta años que naciste?
Pues á decir verdades,
Habrá sus treinta y dos que envejeciste,
Y no solo eres vieja,
Mas la vejez en tí ya es cosa añeja.
Hoy buscas matrimonio,
Y no hallarás, segun tus calidades,
Marido en el demonio;
Porque despues que mire tus fealdades
Que agora yo deslindo,
Presume Satanás de airoso y lindo.
Mil años há que hubiera
Segun tu edad, llevádote la muerte;
Mas cuando airada y fiera
A tí se acerca y tu figura advierte,
No llega ni te embiste,
Creyendo haber diez horas que moriste.
Mas guárdate no sea
Que ella, tal vez pagada de tu vista
Abominable y fea,
Te asalte y de tu cuerpo se revista,
Por ser los huesos tuyos
Más propios de la muerte que los suyos.

2.—Don Juan de Arguijo (15...-1629).

SONETOS

La tempestad y la calma.

Yo ví del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desparece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tiniebla de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo y con espanto truena;
Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro día,
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré y dije: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mía?

La recaida.

Otras dos veces del furioso nòto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamás á tal estado,
Arrepentido, prometí y devoto.
De la deshecha jarcia y leño roto
Dí los despojos al altar sagrado,
Y apenas pisé el puerto deseado,
Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;
Y ahora, que continua y fiera lucha,
Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfío,
Mis sordas voces sin piedad escucha
El justo cielo. ¡Oh inútil desengaño,
Cuán tarde llegas al remedio mío!

3.—Don Francisco de Rioja (1600-1659).

Cancion al clavel.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora,
Miró al nacer mas blandamente Flora;
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas süaves.
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves
Con mas caliente rayo,
Tiendes igual las hojas abrasadas;
Mas ¿quién sabe si á Flora el color debes
Cuando debas las horas mas templadas?

Amor, Amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente
Y te dió el puro aliento soberano,
Que eres flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente;
Sola merced de Amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡Oh flor de alta fortuna!
Cuantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y suspiro,
Por quien suspiro y lloro,
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo,
Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en cárcel, amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas, que provoca
A süave deleite el más helado,
Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ¡ay, oh dolor! más abrasado.
¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡Oh yo dichoso á habérseme negado!
Hable más de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
No alteran el sosiego.

4.—Rodrigo Caro (1573-1647).

A LAS RUINAS DE ITÁLICA, ELEGÍA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo:
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas

Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impío honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh! fabula del tiempo, representa
Cuánta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aún el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á sus ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España
Pio, felice, triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del Sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas,
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos escribieron.
Fabio, si tu no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estátuas soberbias, que violenta
Némesis derribó yacer tendidas;
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas
¡Oh patria de los Dioses y los Reyes!
Y á tí á quien no valieron justas leyes
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:

Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades;
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
Mas ¿para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor: basta el presente:
Que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio ó religion, fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclamaba Itálica en la hojosa
Selva, que se le opone resonando
Itálica, y el claro nombre oido,
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
¡Tanto aún la plebe á sentimiento inclina!
Esta corta piedad que agradecido
Huésped á tus sagrados Manes debo,
Te doy y consagro. ¡Oh Itálica famosa!
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas,
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

5.—El capitán Andrés Fernández de Andrade.

Epístola moral á Fabio (1607).

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y adonde al más activo nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni llegar al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
elija en su intentos temeroso,

primero estar suspenso que caído.
Que el corazon entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.
Más triunfos, más coronas dió al prudente,
que supo retirarse, la fortuna
que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
de contrarios sucesos nos espera,
desde el primer sollozo de la cuna.
Dejésmole pasar como á la fiera
corriente ó al gran Betis, cuando airado
dilata entre los montes su carrera.
Aquel entre los héroes es contado
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado.
Peculio propio es ya de la privanza
cuanto de Astrea fué; cuanto regía
con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía,
del inicuo precede y pasa al bueno,
¿qué espera la virtud ó en qué confía?
Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlia, cuyo clima
te será más humano y más sereno,
Adonde por lo menos cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea» al derramarla encima.
Donde no dejarás la mesa ayuno,
cuando en ella te falte el pece raro
ó cuando su pavón te niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y claro,
como en la oscura noche del Letheo
busca el piloto el eminente faro.
Que si acortas y ciñes tu deseo
dirás: Cuanto desprecio he conseguido
que la opinion vulgar es devaneo.
Más precia el ruiseñor el pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
Que adular lisongero las orejas
de algun príncipe raro, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.
Triste de aquel que vive destinado
á esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios,
que acepta el don y burla del intento
el ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,

y no la pasarás de hoy á mañana
ni aun quizá de un momento á otro momento.
Apenas tienes ni una sombra vana
de nuestra grande Itálica y esperas
¡oh error caduco de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
del Senado y romana monarquía
murieron y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas nace el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?
¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde? O ciego desvarío
será que de este sueño se recuerde?
Será que pueda ser que me desvío
de la vida viviendo y que esté unida
la cauta muerte al simple vivir mio?
Como los ríos que en veloz corrida
se llevan á la mar, tal soy llevado
al último suspiro de la vida.
¿De la pasada edad qué me ha quedado,
ó qué tengo yo á dicha en la que espero
si no alguna noticia de mi hado?
¡O si acabase viendo cómo muero
de aprender á morir antes que llegue
aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta mies inútil siegue
de la severa muerte cruda mano
y á la común materia se le entregue.
Pasáronse las flores del verano,
el otoño llegó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron y nosotros á porfia
en nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envía
las espigas del año y la hartura
y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
á las aguas del cielo y al arado,
ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
el varón para el rayo de la guerra,
para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
ó el cerco por do el sol siempre camina?
¡Oh! quien así lo piensa cuánto yerra!
Esta nuestra porción alta y divina
á mayores acciones es llamada,
en más nobles objetos se termina.

Y así aquella que á solo el hombre es dada
sacra razón y pura me despierta
de esplendor y de luces coronada.
Y en la fría region dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama
y la luz vuelve á arder que estaba muerta,
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama
y callado pasar entre la gente
que no invito los hombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente
que maciza las torres de cien codos
del cándido metal puro y luciente,
Apenas halla ya á comprar los modos
del pecar; la virtud es más barata
ella consigo mesma ruega á todos.
Triste de aquel que vive y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata.
Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al parco y al discreto
y algun común manjar honesto y leve.
No porque así te escribo hagas conceto
que pongo la virtud en ejercicio;
que aun esto fué difícil á Epicteto.
Basta al que empieza á aborrecer el vicio
el ánimo enseñar á ser modesto,
despues le será el cielo más propicio.
Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud, que aun el vicioso
en sí mismo le nota y le es molesto.
Mas no podrás negarme cuán forzoso
este ánimo sea al alto asiento
morador de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
aquella inteligencia que mensura
la duracion de todo á su talento.
Flor la vemos primero hermosa y pura,
luego materia acerba y desabrida,
y perfecta despues, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida
y comparta y dispierte las acciones
que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite los varones
que moran nuestras plazas macilentos
de la virtud infames histriones.
Esos inmundos trágicos, atentos
al aplauso común, cuyas entrañas

son infaustos y obscuros monumentos.
¡Qué callada que pasa las montañas
el aura respirando mansamente!
¡qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡qué redundante y llena de rüido
por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres solo á los mejores,
sin presumir de roto y deslucido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
un estado comun y moderado
que no le note nadie que le vea.
En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso mírrino preciado.
Y alguno tan ilustre y generoso
que usó como si fuera vil gaveta
del cristal transparente luminoso.
Sin la templaza viste tú perfeta
alguna cosa? O muerte, ven callada
como sueles venir en la saeta:
No en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor, que no es mi puerta
de dorados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad y el albedrío
con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confío
ni el arte de decir vana y pomposa
el ardor atribuyas de este brío.
¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿O más fuerte?
No la arguyas de flaca ó temerosa.
La codicia en las manos de la muerte
se arroja al mar, la ira á las espadas
y la ambicion se ríe de la suerte.
Y no serán siquiera tan osadas
las contrarias acciones, si las miro
de más ilustres genios ayudadas.
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro:
de cuanto siempre amé rompí los lazos;
ven y verás al grande fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

IX. POESÍA DRAMÁTICA

1.—Don Guillen de Castro (1563-1631).

LAS MOCEDADES DEL CID

Acto primero.—Diego Lainez.—Despues sus hijos Hernan, Bermudo y Rodrigo el Cid.

DIEGO

Desvanéceme la pena,
Mis hijos quiero llamar;
Que aunque es desdicha tomar
Venganza con mano ajena,
El no tomarla condena
Con más veras al honrado;
En su valor he dudado
Teniéndome suspendido
El suyo por no sabido,
Y el mío por acabado.
¿Qué haré? No es mal pensamiento
¿Hernan Díaz?

(*Sale Hernan Díaz*).

HERNAN

¿Qué me mandas?

DIEGO

Los ojos tengo sin luz
La vida tengo sin alma.

HERNAN

¿Qué tienes?

DIEGO

¡Ay hijo! ¡Ay hijo!
Dame la mano; estas ansias
Con este rigor me aprietan.

(*Tómale la mano á su hijo, y apriétasela lo más fuerte que pudiese*).

HERNAN

¡Padre, padre, que me matas!
¡Suelta por Dios, suelta, ay cielo!

DIEGO

¿Qué tienes? Qué te desmayas?
Qué lloras, medio mujer?

HERNAN

¡Señor!...

DIEGO

Véte, véte, calla;
¿Yo te dí el ser? No es posible
Salte fuera.

HERNAN

Cosa extraña.

DIEGO

¡Si así son todos mis hijos,
Buena queda mi esperanza!
¿Bermudo Lain?

(*Sale Bermudo Lain*).

BERMUDO

¿Señor?

DIEGO

¡Una congoja, una basca
Tengo, hijo; llega, llega
Dame la mano! (*aprétale la mano*).

BERMUDO

Tomarla
Puedes. Mi padre ¿qué haces?
Suelta, deja, quedo, basta;
¿Con las dos manos me aprietas?

DIEGO

¡Ah infame! Mis manos flacas
¿Son las garras de un leon?
Y aunque lo fueran, ¿bastaran
A mover tus tiernas quejas?
¿Tu eres hombre? ¡Vete, infancia
De mi sangre!

BERMUDO

Voy corrido.

DIEGO

¡Hay tal pena, hay tal desgracia!
¿En qué columnas estriba
La nobleza de una casa
Que dió sangre á tantos reyes?
¡Todo el aliento me falta!
¿Rodrigo?

(*Sale Rodrigo*).

Padre, Señor.
¿Es posible que me agravias?
Si me engendraste el primero
¿Cómo el postrero me llamas?

DIEGO

¡Ay hijo! Muero.

CID

¿Qué tienes?

DIEGO.

Pena, pena, rabia, rabia.

(*Muérdele un dedo de la mano fuertemente.*)

CID.

¡Padre soltad en mal hora;
Soltad, padre, en hora mala!
Si no fuérades mi padre,
Diéraos una bofetada.

DIEGO.

Ya no fuera la primera

CID.

¿Cómo?

DIEGO.

¡Hijo de mi alma!
Ese sentimiento adoro,
Esa cólera me agrada,
Esa braveza bendigo;
Esa sangre alborotada,
Que ya en tus venas revienta,
Que ya por tus ojos salta,
Es la que me dió Castilla,
Y la que te dí, heredada
De Lain, Calvo y de Nuño,
Y la que afrentó en mi cara
El Conde, el Conde de Orgaz,
Ese á quien Lozano llaman:
Rodrigo, dame los brazos;
Hijo, esfuerza mi esperanza,
Y esta mancha de mi honor,
Que al tuyo se extiende, lava
Con sangre; que sangre sola
Quita semejantes manchas.
Si no te llamé el primero
Para hacer esta venganza
Fué porque mas te queria,
Fué porque mas te adoraba;
Y tus hermanos quisiera
Que mis agravios vengaran,
Por tener seguro en tí
El mayorazgo en mi casa;
Pero pues los ví, al probarlos,
Tan sin bríos, tan sin alma,
Que doblaron mis afrentas
Y crecieron mis desgracias,
A tí te toca, Rodrigo;
Cobra el respeto á estas canas.
Poderoso es el contrario,
Y en palacio y en campaña
Su parecer el primero,
Y suya la mejor lanza;
Pero, pues tienes valor,
Y discurso no te falta,
Cuando á la vergüenza miras
Aquí ofensa y allí espada,
No tengo más que decirte,
Pues ya mi aliento se acaba,
Y voy á llorar afrentas
Mientras tú tomas venganzas.

. . . . . .

CID.

Todo es poco, todo es nada
En descuento de un agravio,
El primero que se ha hecho
A la sangre de Lain Calvo.
Daráme el cielo ventura,
Si la tierra me da campo,
Aunque es la primera vez
Que doy el valor al brazo.
Llevaré esta espada vieja
De Mudarra el castellano;

Aunque está bota y mohosa
Por la muerte de su amo.
Y si le pierdo el respeto,
Quiero que admita en descargo
Del ceñírmela ofendido,
Lo que la digo turbado.
Haz cuenta, valiente espada,
Que otro Mudarra te ciñe,
Y que con mi brazo riñe
Por su honra maltratada.
Bien sé que te correrás
De venir á mi poder,
Mas no te podrás correr
De verme echar paso atrás.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Segundo dueño has cobrado
Tan bueno como el primero,
Pues cuando alguno me venza,
Corrido del torpe hecho,
Hasta la cruz en mi pecho
Te esconderé de vergüenza.

2.—El P. Maestro Fray Gabriel Tellez (Tirso de Molina) (1585-1648).

LA PRUDENCIA EN LA MUJER

(Acto 1.º—Escena 1.ª)

El Infante D. Enrique.—El Infante D. Juan.—D. Diego López de Haro.

Don Henri. Vos, caballero pobre, cuyo Estado
cuatro silvestres son, toscos y rudos,
montes de hierro, para el vil arado,
hidalgos por Adan, como él desnudos,
adonde en vez de Baco sazonado,
manzanos llenos de groseros ñudos
dan mosto insulso, siendo silla rica,
en vez de trono, el árbol de Garnica,
¿intentáis de la Reina ser consorte,
sabiendo que pretende don Enrique,
casar con ella, ennoblecer su corte,
y que por Rey España le publique!

Don Juan. Cuando su intento loco no reporte
y edificios quiméricos fabrique,
mientras el reino gozo y su hermosura,
se podrá desposar con su locura.

Don Diego. Infantes, de mi Estado la aspereza
conserva limpia la primera gloria
que la dió, en vez del Rey, naturaleza,
sin que sus rayas pase la vitoria.
Un nieto de Noé la dió nobleza;
que su hidalguía no es de ejecutoria,
ni mezcla con su sangre, lengua ó traje,
mosaica infamia que la suya ultraje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
á quien Roma jamás conquistar pudo,
que sin armas, sin muros, sin caballos,
libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que á estimallos,
valiente en obras, y en palabras mudo,
á sus miras guardárades decoro,
pues por su hierro, España goza su oro.

Si su aspereza tosca no cultiva
aranzadas á Baco, hazas á Ceres,
es porque Venus huya, que lasciva
hipoteca en sus frutos sus placeres.
La encina herculea, no la blanda oliva,
teje coronas para sus mujeres,
que aunque diversas en el sexo y nombres,
en guerra y paz se igualan á sus hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
la antigüedad que ilustra á sus señores,
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni haga sombra á confesos ni á traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
nobles, puesto que pobres electores,
tan sólo un señor juran, cuyas leyes
libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del Rey tío,
leal en defendelle, y pretendiente
de su madre, á quien dar la mano fío,
aunque la deslealtad su ofensa intente.
Infantes, si á la lengua iguala el brío,
intérprete es la espada del valiente;
el hierro es vizcaíno, que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.

D. Gil de las Calzas Verdes.

(Acto 1.°—Escena II.)

Caramanchel.—Doña Juana.

Doña Juana.

¿Buscais amo?

Caramanchel.

Busco un amo;
Que si el cielo los lloviera,
Y las chinches se tornaran
Amos; si amos pregonaran
Por las calles; si estuviera
Madrid de amos empedrado,
Y ciego yo los pisara,
Nunca en uno tropezara,
Según soy de desdichado.

Doña Juana.

¿Qué, tantos habéis tenido?

Caramanchel.

Muchos, pero más inormes,
Que Lazarillo de Tormes.
Un mes serví, no cumplido,
A un médico muy barbado,
Belfo, sin ser aleman:
Guantes de ámbar, gorgoran,
Mula de felpa, engomado,
Muchos libros, poca ciencia;
Pero no me se lograba
El salario que me daba,
Porque con poca conciencia
Lo ganaba su mercé;
Y huyendo de tal azar,
Me acogí con Cañamar.

Doña Juana.

¿Mal lo ganaba? ¿Por qué?

Caramanchel.

Por mil causas: la primera,
Porque con cuatro aforismos,
Dos textos, tres silogismos,
Curaba una calle entera.

No hay facultad que más pida
Estudios, libros galenos,
Ni gente que estudie menos
Con importarnos la vida,
Pero ¿cómo han de estudiar,
No parando en todo el día?
Yo te diré lo que hacía
Mi médico. Al madrugar,
Almorzaba de ordinario
Una lonja de lo añejo,
Porque era cristiano viejo;
Y con este letüario
Aqua vitis, que es de vid,
Visitaba sin trabajo
Calle arriba, calle abajo,
Los *egrotos* de Madrid.
Volvíamos á las once:
Considere el pío lector,
Si podría el mi doctor
Puesto que fuese de bronce,
Harto de ver orinales,
Y fístulas, revolver
Hipócrates, y leer
Las curas de tantos males.
Comía luego su olla,
Con un asado manido,
Y después de haber comido,
Jugaba cientos ó polla.
Daban las tres, y tornaba
A la médica atahona,
Yo la maza, y él la mona;
Y cuando á casa llegaba,
Ya era de noche. Acudía
Al estudio, deseoso
(Aunque no era escrupuloso)
De ocupar algo del día
En ver los expositores
de sus Rasis y Avicenas;
Asentábase, y apenas
Ojeaba dos autores,
Cuando Doña Estefanía
Gritaba: «Ola, Inés, Leonor,
Id á llamar al doctor;
Que la cazuela se enfría».
Respondía él: «En un hora
No hay que llamarme á cenar:
Déjenme un rato estudiar.
Decid á vuestra señora
Que le ha dado garrotillo
Al hijo de tal Condesa;
Y que está la ginovesa
Su amiga con tabardillo;
Que es fuerza mirar si es bueno
Sangrarla estando preñada;
Que á Dioscórides le agrada;
Mas no lo aprueba Galeno».
Enfadábase la dama,
Y entrando á ver su doctor,
Decía: «Acabad, señor;
Cobrado habéis harta fama,
Y demasiado sabéis
Para lo que aquí ganáis:
Advertir, si así os cansáis,
Que presto os consumiréis.
Dad al diablo los Galenos,
Si os han de hacer tanto daño.
¿Qué importa al cabo del año
Veinte muertos más ó menos?»
Con aquestos incentivos
El doctor se levantaba;
Los textos muertos cerraba
Por estudiar en los vivos.
Cenaba, yendo en ayunas
De la ciencia que vió á solas;
Comenzaba en escarolas,
Acababa en aceitunas,
Y acostándose repleto,
Al punto del madrugar
Se volvía á visitar,
Sin mirar ni un quodlibeto.
Subía á ver al paciente;
Decía cuatro chanzonetas;
Escribía dos recetas
Destas que ordinariamente
Se alegan sin estudiar;
Y luego las embaucaba
Con unos modos que usaba
Extraordinarios de hablar.
«La enfermedad que le ha dado,
Señora, á Vueseñoría,
Son flatos y hipocondría;
Siento el pulmon opilado,
Y para desarraigar
Las flemas vítreas que tiene
Con el quilo, le conviene
(Porque mejor pueda obrar
Naturaleza) que tome
Unos alquermes que dén
Al hépato y al esplén
La sustancia que el mal come.»

Encajábanle un doblon,
Y asombrados de escucharle,
No cesaban de adularle,
Hasta hacerle un Salomon.
Y juro á Dios, que teniendo
Cuatro enfermos que purgar,
Le ví un día trasladar
(No pienses que estoy mintiendo)
De un antiguo cartapacio
Cuatro purgas, que llevó
Escritas (fuesen ó no
A propósito) á palacio;
Y recetada la cena
Para el que purgarse había,
Sacaba una y le decía:
«Dios te la depare buena».
¿Paréc·le á vuesasté
Que tal modo de ganar
Se me podía á mí lograr?
Pues por esto lo dejé.

La Villana de la Sagra.

(Acto II.—Escena XVII.)

Angélica.—D. Luis.

Angélica. Vengáis, Tomé, enhorabuena.
D. Luis. (*Ap.*) ¡Buen principio es este, cielo!
El medio y el fin recelo.
Angélica. ¿Pues cómo venis? (D. Luis.) Con pena.
Angélica. ¿De qué? (D. Luis.) De verme tan pobre.
Angélica. ¿Pobre estáis? (D. Luis.) Sí, en buena fe.
Angélica. ¿Pues por qué causa? (D. Luis.) Jugué.
Angélica. Yo haré que dinero os sobre.
¿Y qué jugaste? (D. Luis.) Primera.
Angélica. ¿Qué perdiste? (D. Luis.) Hacienda harta.
Angélica. ¿Por qué? (D. Luis.) Por dar una carta.
Angélica. ¿A quién? (D. Luis.) A cierta fullera.
Angélica. ¿Cuándo? (D. Luis.) A la primera mano.
Angélica. ¿Qué perdistes? (D. Luis.) El temor.
Angélica. ¿Y no ganastes? (D. Luis.) Favor.
Angélica. ¿Favor ganastes? (D. Luis.) Si gano.
Angélica. Jugad más. (D. Luis.) A eso me aplico.
Angélica. ¿Y hay caudal? (D. Luis.) De oro, no cobre.
Angélica. ¿Ya estáis rico? (D. Luis.) No estoy pobre.
Angélica. ¿Cómo? (D. Luis.) Soy un pobre rico.
Angélica. ¿Rico de qué? (D. Luis.) De ventura.
Angélica. ¿Y pobre? (D. Luis.) De merecer.
Angélica. ¿Qué teméis? (D. Luis.) Temo perder.
Angélica. ¿Perder qué? (D. Luis.) La coyuntura.
Angélica. Pues ganalla. (D. Luis.) El cómo aguardo.
Angélica. Asilda. (D. Luis.) ¿Con qué cadena?
Angélica. Con esta. (*Le da una.*) (D. Luis.) ¡Ganancia buena!
Angélica. Guardalda allá. (D. Luis.) Ya la guardo.
Y aunque con bien tan notorio,
¿dónde la tendré segura,
señora, si no procura
ser el alma su escritorio?
Angélica. Mucho sabéis. (D. Luis.) Antes poco.
Angélica. ¿Quién os da licion? (D. Luis.) Un ciego.

ANGÉLICA. ¿Y aprendéis? (D. LUIS.) Aprendo luego.
ANGÉLICA. ¿A qué aprendéis? (D. LUIS.) A ser loco.
ANGÉLICA. ¿Qué os tiene loco? (D. LUIS.) Mi gloria.
ANGÉLICA. ¿Y qué cuerdo? (D. LUIS.) El escoger.
ANGÉLICA. ¿Qué escogéis? (D. LUIS.) Mi menester.
ANGÉLICA. ¿Qué habéis menester? (D. LUIS.) Memoria.
ANGÉLICA. ¿Para qué? (D. LUIS.) Para estimar.
ANGÉLICA. ¿Estimar qué? (D. LUIS.) Ese favor.
ANGÉLICA. ¿Y á quién? (D. LUIS.) A vos y al amor.
ANGÉLICA. ¿Pues sabéis amar? (D. LUIS.) Sé amar.
ANGÉLICA. ¿Qué es amor? (D. LUIS.) Fuego en que ardo.
ANGÉLICA. ¿Ardéis? (D. LUIS.) Soy un alma en pena.
ANGÉLICA. ¡Preso! (D. LUIS.) Con esta cadena.
ANGÉLICA. Guardalda allá. (D. LUIS.) Ya la guardo.

3.—Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (15...-1639)

LOS FAVORES DEL MUNDO

(ACTO 1.º—ESCENA IX).

El Príncipe. — García. — Don Juan.

DON JUAN.

Este, señor, es el caso.

PRÍNCIPE.

Garci-Ruiz de Alarcon,
Claras vuestras obras son:
Desde el oriente al ocaso
Da envidia vuestra opinion.
Las más ilustres historias
En vuestras altas vitorias
El *non plus ultra* han tenido;
Mas la que hoy ganáis, ha sido
Plus ultra de humanas glorias.
Vuestra dicha es tan extraña,
Que quisiera, vive Dios,
Más haber hecho la hazaña
Que hoy, García, hicistes vos,
Que ser príncipe de España.
Porque Alejandro decía
(¡Ved cuánto lo encarecía!)
Que más ufano quedaba
Si un rendido perdonaba,
Que si un imperio rendía.
Que en los pechos valerosos,
Bastantes por sí á emprender
Los casos dificultosos,
El alcanzar y vencer
Consiste en ser venturosos;
Mas en que un hombre perdone,
Viéndose ya vencedor,
A quien le quitó el honor,
Nada la fortuna pone;
Todo se debe al valor.
Si vos de matar, García,
Tanta costumbre tenéis,
Matar, ¿qué hazaña sería?
Vuestra mayor valentía
Viene á ser que no matéis.
En vencer está la gloria;
No en matar, que es vil accion
Seguir la airada pasion,
Y deslustra la vitoria
La villana ejecucion.
Quien venció, pudo dar muerte;
Pero quien mató, no es cierto
Que pudo vencer; que es suerte
Que le sucede al más fuerte,
Sin ser vencido, ser muerto.
Y así no os puede negar
Quien os pretenda morder,
Que más honra os vino á dar
El vencer y no matar,
Que el matar y no vencer.
Dar la muerte al enemigo,
De temelle es argumento;
Despreciallo es más castigo,
Pues que vive á ser testigo

Contra sí del vencimiento.
La vitoria el matador
Abrevia, y el que ha sabido
Perdonar, la hace mayor,
Pues mientras vive el vencido,
Venciendo está el vencedor.
Y más donde á cobardía
No puede la emulacion
Interpretar el perdon,
Pues tiene el mundo, García,
De vos tal satisfaccion.
Dadme los brazos.

GARCÍA.

Señor,
Conque á vuestros pies me abaje
Premiáis mi hazaña mayor.

PRÍNCIPE.

Esos pide el vasallaje,
Y esotros debo al valor.

GARCÍA.

Como rey sabéis honrar.

PRÍNCIPE.

Alzad, Alarcon, del suelo;
Que en el suelo no ha de estar
Quien ha sabido obligar
La misma Reina del cielo.

4. — Don Francisco de Rojas Zorrilla (1607-1670).

NO HAY AMIGO PARA AMIGO

(JORNADA III.—ESCENA I.)

Don Lope.—Moscon.

D. LOPE.

Ya estamos solos, Moscon,
¿A qué á solas me has llamado,
Todo el semblante turbado
Y confusa la razon?
¿Qué traes? ¿Qué te ha sucedido?
¿Qué quieres con tus pasiones?

MOSCON.

Que me escuches dos razones
Cuatro dedos del oído...

D. LOPE.

Di. (MOSCON.) (*Ap.*) Preguntarle es forzoso.
Si es duelo mi bofetada.)
Señor, el caso no es nada.
Mas yo soy escrupuloso.
No es nada. (D. LOPE.) ¿Pues qué te pasa?
Dilo y olvida esos miedos.

MOSCON.

Con no más de cinco dedos
me han dado en toda la cara.

D. LOPE.

¡Eso sufriste! oye, espera;
Más es que lo escuche yo.
¿Quién te dió y cómo te dió?

MOSCON.

Señor, de aquesta manera. (*Va á dar-le.*)

D. LOPE.

Quita, pícaro bufon;
¡Y tan deshonrado, estar,
Cuando me ves enojar,
De chanza en esta ocasion!
¿No te corres de decillo?

MOSCON.

Tiempo hay; yo me correré.

D. LOPE.

Pues dime, ¿sobre qué fué?

MOSCON.

¿Sobre qué? sobre un carrillo.

D. LOPE.

Oye, ¿qué es lo que te dió?
¿Fué puñada ó bofetada?

MOSCON.

¡Oh! si me diera puñada
No se lo sufriera yo.

D. LOPE.

Eso era menos. (MOSCON.) No sé
Cuál de las dos es mejor.

D. LOPE.

A mano abierta es peor.

MOSCON.

Pues de esa manera fué.

D. LOPE.

¿Qué aqueso un hombre consiente?
Pues aquí, ¿qué hay que dudar?
Sonó al llegártela á dar?

MOSCON.

Lo que es sonar, bravamente.

D. LOPE.

Pues si tú tu agravio infieres
y ya tu deshonra ves,
estando á solas ¿que es
lo que preguntarme quieres?

MOSCON.

Señor, el golpe supuesto
y supuesto el bofeton,
saber quiero en conclusion...

D. LOPE.

Dilo. (MOSCON.) Si quedé bien puesto.

D. LOPE.

¡Que esta razon llegue á oirle!
¿Quién tal ignorancia vió?
Cuando el bofeton te dió,
qué hiciste tú? (MOSCON.) Recibirle.

D. LOPE.

En fin, no te satisfizo;
¿cuando el bofeton te dió,
te hizo cara? (MOSCON.) Cara no,
porque antes me la deshizo.

D. LOPE.

¡Que esa ofensa en tí no labre
indignar la espada airada!

MOSCON.

Dice el miedo: *á esotra espada*,
que esta vaina no se abre.

D. LOPE.

Buscar quiero otro criado
supuesto lo que te pasa,
que no ha de estar en mi casa
hombre que está deshonrado.

MOSCON.

¿Qué medio hay entre los dos?

D. LOPE.

Morir noble y temerario.

MOSCON.

Pues págueme mi salario
y quédese usted con Dios.

D. LOPE.

¿De suerte, Moscon, de suerte
que cuando agraviado estás,
aun valor no mostrarás
de vengarte con su muerte?

MOSCON.

¿Luego con su muerte gana
lo que perdió mi opinion?

D. LOPE.

Así habrá satisfaccion.

MOSCON.

Hablárais para mañana;
lo que me habeis advertido
llega á mi honor á importarle:
¿hay más que decir, matarle,
y hubiéralo yo entendido?
Ahora, don Lope, pues
coraje y valor me sobra,
á él, manos á la obra,
buen corazon. (D. LOPE.) Eso es.
Ya el agravio te despierta.

MOSCON.

A matarle voy derecho.

D. Lope.

Hasta volver satisfecho
no me entres por esa puerta.

Moscon.

Vos vereis lo que yo hiciere.

D. Lope.

Que has de darle muerte espera.

Moscon.

No está mas que en que él se muera
del golpe que yo le diere.
Pregunto, pues sabeis de esto,
si por valor ó por suerte
el me diera á mí la muerte,
¿cuál quedará mejor puesto?

D. Lope.

Tú, Moscon, vete con Dios
y de tu venganza trata.

Moscon.

Pues, por Dios que si me mata
que me he de quejar de vos...

5.—D. Agustin Moreto y Cabaña (1618-1669).

El desden con el desden.

(Jornada II, escenas IX y X)

Diana, Cintia, Laura, Fenisa y damas, Carlos, Polilla.

Polilla. Pero vuelve allá la cara,
no mires, que vas perdido.
Carlos. Polilla, no he de poder.
Polilla. ¿Qué llamas no! Vive Cristo,
que he de meterte la daga
si vuelves. (*Le pone la daga á la cara.*) (Carlos.) Ya no la miro.
Polilla. Pues la estás oyendo, engaña
los ojos con los oidos.
Carlos. Pues vámonos alargando,
porque si canta, el no oirlo
no parezca que es cuidado,
sino divertirme el sitio.
Cintia. Ya te escucha, cantar puedes.
Diana. Así vencerlo imagino.
(*Canta.*) *El que solo de su abril*
escogió mayo cortés,
por gala de su esperanza,
las flores de su desden...
Diana. ¿No ha vuelto á oir? (Laura.) No, Señora.
Diana. ¿Cómo no? Pues, ¿no me ha oído?
Cintia. Puede ser, porque está lejos.
Carlos. En toda mi vida he visto
mas bien compuesto jardin,
Polilla. Vaya deso, que eso es lindo.
Diana. El jardin está mirando;
este hombre está sin sentido:
¿qué es esto? Cantemos todas
para ver si vuelve á oirnos.
(*Catan todas.*) *A tan dichoso favor*

sirva tan florido mes,
por gloria de sus trofeos
rendido le bese el pie.

CARLOS. ¡Qué bien hecho está aquel cuadro
de sus armas! ¡Qué pulido!

POLILLA. Harto mas pulido es eso.

DIANA. ¡Qué esto escucho! ¡Qué esto miro!
¿Los cuadros está alabando
cuando yo canto? (CARLOS.) No he visto
yedra más bien enlazada;
¡qué hermoso verde! (POLILLA.) Eso pido:
date en lo verde, que engordas.

DIANA. No me ha visto ó no me ha oido.
Laura, al descuido le advierte
que estoy yo aquí.

(*Levántase Laura y va donde está Carlos.*)

CINTIA. (*Ap.*) Este capricho
la ha de despeñar á amar.

LAURA. Carlos, estad advertido
que está aquí dentro Diana.

CARLOS. Tiene aqui un famoso sitio:
los laureles están buenos;
pero entre aquellos jacintos
aquel pié de guindo afea.

POLILLA. ¡Oh que lindo pié de guindo!

DIANA ¿No se lo advertiste, Laura?

LAURA. Ya, Señora, se lo he dicho.

DIANA. Ya no yerra de ignorancia;
pues, ¿cómo está divertido?

(*Pasa Carlos por delante de Diana, llevándole Polilla la daga junto al rostro para que no la mire.*)

POLILLA. Señor, por aquestacalle
pasa sin mirar (CARLOS.) Rendido
estoy á mi resistencia;
volver temo. (POLILLA.) Ten, por Cristo,
que te herirás con la daga.

CARLOS. Yo no puedo más, amigo.

POLILLA. Hombre, mira que te clavas.

CARLOS. ¿Qué quieres? Ya me he vencido.

POLILLA. Vuelve por esotro lado.

CARLOS. ¿Por acá? (POLILLA.) Por allá digo:

DIANA. ¿No ha vuelto? (LAURA.) Ni lo imagina.

DIANA. Yo no creo lo que miro;
vé tú al descuido, Fenisa,
y vuelve á dar el aviso.
(*Levántase y va Fenisa.*)

POLILLA. Otro correo dispara,
mas no dan lumbre los tiros.

FENISA. ¿Carlos? (CARLOS.) ¿Quién llama? (POLILLA.) ¿Quién es?
FENISA. Ved que Diana os ha visto.
CARLOS. Admirado desta fuente,
en verla me he divertido,
y no había visto á su Alteza;
decid que ya me retiro.
DIANA. (*Ap.* Cielos, sin duda se va.)
Oid, escuchad, á vos digo.
CARLOS. (*Levántase.*) ¿A mí, Señora? (DIANA.) Sí á vos.
CARLOS. ¿Qué mandais? (DIANA.) ¿Cómo, atrevido,
habeis entrado aquí dentro,
sabiendo que en mi retiro
estaba yo con mis damas?
CARLOS. Señora, no os había visto:
la hermosura del jardin
me llevó, y perdon os pido.
DIANA. (*Ap.* Esto es peor, que aun no dice
que para escucharme vino.)
Pues ¿no me oiste? (CARLOS.) No, señora.
DIANA. No es posible (CARLOS.) Un yerro ha sido,
que solo enmendarse puede
con no hacer más el delito. (*Vase.*)
CINTIA. Señora, este hombre es un tronco.
DIANA. Déjame, que sus desvíos
el sentido han de quitarme.
CINTIA. (*Ap. á Laura.*) Laura, esto va ya perdido.
LAURA. Si ella no está enamorada
de Carlos, ya va camino. (*Vase.*)
DIANA. ¡Cielos, qué esto que veo!
Un Etna es cuanto respiro.
¡Yo despreciada! (POLILLA.) (*Ap.*) Eso sí,
pese á su alma, dé brincos.
DIANA. ¿Caniqui? (POLILLA.) ¿Señora mía?
DIANA. ¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino
á escucharme? (POLILLA.) Sí, Señora.
DIANA. Pues, ¿cómo no ha vuelto á oirlo?
POLILLA. Señora, es loco de atar.
DIANA. Pues, ¿qué respondió ó qué dijo?
POLILLA. Es vergüenza. (DIANA.) Dilo, pues.
POLILLA. Que cantábais como niños
de escuela, y que no queria
escucharos. (DIANA.) ¿Eso ha dicho?
POLILLA. Sí, Señora. (DIANA.) ¡Hay tal desprecio!
POLILLA. Es un lobo. (DIANA.) ¡Estoy sin juicio!
POLILLA. No hagas caso. (DIANA.) ¡Estoy mortal!
POLILLA. Que es un bárbaro. (DIANA.) Eso mismo
me ha de obligar á rendirle,
si muero por conseguirlo. (*Vase.*)
POLILLA. Buena va la danza, alcalde,
y da en la albarda el granizo.

6.—Don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681.)

Autos sacramentales.

LA CENA DE BALTASAR.

Baltasar, la Idolatría, la Vanidad, Daniel, el Pensamiento.

BALTASAR. Si tú, me aplacas los dioses;
Si tú, Vanidad, me ayudas;
Si tú, Idolatría, me amparas;
¿Quién duda decir, quién duda,
Que atrevido, y no postrado,
Tan grande promesa cumpla?
Y así quiero, que las dos
Reinen en mi pecho juntas;
Idólatra á tu belleza,
Y vano con tu hermosura
Sacrificando á tus dioses,
Mereciendo tus fortunas,
Adorando tus altares,
Logrando tus aventuras
En láminas de oro y plata,
Que caracteres esculpan,
Vivirá mi nombre eterno
A las edades futuras.

IDOLATRÍA. A tus pies verás que estoy,
Siempre firme y siempre amante.

VANIDAD. Siempre, Baltasar, constante
Luz de tus discursos soy.

IDOLATRÍA. Y si á los dioses te igualas,
Yo por dios te he de adorar.

VANIDAD. Yo porque puedas volar,
Daré á tu ambicion mis alas.

IDOLATRÍA. Sobre la deidad más suma
Coronaré tu arrebol.

VANIDAD. Yo, para subir al sol,
Te haré una escala de pluma.

IDOLATRÍA. Estatuas te labraré,
Que repitan tu persona.

VANIDAD. Yo al laurel de tu corona
Mas hojas añadiré.

BALTASAR. Dadme las manos las dos;
¿Quién de tan dulces abrazos
Podrá las redes y lazos
Romper?

DANIEL. La mano de Dios.

BALTASAR. ¿Quién tan atrevido así
A mis voces respondió?

PENSAMIENTO. Yo no he sido.

BALTASAR. ¿Pues quién?

DANIEL. Yo.

BALTASAR. Pues, hebreo, ¿cómo así
Os atreveis vos, que fuisteis
En Jerusalem cautivo?
¿Vos que humilde y fugitivo
En Babilonia vivisteis?
¿Vos mísero y pobre, vos
Así me turbais? ¿Así?
¿Quien ya libraros de mí
Podrá?
(*Va á sacar la daga.*)
DANIEL. La mano de Dios.
BALTASAR. Tanto puede una voz, tanto
Que de oirla me retiro.
De mi paciencia me admiro,
De mi cólera me espanto.
Enigma somos los dos.
Cuando tu muerte pretende
Mi furor, ¿quien te defiende,
Daniel?
DANIEL. La mano de Dios.
PENSAMIENTO. —¡Lo que en la mano porfía!—
VANIDAD. Déjale, que su humildad
Desluce mi vanidad.
IDOLATRÍA. Y su fe mi idolatría.
BALTASAR. Vida tienes por las dos,
Y que viva me conviene,
Porque vea que no tiene
Fuerza la mano de Dios.
PENSAMIENTO. De buena os habeis librado,
Y yo estimo la leccion,
Pues en cualquier ocasion,
En que me vea apretado,
Sé como me he de librar;
Pues sin qué, ni para qué,
La mano de Dios diré,
Y á todos haré temblar;
Y pues de mano los dos
Solamente nos ganamos,
Mano á mano nos partamos:
Id á la mano de Dios. (*Vase.*)
DANIEL. ¿Quién sufrirá tus inmensas
Injurias, autor del día?
Vanidad é Idolatría
Solicitan tus ofensas;
¿Quién podrá? ¿Quién de mi fe
En esta justa esperanza
Tomar por vos la venganza
Deste agravio?
Sale la Muerte con espada y daga, de gaban con un manto lleno de muertes.
MUERTE. Yo podré.

DANIEL. Fuerte aprehesion, ¿qué me quiéres,
Que entre fantasmas y sombras,
Me atemorizas y asombras?
Nunca te he visto, ¿quién eres?

MUERTE. Yo, divino profeta Daniel,
De todo lo nacido soy el fin;
Del pecado y la envidia hijo cruel,
Abortado por áspid de un jardin.
La puerta para el mundo me dió Abel,
Mas quien me abrió la puerta fue Cain,
Donde mi horror introducido ya,
Ministro es de las iras de Jehová.
Del pecado y la envidia, pues, nací,
Porque dos furias en mi pecho estén;
Por la envidia caduca muerte dí
A cuantos de la vida la luz ven:
Por el pecado muerte eterna fuí
Del alma, pues que muere ella tambien;
Si de la vida es muerte el espirar,
La muerte así del alma es pecar...

El Alcalde de Zalamea

(JORNADA III, ESCENA XV.)

D. LOPE. (*Dentro.*) ¡Pára, para!

CRESPO. ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí? (*Salen D. Lope y soldados.*)

D. LOPE. ¡Oh Pedro Crespo! Yo soy;
que volviendo á este lugar
de la mitad del camino
(donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar),
no era bien ir á apearme
á otra parte siendo vos
tan mi amigo. (CRESPO.) Guárdeos Dios;
que siempre tratais de honrarme.

D. LOPE. Vuestro hijo no ha parecido
por allá. (CRESPO.) Pronto sabreis
la ocasion: la que teneis,
señor, de haberos venido,
me haced merced de contar,
que venís mortal, señor.

D. LOPE. La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
—Que estoy perdido, os confieso,

de cólera. (CRESPO.) Proseguí.
D. LOPE. Que un alcaldillo de aquí
al capitan tiene preso.—
Y ¡vive Dios! no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada,
si no es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
á palos le he de matar!
CRESPO. Pues habeis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.
D. LOPE. Pues dárselos sin que deje
dárselos. (CRESPO.) Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tal mal os aconseje.
¿Sabeis por qué le prendió?
D. LOPE. No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí; que tambien sé yo
degollar, si es necesario.
CRESPO. Vos no debeis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.
D. LOPE. ¿Será mas que un villanote?
CRESPO. Un villanote será
que si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
par Dios, se salga con ello.
D. LOPE. No se saldrá tal, par Dios,
y si por ventura vos,
si sale ó nó, quereis vello,
decid donde vive ó nó.
CRESPO. Bien cerca vive de aquí.
D. LOPE. Pues á decirme vení
quién es el alcalde. (CRESPO.) Yo.
D. LOPE. ¡Vive Dios, que si sospecho!...
CRESPO. ¡Vive Dios! ¡como os lo he dicho!
D. LOPE. Pues, Crespo, lo dicho dicho.
CRESPO. Pues, señor, lo hecho hecho.
D. LOPE. Yo por el preso he venido,
y á castigar este exceso.
CRESPO. Pues yo acá lo tengo preso
por lo que acá ha sucedido.
D. LOPE. ¿Vos sabeis que á servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?
CRESPO. ¿Vos sabeis que me robó

á mi hija de mi casa?

D. LOPE. ¿Vos sabeis que mi valor
dueño desta causa ha sido?

CRESPO. ¿Vos sabeis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?

D. LOPE. ¿Vos sabeis cuanto os prefiere
el cargo que he gobernado?

CRESPO. ¿Vos sabeis que le he rogado
con la paz y no la quiere?

D. LOPE. Que os entrais es bien se arguya
en otra jurisdiccion.

CRESPO. El se me entró en mi opinion,
sin ser jurisdiccion suya.

D. LOPE. Yo sabré satisfacer,
obligándome á la paga.

CRESPO. Jamas pedí á nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.

D. LOPE. Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.

CRESPO. Yo por acá he sentenciado
el proceso. (D. LOPE.) ¿Qué es proceso?

CRESPO. Unos pliegos de papel
que voy juntando, en razon
de hacer la averiguacion
de la causa. (D. LOPE.) Iré por él
á la cárcel. (CRESPO.) No embarazo
que vais: solo se repare,
que hay orden, que al que llegare
le den un arcabuzazo.

D. LOPE. Como esas balas estoy
enseñado yo á esperar.
Mas no se ha de aventurar
nada en esta accion de hoy.—
Hola, soldado, id volando,
y á todas las compañías
que alojadas estos días
han estado, y van marchando,
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.

UN SOLD. No fué menester llamar
la gente; que habiendo oido
aquesto que ha sucedido,
se han entrado en el lugar.

D. LOPE. Pues vive Dios que he de ver
si me dan el preso ó no.

CRESPO. Pues vive Dios, que antes yo
haré lo que se ha de hacer.

El Príncipe Constante.

(Jornada II.—Escena XIV.)

Don Fernando, con las flores.—Fenix.—Zara.—Rosa.

D. Fernan. Yo.
Fenix. ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que veo?
Don Fernan. ¿Qué te admira? (Fénix.) De una suerte
me admira el oirte y verte.
Don Fernan. No lo jures, bien lo creo.
Yo pues, Fénix, que deseo
servirte humilde, traía
flores de la suerte mía
geroglíficos, señora,
pues nacieron con la aurora,
y murieron con el día.
Fénix. A la maravilla dió
ese nombre al descubrilla.
Don Fernan. ¿Qué flor, di, no es maravilla
cuando te la sirvo yo?
Fénix. Es verdad. Di, ¿quién causó
esta novedad? (Don Fernan.) Mi suerte.
Fénix. ¿Tan rigurosa es? (Don Fernan.) Tan fuerte.
Fénix. Pena das. (Don Fernan.) Pues no te asombre.
Fénix. ¿Por qué? (Don Fernan.) Porque nace el hombre
sujeto á fortuna y muerte.
Fénix. ¿No eres Fernando? (Don Fernan.) Sí soy.
Fénix. ¿Quién te puso así? (Don Fernan.) La ley
de esclavo. (Fénix.) ¿Quién la hizo? (Don Fernan.) El Rey.
Fénix. ¿Por qué? (Don Fernan.) Porque suyo soy.
Fénix. ¿Pues no te ha estimado hoy?
Don Fernan. Y también me ha aborrecido.
Fénix. ¿Un dia posible ha sido
á desunir dos estrellas?
Don Fernan. Para presumir por ellas,
las flores habrán venido.
Estas, que fueron pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,
á la tarde serán lástima vana,
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz, que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana;
¡tanto se emprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron;
cuna y sepulcro en un boton hallaron.
Todos los hombres sus fortunas vieron;
en un dia nacieron y espiraron;
que pasados los siglos, horas fueron.

FÉNIX. Horror y miedo me has dado,
ni oirte ni verte quiero;
sé el desdichado primero
de quien huye un desdichado.
DON FERNAN. ¿Y las flores? (FÉNIX.) Si has hallado
geroglíficos en ellas,
deshacellas y rompellas
solo sabrán mis rigores.
DON FERNAN. ¿Qué culpa tienen las flores?
FÉNIX. Parecerse á las estrellas.
DON FERNAN. ¿Ya no las quieres? (FÉNIX.) Ninguna
estimo en su rosicler.
DON FERNAN. ¿Cómo? (FÉNIX.) Nace la mujer
sujeta á muerte y fortuna;
y en esta estrella importuna
tasada mi vida vi.
DON FERNAN. ¿Flores con estrellas? (FÉNIX.) Sí.
DON FERNAN. Aunque sus rigores lloro,
esa propiedad ignoro.
FÉNIX. Escucha, sabráslo. (DON FERNAN.) Di.
FÉNIX. Esos rasgos de luz, esas centellas
que cobran con amagos superiores
alimentos del sol en resplandores,
aquello viven que se duele dellas.
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,
efímeras padecen sus ardores;
pues si un dia es el siglo de las flores,
una noche es la edad de las estrellas.
De esa pues primavera fugitiva
ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere,
registro es nuestro, ó muera el sol ó viva.
¿Qué duracion habrá que el hombre espere,
ó qué mudanza habrá que no reciba
de astro, que cada noche nace y muere?...

7.—El licenciado Luis Quiñones de Benavente (15..-16..).

Entremés cantado.

LA DUEÑA.

Bernardo, Un vejete, Una dueña, Músicos.

BERN. Tengan lástima vustedes
deste mezquino escudero,
que ha tenido tan mal gusto,
que en una dueña le ha puesto.
Sus tocas son mi mortaja,
sus melindres son mi entierro,
sus antojos son mis luces,
su edad mi acompañamiento.
El alma que la he entregado,
tan adueñada la tengo,

que ya anda conmigo en chismes
por parecerse á su dueño.
Hacia su puerta me arrugo,
que hay otro que ocupa el puesto.
¿Quién dijera que una dueña
se alargara á dar ni aun celos?
(*Sale un viejo cantando.*) ¿Dónde me sacas, amor,
viendo que para mi muermo
es el frío una almorada,
y un pistolete el sereno?
¿Qué llamarada es aquesto?
¿Qué dueñez es la que emprendo
en tiempo que por justicia
piden la huesa mis huesos?
Mas los viejos diz que somos
de la condicion del puerro,
que siendo las barbas blancas,
las hojas verdes tenemos.

BERN. Pierres es el que se acerca.
VIEJO. Pilongo es el que allí veo.
BERN. Ganalle quiero por mano.
VIEJO. Por mano ganalle quiero.
(*Cantan los dos juntos, dando música á la dueña.*)
LOS DOS. Despertad, pálida dueña.
BERN. ¿Quién le mete en eso al viejo?
VIEJO. Quien pudo meter al mozo.
BERN. Yo tengo amor. (VIEJO.) Yo dineros.
BERN. Yo soy valiente. (VIEJO.) Yo rico.
BERN. Yo doy músicas y versos.
VIEJO. Yo coches y faldellines.
DUEÑA. (*Al paño.*) A lo postrero me atengo.
Más vale un coche quebrado
que un romance sano y bueno,
y un faldellin encogido
mucho más que un verso suelto.
Más apetezco, Pilongo,
con fruto este cano invierno,
que esa primavera en flor.
Tú eres mi dulce esqueleto.
VIEJO. Tú mi fantasma alcorzada.
DUEÑA. Tú mi galan estafermo.
VIEJO. Tú mi tempestad de tabas.
DUEÑA. Tú mi retablo de duelos.
BERN. Hasta en esto, diabli-dueña,
tienes el gusto ratero,
pues como de ropería,
me has dado celos de viejo.
VIEJO. Viejo y dadivoso
mejor que mozo.
DUEÑA. Mozo y sin dineros

peor que viejo.
BERN. Dueña con antojos
peor que todos.
¿Qué pretende mi reina
de un pobre hidalgo?
MÚS. 1. Algo.
DUEÑA. ¿Y si acaso no tiene
renta ó prebenda?
MÚS. 2. Venda.
VIEJO. ¿Mas si, habiendo dinero,
calla y le aguarda?
MÚS. 3. Arda.
BERN. Véngase tras mí, cuitado.
VIEJO. ¿Es desafío, mancebo?
BERN. El mismo. (VIEJO.) Dios le provea.
BERN. Quiero reñir. (VIEJO.) Yo no quiero.
BERN. ¿Más que riñe? (VIEJO.) ¿Más que no?
BERN. Meta mano. (VIEJO.) Ya está dentro. (*Mete la mano en el seno.*)
BERN. Desnude la espada, digo.
VIEJO. Fuera en la calle muy feo
desnudar una doncella.
BERN. ¿No tiene cólera? (VIEJO.) Almuerzo
naranjas cada mañana.
BERN. Digo que es un judigüelo.
VIEJO. ¿Tan venturoso me ve?
BERN. Es un cuero. (VIEJO.) No lo bebo.
BERN. Y un sucio. (VIEJO.) El agua hace limpio.
BERN. Un sufrido. (VIEJO.) Soy soltero.
BERN. Y un gallina. (VIEJO.) Así seré
bueno para los enfermos.
BERN. Tome ese guante. (VIEJO.) Recibo
la merced. ¿Y el compañero?
DUEÑA. ¡Socorro, vecinos!
MÚS. ¿Qué es aquesto, que os ha sucedido?
DUEÑA. Que quiere este bravo,
que le quieran á coz y bocado.
BERN. La dueña quería
más dinero que no valentía.
VIEJO. Y lo que me falta
de valiente, me sobra de plata.
BERN. Pues, viejo caduco,
¿qué aprovecha el dinero sin gusto?
VIEJO. Pues, loco mancebo,
¿donde hay gusto si falta el dinero?
BERN. Talega de tabas...
VIEJO. Pobrete entonado...
BERN. Quitarte he la bolsa.
VIEJO. Allá darás, rayo.
DUEÑA. Vaya de baile,
con que todos hagamos las paces...

ÉPOCA POSTCLÁSICA Ó DE DECADENCIA

Desde la muerte de Calderón (1681) hasta la de Moratín (1828).

I. LA PROSA DIDÁCTICA.

1.—El P. Esteban de Arteaga.

Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal, considerada como objeto de las artes de imitación.

IDEAL EN LA PINTURA Y EN LA ESCULTURA.

El vocablo ideal aplicado á la pintura y á la escultura, aunque en su verdadera significacion sea tan antiguo como el ejercicio y progreso de dichas artes, sin embargo, se ha hecho más comun desde que el Caballero Mengs le usó en sus obras, y particularmente en su Juicio sobre Ticiano, Rafael y Corregio. La constante observacion de la belleza, que, como dice el ingenioso escritor de su vida, fué siempre el objeto principal de las reflexiones de este pintor ilustre, le da un derecho irrefragable á que se le tome por maestro y guía cuando se trata de semejantes materias. Por tanto, lo que se dirá en esta leccion no será más que un comentario sobre sus pensamientos, la aparente obscuridad de los cuales procuraremos aclarar, sacándolos de aquella niebla metafísica en que Mengs alguna vez los envuelve, llevado de su aficion á los sistemas de Platon, Leibniz y de Wolfio, no menos que de su demasiada docilidad por las opiniones de su amigo el célebre Winckelmann.

Si se reflexiona sobre el entusiasmo con que los griegos seguían y buscaban lo que era más bello en todos los géneros, se concluirá, que despues de haber agotado en la imitacion lo que hallaron más cumplido y hermoso en la Naturaleza, debieron remontarse con su ingenio sobre el mundo material, dirigiendo el vuelo hacia otra clase de perfeccion más subida. Sin entrar en el influjo físico que debía tener en la formacion de sus cuerpos la agradable temperie del aire, la dulzura del clima, la delgadez de las aguas, la suavidad de los vinos y lo sano de los alimentos; y sin hablar de la agilidad de fibras, flexibilidad de músculos, viveza de imaginacion, disposicion acomodada de órganos sensitivos, que suponen, aumentan ó facilitan la Belleza: sin detenerme en todas estas cosas, que se requerían en los griegos para que se formasen, como de hecho se formaron, una mímica tan expresiva y una lengua tan armoniosa y tan pintoresca; es indubitable que su educacion civil y política contribuía del modo más eficaz á desenvolver en ellos las ideas más cabales acerca de la belleza corpórea; y se verá palpablemente lo que debía influir para el efecto, no menos su gimnástica admirable, que su manera de vestir, sus juegos públicos, sus cuotidianos ejercicios corporales, sus costumbres, sus espectáculos, sus opiniones, sus leyes y hasta sus mismas preocupaciones.

2.—Don Melchor Rafael de Macanaz (1670-1760).

Cualidades de un primer ministro

El sujeto que mereciese el empleo de primer ministro ó secretario, que es su propio nombre, debe primeramente apetecer el lado del Rey para hacer bien á todos, no para causar mal á ninguno.

Su real gracia se debe venerar con todo respeto, pero no usar de ella con ninguna ambicion.

La codicia en el que nace grande es una sombra que oscurece lo que todo el poder de la naturaleza quiso enmendar. Y sólo el que estimare los bienes temporales como lo que son, sabrá no desdecir en nada de lo que es, pues estar siempre anhelando por mandar, es más tarea que soberanía. Y al que se le va todo el tiempo en desear, jamás llegará la hora de poseer.

El que corre tras la fortuna, cuando la alcanza, de cansado no la logra.

Ande el ministro cuerdo á paso lento tras de ella, no corra, que lo uno se encamina á la virtud y lo otro se dirige al precipicio. Hacer vanidad del empleo, es juzgarse indigno de él y de haberle merecido. Y querer sobresalir más que otros es no tener aplauso de ninguno y dar á la mentirosa envidia luces de verdad en la calumnia.

Acomodar á criados es accion digna de cualquier ministro, pero no sea de suerte que muera la razon en esta comodidad, pues eso será querer tener un obligado por tres mil ofendidos.

Ejercitar con los inferiores el poder es casi mostrar temor á los iguales, pues parece se quiere castigar en los primeros lo que no se puede ejecutar en los segundos.

No hay queja de que no se pueda satisfacer como caballero el que se puede vengar como ministro.

El que fuere fiel ministro del Rey debe influirle emplee á los vasallos fieles, pues no hay mayor desconsuelo para el bueno que ver exaltado al malo y sin premio los otros como él.

No se debe tener por más glorioso el mandar: lo más plausible es mandar bien.

Dar oído á aduladores y no escuchar á bien intencionados, es querer mueran las verdades y que solo vivan las lisonjas.

3.—D. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811).

Informe sobre la Ley Agraria.

..... Tales son, Señor, los obstáculos que la naturaleza, la opinion y las leyes oponen á los progresos del cultivo, y tales los medios que en dictamen de la Sociedad son necesarios para dar el mayor impulso al interés de sus agentes, y para levantar la agricultura á la mayor prosperidad. Sin duda que Vuestra Alteza necesitará de toda su constancia para derogar tantas leyes, para desterrar tantas opiniones, para acometer tantas empresas, y para combatir á un mismo tiempo tantos vicios y tantos errores; pero tal es la suerte de los grandes males, que sólo pueden ceder á grandes y poderosos remedios.

Los que propone la Sociedad piden un esfuerzo tanto más vigoroso, cuanto su aplicacion debe ser simultánea, so pena de exponerse á los mayores daños. La venta de las tierras comunes llevaría á manos muertas una enor-

me porcion de propiedad, si la ley de amortizacion no precaviese este mal. Sin esta ley, la prohibicion de vincular, y la disolucion de los pequeños mayorazgos sepultarían insensiblemente en la amortizacion eclesiástica aquella inmensa porcion de propiedad que la amortizacion civil salvó de su abismo. ¿De qué servirán los cerramientos, si subsisten el sistema de proteccion parcial y los privilegios de la ganadería? ¿De qué los canales de riego, si no se autorizan los cerramientos? La construccion de puertos reclama la de caminos; la de caminos la libre circulacion de frutos, y esta circulacion un sistema de contribuciones compatibles con los derechos de la propiedad y con la libertad del cultivo. Todo, Señor, está enlazado en la política como en la naturaleza; y una sola ley, una providencia mal á propósito dictada, ó imprudentemente sostenida, puede arruinar una nacion entera, así como una chispa encendida en las entrañas de la tierra, produce la convulsion y horrendo estremecimiento que trastornan inmensa porcion de su superficie.

Pero si es necesario tan grande y vigoroso esfuerzo, tambien la grandeza del mal, la urgencia del remedio y la importancia de la curacion le merecen y exigen de la sabiduría de Vuestra Alteza. No se trata menos que de abrir la primera y mas abundante fuente de la riqueza pública y privada; de levantar la nacion á las mas alta cima del esplendor y del poder, y de conducir los pueblos confiados á la vigilancia de Vuestra Alteza al último punto de la humana felicidad. Situados en el corazon de la culta Europa, sobre un suelo fértil y extendido, y bajo la influencia de un clima favorable para las mas varias y preciosas producciones; cercados de los dos mayores mares de la tierra, y hermanados por su medio con los habitadores de las más ricas y extendidas colonias, basta que Vuestra Alteza remueva con mano poderosa los estorbos que se oponen á su prosperidad, para que gocen aquella venturosa plenitud de bienes y consuelos á que parecen destinados por una visible providencia. Trátase, Señor, de conseguir tan sublime fin, no por medio de proyectos quiméricos, sino por medio de leyes justas; trátase, mas de derogar y corregir, que no de mandar y establecer; trátase sólo de restituir la propiedad de la tierra y del trabajo á sus legítimos derechos, y de restablecer el imperio de la justicia sobre el imperio del error y las preocupaciones envejecidas; y este triunfo, Señor, será tan digno del paternal amor de nuestro soberano á los pueblos que le obedecen, como del patriotismo y de las virtudes pacíficas de Vuestra Alteza. Busquen, pues, su gloria otros cuerpos políticos en la ruina y en la desolacion, en el trastorno del orden social y en aquellos feroces sistemas, que, con títulos de reformas, prostituyen la verdad, destierran la justicia y oprimen y llenan de rubor y de lágrimas á la desarmada inocencia; mientras tanto que Vuestra Alteza, guiado por su profunda y religiosa sabiduría, se ocupa sólo en fijar el justo límite que la razon eterna ha colocado entre la proteccion y el menosprecio de los pueblos.

Dígnese, pues, Vuestra Alteza de derogar de un golpe las bárbaras leyes que condenan á perpetua esterilidad tantas tierras comunes; las que exponen la propiedad particular al cebo de la codicia y de la ociosidad; las que, prefiriendo las ovejas á los hombres, han cuidado más de las lanas que los visten que de los granos que los alimentan; las que estancando la propiedad privada en las eternas manos de pocos cuerpos y familias poderosas, encarecen la propiedad libre y sus productos, y alejan de ella los capitales y la industria de la nacion; las que obran el mismo efecto encadenando la libre

contratacion de los frutos, y las que, gravándolos directamente en su consumo, reunen todos los grados de funesta influencia de todas las demás. Instruya Vuestra Alteza la clase propietaria en aquellos útiles conocimientos sobre que se apoya la prosperidad de los Estados, y perfeccione en la clase laboriosa el instrumento de su instruccion, para que pueda derivar alguna luz de las investigaciones de los sabios. Por último, luche Vuestra Alteza con la naturaleza, y, si puede decirse así, oblíguela á ayudar los esfuerzos del interés individual, ó por lo menos á no frustrarlos. Así es como Vuestra Alteza podrá coronar la grande empresa en que trabaja tanto tiempo ha; así es como corresponderá á la expectacion pública, y como llenará aquella íntima y preciosa confianza que la nacion tiene y ha tenido siempre en su celo y su sabiduría; y así es, en fin, cómo la Sociedad, despues de haber meditado profundamente esta materia, despues de haberla reducido á un solo principio tan sencillo como luminoso, despues de haber presentado con la noble confianza que es propia de su instituto, todas las grandes verdades que abraza, podrá tener la gloria de cooperar con Vuestra Alteza al restablecimiento de la agricultura y á la prosperidad general del Estado y de sus miembros.

4.—El P. Fray Benito Jerónimo Feyjóo (1676-1764).

TEATRO CRÍTICO

Sabiduría aparente.

Tiene la ciencia sus hipócritas no menos que la virtud, y no menos es engañado el vulgo por aquéllos que por éstos. Son muchos los indoctos que pasan plaza de sabios. Esta equivocacion es un copioso origen de errores, ya particulares, ya comunes. En esta region que habitamos, tanto imperio tiene la aprension como la verdad. Hay hombres muy diestros en hacer el papel de doctos en el teatro del mundo, en quienes la leve tintura de las letras sirve de color para figurar altas doctrinas; y cuando llega á aparecer original la copia, no hace menos impresion en los ánimos la copia que el original. Si el que pinta es un Zéuxis, volarán las avecillas incautas á las uvas pintadas como á las verdaderas.....

El vulgo, juez inícuo del mérito de los sujetos, suele dar autoridad contra sí propio á hombres iliteratos, y constituyéndolos en crédito, hace su engaño poderoso. Las tinieblas de la popular rudeza cambian el tenue resplandor de cualquiera pequeña luz en lucidísima antorcha, así como la linterna colocada sobre la torre de Faro, dice Plinio que parecía desde lejos estrella á los que navegaban de noche el mar de Alejandría.

Puede decirse que para ser tenido un hombre en el pueblo por sabio, no hace tanto al caso serlo como fingirlo. La arrogancia y la verbosidad, si se juntan con algo de prudencia para distinguir los tiempos y materias que se ha de hablar ó callar, producen notable efecto. Un aire de majestad confiada en las dicisiones, un gesto artificioso, que cuando se vierte aquello poco y superficial que se ha comprendido del asunto, muestre como por brújula quedar depositadas allá en los interiores senos altas noticias, tienen grandes eficacia para alucinar á ignorantes.

Los accidentes exteriores que representan la ciencia están en algunos sujetos como los de pan y vino en la Eucaristía, esto es, sin la sustancia correspondiente. Los inteligentes en uno y otro conocen el misterio; pero como en

el de la Eucaristía los sentidos, que son el vulgo del alma, por los accidentes que ven se persuaden á la sustancia que no hay; así en estos sabios de misterio, los ignorantes, que son el vulgo del mundo, por exterioridades engañosas conciben doctrinas que nunca fueron estudiadas. La superficie se miente profundidad, y el rèsabio de ciencia, sabiduría.

5.—D. Gregorio Mayans y Liscar (1699-1781).

El orador christiano ideado en tres diálogos.

Cualidades del orador sagrado.

Lucrecio. Pues dígame v. m. qué señas tiene la palabra divina, que siendo tan dulce, como dice el Profeta, i con él *San Juan*, son tan pocos los que gustan de ella?

Fabio. No vé v. m. que dice el mismo *San Juan* que si bien es dulce en la boca, es amarga en el vientre? Es fácil de decir; pero difícil de digerir; i los predicadores no quieren amargar á los oyentes sino darles gusto.

En cuanto á las señas, bien claras son. La palabra de Dios nace de Dios; la palabra de los hombres nace de los hombres. Aquélla, pues, se ha de buscar en las Divinas Escrituras, i en las obras de los Santos Padres: i predicarla no es otra cosa, que decir aquellas mismas verdades, que Dios enseñó á los hombres por sí mismo, ó por medio de sus Profetas, i Apóstoles; sacar las consecuencias necesarias de los principios infalibles de nuestra Religion; persuadir estas verdades con la mayor eficacia, sin mezclar pensamientos propios, más sutiles, que provechosos, ni opiniones ajenas, que de nada sirven; i procurar valerse de las mismas razones, i modos de persuadir, de que se valieron los Profetas, Apóstoles i Santos Padres, para mover con eficacia los corazones humanos, no teniendo otro fin, que la conversion de las almas, i la gloria de Dios. Y esto no impide el que uno aplique todo su estudio, meditacion, é industria para mover los corazones: lo cual se consigue principalmente con el estudio de las Sagradas Escrituras, acompañado de comentarios breves, claros i sólidos.

Nunca se ha de poner el Orador Cristiano á leerlas, sin un firme propósito de contribuir á la gloria de Dios, deseando conocerle, i darle á conocer á los fieles más i más para más alabarle; reconocerse á sí mismo, para confundirse tanto cuanto pueda, i aprovecharse de su celestial enseñanza, comprendiendo las necesidades y aflicciones del projimo, para remediarlas espiritual y temporalmente; teniendo en cuenta, que cuando se aprende la palabra de Dios, no se ha de leer, ni enseñar segun la inteligencia del propio ingenio, sino conforme el sentido de la Iglesia Católica, asistida siempre del Espíritu Santo. La Sagrada Escritura contiene el lenguaje de Dios con los hombres, á que comunmente solemos llamar *Palabra de Dios*, la cual es leche para los infantes i pan para los crecidos. Si parece desabrida á los Israelitas carnales; los verdaderos fieles se saborean, i sustentan de ella saludable, i provechosamente, entre los sinsabores, i disgustos en que se tropieza en el camino para la tierra de promision, que es la celestial Jerusalén. El buen orador conseguirá más fácilmente el intento de predicar acertadamente con ayuda del Arte Oratoria, como lo practicó *San Juan Crisóstomo*, teniendo bien estudiada la *Retórica de Aristóteles*, i la de *Hermógenes*; i los libros de oratoria, que escribieron Ciceron, i Quintiliano.

6.—D. Bartolomé José Gallardo (1776-1852).

Diccionario crítico burlesco.

Democracia.—Así se llama aquella forma de gobierno en que el pueblo en uso de su soberanía, se rige por sí mismo, siendo todos los ciudadanos tan iguales ante la ley que ellos se imponen como lo somos los desterrados hijos de Eva á los ojos de Dios. Nuestro autor define esta voz con su acostumbrada originalidad: «dice que la democracia es una especie de guardia rropa en donde se amontonan *confusamente* medias, polainas, botas y zapatos, calzones y chaquetas, casacas, sortúes y uniformes, capas, capotes y ridículos, sombreros redondos y tricornios y manteos, y (ojo) *unos monstruos de la naturaleza* que se llaman *abates.*»

Perdóneme Dios si peco; pero este artículo se me antoja está rebosando malicia; no es esto decir que esté enteramente exento de ignorancia y desatino, porque ¿á quien se le ofrece mezclar con toda esa ropería á los *abates*, cual si los abates fueran algun género de vestimenta como gaban, redingote ó dominó?

Digo que aquí hay mucho gatuperio; pues ó yo tengo los sesos osificados, ó toda esa trapería es una mascarada para vestir de mogiganga al augusto congreso nacional, haciéndole caricatura como bombacho de tapiz flamenco. Dígoo yo y sé por qué lo digo: yo he oído conversaciones, y he visto gestos y gestas: y á algunos buenos hombres de la calaña del vocabulero los he sentido hablar á lo somormujo, y los he visto y veo gesticular avinagradamente, cuando advierten en el salon de Cortes sentados en un mismo escabel al obispo y al labrador, al grande y á su vasallo, rozándose la seda con la lana, y mezclados *confusamente* capa negra con capa parda, uniforme con sotana, y sotana con garnacha.

Toda esta confusión de vestuario se pudiera haber remediado á tiempo: un uniforme sencillo y llano para todos los diputados era lo único; así no se vería en Cortes al grande ni al pequeño, al lego ni al de misa, sino al Diputado, al Representante del pueblo. Parece cuento, pero es un hechopositivo que el hombre, cuando se viste un hábito, se reviste con él de los hábitos de sentir, de pensar y de obrar, que le son anejos ó pegadizos. Efectivamente, yo he observado (pero puedo errar) que algunos diputados, muy señores mios y de toda mi veneracion, cuando se presentan vestidos de hombres, hablan que es una gloria; pero en echándose á cuestas los andularios... (¡baje Dios, y véalo!) parlan como monjas en locutorio, queriendo gobernar el reino como si fuera un cabildo ó una comunidad de frailes.

Estos hombres benditos y otros talescuales quisieran que las cosas fueran como antiguamente: que como antiguamente hubiese sus estamentos con distincion del brazo A y el brazo B; y que como antiguamente se pusiese el Clero in cápite kalendario; y dos estados más abajo, tras la nobleza, el pueblo en lo llano como mosqueteros en corral de comedias; porque antiguamente... Me matan estos señores mayores con sus antigüedades: antiguamente los hombres eran de carne y hueso, y tenían figura corporal como nosotros. Los antiguos son como los modernos; porque de los modernos sin quitar ni poner se hacen los antiguos. Mañana seremos nosotros antiguos, y se nos citará como hombres grandes y más grandes aún que nuestros abuelos. Esperemos, si no, á que pasen por aquí un par de siglos, y oiremos con-

tar maravillas de nosotros, de nuestras fechorías, y sobre todo de nuestras presentes Cortes generales y extraordinarias.—¡Quién los viviera, aunque me llevara chasco!

II.—ORATORIA

Los oradores de las Cortes de Cádiz.

1.—Don Agustín Argüelles (1776-1844).

Discurso pronunciado en las Córtes generales y extraordinarias de Cádiz, el 11 de Agosto de 1811, en la discusión sobre la admisión de todos los españoles honrados en los Colegios, Cuerpos y Academias militares.

Señor, despues de lo que ha manifestado el Sr. Villanueva y el Sr. Diputado de América Castillo, no tomaria la palabra si no se hubiese querido significar últimamente que el dictámen de la comision destruye de algun modo los privilegios de la nobleza. Esta opinion, hija del celo y de la delicada reflexion del señor preopinante, me obliga con este motivo á añadir las mías á las de mis dignos compañeros para prevenir los temores, que aunque infundados, pudieran tal vez apoyarse en el insidioso y falaz sistema que algunos enemigos de la representacion nacional esparcen en el público por escrito y de palabra para desacreditar sus decisiones, intentando sembrar la desconfianza y sostener que se advierte en el Congreso una abierta tendencia á minar por sus fundamentos el sistema monárquico. Como el dictámen de la comision cabalmente abre la puerta á participar de un privilegio de la nobleza á los españoles que carecen de aquella cualidad, quizá tomarán esta nueva ocasion de zaherir á las Córtes para conseguir su deseado triunfo, que no es otro que el de acabar con una institucion incompatible con los abusos, enemiga de la arbitrariedad y apoyo de las leyes. El privilegio que tienen los nobles de ser educados ellos solos en los colegios militares de tierra y de mar es un privilegio exclusivo, es un verdadero monopolio que se intenta hacer por su medio de la ocasion de servir á la Pátria con acciones señaladas. La comision no quiere privar á la nobleza de ser educada como hasta aquí en los colegios militares; quiere sí que todos los españoles honrados que tengan virtud y talento no sean excluidos de aspirar con los nobles sus conciudadanos al grandioso premio de que se inscriban algun dia sus nombres al lado de! de esos dignos héroes Daoiz y Velarde, que llenan de gloria á la Nacion, de admiracion y respeto este santo recinto. Este privilegio exclusivo pudo ser compatible en los tiempos anteriores á la revolucion. El número de tropas de que se componia entonces el ejército decia exacta relacion al número y circunstancias de los habitantes, á la posibilidad de calificar con facilidad á la nobleza; pero en el dia, que todo esto ha variado, cuando la ocupacion de las provincias por el enemigo, al paso que disminuye el número de aspirantes, hace difícil, y en muchas partes imposible, probar nobleza, ya por la referida ocupacion del enemigo, ya porque este ha destruido todos los archivos é instrumentos auténticos; cuando los colegios militares por estar destinados para armas y profesiones facultativas claman por pronto y abundante reemplazo respecto á que la misma bizarria de sus dignos individuos ha acarreado á muchos de ellos una temprana muerte; cuando el ejército debe tener cada dia un aumento progresivo y proporcional, ¿cómo podria conservarse un privilegio exclusivo tan funesto al aumento de nuestras armas

como ofensivo al valor, á la virtud y á la dignidad de los españoles? No, Señor, los españoles para alzarse contra la usurpacion extranjera no se han cuidado de requerir sus títulos sino sus armas; y los mismos nobles, que no se han desdeñado de rivalizar al principio á sus conciudadanos de todas las clases en las acciones de esfuerzo y patriotismo, menos se avergonzarán ahora de ser émulos de aquellos que por espacio de tres años han acreditado de mil modos que nadie les aventaja en valor, en virtud y elevacion de sentimientos. Dicho sea, Señor, en honor de la nobleza española que en esta guerra ha sido bastante generosa para dejar á un lado sus excepciones y privilegios y correr presurosa á señalarse, como en todos tiempos, entre los españoles de todas condiciones y de todas clases. Estoy seguro que seria la primera á desprenderse de este privilegio, que en rigor no es suyo, si creyese que era un obstáculo á lo que propone la comision. Ni se diga que por esto serian admitidos en los colegios militares personas en quienes no hubiese honradez, educacion y buenos sentimientos, capaces de suplir escrituras ó pergaminos que con tanta facilidad se consiguen aun con las leyes en la mano. La comision propone que no se deroguen los reglamentos respectivos, sino la sola circunstancia de nobleza; por lo demás, quedan en vigor la limpieza de sangre, las asistencias y otros requisitos bastantes á alejar aquellas personas que puedan no ser correspondientes, y que tan especiosamente se han citado aquí no con mucha oportunidad. Los gastos, la decencia que necesariamente exige la naturaleza del establecimiento de los colegios militares, harán siempre que no aspiren á ser admitidos sino jóvenes dignos de la profesion militar. Antes de concluir, no puedo menos de citar un ejemplo que destruya y aniquile el insidioso, vuelvo á decir, y falaz lenguaje de aquellos que detestando en lo íntimo de su corazon, no tanto á los Diputados como á la institucion de las Cortes, intentan introducir la desconfianza y sembrar recelos sobre la conservacion del Trono á su legítimo Monarca, á quien el Congreso no ha vendido nunca, cuyos derechos ni ha traspasado á manos extranjeras, ni ha comprometido con ambiguos procederes. Quiero citar, Señor, á nuestra digna aliada la Inglaterra, cuya marina Real, llevada al más alto grado de perfeccion y poderío, cuenta en el día entre sus almirantes á un hijo de Jorge III, que comenzó guardia marina, mezclado con los hijos de ciudadanos honrados, que no tenían títulos ni privilegios de nobleza. Lo mismo sucede en su bizarro ejército. En ninguno de los establecimientos militares que constituyen la gerarquía del ejército y armada se pide más requisitos que ser inglés, honrado, con aptitud y espíritu nacional; no obstante, la Constitucion inglesa es monárquica; existe en la nacion nobleza por la ley, cuyos privilegios y exenciones honran á sus individuos sin humillar á sus ciudadanos; establecen una gerarquía sin promover la desigualdad de los derechos civiles, ni fomentar la desunion entre las clases del Estado.

¿Por qué, pues, se ha de creer que la simple alteracion de los reglamentos de algunos Colegios y Academias militares puedan disminuir ni atentar en lo más mínimo á las clases nobles, cuyos privilegios y exenciones delante de la ley no pueden servir de escudo para oscurecer el mérito y la virtud donde quiera que se halle, y menos perjudicar á la libertad política y civil de los españoles de todos los Estados? La malignidad y las siniestras intenciones intentarán, no lo dudo, forzar el sentido de las palabras, y depravar las sencillas reflexiones que he expuesto; mas la razon y el recto juicio calificarán por parte de quien está la razón y la verdad. Por tanto, Señor, no

puedo menos de apoyar el dictámen de la comision de Guerra en todas sus partes.

2.—D. Diego Muñoz Torrero (1761-1829).

Discurso pronunciado en las Cortes de Cádiz, el dia 29 de Agosto de 1811, en defensa del artículo 3.º de la Constitución.

Permítaseme, como á individuo de la Comision, fijar el estado de la cuestion presente, porque veo que se extravía demasiado, y va degenerando en varias especulaciones ó ideas vagas é indeterminadas, que no pueden servir de base á nuestros razonamientos. El señor Presidente ha mirado la cuestión bajo su verdadero aspecto, citando los fueros de Navarra, de los cuales consta que aquel reino ha ejercido siempre el derecho de establecer sus leyes y de oponerse á las órdenes del Gobierno cuando hallaba que eran contra fuero. Aquí se ve que los Reyes no tienen en Navarra la plenitud de la autoridad suprema, puesto que no pueden por sí solos dar y publicar las leyes: este es hecho conocido allí por todos, y no es una teoría ó especulacion filosófica. Las Cortes, antes de entrar en su carrera política, creyeron de su deber empezar haciendo una protesta solemne contra las usurpaciones de Napoleon, declarando la libertad é independencia y soberanía nacional, y que por consiguiente era nula la renuncia hecha en Bayona, «no solo por la violencia que intervino en aquel acto, sino principalmente por la falta del consentimiento de la Nación». Este paso se consideró entonces asolutamente preciso para que sirviese de cimiento á las ulteriores providencias, cuya fuerza legal dependía de la autoridad legítima de las Cortes, convocadas de un modo extraordinario y nuevo en España, por exigirlo así la salvacion de la Patria, que es la suprema ley á la que deben ceder en todos los casos cualesquiera otras consideraciones ó intereses particulares. Napoleon, suponiendo que todos los derechos de la Nacion pertenecían única y privativamente á la familia Real, obligó á ésta á renunciarlos, y en virtud de este hecho solo pretende haber adquirido un derecho legítimo á darnos una Constitucion y á establecer el Gobierno de España, sin contar para nada con la voluntad general. Ahora, pues, pregunto yo: ¿será oportuno repetir al principio de nuestra Constitución la expresada protesta, y declarar del modo más auténtico y solemne que la Nación española tiene la potestad soberana ó el derecho supremo de hacer sus leyes fundamentales, sin que se le pueda obligar de ninguna manera legítima á aceptar el Gobierno que no crea convenirle? Entiendo que es de la mayor importancia hacer esta declaracion de los expresados derechos, cuya defensa es el grande objeto de la lucha sangrienta en que estamos empeñados, y el medio más legítimo de defender los que corresponden al Sr. D. Fernando VII, reconocido y proclamado Rey de España por toda la Nacion. En una palabra, el artículo de que se trata reducido á su expresion más sencilla, no contiene otra cosa, sino que Napoleon es un usurpador de nuestros más legítimos derechos: que ni tiene ni puede tener derecho alguno para obligarnos á admitir la Constitucion de Bayona, ni á reconocer el Gobierno de su hermano, porque pertenece exclusivamente á la Nacion española el derecho supremo de establecer sus leyes fundamentales, y determinar por ellas la forma de su Gobierno.

Desde luego se echa de ver que aquí no hay teorías ni hipótesis filosóficas,

sino una exposicion breve y clara del derecho que han ejercido nuestros mayores, con especialidad los navarros y aragoneses. Para expresar que la Nacion no puede ser despojada de este derecho soberano, por ser un elemento constitutivo de ella en calidad de Estado libre é independiente, se dice que le pertenece esencialmente. Un estado se llama libre cuando es dueño de sí mismo, y tiene el derecho de hacer sus propias leyes, sin que se le pueda precisar á obedecer sino á aquellas que haya consentido. Así es que el art. 3.° no es más que el desenvolvimiento ó una consecuencia necesaria del 2.° En cuanto al ejercicio de este supremo derecho ó soberanía, ya se previene en el cap. 3.° del tít. II, que la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey, y en éste solo la de hacerlas ejecutar, porque el Gobierno de la Nacion española ha sido siempre una Monarquía moderada y no hubiera podido serlo si el ejercicio de la autoridad suprema perteneciese exclusivamente al Rey. La Comisión, para exponer estas máximas conocidas y observadas por nuestros mayores, ha seguido religiosamente el espíritu de las antiguas Constituciones de los diferentes reinos ó provincias que componen la Península, á fin de manifestarlos á todos y dar á la nacion entera una misma ley fundamental. Pues, cesen ya las vanas declamaciones y no se vuelva á oir en este recinto que se quieren introducir teorías filosóficas é innovaciones peligrosas. Nosotros no hemos hablado una palabra del origen primitivo de las sociedades civiles, ni de las hipótesis inventadas en la materia por los filósofos antiguos y modernos; solo hemos tratado de restablecer las antiguas leyes fundamentales de la Monarquía y declarar que la Nación tiene derecho para renovarlas y hacerlas observar, tomando al mismo tiempo aquellas oportunas providencias y precauciones que aseguren de un modo estable y permanente su entero cumplimiento para que no volvamos á caer en los pasados desórdenes. Sin embargo de ser esta doctrina tan evidente, se ha dicho aquí que la soberanía reside originaria y radicalmente en la Nacion; pero que por la institucion misma de la Monarquía, el pleno ejercicio de los poderes que constituyen aquella, pertenecía al Rey. A esto responderán los navarros que sus Cortes ejercen la potestad legislativa, cuando consienten el establecimiento de nuevas leyes; suspenden en varios casos la publicación de las cédulas y órdenes del Rey, y decretan las contribuciones ó sean donativos. Otro tanto dirán los aragoneses respecto á sus antiguas Cortes, como se demuestra por la fórmula usada para la publicacion de las leyes. «El Rey, de voluntad de las Cortes, establece y ordena».

El Sr. Inguanzo ha preguntado si en esta cuestión podía hablar con libertad, porque no tratándose de verdades reveladas, parece que no se le debe privar del derecho de exponer su dictamen en una materia puramente política. A esta pregunta responderé con otra. ¿Un Diputado podrá en el Congreso impugnar el Gobierno monárquico que la Nacion ha establecido y que quiere conservar? Digo que no se debe hablar aquí contra la institucion de la Monarquía, aunque la conveniencia de este Gobierno para la España no sea una verdad revelada, y otros Estados antiguos y modernos hayan adoptado la forma democrática ó aristocrática. La Nacion tiene el derecho de establecer sus leyes fundamentales, y habiendo escogido desde los tiempos más remotos la Monarquía templada, no es lícito á un Diputado votar contra la voluntad nacional, manifestada en la presente época de la manera más pública y solemne. Pues esto mismo deberá decirse del Decreto del día 24 de Setiembre, que es una declaración del supremo derecho que la Nación juzga pertenecer-

le y cuyo Decreto ha sido consentido y aprobado por todas las provincias, tanto de la Península como de la América. El artículo que se discute no hace más que repetir esta misma declaración.

Dispútese muy enhorabuena sobre los términos en que está concebido el artículo, y háganse las variaciones que se crean más oportunas para expresar con más exactitud y precision la idea principal; mas ya no puede ponerse en duda la soberanía nacional, porque este es un derecho declarado por el único juez legítimo, que es la misma Nacion, y cuya voluntad general debe ser nuestra regla en este negocio, así como en todos los demás que interesen á su conservacion y seguridad. Ayer dije que me sería fácil responder á los argumentos con que el señor Obispo de Calahorra se propuso probar que en los primeros siglos de la Iglesia se había creido que la potestad de los Reyes traía su origen inmediato de sólo Dios, y no de la voluntad de las Naciones; y para esto cité á San Juan Crisóstomo, que, en la Homilia 23 sobre la Carta de San Pablo á los romanos, explica con claridad la doctrina del Apostol.

El Sr. Lera trae copiadas, en parte, las palabras de dicho padre y me parece oportuno leeras. (*Leyó*). Continúa el mismo Santo diciendo que Dios es autor del orden; y no pudiendo este conservarse en la sociedad sin una autoridad pública, quiere que se establezca en ella. Sigue mas adelante y propone el ejemplo del matrimonio, que ha sido instituído por Dios mismo y, con todo, es un contrato libremente hecho entre las personas que le celebran. De aquí se infiere que Dios es autor de la potestad pública, porque lo es de la sociedad y del orden que debe reinar en ella; y esta es la razon por que en el proyecto se invoca el nombre de Dios como autor y supremo legislador de la sociedad. Así, con una sola palabra se desechan todos los vanos sueños é hipótesis inventadas por algunos filósofos para dar razon del origen y condición primitiva de los hombres, á quienes suponen en un estado salvaje ó de ignorancia y barbarie. Pero este no es el estado primitivo y natural del hombre, que fué criado por la sociedad y educado por Dios mismo, que fué su maestro. Dije también que el discurso del Sr. Obispo de Calahorra contenía algunas contradicciones, entre las cuales referiré dos que tengo presentes. Después de haber pretendido probar, con los padres de la Iglesia, que la potestad de los Reyes provenía inmediatamente de Dios sólo, nos habló largamente de los derechos del hombre, del origen primitivo de las sociedades, y dijo que la autoridad real había sido establecida por el consentimiento ó convenio de los mismos hombres. Por último, propone como máxima cierta que la soberanía reside exclusivamente en nuestros Reyes y sin embargo, pide que las Cortes pongan á la autoridad real aquellas restricciones ó trabas que parezcan más oportunas para evitar el despotismo. Pero si la soberanía pertenece exclusivamente al Rey de España ¿qué derecho tienen las Cortes para poner trabas ó restricciones al ejercicio de la potestad real? Lo más podrían hacer representaciones al Rey; pero de ninguna manera ejercer derecho alguno para limitar su autoridad. Esta es una contradicción manifiesta y la que no es posible evitar cuando se rehusa reconocer la soberanía de la Nacion; y por otro lado se pretende restablecer particularmente las Constituciones de Aragon y de Navarra, por las cuales no se concede al Rey la plenitud de la potestad legislativa. Concluyo, pues, pidiendo que se apruebe el artículo, que se reduce únicamente á hacer una protesta solemne contra las usurpaciones de Napoleon, y á declarar que la nacion española tiene el derecho exclusivo de establecer sus leyes fundamenta-

les. He aquí un punto de vista bajo el cual quisiera que se mirase la cuestion, y no bajo un aspecto odioso, contrario á las sanas intenciones de la Comisión.

III.—POESÍA

A.—Decadencia de la épica y de la lírica.

1.—D. Manuel Joret Quintana (1471-1857).

A LA INVENCIÓN DE LA IMPRENTA

¿Será que siempre la ambicion sangrienta
O del solio poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
¿Serán tal vez del nombre á quien daria
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡Oh! despertad: el humilde acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.
No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invencion sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos oro.
¿Dios no fuiste tambien tú, que allá un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste
Y trazándola en letras, detuviste,
La palabra veloz que antes huía?
Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera
Y hablar ya pudo con la edad futura.

¡Oh gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invencion magnífica se deben:
Contémplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.
Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á Guttenberg. «¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Oceano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse...
Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra,
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despezado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra:
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Despues abandonada,

Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fue su escándalo y espanto.

2.—Don Tomás de Iriarte (1750-1791).

FÁBULAS LITERARIAS.

El te y la salvia.

El te, viniendo del imperio chino,
se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo: ¿A dónde vas, compadre?
A Europa voy, comadre,
donde sé que me compran á buen precio.
Yo (respondió la salvia) voy á China,
que allá con sumo aprecio
me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
y jamás he podido hacer fortuna.
Anda con Dios, no perderás el viaje;
pues no hay nacion alguna
que á todo lo extranjero
no dé con gusto aplausos y dinero.
La salvia me perdone
que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario
yo no defendería lo contrario;
porque en él para algunos es un vicio
lo que es en general un beneficio.
Y español que tal vez recitaría
quinientos versos de Boileau y el Taso,
puede ser que no sepa todavía
en qué lengua los hizo Garcilaso.

B. Decadencia de la novela.

El P. José Francisco de Isla (1703-1781).

HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

Era el caso que por mal de sus pecados se encontraba nuestro Fray Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalbete poco más ó menos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpu-

lenta; miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues; zapato ajustado, y sobre todo, su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra toda de ciertas beatas que se desvivían por su padre predicador. En conclusion, él era un mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores que jamás citaban á los Santos Padres, ni aun á los sagrados evangelistas, por sus propios nombres, pareciéndoles que ésta es vulgaridad. A San Mateo, le llamaba el *ángel historiador;* á San Marcos, *el evangélico toro;* á San Lucas, *el más divino pinc l;* á San Juan, *el águila de Patmos;* á San Gerónimo, *la púrpura de Belem;* á San Ambrosio, *el panal de los doctores;* á San Gregorio, *la alegórica tiara.* Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermon, para citar el evangelio y el capítulo de donde le tomaba, había de decir sencilla y naturalmente: *Joannis, capite decimo tercio; Matthœi, capite decimo quarto;* eso era cuento, y le parecía que bastaría eso para que le tuviesen por un predicador sabatino: ya se sabía que siempre había de decir: *Ex Evangelica lectione Matthœi vel Joannis, capite quarto decimo;* y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocacion: *Quarto decimo ex capite.* ¡Pues que, dejar de meter los dos deditos de la mano derecha con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle dar dos ó tres brinquitos disimulados; y, como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho!... Esto, afeitarse siempre que había de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete; y luego que, hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pie en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas más que aire, volverle á meter en la manga á compas y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de: «Sea ante todas cosas bendito, alabado y glorificado»; concluyendo con lo otro de: «En el primitivo instantáneo ser de su natural animacion», no dejaría de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara que todas ellas eran por lo menos otras tantas evidencias de que allí no había ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

Sí, andaos á persuadírselo, cuando á ojos vistas estaba viendo que solo con este preliminar aparato se arrastraba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para sí los corazones, y no había estrado ni visita donde no se hablase del último sermon que había predicado.

Ya era sabido que siempre había de dar principio á sus sermones, ó con

algun refran, ó con algun chiste, ó con alguna frase de bodega, ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato; hasta que, despues de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salía con una explicacion que venía á quedar en una grandísima friolera. Predicando un día del misterio de la Trinidad, dió principio á su sermon con este período: «Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas»; y parose un poco. Los oyentes, claro está, comenzaron á mirarse los unos á los otros, ó como escandalizados ó como suspensos, esperando en qué había de parar aquella blasfemia hereticál. Y cuando á nuestro predicador le pareció que ya los tenía cogidos, prosigue con la insulsez de añadir: «Así lo dice el evionita, el marcionista, el arriano, el maniqueo, el sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los concilios y con los padres.»

En otro sermon de la Encarnacion, comenzó de esta manera: «A la salud de ustedes, caballeros»; y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo: «No hay que reirse: porque á la salud de ustedes, de la mía y la de todos, bajó del cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fe. Pruébolo: *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cœlis, et incarnatus est.*» Al oir esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia, que poco faltó para que parase en pública aclamacion.

C. Decadencia del Teatro.

1.—D. Leandro Fernández de Moratín (1760-1828).

LA COMEDIA NUEVA

(Acto II. Escena 1.ª)

D. Hermógenes. Pues ¿quién ama tan de veras como yo? ¿cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mio?

Doña Agustina. ¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

Doña Mariquita. ¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

Doña Agust. ¡Me desespera!

Doña Mari. Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted cómo todo se dispone; porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

Doña Agust. Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento ni saben latin.

Doña Mari. ¡Pues latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin, y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores...

Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUST. ¡Qué ignorancia! Vaya, D. Hermógenes, lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido más: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen completamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruídas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARI. ¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

DOÑA AGUST. Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓG. Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Despues aprenderá los logaritmos y algo de la estática; despues...

DOÑA MARI. Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal engaño! No, señor, si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no: si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente *Gacetas y Mercurios* para buscar nombres bien estravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á usted que comimos el domingo pasado, Don Serapio?

D. SERAPIO. ¡Yo, señora! ¿Cómo quiere usted que...

DOÑA MARI. Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el más desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada, sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUST. Esta es su cancion: siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo, y más trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregrando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓG. Sí, Mariquita, sí; en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto*, se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index é infamis*, que es decir: que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es más difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que más elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo ó un carnero verde.

DOÑA MARI. Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina...

2.—Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla (1731-1794).

SAINETES

TRAGEDIA PARA REIR Y SAINETE PARA LLORAR

Manolo, Sabastian, la tía Chiripa y comparsa.

CHIR. ¡Manolillo!

MAN. ¡Señora y madre mía!
Dejad que imprima en la manaza bella
el dulce beso de mi sucia boca.
¿Y mi padre?

CHIR. Murió.

MAN. Sea norabuena.
¿Y mi tía la Roma?

CHIR. En el Hespicio.

MAN. ¿Y mi hermano?

CHIR. En Oran.

MAN. ¡Famosa tierra!
¿Y mi cuñada?

CHIR. En las Arrecogidas.

MAN. Hizo bien, que bastante anduvo suelta.

(*Entran el tío Matute y la Remilgada*).

TÍO Y REM. ¡Manolo, bien venido!

MAN. ¿Quién es éste (A *la tía Chiripa*).
que tan serio me habla y se presenta?
CHIR. Otro padre que yo te he prevenido,
porque con la orfandá no te afligieras.
MAN. ¿Y qué destino tiene?
TÍO. Tabernero.

(*Con dignidad, y Manolo y su comparsa le hacen una profunda y expresiva reverencia*).

CHIR. Y esta, que es rama de la misma cepa,
es su hija y tu esposa.
REM. ¡Yo fallezco!
CHIR. Repárala qué aseada y qué compuesta.
MAN. Ya veo que lo está.
CHIR. ¿Vienes cansado?
MAN. ¿De qué? Diez ó doce años de miseria,
de grillos y de zurras, son lo mismo
para mí que beberme una botella.
TÍO. ¿Cómo te ha ido en presillo?
MAN. Grandemente.
SAB. Cuenta de tu jornada y tus proezas
el cómo por menor ó por arrobas.
MAN. Fué, señores, en fin, de esta manera.
No refiero los méritos antiguos,
que me adquirieron en mi edad primera
la comun opinion; paso en silencio
las pedradas que dí, las faldriqueras
que asalté y los pañuelos de tabaco
con que llené mi casa de banderas,
y voy sin reparar en accidentes
á la sustancia de la dependencia.
Dempues que del Palacio de Provincia
en público salí con la cadena,
rodeado del ejército de pillos,
á ocupar de los Moros las fronteras,
en bien penosas y contadas marchas,
sulcando ríos y pisando tierras,
llegamos á Algeciras, dende donde,
llenas de aire las tripas y las velas,
del viento protegido y de las ondas,
los muros saludé de la gran Ceuta.
No bien pisé la arena de sus playas
cuando en tropel salió, si no en hileras,
toda la guarnicion á recibirnos
con su Gobernador en medio de ella.
Encaróse conmigo y preguntóme:
¿Quién eres? Y al oir que mi respuesta
solo fué «soy Manolo», dijo serio:
Por tu fama conozco ya tus prendas.

Desde aquel mismo instante, en los diez años
no habido expedicion en que no fuera
yo el primerito. ¡Qué servicios hice!
Yo levanté murallas: de la arena
limpié los fosos; amasé cal viva:
rompí mil picas; descubrí canteras,
y en las noches y ratos más ociosos
mataba mis contrarios treinta á treinta.

TÍO. ¿Todos moros?

MAN. Ninguno era cristiano,
pues que de sangre humana se alimentan.
En fin, de mis pequeños enemigos
vencida la porfía y la caterva,
me vuelvo á reposar al patrio suelo;
aunque segun el brío que me alienta,
poco me satisface esta jornada,
y solo juzgo que salí de Ceuta
para correr despues las demás cortes:
Peñon, Oran, Melilla y Alhucemas.

SAB. Y entre tanto á las minas del azogue
puedes ir á pasar la Primavera.

TÍO. Habla á tu esposo. (*A la Remilgada*).

REM. Gran señor, no quiero.

TÍO. ¡Qué gracia! ¡qué humildad! ¡y qué obediencia!

CHIR. Ven, pues, á descansar.

(*Entra la Potajera*).

POT. Dios guarde á ustedes.
Y tú, Manolo, bien venido seas,
si vuelves á cumplirme la palabra.

MAN. ¿De qué?

POT. De esposo.

MAN. Pues en vano esperas,
que tengo aborrecidas las esposas
dempues que conocí lo que sujetan.

POT. Tú me debes...

MAN. ¿Al cabo de diez años
quieres que yo me acuerde de mis deudas?

POT. Mira que de paz vengo, no resistas,
ó apelaré al despique de la guerra;
pues á este fin mi ejército acampado
dejo ya en la vecina callejuela.

TÍO. ¡Hola! ¿Qué es esto?

POT. Es un asunto de honra.

TÍO. ¡Cielos, qué escucho! Aquí de mi prudencia.
Haced vosotros gestos entre tanto
que yo me pongo así como el que piensa. (*Pausa*).

MAN. ¡Qué bella escena muda!

TÍO. Ya he resuelto,
y voy á declararme.

CHIR. Pues revienta.
TÍO. Aquí hay cuatro intereses. El de mi hija;
el de Manolo, que á casarse llega;
el nuestro, que cargamos con hijastros;
y finalmente el de la Potajera,
que pretende que pague el que la debe,
y es justicia, con costas, etcetera. (*Pausa*).
Manolo ha de casarse con mi hija... (*Resuelto*).
Este es mi gusto.
REM. ¡Cielos, que sentencia!
TÍO. Con que es preciso hallar entre tu honra
y mi decreto alguna conveniencia.
POT. Mi honor valía más de cien ducados.
TÍO. Ya te contentarás con dos pesetas.
POT. No lo esperes.
TÍO. Pues busca quien le tase.
POT. Lo tasaran las uñas y las piedras...

ÉPOCA NOVÍSIMA Ó RENACIMIENTO

Desde la muerte de Moratín (1828), hasta la de Campoamor (1901).

I.—DIDÁCTICA

A.—Filósofos, moralistas, políticos, médicos.

1.—D. Jaime Balmes (1810-1847).

FILOSOFIA FUNDAMENTAL

ASPIRACIONES DEL ALMA HUMANA.

El fenómeno que notamos en la inteligencia, lo descubrimos tambien en el entendimiento y en la voluntad. Para satisfacer sus necesidades y atender á la conservacion del individuo y de la especie, tiene el hombre sensaciones y sentimientos; pero al lado de esas afecciones, limitadas á la esfera en que se halla circunscrito, experimenta sentimientos más elevados que le arrojan fuera de su órbita, y que, por decirlo así, absorben su individualidad en el piélago de lo infinito.

Cuando el hombre se pone en contacto con la naturaleza en sí misma, despojado de todas las condiciones que se refieren á individuos, experimenta un sentimiento indefinible, una especie de presentimiento de lo infinito. Sentáos á la orilla del mar en una playa solitaria; escuchad el sordo mugido de las olas que se estrellan bajo vuestros pies, ó el silbido de los vientos que las agitan; con la vista fija en aquella inmensidad mirad la línea azulada que une la bóveda del cielo con las aguas del océano; colocáos en una vasta y desierta llanura ó en el corazon de un bosque de árboles seculares; en el silencio de la noche contemplad el firmamento sembrado de astros que siguen tranquilamente su carrera, como la siguieron muchos siglos antes, como la seguirán siglos despues; sin esfuerzo, sin trabajo de ninguna clase, abandonaos á los movimientos espontáneos de vuestra alma y veréis cómo brotan en ella sentimientos que la conmueven hondamente, que la levantan sobre sí misma, y como que la absorben en la inmensidad. Su individualidad desaparece á sus propios ojos; siente la armonía que preside al conjunto inmenso de que forma una pequeñísima parte; en aquellos momentos solemnes es cuando el genio canta inspirado por las grandezas de la creación y levanta una punta del velo que cubre á los ojos de los mortales el esplendente solio del Supremo Hacedor.

Aquel sentimiento grave, profundo, calmoso, que se apodera de nosotros en ocasiones semejantes, nada tiene de relativo á objetos individuales; es una expansion del alma que se abre al contacto de la naturaleza, como la flor de la mañana á los rayos del sol; es una atraccion divina con que el autor de todo lo criado nos levanta de este monton de polvo en que nos arrastramos por breves momentos. Así se armonizan el entendimiento y el corazon; así éste presiente lo que aquél conoce; así se nos avisa por diferentes caminos

que no creamos limitado el ejercicio de nuestras facultades á la estrecha órbita que se nos ha concedido sobre la tierra; guardémonos de helar el corazon con el frío de la insensibilidad y de apagar la antorcha del entendimiento con el desolante soplo del escepticismo.

2.—Doña Concepción Arenal (1820-1893).

La mujer de su casa.

Importancia de formarse una idea exacta de la perfección

Parece que no hay daño mayor para la sociedad que aquel intencionado hecho por sus individuos malévolos, que, á sabiendas y deliberadamente, satisfacen la pasión y buscan el provecho ó el gusto propio á costa del perjuicio y del dolor ajenos. Pero observando bien, llegamos á convencernos de que los grandes males son aquellos que se hacen ignorando que lo son, que se consuman con tranquilidad de conciencia y que, en vez de vilipendio reciben aplauso de la opinión pública. Por cualquiera página que abramos el libro de la Historia vemos que los pueblos sufren principalmente, no por los ataques de los malhechores, que las leyes condenan y la opinión anatematiza, sino por aquellos impunes ó aplaudidos que destrozan el cuerpo social con tranquilidad de conciencia y beneplácito de la comunidad. Así, por ejemplo, no es lo más grave que en ciertas épocas falte seguridad para las vidas y haciendas, sino que los bandidos se llamen y sean tenidos por caballeros: que se torturen y destrocen los miembros del acusado, sino que el tormento sancionado por la justicia, parezca indispensable para realizarla: que se queme á los hombres vivos porque no piensan en todo como sus verdugos, sino que el *oficio* de estos se llame *santo*, que sus manos manchadas de sangre inocente se besen con respeto, y que las sentencias absurdas, inícuas y crueles que salen de sus bocas impías sean consideradas como oráculos de la divinidad. Y si de los pasados tiempos venimos á los presentes, no es lo más dañoso (con serlo mucho) que haya *nihilistas* incrédulos y piadosos, los unos que pretenden aniquilar toda autoridad, los otros que se aniquilan ellos mismos ante la autoridad, los unos que vean la perfeccion en la fiera, los otros en el cadaver; los unos que conmoverán el aire con las explosiones de la dinamita, los otros que le envenenen con emanaciones mefíticas; esto, con ser muy malo, no es lo peor: lo más grave y lo terrible, es que hay miles y millones de personas que crean que por estos medios se pueda hacer la felicidad de la tierra, ó ganar el cielo, y que llamen perfección á la mutilación.

Nos parece que no se puede estudiar bien el presente y el pasado sin adquirir el convencimiento de que los grandes males de los pueblos vienen, menos de las injusticias que persiguen que de las que toleran, y sobre todo de las que ignoran.

Para que esta proposición no parezca demasiado absoluta, hay que considerar dos cosas:

1.ª Que la verdad moral no venga repentinamente como una luz que hace desaparecer las tinieblas, sino que se va filtrando por el cuerpo social á través de numerosos obstáculos; en la lentitud con que marcha no se puede fijar en qué día ni en qué año fué contemplada y reconocida, y por esta incertidumbre de la intensidad y momento de su acción es facil incurrir en el error de no considerarla como causa de todos sus efectos.

2.ª Que el tiempo (más ó menos, siempre mucho), que la idea tarda en hacerse *opinión* y *ley*, por impaciencia simpática, ó por hostilidad rencorosa, es fácil pedirle lo que todavía no puede dar, vacunarla de los males que *demuestra* como si los *creara*. Hay personas envueltas en densa oscuridad que no les permite ver el cuadro de los dolores humanos, y cuando las tinieblas desaparecen y ya no pueden negarlos, acusan á la ley de ser autora de ellos.

Teniendo presentes estas dos circunstancias, y que en todo pueblo que progresa hay:

Una justicia que ignora.

Una justicia que entrevé.

Una justicia que ve claramente, pero que por los muchos obstáculos que se oponen no pueden aún realizarse;

Una justicia que se realiza.

3.—D. José Letamendi.

Curso de Clínica general.—Aforismos clínicos.

Sé delicado en todo, de palabra y de obra: que la delicadeza es, de todas las formas de respeto á los demás, la que te hará más respetable.

En otras artes, el práctico que yerra, yerra; en la médica, el práctico que yerra, mata.

Trabajar ahito arruina por orgasmo digestivo; hacerlo ayuno, perjudica por irritacion de los órganos laborantes.

El vino, á la corta, apaga el hambre; á la larga, embota la facultad de sentirla.

En todo tumor reproductible la operacion agrava la calidad y acorta la vida.

Joven cuyos males propenden á cronicidad, viejo prematuro.

El sueño más reparador es aquél que solo se distingue de la muerte por el pulso, el aliento y el calor naturales.

Los niños son como los pueblos: siempre se quejan con razon, aunque ignoren la razon por qué se quejan.

4.—D. Santiago Ramón y Cajal.

FUNDAMENTOS RACIONALES Y CONDICIONES TÉCNICAS DE LA INVESTIGACION BIOLÓGICA

Cualidades de orden moral que debe poseer el investigador.

Estas cualidades son la independencia intelectual, el amor á la ciencia, la perseverancia en el trabajo y la religion del honor y de la gloria. De atributos intelectuales no hay que hablar, pues damos por supuesto que el aficionado á la inquisicion científica goza de un regular entendimiento, de no despreciable imaginacion, y sobre todo, de esa armónica ponderacion de facultades que vale mucho más que el talento brillante, pero irregular y desequilibrado. Afirma Carlos Richet que en el hombre de genio se juntan los idealismos de don Quijote y el buen sentido de Sancho. Algo de esta feliz conjuncion de atributos debe poseer el investigador: temperamento artístico que le lleve á buscar y contemplar el número, la medida y la armonía de las cosas, y un buen sentido crítico capaz de refrenar los arranques temerarios

de la imaginacion, y de hacer que prevalezcan, en esa lucha por la vida que entablan en nuestra mente las ideas, los pensamientos que más fielmente traducen la realidad objetiva.

A) Independencia de juicio.—Rasgo dominante en los investigadores eminentes es la altiva independencia de criterio. Ante la obra de sus predecesores y maestros no permanecen humildes y asombrados, sino recelosos y escudriñadores. Aquellos espíritus que, como Vesalio, Eustaquio y Harveo corrigieron la obra anatómica de Galeno, y aquellos otros llamados Copérnico, Keplero, Newton y Huyghens, que echaron abajo la astronomía de los antiguos, fueron sin duda sagaces entendimientos, pero ante todo, poseyeron una individualidad intelectual vigorosa y una osadía crítica extraordinaria. De los dóciles y humildes pueden salir los santos, pocas veces los sabios. Tengo para mí que el excesivo cariño á la tradición, el obstinado empeño en fijar la ciencia en las viejas fórmulas del pasado, cuando no denuncian una gran pereza mental, representan la bandera que cubre los intereses creados por el error.

¡Desgraciado del que, en presencia de un libro, queda mudo y absorto! La admiracion extremada disminuye nuestra personalidad y ofusca nuestro entendimiento, que llega á tomar las hipótesis por demostraciones, las sombras por claridades.

Harto se me alcanza que no es dado á todos sorprender á la primera lectura los vacíos y lunares de un libro inspirado. La admiracion, como todos los estados personales, excluye todo otro sentimiento. Si despues de una lectura sugestiva nos sentimos débiles, dejemos pasar algunos dias; fría la cabeza y sereno el juicio, procedamos á una segunda, y hasta á una tercera lectura: poco á poco los vacíos aparecen; los razonamientos endebles se patentizan; las hipótesis ingeniosas pierden sus prestigios y enseñan lo deleznable de sus cimientos, la magia misma del estilo acaba por hallarnos insensibles; nuestro entendimiento, en fin, reacciona, el libro no tiene en nosotros un devoto, sino un juez. Este es el momento de investigar, de cambiar las hipótesis del autor por otras más razonables, de someterlo todo á la piedra de toque de la experimentacion.

A la manera de muchas bellezas naturales, las obras humanas necesitan, para no perder sus encantos, ser contempladas á distancia. El análisis es el microscopio que nos aproxima al objeto, y nos muestra el tapiz por el reves, destruyendo la ilusion al poner ante nuestros ojos lo artificioso del bordado y los defectos del dibujo.

Acaso se dirá que en los presentes tiempos, que han visto derrocados tantos ídolos y mermados ó desconocidos muchos viejos prestigios, no es necesario un llamamiento al sentido crítico y al espíritu de duda. Cierto que no es tan urgente hoy como en otras épocas, pero todavía conserva la rutina sus fueros; aún se da con harta frecuencia el fenómeno de que los discípulos de un hombre ilustre gasten sus talentos, no en esclarecer nuevos problemas, sino en defender los errores del maestro. No vale desconocer que tambien, en esta época de libre examen y de irreverente crítica, la disciplina de escuela reina en las Universidades de Francia, Alemania é Italia con un despotismo tal, que sofoca á veces las mejores iniciativas é impide la *eclosion* de los pensadores más originales. Los que nos batimos en la brecha como simples soldados, ¡cuántos ejemplos elocuentes podríamos citar de esta servidumbre de escuela ó de cenáculo! ¡Qué de talentos conocemos que no han tenido más

desgracia que haber sido discípulos de un grande hombre! Y aquí nos referimos á esas naturalezas generosas y agradecidas, las cuales, sabiendo la verdad, no osan declararla por no quitar al maestro una parte de un prestigio que hallándose fundado en falsas ciencias, caerá, tarde ó temprano, en poder de adversarios menos escrupulosos. Por lo que hace á esas naturalezas dóciles, tan fáciles á la induccion como tercas en sus errores, que suelen rodear á los jefes de secta en París como en Berlín, su misión ha sido siempre adular al genio y aplaudir sus extravíos. Este es el pleito homenaje que la medianía rinde comúnmente al talento superior; lo que se comprende bien recordando que los cerebros débiles entienden mejor el error, casi siempre sencillo, que la verdad, á menudo tan austera como difícil.

B) *Perseverancia en el estudio.*—Ponderan con razon los tratadistas de lógica la virtud creadora de la atencion, pero insisten poco en una variedad de atender que cabría llamar *polarización cerebral ó atencion crónica*, ó, en otros términos, la orientacion permanente durante meses, y aun años, de todas nuestras facultades sobre un objeto de estudio. Infinitos son los talentos vigorosos que, por carecer de este atributo que los franceses designan *esprit de suite*, se esterilizan en sus meditaciones. A docenas podría yo citaros españoles que, poseyendo un ingenio admirablemente adecuado para la investigacion científica, se retiran de una cuestion sin haber medido seriamente sus fuerzas, y justamente en el momento mismo en que la Naturaleza iba á pagar sus afanes con la revelacion ansiosamente esperada.

Llenos están nuestros claustros y laboratorios de estas naturalezas tornadizas é inquietas, que aman la investigacion y se pasan los dias, de turbio en turbio, ante la retorta ó el microscopio; su febril actividad revélase en la avalancha de conferencias, folletos y libros en que prodigan una erudicion y un talento considerables; fustigan continuamente la turba gárrula de traductores y sofistas, proclamando la necesidad inexcusable de la observacion y el estudio de la Naturaleza en la Naturaleza misma; y cuando, tras largos años de propaganda y de labor experimental, se pregunta á los íntimos de tales hombres, á los que constituyen el misterioso cenáculo donde aquéllos ofician de pontifical, por los descubrimientos del sublime maestro, confiesan ruborosos que la misma fuerza del talento, la casi imposibilidad de ver en pequeño, la extraordinaria latitud y alcance de la obra emprendida, ha imposibilitado llevar á cabo ningun progreso parcial y positivo. He aquí el fruto de la flaqueza de la atencion, complicada con una lamentable equivocacion sobre el alcance del propio talento.

Para llevar á feliz término una indagacion científica, una vez aplicados los métodos conducentes al fin, debemos fijar fuertemente el objeto en nuestro espíritu, á fin de provocar enérgicas corrientes de pensamiento; es decir, asociaciones cada vez más complejas y precisas entre las imágenes recibidas por la observacion y las ideas que dormitan en nuestro inconsciente: ideas que solo una concentracion vigorosa de nuestras energías cerebrales podrá llevar al campo de la conciencia. No basta la atencion expectante, ahincada; es preciso llegar á la preocupacion. Importa aprovechar para la obra todos los momentos lúcidos de nuestro cerebro, ya la meditacion que sigue al descanso prolongado, ya el trabajo mental supraintensivo que solo da la célula nerviosa caldeada por la congestion; ora, en fin, la inesperada intuicion que brota á menudo, como chispa del eslabon, del choque de la discusion científica.

Casi todos los que dudan de sus propias fuerzas, ignoran el maravilloso poder de la atención prolongada. Esta polarización cerebral, sostenida durante meses en un cierto orden de percepciones, afina el entendimiento, y condensa, como en un foco, toda la luz del pensamiento sobre el nudo del problema; permite descubrir en éste relaciones inesperadas. Diríase que el cerebro humano goza, como la placa fotográfica, de la virtud de impresionarse (á condición de prolongar suficientemente el tiempo de exposición), por los mas tenues resplandores de las ideas. A fuerza de horas, una placa situada en el foco de un anteojo dirigido á las estrellas, llega á revelar astros tan lejanos, que el telescopio más potente es incapaz de mostrarlos; á fuerza de tiempo y de atención, el cerebro llega también á percibir un rayo de luz en las negruras del más abstruso problema.

Durante esta larga incubación intelectual, el investigador, á la manera del sonámbulo, que sólo oye la voz de su hipnotizador, no ve ni considera otra cosa que lo relacionado con el objeto de estudio; en la cátedra, en el paseo, en el teatro, en la conversación, hasta en la lectura meramente artística busca ocasión de intuiciones, de comparaciones y de hipótesis, que le permitan llevar alguna luz á la cuestión que le obsesiona. En este proceso mental, precursor del descubrimiento, nada es inútil; los primeros groseros errores, así como las falsas rutas por donde la imaginación se aventura, son necesarios, pues acaban por conducirnos al verdadero camino, y entran, por tanto, en el éxito final, como entran en el acabado cuadro del artista los primeros informes bocetos. Cuando se reflexiona sobre esta curiosa propiedad que el hombre posee de cambiar y perfeccionar su actividad mental con relación á un objeto ó problema profundamente meditado, no puede menos de sospecharse que el cerebro, merced á su plasticidad, evoluciona anatómica y dinámicamente, adaptándose progresivamente al problema ó materia de la atención. Esta superior organización adquirida por las células nerviosas determinan lo que yo llamaría talento especial ó de *adaptación*, y tiene por resorte la propia voluntad, es decir, la resolución enérgica de conformar nuestro entendimiento á la magnitud del asunto. En cierto sentido no sería paradógico decir que el hombre que plantea un problema no es enteramente el mismo que lo resuelve: por donde tienen fácil y llana explicación esas exclamaciones de asombro en que prorrumpe todo investigador al considerar lo fácil de la solución tan laboriosamente buscada. ¡Cómo no se me ocurrió esto desde el principio!, exclamamos. ¡En qué pensaba yo que no ví el descamino por donde la imaginación me conducía!

En realidad, mientras se desenvuelve el proceso de la investigación, se establece un doble trabajo de acomodación; el entendimiento se adapta al objeto, acrecentando sus recursos y energías; y, por su parte, el objeto se acomoda al entendimiento, presentándose bajo una faz más sencilla y abordable por consecuencia de las divisiones, abstracciones y simplificaciones de toda clase que le impone el sabio durante la campaña analítica.

En los tiempos que corremos, en que la investigación científica se ha convertido en una profesión regular que cobra nómina del Estado, no le basta al observador concentrarse largo tiempo en su tema; necesita además imprimir una gran actividad á sus trabajos. Pasaron aquellos hermosos tiempos de antaño en que el curioso de la Naturaleza, recogido en el silencio de su gabinete, podía estar seguro de que ningún émulo vendría á turbar sus tranquilas meditaciones. Hogaño, la investigación es fiebre: apenas un nue-

vo método se esboza, numerosos sabios se aprovechan de él, aplicándolo casi simultáneamente á los mismos temas, y mermando la gloria del iniciador, que carece de la holgura y tiempo necesarios para recoger todo el fruto de su laboriosidad y buena estrella. Inevitables son, por consecuencia, las coincidencias y las contiendas de prioridad. Y es que, lanzada al público una idea, entra á formar parte de esa atmósfera intelectual donde todos nutrimos nuestro espíritu; y, en virtud del isocronismo funcional reinante en las cabezas educadas y polarizadas para un trabajo dado, la idea nueva es simultáneamente asimilada en París y en Berlín, en Londres y en Viena, casi de idéntico modo, y reflejada y transformada en iguales desarrollos y aplicaciones. Esto explica la impaciencia por publicar, así como lo imperfecto y fragmentario de muchas indagaciones. El afán de llegar antes nos hace alguna vez incurrir en ligereza; pero, ¡cuántas veces, el ansia febril de tocar la meta de los primeros, nos granjea el mérito de la prioridad!

En España, donde la pereza es, no ya vicio, sino una religión, se comprenden difícilmente esas monumentales obras de los químicos, naturalistas y médicos alemanes, en las cuales sólo el tiempo necesario para la ejecución de los dibujos y la consulta bibliográfica parece deber contarse por lustros. Y, sin embargo, estos libros se han redactado en uno ó dos años, pacíficamente, sin febriles apresuramientos. Todo el secreto está en el método de estudio; en aprovechar para la labor todo el tiempo hábil; en no entregarse al diario descanso sin haber consagrado dos ó tres horas por lo menos á la tarea; en poner un prudente límite á esa dispersión de la atención y á ese derroche de tiempo que nos cuesta el trato social; en ahorrar, en fin, en lo posible el gasto mental que supone esa cháchara ingeniosa del café y de la tertulia, que nos resta fuerzas nerviosas y nos desvía, con nuevas y fútiles preocupaciones, de la tarea principal. Si nuestras ocupaciones no nos permiten consagrar al tema más que dos horas, no abandonemos el trabajo á pretexto de que necesitaríamos cuatro ó seis. Como dice juiciosamente Payot, «poco basta cada día, si cada día logramos ese poco».

B. Historiadores.

1.—D. Antonio Cánovas del Castillo.

De la Casa de Austria en España.

Felipe II.

Con el criterio que se aplica á los personajes de su tamaño hay que juzgar á Felipe II, aunque no se le cuente en el número de los más grandes hombres.

Porque nadie puede dudar que fué hombre de talento sumo y de una maravillosa laboriosidad; pero para ser grande, entre los Príncipes y gobernantes, faltábanle realmente la actividad, la resolución, el valor personal que, cuando supo su ausencia del lugar del combate en San Quintín, echó ya en él de menos su padre, en sentidos términos: como quien tan altamente le había mostrado siempre, y mejor que nadie, en aquellas aventureras expediciones de Túnez ó Argel, notables para un caballero particular, no menos que heroicas en el primer Monarca de la tierra. Faltábanle á Felipe II, á la par con la noble energía que tales hechos dieron á entender en su padre, la

magnánima confianza de que aquél solía hacer alarde; la inclinacion á la clemencia que aquél de ordinario tenía y practicaba cuando no estaba impulsado por alguna viva necesidad política; la dulce sensibilidad, en fin, que aquél solía poner en sus afecciones y de que dió tan relevantes pruebas con la fidelidad que guardó, no obstante haber enviudado antes de los cuarenta años, á su única esposa Doña Isabel: la hermosa Emperatriz, que convirtió con sus restos mortales á San Francisco de Borja. Siempre será, por todo eso, mayor y más simpática la memoria de Carlos V que la de Felipe II. Llamábanle á aquél los españoles el César por su dignidad imperial, y era en realidad otro Julio César, por su persona; tranquilamente valeroso cual César, cual César confiado y aventurero, como César generoso y magnánimo, autor como César de *Comentarios* (que no han podido por cierto hasta aquí encontrarse): lo mismo que César, en fin, gran General, escritor, hombre de Estado, incansable en la accion durante la vida, á la par que despreciador del mundo é indiferente á la muerte. Felipe II, en cambio, no ha tenido, como hombre de negocios ó de Gabinete, ningun rival en el Gobierno hasta ahora. Son innumerables los documentos anotados de su mano y los asuntos por él mismo resueltos, que existen en los diversos Archivos de Europa. Era en substancia Felipe II un Monarca moderno por sus hábitos y su talento, como fué su padre un Monarca de tiempos todavía heroicos: el último de los Príncipes paladines de la Edad Media, así como el primero de los Príncipes, que supo ser ya verdadero hombre de Estado en la moderna Europa. Tímido, en el entretanto, desconfiado, irresoluto, seco y poco sensible, sincera y profundamente religioso, poseído, sin duda alguna, de una grande veneracion por la memoria y las ideas de su padre, pero más terco que él todavía, Felipe condensa en sí, á las claras, y mejor que nadie representa el sistema social que sostuvo España en el mundo durante todo el tiempo de la Casa de Austria; porque, así como él las huellas de su padre, servilmente siguieron más tarde las suyas propias sus sucesores. Por eso tiene el reinado de Felipe II tanta importancia, ó más, que el de su gran padre, aun siéndole inferior, y llama tanto á sí la atención, por eso mismo, de los pensadores actuales. No hay que dudarlo: la cuestion entre España y el mundo, la oposicion entre el pensamiento político-religioso de la Casa de Austria y el proceso inevitable de las ideas humanas, que últimamente se ha estudiado con tal empeño, las halló ya Felipe planteadas, cual queda dicho: no fueron, no, obra de su propio espíritu. Al verlas llegar su inteligente padre, quísolas evitar, primero por medio de la discusion doctrinal, despues por medio de las armas, por medio, últimamente, de atrevidas aunque forzosas transacciones; pero inútilmente, porque su brazo robusto no bastaba á detener la marcha que trazaba á los sucesos la Providencia. En la lucha lo que hizo fué consumir, como se ha visto, sus fuerzas físicas. Al exhalar luego su último suspiro en Yuste, delante de la imagen de Cristo, á la cual tantas veces había pedido de rodillas, bajo su tienda de campaña, que le concediera vencer á los enemigos del catolicismo y de la Monarquía, dejó en herencia á Felipe II, no solo sus Estados (que de esos harto desprendido estaba ya) sino su pensamiento mismo y la causa en que había gastado su vida. Nada es más injusto, por tanto, que acusar á Felipe II de inventor de una política que halló creada. Ni más ni menos que su padre, pudo él tambien juzgarse destinado por Dios á defender eternamente la verdadera fe, contra turcos y protestantes, sin darles nunca paz ó tregua. A imitacion asimismo de su

padre fué como hizo de la de España, la *Corona defensora de la Iglesia*. Tanto como su padre, pensaba, sinceramente, que su mision de guardar y proteger á la Iglesia era de origen divino, al modo que la de los Papas, mirando en éstos, más bien que unos superiores temporales, que era lo que ellos pretendían ser, unos aliados espirituales, que no siempre sabían cumplir con su fin sagrado. Igualmente que su padre, en fin, y más que su padre también, á causa del progreso constante de las ideas bizantinas, entendía poseer en sí el poder de los antiguos Emperadores romanos; no reconocer en lo temporal ni superioridad ni límite sobre la tierra; ser ley viva, tribunal constante, supremo dueño y señor legítimo de todos sus vasallos. Bien pudiera mostrarse aquí, desde ahora, con los libros de los juristas, y de los políticos, y con los despachos de los Ministros contemporáneos, que tales eran con efecto las ideas predominantes al principiar á reinar Felipe II; y que ellas inspiraron los hechos más contravertidos de su Gobierno. Lo que hay que confesar es que por la índole de su talento y de sus sentimientos, y por su posición misma, debía ser este Príncipe, cual fué en realidad, quien más viva y tenazmente prohijase tales ideas en Europa. Y una vez ya formado con ellas su entendimiento, de su carácter especial no dependió más que la ejecucion de las cosas: empleando el disimulo donde otro habría empleado la fuerza, usando el secreto donde otro habría usado la jactancia, acudiendo á las armas de Gabinete, que eran las únicas de que sabía valerse, en lugar de las de los campos, que no vistió más que una vez en su vida, sobre San Quintín, y esa inútilmente. La unidad del espíritu y de la vida de Felipe puede exactamente compararse, cual se ha comparado por muchos, con la de su obra predilecta el Escorial; y en esto han andado más sagaces aun los poetas que los historiadores. Aquella pálida montaña de granito, regular, uniforme, monótona, triste, grande, construída para la eternidad, pudo bien reflejar el alma de Felipe II, porque no otros caracteres distinguían su entendimiento, é idénticos aspectos presentó siempre su política. El que algún detalle impropio, semejante á los que hoy mismo quebrantan la unidad arquitectónica del Escorial, desdiga del tipo de Felipe II en su naturaleza y su vida, no ha de contradecir la regla general, por cierto. Que no se compone solo de entendimiento ó de razon el hombre; y aunque fuese Felipe II de los que más han hecho de su corazon y de su cabeza una cosa misma, natural es que de vez en cuando hubiese entre ella y él cierta discordia. Los Embajadores venecianos de su época perfeccionan ó aclaran con mil detalles personales este retrato que procuramos sacar solamente de sus papeles y hechos. Decía de él Federico Badoero, que le tenía por capaz de tratar los mayores negocios, y que trabajaba más de Gabinete que su salud consentía; pero que era poco activo corporalmente, é imposible el sorprenderle expresion alguna en la mirada, á causa de no fijarla nunca en la persona con quien hablaba. Michiele por su lado cuenta, que por las noches gustaba de recorrer enmascarado las calles de Madrid, para enterarse por sí mismo, sin duda, de lo que pasaba. Antonio Tiépolo, que fué el que mejor le conoció acaso, le pinta en traje elegante siempre, pero siempre negro, sin bordados de oro ó plata, ni más joyas encima que la insignia del Toison y la cadenilla de oro de su reloj. Y él y Paolo Tiépolo, su antecesor, en especial le hacen dado á las mujeres con exceso (á pesar de su seriedad característica), y le muestran deleitándose, en compañía de una ú otra, frecuente y extraordinariamente, bien que tomando al sexo bello más como objeto de entrete-

nimiento que de amor, sin concederles sobre sí influjo alguno. Todos ellos, hasta quince ó diez y seis que representaron á la República en su reinado, refieren largamente su asiduidad en las misas, en las vísperas, en los sermones, y en su devocion extrema al Santísimo Sacramento; todos le representan sobrio, de pocas palabras, aficionado á la soledad, inmutable en sus costumbres, minucioso, paciente, enemigo de conceder ó negar nada personalmente, muy disimulado y rencoroso. Oía bien los consejos, pero solo cuando se dejaban correr como al descuido en su presencia y podía él apropiarse cualquier idea, sin aparentarlo, según dice un español que le conoció de cerca. Y consta, además, por otros testigos de vista ó memorias del tiempo, que era muy aficionado á las artes, principalmente á la arquitectura y la pintura, de lo cual dió grandes muestras asistiendo á la edificacion del Escorial, frecuentemente, discutiendo sus planos y llamando famosos pintores que adornasen sus techos y muros. Ni falta quien también le suponga diestrísimo en versificar y tañer la vihuela; y es bien sabido que gustaba de proteger las letras clásicas y sagradas; de juntar libros raros, y guardar y conservar documentos; de tener correspondencia y hasta amistad particular con los sabios de su época, como Furio-Ceriol ó Arias Montano. En cambio se le vió siempre (conformándose en esto con su opinión la de su Ministro Antonio Pérez) mantener á buena distancia los Grandes del reino, demasiado semejantes á Príncipes en el siglo anterior, para que no pudieran familiarizarse también con él; prefiriendo á la Compañía de éstos, la de sus bufones, que le divertían sin riesgo y sin obligarle á hablar. Porque es de advertir que el mayor y más constante de sus placeres, después de largas horas de trabajo, puesta la frente en una mano y en otra la pluma, eran la quietud y el silencio, mientras otros se agitaban ó procuraban distraerle. Los Grandes así desairados, ó se retiraron á vivir como pequeños monarcas en sus Estados, cual hizo en Guadalajara el del Infantado, ó como Villafranca, Santa Cruz y el mismo Alba, sirvieron, por lo común, fuera de la Corte, dejando á los legistas de los Consejos, entonces reorganizados y acrecentados, ó á los hombres de fortuna como Ruy Gómez y Antonio Pérez, que ayudasen de cerca en el Gobierno á su receloso Señor. Por lo demás, en el apartamiento sistemático, que, no ya sólo con los Grandes, sino con todo el mundo, observaba Felipe II, debía de entrar por mucho la debilidad esencial de su carácter. Aquel hombre tan inflexible de ideas y de lejos, no sabía ser áspero nunca de cerca. Por eso prefirió siempre mantener cierta especie de neutralidad entre los partidos cortesanos, que acaudillaron durante su reinado el Príncipe de Éboli y el Duque de Alba, á decidirse de todo punto por cualquiera de ellos. Su voluntad era decisiva, irresistible en todo caso; y más quería, no obstante, tolerar aquella oposición, que embarazaba á las veces su política, que no abrazar uno de los dos partidos por completo.

2.—D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Reinado de D. Juan II.

De 1419 á 1454 se extiende el reinado de Don Juan II de Castilla: período capitalísimo en la historia política y literaria de nuestra Edad Media, si ya no preferimos ver en él un anticipado ensayo de vida moderna, y como una especie de pórtico de nuestro Renacimiento. Una agitación desordenada, cuanto fecunda, invade entonces todas las esferas de la vida: la anarquía se-

ñorial lucha á brazo partido con el prestigio de la institución monárquica, sostenido, no por las flacas fuerzas del soberano, sino por el talento y la heróica firmeza de un verdadero hombre de Estado, que, de no haber sucumbido en la lucha, hubiera realizado con medio siglo de anticipación una gran parte del pensamiento político de los Reyes Católicos. Dése á esta primera mitad del siglo, no el nombre que en la cronología dinástica le corresponde, sino el de reinado de D. Alvaro de Luna; y quien registre los ordenamientos de Cortes de aquel tiempo y siga al mismo tiempo en las crónicas la cadena de los sucesos, no tendrá reparo en contar aquel larguísimo reinado, de tan infausta apariencia (en que no hubo día sin revueltas, conspiraciones, ligas, quebrantamientos de la fe jurada, venganzas feroces y desolaciones de las tierras), entre las crisis más decisivas y violentas, pero á la postre más beneficiosas, porque ha pasado la vida social de nuestro pueblo. Las tablas ensangrentadas del cadalso de Valladolid fueron el pedestal de la gloria de D. Alvaro: aparente y sin fruto, como logrado por inicuas artes, resultó el triunfo de sus adversarios: su pensamiento le sobrevivio engrandecido y glorificado por la aureola del martirio, y si en el vergonzoso reinado de Enrique IV pareció que totalmente iba á hundirse entre oleadas de sangre y de cieno, resurgió triunfante en la Reina Católica para levantar el trono y la nación á un grado de majestad y concordia ni antes ni después alcanzado.

De la misma suerte que en lo político, es este reinado época de transición entre la Edad Media y el Renacimiento por lo que toca á la literatura y á las costumbres. El espíritu caballeresco subsiste, pero transformado ó degenerado, cada vez más destituído de ideal serio, cada vez más apartado de la llaneza y gravedad antiguas, menos heroico que brillante y frívolo, complaciéndose en los torneos, justas y pasos de armas más que en las batallas verdaderas, cultivando la galantería y la discreta conversación sobre toda otra virtud social. Sin humanizarse en el fondo las costumbres, y en medio de continuas recrudescencias de barbarie, se van limando, no obstante, las asperezas del trato común, y hasta los crímenes políticos toman carácter de perfidia cortesana muy diverso de la candorosa ferocidad del siglo XIV. Crece por una parte el ascendiente de los legistas, hábiles en colorear con sus apotegmas toda violación del derecho, y por otra comienza á aguzarse el ingenio y sutileza de la nueva casta de los políticos, de que hemos visto en el canciller Ayala el primer modelo. No es ya el impulso desordenado, la ciega temeridad, el hervor de la sangre, la fortaleza de los músculos, el apetito de lucha ó de rapiña lo que decide de los negocios públicos, sino las hábiles combinaciones del entendimiento, la perseverancia sagaz, el discernimiento de las condiciones y flaquezas de los hombres. Rara vez se pelea por la grande empresa nacional: los moros parecen olvidados porque no son ya temibles: la lucha continua, la única que apasiona los ánimos, es la interna, en la cual rara vez se confiesan los verdaderos motivos que impelen á cada uno de los contendientes. Un velo de hipocresía y de mentira oficial lo cubre todo. Los mejores y de más altos pensamientos, como D. Alvaro, aspiran á la realización de un ideal político, sin confesarlo más que á medias, y aun quizá sin plena conciencia de él, movidos y obligados en gran manera por las circunstancias. Los restantes, so color del bien del reino y de la libertad del Rey, se juntan, se separan, juran y perjuran, se engañan mutuamente, y más que los intereses de su clase celan sus personales medros y acrenta-

mientos, dilapidando el tesoro real con escandalosas concesiones de mercedes, ó cayendo sobre los pueblos y los campos como nube de langostas. Todos los lazos de la organización social de la Edad Media parecen flojos y próximos á desatarse Aun el fervor religioso parece entibiarse por la soltura de las costumbres, por el menoscabo de la disciplina, por el abuso de prelacías nominales y de beneficios comendatarios, por la intrusión de rapaces extranjeros que devoraban *in curia* los frutos de nuestras Iglesias, sin conocerlas ni aun de vista; y como si todo esto no bastara, por el reciente espectáculo del Cisma y de las tumultuosas sesiones de Constanza y Basilea. Es cierto que no se llega á la protesta herética como en Bohemia, y si se levantan voces aisladas, como la de Pedro de Osma ó las de los sectarios de Durango, pronto son ahogadas ó enmudecen en medio de la reprobación general; pero no es difícil encontrar en poetas y prosistas de los más afamados, indicios de una cierta licencia de pensar, y más aún, de extravagante irreverencia en la expresión. D. Enrique de Villena junta el saber positivo con los sueños y delirios de la magia, de la astrología y de la cábala, y no retrocede ante el estudio y práctica de las supersticiones vedadas y de las artes *non compliderás de leer*. Enrique IV se rodea de judíos y de moros, viste su traje, languidece y se afemina en las delicias de un harem asiático, y es acusado por los procuradores de sus reinos de tener entre sus familiares y privados «cristianos por nombre solo, muy sospechos en la fe, en especial que creen é afirman que otro mundo no hay sino nacer y morir como bestias.» La relación tan ingenua y veraz del viajero León de Rosmithal confirma plenamente esta disolución moral, que tenía que ir en aumento con la conversión falsa ó simulada de innumerables judíos, á quienes el terror de las matanzas, el sórdido anhelo de ganancia ó la ambición desapoderada llevaba á mezclarse con el pueblo cristiano, invadiendo no sólo los alcáceres regios, para los cuales tenían áurea llave, aun sin renegar de su antigua fe, sino las catedrales y los monasterios, donde su presencia fué elemento continuo de discordia, hasta que una feroz reacción de sangre y de raza comenzó á depurarlos. No se niega que hubiese entre los cristianos nuevos conversos de buena fe, y aun grandes obispos y elocuentes apologistas, como ambos Santa Marías; pero el instinto popular no se engañaba en su bárbara y fanática oposición contra el mayor número de ellos, hasta cuando más gala hacían de amargo é intolerante celo contra sus antiguos correligionarios. Ni cristianos ni judíos eran ya la mayor parte de los conversos, y toda la falacia y doblez de que se acusa á los pueblos semitas no bastaba para encubrirlo. Tal levadura era muy bastante para tener intranquila á la Iglesia y perturbadas las conciencias.

Resultado de toda esta perturbación nacida de causas tan heterogéneas (á las cuales quizá convendría agregar la influencia del escolasticismo nominalista de los últimos tiempos, las reliquias del averroismo y los primeros atisbos de la incredulidad italiana), fué un estado de positiva decadencia del espíritu religioso, la cual se manifiesta ya por la penuria de grandes escritores teológicos (con dos ó tres excepciones muy señaladas, pero todavía más célebres é influyentes en la historia general de la Iglesia del siglo XV que en la particular de España); ya por el frecuente uso y abuso que los moralistas hacen de las sentencias de la sabiduría pagana, al igual, si ya no con preferencia, á los textos y máximas de la Escritura y Santos Padres; ya por las irreverentes parodias de la Liturgia, que es tan frecuente encontrar en los

cancioneros *Misa de Amor*, *Los siete Gozos de Amor*, *Vigilia de la enamorada muerta*, *Lecciones de Job aplicadas al amor profano* y otras no menos absurdas y escandalosas, si bien en muchos casos no prueban otra cosa que el detestable gusto de sus autores y no se les debe dar más transcendencia y alcance que éste. Pero sea como fuere, la profanación habitual de las cosas santas es ya por sí sola un síntoma de relajación espiritual, de todo punto incompatible con los períodos de fe profunda, sean bárbaros ó cultos.

Mucho más menoscabado que el prestigio de la Iglesia andaba el del trono. Con una sola excepción, la del efímero reinado de D. Enrique III, tan doliente y flaco de cuerpo como entero y robusto de voluntad, la dinastía de los Trastamaras, fundada por un aventurero afortunado y sin escrúpulos, que para sostenerse en el poder usurpado tuvo que hartar la codicia de sus valedores y mercenarios, no produjo más que príncipes débiles cuya inercia, incapacidad y abandono va en progresión creciente desde los sueños de grandeza de D. Juan I hasta las nefandas torpezas de D. Enrique IV. D. Juan II, nacido para el bien y hábil para discernirle como hombre de entendimiento claro y amena cultura, tuvo á lo menos la feliz inspiración de buscar en una voluntad enérgica y un brazo vigoroso la fortaleza que faltaban á su voluntad y á su brazo, pero ni aun así mostró valor para sobreponerse al torrente de la anarquía, y al cabo firmó su perenne deshonra con firmar la sentencia de muerte de su único servidor leal, del hombre más grande de su reino. A tan vergonzosas abdicaciones de la dignidad regia, á tan patentes muestras de iniquidad y flaqueza, todo en uno, respondía cada vez más rugiente y alborotada la tiranía del motín nobiliario, exigiendo todos los días nuevas concesiones y repartiéndose los desgarrados pedazos de la púrpura regia. A la arrogancia de las obras acompañaba el desenfreno de las palabras. Nunca se habló á nuestros reyes tan insolente y cínico lenguaje como el que osaron emplear contra Enrique IV ricos-hombres, prelados, procuradores de las ciudades, todo el mundo, en suma, condenándole en documentos públicos á una degradación peor que la del cadalso de Avila. Y no había sido mucho más blando el tono de las recriminaciones de los Infantes de Aragón y de sus parciales en tiempo de su padre. Si no sabían discutirse los fundamentos de la potestad monárquica, porque los tiempos no estaban para teorías, lo que es en la discusión de los negocios políticos del momento se llegó á un grado de libertad ó de licencia que pasmaría aun en tiempos revolucionarios. Todo el mundo decía lo que pensaba, ya en prosa, ya en verso: había cronistas á sueldo de cada uno de los bandos, y Mosen Diego de Valera, Alonso de Palencia, Hernando del Pulgar y los autores de las *Coplas del Provincial*, de la *Panadera* y de *Mingo Revulgo*, ejercían una función enteramente análoga á la del periodismo moderno, ya grave y doctrinal, ya venenoso, chocarrero y desmandado.

Para aguzar los espíritus no era ésta mala escuela, pero en cambio producía una fermentación malsana, agriaba los corazones y agravaba, si era posible, el malestar del reino, cuya gangrena requería cauterios más enérgicos que el de pasquines vergonzantes ó epístolas sembradas de lugares comunes de filosofía moral. De hecho y salvo los intervalos en que D. Alvaro de Luna tuvo firmes las riendas del Gobierno, la Castilla del siglo XV, sobre todo después de su muerte, no vivió bajo la tutela Monárquica, sino en estado de perfecta anarquía y descomposición social, de que las mismas crónicas generales no informan bastante, y que hay que estudiar en otras historias más

locales, en genealogías y libros de linajes, en el *Nobiliario* de Vasco de Aponte para Galicia, en las *Bienandanzas* y *Fortunas* de Lope García de Salazar para la Montaña y Vizcaya, en los *Hechos del Clavero Monroy* para Extremadura, en las crónicas de la casa de Niebla para Andalucía. No hubo otra ley que la del más fuerte; se lidió de torre á torre y de casa á casa; los caminos se vieron infestados de malhechores más ó menos aristocráticos y apenas se conoció otra justicia que la que cada cual se administraba por su propia mano.

Pero tales movimientos convulsivos y desordenados no eran indicio de empobrecimiento de la sangre, sino más bien de plétora y exuberancia de ella. Toda aquella vitalidad miserablemente perdida en contiendas insensatas y puesta al servicio de la fiera ley de la venganza privada, era la misma que pocos años después iba á llegar con irresistible empuje hasta Granada, desarraigar definitivamente la morisma del suelo español, dilatarse vencedora por las rientes campiñas italianas, y no cabiendo en Europa, lanzarse al mar tenebroso y ensanchar los límites del mundo. Para dar tal empleo á esa fuerza, hasta entonces maléfica y desordenada, bastó ahorcar á unos cuantos banderinos; bastó que los reyes volviesen á serlo y que la cuchilla vengadora de Alfonso XI pasase á las manos de la Reina Católica, para nivelar en una misma justicia á Ponces y Guzmanes, Monroyes y Solises, Oñacinos y Gamboinos, Giles y Negretes, Pardos y Andrades.

3.—D. Francisco Pí y Margall.

CONDUCTA DEL REY AMADEO.—LAS PRIMERAS CORTES.

Amadeo, al venir á España, quiso ganar los ánimos por el valor y la modestia. Entró en Madrid á caballo, fría la atmósfera, cubiertas de nieve las calles, caliente aún la sangre del general Prim, á quien se había asesinado días antes por su causa. Iba á la cabeza de su Estado Mayor con serena calma, mostrando en el pueblo una calma que tal vez no abrigase. Rechazó desde luego la vana pompa de los antiguos reyes. Ocupó en palacio un reducido número de aposentos, vivió sin ostentación, recibió sin ceremonia, salió unos días á caballo, otros en humildes coches, los más solo y siempre sin escolta. Prodigábase, tal vez más de lo que convenía, por el deseo de ostentar costumbres democráticas.

No se lo agradecía la muchedumbre, por más que no dejase de verlo con alguna complacencia. La aristocracia lo volvía en menosprecio del joven príncipe. Las clases medias no sabían si censurarlo ó aplaudirlo. Tanto distaban estos sencillos hábitos de la idea que aquí se tenía formada de la monarquía y los monarcas.

Los que habían recibido sin prevención la nueva dinastía esperaban principalmente de Amadeo actos que revelasen prendas de gobierno. Habrían querido verle poniendo desde luego la mano en nuestra viciosa y corrompida Administración ó en nuestra desquiciada Hacienda. Deseaban que, por lo menos, estimulase el comercio, la industria, la instrucción, alguna de las fuentes de la vida pública. Amadeo no supo hacerlo ni sacrificar á tan noble objeto parte de su dotación ni de sus rentas, y fué de día en día perdiendo.

Nombró presidente del Consejo de Ministros al general Serrano, y convocó para el día 3 de Abril las primeras Cortes. En tanto que éstas se reunían,

apenas hizo más que repartir mercedes al ejército, crear para el servicio de su persona un cuarto militar y una lucida guardia, y exigir juramento de fidelidad á toda la gente de armas. Deseaba ser el verdadero jefe de las fuerzas de mar y tierra; y sobre no conseguirlo por lo insuficiente de los medios, sembró en unos la desconfianza y en otros el disgusto. Negáronse á jurarle algunos, con lo que, al descontento, se añadió el escándalo.

Mas éstos no eran sino leves tropiezos. El gran peligro estaba en la significación que daban á las próximas elecciones los republicanos. Habían puesto en duda la facultad de las Cortes Constituyentes para elegir monarca, y pretendían ahora que los comicios, aunque de un modo indirecto, iban á confirmar ó revocar la elección de Amadeo. Terminaron por creerlo así cuantos no estaban por la nueva dinastía, y la lucha fué verdaderamente entre dinásticos y antidinásticos. No había aún coalición formal entre las oposiciones; mas por la manera como se había presentado el asunto, los que no se sentían con fuerzas para vencer en un distrito se inclinaban á votar al candidato de otro, aunque los separasen abismos. Hecho gravísimo, que no sin razón alarmó al Gobierno y le arrancó, poco antes de abrirse las urnas, la tan arrogante como impolítica frase de que no se dejaría sustituir por la anarquía.

Acudió el Gobierno, para vencer, sobre todo en los campos, á toda clase de coacciones, extremando las ya conocidas é inventándolas de tal índole, que hasta á los hombres de corazón más frío encendieron en ira. No por esto pudo impedir que fuesen poderosas en las Cortes las minorías antidinásticas, ni que, movidas por la misma idea que dirigió los comicios, pensasen desde un principio, más que en dictar leyes, en acabar con Amadeo.

4.—D. Manuel Milá y Fontanals.

De la poesía heróicopopular castellana.

Cantares de gesta.

Castilla tuvo esta poesía heroica, no reducida, como la que en varios países se ha conservado, á cantos aislados y breves, sino compuesta de extensos relatos. Poseemos una obra seguida y consecuente, dividida en pocos cantares ó gestas, y otra, en lo esencial de la misma índole, que comprende también una serie de aventuras enlazadas, ambas relativas á Rodrigo de Vivar. Los hechos del mismo héroe en el período no narrado en estos dos poemas, fueron objeto de cantares que, no hay razón para negarlo y muchas para afirmarlo, eran de la misma especie que los conocidos. Sabemos por las multiplicadas referencias y por las narraciones de la *General*, que la historia poética de Bernaldo formaba una serie de cantares extensos, relacionados entre sí y que hubo una narración, también poética y de carácter popular, concerniente á los infantes de Lara; y es seguro, ó punto menos, que otras celebraron al Conde Fernán González. No hablamos de asuntos poéticos cuya transmisión por el canto es menos evidente, aunque en algunos casos probable.

De manera que Castilla tuvo una epopeya, dando á esta palabra la significación de un conjunto de cantos narrativos extensos, de asunto nacional y de espíritu y estilo análogos, aunque relativos á personajes y á tiempos diferentes. Cuádrales además á estos cantos el nombre de epopeya, por su noto-

ria semejanza con las homéricas, tipo de este género poético, ya en cuanto á las costumbres que se describen, ya en cuanto al efecto que en el narrador produce el objeto descrito. Semejanza decimos, que no identidad, bien como se habla de plantas de una misma familia, siquiera sean muy diversas en vigor y lozanía, conforme el grado de fertilidad del suelo donde han crecido, ó la mayor ó menor destreza de las manos que las han cultivado. A más de que se trata aquí de una epopeya heroica y no heroico-mitológica como la de los griegos.

El nombre dado en Castilla á esta suerte de composiciones era el de «cantar de gesta», ó simplemente el de «cantar», ó de «gesta», que se referían, no á toda la composición, sino á las partes, de no exigua extensión, en que se dividía. El nombre «cantar» indica que su medio de ejecución era el canto, el cual, por lo extenso de los relatos y lo imperfecto de la versificación, no podía ser de otro modo que una tonada monótona y sencilla. El nombre de «romanz», que se daba al principio á toda composición literaria en lengua vulgar, se aplicó también á dichos relatos poéticos en cuanto se introdujo la costumbre de escribirlos. Ejecutores y autores á menudo de este linaje de poesía eran los juglares, que además se señalaban, ya por su destreza en la música instrumental, ya por el ejercicio de juegos poco nobles, y que recibían honrosa hospitalidad en las casas de los señores ó infamante precio de los oyentes callejeros y campesinos.

Reducíase el sistema de versificación á series ligadas por una rima, las más veces imperfecta, de pocas ó muchas líneas desiguales, largas é intercisas, forma que con ser tan fácil y holgada no evitaba, al parecer, multiplicadas infracciones.

¿Qué ideas, qué espíritu dominaban en estos cantos? ó lo que vale lo mismo, ¿qué personajes celebraba? El héroe es, ante todo, guerrero cristiano y español, esforzado campeón de la patria, ora sean los enemigos extranjeros invasores, ora los vecinos sectarios de Mahoma. Mas, por otro lado, este héroe se presenta las más veces desavenido con el monarca, á efecto del mal proceder que al último se atribuye, cuando no de los agravios inferidos á la nobleza por los reyes sus antecesores (véase *El Rodrigo* v. 374): situación diversamente graduada desde Fernán, que aspira á la independencia, hasta el respeto del buen vasallo que no tenía buen señor, del mío Cid, conquistador de un reino. Por lo demás, la contienda se ciñe á la reclamación de un derecho y no se convierte en hostilidad definitiva, y más que lucha de una clase con la monarquía se presenta como acto particular y aislado. El héroe es de esclarecido linaje, pero no debe á sus antepasados, sino á sus propios esfuerzos, el puesto aventajado á que ha ascendido; su vida trabajosa contrasta con la más regalada del mismo monarca ó de los caballeros cortesanos; al paso que su franqueza y lealtad con la doblez y astucia de sus enemigos. Y aquí hemos de recordar que estos no son siempre el monarca ó potentados de superior gerarquía, sino á veces un molesto vecino ó un mal pariente, que más ó menos tarde reciben el castigo de su temeridad ó de su felonía.

Gratas debían ser tales narraciones á los oyentes de aquella época. Las guerras religiosas y nacionales interesaban á todos, sin exceptuar las personas más cultas que reconocían además en los poemas vestigios de la historia verídica. Las clases más desvalidas no oían con indiferencia los rasgos de arrojo y de denuedo y agradecían también los esfuerzos de los que libraron

el territorio del yugo infiel ó extranjero. Los varones de mayor gerarquía, los mismos monarcas acogían gustosos aquellos anales poéticos, que celebraban proezas como las de que ellos mismos se gloriaban y héroes con quienes á menudo les unían vínculos de parentesco. Como defensores de sus derechos contra las demasías, reales ó supuestas, de los monarcas, agradaban no solo á la nobleza amiga de anárquicos fueros, sino á los ciudadanos privilegiados en aquellos tiempos en que las franquicias ó libertades adquiridas se miraban, no ya con legítima y prudente solicitud, sino con la ciega pasión que suelen excitar en nuestros días vagas y abstractas ideas de libertad nativa. Y á más, pues sería á nuestro ver menguado concepto del atractivo de aquellas narraciones limitarlo á motivos políticos, se buscaba en ellos la pintura, siempre seductora, de caracteres enérgicos é indomables y la idea, exacta ó erróneamente aplicada, de la verdad y la justicia, contrapuesta á la fuerza despreciadora de la razón y del derecho.

Así embelesaba á sus oyentes la epopeya castellana, sin los poderosos incentivos de lo maravilloso y de la galantería. Rarísimas veces narra hechos sobrenaturales y ninguna huella ofrece de tradiciones supersticiosas, á excepción de la de los agüeros. Si bien pone á la mujer en lugar encumbrado, desconoce los refinados homenajes que en tiempos más recientes se le tributaron, no menos que la grosera desenvoltura de algunas heroínas de las narraciones francesas. Las costumbres, con raras aunque notables excepciones, son severas y graves.

Esta poesía es principalmente castellana, no tanto por la lengua, que no era exclusiva de Castilla, como por el espíritu, á pesar de que uno de sus héroes no pudo ser castellano y en algunos puntos hay muestras de más amplio sentimiento patriótico.

Difícil es señalar la época de su nacimiento. Aunque uno de los asuntos asciende á fines del siglo VIII, solo mucho más tarde pudo ser cantada su parte principal, poco menos que fabulosa. La historia de Fernán tal vez inspiró ya algun canto durante la vida del héroe ó poco más tarde. A últimos del siglo XI hubo de recibir este género poético singular impulso á efecto de los hechos de Fernando I y de Alfonso VI, en especial de los del Cid y quizá tambien de los de Alvar Fañez, así como de la introducción de los cantos franceses. El siglo XII fué sin duda el del auge de nuestras narraciones. Se sabe que aun muy entrado el siglo XIII había juglares que las propagaban y acaso las ampliaban, pero no consta que añadiesen nuevos asuntos.

Limitada á un estrecho territorio, cultivada en período de poco sosiego, sin una figura como la de Carlomagno, centro de múltiples y variadas tradiciones, con asuntos relativos á personajes y á tiempos que no consentían confusiones favorables á la invencion poética y á la aglomeracion cíclica, no alcanzó la epopeya castellana grande extensión ni desenvolvimiento. Medró además en época tardía, y la historia escrita que iba siguiendo sus pasos llegó á tiempo de cortarle el vuelo.

Mas esta misma limitación y pobreza la eximió de los defectos propios de la decadencia. Sus escasas obras, en cuanto son conocidas, nos ofrecen, no ampliaciones y transformaciones sucesivas, sino primitivos originales, exentos de amaneramiento y de paráfrasis. No fueron, por otra parte, engendro híbrido de épocas diversas y de materiales hetereogéneos. Creemos, en fin, que la antigua poesía narrativa castellana es la más merecedora del título de epopeya histórica.

C. Críticos.

1.—Don Mariano José de Larra (Fígaro) (1809-1837).

«Los amantes de Teruel», drama en cinco actos, en prosa y verso, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

El drama que motiva estas líneas, tiene, en nuestro pobre juicio, bellezas que ponen á su autor, no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que, maldicientes, nos acusan; solo se presenta el autor de *Los amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posición que le abone, no le conocemos: pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano como *Los amantes de Teruel*. Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel más feliz y más ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto, y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿qué interés puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradición á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á más de una persona hemos oído deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinión, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas; que dos amantes se amen y mueran uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageración ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que lo trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalván que trata la misma tradición hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquélla es, sin embargo, una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y ésta es un destello de pasión y sentimiento. ¿Qué es D. Juan Tenorio sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y después de *El convidado de Piedra?* Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la obscuridad con sus autores, y sólo *El convidado de Piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un celoso, sino uno ser común de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo sólo, por qué sólo el celoso de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Fausto de Gœthe, sino una idea al alcance de todo el mundo, desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes sólo hace llegar el suyo á la posteridad?

El huevo de Colón es la parábola más significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones; no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad sólo decide, y la sucesión de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Sólo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los amantes de Teruel están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecía el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginación y la tradición abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la *Amante de Teruel* podía dar su mano á quien no fuese dueño de su corazón? Era preciso, sin embargo, y no había más medio para eso que poner á Isabel en posición tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues sólo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfección misma de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasión criminal de la madre de Isabel, preparada con tal discreción, que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace más sublime á esa misma madre; porque la sublimidad en el teatro sobre todo, no está en la perfección sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creída de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia cede, no empero á la seducción ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posición de Isabel es un monstruo. No: porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco y Don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creíble para el espectador, que ya ha hecho la concesión del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la excelente escena tercera del acto cuarto, el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasión violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama, no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fría y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con más razón

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

Ya esa fatalidad que preside el drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creación llena de valor y de entereza. Pobre, se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento más crítico de su vida por

unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él más que la vida; la venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oído el eco de la campana que se lo anuncia; el crimen es su único recurso, y le cometerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrílego*, responde, *es injusto.*

—En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruído.

Sublime respuesta de la pasión, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourut*, de Corneille, porque para la pasión no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay más Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el de Ayax, en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaría más palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el día se usa: la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga expiación lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y el amor es el sentimiento más egoista. Si Isabel y Marsilla, sólo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasión ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora; porque tambien aman: su pasión disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad...

2.—D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Antología de poetas líricos castellanos.

El Archipreste de Hita.

Considerado como poeta, el Archipreste se levanta á inmensa altura, no sólo sobre los ingenios de su siglo, sino sobre todos los de la Edad Media española, sin excepción ni ofensa de nadie, y reconociendo desde luego todo lo que valen en géneros diversos un Ausías March, un Juan de Mena, un Santillana, ambos Manriques, para no hablar de los poetas anónimos y populares. Hay quien tiene más intimidad de sentimiento lírico que el Archipreste; muchos le vencen en la nobleza de las fuentes de inspiración, casi todos le superan en el concepto poético de la vida; pero en dos cosas capitales él lleva ventaja á todos. Escribió en su libro multiforme la epopeya cómica de una edad entera, la *Comedia Humana* del siglo XIV; logró reducir á la unidad de un concepto humorístico, el abigarrado y pintoresco espectáculo de la Edad Media, en el momento en que comenzaba á disolverse y desmenuzarse. Y tuvo además el don literario por excelencia, el don rarísimo, ó más bien único hasta entonces en los poetas de nuestra Edad Media, rarísimo todavía en los del siglo XV, de tener *estilo*; en el que su personalidad ha quedado tan hondamente grabada, que con ser poeta tan vetusto y de edad tan obscura, resulta para nosotros con fisonomía mucho más familiar y más enérgicamente acen-

tuada que otros muchos posteriores. Se puso entero en su libro con absoluta y cínica franqueza, y en ese libro puso además todo lo que sabía (y no era poco) del mundo y de la vida. Es á un tiempo, el libro más personal y el más exterior que puede darse. Como fuente histórica vale tanto, que si él nos faltara ignoraríamos todo un aspecto de nuestra Edad Media, como sería imposible comprender la Roma imperial sin la novela de Petronio, aunque Tácito se hubiese conservado íntegro. Las crónicas nos dicen cómo combatían nuestros padres, los fueros y los cuadernos de cortes nos dicen cómo legislaban; sólo el Archipreste nos cuenta cómo vivían en su casa y en el mercado, cuáles eran los manjares servidos en sus mesas, cuáles los instrumentos que tañían, cómo vestían y arreaban su persona, cómo enamoraban en la ciudad y en la sierra. Al conjuro de los versos del Archipreste se levanta un enjambre de visiones picarescas que derraman de improviso un rayo de alegría sobre la grandeza melancólica de las viejas y desoladas ciudades castellanas: Toledo, Segovia, Guadalajara, teatro de las perpetuas y *non sanctas* correrías del autor. El nos hace penetrar en la intimidad de truhanes y juglares, de escolares y de ciegos, de astutas Celestinas, de *troteras* y *danzadoras* judías y moriscas, y al mismo tiempo nos declara una por una las confituras y golosinas de las monjas. No hay estado ni condición de hombres que se libre de esa sátira cómica, en general risueña ó benévola, sólo por raro caso acerba y pesimista. El Archipreste no se creía con gran derecho para moralizar ni para condenar á nadie; hombre de conciencia harto laxa y de viva y lozana fantasía, parece haber buscado, en sus andanzas por este mundo, las rosas sin punzarse con las espinas. Es uno de los autores en quien se siente con más abundancia y plenitud el goce epicúreo del vivir, pero nunca de un modo egoísta y brutal, sino con cierto candor, que es indicio de temperamento sano, y que disculpa á los ojos del arte lo que de ningún modo puede encontrar absolución mirado con el criterio de la ética menos rígida. Apresurémonos á advertir que las mayores lozanías de Juan Ruiz todavía están muy lejos de la lubricidad de Bocaccio, que también á su modo y con riqueza y variedad infinitamente mayores, pero en forma todavía más fragmentaria que el Archipreste, nos dejó en el *Decamerone* la *Comedia Humana* de su tiempo. Más que á Bocaccio se asemeja el Archipreste á Chaucer, tanto por el empleo de la forma poética, cuanto por la gracia vigorosa y desenfadada del estilo, por la naturalidad, frescura y viveza de color, y aun por la mezcla informe de lo más sagrado y venerable, con lo más picaresco y profano.

D.—Periodistas.

1.—D. Juan Alvarez de Lorenzana.

Meditemos.

ARTÍCULO DE FONDO.—31 DE MAYO DE 1865.

En el Parlamento y en la prensa se ha dicho repetidas veces, por algunos de nuestros amigos políticos, que el síntoma característico del ministerio que preside el duque de Valencia, es una debilidad profunda y crónica. De esta misma opinión no hemos dejado de participar también nosotros; pero examinada la cosa más á fondo, la verdad nos obliga á reconocer que hemos andado algún tanto ligeros en nuestro juicio, que nos hemos equivocado de

medio á medio, y que la complexión del Gabinete, lejos de ser enfermiza y delicada, es sana, robusta y vigorosa; no de otra suerte hubiera podido resistir las rudas embestidas de que ha sido objeto, el rigor de las desdichas que le han perseguido, los conflictos que él mismo se ha creado, los inmensos desaciertos que ha cometido, el *medio* antihigiénico, la atmósfera saturada de miasmas virulentos en que constantemente, desde su concepción ministerial, vive y respira.

La existencia de este ministerio ha sido una serie no interrumpida de reveses y descalabros, una especie de *vía crucis* sin calvario, un dilatado martirologio, si es que mártires pueden llamarse los que padecen obstinadamente por defender el imperio del mal; y, sin embargo, este ministerio se ostenta confiado, seguro, satisfecho y audaz hasta la provocación; íbamos á decir hasta el cinismo.

Un ejemplo:

Se acerca el día señalado para que la representación nacional inaugure sus tareas, y el Gabinete pierde uno de sus más importantes y significativos miembros. ¿Amengua su fuerza este suceso? De ningún modo. Los ortopedistas de la situación poseen una habilidad maravillosa. El miembro perdido será reemplazado con otro más adecuado al organismo á que se le destina. Para las arriesgadas, aunque utilísimas manipulaciones que han de ejecutarse en el laboratorio de la alquimia ministerial, ¿quién duda que tiene una aptitud privilegiada, que reúne mucho más valor el Sr. Benavides que el señor Llorente?

Otro ejemplo:

Sobre todas y cada una de las cuestiones que habían de tocarse en el discurso de la Corona, reinaba un acuerdo perfecto entre los individuos del Gabinete, así como acerca de las soluciones que para cada una de esas cuestiones debían anunciarse al país. Mas ocurre que en una de ellas tropieza el ministerio con una voluntad más poderosa que la suya, con un criterio más sabio y elevado, con un corazón más altivo, más generoso, más hidalgo, en una palabra, más español. La crisis se declara. Todo el mundo creía que el Gabinete presidido por el señor duque de Valencia, había ido rodando hasta las profundidades del abismo de donde había salido. ¡Vana ilusión! ¡Terrible desengaño! El señor duque de Valencia, no desde el abismo, sino desde el Olimpo en que le colocara la fuerza del misterioso destino que le empuja y sostiene, contemplaba, tal vez con la plácida serenidad de los inmortales, la tempestad que se interponía entre sus pies y nuestras cabezas. Esa tempestad, que por lo visto no fué más que un juego de física recreativa, pasó; el señor duque de Valencia triunfó. En la *Gaceta* del 4 del corriente apareció sancionada la ley que impone á la magnánima nación española el suplicio de abandonar á Santo Domingo... Este ministerio, pues, es un ministerio de transición al nuevo y siniestro período en que entrará la política española. Sus miembros más importantes é influyentes son los más á propósito también para firmar las capitulaciones y realizar la entrega sin que se turbe su conciencia ni se altere el ritmo de las pulsaciones de su corazón.

Como todos los que han servido á muchos poderes y abrazado sucesiva ó simultáneamente distintas y contrarias causas, tiene el raro y para el caso inestimable mérito de creer que en política la noción del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto es una quimera.

.....

Para terminar. Si de las gravísimas circunstancias que atravesamos hubiera de resultar al cabo de las vicisitudes y peripecias que nos aguardan el afianzamiento indestructible del principio liberal en España, y la imposibilidad de que, como hasta ahora viene sucediendo, se vea comprometida á cada paso su existencia, deberíamos celebrar con indecible júbilo este último advenimiento del partido moderado al poder, y los desaciertos, iniquidades y actos de crueldísima barbarie perpetrados.

Deberíamos felicitarnos de ello y exclamar como San Agustín, con motivo del pecado original por la redención de que fué causa: *¡Oh fœlix culpa!*

2.—D. José Ortega Munilla.

Crónicas.

Los Lunes de El Imparcial.

29 Septiembre 1879.—El jueves hubo en el Circo de Price función de gloria con entrada gratuita para todos los ángeles de las escuelas pobres. Desde la pista subía dando vueltas en derredor de las sillas, palcos y gradas, una guirnalda de frescas rosas; las columnas tenían en su base florecimientos animados y grupos angélicos como los que soportan las volutas de un templete florentino. Diríase que el diablo había hecho una incursión en los cielos aprehendiendo allí cinco mil ángeles, á los cuales divertía con esos juegos infernales que distraen primero y enloquecen después.

Ya sabréis que el ángel es un ser compuesto de niño y mariposa. Por eso mueren tantos niños. Porque en ellos morir no es morir... ¡es volar!

Yo pude ver la alegría y regocijo de aquellos cinco mil muchachos; yo los ví entrar en volandas, ansiosos, impacientes, derribando las sillas, como derriba el inquieto pájaro dentro de la jaula las cañas y el botecillo del agua cristalina.

Todos querían ponerse en primera fila—¡ambición en que ya revela el niño sus instintos de hombre!;—pero todos dejaban pasar delante á las niñas que, vestidas esmeradamente, pulcras y elegantes, con sus modestas faldas de indiana, ejercían sobre sus compañeros el dulce imperio de la debilidad. Sentábanse ellas con grave continente de princesas; componían con la delicada mano, parecida á un juguete de marfil, los pliegues del traje, y agitando la cabeza para que culebrearan en la espalda las trenzas, distribuían á su alrededor sonrisillas encantadoras.

Era que el ave de la coquetería ensayaba sus alas antes de abandonar el nido de la inocencia. ¡Es que la almohada en que la mujer reposa la cabeza al nacer está rellena con plumas arrancadas de las alas del Amor!

Con ser aquellos niños hijos de gente pobre, parecían retoños de un árbol genealógico plantado en campo de gules, á juzgar por la delicadeza y finura de sus rostros, por lo bonito y cuidado de sus trajes. El descendiente del albañil y de la lavandera no lleva girones por vestido, ni cubre sus miembros con sucios harapos. Junto á su cama vela una mano incansable, mientras aquella rizosa cabecita cae rendida en brazos del sueño y sus labios suspiran con esa tranquila serenidad que luego turban los amores.

Y cuando el Señor sonríe en el horizonte hispano y las chimeneas fuman su primer cigarrillo arrojando al cielo azules espirales de humo, aquel niño se estremece, mueve los brazos, luchando aún con el sueño, sonríe por últi-

ma vez con los ojos cerrados al ángel que jugó á su lado durante la noche, y sin saber cómo, sin acabarse de despertar aún..... se encuentra vestido.

¡Como el gorrión que anida un poco más arriba que él..... debajo de la misma teja, no posee más que un traje, pero para estar elegante le basta componer su plumaje con el parlero pico!

Cambiemos de escena. Aquí no hay orquesta. Reina el silencio en la elegante sala. Más que teatro parece un templo donde los paganos del arte vienen á oir las preces del genio. Esta noche se representa una comedia de Calderón: *Amigo, amante y leal.* El protagonista no es D. Juan Tenorio, el amante sin rivales, el atropellador de fueros y leyes: es un puntilloso espíritu que sacrifica su amor por su lealtad de súbdito y por su nobleza de amigo. Las escenas se suceden en medio del asombro del público. Aquello es la exhumación del cadáver de un sentimiento perdido. La lógica del siglo no puede seguir la lógica de *Don Félix.* ¡Tener entre los brazos la mujer adorada y entregarla al príncipe porque la lealtad de vasallo así lo manda! ¡Que inconcebible absurdo! Las damas se indignan con *Aurora,* y protestan con ella. «Si el amor no es la pasión más poderosa de las pasiones, ¿qué es el amor?»—se preguntan muchos. «Si el amante discurre frente á su amada, ¿qué va á ser el matrimonio?»—exclaman asustados algunos espectadores en estado de merecer.

Es que en aquellos tiempos la sociedad se veía encerrada en un molde que no ajustaba á la forma de su cuerpo. Era una hermosa mujer embutida dentro de un jarrón japonés de estrambótica apariencia, como esos monstruos humanos que fabricaban hace un siglo los *Compra-chicos* de la China. Metían dentro del jarrón á la criatura humana y allí le dejaban vegetar. Cuando había crecido bastante y llenado las desigualdades de la porcelana, quebraban el vaso y salía de aquel huevo monstruoso la quimera de Horacio.

El *Don Félix* de Calderón es el corazón humano encerrado en el estrecho vaso del despotismo, y es preciso que el amor le haga latir desesperadamente para que quiebre su prisión.

Don Félix y *Hamlet* son dos espíritus que aletean en una jaula demasiado estrecha; pero éste es más grande que aquél, porque la jaula de *Don Félix* es Parma y la jaula de *Hamlet* es el mundo.

Como la comedia termina casándose *Don Félix* con *Aurora*—esto es, venciendo el amor á la lealtad—el sentido práctico y la vanidad de las mujeres quedan satisfechos.

Dos amantes, en el período del desengaño, hablan sobre la comedia de Calderón, y la mujer dice:

—Me gustan estas obras porque acaban sin desgracia.

—¿Cómo sin desgracia?—replica el caballero indignado.—¿Qué más desgracia que el casamiento?

Pompeya ha recibido en sus solitarias calles á lo más principal de la andante curiosidad humana. El Vesubio, no ha dejado de tronar sobre el cadáver de Pompeya, como un león que acostado cerca de la gacela moribunda, no cesa de rugir sordamente en tanto que se agita el cuerpo de la tímida res.

Un velo de ceniza ha cubierto el sol, mientras damas inglesas é italianas asistían á la representación de una comedia de Plauto en el coliseo pompeyano. Se había declarado de moda entre los vecinos de Pompeya el traje latino; pero los ingleses flacos han protestado en nombre de sus pantorrillas. Por telégrafo nos refieren, que una dama entró en una casa, y que al cruzar el vestíbulo, dos momias de dos porteros que había en pie sobre el escalón, se desvanecieron en volátil polvo.

—¡Se han ido!—gritó aterrada la señora.

—¡Excelentes porteros!—exclamó un inglés.—Van á avisar á sus amos. Y no se puede negar que van..... como el viento.

El mismo inglés, al cruzar por un elegante patio en que aún florecen dentro de la taza de la murmuradora fuentecilla *lotos* y *nauphias*, vió, asomada á cierta ventana, una muchacha hermosa, de cuello escultural, de brazos largos y tornátiles, de seno robusto y suavemente relevado. Rápidamente entrevió un día de amor dulcísimo y breve, como todos los amores italianos.

Preguntó quién era aquella dama, y nadie supo si formaba parte de la comitiva visitadora. Aquella era la casa de *Cneo Petronio*. Decidióse y entró en ella. Abrió la puerta..... y ¡qué horror! aquella linda pompeyana cayó al suelo hecha ceniza. El inglés se quedó absorto contemplando tan gráfica alegoría de la dicha, y no pudo menos de exclamar á guisa de responso:

—¡Qué lástima de momia tan simpática!

Dejemos desfilar esas siluetas de *turistas* que se recortan sobre el cielo azul de Pompeya como las figuras blancas de los frisos sobre el fondo dorado de sus muros. Pongamos punto á esta cuartilla con una frase que Byron dirige á la ciudad enterrada:—«¡Estaba escrito! ¡A mí me había de ahogar el corazón como á tí el Vesubio!»

Se habla de política extranjera en una peluquería. Un señor, que se deja afeitar, pregunta:

—Pero, ¿qué van á hacer los ingleses con el Rey Cettiwayo?

—¡Ah, caballero!—exclama otro.—Bien se conoce que usted no sabe lo que son los ingleses. Lo llevarán á Londres en rehenes de los prisioneros que guardan los zulús. Después se servirán de él para negociar la paz. Luego le obligarán á abdicar en un príncipe amigo de Inglaterra. Y cuando todo esto hayan conseguido..... lo enseñarán dentro de una jaula, por dinero.

II. ORATORIA

A. Oratoria forense ó jurídica.

1.—Don Joaquin María Lopez.

Defensa pronunciada en la vista de la causa formada contra él y otros diputados por supuesta complicidad en los sucesos ocurridos en Alicante en 1844.

Excmo. señor:

Despues de haber comparecido tantas veces en este sitio como abogado á defender á varios encausados, tal vez criminales, me encuentro hoy en él, con un doble carácter enojoso y desfavorable sin duda para hablar en mi propia

causa. No comparezco, sin embargo, como suele comparecer el criminal, abatido, tímido, receloso, con una conciencia que le acusa, con un corazón sobresaltado, esperando y temiendo á la vez el fallo de los sacerdotes de la justicia. No, todo lo contrario: me presento con una concienc a tranquila, con un corazón inocente, con la cabeza erguida y proclamando á la faz del mundo que solo el maquiavelismo más horroroso de una política destructora, solo la inmoralidad más cínica y la ingratitud más pérfida, han sido los resortes de este malhadado proceso. ¡Amarga lección de la experiencia y de la Historia! El hombre que hace poco más de dos años ocupaba el primer lugar al lado del trono y aun le reemplazaba y substituía en cierto modo, porque el trono no era entonces regido todavía por una persona augusta, declarada mayor de edad, ese mismo hombre se ve hoy ignominiosamente arrojado sobre el banquillo de los criminales. Y no se crea que tan rápida y súbita transformación haya podido deberse á una conducta, por su parte, poco prudente ó circunspecta: no á una de esas tentativas políticas á cuyo término suele encontrarse el triunfo con el poder, ó el cadalso. Tan rara transformación se ha debido solo á la perfidia, á las intrigas, á las calumnias de ciertos hombres que han clavado el puñal asesino en los pechos generosos que antes les tendieron una mano amiga para librarles del infortunio que pesaba sobre sus frentes.

Pero, por fortuna, ha llegado el día de la reparación, y en que se diga del modo más público y solemne la verdad, la verdad que es antes que todo; la verdad que descuella sobre el interés y sobre las combinaciones detestables de los partidos; la verdad hija del cielo, hermana y compañera inseparable de la justicia, y á la que está reservado conceder en este momento la palma del martirio y la aureola del triunfo á los que han sido injustamente perseguidos en medio de su inocencia, al paso que relegue á la execración y al odio público á esos viles impostores, á esos instrumentos dóciles y venales que se plegan á todas las exigencias en manos de injustos y odiosos mandarines.

Yo, señor, no hablaré de mis antecedentes políticos ni de mis principios políticos. No de los primeros, porque mis antecedentes deben ser bien conocidos en España y fuera de España, al cabo de diez años que consagré sin interrupción á la vida parlamentaria, y aunque se pretenda censurar ó atacar algunos de mis actos en la época en que tuve la desdicha de ocupar el poder, como es la resistencia á convocar la junta central, la formación del Ayuntamiento de Madrid y otros semejantes, solo contestaré que sobre todo ello tengo recientemente escrito un libro con la exposición más veraz de los hechos. Este libro anda en manos de todos. Que se lea: que se piense y después que se decida. No tengo ni he tenido nunca la vana y ridícula pretensión de atraer á los demás á mis opiniones; pero tambien confieso que no tengo la docilidad ni menos la abnegación de abandonar mi opinión por seguir la de los demás, y menos cuando no la he visto robustecida por el asentimiento del mayor número. Y repito que no quiero hablar de mis antecedentes, de mi fijeza en los principios más liberales, de mis sacrificios y desprendimiento, de mi vida pública entera, en una palabra, porque esto me daría en la causa una ventaja inmensa á que yo renuncio, puesto que me asemejaría al hombre que se defendiese con un cañón cargado de metralla, del miserable que tuviera en la mano un alfiler para clavárselo por la espalda.

También he dicho que aunque la causa sea política, yo no quiero hablar

de mis principios políticos; y es porque conozco muy pocos que puedan pasar por absolutos y que no deban subordinarse al imperio y la calificación que les dan las circunstancias. Profeso la máxima de que la paz, la legalidad estricta y la justicia son la situación normal de los pueblos, la base de su prosperidad y ventura; pero añadiré, hablando en general, y sin que sea justo hacer alusiones ni aplicaciones de ningún género, que si hubiera un Gobierno en cualquier país que despedazase las Constituciones, que conculcase los principios más santos, que hollara los derechos y las garantías, que cerrara todos los caminos legales, que redujera al pueblo al último extremo de desesperación, de modo que pudiera decir con Virgilio en la traducción de Hernández de Velasco:

«Solo les queda á los vencidos una
salud, que es no esperar salud alguna»,

entonces la revolución sería necesaria, sería indispensable, sería hasta santa; porque un Gobierno de esta especie es en sí mismo una revolución constante, una revolución perpetua, una revolución materializada. Vano sería dar á ese pueblo esperanzas ilusorias, fundadas en medios que la violencia ó la opresión negasen. Más bien se les podría decir (y haré la cita sin temor de pasar por inoportuno, porque el tribunal conoce que una causa, y más una causa política como la presente, se presta más á los giros del pensamiento que la árida y monótona índole de los pleitos), más bien se podría dirigir á ese pueblo aquellos versos de Ulloa en su *Raquel:*

«Tanta paciencia en pechos varoniles
no nos hace leales sino viles».

En vano sería en la hipótesis de que hablo, acudir á las urnas electorales. El Gobierno tendría mil medios de eludir la voluntad pública y de formar un Congreso que solo sirviera para anular al pueblo y para colocarse á vanguardia de la tiranía: y si contra todas las probabilidades, ese Congreso quisiera representar los verdaderos intereses y la verdadera opinión nacional, bien pronto se le reduciría al silencio por la disolución tantas veces repetida cuantas la necesidad la presentase como única arma para sostener un Ministerio combatido. Y al hablar así no invoco sólo los principios, no me refiero á teorías más ó menos avanzadas: no llamo en mi apoyo hechos remotos consagrados más ó menos solemnemente por la sanción del tiempo y de la autoridad: me contraigo á una revolución de ayer; revolución á que se debe cuanto hoy existe; revolución de que ha sido el producto inmediato la que se llama situación actual; revolución á que todos contribuímos y á que se ha debido la formación misma de este tribunal y de las demás dependencias del Estado: la revolución de 1843. Entonces se creyó por todos, aun por los que ahora afectan desconocer la doctrina, que hay circunstancias en que las revoluciones se hacen justificables. Eso mismo es lo que yo acabo de decir, sin más diferencia que la de ser consiguiente conmigo mismo, con mis hechos y con mis teorías, con los principios reconocidos en política y con las máximas santas de la humanidad, en tanto que otros se ostentan inconstantes en sus ideas, contradictorios y olvidadizos.

2.—D. Antonio Aparisi y Guijarro.

Defensa pronunciada en la vista de la causa criminal formada de oficio, con motivo de la muerte violenta de doña Carlota Pereira, en la calle de la Justa, el día 29 de Julio de 1861.

Excmo. señor:

Me falta voz y no me sobran alientos: he venido, sin embargo, á ocupar este puesto, que si en la pasada ocasión lo fué de conciencia, lo es en la presente de conciencia y de honor; porque si la causa trae fatigas y ha traído sinsabores, no parecía puesto en razón que los dejase yo todos á mi digno y respetable compañero: debo pedir y quiero tomar una parte de ellos.

Cúmpleme comenzar este informe, por manera semejante á lo que principia el anterior, en grado de vista. Mi digno compañero era el abogado único de D. Jerónimo Gener: en mejores manos no pudo poner éste su defensa; mas por quiebras de salud hallábase ausente, en el extranjero, y temíase que se señalara día para la vista de la causa, y no pudiera, por desgracia, asistir á ella. Con esta previsión, de acuerdo con letrado tan insigne, D. Jerónimo Gener me escribió á la sazón que yo estaba en Valencia, y envióme el apuntamiento de los autos. Yo no conocía á D. Jerónimo Gener: leí el apuntamiento y creí, si he de hablar con ingenuidad, que todos creerían que, conforme á las resultancias, no cabía imponer pena al procesado; creí, si he de decir toda la verdad, lo que creyeron conmigo jurisconsultos distinguidos, que conmigo vieron y examinaron la causa. Pero además de la cuestión legal, había otra que llamaré moral; esa cuestión que en toda causa se propone uno á sí propio, y resuelve en el fondo de la conciencia. No hay prueba que convenza á Gener de que es delincuente. ¿Pero, lo habrá sido? ¿Será, aunque no aparezca, el autor moral de la muerte de su mujer?

Como dije ante la Sala segunda, y tengo el honor de repetir ante la Sala tercera, yo en un principio sospeché de Gener; pero después, meditando sobre datos importantísimos del proceso, y singularmente sobre la carta de 18 de Julio, que al decir del fiscal de S. M., es una de las piedras angulares de la acusación, yo creí en mi conciencia que Gener era inocente. Yo, por tanto, escribí á éste, á quien no conocía, diciéndole: que en el caso sensible de que continuase en el extranjero, por quiebras de salud, mi digno compañero, yo le defendería, en cuanto consintiese la flaqueza de mis fuerzas.

Aun cuando en mi conciencia no hubiera creído en la inocencia de Gener, ó hubiese dudado de ella, pudiéralo defender, y debiera defenderle, siempre que no mediare prueba que le acreditara de criminal; porque en este caso, no solamente defendía á un hombre, sino que, si bien se considera, defendía en él á todos los hombres, á mí propio, á los que me escuchan, al mismo fiscal de S. M.; y si cabe que lo diga, á los mismos Magistrados que han de fallar esta causa, porque defendía en ella lo que es garantía de todos los hombres: derecho natural, prerrogativa inviolable; á saber es: que no se puede condenar á un hombre no existiendo pruebas claras que le convenzan de que delinquió; con cuya garantía no viviríamos mal en países salvajes; sin cuya garantía son inútiles todas las Constituciones que se hayan hecho y todas las que se puedan hacer mientras viviere el mundo.

Yo, lo confieso, además de pensar en Gener, pensé en sus pobres hijas; y no es vana afectación lo que voy á decir: desde el primer día que ví esa cau-

sa, sentí un dolor inmenso y una inmensa indignación, al considerar á una pobre mujer, ¡una pobre madre! cayendo asesinada en medio de sus hijas, y bañándolas en sangre; yo no puedo apartar de mi memoria esas pobres hijas; defendiendo á Gener, creía también defenderlas. Mi digno compañero las llamó, bellamente, ángeles, y yo recuerdo que exclamé: ¿Por qué no han vuelto esos ángeles al cielo? Porque, sobre todo, si Gener es condenado, ¿qué han de hacer en el mundo? Yo, pues, Sr. Excmo., defendí á Gener y á sus hijas.....

Hay, señor fiscal, momentos en la vida humana, supremos, críticos, de turbación, de dolor, de agonía indecibles; momentos en que el alma sufre más, siente más, ve instintivamente más en un instante de tiempo que en horas ó en días de la vida ordinaria. Hallado Gener en uno de esos momentos, al saber la muerte de su mujer, al verse en la cárcel vió, ó debió ver, como á la luz de un relámpago, el abismo que la historia de los últimos cuatro años y su desdicha habían formado: una tempestad de ideas estallaría en aquel punto en su cabeza; una tempestad de sentimientos en su corazón; y en casos tales suele el hombre expresarse conforme á la idea ó al sentimiento que predomina más pujante en el corazón ó en la cabeza: él se sintió horriblemente comprometido ante el juez y ante el fiscal, y al propio tiempo sintió en sus entrañas gran dolor por la muerte de su esposa y por eso se echó á llorar; y por eso, temiendo que se interpretasen mal sus lágrimas, las enjugó: mas sobre el dolor por la esposa, y la angustia por su desgracia, una idea, un pensamiento prevaleció y le señoreó y le arrastró. ¡Sus hijas, sus pobres hijas! ¿Dónde estarían? ¿Qué sería de ellas? Puesta la mano sobre el corazón, yo creo, Sr. Excmo., que la conducta de Gener fué en estos terribles instantes conforme á la naturaleza; y creo yo que para los capaces de comprender esas situaciones supremas, para los que, entristeciendo su vida, han estudiado el corazón del hombre, la conducta de Gener en toda su declaración indagatoria, meditada sondeada, profundizada, ha de confirmarles en la opinión de la inocencia de Gener, que ya debió inspirarles, meditada, sondeada, profundizada, la carta de 18 de Julio.

.....

Yo humillo mi frente delante de V. E.; yo toco, con mi frente, la tierra delante de V. E.; mas al pensar que ningún linaje de presión, ni la que desciende imperiosa de arriba, ni la que sube rugiendo de abajo, puede turbar, constreñir, vencer el ánimo de un magistrado español; al pensar que V. E. se sobrepone á todas las miserias, para juzgar, y se coloca, para fallar en región serena y tranquila, oyendo sólo la voz de la conciencia... ¡oh! yo cobro grandes alientos, me reanimo con gratísimas esperanzas, y levanto la cabeza, y pido y espero cumplida justicia de V. E. Pido y espero que V. E., fallando, salvará á Gener, salvará á sus hijas, salvará el principio sagrado, sin el cual valen nada todas las Constituciones del mundo; y al propio tiempo acabará de confundir á esos... pocos, villanos é infames, que levantaron del cieno su cabeza, para escupir indignamente la majestad inmaculada de la toga española.

He dicho.

3.—D. Manuel Cortina.

Defensa pronunciada ante el Supremo Tribunal de Justicia en la causa que ante él mismo se ha seguido contra D. José Puidullés.—1842.

M. P. S.

La misión que me está confiada en este día es la de defender á Don José Puidullés, Director general de Presidios del reino, en la causa que se le sigue con motivo de abusos, que se supone haber cometido en el ejercicio de su empleo: y al principiar á desempeñarla apenas puedo acabar de persuadirme de que semejante acusación haya sido formulada contra tan digno y alto funcionario del Estado: no han bastado á ponerlo á cubierto de ella la probidad, honradez y patriotismo que durante una larga carrera ha acreditado: tampoco las consideraci nes que como uno de los Jefes principales de la admistración le eran debidas, ni lo que es aún más sensible, la pequeñez y mezquindad de las estafas en que se le ha querido complicar. No entraré yo en la cuestión resuelta por el grande hombre de este siglo, diciendo que todos los hombres se vendían, y que la dificultad consistía en averiguar su precio: aun partiendo de esta idea, desconsoladora ciertamente, si bien por fortuna con bastante frecuencia desmentida, preguntaría yo: ¿habrá quien pueda creer que el precio de un director de presidios, de D. José Puidullés que ha dado pruebas inequívocas de su delicadeza en cuantos cargos públicos ha ejercido, fuese la participación que en cuatro onzas y cuatro mil reales, que se suponen recibidos por Villanueva, hubiera podido corresponderle? Esta sola consideración debiera haber bastado para que la acusación, que voy á impugnar, no hubiese sido formulada: sabido es que cuando los hombres públicos se deciden á ponerse en venta saben siempre apreciarse y no malbaratan sus favores: antes por el contrario, procuran sacar todo el partido posible del extravío mismo que se permiten, procurando calmar de este modo, como si tal cosa fuera posible, los remordimientos que su conducta no puede menos de causarle.

. . . . . .

. . . . . .

Pero á pesar de ser ésto tan terminante sostienen algunos criminalistas que es admisible la prueba de indicios cuando reúnan tales caracteres y circunstancias que suplan por la directa; y sin entrar en esta cuestión, que no sería de utilidad ninguna en el caso presente, me limitaré á manifestar que aun los que así piensan, los que tienen opiniones más laxas en esta materia, convienen en que los indicios para que puedan constituir prueba deben reunir las siguientes circunstancias: primera, que sean varios, fundándose para ésto en que siendo una in ucción la que se hace de un hecho circunstancial para acreditar el principal de la acusación, es indispensable que sean éstas varias, porque sólo así puede haber la seguridad que se necesita para la imposición de las penas: segunda, que cada uno de estos hechos circunstanciales esté probado directa y cumplidamente, porque de otro modo vendría á ser la prueba una inducción de otra inducción tan débil ya, como á primera vista se advierte; y tercera, que cada uno de los indicios tenga tendencia directa y necesaria á probar el hecho principal de la acusación, de modo que éste sea una consecuencia precisa de los hechos circunstanciales en que aquéllos se fundan. Parece innecesario, hablando á un tribunal tan ilustrado como

V. A. desenvolver más esta teoría, ni presentar con más extensión sus fundamentos: se le ofendería si se intentase, y se gastaría en ello sin utilidad el tiempo que para otras cuestiones me será indispensable aprovechar. De lo que sí no puede excusarme, es de decir que si estamos á la disposición de la ley por indicios, por sospechas, por presunciones, no puede ser condenado D. José Puidullés.

. . . . . .

Igualmente ha hecho ver que en ninguno de los expedientes unidos á la causa, ni en lo determinado por D. José Puidullés respecto á los fondos económicos de los presidios extinguidos de Valladolid y Málaga hay abuso, ni infracción de ley, ni exceso en las funciones de su ministerio y de todo es una consecuencia necesaria la libre absolución que he solicitado con la correspondiente declaración de que estos procedimientos no pueden perjudicar á su opinión y buen nombre nunca desmentido. Exígelo esto así ante todo la justicia, interesada tanto en que se absuelva al inocente como pudiera serlo en que se castigara al que resultare criminal. Exígelo también el decoro del Gobierno, porque si en cumplimiento de sus augustos deberes debía procurar que se castigasen abusos tanto más criminales, cuanto más elevada sea la persona que se los permita, también tiene interés en que aparezca la inocencia de un alto funcionario á quien dispensara su confianza, y que si pudo un momento dudarse con más ó menos razón de él, ha tenido la fortuna de contestar victoriosamente á todas las acusaciones contra él dirigidas, y adquirido, por tanto, un derecho incontrastable á que no se le retire esa confianza que un dia se le dispensara y de que continúa siendo merecedor.

4.—D. Joaquín Francisco Pacheco (1808-1865.)

Discurso pronunciado ante el Tribunal Supremo en defensa del Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia, en causa formada con motivo de una exposición dirigida al Regente del reino sobre negocios eclesiásticos.

¿Puede ser (dijimos en ésta), acusado, juzgado y condenado el reverendo obispo por las doctrinas ú opiniones que incluyese en una petición acerca de la disciplina de la Iglesia, y de las facultades que respecto á ella y á sus bienes tengan los soberanos temporales?—V. A. vé que no excusamos el debate cuando de esta suerte le fijamos: V. A. vé que nos ponemos en las entrañas de la cuestión, aceptándola como es en sí, sin procurar ventaja alguna para el obispo de Plasencia, nuestro cliente. Pues bien; á pesar de todo, sostenemos con una convicción profunda, que las doctrinas más equivocadas, que los errores más crasos de cualquier naturaleza que sean, comprendidos en una petición que se dirija á la Corona, no pueden ser objeto de causa criminal porque no pueden nunca, según la razón ni las leyes, recibir la calificación de los delitos.

Rogamos ante todo á V. A. se sirva considerar las palabras «doctrinas y errores» de que nos hemos valido, para que ni un instante sólo pueda atribuírsenos, lo que está muy lejos de nuestra intención. Si saliéndose el peticionario del círculo de las opiniones, se ocupase por ejemplo en prodigar insultos al trono, sabemos bien que habría cometido un crimen, y no seríamos nosotros los que le querríamos disculpar, á pretexto de que escribía peticio-

nes ó solicitudes. Hablamos aquí sólo de creencias, de doctrinas, de teorías, porque ésta y no otra es la índole de la causa actual. No por insultos, sino por doctrinas, está procesado el obispo de Plasencia, y de doctrinas, por tanto, debemos ocuparnos nosotros, que tenemos por deber el defenderlo de la acusación lanzada en su contra. Decimos, pues, nuevamente, encerrándonos en nuestro círculo, que las doctrinas contenidas en una petición no pueden ser cuerpo de delito para que juzguen sobre ellas los tribunales.

Desde luego suplicamos á V. A. se digne considerar por unos instantes cuál sería el efecto de la opinión contraria, y cómo se falsearía completamente el derecho constitucional que dejamos demostrado. Desde el punto en que las teorías, las creencias, las opiniones que se incluyen en una petición, pudieran ser arrojadas á un tribunal para que las examinase y las juzgare, desde el punto en que los fundamentos de lo que se reclama pudieran ser separados de la súplica misma, para no gozar de la garantía que ofrece á ésta el art. 3.° de la Constitución, en aquel mismo momento se vería burlada la inteligencia de éste, y en vez de las peticiones útiles, de las peticiones políticas y gubernativas, de las que ha tenido presente el legislador al escribir las palabras que copiamos antes, sólo nos quedarían las pretensiones del interés individual, ó reclamaciones sin apoyo y sin razón que no produjesen ninguno de los grandes resultados á que se atendía y se deseaban por los autores de la ley. ¿Qué serán las peticiones cuando no puedan justificarse, ni cómo se justificarán, cuando sus doctrinas sean pasibles de una condenación?

Es necesario reconocerlo: el derecho de petición lleva consigo el de discutir, y éste no existe cuando las doctrinas pueden ser acusadas y condenadas.

El derecho de petición, so pena de ser una mentira, implica y envuelve el respeto á todas las opiniones. Dividir la petición en dos partes, separar lo que se reclama de las razones en que se apoya, para respetar lo primero y ensañarse con lo segundo, no puede ser un arbitrio que confiese la razón, y que acepte y establezca la ley. Sería entonces una disposición hipócrita la del artículo constitucional: sería un lazo para los que lo hubiesen comprendido genuina y sinceramente. Por lo menos habría necesidad de publicar de antemano esta otra inteligencia, á fin de que supiéramos los peligros que encerraba el derecho de petición y nos abtuviésemos de ejercerlo, precisamente en lo que todos los publicistas de la escuela liberal la han creído más recomendable.

Pero no es esto sólo lo que tenemos que decir sobre la cuestión presente, no es sólo por esa argumentación indirecta y de absurdos como debemos probar que no pueden cometerse delitos, sentando cualquiera especie de doctrinas en peticiones dirigidas á la Corona. Podemos demostrarlo también de un modo directo, según los principios del derecho penal; y V. A. nos ha de permitir que lo hagamos con la misma rapidez con que nos es forzoso tocar tan interesantes cuestiones.

Dijimos ya al principio de este escrito, y nos es fuerza repetirlo para la presente demostración, que las doctrinas del reverendo obispo de Plasencia buenas ó malas, acertadas ó erróneas, en tanto qne eran puramente doctrinas y creencias de su opinión, profesadas en el interior de su ánimo, guardadas en su conciencia y en su juicio, no podían ser materia de crimen, ni cuerpo de delito de ningún género. La ley civil y los tribunales que administran su justicia; aun la ley eclesiástica y los tribunales de su fuero externo; ni unos ni otros extienden su jurisdicción hasta aquel último, incuestionable santua-

rio. Sólo la inquisición llevó sus miras y sus invasiones á investigar lo que los hombres pensaban; pero los tiempos de la inquisición pasaron para no volver, y la historia y la conciencia universal hicieron justicia de lo que miraron legítimamente como un atropello de los derechos más sagrados.

¿Qué es, pues, lo que constituye el delito en materia de opiniones? ¿Cómo es el modo con que las doctrinas falsas, subversivas, desoladoras, pueden adquirir el carácter de crimen? ¿De qué suerte el que era inocente profesándolas, puede llegar á ser culpable en virtud de ellas propias? V. A. ha advertido ya que sólo una circunstancia es la que puede causar esta variación tan importante. V. A. conoce que el delito no puede consistir sino lo que causa el daño social; V. A. sabe que la culpa no está en la creencia sino en la publicación. El que tiene doctrinas de trastorno no ha cometido por eso crimen alguno; quien le comete es el que las publica. Su mano es la que esparce en la sociedad el veneno; su mano es la que la sociedad debe proponerse enfrenar ó castigar según le sea posible.

Sentado este principio, adelantemos un poco en el examen de la cuestión que nos ocupa, seguros, como lo estamos, de que nada decimos que sea impertinente para ella. ¿Publica, acaso, preguntamos ahora nosotros, sus doctrinas ni sus opiniones el que sólo las consigna en una petición dirigida al Regente de la Monarquía? He aquí una nueva cuestión cuya importancia no se puede desconocer, porque según sea la respuesta que deba dársela, así habremos adelantado en uno ó en otro sentido respectivamente al análisis que estamos haciendo. Si en efecto, el peticionario, por el solo carácter de tal, publica sus doctrinas y opiniones, confesamos que nada valen las consideraciones en que estamos empeñados; mas si por el contrario una petición no es de ningún modo una publicación, fuerza será también que se nos confiese que el incluir en aquellas doctrinas ú opiniones erróneas, no es de ninguna suerte lanzarlas en la sociedad, ni puede por tanto dar ocasión á calificaciones de delito ni á procedimientos criminales.

Véase, pues, cómo se traslada el debate á ese otro, mucho más claro, mucho más sencillo: véase cómo adelantamos naturalmente para su resolución dejando más fácil de concebir y de combinar las ideas de que nos ocupamos.

¿Es publicar una doctrina, hacer uso de ella en una solicitud, en una petición que se dirige al Monarca?—Tanto valdría en nuestro concepto preguntar si el monarca es el público, ó si en el despacho del monarca hay tribunas para cuantos quieran concurrir á ellas.

No: el que inserta sus opiniones en semejantes escritos, no por eso las publica, no por eso las pone en circulación, como no las publica el que las escribe para sí sólo, y guarda el papel en que las ha consignado; como no las publica el que da parte de ellas á un amigo suyo en una carta particular; como no las publica el que las expone sencillamente en una reunión privada, sin ánimo de proselitismo ni de propagación. De la misma suerte, el que se dirige al trono, y únicamente al trono, el que consigna sus doctrinas en la exposición que á aquél eleva, el que llena de este modo las inspiraciones de su conciencia y el derecho que le da la Constitución; ese no publica nada, y por consiguiente no puede delinquir, ni tiene que responder por las doctrinas que haya consignado. Que si después su exposición saliese del ministerio y se publicase; si viniese, por ejemplo, como ha sucedido en este caso, á las salas de un tribunal de justicia, á ser motivo de escándalos y de discusiones; de otro será la culpa y sobre otro deberá caer la responsabilidad, pero

de ninguna suerte sobre el que no la escribió para el público, ni fué el primero á entregarla á la sociedad entera.

He aquí lo que tenemos en nuestra causa. El reverendo obispo de Plasencia, elevó una exposición al Regente, sobre la conducta del gobierno, respectiva á la corte de Roma, pero sin imprimirla, sin publicarla, sin circularla por su parte. El excelentísimo señor ministro de Gracia y Justicia fué quien, sacándola del secreto destino que su autor la había dado, la remitió á vuecencia para que le encausase. No fué, pues, el obispo mi representado, que fué el señor ministro quien primeramente la publicó. Por S. E. salió antes que por ningún otro, de donde su autor la había destinado. Si de su circulación hubieran podido seguirse algunos males, el señor ministro habría sido el primer responsable ante Dios y los hombres.

Permítame aún V. A. que insista en consideraciones de este género, porque la materia es grave y se versan aquí intereses de muy universal categoría. Permítame V. A. que recuerde lo que disponen las leyes, sobre el modo más general de publicaciones que existe en nuestra sociedad, para hacer ver por su consideración cómo son exactos los principios que acaban de sentarse acerca de los delitos que consisten en la manifestación de opiniones. Hablo de la legislación de la imprenta periódica.

¿Quién es el responsable según la ley, de los abusos ó delitos que se cometen por medio de la imprenta? ¿A quién es al que se busca para hacerle comparecer ante el jurado é imponerle en su caso las penas señaladas por el derecho? ¿Es por ventura al autor, al escritor del artículo considerado como criminal? De ninguna suerte.

La ley no pregunta quién es ese autor, la ley no le busca, la ley no le atiende ni hace caso, si se presenta por su voluntad. Ella considera sólo al editor del periódico, al que supone que lleva su gobierno y se ha constituído jefe de la publicación. Ella señala al que recibiendo de manos del escritor el artículo incriminado, le lanza en la sociedad de ciencia cierta, para que surta los efectos consiguientes. Y en obrar así, ha procedido conforme á los más rectos principios de la legislación criminal, y ha obedecido á las doctrinas más respetables acerca de la naturaleza y comisión de los crímenes.

La publicación, volvemos á decir, es lo que constituye el delito en materia de ideas, porque la publicación es la que vierte en la sociedad el daño y el escándalo. Vanamente habría quien pensase y aun quien escribiese artículos subversivos, como no se encontrara una persona que los hiciera imprimir, y los pusiera en circulación. Sucedería lo propio que si un droguista confeccionase venenos, pero no se hallara quién los tomase y los emplease: no habría envenenamientos, y no procedería la justicia á encausar á nadie por envenenadores.

B.—Oratoria política.

1.—D. Salustiano de Olózaga (1805-1873).

Discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados el día 20 de Mayo de 1843.

Permitido me será, antes de entrar en materia, para que nadie pueda atribuir el espíritu de oposición que en mis palabras se manifieste, aunque no sea directo: porque no es llegado todavía el caso de hacerlo, á esta causa, el

que diga á los señores diputados que en cumplimiento de mi palabra he hecho hoy la renuncia absoluta de todo empleo y comisiones que tengo del Gobierno, como ayer tuve el honor de manifestar al Congreso. *(Bien, bien; aplausos.)*

Entrando en materia y debiendo decir muy pocas palabras, creo que no puede dudarse un instante de la aprobación unánime que dará el Congreso á la conducta de su digno presidente cuando se cometió la ligereza sin ejemplo de comunicar un oficio de tanta entidad al Congreso de Diputados, antes de comunicarle, no sólo el nombramiento del nuevo ministerio, sino la admisión de la honrosa dimisión que los antiguos ministros habían hecho.

Yo no quiero ver en esto lo que acaso otros verán, ni aun en los momentos de mayor peligro, quiero tener la suspicacia por guía; no quiero pensar que se faltara de intento á las fórmulas constitucionales; pero sí podremos decir al menos que fué efecto de la precipitación y de la turbación de los ánimos de las personas que dirigían ayer los consejos de las altas regiones. Y ¡ay del país, señores, que se entrega en manos de hombres de ánimo turbado, de consejeros trémulos! *(Bien.)* Y ¡ay también, señores, del Regente que siga consejos imprudentes en circunstancias tan críticas! *(Bien, bien.)*

Pero Dios salvará, señores, como ha dicho muy bien algún órgano respetable de la prensa pública, Dios salvará al país y salvará á la Reina. *(Aplausos.)*

Esa turbación, señores, que en los ánimos de los nuevos consejeros debió haber, que á nosotros, más distantes de esas altas regiones no nos puede ser conocida sino por esos deslices, es un agüero harto triste. Yo deseo sinceramente que no se cumpla: que los consejos del Regente sean prudentes, sean encaminados á la reconciliación de los españoles. Yo deseo sobre todo, que los consejeros del Regente le hagan oir una voz muy dura, pero la única que puede salvar con el país el Trono. Un estorbo, señores, se ha puesto entre el Regente y el país, y ese estorbo es un hombre cuya destitución habían propuesto los ministros pasados. Aquí se presenta un dilema terrible: escoja el Regente, señores, escoja el Regente entre ese hombre y la nación entera, representada por el Congreso unánime de sus Diputados. *(Aplausos.)*

...Ya sabemos lo que significan esos pretextos de suspensión para formar el Gabinete. Pero en fin, signifiquen lo que se quiera; cuando esto se haga dentro de la Constitución, el deber de los españoles es respetar profundamente todo lo que se acomoda á la Constitución, como el deber de los que le dirigen, no solamente es acomodarse á la letra de la Constitución, sino acomodarse al fin para que la Constitución se ha hecho. Dentro de la Constitución se puede perder un país, se puede entregar la nación al extranjero. *(Bien, Bien).* Pónganse al frente de las provincias y del ejército hombres que estén en esos sentimientos, dentro de la Constitución los nombrará la Corona porque tiene la facultad de nombrar los empleados, y la nación... no se habrá perdido, la nación correrá un grave riesgo, pero la nación se salvará, se salvará ella sola, no hay que dudarlo. No podía el presidente faltar á la Constitución; negábase muy justamente y en términos los más delicados; hay un medio constitucional, dijo, para hacerlo: el Rey puede, el Regente puede suspender las sesiones por medio de un decreto.

No es de creer que esta advertencia, que no debía haber sido necesaria, haya sido olvidada: saben en altas regiones qué uso se puede hacer de eso cuando lo haga constitucionalmente; nuestro deber es oir respetuosamente

esa resolución y cumplirla en silencio. El Congreso, señores, quedó ayer á más altura que Asamblea ninguna española, y quizá sirva de ejemplo que desespere, porque no podrá ser imitado en ninguna Asamblea legislativa del mundo constitucional.

Después de esto, cualquiera que sea nuestra suerte particular ó privada, retirémonos tranquilos; donde quiera que nos vean nuestros comitentes dirán: «ahí va un representante digno, independiente y enérgico que merece ser enviado cien veces á representar esta gran nación que tiene que salvarse de tantos peligros.» ¡Dios la salve, señores, y salve á nuestra Reina. (*Bien, bien.*)

Debo decir, para concluir, que se haga la propuesta de si el Congreso aprueba, y espero sea por unanimidad, la conducta digna, honrosa y constitucional del señor presidente.

2.—D. Antonio de los Ríos y Rosas (1808-1873).

Discurso pronunciado en el Congreso en 20 de Mayo de 1869, en defensa de la monarquía constitucional.

.....Todos los gobiernos, de cualquier naturaleza que sean, cualesquiera que sean sus fundamentos, descansan en una ficción. Se ha dicho que la monarquía absoluta, que la monarquía de derecho divino, descansa en una ficción: pues, yo digo y sostengo, y voy á probar en poquísimas palabras, que todos los gobiernos descansan en una ficción: no en una impostura, no; pero sí en una ficción legal, que no es una realidad, aunque es una hipótesis necesaria.

La monarquía absoluta descansa en la ficción de que una familia, la familia real, la dinastía, produce en cada generación un hombre bueno y sabio y apto para gobernar. Las aristocracias descansan en la ficción de que una aristocracia creada produce en cada generación un número dado de primogénitos, aptos, capaces y sabios para el gobierno. Las democracias más radicales, á medida que son más radicales, mayor es la ficción en que descansan; descansan en la ficción de que la mayoría de los ciudadanos quieren el bien y el derecho, los desean, aspiran á realizarlos y saben y pueden realizarlos.

Todas estas son ficciones: en todo esto no hay nada real, en todo esto no hay nada positivo, en todo esto no hay nada rigurosamente verdadero.

Así, pues, tenemos soberanía nacional perpetuamente limitada en la forma y en el fondo y ficción en que descansan todos los gobiernos. Examinemos ahora con este criterio las dos formas que están aquí enfrente: examinemos ahora la forma republicana y la forma monárquica constitucional.

Desde luego la forma republicana, ofrece un inconveniente que yo tuve la honra de exponer sumariamente el otro día, hablando desde aquel banco (*señalando el de la Comisión*), que oyó el Sr. Castelar, que honró esta tarde con una crítica muy lisonjera para mí, y á quien no he debido el honor de impugnarme. El Sr. Castelar me ha acusado de paralogismo y de sofisma, y yo hubiera deseado que se hubiese tomado la molestia de probar el sofisma y el paralogismo. Para algo son estas discusiones; y si se hace una afirmación de esa transcendencia, importa probarla, y cuando ni aun se aspira á probarla, se carece hasta del mérito de la aspiración, ya que no se tenga la fortuna de la victoria.

Yo he probado que la república... hablo de la república de los Estados Unidos, porque ¿á qué nos hemos de ocupar de la república suiza ni de la república de San Marino? Las grandes nacionalidades necesitan grandes poderes; el poder es la protección: ¿qué protección necesitan, hablando en la región elevada de la política, los ciudadanos de la república de San Marino ó los de Suiza?

He probado, pues, que el poder supremo en los Estados Unidos no tiene los caracteres de poder; he probado que no es imparcial; he probado que es órgano de un partido; he probado que no representa las minorías, que es tiránico con ellas; he probado que no es un vínculo de los demás poderes; he probado que es un rival eterno de la legislatura; he probado que la legislatura anula al presidente ó el presidente á la legislatura. Todo esto, he probado: espero que S. S. presente la contraprueba; estoy dispuesto á aceptarla y aun á convencerme si las razones son de tal naturaleza que inspiren el convencimiento.

Y lo que he probado teóricamente, lo prueba prácticamente la historia y la historia de ayer. ¿Qué sucede en los Estados Unidos, en esa gran federación? Que la mitad de la república está fuera de la ley, que todos los Estados del Sur gimen bajo la espada del gobierno militar; que los derechos individuales están allí confundidos; que no hay libertad, ni seguridad, ni garantías de ninguna especie, que se ejerce una dictadura, la dictadura del sable, impuesta á las naciones europeas después de los grandes extravíos de sus revoluciones. Ese, ese es el gobierno de la mitad de los Estados con sus rasgos, con sus caracteres de la más inicua tiranía, porque se sacrifican todos los intereses, los más grandes, los más sagrados, de los países conquistados, al egoismo del Norte, al sistema prohibitivo; porque se esclaviza á los blancos á título de libertar á los negros; porque esta esclavitud se prolonga años y años, y porque la legalidad federal y la autonomía de los Estados están completamente abolidas. ¿Es éste el ideal que queréis para vuestra patria? (*Gran sensación: rumores de aprobación.*)

.....

Hay, señores, en las sociedades entregadas á este vaivén de las revoluciones y de las reacciones, como por desgracia le sucede á la sociedad española á causa de haberse interrumpido en ella la ley natural del progreso por la fuerza tiránica de la dinastía austriaca; hay en toda sociedad que se haya en estas condiciones que excluyen el progreso natural, sólido, saludable y duradero, hay una alternativa funesta, una cruel alternativa. Viene la reacción, veja, tiraniza, oprime, humilla á todo el mundo y todo el mundo se subleva contra la reacción, y todo el mundo pide la libertad, y todo el mundo se indigna, y todo el mundo invoca un libertador, un organismo, la marina, el ejército, la Milicia Nacional, cualquier cosa que le alivie de aquel peso, que le ahorre aquel baldón, que le redima de aquella tiranía. Y viene la libertad, y todo el mundo se entusiasma y todo el mundo se congratula y cree abiertas á los mortales las puertas del paraíso y que se ha acabado el mal para siempre.

Pero sobreviene la debilidad del Gobierno, sobreviene el desquiciamiento de la administración, sobrevienen los excesos de los partidos, sobrevienen los excesos de las muchedumbres inexpertas, ignorantes, mal aconsejadas, y entonces todo el mundo empieza á sentir la necesidad de gobierno, todo el mundo desea que haya gobierno, todo el mundo se olvida de que ha habido

tiranía, todo el mundo se olvida de que ha perecido la libertad, todo el mundo pide á voces el gobierno, así como todo el mundo pedía antes á voces la libertad. Señores, esta malhadada situación, esta horrible alternativa, este *similiter cadens* de nuestras discordias civiles, no puede perecer más que de una manera, no puede acabarse sino cuando todo el mundo, hombres, escuelas, partidos, instituciones, se acogen á una legalidad común, más ó menos imperfecta, á una legalidad sostenida por todos, á una legalidad racional, á una legalidad libre, á una legalidad donde todos puedan funcionar libremente; este es el sentido de la transacción que ha organizado la mayoría, este es el sentido del Código que sometemos al juicio de la Cámara y al juicio de la Nación. Si todos lo aceptan de buena fe; si vosotros lo aceptáis como nosotros lo aceptamos, porque al cabo vosotros habéis cooperado á esa obra, que es vuestra obra, como es obra nuestra, porque ahí están aceptados vuestros pensamientos, vuestras enmiendas, vuestras correcciones; porque ahí se hallan, y ésto vosotros mismos lo habéis dicho, vuestras opiniones, vuestras prácticas, vuestras teorías; si todos nos acogemos á esa Constitución, empezará una era de libertad, de prosperidad y de grandeza para la patria, se reconciliará la revolución con todas las clases y opiniones conservadoras que nos temen, y que (siento el decirlo, lo digo con dolor, pero lo digo porque es verdad y tengo el valor de mis opiniones) están próximas á despreciarnos, porque ven que pasan días y días, y que no les damos gobierno, y que no les damos administración, y que no les damos paz, ni seguridad, ni crédito, ni libertad.

Señores, en los treinta años del último reinado, al principio la comunión liberal ejerció una dictadura soberana; la comunión liberal se dividió, y aquellos dos ó tres partidos en que se dividió ejercieron alternativamente una dictadura sobre la Nación. Se arruinaron los partidos, se debilitaron, se perdieron por sus propios excesos. Los Ministerios, ó por mejor decir, los hombres, ejercieron una dictadura sobre la Nación, y por último, vencidos los partidos, desacreditados los hombres, muertos los más principales, sobrevino la dictadura desenmascarada del trono, sobrevino la última dictadura, la dictadura precursora, necesaria, de la catástrofe. Pues bien, para que no haya más dictadura de poder, para que no haya más dictaduras de comunicaciones políticas, para que no haya más dictaduras de parcialidades, para que no haya más dictaduras de hombres, para eso hacemos esa constitución: si la votáis, si la votamos nosotros, si con nosotros la votáis todos, no habrá más dictaduras; habrá libertad, habrá paz, habrá orden, habrá prosperidad, habrá grandeza para la patria.

He dicho.

3.—Don Emilio Castelar (1832-1899).

Discurso pronunciado en el Congreso en 20 de Julio de 1870, en defensa de la abolición de la esclavitud en Cuba.

Señores Diputados: Para comprender el fondo de mi discurso, se necesita leer el texto de mi enmienda. Dedúcese por completo de todos los artículos de la ley, de todo su sentido, que el Gobierno quiere la abolición, pero la abolición gradual, y nosotros pedimos la abolición también, pero la abolición inmediata. Ya manifesté la otra tarde que el problema de la abolición de la

esclavitud se ha planteado en un terreno muy distinto del terreno en que anteriormente se hallaba planteado. Antes había enemigos de la abolición; hoy todos absolutamente queremos la abolición; pero unos quieren la abolición gradual, que es tanto como mantener la esclavitud y sus horrores, mientras otros queremos la abolición inmediata, que es tanto como extirpar de raíz esa llaga...

¡Ah, Sres. Diputados! La propiedad supone cosa apropiada. Probadme que el negro es una cosa; probadme que es como vuestro arado, como el terrón de vuestra tierra, que no tiene ni personalidad, ni alma, ni conciencia. La propiedad es *jus utendi et abutendi*. Luego, ¿podéis usar y abusar del esclavo? Luego, ¿podéis usar y abusar á vuestro antojo de una imagen divina, de una naturaleza moral, del alma, de la conciencia, del derecho? Si un hombre puede ser objeto de propiedad, todos los hombres pueden ser objeto de propiedad. Mamaña vienen las grandes catástrofes sociales, que tanto se parecen á las grandes catástrofes geológicas; se cambia el sentido general humano; la piel blanca y el pelo rubio es para aquella sociedad lo que la piel negra y el pelo crespo para la sociedad de las Antillas; y en tal caso, señores, ¿cuál sería la suerte de mi elocuente amigo el Sr. Romero y Robledo? (*Risas*). No sería. Los hombres más grandes hoy en el mundo, los ingleses Brigth, Gladstone, Shakespeare y Newthon, descendientes de los antiguos britanos, han si o comprados y vendidos en sus progenitores á las puertas de los templos de Roma. Nuestros montañeses, astures y vascones, preferían morir á ornar el mercado romano. Muchos de ellos abrían los vientres de sus naves y se sumían en las ondas; otros, entonando cánticos patrióticos para apagar el eco del estertor de su propia agonía, lanzaban la última hiel á la frente de sus conquistadores. ¿Cómo podríamos celebrar nosotros estos hechos, que son los grandes títulos de la Patria, cómo podremos calebrarlos mientras tengamos esclavos en nuestras posesiones?

Si la libertad, si la personalidad del hombre depende sólo de las circunstancias, nadie puede asegurarnos que no cambiaran las circunstancias. Espanta considerar el ascenso y descenso de las razas, no sólo por externos accidentes, sino también por la interna descomposición de los pueblos. El chino de nuestros ingenios ha sido el hombre más civilizado de la tierra. El ascendiente del cipayo de hoy ha visto nacer los progenitores de los dioses griegos y romanos en aquel oriente de la conciencia universal. Los rusos han sido esclavos de los polacos. El negro de la Nubia ha azotado á los fundadores de nuestra religión, á los israelitas cuando cocían ladrillos con la cadena al pie, para los Faraones de Egipto. Nínive, Babilonia, Roma, se han levantado sobre la servidumbre de cien pueblos. No hay raza que no haya arrastrado alguna cadena sobre la faz de esta tierra erizada de ignominias. Todo ha dependido de las circunstancias en que las diversas razas se han hallado.

Y cambiando las circunstancias, el medio que nos rodea, temblad todos; temblad entre todos vosotros los que vivís en las Antillas rodeados de razas negras, de colonias negras, de imperios negros, teniendo muy cerca el Africa, Jamaica y Santo Domingo, y cuatro millones de negros en los Estados Unidos; temblad, no sea que llegue uno de esos momentos en que la cólera divina rebosa y suscita guerras sociales, tras las que vienen las grandes irrupciones; temblad, no sea que entonces los negros busquen vuestras palabras, y con esas mismas palabras justifiquen la esclavitud de vuestros hijos.....

No quiero hacer elegías, no quiero conmover vuestros corazones; yo sé muy bien que los corazones de los legisladores suelen ser corazones de piedra. La esclavitud antigua tenía una fuente, al fin heroica, que era la guerra. La esclavitud moderna, la esclavitud contemporánea, tiene una fuente cenagosa que se llama la trata. ¿Comprendéis un crimen mayor? ¿Creéis que hay en el mundo algo más horrible, algo más espantoso, más abominable que el negrero? El monstruo marino que pasa bajo la quilla de su barco; el tiburón que le sigue, husmeando la carne, tienen más conciencia que aquel hombre. Llega á la costa, coge su alijo, lo encierra, aglomerándolo, embutiéndolo en el vientre de aquel horroroso barco, ataúd flotante de gentes vivas. Cuando un crucero le persigue, aligera su carga, arrojando la mitad al Océano. Allí los pobres negros no comen ni beben bastante, porque el sustento y la bebida es cara, y su infame raptor necesita ganancia, mucha ganancia. Bajo los chasquidos del látigo se unen los ayes del alma con las inmundicias de los cuerpos. El negrero les muerde las carnes con la fusta, y el recuerdo de la patria ausente, la nostalgia, les muerde con el dolor los corazones.

El año 1866 un buque negrero iba perseguido por un buque crucero. Llegó á un islote, cerca de las playas cubanas y arrojó 180 negros. El buque negrero y el crucero dejaron la isla. ¿Sabéis qué sucedió? Los pobres negros no podían poner los pies en la tierra esponjosa, no podían ni siquiera extenderse para descansar; aquella era una verdadera cruz de espinas. Todos murieron de hambre.

¿Cuál sería el espanto, Sres. Diputados, cuál sería el horror de su agonía? No tenían qué comer, y para beber no tenían más que el agua del mar, no tan amarga como la cólera de los hombres. Murieron unos sobre otros. Imagináos el dolor de los últimos supervivientes. Quizá un hermano vió morir á su hermano; quizá un hijo á su padre; quizá ¡qué horror! un padre á su hijo. Quizá alguno mordió por hambre carne de su carne, bebió sangre de su sangre, buscando en las venas algún líquido con que apagar su sed. Y, señores Diputados, ¿aún temeréis que nuestras leyes perturben las digestiones de los negreros, cuando tantos crímenes no han perturbado sus conciencias? (*Aplausos.*)

Seguid, seguid ese calvario. Buscad el negro en la sociedad. ¿Puede haber sociedad donde se publican y se leen estos anuncios? ¿Les daría á leer estos periódicos de Cuba el Sr. Ministro de Ultramar á sus hijos? No puedo creerlo, no se los daría. Dicen: «Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas del Canadá; dos negras, hija y madre; las yeguas juntas ó separadas, las negras, la hija y la madre, separadas ó juntas.» (*Sensación.*) La pobre negra que ha enjendrado á su hijo en el dolor moral, que lo ha parido en el dolor físico, cuando ese hijo puede consolarla, una carta de juego, una bola de billar deciden de su suerte. Se juegan las negras, y muchas veces gana uno la madre y el otro la hija, y el juego separa lo que ha unido Dios y la naturaleza. Cuando vemos esto, buscamos sin encontrarlas ¡ay! la justicia humana y la justicia divina. El cielo y la conciencia nos parecen vacíos. El negro nace con la marca en la espalda, crece como las bestias para el servicio y el regalo de otro; trabaja sin recoger el fruto de su trabajo; sólo es feliz cuando duerme si sueña que es libre; y sólo es libre en el día de su muerte.

Señores, Napoleón quiso poner sobre el altar y el Trono restaurados dos ofrendas; y horrorizaos, puso la restauración de la trata con la restauración de la esclavitud. Cuando Louverture vió las naves francesas, y supo que iban

á cazar negros para encerrarlos en los ingenios y arrebatarles su libertad y su familia, se levantó y exclamó: «¡Hijos míos, la libertad que habíamos recibido de Dios, viene Francia á quitárnosla! Es nuestra propiedad, y no consentiremos que se nos despoje de ella. Defendeos; destruid las ciudades, talad las cosechas, incendiad los bosques, envenenad las fuentes, para que sepa el mundo un día que el ejército que vino á quitarnos la libertad, vino también á traer en su lugar el infierno.»

¿Qué haríais vosotros? No sois hombres si no hiciéseis lo mismo, tratándose de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestros hermanos; de vuestro derecho á la honra, á la vida, á la dignidad. ¿Así se vuelve á encerrar el esclavo libre? ¿Qué significan si no los nombres de Daoíz y Velarde? ¿Qué significa si no Gerona y Zaragoza?

Un día Luis XIV quiso dominar la Holanda, Guillermo de Orange mandó destruir los diques y que la Holanda se sumergiera en el Océano. Moscow, Zaragoza, recuerdan suicidios sublimes de los pueblos. ¿Por qué consideráis éstas como acciones heroicas y consideráis como crímenes las mismas acciones en los negros? No es posible olvidar tampoco cuánto había de delirio en el intento de restaurar la esclavitud. Si el incendio consumió los bosques; si la sangre tiñó las aguas; si las ciudades fueron montones de cadáveres; si el ejército francés desapareció como un ejército de sombras en aquel abismo de horrores; si los perros ornados de cintas por las tiernas manos de las damas blancas, cazaron y comieron negros; si esas mismas damas en su desolación y en su hambre devoraran los perros que habían devorado á los negros, los perros engordados con carne humana; la culpa es de Napoleón, del que restauró el Trono, el altar, la trata, la esclavitud; no bastante castigado en Santa Elena, si la conciencia no le recordaba á cada minuto estos crímenes; no bastante castigado, si los millones de hombres que segó en pútridos campos de matanza, para saciar su ambición, no le persiguen con sus alaridos en las regiones de la muerte, reparando con el azote de remordimientos infinitos los ultrajes hechos por la fuerza brutal á la conciencia humana...

¡Ah, Sres. Diputados! Acordáos de que la esclavitud moderna; acordáos de que la esclavitud contemporánea es mucho más horrible que la esclavitud antigua. Al cabo, los antiguos la fundaban en una razón metafísica, en la inferioridad de ciertas clases. Para Aristóteles los hijos eran una línea; los padres otra línea y los esclavos otra línea del triángulo que se llamaba familia. Platón, más humano y más conocedor de las ideas universales, admitía, sin embargo, ciertas clases condenadas á eterna esclavitud. Allí, especialmente en Roma, la esclavitud tenía una parte horrible, la parte de aquellos esclavos cazados en los bosques, conducidos á Roma, comprados en la puerta de los templos y alimentados para que luego fueran á derramar su sangre en la arena del circo. Pero el esclavo era escultor, pintor, arquitecto, músico, maestro, y de esta manera influía en Roma. Puede decirse que en los tiempos de Tácito, Roma era una ciudad de esclavos. Yo os pregunto: ¿qué esclavo de los nuestros se llama Terencio; qué esclavo de los nuestros se llama Horacio, hijo de un liberto; que esclavo de los nuesros se llama Epicteto, el cual educó el alma más grande y más noble de la Roma cesárea, el alma de Marco Aurelio? Vuestros esclavos son todo indignidad, todo brutalidad, como la piedra del molino, como el mulo, como el burro, un instrumento de riqueza, un instrumento de vil trabajo.

¡Oh! el mundo antiguo podría presentar su esclavitud frente á la nuestra

con solo recordar á Espartaco. Númida de raza, tralio de nacimiento, reunía en sus venas la sangre de los dos pueblos que más había martirizado Roma. Llevado á la ciudad eterna, y alimentado para que tuviera mucha, mucha sangre que verter en el circo, tuvo la idea de libertar á sus compañeros, á sus hermanos. Treinta mil reunió: 12.000 de los suyos murieron, y cayó entre ellos cubierto de heridas, mártir de su fe, más grande que Yugurta y Aníbal. El mundo antiguo se creería libre de sus esclavos cuando Craso, vencedor de Espartaco, volvía entre 10.000 cruces, donde expiraban 10.000 esclavos crucificados. Pues bien, cuando sonó la última hora del antiguo mundo, cuando los compatriotas de Espartaco llegaron á Roma con los ejércitos de Alarico, en la última noche del antiguo mundo, Roma vencida, destrozada, debió levantar los ojos al cielo y ver los compañeros de Espartaco, cual otros tantos ángeles exterminadores, descendiendo de sus cruces y dispersando á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas. ¿Y os extrañáis que sobre nosotros caigan tantos males cuando hemos cometido también, prolongando la esclavitud, tantos crímenes?

Yo observo que hay en esta Cámara, lo digo para concluir, algunos sacerdotes. Yo creo, Sres. Diputados, que los sacerdotes han venido aquí para algo más, para mucho más que pedir la resurrección de la Monarquía y la continuación de la intolerancia religiosa. Yo no disputaré, no quiero entrar en eso, ni es de este sitio, ni es de esta ocasión; yo no disputaré sobre si el cristianismo abolió ó no abolió la esclavitud. Yo diré solamente que llevamos diecinueve siglos de cristianismo y diecinueve siglos de predicar la libertad, la igualdad, la fraternidad evangélica, y todavía existen esclavos; y sólo existen en el Brasil y en España. Yo sé más, Sres. Diputados, yo sé más: yo sé que apenas llevamos un siglo de revolución, y en todos los pueblos revolucionarios, en Francia en Inglaterra, en los Estados Unidos, ya no hay esclavos. ¡Diecinueve siglos de cristianismo y aún hay esclavos en los pueblos no revolucionarios!

Yo dejo esto á vuestra consideración, á vuestro pensamiento. Sin embargo, el cristianismo, ó no es nada ó es la religión del esclavo. El Mesianismo fué la esperanza de un pueblo criado en la servidumbre; Moisés nació bajo el látigo de los Faraones en Egipto; Cristo es un vencido en Roma, hijo de un artesano, pobre, que no tiene patria, ni donde reclinar su cabeza; sus primeros discípulos fueron vencidos como él; los primeros mártires fueron esclavos, y su doctrina llevó el consuelo á las almas oprimidas, prometiéndoles cambiar las argollas de la tierra por una corona de estrellas en el cielo. La cruz, la cúspide de la sociedad moderna, fué lo más abyecto; el patíbulo del escalavo en la sociedad antiguas. Pero, Sres. Diputados, yo no participo, no puedo, la conciencia nos impone las ideas, y no somos libres para evadirnos de ellas, yo no participo de toda la fe, de todas las creencias, de todas las ideas que tienen los sacerdotes de esta Cámara. Sin embargo, si yo fuera sacerdote, si yo tuviese la alta honra de pertenecer á esa elevada clase, yo en el más sublime de los misterios religiosos, teniendo vuestra fe, me diría: el Criador se redujo á nosotros, aquellas manos que cincelaron los mundos, fueron taladradas por el clavo vil de la servidumbre; aquellos labios que infundieron la vida, fueron helados por el soplo de la muerte; Él, que condensó las aguas, tuvo sed; Él que creo la luz, sintió las tinieblas sobre sus ojos, su redención fué por este gusano, por este vil gusano de la tierra que se llama hombre, y sin embargo, la sangre de sus llagas ha sido infecunda, porque todavía en

esta tierra, donde yo levanto la hostia, hay hombres sin familia, sin conciencia, sin dignidad, instrumentos más que seres responsables, cosas más que personas; levantaos esclavos, porque tenéis patria, porque habéis hallado vuestra redención, porque allende los cielos hay algo más que el abismo, hay Dios; y vosotros, huid negreros, huid de la cólera celeste, porque vosotros, al reducir al hombre á servidumbre, herís la libertad, herís la igualdad, herís la fraternidad, borráis las promesas evangélicas selladas con la sangre divina del Calvario. (*Aplausos*).

C. Oratoria didáctica ó Académica.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

SOBRE LA POESÍA MÍSTICA EN ESPAÑA.

(*Discurso de recepción en la Real Academia Española.*)

¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, á Fray Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza: nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol del Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoza todo. Así, con piedras de las canteras del Atica, labró Andrés Chénier sus elegías y sus idilios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua; pero bien sabéis que el procedimiento tenía fecha. Error es creer que la originalidad poética consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilaso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá mientras dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fray Luis de León, y digamos que la tempestad de la oda á Felipe Ruiz se copió de las *Geórgicas* y que *La vida del Campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la mesa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto á sentir y á *vivir* todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; y así en la tempestad pone *el carro de Dios ligero y reluciente*, y en *la vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, á la alquería de Pulla ó de Sabinia, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello, como dijo Platón. El sentido del arte crece y se nutre con el estudio y reproducción de las obras perfectas. A Chénier lo ha expresado con símil felicísimo: el de la esposa lacedemonia que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Elenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, bro-

tase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados. Así se comprende que Fray Luis de León, con ser poeta tan sabio y culto, tan enamorado de la antigüedad y tan lleno de erudición y doctrina, sea en la expresión lo más sencillo, candoroso é ingénuo que darse puede, y esto no por estudio ni por artificio, sino porque juntamente con la idea brotaba de su alma la forma pura, perfecta y sencilla, la que no entienden ni saborean los que educaron sus oídos en el estruendo y tropel de las odas quintanescas. Es una mansa dulzura que penetra y embarga el alma sin excitar los nervios, y la templa y serena y la abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito:

«Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño ó peregrino oye ni siente.»

Ese efecto que en el autor hacía la música del ciego Salinas, hacen en nosotros sus odas. Los griegos hubieran dicho de ellas que producían la apetecida *sophrosyne*, aquella calma y reposo y templanza de afectos, fin supremo del arte:

«El aire *se serena*
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.»

Música que retrae al poeta la memoria

«De su origen primera esclarecida,»

y le mueve á levantarse sobre el oro y la belleza terrena y cuanto adora el vulgo vano, y traspasar las esferas para oir aquella música no perecedera que las mueve y gobierna y hace girar á todas; música de números concordes que oyeron los pitagóricos, y San Agustín y San Buenaventura, y que es la fórmula y la cifra de la estética platónica.

Todo lleva á Dios el alma del poeta, no asida nunca á las formas sensibles, ni del arte ni de la naturaleza (con ser de todos los nuestros quien más la comprendió y amó), sino ávida de lo infinito, donde centellean las ideas madres, cual áureo cerco de la Verdad suprema; donde se ve distinto y junto

«Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio cierto y escondido;»

donde la paz reina y vive el contento, y donde sestea el buen Pastor, ceñida la cabeza de púrpura y de nieve, apacentando sus ovejas con inmortales rosas, producidoras eternas de consuelo,

«Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.»

¿Y será hipérbole, señores, el decir que tales cantos traen como un sabor anticipado de la gloria, y que el poeta que tales cosas pensó y acertó á describir había columbrado en alguna visión la morada de grandeza, el templo

de claridad y de hermosura, la *vena del gozo fiel*, los repuestos valles y riquísimos mineros, y las esferas angélicas

«De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas?»

Pero aún hay una poesía más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana. y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las *Canciones espirituales*, de San Juan de la Cruz, la *Subida del monte Carmelo*, la *Noche obscura del alma*. Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo:

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura.
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestido los dejó de su hermosura.»

Juzgar tales arrobamientos, no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación. Y, sin embargo, el autor era tan artista, aun mirado con los ojos de la carne, y tan sublime y perfecto en su arte, que tolera y resiste este análisis, y nos convida á exponer y desarrollar su sistema literario, vestidura riquísima de su extático pensamiento.

La materia de sus canciones es toda de la más ardorosa devoción y de la más profunda teología mística. En ellas se canta la dichosa ventura que tuvo el alma en pasar por la obscura noche de la fe, en desnudez y purificación suya, á la unión del amado; la perfecta unión de amor con Dios, cual se puede en esta vida, y las propiedades admirables de que el alma se reviste cuando llega á esta unión, y los varios y tiernos afectos que engendra la interior comunicación con Dios. Y todo esto se desarrolla, no en forma dialéctica, ni aun en la pura forma lírica de arranques y efusiones, sino en metáfora del amor terreno, y con velos y alegorías tomadas de aquel divino epitalamio en que Salomón prefiguró los místicos desposorios de Cristo y su Iglesia. Poesía misteriosa y solemne, y, sin embargo, lozana y pródiga y llena de calor y de vida, ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvia de perlas y de flores, y que en vez de abismarse en el centro del alma pide imágenes á todo lo sensible, para reproducir, aunque en sombras y lejos, la inefable hermosura del Amado. Poesía espiritual, contemplativa é idealista, y que con todo eso nos comunica el sentido más arcano, y la más penetrante impresión de la naturaleza, en el silencio y en los *miedos veladores* de aquella noche, *amable más que el alborada*, en el *ventalle de cedros*, y el aire del almena que orea los cabellos del Esposo...

III. POESÍA.

A. Poesía épica y lírica.

1.—D. José Espronceda (1810-1842).

CANCIÓN DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.
La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul:
Y ve el capitán pirata,
Sentado alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.
«Navega, velero mío,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.
»Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.

»*Que es mi barco mi tesoro.*
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

»Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.
»Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.

Que es mi barco mi tesoro, etc.

»A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.
En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

»*Que es mi barco mi tesoro, etc.*

»¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.
»Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.

»*Que es mi barco, mi tesoro, etc.*

»Son mi música mejor
Aquilones:
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos,
Y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por la mar.

Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.»

2.—D. Angel de Saavedra, duque de Rivas (1791-1865). Romances históricos.

El solemne desengaño.

La conversión del Duque de Gandía.

. . . . . .

En la soberbia capilla
donde las cenizas duermen
en magníficos sepulcros
de los Católicos Reyes,
ya está la bóveda abierta,
cuya ancha boca parece
de la eternidad la boca
que voraz su presa atiende.
Llega por fin el momento
en que el cadáver se entregue
al granadino prelado
con testimonio solemne,
siendo el Marqués de Lombay
¡tan inflexible es la suerte!
quien reconocer el cuerpo
y hacer de él la entrega debe.
¡Acto espantoso, terrible,
para el que Lombay no tiene
fuerza en sí mismo bastante
por más alma que le aliente!
Al ver que ya el Arzobispo
los trémulos pasos tiende
por las gradas, que se pone
del regio féretro en frente,
que el notario lo acompaña,
que en derredor aparecen
los testigos, y que el pueblo
espera el acto impaciente;
con expresión tan amarga,
mas con una fe tan fuerte,
alza el rostro, y ambas manos
hacia los cielos extiende,
que sin duda de su ruego
se apiadó el Omnipotente,
y resignación y brío
le dió para el trance fuerte,
pues de pronto en sí tornando
con resolución desprende
la afiligranada llave
sobre su pecho pendiente;
en la estrecha cerradura;
sin mostrar temblor, la mete,
y veloz le da la vuelta
que hace resonar los muelles.

—

Al punto un paje la tapa
alza del féretro, y vese
con sus regias vestiduras
un cuerpo. Mas el ambiente
con tal fetidez se infesta,
que el brillo las luces pierden;
atrás se retiran todos,
y el concurso se conmueve.
Del cuerpo oculta el semblante
un blanco holán, que guarnecen
los encajes más costosos
que el prolijo belga teje.
Y observando la etiqueta,
el Marqués tan sólo debe
levantarlo, porque pueda
el rostro reconocerse.
Vacila, tiembla, la mano
va á extender una y dos veces,
y la retira veloce
cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,
á tocarlo se resuelve,
lo ase, lo levanta... ¡Cielos!
¿Qué es lo que dejó patente?
¡Horror! ¡¡Horror!! Aquel rostro
de rosa y cándida nieve,
aquella divina boca
de perlas y de claveles,
aquellos ojos de fuego,
aquella serena frente,
que hace pocos días eran
como un prodigio celeste,
tornados en masa informe,
hedionda y confusa vense,
donde enjambre de gusanos
voraz cebándose hierve.
Tal espectáculo horrendo,
y la fetidez y peste
que en torno se difundían,
al gran concurso estremecen
con terror pánico. Un grito,
un alarido de muerte
unánime se levanta;
huye asustada la plebe,
huyen pajes, caballeros,
arzobispo, nobles, prestes,
y aterrados y oprimidos
se apiñan en los canceles.

—

Sólo el Marqués de Lombay
clavado está, sin moverse,
fijo en su puesto. Su rostro
ni palabras ni pinceles
pueden retratarlo. Azufre
ser sus facciones parecen,
en que expresión nunca vista
de afecto ignoto se advierte,
con los ojos que le saltan
del casco, mas que no tienen
ni luz, ni lágrimas, fijos
todo aquel espanto bebe.
Extendidos los dos brazos
contra el túmulo, sostienen
su cuerpo como puntales,
y ya no tiembla, que pende
inmóvil el toisón de oro
cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto;
mármol es quien tanto puede!

La obligación y el respeto
que al regio cuerpo se debe,
pronto al prelado, cabildo,
y caballeros compelen
á volver, porque el cadáver
sin sepultura no quede;
y aunque no muy cerca, tornan
y al Marqués llaman. Mas éste
ni ve más que un desengaño
ni oye más que una solemne
voz del cielo, ó ya es un tronco
que ni ve, ni oye, ni siente.
Un su gentilhombre llega,
notando que allí la muerte
está bebiendo insaciable,
y le tira de la veste.
Todo en vano. Decidido
con él se abraza; parece
que está abrazado de un roble
que raiz profunda tiene.
En esto, un paje la tapa
del féretro de repente
cierra, con cuerdo discurso,
porque aquella infección cese.
Y al ocultarse á la vista
todo el horror que contiene,
y al estruendo de los gonces
cerraduras y batientes,
tiembla el Marqués, da un gemido,
su rígida fuerza pierde,
y á brazos del gentilhombre
flojo y desplomado viene.

—

Acuden sus servidores,
y entre todos, cual si fuese
cadáver, fuera del templo
le conducen como pueden.
En cuanto le dió en el rostro
á cielo abierto el ambiente,
los ojos abre, suspira,
de nuevo á la vida vuelve,
se pone en pie, gira en torno
la vista, como si hubiese
de una pesadilla horrible
despertado. En la celeste
bóveda la clava, y dice
con acento tan ferviente,
y una expresión tan sublime
que hasta las piedras conmueve:

—No más abrasar el alma
con sol que apagarse puede,
no más servir á señores
que en gusanos se convierten.
Y desmayóse de nuevo
hundido en maligna fiebre,
que puso su noble vida
muy á pique de perderse.

—

Este Marqués de Lombay
estaba á los pocos meses
en una mezquina celda
confundido y penitente,
y predicando á los hombres
con ejemplo tan solemne,
el desprecio que á las pompas
del ciego mundo se debe.
Hoy *San Francisco de Borja*
le llama la iglesia, y tiene
culto propio, con que buscan
su patrocinio los fieles.

3.—Don José Zorrilla (1817-1893).

Granada, poema oriental

La sorpresa de Zahara.

La villa desventurada,
por el viento sacudida,
por el turbión anegada,
y en las tinieblas velada,
reposaba adormecida.

Apena en un torreón
de su vieja ciudadela,
encogido en un rincón
murmura escasa oración
un cristiano centinela.

Tal vez duerme sin afán
al calor de su gabán
en su garita, al arrullo
que viento y agua le dan
con su continuo murmullo:

y tal vez, sobre la mano
la barba, y en la rodilla
el codo, sueña el cristiano
una aurora de verano
en un lugar de Castilla.

.....

Creyó al fin Gonzalo Arias,
desde la torre en que vela,
sentir en la ciudadela
un verdadero rumor
de voces y de pisadas,
y distinguir en la sombra
muchas gentes agolpadas
á la muralla exterior.

Iba el caracol de piedra
á tomar del muro, cuando
por él su escudero entrando
dijo: «¡Los moros, Señor!»
Asió al punto Arias Saavedra
un hacha y un triple escudo
que halló á mano, y torvo y mudo
lanzóse hacia el corredor.

Por el caracol torcido
se hundió como una callada
sombra, y la puerta ferrada
de las almenas abrió.
Confuso tropel de moros
llenaba el adarve estrecho:
Gonzalo Arias derecho
á los moros se lanzó.

Tendió del primer hachazo
los dos que halló delanteros,
y al querer tirar del brazo
la mano de otro segó.
A tan repentino ataque,
la morisma acorralada,
abrió círculo espantada
y en el centro le dejó.

Mas Arias, que no veía
de vergüenza y de ira ciego,
cerróse con ellos luego
con ímpetu asolador;
y al ver el horrendo estrago
que en ellos su brazo hacía,

ninguno se le atrevía
embargados de pavor.

Pero sobre ellos cargaba
Gonzalo Arias con tal brío,
que adelante les llevaba
sin dejarles revolver;
y á uno, que frente, arrestado
le hizo, entre dos almenas
le derribó atravesado
y en el foso fué á caer.

Aquel hombre despechado,
de mirada centelleante,
de colérico semblante
y de fuerzas de Titán,
sin más que un broquel y un hacha,
pálido y medio desnudo,
peleando solo y mudo
con desesperado afán:

aquel hombre aparecido
de repente en medio de ellos,
erizados los cabellos,
cual de un vértigo infernal
poseído, hizo á los moros
concebir honda pavura,
contemplando en su figura
algo sobrenatural.

Un instinto irresistible
de temor supersticioso
de aquel hombre misterioso
en tropel les hizo huir,
cual si vieran, bajo el rostro
de aquel hombre temerario,
un espíritu contrario
de Mahoma combatir.

Abandonó, pues, el muro
todo el pelotón Alarbe,
y dejó sobre el adarve
solo á aquel hombre fatal.
Crispado, calenturiento,
á las almenas de piedra
asomóse Arias Saavedra
presa de angustia mortal.

Allá abajo, en las tinieblas,
por las calles de la villa
en la lengua de Castilla
invocar á Dios oyó
«¡A Dios (dijo con desprecio)
á Dios invocáis ahora!
¡Miserables! ya no es hora:
sucumbid, pues, como yo.»

Y á largos pasos tomando
del castillo la escalera,
fué á dar como una pantera
en el patio principal.
Un capitán de Granada
allí amarrados tenía
cuantos perdonado había
la cimitarra fatal.

Arias, de un salto, se puso
delante del Africano
y, asiendo con una mano
la bridas de su corcel,
le dió en el frontal acero
tan descomunal hachazo,
que caballo y caballero
vinieron á tierra de él.

Los árabes que más cerca
del capitán se encontraron
sobre Gonzalo cargaron
con gritería infernal;
pero dieron con un hombre:
y el primero, que imprudente,
se llegó á Arias, en la frente
recibió el golpe mortal.

El capitán, desenvuelto
de su caballo caído,
vino como el tigre herido
sobre el Alcaide á su vez.
Recibió su corvo alfange
el castellano forzudo
dos veces en el escudo
con serena intrepidez;

y al verle, ebrio de coraje,
descargarle el tercer tajo,
metióle el hacha por bajo
y el brazo le cercenó.
Saltó el pedazo partido
con la cimitarra al suelo,
y el moro, con un aullido
de dolor, se desmayó.

Saltó Arias, de él por encima
y, del caballo tendido
quedándose guarecido,
volvió la lid á empezar.
Acométenle los moros,
mas ningún golpe le ofende
por delante, y se defiende
la espalda con un pilar.

Entraba, en esto, en el patio
el viejo rey de Granada,
más detúvose á la entrada
á admirar el varonil
aliento de aquel solo hombre
que, sin casco ni armadura,
tiene á raya la bravura
de los hijos del Genil.

Estaba Gonzalo Arias
de sangre y sudor cubierto
tras del caballo, que muerto
á sus plantas derribó,
anhelante de fatiga,
descolorido y rasgado,
como un espectro evocado
del panteón que le guardó.

Al ver con cuánta destreza
de tantos se defendía,
de tan alta bizarría
pagado el viejo Muley:
—¡Tenéos!—gritó á los moros;
y, yéndose al castellano
le dijo afable:—Cristiano,
ríndete: yo soy el Rey.

No pudo Arias, de cansancio,
contestar —Quien quier que fueres
—añadió el rey—valiente eres:
ríndete á mí y salvo irás.
Arias, ronco de fatiga,
pero con alma serena,
dijo:—Muerto, enhorabuena:
pero rendido, jamás.

—Cristiano—repuso el moro,
yo soy Muley, y rendirte
á mí no será desdoro.
Y Arias dijo:—Y yo, Muley,
soy Gonzalo Arias Saavedra,
y mientras me quede aliento
y en Zahara quede una piedra,
la mantendré, por mi rey.

Ahogó la piedad del moro
respuesta tan arrogante
y, colérico:—Adelante,
saeteros—exclamó.
Atravesado de flechas
hincó Arias una rodilla,
gritando:—¡Cristo y Castilla
por los Arias!—y expiró.

Cortáronle la cabeza,
y en el arzón delantero
la ató un negro de Baeza
por trofeo de valor.
Tal fué el fin desventurado
del bravo Alcaide de Zahara.
La muerte le negó, avara,
todo, menos el honor.

La carrera.

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
Ganando á saltos locos la tierra desigual,
Salvando de los brezos el áspero ramaje
A riesgo de la vida de su jinete real.
El con entrambas manos le recogió el rendaje
Hasta que el rudo belfo tocó con el pretal.
Mas todo en vano: ciego, gimiendo de coraje,
Indómito al escape tendióse el animal.
Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
Las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
Los calvos pedregales, los cenagosos hoyos
Que el paso de las aguas del temporal formó;
Sin aflojar un punto ni tropezar incierto,

Cual si escapara en circo á la carrera abierto,
Cual hoja que arrebatan los vientos del desierto.
El desbocado potro veloz atravesó.
Y matas y peñas, vallados y troncos
En rápida, loca, confusa ilusion
Del viento á los silbos, ya agudos, ya roncos,
Pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
Que forja el delirio, febriles, ligeras,
Risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,
Girando, bullendo, rodando en montón.
Del álamo blanco las ramas tendidas,
Las copas ligeras de palmas y pinos,
Las varas revueltas de zarzas y espinos,
Las yedras colgadas del brusco peñón.
Medrosas finjiendo visiones perdidas,
Gigantes y monstruos de colas torcidas,
De crespas melenas al viento tendidas,
Pasaban en larga fatal procesión.
Pasaban, sueños, pálidos antojos
De la ilusión; fantásticos é informes
Abortos del pavor, mudas y enormes
Masas de sombra sin calor ni faz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
Pasaban aturdiendo su cabeza
Con diabólico impulso y ligereza,
En fatigosa hilera pertinaz.
Pasaban y Al-hamar las percibía.
Pasar, sin concebir su rapidez,
En más vertiginosa fantasía
En más confusa y tumultuosa orgía.
Más juntas, más veloces cada vez:
Y atronando su espíritu cedía
A la impresión fatídica, y corría
Frío sudor por su morena tez.
Y en su faz estrellándose el viento,
La ponía en nerviosa tensión,
Y cortaba el camino al aliento,
Y prensaba el cansado pulmón;
Y, golpeando en sus sienes sin tiento
De su sangre el latido violento,
Sus oídos zumbaban con lento
Y profundo y monótono son.
Ya creía que, huyendo el camino
Del corcel bajo el cóncavo callo,
Galopaba sobre un torbellino,
Mantenido en su impulso no más;
Ya creía que el negro caballo,
Por la ardiente nariz y los ojos
Despidiendo meteoros rojos,

Rastro impuro dejaba detrás.
Ya sorbido por denso nublado,
Con la lluvia, el granizo y centellas
De que lleva su vientre preñado,
Cree que va fermentando á la par;
Nubes cruza tras nubes, y en ellas,
Del turbión al impulso sujetos,
Mira mil nunca vistos objetos
Remolinos eternos formar.
De este vértigo horrible transido
Caminaba á las riendas asido
En los corvos estribos seguro
Y entre el uno y el otro borrén
Empotrado, dejando abatido
Por el bruto llevarse en lo obscuro;
Y empezaba á perder el sentido
Del escape mareado al vaivén.
Rendido y las fuerzas perdiendo
Al vértigo intenso cedió;
Y loco el cerebro sintiendo,
Los ojos cerrar no pudiendo
La ciega mirada fijó,
Tenaz contracción manteniendo
No más su equilibrio, y corriendo
Cual otro fantasma siguió.
Y espacios inmensos cruzando,
Y atrás á la tierra dejando,
Las vallas de sombra saltando
Que cercan el mundo mortal,
Creyóse su mente perdida,
En tierra jamás conocida,
Región de otra luz y otra vida,
De atmósfera limpia é igual.

Y vió que un alba serena
Con blanquísimos reflejos
Amanecía á lo lejos
En esta nueva región;
Y el alma, exenta de pena
Cruzando el éter tranquilo,
Volaba á un eterno asilo
En otra inmortal mansión.
Suavísimo arrobamiento,
Deliquio dulce invadióle,
Y encima del firmamento
En el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente
Y ante los ojos pasóle
El Paraíso esplendente
Que Mohamad visitó.
El místico y nocturno
Viaje del Profeta
Juzgó que iba á su turno
Sobre el Borak á hacer:
Y la ilusión sujeta
A lo que de él relata
La bóveda de plata
De un cielo empezó á ver.
Los astros vió suspensos
De auríferas cadenas
Y sus lumbreras llenas
De espíritus de luz:
Espíritus inmensos
En formas de caballos,
De corzos y de gallos
De enorme magnitud...
Vió grutas pintorescas
Por sílfides moradas,

Cubiertas sus portadas
Bajo el flotante tul
De mil cascadas frescas
Que, atravesando prados
De hermoso añil sembrados,
Van tintas en su azul.
Caer las vió en riberas
Donde reposan mansos
Los monstruos y las fieras
De tierra, viento y mar;
Y en plácidos remansos,
El sueño entreteniéndolas
Vió cisnes y oropéndolas
Bañarse y juguetear.
Y vió dorados peces
En tumultuoso bando
A flor del agua á veces
Pacíficos nadar,
Y á veces elevando
Por cima de las olas
Los lomos y las colas
La orilla salpicar.
Vió luego estos ríos
Crecer sin vallares,
Perdiéndose en mares
De leche y de miel:
Y en ellos navíos
Do van los amores
Meciéndose en flores
De uno á otro bajel.
Murmullo tras ellos
Levantan sonoro
Mil góndolas de oro,
De concha y marfil,
Do van Silfos bellos
Vogando con velas
De chales y telas
De seda sutil.
Espuma levantan
Inquietos remando
Los mil gondoleros
Que van tripulando
Los barcos veleros;
Y danzan ligeros
Y armónicos cantan
Alegre canción:
Y mil gayas aves,
Que siguen las naves,
Al sol esponjado
Sus plumas distintas
De mil varias tintas
De azul, gualda y oro,
Imitan en coro
Del cántico el son...
Avanza y niebla
Pálida ve
Que al aire puebla,
Según pie á pie
Ganando va
Aquel estenso
Espacio inmenso
Do errando está:
Y le parece
Que se ennegrece
Mar, niebla y viento
En torno de él,
Y que se acrece
Cada momento
El movimiento
De su corcel.
Anochece,
Y oscurece
Más apriesa
Cada vez
El ambiente,
Que se espesa
Con creciente
Lobreguez.
El camino
Desparece;
Y, sin tino
Ni destino
Que comprenda,
Sobre senda
Audazmente
Carrilada,
Por un puente
De movible
Tirantez
Tan delgada
Como el hilo
En que se echa
Descolgada
Una oruga...
Tan estrecha
Como el filo
De una espada,
Como flecha
Disparada,
Cual centella

Desatada,
Va sin huella
Perceptible
El perdido
Nazarita,
Con horrible
E infinita
Rapidez...
A este paso
Tan estrecho
(Cuyo escaso
Corto trecho
Es camino
Tan dudoso
De cruzar,
Pero fallo
Riguroso
Del destino
Y ley santa
Que acatar),
Se adelanta
Vigoroso
El caballo
Misterioso
De Al-hamar...
Israfel
Allí está
Para ver
El que va
Sin caer,
Y pasar
No dejar
Al infiel:
Y he aquí
Que por él
Va á pasar
El corcel
De Al-hamar...
El puente
Vacila;
El príncipe
Oscila,
Perdido
El sentido,
Demente
Transido
De horror.
Ya toca
La opuesta
Ribera;
Ya poca
Carrera
Le cuesta.
¡Valor!
Ya llega:
Le ciega
El pavor.
¡Ah! ¡Dadle
Favor!
¡Salvadle,
Señor!
Saltó!
Pasó
Con bien
Y allá
Cayó
De pie.
Salvo
Fué,
¡Oh!
Ya,
¿Quién
Ve
Do
Va?

4.—D. Gabriel García y Tassara (1817-1875.)

A Quintana, oda.

. . . . . .

¡Oh, si la musa heróica
Que cantó con transportes sacrosantos
La libertad estóica
De Grecia y Roma en inmortales cantos,
Volviese á la armonía;
Con su lira de bronce, ¿qué diría?
¿Acaso contemplados

A la tétrica luz de lo presente
Los siglos ya pasados,
Aquella España en cuya altiva frente
Tu rayo se blandía,
La misma maldición te arrancaría?
El fanatismo odiaste:
Pluguiere á Dios que aún fanatismo hubiera!
El himno que entonaste
Un fanatismo fué que en su carrera
Abrió cielos y abismos:
¿Qué es, ¡ay! la humanidad sin fanatismos?
Ninguno ya, ninguno
Existe ya; ni el que ensalzó al monarca
Ni el que inflamó al tribuno:
Un dios brutal el Universo abarca
Desde el altar deshecho,
El dios de la materia, el dios del hecho.
Y en vez de aquella santa
Familia de los pueblos soberanos
Que, libre la garganta
De los yugos de todos los tiranos
Imaginó el deseo,
El bajo Imperio de la Europa veo.
Así en la acobardada
Roma, Horacio cantó mientras la lengua
De Cicerón clavada
En los rostros guardados á tal mengua,
Tu última arenga hacía
¡Romana libertad! en tu agonía.
¡Oh ilusión venturosa
De una generación que se derrumba!
Nosotros, su gloriosa
Posteridad, junto á su ilustre tumba
Pasamos sonriendo
Su generoso error escarneciendo.
Nosotros, los espúreos
Hijos del desengaño que trocamos
Por mantos epicúreos
La toga consular que despreciamos,
Y, á toda patria ajenos,
Sabemos más, pero valemos menos.
Y qué, ¿será mentira
Cuanto el hombre esperó? ¿Será delirio
El genio que le inspira,
La virtud y el valor vano martirio,
Y el Dios que al hombre cría
El díos de una perpetua tiranía?
¡Oh! no: vendrá la historia
Y al llegar á los siglos sus anales,
Dirá al fin tu victoria

¡Oh raza de tribunos inmortales!
Pueblos, guardad su herencia:
La fe en la humanidad fué su creencia
Y tú que el vate fuiste
De esa tribu inmortal, ¡noble poeta!
Y tu que enmudeciste,
Vencido no, mas desdeñoso atleta,
Y en sombra refulgente
Velas hoy con rubor tu anciana frente;
Si aún vive aquella musa
Que tu alentaste al despuntar su día,
Cuando con voz confusa,
Vagando en el pensil de Andalucía,
Cantaba la infelice
Tragedia de Pamania y Cleonice;
No temas que abandone
Las santas cumbres donde á ver se alcanza
El sol que no se pone;
Sol de la humanidad y la esperanza,
El sol que el hombre implora,
El sol del porvenir que está en su aurora.

5.—D. Ventura Ruiz Aguilera.

ECOS NACIONALES. (1868.)

Balada de Catatuña.

A Victor Balaguer.

Cataluña tiene un hijo,
tiene un hijo menestral,
que por verla siempre grande
sin descanso velará.
De la máquina sonora
la voz dice sin cesar,
tric, trac, tric, trac
y responde á la que teje,
hila ó prensa, viene ó va,
tric, trac, tric, trac
con cantares que le ayudan
á sufrir y á trabajar.

—

Cataluña dijo un día,
muchos años hace ya:
—Ya ves, hijo, que soy pobre,
mi pobreza viendo estás.
—Madre (el hijo respondióla)
á ganarme voy el pan,—
tric, trac, tric, trac
y regando con rocío
de la frente su telar,
tric, trac, tric, trac
ganó el pan que le pedía
el acento maternal.

—

—Cataluña, noble madre,
un vestido te he de dar,
y del frío los rigores
á sentir no volverás.—
A su madre así le dijo
el obrero catalán;
tric, trac, tric, trac
los talleres resonaron,
y tejiendo fué á la par,
tric, trac, tric, trac,
el vestido y la grandeza
que á su madre hizo inmortal.

—

Cataluña en otros tiempos
dijo al monte y dijo al mar:
—Mi constancia ha de domaros
y mi firme voluntad.—

Al payés rústica azada
y al marino remos da,
tric, trac, tric, trac.
y de azadas y de remos
á los golpes y al compás,
tric, trac, tric, trac,
á la piedra arrancó espigas
y al abismo un cetro real.

—

Cataluña vió en sus campos
extranjera gente audaz,
y en su pecho hirvió la sangre
del feroz almogavár.
A la guerra van sus hijos
y al taller sus hijos van,
tric, trac, tric, trac,
y alternando las canciones
de la guerra y de la paz,
tric, trac, tric, trac,
conquistó su independencia
y tejió su libertad.

—

Cataluña, porque tengas
ricas galas que ostentar,
el vapor palpita y ruge,
hila el uso de metal.
Mucho valen esas galas,
tus virtudes valen más,
tric, trac, tric, trac
en olvido no las eches;
si las llegas á olvidar,
tric, trac, tric, trac
no la tela de tu gloria,
tu mortaja labrarás.

6.—Gustavo Adolfo Becquer. (1836-1870.)

Rimas

LXI

Al ver mis horas de fiebre
E imsomnio lentas pasar,
A la orilla de mi lecho,
¿Quién se sentará?
Cuando la trémula mano
Tienda, próximo á espirar,
Buscando una mano amiga,
¿Quién la estrechará?
Cuando la muerte vidríe
De mis ojos el cristal,
Mis párpados aún abiertos,
¿Quién los cerrará?
Cuando la campana suene
(Si suena en mi funeral),
Una oración al oirla,
¿Qién murmurará?
Cuando mis pálidos restos
Oprima la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa
¿Quién vendrá á llorar?
¿Quién, en fin, al otro día,
Cuando el sol vuelva á brillar,
De que pasé por el mundo,
¿Quién se acordará?

LXXIII

Cerraron sus ojos
Que aún tenía abiertos:
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.
La luz que en un vaso
Ardía en el suelo,
Al muro arrojaba
La sombra del lecho;
Y entre aquella sombra
Veíase á intérvalos,
Dibujarse rígida,
La forma del cuerpo.
Despertaba el día,
Y á su albor primero
Con sus mil ruidos,
Despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
De vida y misterios,
De luz y tinieblas,
Medité un momento
«¡Dios mío, que solos
se quedan los muertos!»

De la casa en hombros
Lleváronla al templo,
Y en una capilla
Dejaron el féretro.

Allí rodearon
Sus pálidos restos
De amarillas velas
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas
El toque postrero,
Acabó una vieja
Sus últimos rezos;
Cruzó la ancha nave,
Las puertas gimieron,
Y el santo recinto
Quedóse desierto.

De un reloj se oía
Compasado el péndulo,
Y de algunos cirios
El chisporroteo
Tan medroso y triste,
Tan oscuro y yerto
Todo se encontraba...
Que pensé un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!!»

De la alta campana
La lengua de hierro,
Le dió, volteando
Su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
Amigos y deudos
Cruzaron en fila
Formando el cortejo.

Del último asilo,
Oscuro y estrecho
Abrió la piqueta
El nicho á un extremo.
Allí la acostaron,
Tapiáronle luego,
Y con un saludo
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras
Medité un momento:
«¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!!»

En las largas noches
Del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
Con un son eterno;
Allí la combate
El soplo del cierzo.
Del húmedo muro
Tendida en el hueco,
Acaso de frío
se hielan sus huesos...!

.....

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podedumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos!

7.—Augusto Ferrán.

La Soledad, cantares.

Las fatigas que se cantan
son las fatigas más grandes,
porque se cantan llorando
y las lágrimas no salen.

—

Si yo pudiera arrancar,
una estrellita del cielo,
te la pusiera en la frente
para verte desde lejos.

—

Antes piensa y luego habla
y después de haber hablado
vuelve á pensar lo que has dicho
y verás si es bueno ó malo.

Yo no sé lo que yo tengo,
ni sé lo que á mí me falta,
que siempre espero una cosa
que no sé cómo se llama.

—

Todo hombre que viene al mundo
trae un letrero en la frente
con letras de fuego escrito,
que dice: *Reo de muerte.*

—

Pasé por un bosque y dije:
«Aquí está la soledad...»
Y el eco me respondió
con voz muy ronca: «Aquí está...»
Y me respondió: «Aquí está.»
Y entonces me entró un temblor,
al ver que la voz salía
de mi mismo corazón.

Tenía los labios rojos,
tan rojos como la grana...
labios ¡ay! que fueron hechos
para que alguien los besara.
Yo un día quise... La niña
al pie de un ciprés descansa:
un beso eterno la muerte
puso en sus labios de grana.

—

El agua menuda
es la que hace barro,
porque el agua recia no deja seña-
por donde ha pasado. [les
Las penitas chicas
son las que hacen daño,
que las penas grandes, ó matan de
ó pasan de largo. [pronto

8.—D. Gaspar Núñez de Arce.

La visión de Fray Martín.

Canto 1.º

Era una noche destemplada y triste
Del invierno aterido. Lentamente
La nieve silenciosa descendiendo
Del alto cielo en abundantes copos,
Como sudario fúnebre cubría
La amortecida tierra. Cierzo helado
Azotaba los árboles desnudos
De verde pompa, pero no de escarcha,
Y, conmovidos por el recio choque,
Parecían lanzar en las tinieblas
Los duros troncos, lastimeros ayes.

II

La ciudad descansaba. De repente
Turbó su sueño el lúgubre tañido
De la campana, que con voz sonora
Desde la torre á la oración llamando,
En sus vibrantes notas contenía
Todo el siniestro horror de aquella noche,
Negra y glacial, como el ingrato olvido
De la mujer amada.

III

Era la hora
De los maitines en el viejo templo
De Padres Agustinos. Taciturnos
Y soñolientos, la capucha vuelta
Sobre la faz rugosa, y con los brazos

En las flotantes mangas escondidos,
Por el gótico claustro del convento
Los frailes avanzaban hacia el coro.
Las moribundas lámparas que ardían
De trecho en trecho, el claustro iluminaban
Con esa claridad tibia y confusa,
Más espantable que la misma sombra.
Y allá lejos, muy lejos, en el punto
Do se perdían sus inciertos rayos,
—Como en el lapso, perceptible apenas,
En que la luz crepuscular se extingue
Y cede el paso á las nocturnas horas—
Próximo al muro, tosco crucifijo
De colosal tamaño descollaba,
Despertando en el alma sus terrores
Vanos, pero invencibles, que el silencio
Forja en la oscura soledad.

IV

El claustro
Quedó poco después desierto y mudo,
Y entonces un humilde religioso
De su celda salió. Cual si cediese
A irresistible impulso, ante la imagen
Del Santo Redentor, que en la penumbra
Sus enclavados brazos extendía,
Con sorda agitación cayó de hinojos;
Ronco gemido levantó su pecho,
Como levanta las dormidas olas
Del mar la tempestad; copioso llanto
Rodó por sus mejillas descarnadas,
Y reclinando en la marmórea piedra
Su demacrado rostro, oró un momento.

V

El preludio del órgano inseguro
Débil y torpe cual la voz del niño
Que la palabra indómita balbuce,
Súbitamente interrumpió el reposo
Del sagrado retiro, y la profunda
Contemplación del afligido hermano.
Sacudió la cabeza cual sacude
El caminante su nevada capa
Cuando al hogar hospitalario llega,
Y arrojando de sí los pertinaces
Recuerdos, suspiró, besó contrito
La helada losa, y penetró en el coro.

9.—Don Ramón de Campoamor (1817-1901).

El drama universal, epopeya

La insurrección de los muertos.

.....

Como suele el ¡alerta! misterioso
correr de centinela en centinela,
aquel *¡Que viene un alma!* pavoroso
de cementerio en cementerio vuela.

Con el terror que inspira el escarmiento,
creyéndose de un alma frente á frente,
surgiendo van cadáveres sin cuento
al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente.

Dando alaridos, con furor levantan
mil espectros su pálida osamenta,
como las aves de la mar, que cantan
hacia el lado que ruge la tormenta.

De un pueblo al otro pueblo, no corría
la repetida voz, porque volaba,
y aquel: *¡Que viene un alma!* parecía
la trompeta del juicio que sonaba.

.....

La madre tierra sacudió el regazo,
y entre esqueletos mil que echó esparcidos,
medios cuerpos se ven de un pie y un brazo
de arriba abajo por mitad partidos.

Se ven cruzar de seres incompletos,
por aquí y por allí, las varias piezas;
fragmentos de fragmentos de esqueletos,
pies sin tronco, y troncos sin cabezas.

Y hay brazos que se ignora lo que abrazan
cual pegados á un ser que va invisible;
y manos cercenadas que amenazan,
y dedos que señalan algo horrible.

Y algunos vueltos, por los pies colgados
de las nubes, pendientes se columbran;
y hay cráneos que, de fósforo impregnados,
cual linternas diabólicas alumbran.

Y en zigs-zags pavorosos y sutiles,
huesos sueltos, de formas desiguales,
trazan líneas sin fin, como reptiles,
ya derechas, ya curvas, ya espirales.

Lleno ya el aire hasta los cuatro vientos
de esqueletos de muertos espantados,

furioso resonó con los acentos
de todos los lugares desolados.

Conforme los cadáveres huían
salvando pueblos y cruzando esferas,
circular por los aires parecían
alaridos de hiena, ayes de fieras.

Volando sin cesar, ya ven lejanas
las playas de esa tierra que está llena
de rocas y de plantas africanas,
bosques de palmas y tostada arena.

De un hondo terremoto al traqueteo
se oye el suelo crujir, y en lo más alto,
el ruído que se oiría en el saqueo
de mil Romas tomadas por asalto.

El polvo que hombre fué surge abundante
de los fúnebres campos de batalla,
materia en frenesí, muy semejante
á la lava del cráter cuando estalla.

Cruzan la parte en que el escita mora,
y ven, pasando á la derecha mano,
los países del sol, donde se adora
la cruel trinidad de culto indiano.

Del Asia la región, de Honorio el alma,
ve trasponer la caravana horrible,
mientras reina en el mar profunda calma,
mucho más que la cólera terrible.

Por la nueva región, que es de oro el suelo,
y es más que la ilusión encantadora,
cruzaron embriagados en su vuelo
por bosques de frescura abrasadora.

Y vuelven, trasponiendo el Oceano,
á la región de Europa, ardiente y fría,
helada en el invierno, y en verano
quemada por el sol del Mediodía.

Y al ver de Soledad la tumba amada,
lanza Honorio, gimiendo, un ¡ay! agudo;
va á seguir, ¡imposible! insiste, y ¡nada!
mil veces fué á pasar, pero no pudo.

Y al fin, consigo de luchar cansado,
se paró, más amante que rendido;
pues si al mundo dió vuelta el desgraciado,
no dió ni un solo paso hacia el olvido.

Ve una vez y otra vez la sepultura,
y desciende, atraído hacia la tierra,

dejándose caer desde su altura,
como cae el alud desde la sierra.

Y allí vuelve á rodearle, fascinado,
de todas sus quimeras el cortejo;
pues tiene el hombre del amor cegado
sueños de niño en corazón de viejo.

Borra al fin con sus rayos esplendentes,
polvo, nieblas, fantasmas y rumores
el sol, para quien son indiferentes
los placeres del hombre y los dolores.

Y de nuevo otra vez, quietos ó activos,
el campo y la ciudad se ven cubiertos
de muertos que dudaban si eran vivos,
de vivos que no dudan que están muertos.

Y como es tan común en nuestra estrella
no ser constante el mal, ni el ruído eterno,
el día puso fin á toda aquella
babilónica noche del infierno.

10.—D. Fernando Ruiz de Castro, leyenda.

—«Mi esposa Estefanía, que está en gloria,
Fué del Séptimo Alfonso hija querida;
Desde hoy sabreis, al escuchar su historia,
Que hay desgracias sin fin en nuestra vida.
»Yo la maté celoso, y si remiso
No me maté también la noche aquella,
Fué por matar después, si era preciso,
A todo el que, cual yo, dudase de ella.
»Cierto Conde Don Vela á Estefanía
La profesó un amor que ella ignoraba;
Y Fortuna, una dama que tenía,
Al Don Vela, á su vez, idolatraba.
»Por las noches Fortuna, artificiosa,
Mientras que su ama se entregaba al sueño,
Disfrazada y fingiéndose mi esposa,
Hacía al Conde de sus gracias dueño.
»En mi parque, una noche, hacia una umbría,
Llegar ví á una mujer, y á un hombre á poco
Luego, el nombre al oir de Estefanía
¡Ay! yo pensé que me volvía loco.
»Torno á escuchar de Estefanía el nombre;
Por vengarme mejor mi rabia aplazo;
Mas ví después á la mujer y al hombre
Confundirse los dos en un abrazo,
»Y ¡en guardia! grito al hombre: él se prepara,

Le acoso airado, y con valor me acosa,
Y mientras mato al Vela cara á cara,
Huye la infame que creí mi esposa.
»Dejo allí al Conde atravesado el pecho,
Y persiguiendo á la mujer que huía,
Ví á la luz de una lámpara, en su lecho,
Dormida dulcemente á Estefanía.
»Aquel sueño de paz juzgo fingido;
La despierto, me ve, me echa los brazos,
Y con mi daga, entre ellos oprimido,
Hice, feroz, su corazón pedazos.
«¿Me matas?» dijo, y contesté: «¡De celos!»
«¡Loco!»—gritó—y al ver que me abrazaba,
«¡Cuál te amaba!» exclamé; y ella á los cielos
Miró, y dijo al morir: —«¡Cuánto me amaba!»
»Sentí luego una puerta que se abría,
Y al resplandor de la naciente luna,
Con el traje salió de Estefanía,
Cual siniestra sonámbula, Fortuna.
—«¡Bárbaro!» dijo; «la mujer que ha huído
No es tu esposa feliz, que muere amada;
¡Yo soy quien, disfrazada, he recogido
El precio vil de una pasión robada!
»Perdona, Castro, la demencia mía;
Te dejo honrado, aunque de angustia lleno;
Y pues muere entre sangre Estefanía,
Es muy justo que yo muera entre el cieno.»
»Y así diciendo, del balcón abajo
Se echó Fortuna de cabeza al río,
Y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
Bañó todo mi cuerpo un sudor frío.
Era de Castro la amargura tanta,
Que al furor reemplazando la tristeza,
Ronca la voz y seca la garganta,
Cayó sobre su pecho su cabeza,
Y concluyó: ¿No es cierto que debía
Matarme yo también la noche aquélla?
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría
Al que dudase de mi honor y el de ella?»

La Carambola, *fábula.*
El chico, el mulo y el gato.

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Le asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entonces el sensible macho,
Pegó una coz y derribó al muchacho.

Es el mundo á mi ver, una cadena,
Do rodando la bola
El mal que hacemos en cabeza ajena.
Refluye en nuestro mal, por carambola.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS, PEQUEÑO POEMA.

Juan Fernández.

.....

En conclusión: Pedro obligó á su hermano
á que fuese á cumplir su mala suerte,
como aquel Espartano
que en nombre de su honor, y lanza en mano
mandó á su esclavo á combatir á muerte.
Y al ponerle en camino,
así Pedro habló á Juan:—Pues que el destino
suele hacer de un jayán un caballero,
y un héroe de un furriel adocenado,
no olvides, Juan, que, para ser soldado,
el despreciar la vida es lo primero.—
Después el cura, de latín henchido
en vez de unos doblones,
le echó, con un sermón, dos bendiciones;
y el padre, algo afligido,
como el cura, le dió buenas razones.
Total: muchos sermones;
un sermón muchas veces repetido.
Solo un viejo pastor, ex guerrillero,
sacó, rompiendo en llanto,
dos monedas gastadas por el canto
de un bolsillo de cuero;
y—toma, Juan,—le dijo,—
no te doy más, porque ya sabes, hijo,
que es cobarde un soldado con dinero.—
Y Juan, casi ofendido en su ternura,
se alejó más que aprisa,
porque á nadie afligió su desventura:
y es que, según el cura,
era tan bueno Juan que daba risa.
Víctima, en fin, de una implacable ciencia,
partió Juan con magnánima paciencia.
¡Admira el ver de lo que son capaces
esos hombres de bien que, pertinaces,
nunca pierden la fe ni la inocencia!

—

Mas cuando ya muy lejos, se extinguía
de un sol de otoño la postrera lumbre,
oye Juan, ó cree oir, desde una cumbre,
que es su casa un delirio de alegría.

Y se esforzó en seguir; pero, notando
que al llegar de su hacienda á los linderos
el perro con ladridos lastimeros
le solía llamar de cuando en cuando,
como en fin se reduce nuestra vida
al humilde rincón en que nos aman,
quiere ver con el alma enternecida,
si en su mansión querida
hay seres que le lloran y le llaman;
y por la sombra nuestro Juan velado
se volvió hacia su casa apresurado;
porque es nuestro destino
que pase el porvenir, como el pasado,
la mitad en andar por un camino
y la otra mitad en desandar lo andado.

—

Al llegar, mira Juan por el postigo
lo que en la choza pasa;
mas se apoya en la esquina de la casa,
lo mismo que en el hombro de un amigo,
y al ver desde la esquina
que, alrededor del fuego que brillaba,
el gato de la casa ya ocupaba
el rincón que él llenaba en la cocina,
Y al notar con tristeza
que olvidándose de él muchos reían,
mientras pudo observar con extrañeza
que en la cuadra las mulas no comían
por volver, para verle, la cabeza,
él triste, en actitud desesperada,
á su dolor se entrega
con la frente apoyada
sobre el tronco del árbol de la entrada
que da sombra á la casa solariega.

—

Luego, el rostro volviendo hacia la puerta,
en tanto que su cuerpo sostenía
el árbol que en verano parecía
una jaula de pájaros abierta,
vió que algunos reían y cantaban:
y al mirar que sus deudos le olvidaban,
buscando en su dolor un compañero
abrazó con encanto verdadero
el árbol cariñoso en que sesteaban
seis gallinas, un gallo y un cordero:
y hasta creyó que, respirando amores,
le daba un tierno «¡adiós!» por vez postrera
aquel árbol, tan lleno, en primavera,
de perfumes, de ruidos y de flores;

y entonces conoció su alma encantada
cuánto al bueno alboroza
esa canción, sin nombre, susurrada
por el sauce llorón que está á la entrada
de la puerta sin puerta de una choza.

—

Y, en fin, viendo afligido
que el mundo de sus deudos, divertido
por festejar á aquel que se quedaba,
al desdichado Juan, que se marchaba,
dejaban de nombrarlo por olvido,
humilde y humillado,
lo mismo que un cachorro castigado,
de dolor traspasadas sus entrañas
se marchó á ser soldado,
al alborear de un día en que, aplomado,
el cielo se apoyaba en las montañas
y huyó, y huyendo se mesó el cabello.
¡Ay del mortal que á conocer empieza
por la primera vez lo que es tristeza!
¡Ay del que es bueno y se arrepiente de ello!
Y solo, y de sí mismo frente á frente,
empezó á conocer, aunque con pena,
que es la propia bondad cosa excelente
para escabel de la ventura ajena.
Y al ver su porvenir desvanecido,
maldijo... Pero luego, arrepentido
echó mano al bolsillo, en que tenía
una estampa de un santo desollado,
lo besó con furiosa idolatría,
y después, alejándose de lado
para ver bien la casa de María
los ojos se enjugaba, y resignado:
—¡Cómo ha de ser!, ¡cómo ha de ser!—decía.

—

De este modo, obediente y con tristeza,
rendido siempre Juan por su ternura,
fué á abismar su cabeza
en esa bruma de la vida obscura,
formada de altivez y de bajeza,
de injusticia, de envidia y de impostura.

—

Y ahora que sabemos
que lleva la bondad á esos extremos,
yo escucho esta pregunta en vuestros labios:
—¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios?
¡En el día del Juicio lo veremos!

DOLORAS.

Después del primer sueño.

Se casaron los dos, y al otro día
la esposa, con acento candoroso,
al despertar, le preguntó al esposo:
—¿Me quieres todavía?

— —

¡Quién supiera escribir!

—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
nos vísteis juntos?—Pues.
—Perdonad, mas...—No extraño ese tropiezo;
la noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:
—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis...—¡Sí, sí!
—*¡Qué triste estoy!* ¿No es eso?—Por supuesto.
—*¡Qué triste estoy sin tí!*
Una congoja al empezar me viene...
—¿Cómo sabéis mi mal?...
—Para un viejo, una niña siempre tiene
el pecho de cristal.
¿Qué es sin tí el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén.
—Haced la letra clara, señor cura,
que lo entienda eso bien.
—*Y si volver tu afecto no procura,*
tanto me harás sufrir...
—¿Sufrir y nada más? ¡No, señor cura!
que me voy á morir.
—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?
—Pues, sí, señor, morir.
—Yo no pongo morir.—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!
¡Señor rector, señor rector! en vano
me queréis complacer,
si no encarnan los signos de la mano
todo el ser de mi ser.
Escribidle, por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar,
que la pena no me ahoga cada día
porque puedo llorar.
Que mis labios, las rosas de su aliento,
no se saben abrir;
que olvidan de la risa el movimiento
á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
cargados con mi afán,
como no tienen quien se mire en ellos
cerrados siempre están.
Que es, de cuantos tormentos he sufrido.
la ausencia el más atroz.
Que es un perpetuo sueño de mi oido
el eco de su voz...
Que siendo por su causa, el alma mía
goza tanto en sufrir...
Dios mío, ¡cuántos cosas le diría
si supiera escribir!...

Memorias de un sacristán.

Dos de Abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!
El nacido es mujer; sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
todos se ríen y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.
A unirse vienen dos, de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
un primo á la mujer, y él á una prima.
¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

Humoradas.

Teme á las ilusiones,
que es peor la ilusión que las pasiones.

—

Todo, en amor, es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

—

Si la codicia de pedir es mucha,
el hombre reza, pero Dios no escucha.

Sé firme en esperar, que de este modo
algo le llega al que lo espera todo.

—

El hombre suele hacer todo lo bueno
por la mujer, que le llevó en su seno.

—

La niña es la mujer que respetamos,
y la mujer la niña que engañamos.

—

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así... al oído...
—«Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

—

Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

—

No olvides que á Dios plugo
curar con un deseo otro deseo.
Mata el verdugo al reo,
y al verdugo después otro verdugo.

11.—Poesía popular del siglo XIX.

Cantares de autor desconocido.

Le dijo el Tiempo al querer:
—Esa soberbia que tienes,
yo te la castigaré.

—

Si averiguar quisieras
si dos se aman,
repara si se miran
más que se hablan.

—

De padres á padrastros
hay cuatro leguas;
de madres á madrastas
hay cuatrocientas.

—

Llamó á mi puerta un anciano,
yo le pregunté quién era
y en lugar de responderme,
volvió á llamar con más fuerza.
Bajé á abrir y ya no estaba
y tan sólo ví en la puerta
un letrero que decía:
—El Tiempo llama y no espera.

Al empezar el diluvio
andaban todos alegres,
diciéndose unos á otros:
—¡Qué buen año será éste!

—

Deja correr el caballo,
no le tires de la rienda,
que puede ser que algún día
quieras correrlo y no puedas.

—

Un sabio se quejaba
de su miseria
y al campo se ha salido
á comer hierbas.
Volvió la cara
y vió que otro comía
las que él dejaba.

—

Por el camino real
va una doncellita triste,
Yo no sé qué va buscando...
No hay mata que no registre...

¡Mira qué bonita era!
Se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.

—

De la sierra de Alcubierre
retumban los cañonazos...
¡Zaragoza de mi vida,
ya estarás hecha pedazos!

—

Voy como si fuera preso;
detrás camina mi sombra,
delante mi pensamiento.

—

Yo tenía una viñica
la cavaba y la podaba,
la daba su laborcica...
y otro me la vendimiaba.

—

Baja, baja, fanfarrón
á la esquina de la plaza,
y verás qué gusto tiene
el filo de mi navaja.

—

En el campo, entre las flores
la busqué y no la encontraba.
Cantaban los ruiseñores...
yo creí que me llamaba
el dueño de mis amores.

—

Ni el ruiseñor más sonoro,
ni la fuente más risueña,
ni la tórtola en la breña,
llorarán, como yo lloro,
gotas de sangre por *ella*.

—

Me miras y te miro,
callas y callo
y así nos estaremos
doscientos años,
pero te advierto
que si tú no te explicas...
yo no te entiendo.

—

No me mires, que tengo
sangre en los labios
y el corazón herido
de tus agravios;
llanto en los ojos
y el corazón herido
de tus enojos.

—

Si el querer que puse en tí
lo hubiera puesto en un perro
se vendría tras de mí.

—

Olvidé padre y madre
por ir contigo
¡y ahora me dejas sola
por el camino!

—

Al pie de un pinito verde
con sentimiento lloraba,
por ver si con el llantito
las hojas se le secaban;
y á fuerza de tanto llanto
se l'ha secaíto el tronco
¡Malhaya quien llora tanto!

—

—Sepulturerito
le dije llorando—
que me enseñes la sepulturita
donde la enterraron.

—

Aunque pongan en tu calle
cañones de artillería...
el que se puso á querer
se puso á perder la vida.

Cantares de ronda.

1.ª voz. —Recibe la bien llegada,
por haber sido el primero,
clavellinita encarnada,
nacida en el mes de enero.

2.ª voz. —Recibe la bien llegada
por haber sido el segundo,
clavellinita encarnada,
nacida en el mes de junio.

1.ª voz. —Por esta calle á la larga
anda un gavilán perdido,
que dice que ha de sacar
la paloma de su nido.

2.ª voz—Si la paloma es discreta
y el gavilán entendido,
no dudo que sacará
la paloma de su nido.

3.ª voz.—Eso fuera si no hubiese
ningún mozo en el lugar
que cogiera la escopeta
y matase al gavilán.

—

A tu puerta estamos cuatro,
cuatro mozos á cantar:
si quieres que te cantemos,
licencia nos has de dar.
—Licencia de mí tenéis:
de mi padre no lo sé;
sigan ustedes cantando,
que yo lo preguntaré.
Entró la niña en su cuarto
con muchísimo primor:
—Padre ¿me da usté licencia
para que cante mi amor?—
Salió la niña del cuarto
con muchísima alegría:
—Sigan ustedes cantando
que ya la licencia es mía.

Saetas.

Es tan estrecha la cama
donde Jesucristo duerme
que por no caber en ella
un pie sobre el otro tiene.

—

Anoche en el sagrario
ví un Hombre muerto,
coronado de espinas
y el pecho abierto,
y al lado estaba
una mujer divina
que le adoraba.

—

La tierra sintió su muerte,
las campanas redoblaron,
las sepulturas se abrieron,
los muertos resucitaron.

B.—Novelistas contemporáneos.

1.—D. José María de Pereda.

EL SABOR DE LA TIERRUCA.

El zonchero cubicioso.

Amigo de Dios, éste era un mozo soltero, con pocos bienes de fortuna, pero amañado y trabajador que pasmaba. Pasábase lo más del día en el monte cortando varas de avellano para hacer en su casa zonchos y adrales, que vendía en ferias y mercados; trabajaba además un poco de tierra prestada, y tenía una vacuca en aparcería. Así iba tirando el hombre de Dios, con los calzones remendados y no muy llena la barriga, pero en buena salud y muy contento, porque no había conocido cosa mejor. Pues, señor, que estando un día en el monte y en lo más espeso de él, porque en lo más espeso se jallan siempre los buenos avellanos, corta esta vara y corta la otra, cátate que oye tocar el *bígaru* ajunto á sí mesmo, y de un modo que gloria de Dios daba el oirle. Y oyendo tocar el bígaru tan cerca y no viendo por allí pastor que pudiera hacerlo, fuese detrás del són: y yéndose detrás del són apartaba las malezas; y apartando y apartando, llegó á un campuco muy majo, donde vió el bígaru solo arrimado á una topera grande, y sonando sin parar. Pues, señor, qué será, qué no será, acercóse á la topera, y vió que en el borde mesmo de ella y con las patucas metidas en el ujero, estaba sentado un enanuco, menos que este puño cerrao, y que este enanuco era el que tocaba el bígaru. Viendo el enanuco al mozo, deja de tocar y dícele:—«¿Qué hay, buen amigo?—Pues aquí vengo», respondió el otro, «por saber quién tocaba tan finamente; pero si es que estorbo, me volveré por donde vine.» A

lo que le volvió á decir el enanuco:—«¡Qué estorbar ni qué ocho cuartos, hombre!... sépaste que para que tú vinieras he tocado yo.» Pues, amigo de Dios, que en estas y otras, métense en conversación el enanuco y el mozo, y cuéntale el mozo al enanuco todos los trabajos de su vida. Y contándole todos los trabajos de su vida, dícele el enanuco al mozo: —«Pues, amigo, de todo eso era yo sabedor y noticioso; y porque lo era, te llamé para preguntarte qué deseas en premio de tu hombría de bien.» A lo que respondió el mozo:—«Con que fuera mío lo que á renta y en aparcería llevo, y dos tantos más para vivir sin esta fatiga del monte, que es la que me quebranta, creyérame el más rico del lugar y no envidiara al rey de las Indias.—Pues tendrás lo que deseas, si eso te basta», dijo el enanuco. Y volvió á responder el mozo:—«Me basta, y hasta me sobra, si bien se mira lo que hasta hoy he tenido y el mal uso que haría de cosa mejor, por desconocerla.» Con que, amigo de Dios, cátate que le dice en esto el enanuco:—«Coge de esta tierra que ves junto á mí, y échatela en el pañuelo.» Asombróse el mozo, porque pensó que el enanuco se burlaba de él, y tornó á decirle el enanuco:—«Cógelo, hombre, sin recelo, que de ello tengo yo llenos los mis palacios, á los que se vá por este ujero en que estoy.» Por si era ó por si no era, el hombre sacó del seno el moquero, y echó en él una buena *mozá* de aquella tierra, y añudó luego los picos. Y díjole entonces el enanuco:—«Ahora, vete á casa, y cuando te acuestes, pon debajo de la almohada esa tierra, según está en el pañuelo. Al despertarte mañana, verás si te he engañado.» Pues, señor, que lo hizo como se lo mandaron; y ¡quién te dice á ti que, al despertar el otro día con el sol, abre el pañuelo y ve que la tierra se ha convertido en ochentines y onzas de oro!... ¡más de mil había entre unos y otras! Como que el pobre zonchero pensó enloquecer de alegría. Pues, señor, que, entrando en su quicio poco á poco el mozo, empezó á echar sus cuentas: tantos carros de tierra así; tantos asao; tantas reses de esta clase; tantas de la otra; el carro de tal modo; la casa de cual otro... Y cátale en poco tiempo con unas labranzas de lo mejor y unos ganados que tenían que ver; bien comido y bien trajeado, y con buenas onzas sobrantes al pico del arca; motivao á lo que las mejores mozas le persiguieron, echándole memoriales con los ojos. Y bien lo merecía, que, no por ser buen mozo y rico, dejaba de ser trabajador y honrado, como cuando era pobre. Pero, amigo de Dios, cátate que un día se le antoja ver un poco de mundo, cosa que jamás había visto, y plántase en la ciudad, de golpe y porrazo. ¡El que allí se ve entre tanta gala y señoríol... ¡Madre de Dios!... ¡Aquellas si que eran mozas, con sus vestidos de seda y sus abanicos y sus lazos de crespón y sus caras de rosas de Mayo! ¡Aquéllos sí que eran mozos, con sus casacas de paño fino, sus borlajes de oro y sus botas relucientes! ¡Y que vida la suya! Este á caballo, aquel en coche; el otro de brazalete con la señora; paseo abajo, paseo arriba; comedia aquí, valseo allá; buena mesa, muchos sirvientes y gran palacio... vamos, que vivir así y vivir en la gloria, pata. De modo y manera, que volvió el mozo á su pueblo pensando ser la criatura más desgraciada del mundo. Volviendo así á su pueblo, cogió *duda* á la borona, dió en aborrecer el trabajo, y los días enteros se pasaba pensando en aquello que había visto, y en ser un caballero de los más regalones; y pensando de esta manera, quería una dama por mujer, y no había que mentarle las mozas de su lugar, que todas le parecían poco para un personaje como él. Pues, amigo de Dios, que abandonó las labranzas por entero, y tuvo que comer de lo agorrado, mientras le andaba cierta

idea en el magín, que no se atrevía á poner por obra; pero cátate que no tuvo otro remedio que ponerla, porque lo agorrado iba á acabarse, y él no estaba por volver á trabajar las tierras que tenía en abandono. Un día unció los bueyes al carro, puso en él media docena de sacos vacíos, y arreó hacia el monte: y arreando hacia el monte, llegó al sitio que buscaba, y llegando á aquel sitio, oyó sonar el caracol del enanuco; y oyéndole sonar, se acerca al enanuco y le dice:—«Hola, buen amigo: pues yo venía á darle á usted las gracias por el favor que me hizo tiempo atrás, y á pedirle otro nuevo, si no ofende.—¡Qué ha de ofender, hombre!», respondió el enanuco. «En siendo cosa que yo pueda, pide con libertad». Alegrósele el corazón al mozo, y tornó á decir al enanuco:—«Pues yo deseara llenar estos sacos que traigo aquí, de la misma tierra que usted me dió la otra vez.—Todo este campo es de ella», respondió el enanuco; «con que así, cava donde quieras y llénalos á tu gusto. No te olvides de ponerlos esta noche cerca de la cama para abrirlos en cuanto despiertes al amanecer.» Y con esto, metióse el enanuco por el ujero á los sus palacios; con lo cual quedóse solo el mozo; y cava, cava, en un periquete llenó de tierra los sacos, y se volvió á casa con ellos más contento que unas pascuas. Llegó la noche, acostóse, durmió poco con la brega que traía en el magín, y al amanecer ya estaba el mozo más listo que las liebres; y estando más listo que las liebres, pensaba en abrir un pozo muy hondo para guardar tantas onzas como iban á salir de aquellos sacos; y pensando en esto, los abrió; y abriéndolos... ¡hijo de mi alma...! no encontró en ellos más que la tierra que había cavado en el monte. Quedóse en la agonía el pobre hombre; y quedándose así, llegó á consolarse cavilando que, mirando bien las cosas, con lo que ya tenía de antes le bastaba; y cavilando esto, fué al cajón donde guardaba las pocas monedas sobrantes... ¡y tierra eran también, como la de los sacos...! ¡y tierra los papeles de sus compras! Fué á la cuadra... ¡y montones de tierra los bueyes...! ¡y montones de tierra el ganado que pagó con el dinero del enanuco! No quedaba allí otra bestia que la vaca en aparcería. Reparó entonces en la casa, y vió que era la misma en que él vivía cuando era pobre zonchero: á la puerta había un coloño de varas y unos adrales á medio hacer. Gimió y golpeóse el venturao; y al monte fué á contar su desgracia al enanuco; pero el enanuco le dijo:—«Eso que te pasa, no puedo remediarlo yo: quien por mi mano te dió la riqueza que has menospreciado, te dice ahora por mis labios que la miseria en que vuelves á verte es el castigo que da Dios á los cubiciosos que quieren pasar de un salto, y sin merecerlo, de zoncheros bien acomodados á caballeros poderosos.» Y colorín colorao...

2.—Don Juan Valera (1824-1905).

Pepita Jiménez.

Carta de D. Luis de Vargas.

20 de Abril.

Las últimas cartas de usted, queridísimo tío, han sido de grata consolación para mi alma. Benévolo como siempre, me amonesta usted y me ilumina con advertencias útiles y discretas.

Es verdad: mi vehemencia es digna de vituperio. Quiero alcanzar el fin sin poner los medios; quiero llegar al término de la jornada sin andar antes paso á paso el áspero camino.

Me quejo de sequedad de espíritu en la oración, de distraído, de disipar mi ternura en objetos pueriles; ansío volar al trato íntimo con Dios, á la contemplación esencial, y desdeño la oración imaginaria y la meditación racional y discursiva. ¿Cómo sin obtener la pureza, cómo sin ver la luz, he de lograr el goce del amar?

Hay mucha soberbia en mí, y yo he de procurar humillarme á mis propios ojos, á fin de que el espíritu del mal no me humille, permitiéndolo Dios, en castigo de mi presunción y de mi orgullo.

No creo, á pesar de todo, como usted me advierte, que es tan fácil para mí una fea y no pensada caída. No confío en mí, confío en la misericordia de Dios y en su gracia, y espero que no sea.

Con todo, razón tiene usted que le sobra en aconsejarme que no me ligue mucho en amistad con Pepita Jiménez; pero yo disto bastante de estar ligado con ella.

No ignoro que los varones religiosos y los santos, que deben servirnos de ejemplo y dechado, cuando tuvieron gran familiaridad y amor con mujeres fué en la ancianidad, ó estando ya muy probados y quebrantados por la penitencia, ó existiendo una notable desproporción de edad entre ellos y las piadosas amigas que elegían; como se cuenta de San Jerónimo y Santa Paulina, y de San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Y aun así, y aun siendo el amor de todo punto espiritual, sé que puede pecar por demasía. Porque Dios no más debe ocupar nuestra alma, como su dueño y esposo, y cualquiera otro sér que en ella more ha de ser sólo á título de amigo ó siervo ó hechura de esposo, y en quien el esposo se complace.

No crea usted, pues, que yo me jacte de invencible y desdeñe los peligros y los desafíe y los busque. En ellos perece quien los ama. Y cuando el rey profeta, con ser tan conforme al corazón del Señor y tan su valido, y cuando Salomón, á pesar de su sobrenatural é infusa sabiduría, fueron conturbados y pecaron, porque Dios quitó su faz de ellos, ¿qué no debo temer yo, mísero pecador, tan joven, tan inexperto de las astucias del demonio, y tan poco firme y adiestrado en las peleas de la virtud?

Lleno de un provechoso temor de Dios y con la debida desconfianza de mi flaqueza, no olvidaré los consejos y prudentes amonestaciones de usted, rezando con fervor mis oraciones y meditando en las cosas divinas para aborrecer las mundanas en lo que tienen de aborrecibles; pero aseguro á usted que hasta ahora, por más que ahondo en mi conciencia y registro con suspicacia sus más escondidos senos, nada descubro que me haga temer lo que usted teme.

Si de mis cartas anteriores resultan encomios para el alma de Pepita Jiménez, culpa es de mi padre y del señor vicario y no mía, porque al principio, lejos de ser favorable á esta mujer, estaba yo prevenido contra ella con prevención injusta.

En cuanto á la belleza y donaire corporal de Pepita, crea usted que lo he considerado todo con entera limpieza de pensamiento. Y aunque me sea costoso el decirlo, y aunque á usted le duela un poco, le confesaré que si alguna leve mancha ha venido á empañar el sereno y pulido espejo de mi alma en que Pepita se reflejaba, ha sido la ruda sospecha de usted, que casi me ha llevado por un instante á que yo mismo sospeche.

Pero no, ¿qué he pensado yo, qué he mirado, qué he celebrado en Pepita, por donde nadie pueda colegir que propendo á sentir por ella algo que no

sea amistad y aquella inocente y limpia admiración que inspira una obra de arte, y más si la obra es del Artífice soberano y nada menos que su templo?

Por otra parte, querido tío, yo tengo que vivir en el mundo, tengo que tratar á las gentes, tengo que verlas, y no he de arrancarme los ojos. Usted me ha dicho mil veces que me quiere en la vida activa, predicando la ley divina, difundiéndola por el mundo, y no entregado á la vida contemplativa en la soledad y el aislamiento. Ahora bien; si esto es así, como lo es, ¿de qué suerte me había yo de gobernar para no reparar en Pepita Jiménez? A no ponerme en ridículo, cerrando en su presencia los ojos, fuerza es que yo vea y note la hermosura de los suyos, lo blanco, sonrosado y limpio de su tez, la igualdad y el nacarado esmalte de los dientes que descubre á menudo cuando sonríe, la fresca púrpura de sus labios, la serenidad y tersura de su frente, y otros mil atractivos que Dios ha puesto en ella. Claro está que para el que lleva en sí el germen de los pensamientos livianos, la levadura del vicio, cada una de las impresiones que Pepita produce puede ser como el golpe del eslabón que hiere el pedernal y que hace brotar la chispa que todo lo incendia y devora; pero yendo prevenido contra este peligro, y reparándome y cubriéndome bien con el escudo de la prudencia cristiana, no encuentro que tenga ya nada que recelar. Además que, si bien es temerario buscar el peligro, es cobardía no saber arrostrarle y huir de él cuando se presenta.

No lo dude usted: yo veo en Pepita Jiménez una hermosa criatura de Dios, y por Dios la amo como á hermana. Si alguna predilección siento por ella, es por las alabanzas que de ella oigo á mi padre, al señor vicario y á casi todos los de este lugar.

Por amor á mi padre desearía yo que Pepita desistiese de sus ideas y planes de vida retirada y se casase con él, pero prescindiendo de esto, y si yo viese que mi padre sólo tenía un capricho y no una verdadera pasión, me alegraría de que Pepita permaneciese firme en su casta viudez, y cuando yo estuviese muy lejos de aquí, allá en la India ó en el Japón, ó en algunas misiones más peligrosas, tendría un consuelo en escribirle algo sobre mis peregrinaciones y trabajos. Cuando, ya viejo, volviese yo por este lugar, también gozaría mucho en intimar con ella, que estaría ya vieja, y en tener con ella coloquios espirituales y pláticas por el estilo de las que tiene ahora el padre vicario. Hoy, sin embargo, como soy mozo, me acerco poco á Pepita, apenas la hablo. Prefiero pasar por encogido, por tonto, por mal criado y arisco, á dar la menor ocasión, no ya á la realidad de sentir por ella lo que no debo, pero ni á la sospecha ni á la maledicencia.

Perdóneme usted si me defiendo con sobrado calor de ciertas reticencias de la carta de usted que suenan á acusaciones y á fatídicos pronósticos.

Yo no me quejo de esas reticencias; usted me da avisos prudentes, gran parte de los cuales acepto y pienso seguir. Si va usted más allá de lo justo en el recelar, consiste sin duda en el interés que por mí se toma y que yo de todo corazón le agradezco.

3.—Don Benito Pérez Galdós.

FORTUNATA Y JACINTA

Novela de costumbres contemporáneas.

«Aquí es—dijo Guillermina, después de andar un trecho por la calle del Bastero y de doblar una esquina. No tardaron en encontrarse dentro de un

patio cuadrilongo. Jacinta miró hacia arriba y vió dos filas de corredores con antepechos de fábrica y pilastrones de madera pintada de ocre, mucha ropa tendida, mucho refajo amarillo, mucha zalea puesta á secar, y oyó un zumbido como de emjambre. En el patio, que era casi todo de tierra, empedrado sólo á trechos, había chiquillos de ambos sexos y de diferentes edades. Una zagalona tenía en la cabeza toquilla roja con agujeros, ó con *orificios*, como diría Aparisi; otra, toquilla blanca, y otra estaba con las greñas al aire. Esta llevaba zapatillas de orillo, y aquella botitas finas de caña blanca, pero ajadas ya y con el tacón torcido. Los chicos eran diversos tipos. Estaba el que va para la escuela con su cartera de estudio, y el pillete descalzo que no hace más que vagar. Por el vestido se diferenciaban poco, y menos aún por el lenguaje, que era duro y con inflexiones dejosas.

—Chicoooo... *miá* este... Que te rompo la cara... ¿sabéees...?

—¿Ves esa farolona?—dijo Guillermina á su amiga.—Es una de las hijas de Ido... Esa, ésa que está dando brincos como un saltamontes... ¡Eh! chiquilla... No oyen... venid acá.

Todos los chicos, varones y hembras, se pusieron á mirar á las dos señoras y callaban entre burlones y respetuosos, sin atreverse á acercarse. Las que se acercaban paso á paso eran seis ú ocho palomas pardas, con reflejos irisados en el cuello, lindísimas y gordas. Venían muy confiadas meneando el cuerpo como las chulas, picoteando en el suelo lo que encontraban, y eran tan mansas, que llegaron sin asustarse hasta muy cerca de las señoras. De pronto levantaron el vuelo y se plantaron en el tejado. En algunas puertas había mujeres que sacaban esteras á que se orearan y sillas y mesas. Por otras salía como una humareda; era el polvo del barrido. Había vecinas que se estaban peinando las trenzas negras y aceitosas, ó las guedejas rubias, y tenían todo aquel matorral echado sobre la cara como un velo. Otras salían arrastrando zapatos en chancleta por aquellos empedrados de Dios, y al ver á las forasteras corrían á sus guaridas á llamar á otras vecinas, y la noticia cundía, y aparecían por las enrejadas ventanas cabezas peinadas ó á medio peinar.

—¡Eh, chiquillos, venid acá!—repitió Guillermina.

Y se fueron acercando, escalonados por secciones, como cuando se va á dar un ataque. Algunos, más resueltos, las manos á la espalda, miraron á las dos damas del modo más insolente. Pero uno de ellos, que sin duda tenía instintos de caballero, se quitó de la cabeza un andrajo que hacía el papel de gorra, y les preguntó á quién buscaban.

—¿Eres tú del Sr. Ido?

El rapaz respondió que no, y al punto destacóse del grupo la niña de las zancas largas, de las greñas sueltas y de los zapatos de orillo, apartando á manotadas á todos los demás muchachos que se enracimaban ya en derredor de las señoras.

—¿Está tú padre arriba?

La chica respondió que sí, y desde entonces convirtióse en individuo de Orden público. No dejaba acercar á nadie; quería que todos los granujas se retiraran y ser ella sola la que guiase á las damas hasta arriba.

—¡Qué pesados, qué sobones!... En todo quieren meter las narices... Atrás, gateras, atrás... Quitarvos de en medio, dejar paso.

Su anhelo era marchar delante. Habría deseado tener una campanilla para ir tocando por aquellos corredores á fin de que supieran todos qué gran visita venía á la casa.

—Niña, no es preciso que nos acompañes,—dijo Guillermina que no gustaba de que nadie se sofocase tanto por ella—nos basta con saber que están en casa.

Pero la zancuda no hacía caso. En el primer peldaño de la escalera estaba sentada una mujer que vendía higos pasados en una sereta, y por poco no le planta el zapato de orillo en mitad de la cara. Y todo porque no se apartaba de un salto para dejar el paso libre...

—Vaya, dónde se va usted á poner, tía bruja... A fuera ó la revientо de una patada...

Subieron, no sin que á Jacinta le quedaran ganas de examinar bien toda la pillería que en el patio quedaba.

Allá en el fondo había divisado dos niños y una niña. Uno de ellos era rubio y como de tres años. Estaban jugando con el fango, que es el juguete más barato que se conoce. Amasábanlo para hacer tortas del tamaño de *perros grandes*. La niña, que era de más edad, había construído un hornito con pedazos de ladrillo, y á la derecha de ella había un montón de panes, bollos y tortas, todo de la misma masa que tanto abundaba allí. La señora de Santa Cruz observó este grupo desde lejos. ¿Sería alguno de aquellos? El corazón le saltaba en el pecho y no se atrevía á preguntar á la zancuda. En el último peldaño de la escalera encontraron otro obstáculo; dos muchachuelas y tres nenes, uno de estos en mantillas, interceptando el paso. Estaban jugando con arena *fina* de fregar. El mamón estaba fajado y en el suelo, con las patas y las manos al aire, berreando sin que nadie le hiciera caso. Las dos niñas habían extendido la arena sobre el piso, y de trecho en trecho habían puesto diferentes palitos con cuerdas y trapos. Era el secadero de ropa de las Injurias, propiamente imitado.

—¡Qué tropa, Dios!—exclamó la zancuda con indignación de celador de ornato público, que no causó efecto.—Cuidado dónde se van á poner... ¡Fuera, fuera!... y tú, *Pitoja*, recoge á tu hermanillo que le vamos á espachurrar.—Estas amonestaciones de una autoridad tan celosa fueron oídas con el más insolente desdén. Uno de los mocosos arrastraba su panza por el suelo, abierto de las cuatro patas; el otro cogía puñados de arena y se lavaba la cara con ella, acción muy lógica puesto que la arena representaba el agua.

—Vamos, hijos, quitaos de en medio—les dijo Guillermina á punto que la zancuda destruía con el pie el lavadero, gritando:—Sinvergonzonas, ¿no tenéis otro sitio donde jugar? ¡Vaya con la canalla esta!—y echó adelante resuelta á destruir cualquier obstáculo que se opusiera al paso. Las otras chiquillas cogieron á los mocosos como habrían cogido una muñeca, y poniéndoselos al cuadril, volaron por aquellos corredores.

—Vamos—dijo Guillermina á su guía—no las riñas tanto, que también tú eres buena...

II

Avanzaron por el corredor, y á cada paso un estorbo. Bien era un brasero que se estaba encendiendo, con el tubo de hierro sobre las brasas para hacer tiro; bien el montón de zaleas ó de ruedos; ya una banasta de ropa; ya un cántaro de agua. De todas las puertas y de las ventanillas salían voces ó de disputa ó de algazara festiva. Veían la cocina con los pucheros armados sobre las ascuas, las artesas de lavar junto á la puerta, y allá en el testero de las breves estancias la indispensable cómoda con su hule, el velón con panta-

lla verde y en la pard una especie de altarucho formado por diferentes estampas, alguna lámina al cromo de prospectos ó periódicos satíricos, y muchas fotografías. Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban á la suela, unidos á sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Mas allá sonaba el convulsivo tiquitique de una máquina de coser y acudían á las ventanas bustos y caras de mujeres curiosas. Por aquí se veía un enfermo tendido en un camastro, más allá un matrimonio que disputaba á gritos. Algunas vecinas conocieron á doña Guillermina y la saludaban con respeto. En otros círculos causaba admiración el empaque elegante de Jacinta. Poco más allá cruzáronse de una puerta á otra observaciones picantes é irrespetuosas.—Señá Mariana ¿ha visto que nos hemos traído el sofá en la rabadilla? ¡Ja, ja, ja!

Guillermina se paró, mirando á su amiga. Esas chafalditas no van conmigo. No puedes figurarte el odio que esta gente tiene á los *polisones*, en lo cual demuestran un sentido... ¿cómo se dice? un sentido *estético* superior al de esos haraganes franceses que inventan tanto pegote estúpido.

Jacinta estaba algo corrida; pero también se reía.

Guillermina dió dos pasos atrás, diciendo:—Ea, señoras, cada una á su trabajo, y dejen en paz á quien no se mete con ustedes.—Luego se detuvo junto á una de las puertas y tocó en ella con los nudillos.

—La señá Severiana no está—dijo una de las vecinas. ¿Quiere la señora dejar recado?

—No; la veré otro día.

Después de recorrer dos lados del corredor principal, penetraron en una espedie de túnel en que también había puertas numeradas; subieron como unos seis peldaños, precedidas siempre de la zancuda, y se encontraron en el corredor de otro patio, mucho más feo, sucio y triste que el anterior. Comparado con el segundo, el primero tenía algo de aristocrático y podría pasar por albergue de familias *distinguidas*. Entre uno y otro patio, que pertenecían á un mismo dueño y por eso estaban unidos, había un escalón social, la distancia entre eso que se llama *capas*. Las viviendas en aquella segunda *capa*, eran más estrechas y miserables que en la primera: el revoco se caía á pedazos, y los rasguños trazados con un clavo en las paredes parecían hechos con más saña, los versos escritos con lápiz en algunas puertas más necios y groseros, las maderas más despintadas y roñosas, el aire más viciado, el vaho que salía por puertas y ventanas más espeso y repugnante. Jacinta, que había visitado algunas casas de corredor, no había visto ninguna tan tétrica y maloliente.—Qué, te asustas, niña bonita—le dijo Guillermina.—Pues qué ¿creías tú que esto era el Teatro Real ó la casa de Fernán-Núñez? Animo. Para venir aquí se necesitan dos cosas: caridad y estómago.

Episodios nacionales.—Zaragoza, Novela histórica.

La maldita pesadilla no se quiere ir, y me atormenta esta noche, como anoche, y como anteanoche, reproduciéndome lo que no quiero ver. Más vale no dormir, y prefiero el insomnio. Sacudo el letargo y aborrezco despierto la vigilia como antes aborrecía el sueño. Siempre el mismo zumbido de los cañones. Esas insolentes bocas de bronce no han cesado de hablar aún. Han pasado diez días y Zaragoza no se ha rendido, porque todavía algunos locos se obstinan en guardar para España aquel montón de polvo y ceniza. Siguen

reventando los edificios, y Francia, después de sentar un pie, gasta ejércitos y quintales de pólvora para conquistar terreno en que poner el otro. España no se retira mientras tenga una baldosa en que apoyar la inmensa máquina de su bravura.

Yo estoy exánime y no me puedo mover. Esos hombres que veo pasar por delante de mí, no parecen hombres. Están flacos, macilentos, y sus rostros serían amarillos si no les ennegreciera el polvo y el humo. Brillan bajo la negra ceja los ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de inmundos harapos, y un pañizuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de la calle de la Imprenta, que se han levantado para relevar á los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos, en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo entiende, ni el fraile sabe lo que dice. La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos. No hay clases ni sexos. Nadie manda ya, y la ciudad se defiende en la anarquía.

No sé lo que me pasa. No me digáis que siga contando, porque ya no hay nada. Ya no hay nada que contar y lo que veo no parece cosa real confundiéndose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de la Albardería, y tiemblo de frío; mi mano izquierda está envuelta en un lienzo lleno de sangre y fango. La calentura me abrasa, y anhelo tener fuerzas para acudir al fuego. No son cadáveres todos los que hay á mi lado. Alargo la mano y toco el brazo de un amigo que vive aún:

—¿Qué ocurre, Sr. *Sursum Corda*?

—Los franceses parece que están del lado acá del Coso—me contesta con voz desfallecida.—Han volado media ciudad. Puede ser que sea preciso rendirse. El Capitán general ha caído enfermo de la epidemia, y está en la calle de Predicadores. Creen que se morirá. Entrarán los franceses. Me alegro de morirme para no verlos. ¿Qué tal se encuentra usted, Sr. de Araceli?

—Muy mal. Veré si puedo levantarme.

—Yo estoy vivo todavía, á lo que parece. No lo creí. El Señor sea conmigo. Me iré derecho al cielo. Sr. Araceli, ¿se ha muerto usted ya?

Me levanto y doy algunos pasos. Apoyándome en las paredes, avanzo un poco y llego junto á las Escuelas Pías. Algunos militares de alta graduación acompañan hasta la puerta á un clérigo pequeño y delgado, que les despide diciendo: «Con nuestro deber hemos cumplido, y la fuerza humana no alcanza á más». Era el padre Basilio.

Un brazo amigo me sostiene y reconozco á D. Roque.

—Amigo Gabriel—me dice con aflicción,—la ciudad se rinde hoy mismo.

—¿Qué ciudad?

—Esta.

Al hablar así, me parece que nada está en su sitio. Los hombres y las casas todo corre en veloz fuga. La Torre Nueva saca sus pies de los cimientos para huir también, y desapareciendo á lo lejos, el capacete de plomo se le cae de un lado. Ya no resplandecen las llamas en la ciudad. Columnas de negro humo corren de Levante á Poniente, y el polvo y las cenizas levantados por los torbellinos de viento marchan en la misma dirección. El cielo no es cielo, sino un toldo de color plomizo, que tampoco está quieto.

—Todo huye, todo se va de este lugar de desolación—digo á D. Roque.—Los franceses no encontrarán nada.

—Nada: hoy entran por la puerta del Angel. Dicen que la capitulación ha sido honrosa. Mira; ahí vienen los espectros que defendían la plaza.

En efecto, por el Coso desfilan los últimos combatientes. aquel uno por mil que había resistido á las balas y á la epidemia. Son padres sin hijos, hermanos sin hermanos, maridos sin mujeres. El que no puede encontrar á los suyos entre los vivos, tampoco es fácil que los encuentre entre los muertos, porque hay cincuenta y dos mil cadáveres, casi todos arrojados á las calles. en los portales de las casas. en los sótanos, en las trincheras. Los franceses al entrar se detienen llenos de espanto ante tan terrible espectáculo, y casi están á punto de retroceder. Las lágrimas corren de sus ojos y se preguntan si son hombres ó sombras las pocas criaturas con movimiento que discurren ante su vista.

El soldado voluntario al entrar en su casa, tropieza con los cuerpos de su esposa y de sus hijos. La mujer corre á la trinchera, al paredón, á la barricada, y busca á su marido. Nadie sabe donde está: los mil muertos no hablan y no pueden dar razón de si está Fulano entre ellos. Familias numerosas se encuentran reducidas á cero, y no queda en ellas uno solo que eche de menos á los demás. Esto ahorra muchas lágrimas, y la muerte ha herido de un solo golpe al padre y al huérfano, al esposo y á la viuda, á la víctima y á los ojos que habían de llorarla...

C.—Poesía dramática.

1.—D. Angel Saavedra, Duque de Rivas.

DON ALVARO Ó LA FUERZA DEL SINO

(Jornada v.—Escena vi.)

Don Alvaro.—Don Alfonso.

D. Alfonso.

—¿Me conocéis?

D. Alvaro.

—No, señor.

D. Alfonso.

—¿No véis en mis ademanes
rasgo alguno que os recuerde
de otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
no se hiela vuestra sangre,
no se anonada y confunde
vuestro corazón cobarde
con mi presencia?... O por dicha
¿es tan sincero, es tan grande,
tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el padre
Rafael, de aquel indiano
Don Alvaro, del constante
azote de una familia
que tanto en el mundo vale?
¿Temblais y bajais los ojos?
Alzadlos, pues, y miradme.
(*Descubriéndose el rostro y mostrándoselo.*)

D. Alvaro.

¡Oh Dios!... ¡Qué veo! ¡Dios mío!
¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del marqués de Calatrava
viendo estoy la viva imagen!

D. Alfonso.

Basta, que está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
me está pidiendo venganza
en altas voces la sangre.
Cinco años ha que recorro
con dilatados viajes
el mundo, para buscaros;
y aunque ha sido siempre en balde,

el cielo (que nunca impunes
deja las atrocidades
de un monstruo, de un asesino,
de un seductor, de un infame),
por un imprevisto acaso
quiso por fin indicarme
el asilo donde á salvo
de mi furor os juzgásteis.
Fuera el mataros inerme
indigno de mi linaje;
fuiste valiente, robusto
aún estáis para un combate:
Armas no tenéis, lo veo,
yo dos espadas iguales
traigo conmigo, son estas:
(*Se desemboza y saca dos espadas.*)
elegid la que os agrade.

D. ALVARO.

(*Con calma, pero sin orgullo.*)
Entiendo, joven, entiendo,
sin que escucharos me pasme
porque he vivido en el mundo
y apurado sus afanes.
De los vanos pensamientos
que en este punto en vos arden
también el juguete he sido;
quiera el Señor perdonarme.
Víctima de mis pasiones,
conozco todo el alcance
de su influjo, y compadezco
al mortal á quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro
como el náufrago que sale
por un milagro á la orilla
y jamás torna á embarcarse.
Este sayal que me viste,
esta celda miserable,
este yermo, á donde acaso
Dios por vuestro bien os trae,
desengaños os presentan
para calmaros bastantes;
y más os responden mudos
que puedan labios mortales.
Aquí de mis muchas culpas
que son ¡ay de mí! harto grandes,
pido á Dios misericordia;
que la consiga dejadme.

D. ALFONSO.

¿Dejaros?... ¿quién?... ¿Yo dejaros
sin ver vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mis manos desnuda?
Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni á un vil hipócrita guardan
ni á un cobarde infame escudan.

D. ALVARO.

¿Qué decís?... ¡Ah!... (*Furioso.*)
(*Reportándose.*) ¡No Dios, mío!
En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor!... esfuerzo
me dé vuestra santa ayuda.
Los insultos y amenazas
(*repuesto*)
que vuestros labios pronuncian
no tienen para conmigo
poder ni fuerza ninguna.
Antes como caballero
supe vengar las injurias;
hoy humilde religioso
darles perdón y disculpa.
Pues veis cuales es ya mi estado
y, si sois sagaz, la lucha
que conmigo estoy sufriendo,
templad vuestra saña injusta.
Respetad este vestido,
compadeced mis angustias,
y perdonad generoso
ofensas que están en duda.
(*Con gran conmoción.*)
¡Sí, hermano, hermano!

D. ALFONSO.

¿Qué nombre
osais pronunciar?

D. ALVARO.

¡Ah!

D. ALFONSO.

Una
sola hermana me dejásteis,
perdida y sin honra... ¡Oh furia!!!

D. ALVARO.

¡Mi Leonor!!! ¡Ah! No sin honra,
un religioso os lo jura,
Leonor... ¡ay! la que absorbía
toda mi existencia junta!!!
La que en mi pecho, por siempre...

por siempre, si, sí... que aún dura...
una pasión... ¿Y qué, vive?
¿Sabéis vos noticias suyas?
Decid que me ama, y matadme,
decidme... ¡Oh Dios!... ¿me rehusa
(Aterrado).
vuestra gracia sus auxilios?
¿De nuevo el triunfo asegura
el infierno, y se desploma
mi alma en su sima profunda?
¡Misericordia!... Y vos, hombre
ó ilusión, ¿sois por ventura
un tentador que renueva
mis criminales angustias
para perderme?... ¡Dios mío!

D. ALFONSO.

(Resuelto).
De estas dos espadas, una
tomad, D. Alvaro, luego,
tomad: que en vano procura
vuestra infame cobardía
darle treguas á mi furia.
Tomad...

D. ALVARO.

No, que aún fortaleza
para resistir la lucha
de las mundanas pasiones
me da Dios con bondad suma.
¡Ah! si mis remordimientos,
mis lágrimas, mis confusas
palabras, no son bastante
para aplacaros; si escucha
mi arrepentimiento humilde
sin caridad vuestra furia,
(Arrodillándose).
prosternado á vuestras plantas
vedme, cual persona alguna
jamás me vió.

D. ALFONSO.

(Con desprecio).
Un caballero
no hace tal infamia nunca.
Quién sois bien claro publica
vuestra actitud y la inmunda
mancha que hay en vuestro escudo.

D. ALVARO.

(Levantándose con furor).
¿Mancha?... y ¿cuál?... ¿cuál?

D. ALFONSO.

¿Os asusta?

D. ALVARO.

Mi escudo es como el sol limpio,
como el sol.

D. ALFONSO.

¿Y no lo anubla
ningún cuartel de mulato,
de sangre mezclada, impura?

D. ALVARO.

(Fuera de sí).
Vos mentís, mentís, infame!
Venga el acero; mi furia
(Toca el pomo de una de las espadas).
os arrancará la lengua
que mi clara estirpe insulta.
Vamos.

D. ALFONSO.

Vamos.

D. ALVARO.

(Reportándose). No, no triunfe
tampoco con esta industria
de mi constancia el infierno.
Retiráos, señor.

D. ALFONSO.

(Furioso).
¿Te burlas
de mí, inícuo? Pues cobarde
combatir conmigo excusas,
no excusarás mi venganza.
Me basta la afrenta tuya:
Toma. *(Le da una bofetada)*.

D. ALVARO.

¿Qué hiciste?... ¡insensato!!!
ya tu sentencia es segura,
hora es de muerte, de muerte.
El infierno me confunda.
(Salen ambos precipitados).

2.—Don José Zorrilla.

TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

Acto III.—Escena II.

D. Rodrigo de Santillana.—Gabriel Espinosa.

D. Rodrigo.

¿Dormís, señor Espinosa?

Gabriel.

Casi, casi, señor juez.

D. Rodrigo.

¿Cansado estáis?

Gabriel.

Psé...

D. Rodrigo.

Tal vez
Sufrís dolor?

Gabriel.

Poca cosa.

D. Rodrigo.

Aquí estaréis menos mal
Que en la torre.

Gabriel.

Así, así.

D. Rodrigo.

Que apreciárais más creí
Mi caridad.

Gabriel.

Me es igual.

D. Rodrigo.

¿Tal vez me guardáis rencor
Por la cuestión?

Gabriel.

¡Brava pena,
Por Dios!

D. Rodrigo.

La prueba fué buena.

Gabriel.

Pudo haber sido mejor.

D. Rodrigo.

Confieso que fué cruel
El tormento.

Gabriel.

Pero inútil.

D. Rodrigo.

¿La creéis prueba tan fútil?

Gabriel.

Ya lo veis.

D. Rodrigo.

Volver á él
Podemos aún.

Gabriel.

Volviérais
A ver lo que vísteis ya.

D. Rodrigo.

La segunda vez quizá
Vuestro silencio rompiérais.

Gabriel.

Sería inútil fatiga;
Y ahora que hablamos de esto,
De hoy para entonces protesto
Contra todo cuanto diga;
Y ya podéis calcular
Que si en negar doy después
Lo dicho, el tormento es
Cuento de nunca acabar.

D. Rodrigo

¡Por Dios que sois hombre fuerte
Y gastais bizarro humor!

Gabriel

Soy terco y sufro el dolor;
Soldado soy, y á la muerte
Voy como iba á la pelea:
Más despacio ó más aprisa
Hallarla es cosa precisa;
Mas temerla es cosa fea.

D. Rodrigo

Vuestra fortaleza envidio
Mas noto en vos há un momento
Tristeza y decaimiento.
¿Qué teneis?

GABRIEL

Que me fastidio.

D. RODRIGO

¡Que os fastidiais!

GABRIEL

¡Sí, á fé mía!
Tres meses ha que aquí estoy
Y lo mismo hacemos hoy
Que hicimos el primer día.
«Traed ante mí á Gabriel»
Vuelva vos á preguntar,
Vuelta yo á no contestar.
«Al calabozo con él.»
Vuelve á amanecer el día,
Y vuelta á sacar al preso
Y vuelta á leer el proceso
Y vuelta á nuestra porfía.
«—Hablad, señor Espinosa.
—No quiero, señor alcalde.
—Que habeis de hablar.
—Que es en balde.»
Y siempre la misma cosa.
No hubo más que la semana
En que me dísteis tormento
Que variara... y ya me siento
Casi bueno, Santillana.

D. RODRIGO

Me amedrenta, ¡vive Dios!
Vuestra eterna sangre fría.

GABRIEL

También me amedrentaría
A mí si fuera que vos.

D. RODRIGO

Vuestra osada impavidez
Cada día toma creces.

GABRIEL

Sí; parecemos á veces
El reo vos y yo el juez.

D. RODRIGO

Es que á veces hallo en vos
Un misterio que me espanta.

GABRIEL

Es que tal vez se levanta
Tras mi la sombra de Dios. (*Pausa.*)

D. RODRIGO

Yo creo, señor Gabriel,
Que no es Dios, es Satanás
Quien de vos está detrás
Y os dejáis llevar por él.
¿A qué hombre de sano seso
No hartarán vuestras pesadas
Continuas baladronadas
Que llenan vuestro proceso?
¿Qué son, pues, vuestras preñeces
Y siniestras reticencias?

GABRIEL

Tembladlas, si son sentencias;
Reidlas, si son sandeces.

D. RODRIGO

Pues, bien: hablad de una vez.
Si ese secreto fatal
Existe en vos, hacéis mal
De ocultarlo á vuestro juez,
Si sois quien juzgan, decir:
«Yo soy»... probadlo y mañana...

GABRIEL

¿Cuándo vendrá, Santillana,
(*Variando de tono.*)
El capitán de Madrid?

D. RODRIGO

Hoy mismo.

GABRIEL

—¡Gallardo mozo!
¿Le queréis mucho?

D. RODRIGO

¿Pues nó
Si es mi hijo?

GABRIEL

—También yo
Le quiero bien y me gozo
Con su vista. ¿No teneis
Más hijos que él?

D. RODRIGO

—Nada más.

GABRIEL

¿Ni los tuvísteis jamás?

D. RODRIGO

Las preguntas que me hacéis,
Espinosa....

GABRIEL

—Son sencillas.

D. RODRIGO

No se qué se me figura
Que hay en ellas...

GABRIEL

—¿Por ventura
Os pregunto maravillas?
Tenéis un hijo mancebo
Y si hubísteis os pregunto
Más que él: no hay en el asunto
De mi cuestión nada nuevo.

D. RODRIGO

¡Jamás podré conseguir
Arrancar de vuestra faz
Ese sarcasmo tenaz!
¿Qué me tenéis que decir?
Acabemos, Espinosa:
Esa burlona altivez
Que excita en mí alguna vez
Una duda misteriosa,
¿Qué significa? ¿Parece
Que no os habéis convencido
De que juzgado habéis sido,
De que ya no os pertenece
Vuestra acotada existencia,
Y de que según la ley
No falta sino que el rey
Crnfirme vuestra sentencia?
¡Parece que en vuestro pecho
Hay una firme esperanza
Que os da audacia y confianza
Contra la ley!

GABRIEL

—Es un hecho.

D. RODRIGO

¿Creéis que no firmará
El rey?

GABRIEL.

Esa es cuenta suya.
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habéis vos escrito ya
Que pido verle?

D. RODRIGO

—Y respuesta
Aguardo, ¿más si apeláis
al rey en vano?...

GABRIEL

—Me ahorcáis
Y se concluyó la fiesta.

(D. RODRIGO *mira á* GABRIEL *con asombro.* GABRIEL *permanece sereno.*)

D. RODRIGO

Sospéchome que estáis loco.

GABRIEL

Tal vez.

D. RODRIGO

—Aunque más bien creo
Que es otro vuestro deseo.

GABRIEL

¿Cuál creéis?

D. RODRIGO

—Ir poco á poco
Dilatando la sentencia
Dando á entender que aún hay más.
Que esperar de vos.

GABRIEL

—Quizás...

D. RODRIGO

Pues os protesto en conciencia
Que hoy tendrá fin vuestro afán:
Si el rey no manda otra cosa
Morís hoy por Espinosa,
O por rey D. Sebastián.
Basta ya de dilaciones,
Harto estoy de toleraros;
Y me es ya mengua trataros.
Con tales contemplaciones,
Vos sois un villano artero,
Un taimado embaucador,
Que esperáis suerte mejor
Dándoos por un caballero.
¡Un necio, que aguarda en vano
Negándose á confesar,
Que nunca le han de matar
Como á un infame pagano
Sin confesión, más caeis
En un miserable error;
Si no queréis confesor,
Sin confesión moriréis.

Y no tenéis que cansaros:
No me habéis de aventajar.
Si os obstináis en callar
Yo me obstinaré en ahorcaros
¿Ahora os reís?

GABRIEL. (*Riendo.*)

¡Sí, por Dios!
Y no he muerto ya de hastío
Porque como ahora me río
Mil veces.

D. RODRIGO

—¿De qué?

GABRIEL

—De vos.

D. RODRIGO

¿De mí? en vuestra audacia loca
Os olvidáis á mi ver
Que os puedo mandar poner
Una mordaza en la boca.

GABRIEL

Verme mudo os diera pena;
De que es estoy persuadido
Mi voz para vuestro oído
El cantar de la sirena.
¡Mordaza! de vuestros fieros
A pesar, si lo procuro
De veras, estoy seguro,
Señor juez, de adormeceros.
Ya me parece ¡pardiez!
Que comenzáis á turbaros
Y no he hecho más que miraros.
Os voy á decir, buen juez,
Lo que pasa en vuestro pecho;
A fuerza de ir y volver
Sobre quien soy, de mi sér
Un fantasma os habé s hecho,
Sér superior me imagina
Vuestra razón exaltada
Y mi voz y mi mirada
Os deslumbra y os fascina,
Todo se os vuelven antojos:
Si os miro fijo á la cara
Os turbais como si echara
Fuego ó sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
Alejo de mí el pesar,
Creeis que voy á evitar
Con algún filtro la muerte...
Si de vuestros hijos hablo
Y por ellos os pregunto,
No parece sino asunto
De vendérselos al diablo.
Si levanto un poco más,
Estando solos, la voz,
Cual de una bestia feroz
Temeis y os echais atrás.
Y si al hablarme con saña
Vos, os hablo con violencia,
Os doblais en mi presencia
Como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
He adquirido sobre vos
Que, ¡no os lo demande Dios!
Me estáis suponiendo brujo.
No parece Santillana,
Sino que sabéis que puedo
Haceros temblar de miedo
cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad, Don Rodrigo,
No es verdad que mi semblante
Os está siempre delante;
Que andais, que soñais conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
Que tendrá alguna razón
Al mostrar mi corazón
Tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
En hombres y que tal vez
En vuestra vida de juez
Hay algún secreto grave
Que creéis hundido vos
En la eternidad obscura,
Y que teméis por ventura
Que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando á solas.
Hablo con vos, Don Rodrigo,
Va vuestra alma en lo que os digo
Como nave entre las olas,
Esperando de un momento
A otro verse sumergida
Por la mar embravecida
De mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habéis cruzado
Una vez el Portugal
Y cerca de Setubal
En mitad de un despoblado
Un monasterio habéis visto,

Cuya sagrada vivienda
Fué teatro de una horrenda
Profanación?

DON RODRIGO.

—¡Jesucristo!...

GABRIEL.

¿No es verdad que cuando clavo
Mis ojos en vuestro rostro
Os hielo el alma y os postro
A mis pies como un esclavo?
De rodillas Santillana:
Vuestra vida está en la mía:
Viviréis más que yo un día;
Si yo muero hoy, vos mañana.

DON RODRIGO.

¡Dios me valga!...

GABRIEL.

—¡Calle ¿y vos
Lo tomáis como os lo digo?
Si esto es farsa D. Rodrigo:
Serenáos, ¡vive Dios!

DON RODRIGO.

¿Con que es decir?

GABRIEL.

—Que divierto
Mi fastidio Santillana.

DON RODRIGO.

No haréis lo mismo mañana.
(*Furioso*).

GABRIEL.

Ahorcándome hoy, no por cierto.
(*Con calma*).

3.—D. Adelardo López de Ayala (1828-1879.)

CONSUELO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

(ACTO 3.º—ESCENA IX.)

Consuelo.—Ricardo.—Después Lorenzo.

RICARDO.

¡Prudencia!...

CONSUELO.

¡Ricardo! Yo
Sé la verdad. La mujer
Que el amor, la vida, el ser
Entero te consagró,
Tiene derecho, en verdad
A que respeten su calma,
Y á obtener alma por alma,
Voluntad por voluntad.

RICARDO.

Y el hombre que diligente
Consagra atención tan fina
A su esposa, que adivina
Los caprichos de su mente,
Y respeto y atenciones
Le guarda, tiene derecho
A que no turben su pecho
Odiosas cavilaciones.

CONSUELO.

¡Odiosas!... Mucho he tenido
Que cavilar para ver
¡Yo misma! en esa mujer
Mis joyas. Si mi marido
Respetuoso...

RICARDO.

Pues defiendo
Que un joyero multiplica...

CONSUELO.

¡Es verdad!

RICARDO.

Todo se explica
Fácilmente en suprimiendo
Tu malicia. Y esa alhaja,
¿No está allí?
(*Señalando el aderezo.*)

CONSUELO.

(*Arrojándolo al suelo.*)
¡Farsa traidora!

LORENZO.

(*Saliendo.*) ¡Mi amo!

CONSUELO.

¿Quién?

LORENZO.

(*A Ricardo*).

—Esa señora.

RICARDO.

(*Con resolución.*)

Que voy al momento yo.

CONSUELO.

(¡Ay de mí!)

RICARDO.

Con que...

CONSUELO.

Me dejas
Con este dolor!...

RICARDO.

¿Más quejas
Y más insultos?

CONSUELO.

No, no,
Oyeme: no escucharás
Ninguno, yo te lo ofrezco;
Mas... en verdad... no merezco
(*Enterneciéndose á pesar suyo.*)
Este pago que me das.

RICARDO.

¡Vuelta!

CONSUELO.

—¿Por qué mi dolor
Ricardo, llevas á mal?
Piensa que es muy natural
Que yo defienda tu amor.
De tí solamente aguardo
Mi ventura, mala ó buena;
Piensa que toda mi pena
Nace de amarte, Ricardo.
Pero no por mi aflicción,
Por tu bien, no te abandones
A esas impuras pasiones
Que secan el corazón;
Que si llegas á lograr
Hacer el alma insensible,
Harás después imposible
La ventura del hogar.
¡Piensa en tu fama, y en tí,
Y en la dicha de los dos!...
(*Arrodillándose.*)

RICARDO.

¡Pero, Consuelo!

CONSUELO.

¡Por Dios,
No me abandones así!

RICARDO.

Si tengo que resolver
(*Levantándola.*)
Asuntos de gran urgencia:
¿He de disculpar mi ausencia
Con que llora mi mujer?

CONSUELO.

¡Ricardo!

RICARDO.

Basta de duelo
Y basta de desvarío
¡Adiós! (*Se vá.*)

CONSUELO.

¡Qué infamia, Dios mío!

FERNANDO.

¡Qué infamia! ¿Verdad, Consuelo?

ESCENA X.

Fernando y Consuelo.

CONSUELO.

¡Ah!... ¡Fernando!

FERNANDO.

¿Qué ambicionas,
Infeliz? ¿Amor y fe?

CONSUELO.

Perdóname; no tendré
Dicha si no me perdonas.

FERNANDO.

¿De qué lloras y te espantas?
¿Qué te importa que jamás
Logres amor? Vivirás
Como tantas, como tantas,
Cercada de ostentación,
Alma muerta, vida loca,
Con la sonrisa en la boca
Y el hielo en el corazón.

CONSUELO.

Perdóname.

FERNANDO.

¿Qué más quieres,
Puro amor?

CONSUELO.

Yo te ofendí.

FERNANDO.

En mí lo mataste, en mí
¡No lo esperes, no lo esperes!

ESCENA ÚLTIMA.

Consuelo, y después Rita.

CONSUELO.

¡Ay! ¡Qué terror tan profundo
Mi pecho oprimiendo está.
¡Tú sola me quedas ya
Madre del alma en el mundo.
(*Se dirige á la habitación de Antonia, de donde sale Rita despavorida.*)

RITA.

¡Socorro!

CONSUELO.

¿Qué ha sucedido?

RITA.

¡Deténgase usted!

CONSUELO.

¡Qué, dí!

RITA.

Mi señora... Yo creí
De pronto que era un vahído.

CONSUELO.

¡Mi madre!

RITA.

(*Deteniéndola.*)
¡No, por piedad,
No entre usted!

CONSUELO.

¡Saber ansío!...

RITA.

¡Ha muerto!

CONSUELO.

¡Muerta! ¡Dios mío,
Qué espantosa soledad!
(*Cae desmayada.*)

APÉNDICE, LITERATURA DEL SIGLO XX

Angel Ganivet (1865-1898).

Idearium español

El tipo español.

Todos los pueblos tienen un tipo real ó imaginado en quien encarnan sus propias cualidades; en todas las literaturas encontramos una obra maestra, en la que ese hombre típico figura entrar en acción, ponerse en contacto con la sociedad de su tiempo y atravesar una larga serie de pruebas donde se aquilata el temple de su espíritu, que es el espíritu propio de su raza. Ulises es el griego por excelencia; en él se reúnen todas las virtudes de un ario: la prudencia, la constancia, el esfuerzo, el dominio de sí mismo, con la astucia y fertilidad de recursos de un semita; comparémosle con cualquiera de los conductores de pueblos germánicos y veremos, con más precisión que pesándola en una balanza, la cantidad de espíritu que los griegos tomaron de los semitas. Nuestro Ulises es D. Quijote; y en D. Quijote notamos á primera vista una metamórfosis espiritual, El tipo se ha purificado más aún, y para poder moverse tiene que librarse del peso de las preocupaciones materiales, descargándolas sobre un escudero; así camina completamente desembarazado y su acción es una inacabable creación, un prodigio humano, en el que se idealiza todo cuanto en la realidad existe, y se realiza todo cuanto idealmente se concibe. Don Quijote no ha existido en España antes de los árabes, ni cuando estaban los árabes, sino después de terminada la Reconquista. Sin los árabes, D. Quijote y Sancho Panza hubieran sido siempre un solo hombre, un remedo de Ulises. Si buscamos fuera de España un Ulises moderno, no hallaremos ninguno que supere al Ulises anglo-sajón, á Robinsón Crusoe; el italiano es un Ulises teólogo; el Dante mismo, en su Divina Comedia, y el alemán, un Ulises filósofo, el Doctor Fausto; y ninguno de los dos es un Ulises de carne y hueso. Robinsón sí es un Ulises natural, pero muy rebajado de talla, porque su semitismo es opaco, su luz es prestada; es ingenioso solamente para luchar con la naturaleza; es capaz de reconstruir una civilización material; es un hombre que aspira al mando, al gobierno exterior de otros hombres; pero su alma carece de expresión y no sabe entenderse con otras almas. Sancho Panza, después de aprender á leer, y á escribir, podría ser Robinsón; y Robinsón, en caso de apuro, aplacaría su aire de superioridad y se avendría á ser escudero de D. Quijote.

Así como creo que para las aventuras de la dominación material, muchos pueblos de Europa son superiores á nosotros, creo también que para la creación ideal no hay ninguno con aptitudes naturales tan depuradas como las nuestras. Nuestro espíritu parece tosco, porque está embastecido por luchas brutales; parece flaco, porque está sólo nutrido de ideas ridículas, copiadas sin discernimiento, y parece poco original porque ha perdido la audacia, la fe en sus propias ideas; porque busca fuera de sí lo que dentro de sí tiene.

Hemos de hacer acto de contrición colectiva; hemos de desdoblarnos, aunque muchos nos quedemos en tan arriesgada operación y así tendremos pan espiritual para nosotros y para nuestra familia, que lo anda mendigando por el mundo, y nuestras conquistas materiales podrán ser aún fecundas, porque al renacer hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos á quienes marcar con el sello de nuestro espíritu.

Hombres del Norte.

Henrik Ibsen.

Vistos en sus retratos, Jonas Lie, con su cara lisa y bonachona y su redondo bonete, podría pasar por un excelente maestro de escuela; de Bjorson es sabido que tiene la mayor cantidad posible de oso; Ibsen, con su cabeza gorda, agrandada más aún por la cabellera y patillas blancas, encrespadas, se asemeja á un león.

El símil no es sólo ocurrencia mia, pues lo han utilizado ya muchos críticos y alguno ha ído más lejos y ha asegurado que la semejanza es falaz y que Ibsen parece un león, pero no un león de verdad, sino un león con melenas postizas. Este rasgo malévolo del crítico francés Teodor de Wyzewa, lo anoto aquí en prueba de imparcialidad, para hacerme también eco de una opinión bastante extendida: la de los que creen que en la obra de Ibsen hay más aparato que consistencia. Tales se han puesto las cosas, que ya no se puede ser ni hombre de genio. El criticismo destructor todo lo aniquila y quien ayer era remontado por las nubes, hoy es arrastrado por el fango, sin que haya tenido tiempo siquiera para saborear su momentáneo triunfo....

La mayor originalidad de Ibsen está en que, nacido en un período romántico, no es romántico, y en que sin hacer escala en el positivismo, ni en el naturalismo, ha saltado á las avanzadas de la reacción. Ibsen es en el Teatro lo que Nietzsche en la Filosofía; es un defensor exaltado del Indivíduo contra la Sociedad y por este lado se aproxima á las soluciones del anarquismo: luego por no someter la acción del individuo á ninguna cortapisa, cae en las mayores exageraciones autoritarias.

Nosotros los españoles no comprendemos bien este novísimo movimiento reaccionario, porque en España quedan aún muchos reaccionarios á la antigua que no han querido pasar por el arquillo de las conquistas democráticas; así cuando alguien habla de reacción es inscrito ipso facto en las filas del tradicionalismo, aunque predique la reacción en nombre del progreso. Porque lo original en los neorreaccionarios como Ibsen, es que no se apoyan en las tradiciones ni en los privilegios, antes los desprecian; se apoyan en el fuero individual, en el derecho absoluto del individuo á luchar contra la sociedad y aun á destruirla para mejorarla. Para reformar la sociedad hay que reformar al individuo y á éste sólo se le reforma dejándole que luche sin consideración á los daños que pueda producir á los individuos menos aptos para el combate. En una palabra: «La fuerza es superior al derecho» que dijo y practicó Bismark con excelente resultado.

Así se comprende que Ibsen, fugitivo de Noruega, no encuentre en Europa lugar más á propósito para establecerse que la Roma de los Papas. No por simpatía, sino porque Roma era la única ciudad donde no había libertad al estilo moderno. Y cuando las tropas italianas entraron en Roma, Ibsen escapó sin tardanza y escribió una carta que parecerá incomprensible á quienes

han visto en Ibsen una especie de anarquista teórico: «Han quitado Roma á los hombres para entregarla á los políticos. ¿Dónde nos refugiaremos ahora? Roma era el único punto de Europa que goza de verdadera libertad; la libertad de la tiranía de la libertad política...» Probablemente pensaría refugiarse en Rusia, cuyo régimen autocrático le entusiasmaba en extremo.

El crítico Brandes refiere que en una discusión con Ibsen, (en la que éste, como de costumbre, ensalzaba el sistema de opresión, por el que explicaba el brillante florecimiento de la literatura rusa), le hizo observar que en Rusia se podía aún apalear impunemente.—Usted tiene un hijo—le preguntó. ¿Le gustaría á usted que á su hijo le dieran latigazos?—Que se los dieran de ningún modo—contestó Ibsen,—pero que los diera él me parecería perfectamente.

Ibsen, pues, es un aristócrata; pero su aristocracia no es la de la tradición, ni la del dinero; es la de la fuerza, y la fuerza á que él rinde párias, no es la material, es «la del carácter, la de la voluntad, la del entendimiento».

Los generosos apóstoles de la democracia, que cándidamente creyeron dar la paz al mundo, consignando en leyes todos «los derechos del hombre», se quedarán ahora turulatos al ver que del seno de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad, sale una generación de déspotas, ansiosos de utilizar todos esos derechos para desarrollar é imponer su personalidad aunque tengan que pisotear á los débiles. Ya hemos visto de sobra lo que puede dar de sí la aristocracia del dinero; la de la inteligencia que ahora apunta, será quizás peor, porque pretenderá dominar en nombre de esta ó aquella verdad. Al sacerdote que decía: Cree lo que yo creo, le sucede el genio pretensioso que dice: Piensa lo que yo pienso. Un genio ó un tipo así es Ibsen.

La idea fundamental de Ibsen, vale poco lógicamente, como vemos, pero lo lógico tiene poco que ver con lo dramático. Para triunfar en la escena hay que producir «un efecto», presentando situaciones en armonía con el estado del espíritu público. Si se quiere ser aplaudido «ruidosamente», hay que tener una gran dosis de picardía y conocer bien el terreno. Ibsen vió con gran claridad el cansancio democrático que la sociedad padece, el deseo universal de romper esta monotonía en que vivimos, y dió á la escena con gran oportunidad sus tipos revolucionarios de nuevo cuño. He aquí el secreto de toda su obra..... Muchos críticos, entre otros el francés Lemaitre, dudan de la realidad de estas mujeres de Ibsen, porque desconocen la sociedad del Norte. Hay que vivir aquí algún tiempo para convencerse de que esos tipos están más bien atenuados. Las ideas de emancipación han producido en los temperamentos fuertes esa nueva moral revolucionaria, y en los débiles algo peor: una inmortalidad fría, reflexiva, calculadora, que descuajan al más terne. Hay tipos de inmortalidad que pudiera llamarse metafísica..... Los hombres de Ibsen, son por regla general imbéciles, cuya misión es hacer resaltar la superioridad de las mujeres; pero en los hombres de verdad el rasgo constante es ponerlos solos, en lucha abierta con la sociedad; son individualidades exaltadas, al modo que hemos visto en los tipos de mujer. Esto es instintivo en Ibsen. Su primera obra, el drama «Catilina», era el estudio de un carácter de un hombre aislado, representante de la antigua libertad romana en pugna con una sociedad corrompida por el abuso de la fuerza. Su último drama «John Gabriel Borkman», representa asimismo á un hombre dominado por el afán de reunir mucho oro para realizar grandes empresas en pugna con la sociedad que se atiende al texto de las leyes con arreglo al cual Borkman es un banquero quebrado, un estafador. Borkman es el conde de Lesseps, en el

asunto de Panamá. El vulgo se fija só'o en que ha habido engaño; pero el que lo realizó, no por interés personal, sino por dar cima á una concepción grandiosa, ¿no tiene derecho á decir como dice el propagandista del drama: «Yo he hecho lo que he hecho porque no soy un cualquiera, sino que soy John Gabriel Borkman?» Entre los protagonistas de la primera y la última obra son numerosos los personajes en quienes se transparenta la idea capital de teatro de Ibsen; y la figura más acabada, aunque no la mejor, es la del doctor Stockmann en «Enfolkefiende» (Un enemigo del pueblo). En este drama, ha dado Ibsen forma á su idea favorita en la conocida paradoja con que la obra acaba: «El hombre más fuerte es el que está más solo».

Esta idea es un reflejo de la idea misma de Ibsen, puesto que él ha tenido que luchar y expatriarse y se ha formado en la expatriación y en el aislamiento. En un volumen de poesías («Digte») en que el autor coleccionó varias composiciones, en general cortas y de poco vuelo, salvo alguna muy renombrada como la de «Terje Viger», he leído un saludo del poeta expatriado al pueblo noruego en la fiesta del centenario, celebrada el 18 de Julio de 1872, donde el autor declara que el principal motivo de gratitud que tiene para con su pueblo, es la dureza con que éste le trató y le impulsó á luchar y á ser grande, dándole en la expatriación «la sana y amarga bebida que fortalece».

Ibsen, es un dramaturgo de formación lenta y penosa; su comprensión de los tipos noruegos no es en él espontánea, sino que parece nacer de un esfuerzo de la voluntad. Como el presbita sólo ve bien á distancia. Ibsen, comprendió á Noruega desde lejos: quizás si no hubiera salido nunca de su país, hubiera sido un autor mediocre, tal como nos lo muestran sus obras de la juventud.

Los trabajos del infatigable creador Pío Cid, novela.

La luz humana.

—A mí me parece que es tanto mejor la vida cuanto más sencilla y natural. Si continuamos por el camino que hoy seguimos, bien pronto será la existencia una carga tan pesada que no habrá quien la soporte. Los nervios, sacudidos por tantas y tan fuertes excitaciones, harán de nosotros autómatas despreciables, cuando no nos lleven á la locura. Hay inventos útiles, los pequeños inventos de la industria humana, que más que inventos son aplicaciones de las fuerzas naturales que están á la vista y al alcance del hombre; pero las invenciones verdaderas, las que versan sobre fenómenos ocultos y misteriosos, son perjudiciales, porque sacan las cosas de quicio. Vea usted, por vía de ejemplo, una de mis invenciones. Usted no ha pensado nunca, ni quizá ningún ser humano pensó jamás, que en nosotros hay luz latente; más claro, que somos focos de luz espléndida y admirable que hasta el día ha permanecido invisible. Pues bien: yo he descubierto esa luz, á la que podríamos llamar «luz humana».

—¡Usted!—exclamó la duquesa con curiosidad.

—Yo— afirmó Pío Cid con acento convincente.—Y no crea usted que le doy importancia á mi descubrimiento. Sé que las más altas concepciones de la idea pura, á la que yo profeso culto y amor, interesan ahora menos que una innovación insignificante en los velocípedos, figúrese usted que revolución no armaría en el mundo mi invento de la luz humana. El aparato para

producirla cuesta menos de dos pesetas y dura una infinidad de años; y la luz es eterna, puesto que dura tanto como la vida del hombre; el que se muere ya no luce más, pero nacen otros que empiezan á lucir, y la luz aumenta conforme crece la humanidad... Y ahora que tanto se habla de negocios, ¡qué negocio éste si se piensa en la millonada que el mundo gasta en alumbrarse, y que se ahorraría por completo con la nueva luz, que no cuesta absolutamente nada!

—Pero eso parece un cuento fantástico.

—Es una realidad tan insignificante, que una vez conocida, nos sorprende que haya podido pe manecer oculta. ¿Usted tiene corazón?

—¡Qué pregunta!...

—Me he explicado mal. Quiero decir que si usted se ha fijado alguna vez en su corazón. ¿No se ha puesto usted la mano sobre él y no le ha sentido latir?

—Naturalmente—dijo la duquesa llevándose la mano al corazón por movimiento maquinal.

—Pues bien; donde hay movimiento hay luz en germen. No sé si usted sabrá que los sabios ya no admiten varios agentes ó fuerzas; los reducen todos á un fenómeno único: la vibración del éter. Con el tiempo se llegará á ver claro que no hay tal éter ni tal vibración. Pero sin meternos en honduras, para que usted no se fatigue, le diré en dos palabras que mi invento consiste en un aparato sencillísimo, con el que saco del latido casi imperceptible y hasta aquí no utilizado del corazón un flúido transmisible, á semejanza de una corriente eléctrica, aunque nada tiene que ver lo uno con lo otro...

—¿Y de ese flúido sale la luz?

—Aún no. Ese flúido del corazón es la mitad de la nueva luz. Para que haya tormenta ha de haber dos electricidades que se atraigan y choquen, y del choque nacen relámpagos y rayos, que son como miradas é imprecaciones del universo. También la luz humana brota de un choque de dos corrientes, aunque brota más silenciosa y serena.

—¿Y de dónde sale el otro flúido?—preguntó la Duquesa con el mismo interés con que un niño pregunta el desenlace de una historia.

—Sale del cerebro; está oculto en las sienes, como el otro estaba oculto en el corazón. Enlaza usted ambos flúidos por un conductor... Un cordoncillo tan fino como es ese (dijo señalando el de que pendían los impertinentes de la Duquesa), y ya está creada la luz humana.

—¿Usted la ha visto? ¿Ha hecho la experiencia?

—La he hecho una sola vez, y la ví en forma de arco sobre mi cabeza; ví un nimbo de luz roja como la sangre, con franjas amarillentas; y no obstante lo subido del color, aquella luz alumbraba como una estrella que fuera descendiendo y acercándose más y más á la tierra; porque el asombro agitaba todo mi ser, y conforme aumentaba el latir de mi corazón y la punzada de mis sienes, aumentaba la fuerza de la luz, hasta tal punto que creí arder y consumirme en mi propia llama, y asustado rompí el hilo que enlazaba las dos corrientes ..

—Eso parece un invento infernal—dijo la Duquesa, mirando asustada á Pío Cid, quien al hacer la revelación había tomado involuntariamente un aire misterioso y diabólico.

—Yo me he jurado á mí mismo no descubrir jamás el secreto de mi invención; pero sin descubrirlo sería capaz de mostrarle á usted, en usted mis-

ma, esa luz maravillosa, brillando en su ensortijada cabellera como una diadema de fuego, fuego del cielo ó de los infiernos, ¿qué importa?—agregó Pío Cid, como burlándose del miedo infantil que en el rostro de la Duquesa se retrataba.

—Sólo de pensarlo me da miedo—dijo la Duquesa levantándose.—Es usted un hombre verdaderamente original... Usted no es lo que parece... aunque dice que todos debemos parecer lo que somos.

—¿Qué cree usted, pues, que soy yo?—preguntó Pío Cid levantándose también, como para retirarse.

—Usted vale demasiado para simple preceptor... Usted debía aspirar á cosas más altas; por más que ya sé que no es usted ambicioso y que no ha mucho renunció usted á un cargo político brillante, por el que tantos otros se afanan... Lo sé por Miralles, quien me ha hablado de usted como usted se merece.

—Usted tiene, quizás, señora, una idea demasiado alta de la política. Yo creo que enseñar vale más que gobernar, y que el verdadero hombre de Estado no es el que da leyes, que no sirven para nada, sino el que se esfuerza por levantar la condición del hombre. Quien quiera que haga de un tonto un discreto, de un haragán un trabajador, de un tunante un hombre de bien, ha hecho, él sólo, más que diez generaciones de hombres políticos, de esos que se contentan con ver funcionar por fuera el mecanismo de las instituciones.

—Esa idea será todo lo noble que usted quiera; pero vengamos á la realidad y dígame si los hombres de entendimiento superior no tienen su puesto marcado en la política, y si un preceptor, en el hecho de serlo, no se condena él mismo á ser un cero á la izquierda.

—Eso piensa todo el mundo; pero yo pienso lo contrario y sigo mi parecer. Supuesto que yo valiese algo, no valdría tanto como Aristóteles, por ejemplo, y Aristóteles fué preceptor y nada perdió con serlo...

—Pero, amigo mío,—interrumpió la Duquesa dándose aires de bien enterada.—Aristóteles fué preceptor del hijo de un rey.

—Y yo soy preceptor del hijo de usted—replicó Pío Cid, dando intencionadamente á su galantería el tono de una réplica escolástica.

—Tiene usted salida para todo—asintió la Duquesa, esponjándose al oir el argumento, mientras Pío Cid aprovechaba la ocasión para despedirse, sin añadir una palabra más.

El cazador herido.

BALADA

Cazador que vas al bosque
de los cuervos,
ten cuidado, que en los árboles,
traicionero,
se oculta el rey de la banda
al acecho,
para sacarte los ojos
con su pico corvo y negro.

—

Cazador que fuiste al bosque
de los cuervos,
fuiste alegre y vuelves triste
como un muerto...
.....

Miróme una mujer pérfida,
sonriendo,
y me sacó el corazón
prendido en sus ojos negros.

—

Una mujer más traidora
que los cuervos,
me ha robado el corazón
sonriendo.
Por eso vuelvo tan triste
como un muerto;
que aunque no se ve mi herida,
traigo la muerte en el pecho.

FIN

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Por un error de ajuste, aparecen en el número IV del segundo período de la época clásica entre las poesías de D. Luis de Góngora y Argote, las letrillas satíricas «Poderoso caballero...» y «Ande yo caliente» de D. Francisco de Quevedo y Villegas.

IN MEMORIAM

Publícanse estas *Lecturas*, muerto el catedrático ilustre que las recopilara.

La benévola y cariñosa distinción que me dispensaba el maestro y el afecto amistoso que á él me unía, confiáronme en su ausencia la corrección de las pruebas de este libro.

Marchó Navarro y Ledesma á recorrer el viejo solar de Castilla. Ensubstanciada su pluma con castizos jugos; templado su espíritu en puras, españolas fuentes; forjado su estilo en castellano yunque, ¿quién mejor que él podría arrancar á las llanuras ásperas, á las renegridas piedras y á los soleados muros de las ciudades muertas, sus recuerdos históricos y sus fábulas legendarias?

Visitó el maestro el lugar de las campañas de Fernán González, el sitio de la tragedia de los Infantes, y en la tierra por él amada, sintió el último de los dolores de su vida, que le llevó á la muerte.

Con llanto y duelo termino esta labor, en su final tristísima.

Se ha obscurecido su cerebro, tal vez el más pujante, comprensivo y sólido de la generación á que perteneciera: su alma acaso se ha perdido en el misterio de la sombra; quizás viva gloriosa vida en regiones de perdurable luz.

Amparado de su erudición amable, de artista que produce y siente, guiado de su exquisito gusto, el maestro recorre los ondulantes campos de la prosa y se embosca en la floresta de la poesía. Y aquí arranca un sazonado fruto y allá corta una fragante flor. Desde la poesía ingenua, ruda y tosca de los *cantares de gesta*, hasta el lagrimeo sentimental de Becquer; desde el primer balbuceo del decir castellano, en fueros, donaciones y cartas de behetría, hasta la prosa robusta y flexible de Ganivet, piel de un pensamiento moderno é inquietante.

Pero... deténgase mi pluma. Sería en mí presuntuoso y vano convertir en un juicio lo que no es más que una lágrima, que de mi admiración y mi cariño brota.

Yo soy un discípulo y á los discípulos, para quienes se coleccio-

naron estos ejemplos, hablo. No lo digo por humildad, lo ostento por orgullo.

La ruda labor diaria, las necesidades del vivir y las íntimas penas no lograron secar en este hombre admirable la fuente de la alegría. Borboteaba escondida, soterrada, oculta bajo la pesadumbre del trabajo que carcome y mata.

Dirigiéndose al hombre, que por la vida se afana, tiene Quevedo una frase desconsoladora, amarga, seca. «Vela eres,—dice—luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto más aprisa arde más aprisa te acabarás.»

Y Navarro ardió aprisa en vivo fuego, en ondulante llama de alta inspiración, de voluntad suprema. Y al que amaba la vida le sorprendió la muerte, y el que en ocasión memorable en la novena que unos cuantos españoles dedicamos á Nuestro Señor Don Quijote, invocaba del ingenioso hidalgo «el don mirífico y fecundo de la sacrosanta y redentora alegría», llenó de tristeza nuestros corazones.

Dedicad un recuerdo al literato ilustre. Era de los puros, de los nobles, de los fuertes. Tres amores se unían en el latir de su corazón generoso: el de la tierra, que es la madre; el del lenguaje, que es el hermano, y el de la mujer, que es la compañera.

Y ahora volved la hoja. La pluma castiza, abundante y lozana de Navarro y Ledesma debe cerrar con llave de oro este libro donde flota su espíritu. Saboread la prosa con que un escritor castellano del siglo veinte resucita el lenguaje y el alma del padre del manchego loco.

Y leyendo «Cómo murió Cervantes» recordad, con dolor y llanto, cómo murió este otro hidalgo sin ventura que se llamó Francisco Navarro y Ledesma.

ENRIQUE DE MESA.

24 Septiembre 905.

Francisco Navarro y Ledesma (1869-1905).

El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra

Cómo murió Cervantes.

El arzobispo de Toledo, Don Bernaldo II de Sandoval y Rojas se hallaba á primeros de Marzo en la dehesa de Buenavista, huyendo la incomodidad y desamparo de los fríos inmensos salones del Palacio arzobispal.

..... En sus siestas y reposos de Buenavista, se deleitaba principalmente leyendo libros que á humanidad trascendieran. Ya se ha dicho que odiaba el arte gótico: odiaba, pues, todos los encumbramientos idealistas y románticos, todas las caballerías andantes, ya á lo humano, ya á lo divino. Quizás, en el fondo, aborrecía á las féminas inquietas y andariegas como Santa Teresa de Jesús, á los audaces caballeros de Loyola y á todo espíritu alimentado con libros caballerescos. También se ha dicho que era el suyo un espíritu neo-clásico, reposado y tranquilo, amigo de la exactitud, amante de la riqueza sobria, de las líneas claras y sencillas, de los términos precisos y netos.

Por ello, grande fué su complacencia cuando uno de sus familiares, quizá el entusiasta licenciado Márquez de Torres, le leyó ó le hizo leer la segunda parte del *Quijote*.

Regocijado por la lectura, que aún tenía poder sugestivo sobre su ancianidad, el arzobispo de Toledo preguntó si se le habían hecho nuevas mercedes á Cervantes. Alguien le anunció que el viejo poeta se hallaba enfermo y tan mal de recursos como era su costumbre. Don Bernardo previno seriamente que no se echase en olvido nunca al autor del *Quijote*.

El cual, como se ha dicho, había vuelto ya á su casa de Madrid, perdida casi del todo la esperanza de curarse, pero sostenido y alentado por la protección que de tan alto le llegaba, aunque ya era tardía. No solamente el arzobispo D. Bernardo le enviaba socorros materiales, sino además una carta, por él dictada ó escrita, consolándole en su última tribulación. Esto tienen de bueno los espíritus amantes del clasicismo: que saben reconocer las necesidades y los anhelos de la humanidad y dar á cada tiempo, á cada lugar y á cada persona lo suyo. A la carta y á las mercedes del arzobispo D. Bernardo contestó Cervantes con lo último que escribió antes de caer en el lecho. Es el famoso y venerable documento que preside las sesiones solemnes de la Real Academia Española, y dice así:

«Ha pocos días, muy Ilustre señor, que recibí la carta de vuestra señoría Ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia que me creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento. Dios le conserve ejecutor de tan santas obras para que goce del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado, que sus magníficas manos besa. En Madrid, á 26 de Marzo de 1716 años.—Muy ilustre señor: Miguel de Cervantes Saavedra.»

Escribió esta carta con tanto cuidado y atención, que de ella existen dos copias, con ligeras variantes. La clarividencia propia de los últimos días de su vida y que ya en algunos momentos tocaba en los umbrales de lo sobrehumano, le dijo que el reconocimiento de su genio por hombre tal como don Bernardo de Sandoval y Rojas era un seguro anticipo, ó mejor dicho, era el

primer mensaje de inmortalidad que le enviaban los siglos futuros. Las puertas de lo eterno se le abrían por mano del hombre que, después del Pontífice de Roma, estaba investido del más alto poder espiritual.

Una gran paz fué llenando el alma de Miguel: una grandiosa humildad infiltrándose en su corazón enfermo.

Derribado en la cama por los acerbos dolores que sentía, no quiso morir sin asirse, adherirse, abrazarse al último ideal de su existencia, la fe religiosa. A última hora quería resolver aquella gran duda que se le ofreció á su grande y bueno Sancho Panza, cuando le explicó Don Quijote en el capítulo VII de la segunda parte «que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos», y explicando lo que significaban los gigantes y demás imaginaciones andantescas, añadía: «tenemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, entre cristianos, famosos caballeros». A lo que Sancho, el buen Sancho, después de proponer á su amo el difícil punto de si es más resucitar á un muerto ó matar un gigante, contesta aconsejando á Don Quijote que los dos se hagan santos para alcanzar más brevemente la fama «y advierta, señor—dice—que ayer ó antes de ayer canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas y están en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero...»

Comunicaba esta última vacilación suya el acongojado Miguel con su grande amigo y dueño de su casa el presbítero D. Francisco Martínez Marcilla, el cual estimó muy conveniente que Miguel profesara con votos solemnes en la Venerable Orden Tercera de San Francisco, ceremonia que se verificó en la misma antigua y lóbrega habitación del viejo poeta, quien ni siquiera pudo levantarse de la cama, el día 2 de Abril de 1616. Profeso ya, se hizo cargo Miguel de que era aquella otra especie de andante caballería de la humildad, como las pasadas lo fueron de la soberbia y vanagloria, y si le tranquilizaba el morir como cristiano, le complacía y endulzaba sus últimas horas el morir como caballero de una orden fundada por el santo Don Quijote de Asís.

Al cabo, pensaba, desechando ya toda amargura y todo rencor para con el mundo, que él no había sido nunca otra cosa que un pobre solicitante, casado ó unido de por vida con la pobreza. Para padecer los últimos extremos de la necesidad, poca falta le había hecho declararla, ni enamorarse de la escasez y de las privaciones, como alardeaban de hacerlo otros hermanos de la V. O. T. tan poco humildes y tan poco pobres cual el Condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco y el mismo Lope de Vega, también terciarios profesos. Al hacer la profesión, se acostaba Cervantes al parecer de Sancho Panza, reconocía la vanidad y la vacuidad de la vida. ¡Quién sabe si en lo más escondido y recatado de su alma, algunos momentos, no se replicaba á sí mismo con las propias palabras de Don Quijote!

Porque es lo cierto que á ratos sentía renacer la fuerza en su pecho, y aún abría un postigo á la esperanza. En uno de estos ratos de felicidad relativa, su imaginación voló hacia la amada Nápoles y contempló la imagen del conde de Lemos, de quien sabía que también los desengaños comenzaban á abatirle y á dominarle, y entonces, el viejo casi moribundo, sentado en la cama, con esfuerzo violentísimo, sobreponiéndose á todos sus dolores y angustias, dictó ó escribió aquella página de oro que tan bien explica y declara sus últimos pensamientos, y que no por lo sobrado conocida, puede excusarse el copiarla aquí. Es la dedicatoria del *Persiles*, y en ella puso Cervantes lo más noble de su alma agradecida, pagando con nunca vista usura los favores que debiera al conde de Lemos.

«Aquellas coplas antiguas—dice—que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan «Puesto ya el pie en el estribo», quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á vuestra Excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos, sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra Excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín* y del famoso *Bernardo:* si á dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas el fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á vuestra Excelencia, como puede. De Madrid, á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

Criado de vuestra Excelencia,
MIGUEL DE CERVANTES.»

Cuatro días antes de su muerte, escribió Miguel estas líneas. En ellas hizo el resumen de ese pensamiento acerca de la vida, de la que él fué, como todos los grandes genios que á la humanidad conducen, fiel y rendido amante. En esas palabras ya escritas mirando cara á cara á la muerte, se encierra la filosofía suprema del «sustine» y del «abstine» que heredó Miguel con la sangre cordobesa medio senequista, medio musulmana de su ilustre abuelo el licenciado Juan de Cervantes. «Llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir», dice, en un momento de esperanza quijotesca... y un instante después dice, como los árabes, «pero si «está decretado» que la haya de perder...», y añade, como ellos y como Séneca, «cúmplase la voluntad de los cielos». ¿Notais bien ahora hasta en los últimos días de su existencia, estos dos momen-

tos que marcan el equilibrio fundamental de su espíritu sobrehumano? Por algo se ha comparado el movimiento del espíritu con el de un péndulo bien compensado: pero no son muchas las almas que próximas al trance último y luchando en la agonía del tránsito de la muerte, conservan esa maravillosa flexibilidad que en las palabras últimas de Miguel se descubre.

Los cuatro postreros días de su existencia, hasta el veintitrés de Abril en que murió, debieron de ser angustiosísimos. La disnea y el estertor, propios de los enfermos cardiacos, oprimían aquel anciano pecho. La sed de agua ¡terrible congoja! se trocaba en sed de aire, que los pulmones anhelosos consumían, y en sed de sangre, la cual corría furiosa, desbocada, por las venas, marcando ciento veinte, ciento cuarenta, ciento sesenta pulsaciones por minuto, sin que la flebre se presentase: los nervios vasomotores se agitaban convulsos, en tensión insoportable. Tras esto vino un estado comático, algo como un sopor silencioso, cortado solamente por el trabajoso ruido pulmonar, semejante al roce de una escoba sobre los ladrillos. Miguel cerró los ojos: no veía, no entendía ya las cosas exteriores, pero aún lo suyo interior, su alma, luchaba, quería balbucir algo, esa última palabra que se nos queda por decir siempre cuando nos despedimos de alguien y que era quizás la única justa y conveniente.

El pobre moribundo estaba sentado en el lecho, apoyado el busto en cuatro ó cinco almohadas y cabezales. Su ancha frente, que fué siempre un espejo para la luz se amortecía, se trocaba mate: su aguileña naríz pálida se encorvaba, prensil, buscando la boca: los marciales bigotes caían desmayados en la suprema dejación de toda lucha. Un último estremecimiento, un «pneuma» ó soplo misterioso que salía por la boca y narices, una inclinación suave, lenta, de la cabeza sobre el pecho, fueron las postrimeras señales. El Ingenioso hidalgo estaba muerto.

Al pie de la cama sollozaban doña Constanza de Figueroa, doña Isabel de Saavedra, doña Catalina de Salazar y rezaba el buen clérigo don Francisco Martínez Marcilla. Pronto el vecindario curioso corrió la noticia. Mucha gente entró á ver el cadáver. Del mentidero de representantes no dejó de acudir toda la comiquería á ver muerto al escritor alegre y al regocijo de las Musas. El vecino de enfrente, Lope de Vega entró también miró el cadáver, rezó un rato, marchóse á sus negocios, moviendo pensativo, la cabeza.

Luego, vinieron los hermanos terciarios de San Francisco, amortajaron con el hábito de la V. O. T. el cadáver de su hermano en religión, le pusieron en la caja. Como el trayecto del entierro había de ser tan corto, pues pocos pasos hay desde la casa de Cervantes al convento de las Trinitarias, bastó que se arremolinaran la vecindad y los cómicos del mentidero para que la angosta calle pareciese llena. Los hermanos terciarios de San Francisco tomaron en hombros la caja. El cadáver llevaba el rostro descubierto, como las reglas de la V. O. T. previenen.

Detrás de la caja marchaban algunos personajes ricos, grandes de España y títulos del Reino, á quienes agradaba asistir á entierros humildes y demostrar así públicamente su acendrada piedad. En medio de ellos, entre marqueses y condes, tal vez acompañando á su nuevo protector el duque de Sessa, el clérigo Lope de Vega Carpio mostraba sus pulcros hábitos sacerdotales, su cruz de San Juan en el pecho. El entierro en el convento de las Trinitarias fué pobre y nada ceremonioso. Dos modestos poetas de quienes casi nada se sabe, sino que admiraban al muerto, siguieron la fúnebre comitiva:

se llamaban Luis Francisco Calderón y D. Francisco de Urbina, éste pariente ó deudo del secretario Juan.

La tierra cubrió el cuerpo del Ingenioso hidalgo. Rojos ladrillos taparon la fosa. No se colocó en ella lápida ni inscripción, ni siquiera un humilde azulejo. No sabemos dónde está lo que del cuerpo de Cervantes queda, si queda algo.

El día de Lepanto.

Una mañana, la del 7 de Obtubre, tremenda algarada se escucha á bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo á Miguel en su rincón, pero pronto los ve tornar apresurados, pálidos unos, rojos los otros, llameantes las pupilas, los pasos trémulos, las manos torpes. ¡Arma, arma!, son los gritos que suenan. El ataque ha llegado. De pronto las cuadernas del barco crujen, todo el maderamen tiembla y un rosario de estampidos anuncia que la *Marquesa* acaba de disparar su primera andanada. Miguel, suelta la manta, se encasqueta el acerado morrión, va en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean, la cara tiene amarilla como un desenterrado.

Sobre cubierta, tropieza con su capitán, con el alferez Santistéban, con otro alferez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. Todos, al ver aquel soldado amarillento y ojeroso, desencajada la faz y turbia la vista, le dicen que se resguarde y ampare bajo cubierta, pues no está para pelear. Pero Miguel, ha visto ya el fuego, ha respirado el humo, ha olido la pólvora. La ocasión es única, la muerte nada importa. Caen acá y allá muertos y heridos. Gritan á una *¡a-vante! ¡bo-ga!* los forzados en sus bancos. Estampidos que no se sabe de dónde salen aturden las orejas y enardecen los ánimos. Miguel, no quiere volverse á su rincón. Miguel es un hidalgo, tiene vergüenza, osadía le sobra. *¡Qué dirían dél, que no hacía lo que debía!* Son sus mismas palabras. Miguel, excitado por la fiebre y por el peligro, endereza á sus amigos y jefes un pequeño discurso que nos ha transmitido el alferez Gabriel de Castañeda con la calmosa puntualidad de los montañeses: —«Señores—dice el Ingenioso hidalgo de Alcalá—en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta. Póngame vmd., señor capitán, en el sitio que sea más peligroso y allí estaré y moriré peleando.» Con estas generosas palabras, Miguel muestra el gesto y ademán de los héroes antiguos, que no deja lugar á réplicas. El capitán, Diego de Urbina, que ya iba aficionándose á su medio paisano, menea la cabeza pesaroso y, como quien abandona á la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda á Miguel colocarse en el lugar del esquife con doce hombres. ¿Por qué se distingue á este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando, siquiera sea tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras, ó en su apostura y planta?

Cumpliendo sin vacilar las órdenes de Urbina, va Miguel á ocupar su puesto. Desde allí se ojea y divisa el lugar de la batalla y por entre los girones que en nubes de humo se abren á ranchos, se ven las tajantes proas, los amenazadores espolones, los ganchos y puntas de fierro con que unas galeras tratan de engarrafar á otras para el abordaje. Miguel ve pasar, envuelto en un nimbo de fuego y de humo, volando en ligero esquife sobre las aguas

mensajero de la victoria, el colorado y rubio rostro surgiendo bajo el casco argentino, un hermoso mancebo semejante al arcángel San Miguel, que adorna como una llama de oro, de sangre y de plata los retablos góticos. Es el Señor Don Juan, la espada desnuda cuyos gavilanes de oro relumbran al sol en la diestra, y en la siniestra el crucifijo de marfil y ébano. Va gritando oraciones ó blasfemias, va incólume, impávido, sereno, presentando el pecho á las balas que cruzan el aire y centellean en las bandas ó se hunden silbando en las aguas verdosas, pesadas del golfo. Todos los hombres de guerra le miran, todos tienen fe en él, y su arcangélica aparición les excita y les embravece.—¡Víctor, víctor el Señor Don Juan!—gritan enronquecidos y fieros los españoles. Los aguerridos venecianos callan absortos. Nunca vieron tanta audacia en tan pocos años.

Pronto la visión desaparece y el mar pare nuevas y nuevas bandas de galeotas turcas que, en cerrado escuadrón, van acercándose. Ya se oyen distintos y claros en ellas los gritos de los cristianos que van al remo. Son griegos, italianos, españoles que reman con furia, sin que hayan menester en tal sazón los rebencazos crueles del cómitre. Más de lo que los turcos quisieran quizás, se acercan sus naves á las cristianas. De los bancos ocultos salen hacia la escuadra de la Liga voces angustiosas de ánimo y de súplica. —Aquí estamos, cristianos somos, sacadnos del cautiverio. ¡Por Cristo! ¡Por la Virgen María! *por la Santa Madona*—y al compás de los gritos los pechos jadean, fatigosos.

Los ávidos ojos de Miguel ven entonces «embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado (y este soldado es él mismo, que treinta años después lo contaba) más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que, apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. «¡Bien hayan—seguía pensando Miguel, al verse en este trance que, como quien por él ha pasado, contó—, bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería..... la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican á todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo

cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su mente las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas á la fantasía la tierna imagen de la reina Doña Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella é incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de sangre; pero aquello era poco. Sin retorcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sostenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente á él, en la galera turca que á la *Marquesa* acometía, dos pares de ojos traidores acechaban á aquel soldado, á quien herido en la mano veían é impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra..... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Escuchad como lo cuenta él mismo:

«.....En el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada
cuanto á la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de fuerza armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho
y de bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
La muerte airada con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose á quién tarda, á quién temprana.
El son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo.
Los profundos sospiros lamentables
que los heridos pechos despedían
maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían
cuando en el son de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra,
rompiendo el aire, claro el son mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón, yo triste estaba,
con la una mano de la espada asida
y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano

que á mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que á veces me quitó todo el sentido.....»

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera *Marquesa* había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Santo Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Asordado por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empequeñecidos, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco ó seis mil forzados que en las galeotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos:— ¡Vítor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, vítor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto.

Dos frailes que iban á bordo repitieron, inspirados, las palabras santas, extrañamente proféticas, que después recordó la Europa entera, desde el Pontífice Pío V hasta el último sacerdote de aldea: *Fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes.....* Hubo un hombre enviado por Dios y cuyo nombre era Juan.....

ÍNDICE

Págs.

EPOCA PRIMITIVA

Desde los orígenes hasta el reinado de D. Alfonso X el Sabio (Siglo VIII á 1220)

A. Fueros y donaciones en que aparecen las primeras palabras y construcciones castellanas 5
B. Textos rimados de los antiguos cantares de gesta 7
C. Poemas de imitación 15
D. Primer poema lírico castellano 18
E. Primer poema dramático castellano 20
F. Poemas del mester de clerezía 21
G. Aparición de la prosa castellana 31

EPOCA PRECLASICA

Desde D. Alfonso X el Sabio (1220) hasta «La Celestina» (1500)

Primer período: desde D. Alfonso X el Sabio hasta D. Juan II (1419).

A. D. Alfonso el Sabio (1220-1284) 34
B. El rey D. Sancho IV el Bravo (1259-1295) 38
C. El infante D. Juan Manuel (1282-1349) 40
D. Los ejemplarios 42
E. Las crónicas 43
F. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita (12..-1350?) 44
G. Poema de Alfonso onceno, compuesto por Rodrigo Yannes (13..). 50
H. El rabhí Don Sem Tob (13.. á 14..) 52
I. El canciller Pero Lopez de Ayala (1332-1406) 53
J. La danza general de la muerte 56
K. El cancionero de Baena 57

Segundo período: desde D. Juan II hasta la publicación de «La Celestina» (1500).

I. La prosa didáctica.

A. La biblia de Mosé Arragel (1423-1439) 65
B. D. Enrique de Villena (1384-1434) 65
C. D. Alvaro de Luna 66
D. Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera 67

II. La prosa histórica.

A. El canciller Pedro López de Ayala 69
B. Fernán Pérez de Guzmán (14...-1470) 70

Págs.

D. Diego Enriquez del Castillo..... 72
E. Hernando del Pulgar..... 74
F. Mosén Diego de Valera..... 74

III. Los primeros humanistas.

El Maestro Antonio de Nebrija..... 75

IV. Los grandes poetas.

A. D. Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana (1398-1458).. 76
B. Juan de Mena (1411-1454)..... 81

Los romances de los siglos XIV y XV.

A. Romances históricos de los ciclos épicos castellanos..... 84
B. Romances novelescos y caballerescos..... 89

V. Los libros de caballerías..... 95

VI. La poesía lírica en los cancioneros.

A. Los poetas de la corte de Alfonso V en Nápoles..... 98
B. La poesía satírica..... 99
C. La poesía didáctica, moral y religiosa..... 102
D. Los poetas del cancionero general de Hernando del Castillo... 106

ÉPOCA CLÁSICA

Desde «La Celestina» (1500) hasta la muerte de Calderón (1681).

Primer período: Desde «La Celestina» (1500) hasta el «Quijote» (1605).

I. La prosa didáctica.

A. Los filósofos y moralistas..... 108
B. Estéticos y preceptistas..... 113
C. Naturalistas, matemáticos y médicos..... 114
D. Enciclopédicos..... 119

II. Místicos y ascéticos..... 122

III. La prosa histórica.

A. Historiadores clásicos..... 145
B. Cronistas é historiadores de Indias..... 152

IV. Poesía épica.

A. Los poetas cultos..... 159
B. Los romanceros del siglo XVI..... 162
C. Novelas.
a. Novela histórica. Ginés Pérez de Hita..... 164
b. Novela pastoril..... 166
c. Novela picaresca..... 170
d. Cuentos..... 174

Págs.

V. Poesía lírica.

A. La escuela italiana 175
B. La escuela española 183
C. Poetas independientes 187
D. Poetas místicos 199

VI. Poesía dramática

A. Fernando de Rojas (14... 15...) 203
B. Teatro pastoril 206
C. Imitación de la comedia italiana 207
D. Teatro popular 208

Segundo período de la Epoca clásica: desde el... Quijote (1605) hasta la muerte de Calderón (1681).

I. La prosa didáctica

A. Humanistas y preceptistas 211
B. Místicos y ascéticos 216
C. Políticos 220
D. Moralistas y filósofos 224
E. El P. Juan de Mariana 227
F. Otros historiadores 231

II. Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616).

A. Poesía lírica y épica 239
B. Poesía dramática 246
C. Novelas 250

III. D. Francisco de Quevedo Villegas (1580-1645).

A. Obras políticas 256
B. Obras ascéticas 257
C. Obras satírico-morales 259
D. Novelas 261
E. Obras poéticas 262

IV. Don Luis de Góngora y Argote (1561-1627) 269

V. Lope de Vega Carpio (1562-1635).

A. Cartas 274
B. Epitafios fúnebres á diversos sepulcros 275
C. La gatomaquía 276
D. Sonetos 278
E. Elegías 279
F. Romances 283
G. Obras dramáticas 285

VI. Poesía épica 293

VII. Novela 299

Págs.

VIII. Poesía lírica.

A. Los aragoneses 305
B. Los castellanos 310
C. Los sevillanos 315

IX. Poesía dramática 324

ÉPOCA POSTCLÁSICA Ó DE DECADENCIA

Desde la muerte de Calderón (1681) hasta la de Moratín (1828)

I. La prosa didáctica 345

II. Oratoria

Los oradores de las Córtes de Cádiz 351

III. Poesía

A. Decadencia de la épica y de la lírica 356
B. Decadencia de la novela 358
C. Decadencia del teatro 360

ÉPOCA NOVÍSIMA Ó RENACIMIENTO

Desde la muerte de Moratín (1828), hasta la de Campoamor (1901).

I. Didáctica

A. Filósofos, moralistas, políticos, médicos 366
B. Historiadores 372
C. Críticos 383
D. Periodistas 386

II. Oratoria

A. Oratoria forense ó jurídica 390
B. Oratoria política 399
C. Oratoria didáctica ó académica 408

III. Poesía

A. Poesía épica y lírica 411
B. Novelistas contemporáneos 438
C. Poesía dramática 447
Apéndice. Literatura del siglo xx 457
In memoriam 465

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU, Boston

Author Navarro y Ledesma, Francisco
Title Lecturas literarias libro de alumnos
121211
Ls.C.
N32k